

1924



El soldadito de plomo

Cuento de Noel

Por ANATOLE FRANCE

Ilustraciones de Juan Peláez



OMO la fiebre de la gripe no me dejaba dormir aquella noche, oí claramente tres golpes dados en el cristal de una vitrina que está cerca de mi lecho y en la cual viven, revueltas, figurinas de porcelana de Sajonia o de Sèvres, estatuillas de barro de Tanagra o de Myrina, bronce del Renacimiento, marfiles japoneses, cristales de Venecia, tazas de China, bandejas de laca y cofrecitos de esmalte; miles de naderías que venero por fetichismo y que avivan en mí el recuerdo de horas risueñas o melancólicas. Los golpes eran muy suaves, pero muy sonoros, y reconocí al resplandor de la lamparilla, que los daba un soldadito de plomo, con ánimo de procurarse la libertad. Lo consiguió, y vi que se abría la vitrina. En verdad aquello no me produjo desmesurada sorpresa. El soldadito de plomo tenía un aspecto insolente y desde que me lo dió la señora G. M., hace dos años, comprendí que no dejaría de hacerme sufrir toda clase de impertinencias. Lleva uniforme blanco bordado de azul; es un guardia francés, y nadie ignora que su regimiento no se distinguió por la disciplina.

— ¡Hola! — grité. — ¡La Fleur, Brindamour, La Tulipe! ¿No podríais hacer menos bulla y dejarme reposar ya que me siento bien enfermo?

El bribón me respondió, refunfuñando:

— Aquí donde me veís, burgués, hace cien años tomé por asalto la Bastilla. No deben quedar muchos soldaditos de plomo tan viejos como yo. ¡Buenas noches! Voy a la parada.

— La Tulipe — repliqué severamente, — vuestro regimiento fué disuelto por Luis XVI el treinta y uno de agosto de mil setecientos ochenta y nueve. No debéis más ir a ninguna parada. Quedaos en esa vitrina.

La Tulipe se retorció el bigote y, después de mirarme de reojo, con desprecio, me dijo:

— ¿Cómo? ¿Ignoráis que en la noche del treinta y uno de diciembre, mientras duermen los niños, hay un desfile de soldaditos de plomo sobre los tejados, entre las chimeneas que lanzan alegremente sus columnas de humo revuelto con las últimas cenizas del año de Navidad? Es una cabalgata de la cual forman parte algunos jinetes que no tienen cabeza. Las sombras de todos los soldados de plomo que perecieron en la guerra pasan así en un torbellino infernal. No son sino bayonetas torcidas y sables rotos. Las almas de las muñecas muertas, pálidas a la luz de la luna, los ven pasar.

Este discurso me dejó perplejo.

— De modo, La Tulipe, que se trata de una costumbre, de una costumbre solemne? Yo respeto infinitamente todas las costumbres, las tradiciones, las leyendas, las creencias populares. Nosotros llamamos a esto el "folklore" y lo estudiamos con gran placer. Veo con agrado, La Tulipe, que sois tradicionalista. De otro lado, estoy dudando si debo dejaros salir de esa vitrina.

— Debes hacerlo — dijo una voz armoniosa y pura que no había oído hasta entonces y que reconocí ser de aquella joven de Tanagra que, ceñida entre los pliegues de su túnica, se alzaba junto al guardia

francés, dominándole con la majestad elegante de su talle. — No debes oponerte. Todas las costumbres transmitidas por los abuelos son igualmente respetables. Nuestros padres sabían mejor que nosotros lo que debe ser permitido y lo que debe ser prohibido, pues estaban más cerca de los dioses. Conviene dejar a este gálata que realice los bélicos ritos de sus ascendientes. En mi tiempo los soldados no llevaban, como éste, un ridículo uniforme azul con vueltas rojas; sólo se cubrían con su escudo y nos daban mucho miedo. Eran bárbaros. También tú eres un gálata y un bárbaro; inútilmente has leído a los poetas y a los historiadores, ya que no sabes aún en qué consiste la belleza de la vida. Tú no estabas en el ágora mientras yo hilaba la lana de Mileto en el patio de la casa, a la sombra del viejo moral.

Esforcéme para responder con prudencia:

— Hermosa Pannychis; tu pueblecito griego concibió algunas formas donde se recrean por siempre las almas y los ojos; pero en tu ágora se discuten diariamente tantas necesidades como las que pueden discutir en una sesión nuestros concejales. No lamento el no haber sido ciudadano de Larisa o de Tanagra. De cualquier modo, reconozco la cordura de tus palabras. La costumbre debe ser seguida, sin lo cual dejaría de ser costumbre. Blanca Pannychis: tú, que has hilado lana de Mileto a la sombra del viejo moral, verás ahora cómo sigo tu consejo; por tu mediación, permite a La Tulipe que vaya a todas partes donde el "folklore" lo llame.

Entonces una figurita de Sèvres, ocupada en batir manteca, volvió hacia mí sus ojos suplicantes:

— ¡Caballero! No le dejéis ir, ha jurado casarse conmigo. Es el enamorado de las once mil vírgenes. Si se va no volveré a verle.

Y ocultando sus redondas mejillas con el delantal, lloró con toda su alma.

El rostro de La Tulipe se tornó rojo como las vueltas de su casaca: no puede sufrir escenas y le desagradan extraordinariamente los reproches que merece. Tranquilicé lo mejor posible a la humilde batidora de manteca y rogué a mi guardia francés no se entretuviese, después de la revista, en alguna embrujada taberna. Lo prometió y le despedí amablemente. Pero no se iba. Cosa extraña, permanecía tranquilo en el estante, inmóvil como las demás figuritas que le rodeaban. Le manifesté mi sorpresa.

— ¡Paciencia! — me respondió. — Yo no iré mientras me miréis, sin contar con las leyes de lo oculto. Cuando

me será fácil salir en un rayo de luna, porque mi naturaleza es muy sutil; pero no tengáis prisa; puedo esperar aún un par de horas; entretanto, si os place, charlaremos.

— ¿Queréis que os cuente alguna historia de los tiempos pasados? Conozco más de una.

— ¡Contad! — dijo Pannychis.

— ¡Contad! — dijo la batidora de manteca.

— ¡Contad, pues, La Tulipe! — dije yo.

Sentóse, llenó su pipa, pidió un vaso de cerveza, tosió y empezó con estas palabras:

— Hace noventa y nueve años, día por día, yo estaba sobre un velador con una docena de camaradas que se me parecían como hermanos; los unos de pie, los otros echados, no pocos faltos de cabeza o de piernas; resto heroico de una caja de soldados de plomo, comprada el año anterior en la feria de Saint-Germain. Tapizaba el aposento una seda color azul pálido; sobre un atril veíase abierta la Plegaria de Orfeo; sillas con respaldo en forma de lira, una papelería de caoba, una cama bajo colgaduras blancas, ornada de rosas; en la cornisa se veían parejas de palomas; todo sonreía con gracia enternecedora.

La luz del velón brillaba suavemente y los reflejos de la chimenea palpitaban como alas en la oscuridad. En bata, sentada junto a la chimenea, su fino cuello inclinado bajo la magnífica cascada de sus cabellos, Julia hojeaba las cartas que, atadas con cintitas de seda, dormían en los cajones del mueble.

Sonó la medianoche; es la señal del paso imaginario de un año a otro. El reloj de péndola donde sonreía un amor dorado, anunciaba el fin del año.

Al unirse las dos agujas sobre la hora, apareció un pequeño fantasma. Un precioso niño salió del gabinete donde dormía, cuya puerta quedó entreabierta y fué en camisa a arrojarle en los brazos de su madre, para desearle feliz año.

— Feliz año nuevo, Pedro... Yo te lo agradezco. Pero ¿sabes tú lo que significa un año feliz?

El niño creía saberlo, pero la madre se enseñó mejor.

— Un año es feliz, querido mío, cuando no han pasado sin miedo y sin odio.

Le besó; le volvió a la cama, donde se quedó dormido, y fué a sentarse otra vez en el velador.

Templaba alternativamente la manteca y las cartas, disecadas. Erase doloroso para ella otro remedio; pero cuando eran descubiertas las cartas, ella había escrito y se trataba de ellas. Estaba de pie, pensando que...



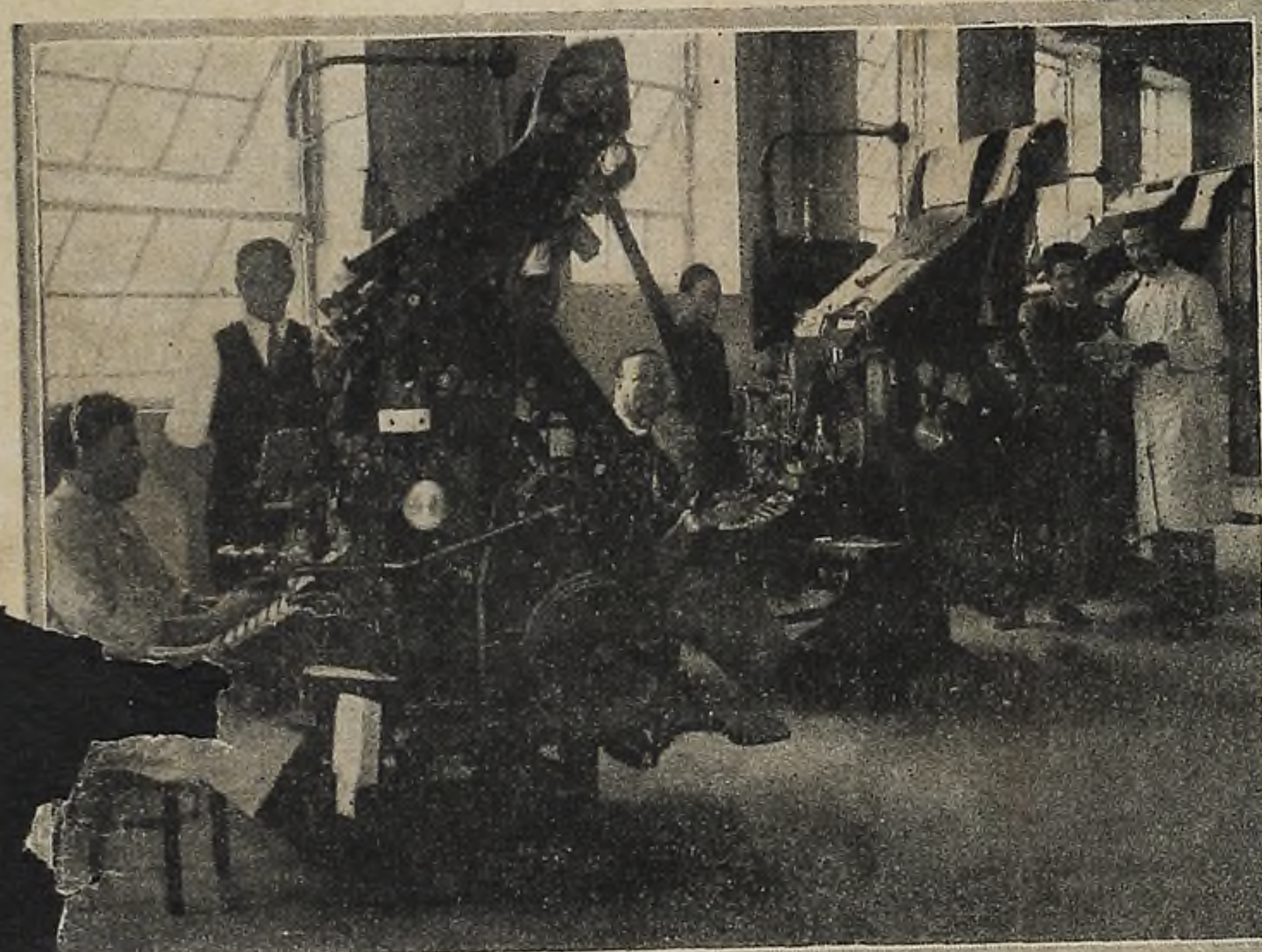
nace "El Hogar"



El director explica a los jefes de redacción y de dibujantes el plan y ejecución del número



Los redactores preparan y ordenan el material literario

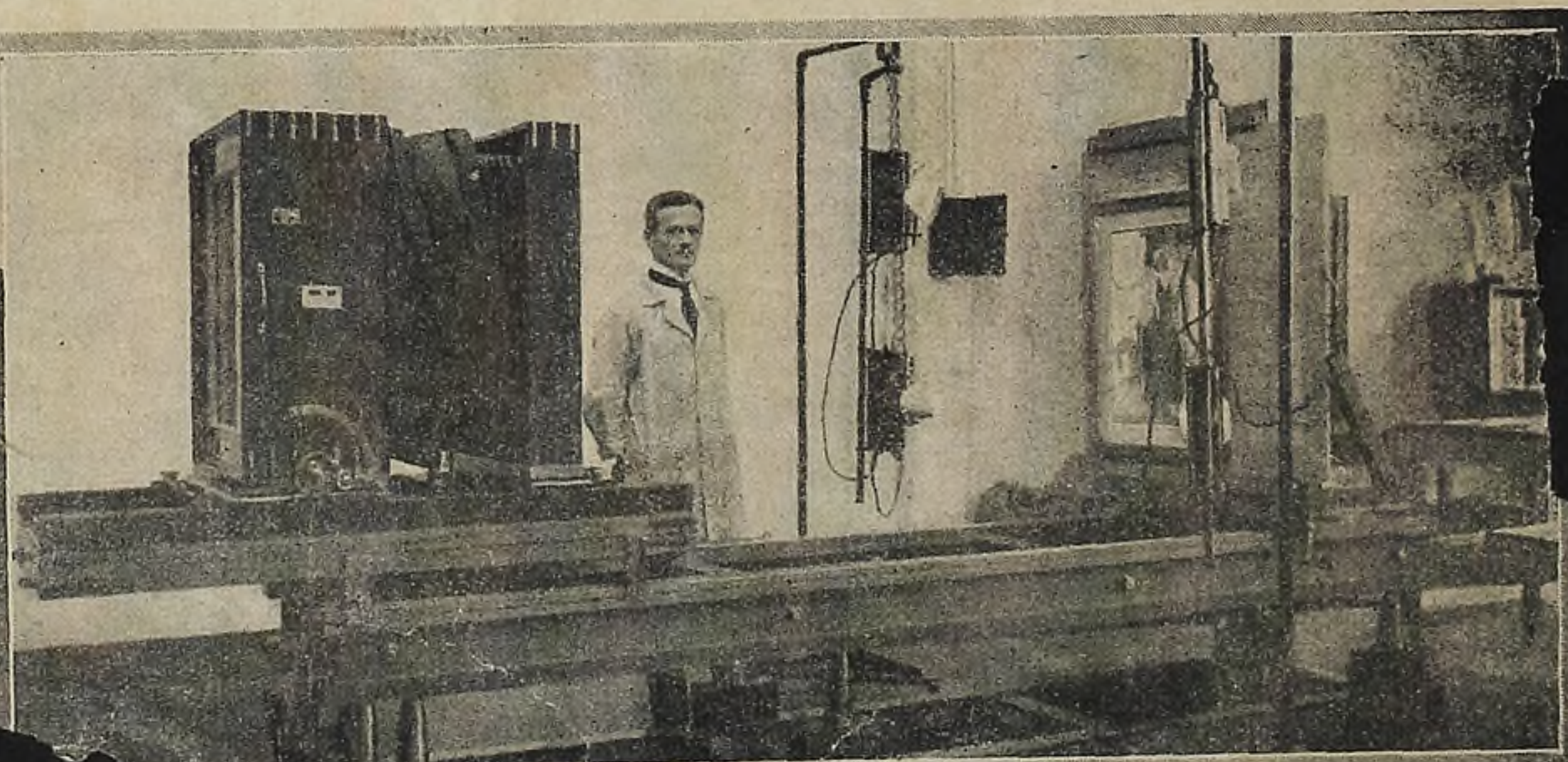


Los originales correspondientes al texto pasan a las linotipos



Los dibujantes distribuyen el material gráfico y ejecutan las ilustraciones necesarias

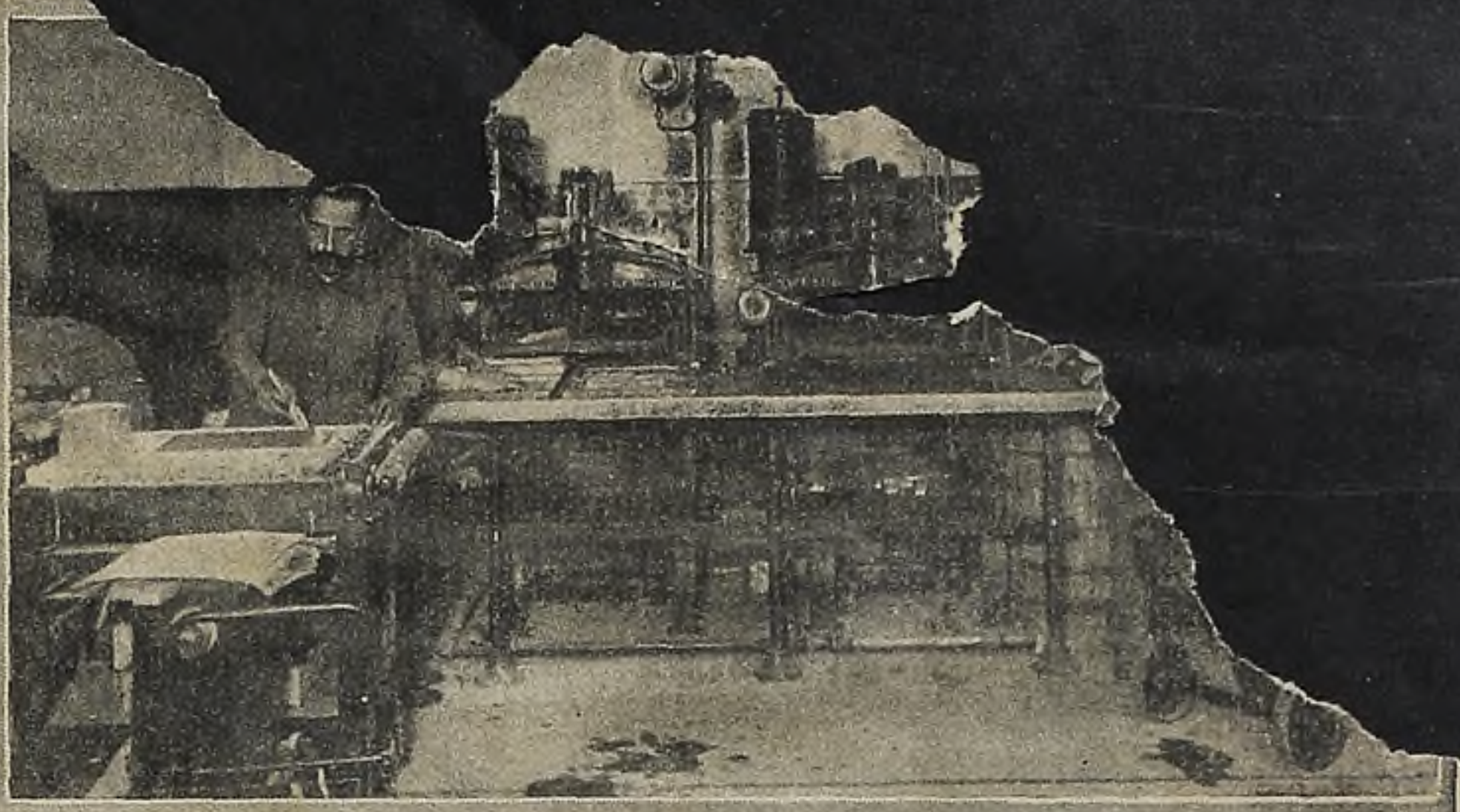
Los cajistas se encargan de las titulares y de los anuncios



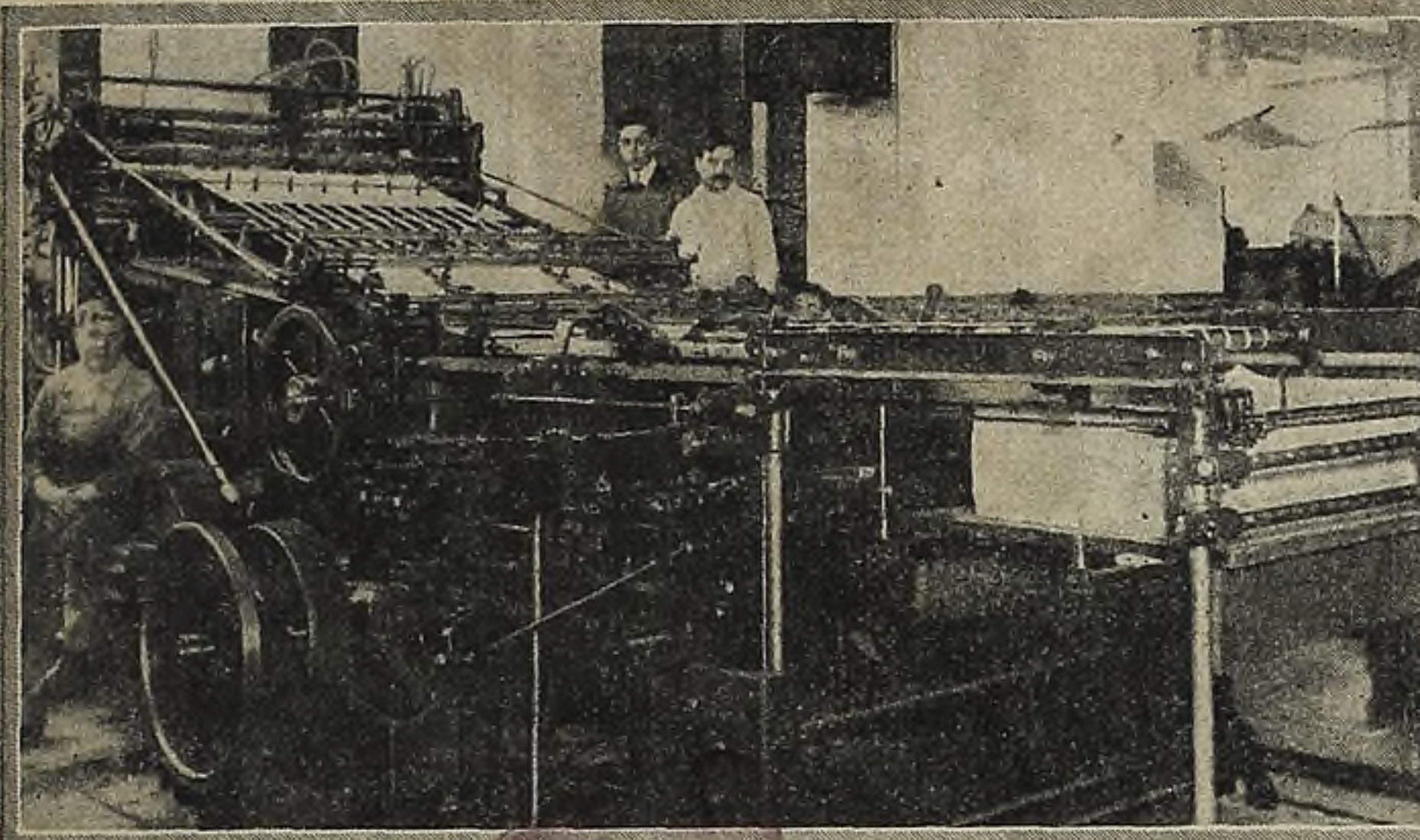
Los originales artísticos pasan al taller de grabados



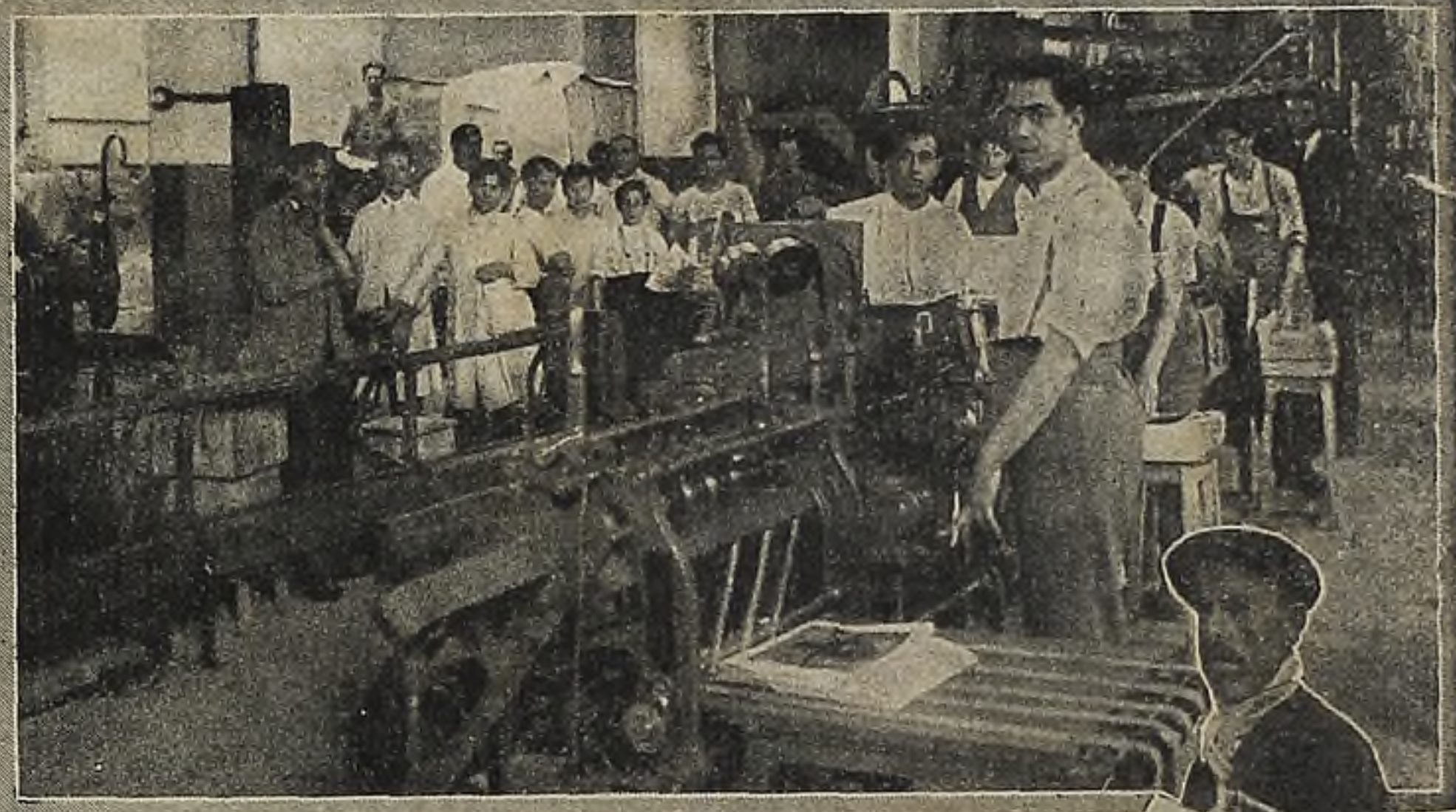
Los tricromistas dan los últimos toques a las carátulas



Las formas de las páginas ya listas pasan a los talleres de estereotipia



Las máquinas imprimen en negro o en colores las nuevas páginas estereotipadas



El número recibe su última operación en manos de los encuadernadores



Ya terminada la edición, en la administración se destina el envío de los ejemplares a nuestros numerosos agentes del interior y del exterior



"El Hogar" se vende a los canillitas durante la madrugada del viernes

Y, por fin, el ejemplar, que tanto tan diversas transformaciones ha experimentado, la venta ca



Parte del personal de la dirección, redacción, ad-



OR qué Juan Ramón casó con María Aurora era algo misterioso que no se explicaba nadie...

Cuando se llevó a cabo la boda, ella era una jovencita de diez y ocho años, bella, grácil y delicada como una flor de invierno. Juan pasaba entonces de los cuarenta. Era corpulento, casi un gigante, hombre de gran corazón; pero tosco, brusco, de tez dura, curtida por los vientos de la pampa. Hasta los doce años, María Aurora había vivido en la abundancia, pero el padre, metido torpemente en malos negocios, y jugador incorregible, acabó por arruinarse estúpidamente.

Juan Ramón fué un servidor leal de la casa, y, diligente, había logrado independizarse, acabando por hacerse dueño de unas hectáreas que le rendían lo suficiente para vivir con desahogo trabajando lo suyo.

La madre de Aurora, Dios sabe después de cuántos sufrimientos y martirios, enfermó; y antes de morir, refugiada en casa del antiguo capataz de su estancia, dijo una noche a Juan Ramón:

—Siento que he de vivir poco, y mi desgraciada hija quedará sola en el mundo... Juan Ramón, en lo que puedas, evita que pase los dolores que la miseria acarrea. Su padre no volverá...

Nunca pudo soñar Juan Ramón que su cariño respetuoso hacia María Aurora pudiera convertirse en un amor avasallante; tampoco hubiera creído la niña que aquel hombre fuerte y tosco, que podía ser su padre, acabase por constituir su verdadero ideal. Pero fué así. Por instinto, comprendió ella que su grácil delicadeza necesitaba un apoyo varonil, y tuvo el convencimiento de que entre sus parientes, jóvenes afeminados, que se dolían de la más leve molestia, y Juan Ramón, capaz de domar un potro en una hora y de sujetar un toro por las astas, había la diferencia que hay de un hombre a un frágil muñequillo. A más, a pesar de su aspecto rudo, tenía Juan Ramón para ella tan delicadas ternuras!...

El amor, augusto padre de la vida, fué el encargado de poner fuego en los corazones, que se reflejó, expresivo, en los ojos, y palabras temblorosas en los labios: todo esto de modo suave, hasta el punto de que las declaraciones de él llegaron a los oídos de ella como divina música esperada, y las palabras afirmativas de María Aurora resonaron en los oídos de Juan Ramón como la cosa más natural del mundo, como sonaban los trinos de las aves en las frescas alboradas de primavera.

Así se habían casado. Tenían dos hijos de cuatro y cinco años, y aquella noche, víspera de Reyes, después de haber acostado a los chicos, María Aurora fué al comedor, donde su marido hablaba con los peones, esperando la hora de la cena.

Le dijo que mientras acostaba a los nenes, que siempre le pedían cuentas para dormir, recordó que se encontraban a 5 de enero y había hablado a los angelitos de los Reyes. Les contó, enfrascándose en la poesía de sus recuerdos infantiles, que cuando era chiquita, chiquita como ellos, ponía sus zapatitos en la ventana, y durante su sueño pasaban los Reyes Magos y dejaban para ella regalitos primorosos que a la mañana siguiente la colmaban de contento y hacían su felicidad.

—Sin darme cuenta, les refería esto, Juan Ramón, y Ricardito, ilusionado, y Manuel no menos, cuando yo creí que ya dormían y quise salir de la pieza, vi que se levantaban y ponían en la ventana sus zapatitos, esperando, sin duda, que mañana encontrarán regalitos que los hagan felices por un día.

—¿Y cómo van a llegar los Reyes hasta estos pagos?...



De cómo Juan Ramón llegó a creer en los Reyes

Por RAFAEL RUIZ LÓPEZ

Ilustración de Juan Hohmann

—Eso te pido, Juan Ramón: que lleguen para nuestros hijos; que después de cenar salgas tú a buscarlos. ¿Irás, Juan Ramón? Los zapatitos los esperan.

—¿Cómo no ir, María Aurora! ¡Si tú lo deseas! Aunque yo creo que no se debe engañar a los pibes con esas patrañas. Para mí no vinieron nunca los Reyes, y maldita la falta que me hicieron.

—Sin embargo, ¡si tú vieras qué dulce es recordar que vinieron alguna vez!...

Después de cenar, nuestro hombre, olvidando el cansancio de la fatigosa faena diaria, se dispuso a poner el recado a su caballo.

—¿Quiere que le acompañe, don?—preguntó uno de los peones.

—Falta no hace, pero si quieres...

La noche era espléndida, clara y poco calurosa. En una escapada podrían ir al pueblo y volver. En tres horas todo quedaría cumplido.

María Aurora salió a la puerta a despedirlos.

—¿Que Dios te pague por este mal rato que te das, por un capricho mío.

—Verte feliz es mi mejor paga, mi vieja.

La mujer se quedó esperando, sintiendo ante la docilidad de aquel hombre sus manos, como un niño.

Juan... sible que volviese... ra cuando sólo pa... al pueblo se emple... de hora y media? ¿Que... gracia podía haber sucedi...

Iba a salir, presurosa, cuando aparecieron en la puerta Juan Ramón, el peón que le había acompañado, cargado con una maleta, y un desconocido, pálido, que a penas podía tenerse en pie.

Era un hombre como de cincuenta años, a quien, milagrosamente, habían salvado la vida. Viajaba con prisa, porque quería llegar pronto a su destino, cuando al atravesar el Monte de los Teros, unos bandidos hicieron fuego sobre él, hiriéndole en el hombro derecho y matándole el caballo. Rodó por el suelo, y los bandidos se preparaban a ultimarle para robarle cuanto llevara; mas la oportuna llegada de Juan Ramón, que atacó, decidido, a los desalmados, les hizo huir en sus pingos más que al galope. Habían recogido al hombre y su equipaje, y allí estaban con él para curarle y prestarle los servicios a que la humanidad obliga.

El desconocido no tenía palabras para agradecer a los de la casa el oportuno socorro. Por fortuna, la herida no tenía importancia; una bala le había rozado el hombro derecho, haciéndole un desgarrón doloroso, pero sin importancia.

Al caer, junto con su caballo, recibió algún daño en la pierna derecha.

María Aurora curó aquellas heridas con mano suave y vendó la del brazo como pudo.

Arreglaron una cama para el herido; pero éste se negaba a acostarse. Quería salir muy temprano, si le prestaran un caballo, para poder llegar a la estanzuela de Los Eucaliptos lo más temprano posible, pues llevaba encargos urgentes.

Le hicieron acostar, prometiéndole que un peón le acompañaría.

Cuando Juan Ramón y Aurora se quedaron solos: —Estaba de Dios—dijo el hombre,—que no habían de llegar los Reyes.

—Lo siento por las pobres criaturas. ¡Qué alegría hubieran tenido!—suspiró María Aurora.—Pero todo sea por Dios. Era más urgente socorrer a ese pobre señor. ¡Mira que si lo hubieran muerto! ¿Qué sería de su mujer y sus hijos?

—Después de todo, los Reyes pueden venir otro día—dijo Juan Ramón.

Se acostaron y no durmieron muy bien. María Aurora pensaba en el desencanto de los pibes cuando, al despertar, fuesen, anhelantes, a buscar los zapatitos; él estaba preocupado por lo mismo. Le había parecido bien el deseo de María Aurora sembrando en la vida de sus hijos recuerdos y llenos de poesía.

Cuando aun no había clareado el día, perimentando una emoción extraña, quitos se dirigían a la ventana. Juan, querido en aquel momento convertirse en un niño, gueto y meterse en los zapatitos. Y alegres de los niños, que palmoteaban de júbilo, y retiraban, temblando, las pelotas pintadas, cajas de sorbetes, preguntó a María Aurora: —¿Fuieste tú?

—No, Juan Ramón. Los Reyes, que vienen de los...

colaboradores de "El Hogar"



¿Que si bien o mal escribo prosa y verso, algún mortal juzga mediocre o genial lo que produzco?... Concibo el indulgente altruismo con que me alienta la humana condición, de donde emana mi natural optimismo.

Fuera, no obstante, diverso mi halago, sin este adverso cariz que mi vida acusa:—¡que hasta cuando escribo en verso, la suerte me trata en prosa!

TIRSO LORENZO.



Antes de que Voronoff pensara en rejuvenecer a la humanidad, ya los fotógrafos se encargaban discretamente de ello, como puede verse en estos retratos de los distinguidos colaboradores de "El Hogar". Sin embargo, confieso lealmente que en lo de quitar años, a mi fotógrafo se le ha ido la mano...

PESCATORE DI PERLE.



A fuerza de dar a la vida figuras y figurones, justo es que haga hoy por mi parte una pequeña concesión a mi vanidad, si bien sigo persuadido de que, poco o mucho, siempre interesarán más al público mis dibujos que el autor.

JUAN HOHMANN.



LA SEÑORITA PALOTES.



Lo que dice mi peluquero acerca de mi personalidad: "El dibujo que hizo usted esta semana, señor, está colosalmente diseñado. Allí hay gracia, emolumento y distinción... ¿Hacemos un lavado de cabeza?... Hay que ver con qué armonía y "confort" pinta usted esos paisajes. ¿Y del estilo? ¿Qué me dice de su estilo?... ¿Le hacemos un masaje?... Hay que ver su estilo, señor; es de lo más puro y castizo que conozco, y eso que he visto a muchos dibujantes: a Pío Baroja, a Padereuski, a Josué Quesada, etc.... ¿Un poco de Bayrrum, señor?", etc., etc.

Como ustedes ven, no puedo quejarme de la vida. Sea como quiera, al final son unos doce pesos, sin contar la pipina...

ARTURO LANTERI.



He oído decir muchas veces que el rostro es el reflejo del alma; en lo que a mí se refiere, puedo asegurar que aquello es mentira. Estoy seguro de no tener un alma regordeta y mo-fletuda, tal como me presentan los retratos...

JOSUÉ QUESADA.



ANÍBAL PONCE



¿Hablar de mi persona? No. Me lo impiden muchas cosas, entre otras, un principio de ética jurídica: no se puede ser juez y parte.

JOSÉ LEÓN PAGANO.



Así como los poetas hablan siempre de ellos mismos, los críticos literarios nos encontramos en la obligación de ocuparnos siempre de los demás. La primera persona no está en nuestro reino. Somos unos desdichados. No conocemos el supremo placer de exhibir nuestras debilidades, de abrir a las gentes la intimidad de nuestro corazón.

El crítico puede decir tú, él, vosotros, ellos. Cuando mucho, se le permite que diga nosotros. Pero la palabra yo—que es la más dulce y la más hermosa de todas las palabras—ha sido desterrada de nuestras lenguas. Y es que los críticos somos los parásitos de la literatura. En la literatura, como en la vida, el parásito puede alabar o censurar a su huésped, pero está prohibido ser el sujeto y el objeto de su propio discurso. Vosotras, mujeres, y vosotros, poetas, sois...

NICOLÁS CORONADO.



No habiendo leyes de estética, toda crítica es una impresión personal; su valor depende de la preparación y honestidad que se suponga en su autor. Si el crítico es un productor, la obra ajena le servirá para definirse a sí mismo. A nada más que esto aspira el que escribe desde hace algún tiempo la "Semana musical" de "El Hogar".

JULIÁN AGUIRRE.



Mejor que una autobiografía es una autofotografía. Y, mejor aún, un auto de seis cilindros.

LUIS CABADA.

Se presentan a nuestros lectores



Esto de pedirle a una señora una fotografía reciente es injusto cuando a tanto hombre que ya no se cuece de un hervor se le publica siempre y en todas partes el mismo retrato: el de la conscripción.

Y eso de pedirle a una, junto con la fotografía, algún dato personal de interés para el lector, es augurarle que por aquélla no se le hará interesante a éste. Y si no le interesa, ¿a qué salirle con conversaciones?

VICTORINA MALHARRO DE CARIMATI.

Tengo dos grandes satisfacciones en la vida: me escribo con Rabindranath Tagore y me tuteo con Firpo.

CARLOS MUZIO SÁENZ PEÑA.

Todavía no tengo una "biografía completa". Espero que alguna vez, un hombre desocupado y de talento, recoja mis cartas, mis versos y mis artículos, y haciéndome decir lo que a mí no se me hubiese ocurrido nunca, escriba una obra "científica", bella y armoniosa. Desde ahora pongo a disposición de ese historiógrafo todos mis borradores y hasta mis papeles en blanco. Estos últimos son los que, seguramente, contienen menos errores.

LUIS MARÍA JORDÁN.

Mi vocación literaria es resultado de una arraigada convicción personal. Persuadido de que el ser humano viene al mundo con el exclusivo objeto de hacer necesidades, pienso que la de escribir para el público es la menos perjudicial y la más divertida de todas, tanto desde el punto de vista del individuo como desde el punto de vista de la colectividad.

E. MÉNDEZ CALZADA.



Soy de los que creen, en defensa propia y de mis mejores amigos, que la cara no es el espejo del alma.

JOSÉ A. ORÍA.

Desde que tuve la peregrina ocurrencia de componer un librito sobre el genio, ilustres polígrafos de aquende el anchuroso océano me han hecho el insigne honor de favorecerme con graciosas suposiciones. Manifiestan unos que para escoger ese tema me considero yo mismo un genio en la intimidad insondable de mi conciencia. Alegan otros que no siendo yo, ni remotamente, según es evidente, un genio, no tengo derecho a expedirme sobre asunto tan seductor. Encantadora tesis, de la que fluyen, espontáneas, sabrosas conclusiones. Les estaría vedado así a los que no son locos ni cretinos escribir acerca de los locos y cretinos. Pero, acaso la deducción más deliciosa consista en que los humildes no podríamos opinar como mejor nos plazca de los poderosos, ni los solteros de los casados, ni los jóvenes de los viejos, ni los hombres de las mujeres, ni los idealistas de los positivistas, ni recíprocamente. ¡Horror! ¡Qué fastidio! Tanto valiera como quitarnos a todos la levadura de la harina o sacarnos de nuestra amable mesa espiritual la sal y la pimienta.

De toda crítica resulta siempre un herido: el autor a quien se critica. De las mías, siempre resultan dos: el otro es el crítico. Porque, ¿dónde está la verdad, dónde está la verdad?

JOSÉ GABRIEL.

Entre los muchos retratos que poseo, tengo especial preferencia por el que está a la vista, por la vaga sonrisa de mi semblante y por el finísimo retoque con que me ha favorecido el fotógrafo.

JUAN PELÁEZ.

ALBERTO PALCOS.



DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ

EDUARDO GÓMEZ DE BAQUERO (ANDRENIO)

RICARDO BAEZA

ANICETO SARDÓ Y VILAR

PABLO P. RELLEDA

Los autores de "El Hogar" se presentan a nuestros lectores

Desde los diez y ocho años—y ya ha transcurrido más tiempo del necesario,—uso esta barba. El llegarla a poseer un día, constituyó uno de mis felices ensueños de muchacho. A esta lúgubre aspiración puede acaso atribuirse la manifiesta tendencia del aludido a las "sensaciones de horror".

H. QUIROGA.

...zas, créalo, señor Director, incitará al previsto Phitarco sudamericano a tejer pacientemente las hebras de quien sabe qué fantástica y subyugadora leyenda. Y como el anhelado y todavía desconocido biógrafo no leerá mis obras ni tendrá noticias de ellas, es evidente que enriquecerá el atrayente relato de mi tránsito por este mundo con la juiciosa sospecha de que he sido un ciudadano bueno y prudente.

Y esto, es, señor Director, todo lo que, honestamente, puede decir en pocas líneas un hombre que defiende con vehemencia sus ilusiones.

ALEJANDRO CASTIÑEIRAS.

¿Mi autobiografía? Me resisto a escribirla, señor Director.

¿Por qué quiere usted quitarme la dulce esperanza de que alguien relate en bella prosa o inspirados versos los maravillosos episodios de mi vida? ¿Para qué limitar con la crónica rigurosamente exacta de mis inocentes aventuras la posible e infinita imaginación de mi futuro biógrafo? El fascinante misterio de mis andanzas, creólo, señor Director, incitará al previsto Phitarco sudamericano a tejer pacientemente las hebras de quien sabe qué fantástica y subyugadora leyenda.

Cuando niño, vivía al lado de una importante línea ferroviaria. Desde las ventanas de mi cuarto solía entonces observar con curiosidad profunda los trenes que entraban y salían de la ciudad. Viajar en ellos y en los buques; ver ciudades, hombres y apreciar sus mentalidades, tal fue el primer anhelo de mi vida. Recorrí desde entonces todos los países de Europa. He vivido en Suiza, Francia e Italia; vi los magníficos estrechos de Constantinopla; admiré la belleza desconsoladora de las rocas escandinavas; conocí la calle de Alcalá y la Puerta del Sol; pasé largos años, sumamente instructivos, en la gran república norteamericana. Hoy me encuentro en la Argentina, que, después de tantas peregrinaciones, me parece una buena nación; pues siento que, ante mis experiencias sobre la fragilidad de las cosas y la ineficacia humana, las impresiones recogidas en este país son, al fin y al cabo, las más consoladoras o, con seguridad, las menos aflictivas.

"Di siempre la verdad"—me enseñaron. La dije, en perjuicio mío, y fui elogiado.

"Di siempre la verdad"—me repitieron. La dije, en beneficio mío, y fui vituperado.

Hoy miento, en favor de los demás y en perjuicio mío, y los semejantes que me rodean me aman cordialmente.

EUGENIO JULIO IGLESIAS.

¿CÓMO SOY?

Altivo, audaz, pendenciero, con jactancia de valiente, en el ataque, prudente, pero, en la réplica, fiero. Hecho a lides de la espada la mansedumbre me hastía, que por guerrear viviría en lucha hasta con mi [amada].

Tal es mi retrato, en suma, mas, nacido en esta edad de sutil habilidad, la espada trocése en pluma.

ENRIQUE R. LAVALLE.

Me llamo RAFAEL RUIZ LÓPEZ, nací en Arjonilla (Jaén, España), el 20 de febrero de 1871, y como hasta ahora no me he muerto, abrigo la esperanza de llegar a la inmortalidad.

Aquí donde ustedes me ven, favorecido generosamente por el fotógrafo (soy, ¡ay!, más feo que lo que parece), vivo del cuento y con tan buena fortuna que no registro entradas en la Policía. No es que no las merezca; es que, como casi siempre hago mis cuentos a los niños y a las personas ingenuas, no encontré todavía quien me delatase.

Animado por esta impunidad, estoy decidido a continuar mi lucrativa profesión mientras haya niños y gentes ingenuas dispuestas a tragarse mis cuentos.



MONO...GRAFIA

Soy un animal perfecto. Si como hombre represento al animal más aburrido de la creación, como animal que enseña y divierte a los ingenuos, soy un gran hombre. Esa es toda mi sabiduría... Por otra parte, seis años de "Hogar" metropolitano, en trato frecuente con hidalgos, han afinado mis calidades raciales; aguzado mi "ingenio azucarero" (no olvidar que nací en Sucre, Bolivia), desarrollado y enriquecido mi lengua, a tal punto que hoy me conceptúo uno de los animales más distinguidos del país, excepción hecha de algunos directores de repartición pública. Em-



Mi "alter ego" presenta a JULIO FRANZOSO

Colaborador de "El Hogar".

¿Años? Veintitrés. (Mal empleados, ¿verdad, lector?)

¿Señas particulares? Escribecuentos. (Que nadie lee...)

¿Entradas en la comisaría? Dos. La primera; de chico, por perderse. La segunda, de grande, por no llevar farol en la bicicleta...

No fuma. No bebe. En cambio, juego al billar... ¿Novia? Misterio...



Soy árabe por lo moreno y lo oriental, y cuando escribo, me envuelvo en la túnica que huele a naranjos, y calzo las sandalias que fueron a la Meca, para orar por aquella mujer que no veré nunca más.

F. BARRIOS

VALLEJO.

JOSÉ CONTRERAS.

Desde que me inicié, en 1912, en el arte de la ilustración, hasta hoy, que ha sido gentilmente admitida mi colaboración en "El Hogar", hice siempre malos diseños de la Gloria y peores aún de la Fortuna.

borrar la mala impresión que dejará este retrato en todos aquellos que han creído adivinarme a través de mis modestas colaboraciones.



Dígase lo que se quiera, esto de exponer la propia fisonomía al juicio de los lectores, es un acto de valor que reconozco en todos los que me acompañarán en el trance. Pero a fe de JOSÉ SERRANO, de profesión dibujante, que no viviré tranquilo hasta que varias nuevas ediciones vengan a borrar la mala impresión que dejará este retrato en todos aquellos que han creído adivinarme a través de mis modestas colaboraciones.

JOSÉ CONTRERAS.

En Montevideo, el 14 de julio del año 1880 vine a este mundo, undécimo en la docena de hijos que tuvo mi madre, quien, para alivio, cantó en mi caso La Marsellesa. Tal fué mi signo: ir transformando el dolor en canción: una canción que continúa, y ojalá termine bendiciendo la vida, inspirando concordia entre los hombres y alabando a Dios.

EDMUNDO MONTAGNE.

M. MARTÍNEZ JEREZ.



Al honrarme el señor Director de "El Hogar" reduciendo en estas páginas lo que el buen fotógrafo ha dado en llamar mi "portrait", me brinda la oportunidad de explicar a cuantos interese, que el garabato con que firmo mis trabajos quiere decir

C. DÍAZ.

Al honrarme el señor Director de "El Hogar" reduciendo en estas páginas lo que el buen fotógrafo ha dado en llamar mi "portrait", me brinda la oportunidad de explicar a cuantos interese, que el garabato con que firmo mis trabajos quiere decir

C. DÍAZ.

M. MARTÍNEZ JEREZ.



RODOLFO FRANCO

GREGORIO LÓPEZ NAGUIL

JOSÉ MONTERO LACASA

CÉSAR CARRIZO

PEDRO HERREROS



RICARDO MONNER SANS

RODOLFO FRANCO

GREGORIO LÓPEZ NAGUIL

JOSÉ MONTERO LACASA

CÉSAR CARRIZO

PEDRO HERREROS



RICARDO MONNER SANS

RODOLFO FRANCO

GREGORIO LÓPEZ NAGUIL

JOSÉ MONTERO LACASA

CÉSAR CARRIZO

PEDRO HERREROS



RODOLFO FRANCO

GREGORIO LÓPEZ NAGUIL

JOSÉ MONTERO LACASA

CÉSAR CARRIZO

PEDRO HERREROS



RICARDO MONNER SANS

RODOLFO FRANCO

GREGORIO LÓPEZ NAGUIL

JOSÉ MONTERO LACASA

CÉSAR CARRIZO



PEDRO HERREROS

RICARDO MONNER SANS

RODOLFO FRANCO

GREGORIO LÓPEZ NAGUIL

JOSÉ MONTERO LACASA



CÉSAR CARRIZO

PEDRO HERREROS

RICARDO MONNER SANS

RODOLFO FRANCO

GREGORIO LÓPEZ NAGUIL



RICARDO MONNER SANS

RODOLFO FRANCO

GREGORIO LÓPEZ NAGUIL

JOSÉ MONTERO LACASA

CÉSAR CARRIZO



PEDRO HERREROS

RICARDO MONNER SANS

RODOLFO FRANCO

GREGORIO LÓPEZ NAGUIL

JOSÉ MONTERO LACASA



CÉSAR CARRIZO

PEDRO HERREROS

RICARDO MONNER SANS

RODOLFO FRANCO

GREGORIO LÓPEZ NAGUIL



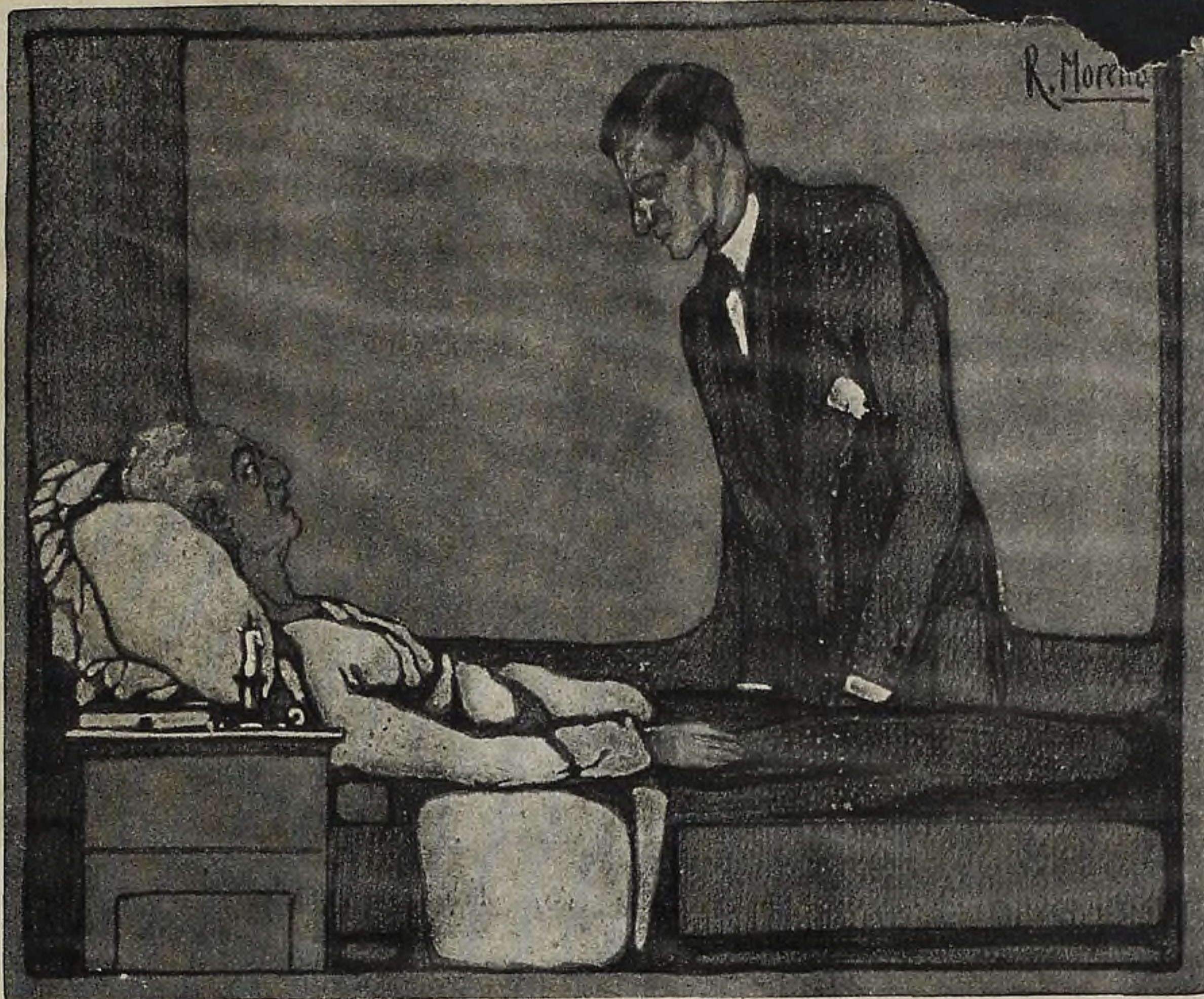
PEDRO HERREROS

RICARDO MONNER SANS

RODOLFO FRANCO

GREGORIO LÓPEZ NAGUIL

JOSÉ MONTERO LACASA



—¿Sabe usted, doctor, qué hora es?...
—¿Sabe usted, doctor, qué hora es?...
—¿Sabe usted, doctor, qué hora es?...



DESPUÉS de una larga caminata por la ciudad, visitando a sus enfermos, el doctor Garrido regresó a su casa para entregarse a un merecido descanso; pero no había hecho más que soltar el sombrero y el bastón, cuando el fámulo comunicóle una desagradable sorpresa:

—Don Roque le llama urgente; parece que el pobre se va no más...

El médico hizo una mueca de desagrado, y refunfuñando púsose el sombrero.

—Mis enfermos se han puesto de acuerdo para no dejarme hoy tranquilo.

Y después de consultar el cronómetro exclamó, dirigiéndose apresuradamente a la calle:

—Falta media hora para las doce, y don Roque tiene apuro en saldar las cuentas a fin de año.

A Garrido no le gustaba hacer esperar a sus clientes, aunque no le pagasen. Sabía, por demás, que en los trances de muerte, la presencia del médico siempre es comfortable. Así que, con toda diligencia, pronto hallóse en la casa de don Roque. El enfermo, apenas le vió llegar, incorporóse trabajosamente y le instó con un gesto para que se le acercara.

—¿Sabe usted, doctor, qué hora es?—preguntóle débilmente, a la vez que sus manos se aferraban a las sábanas con una crispación nerviosa.

—Las doce menos cuarto—repuso Garrido, tomándole el pulso discretamente.

El enfermo hizo un esfuerzo para hacerse oír, y en voz baja exclamó:

—No me quedan más que quince minutos de vida.

—¿Usted, qué sabe! ¿Acaso la muerte avisa cuando llega? No piense en eso; le encuentro mejor que esta mañana, y si sigue así, pronto le daré de alta.

—No embrome, doctor; en vez del alta, me va a tener que dar la baja.

—¿Por qué se obstina tanto en querer morir?

—Sé que ni usted ni nadie puede salvarme.

—La ciencia hace milagros, don Roque.

—No se resucita a los muertos.

—Sin embargo, su enfermedad puede curarse; la tristeza se cura con la alegría... ¡Alégrese, pues, don Roque!...

—Ahora, no me interesa vivir.

—La vida es preferible a la muerte.

—Hace cuarenta años—añadió don Roque, sonriendo desdeñosamente,—cuando alguien me hablaba de la muerte, yo me reía de la posibilidad de desaparecer del mundo.

Creía que era inmortal, pues no había obstáculo que no venciera ni gloria que no conquistase. Fui afortunado en el juego y en amores; la riqueza era mi felicidad y la mujer mi solaz y entretenimiento. En Buenos Aires, yo acaparé la celebridad pública; los hombres se disputaban mi mano y las mujeres mi sonrisa, y lo mismo en la Opera que en Mar del Plata, donde yo estaba no existía otra figura más atrayente y fascinadora. Confieso que la

Vida nueva

Cuento de Año Nuevo

Por F. BARRIOS VALLEJO

Ilustración de R. Romero

adulación me hizo altivo y desdenoso; me creí superior a todos y a mí mismo, y fui cruel, vengativo y déspota. Como tenía dinero, nadie me regateaba ningún capricho; me propuse ser hombre de talento sin tener ninguna idea, y no faltó quien, de buen talante, pregonara mi sabiduría; quise aparecer como virtuoso y magnánimo, y me adjudicaron todos los títulos, sin méritos para semejantes distinciones; y en fin, cansado de serlo todo, concluí por convencerme que nada había sido. Entonces...

Garrido le interrumpió, impaciente:

—Vea, don Roque, que le va a hacer mal; ya le he dicho que debe hablar lo menos posible.

—Entonces—repitió el enfermo, sin cuidarse de la reconvencción,—tuve aquel rasgo extravagante que usted conoce: regalé mi fortuna a los pobres.

—¿Por qué hizo aquel disparate?—preguntóle a su pesar el médico.

—Estaba cansado de ser rico y deseaba saber hasta qué punto tenían razón los pobres.

—Y ya ha visto, don Roque, cómo le han pagado su generosidad: le cerraron las puertas por miedo de que fuera a pedirles algo de lo mucho que les había dado.

El enfermo suspiró tristemente, y poniéndose la mano en el pecho, como si sintiera un dolor agudo allí dentro, dijo en un tono cada vez más bajo:

dencias, le acometió un ligero desmayo, del que volvió en sí con una dolorosa congoja.

—Basta, don Roque—le ordenó imperativo el médico;—duerma tranquilo y no piense en la ingratitud de los hombres. Yo, si fuera a tener en cuenta eso, en vez de sanarlos, los mataría a todos.

—¿Y a los pobres?

—A todos, le digo; la naturaleza no es diferente, ni las pasiones tampoco. El hombre, rico o pobre, siempre es el mismo. La ingratitud es igual en todos los estados sociales. El mal tiene su soberanía en el universo.

Como el facultativo se diera cuenta que hablaba a solas, pues el enfermo se hallaba, al parecer, dormido, retrocedió sigilosamente hacia la puerta; pero en ese instante don Roque abrió los ojos y le llamó con una voz que más bien parecía un eco:

—¿Son las doce, doctor?

El facultativo, complaciente, miró el reloj, y guardó silencio.

—¿Cuántos minutos faltan?

Y Garrido, sin darse cuenta, repuso quedamente:

—Un minuto.

Don Roque abrió desmesuradamente los ojos, que parecían iluminados por una llama azul fantástica, sus manos, finas y transparentes, se alzaron en la actitud de una plegaria, y su boca, hasta entonces rígida, contrajose con una sonrisa de fe o de esperanza.

—Ahora sí que voy a descansar tranquilo—musitó con alegría, como si en lo invisible e inexcrutable viera el eterno reposo de la vida.

Luego, tendióse a lo largo, cruzó las manos sobre el pecho, como los mártires y los santos, y dirigiendo una mirada dulcísima a Garrido, le dijo con voz firme:

—Adiós, amigo... Fui lo que quisieron que fuera; de hoy en adelante, seré otro... ¡Año nuevo, vida nueva!...

El médico inclinóse sobre el enfermo, escuchó atento, y como si le acometiera de súbito un temor supersticioso, apresuróse a consultar el cronómetro... Eran las doce en punto... Había terminado el último minuto de aquella vida.

—¿Quién pudo advertirle a don Roque que se había de morir el treinta y uno de diciembre a las doce en punto de la noche?—preguntóse Garrido, con cierta inquietud; y como no hallara la respuesta, dirigióse a la calle.

En aquel instante estallaron los cohetes, con sus luces en el cielo, y las campanas...



Veinte años de Bellas Artes - 1924

Por JOSE LEON PAGANO

HACE veinte años era fácil reducir a una síntesis rápida el estado efectivo de nuestro arte plástico. La escultura se limitaba a un solo nombre: Lucio Correa Morales. Francisco Cafferata había puesto fin a su vida, en 1890. La pintura, en cambio, sin alcanzar un desarrollo colectivo, congregaba ya unidades capaces de integrar un núcleo definido. Debe anotarse este hecho, porque a partir de él la pintura y la escultura realizan de pronto afirmaciones tan significativas como insospechadas. No es que antes faltaran artistas. Los hubo, y su persistir fué heroico, dadas las condiciones negativas del ambiente. El cuadro sinóptico de nuestra historia artística es en extremo reducido, si excluimos las dos últimas décadas. Durante el primer cuarto del siglo emancipador casi no hay vestigio de arte en Buenos Aires. En los cincuenta años posteriores de 1825 a 1875, ningún argentino influyó en sus contemporáneos, indiferentes, si no hostiles, a cuanto esfuerzo realizan las iniciativas precursoras. Y de Pedro Prilidiano Pueyrredón a Martín L. Boneo se evocan nombres, se recuerdan obras con frecuencia mejor intencionadas que realizadas. Mas el primer núcleo constitutivo de nuestro



ERNESTO DE LA CÁRCOVA



ANGEL DELLA VALLE



CESÁREO BERNALDO DE QUIRÓS



PIO YRURTIA

arte lo inicia Eduardo Sívori y llega hasta Ernesto de la Cárcova. Comprende la actuación de Angel Della Valle, Reinaldo Giúdice, Graciano Mendilaharsu, Augusto Ballerini, Eduardo Schiaffino, Severo Rodríguez Etchart y Emilio Caraffa. Cito estos nombres por orden cronológico. Definen el momento que podemos llamar de transición. Pero aun dentro de ese término existen jerarquías. Es este, quizás, el grupo menos estudiado, menos conocido. Sin embargo, no cabe confundir a quienes lo integran. Entre un de la Cárcova y un Ballerini hay no poca distancia. De la Cárcova ya parece de otra época, le mueve otra sensibilidad. No sólo por su visión, en cierto modo renovadora, sino también, y sobre todo, por la "cantidad" de pintor evidenciada en él. Si no otra cosa, el lienzo que mejor le representa, "Sin pan y sin trabajo", obedece a un estado de alma colectivo. Cuando lo pintó su autor, existía en Europa un "arte social". Se modernizó el Evangelio. Jesús mezclábase a las escenas fabriles o rurales, guiando movimientos obreros, al ritmo de una épica subversiva. Sin mengua de anacronismo, la túnica inconsútil rozábase con la blusa artesana. De tal suerte renovaron los pintores "rojos" la heroína del Galileo. En ninguna galería europea faltan ejemplares de "arte social". De la Cárcova residía por entonces en Italia, y experimentó el influjo del momento, objetivándolo en su lienzo máximo. Parece, repito, obra de otra época. No concuerda ahora con la sensibilidad del artista — ni con la nuestra — pero es, sin duda, representativa de un estado de alma universal. Ernesto de la Cárcova es el único sobreviviente del núcleo aludido en quien se remoja el ansia de superación.

Menos consistente es la obra campera de Angel Della Valle, a la que debe, empero, su mayor nominación. Si se le compara con los antecesores y los coetáneos, sus cuadros de costumbres campestres adquieren, desde luego, un mérito singular. Pero considerados en sí mismos, es difícil relacionarlos con la energía renovadora que opone a ellas la generación inmediata. También fué Della Valle retratista, y acaso sea en este género donde se halle su labor más perdurable. Otros títulos, además, poseía Della Valle: el de maestro. El y Reinaldo Giúdice fueron durante muchos años los solos profesores de la Sociedad Estímulo de Bellas Artes, único centro de educación artística del país entonces.

Algunos atisbos de modernidad se advierten en Eduardo Sívori, no muy sobresalientes, pero atisbos al fin. Sus paisajes nos le muestran preocupado por el problema atmosférico; pero cuando propendía a ello ya era Sívori hombre de muchos años para renovarse. Su ejemplo es doblemente admirable. El organismo declinaba



FERNANDO FADER

y manteníase alerta el espíritu. Dejó varios lienzos dignos de recordarse.

El esfuerzo de todos ellos es sin duda muy significativo, máxime si se tiene en cuenta la situación nada propicia del medio en que actuaron. Las exposiciones colectivas eran escasas, y sus resultados económicos nulos. El artista realizaba un cuadro y lo exhibía invariablemente en una casa de comercio de la calle Florida. Agolpábanse los curiosos, atraídos por el acontecimiento, mas el cuadro no hallaba adquirientes. Pocos lienzos argentinos, como "La vuelta del malón", de Della Valle, suscitaron coros de loanzas, más sostenidos y unánimes. Pero el cuadro quedó sin venderse. Por fin lo adquirió el gobierno muchos años después, pagando por él 3.500 pesos!

Con todo, no puede este núcleo de artistas reintegrarse al de los iniciadores. El ciclo precursor lo abre Pedro Prilidiano Pueyrredón — 1823-1871 — y lo cierra Enrique Shéridan — 1838-1871. — No me atengo a la sola nomenclatura cronológica. Existe una evidente diferencia, índice de otros hábitos mentales. Es otra psicología, observada, por lo demás, en todas las actividades del alma nacional. Tampoco son los continuadores de aquéllos. No les une ningún vínculo. Nada existe que sea común a unos y a otros. No se apoyaron en los nativos para desarrollar su arte. Siguiendo el ejemplo de los predecesores, acudieron a los centros de cultura tradicional, con pres-

cindencia de cuanto se había implantado aquí.

En parte, esto explica el salto que importan sus realizaciones respectivas. Por causas idénticas, tampoco se les puede integrar al arte nuevo. Constituyen, según he dicho, un núcleo intermedio, un punto señero. Entre una figura de Pueyrredón y una de Cárcova existe la misma distancia que va de un paisaje de Ballerini a uno de Fader. Importaron credos caducos. Lo vital de la lucha presenciada en el Viejo Mundo los dejó indiferentes. Ninguno de ellos comprendió la honda renovación que se operaba en Europa. Ni comprendieron la modernidad del arte en sus conquistas del "plein-air", ni se asomaron a ella atraídos por los impresionistas. Sin embargo, algunos de éstos se denominan a sí mismos "precursores", con ejemplar inmodestia. En realidad, se mostraron dóciles a un arte conservador no sólo en sus formas, sino también en su espíritu. No precursoraron, pues, ni podían precursar a quienes les aventajan sin haberles seguido. Ninguno de ellos influyó en nuestros artistas de hoy. Más aún: el verdadero mérito de éstos consiste en no tener con aquéllos afinidad alguna.

Para modificar substancialmente las condiciones de nuestro arte, apenas fué menester una generación. En efecto, colaboran en el cambio hombres más próximos al primer grupo que a los sucesores. Tal Martín A. Malharro. A él le corresponde el mérito de haber sido el primero y más eficiente comentarista del impresionismo. Tras la teoría, vino la práctica. Quien recuerde las tres exposiciones organizadas por los asociados del "Nexus" sabe cómo y cuándo se inicia entre nosotros el arte nuevo. Fueron tres las exposiciones: dos de pintura y escultura, efectuadas en la casa Costa; y una de blanco y negro, realizada en la galería Witcomb. El inspirador del "Nexus" fué Pío Collivadino, artista de excepcional doctrina, espíritu alerta, juvenil, en quien el saber se equilibra armoniosamente con la emoción cálida. Constituían el "Nexus", además de Collivadino, Fernando Fader, Cesáreo Bernaldo de Quirós, Carlos P. Ripamonte, Alberto M. Rossi, Justo Lynch y Arturo Dresco. Rogelio Yrurtia prestó su concurso, mas no concurrió a ellas. Pero él ya había dado la medida de su talento con la exposición individual, efectuada en la misma casa. Allí se exhibieron "Las Pecedoras". A partir de aquel período, nuestro arte entra de lleno en las vías de sus mejores afirmaciones. Un resumen de esta índole



EDUARDO SÍVORI



REINALDO GIÚDICE



MARTÍN A. MALHARRO



ARTURO DRESCO



PIO COLLIVADINO



ERNESTO SOTO AVENDAÑO

(Continúa en la pág. 115)



RAVANTI



PABLO CURATELLA MANES



TITO CITTADINI



JORGE BERMÚDEZ



JORGE SOTO ACEBAL



PEDRO SONZA BRIANO

El don invisible

Cuento de Reyes

Por DELFINA BUNGE DE GALVEZ

Ilustración de Juan Carlos Huergo

En la víspera de Reyes.—Cholita, ocho años; Gabriel, 9; Marta, 10; son hermanos. Alfredo, 12 años, primo de los anteriores.



HOLITA.—¡Cómo me gustaría ver a los Reyes! El año pasado yo trataba de tener los ojos abiertos, muy abiertos; pero estos Reyes vienen demasiado tarde; por más esfuerzos que hice, me dormí.

ALFREDO.—¡Mejor!

CHOLITA.—¿Cómo, mejor?

ALFREDO.—Sí; porque si hubieras conseguido quedarte despierta hubieras visto que no había Reyes...

GABRIEL.—¡Pero, si siempre nos ponen juguetes!

ALFREDO.—Se los ponen unos Reyes que se llaman papá y mamá.

CHOLITA.—Si fueran papá y mamá no habría necesidad de poner los zapatos debajo de la chimenea. Además, papá y mamá, a esa hora, están durmiendo...

ALFREDO.—No seas tontita. Mira; Amelia me contó que su mamá le dijo: "Ya eres grande para creer en los Reyes. Te llevaré a la juguetería para que elijas un juguete a tu gusto."

GABRIEL.—Los Reyes tienen mucho que hacer con los más chiquitos; entonces su mamá, para evitarles trabajo...

ALFREDO.—Pero, ¿no te he dicho que le dijo a Amelia: "Eres grande para creer en los Reyes"?

CHOLITA.—Pues, los grandes son los que más creen. ¿No has visto a abuelita cómo se lo pasa desde un mes antes preparando el Pesebre? Si no creyera...

ALFREDO.—Robertito también se ríe de los Reyes...

GABRIEL.—Y por eso no le ponen nunca nada. Cuando no creen ellos, los Reyes se enojan...

MARTA.—Es cierto lo que dice Gabriel. Mamá nos ha dicho muchas veces que el que tiene fe consigue las cosas, mientras que el que no la tiene... Si tú no crees en los Reyes tampoco te pondrán nada.

GABRIEL.—Lucio es mayor que tú, y cree...

ALFREDO.—¡Ja, ja, ja! Si Lucio es el que más me ha convencido de que no es cierto; él se hace el que cree para que no dejen de ponerle algo.

CHOLITA.—(Que no escucha a Alfredo.) ¡Qué lindo sería que mamá dejara esta noche sus zapatos en la chimenea, y los Reyes le pusieran un bebé!... ¡Me gustaría tanto tener un hermanito chiquitito!

GABRIEL.—¡Qué ocurrencia! ¡Cómo lloraría el pobrecito metido en un zapato! Y, acaso, ¿iba a caber?

CHOLITA.—Pero podrían dejarlo en una canastita, en un "moisés", encima de los zapatos... Yo nací el día de Navidad; seguro que me trajo el niño Jesús...

ALFREDO.—¿Y se creará esta tontita que ha sido un gran regalo para su mamá?

CHOLITA.—Claro que sí; la prueba es que mamá me dice siempre: "mi tesoro"...

ALFREDO.—En eso mismo que dijo Cholita tienen la prueba de que lo de los zapatos no es cierto. En unas casas les dicen que es el Niño Jesús quien trae los regalos; en otra, que los Reyes; en otra, que una tal Santa Claus...

GABRIEL.—Pero eso, ¿qué tiene que ver con que sea o no verdad! ¿Por qué no han de poder ir a unas casas el Niño, a otras los Reyes? A casa de tío Alejandro va San Nicolás: yo mismo lo he visto.

MARTA.—Y yo también; pero eso..., no sé; me parece un poco menos cierto que los Reyes...

GABRIEL.—Cuando le preguntamos a San Nicolás por qué llegaba tan cansado, nos dijo que era porque había perdido la costumbre de caminar en la tierra. Los caminos del jardín, porque tenían polvo de ladrillo, le parecían ásperos, y los botines muy duros. Pero, claro, no podía presentarse a nosotros así como anda en el cielo. Para venir a las casas tenía que arreglarse de otro modo...

CHOLITA.—De todas maneras, era distinto a todos; tenía una barba blanca, y un traje...

ALFREDO.—Pero, ¿no vieron que era un peón disfrazado?

GABRIEL.—¡Un peón! Si cuando llegó parecía que se ponía más lindo el jardín. Y se quedó parado en el portón, como esperando. Cuando vió que había chicos entró...

CHOLITA.—El pobre San Nicolás andaba jadeante, con su bolsa al hombro, para traernos los juguetes...

ALFREDO.—Pues yo no creo ni en los Reyes, ni en San Nicolás, ni en el ratón Pérez.

CHOLITA.—El ratón Pérez puede ser que sea cuento; ¿qué va a poder un ratón? Pero los Reyes Magos es distinto. Los Reyes Magos están en la Historia Sagrada...

ALFREDO.—En los Reyes que están en la Historia Sagrada, claro que creo. Pero lo que no creo es

que bajen a la tierra, ni que traigan juguetes...

MARTA.—Eres un desagradecido: todos los años te traen juguetes, y dices que no crees.

ALFREDO.—Pero, ¿cómo van a bajar los Reyes por las chimeneas? No pueden y no pueden...

MARTA.—Por las chimeneas o por cualquier parte, si Dios quiere que bajen... ¿Acaso hay algo imposible para Dios?

ALFREDO.—Bueno, bueno; yo no sé qué pensar... Me pasa una cosa rara: desde el veinticinco de diciembre empiezo a creer un poco en los Reyes, y voy creyendo cada vez más. El cinco de enero ya creo mucho, y esa noche y a la mañana siguiente creo del todo. Pero el siete y el ocho, cuando todo aquello se ha acabado, empiezo a ponerme triste; y después ya no creo nada en todo el resto del año.

MARTA.—Es que te olvidas... Hoy es ya cinco; es tiempo de que creas...

ALFREDO.—Sí; pero este año me cuesta más creer que los otros años. No creo..., aunque es más lindo creer que no creer.

El día de Reyes.—Los mismos

GABRIEL.—¿Y ahora crees, Alfredo, en los Reyes? ¡Mira cuántas cosas lindas nos pusieron!...

CHOLITA.—¿Y a ti te trajeron algo?

ALFREDO.—(Pensativo.) Sí, sí; algo muy lindo. Sí, sí; creo en los Reyes...

MARTA.—Sí; ya sabemos: crees hoy porque es seis de enero, pero mañana ya no creerás.

ALFREDO.—Ahora es para todos los días, para toda la vida...

MARTA.—Lo dices con un aire, que más bien parece que no creyeras...

ALFREDO.—Es que ahora creo de otro modo que cuando era chico como ustedes.

MARTA.—¡De anoche a hoy Alfredo se ha vuelto grande!

ALFREDO.—Ahora creo más, y es más lindo...

GABRIEL.—Pero entonces, ¿por qué miras con esa cara nuestros juguetes? ¿Estás resentido? ¿Acaso lo que te regalaron a ti no te ha gustado?

ALFREDO.—Al contrario; no lo cambiaría por ninguna de estas cosas.

GABRIEL.—¿Es más lindo que mi fusil?

MARTA.—¿Más lindo que mis patines?

CHOLITA.—¿Más lindo que mi muñeca en su canastita?

ALFREDO.—Muchísimo más... Es más lindo que todos los juguetes del mundo.

CHOLITA.—¿Qué será? ¿Viste quizá a los Reyes?

ALFREDO.—Y más que verlos; los he comprendido.

MARTA.—¡Cuenta, cuenta!

ALFREDO.—Me acosté anoche pensando en nuestra conversación, y principalmente, en aquello que dije: Más lindo es creer que no creer. Me acordé de lo que me dijeron Gabriel y Marta: que hay que tener fe para obtener las cosas, y que Dios todo lo puede. Y recé, recé con fe. Pedí a Dios, al Niño Jesús, que era cierto lo de los Reyes, me hizo creer en ellos...

MARTA.—¿Y los viste?

ALFREDO.—Creo que sí, pero no sé si me parecieron o no. Me acordé de lo que me dijeron Gabriel y Marta: que hay que tener fe para obtener las cosas, y que Dios todo lo puede. Y recé, recé con fe. Pedí a Dios, al Niño Jesús, que era cierto lo de los Reyes, me hizo creer en ellos...

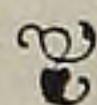


El año nuevo, felicidad y el azar

Breves comentarios

Por ALBERTO PALCOS

Ilustraciones de F. Booth



Se celebrará fecha alguna con mayor universalidad que la del año nuevo? Escasea el número de hombres totalmente indiferentes a un año que se inicia. Motivo de renovación de esperanzas en los más y de confirmación en un incurable escepticismo en los menos, la alborada de un año nuevo a todos interesa y preocupa. Suscita ora alegría bulliciosa y comunicativa — lo corriente, — ora alegría recogida y tácita — en las personas reconcentradas y silenciosas, — ora fastidio y dolor y, en algunos, un estado vecino a la indiferencia, aunque no indiferencia completa. Trátase en este último caso de filósofos racionalistas o intuitivos que se conforman al concepto de que todos los años, como todos los días, cuando no iguales son peores que los precedentes. A lo sumo, el comienzo de un año sirve para recordarles que se va acortando el trecho que los separa de la tumba. Y es sabido que, para más de un filósofo, el ideal supremo de la filosofía consiste en prepararse a recibir serenamente a la muerte.

Este ideal, caro a numerosos pensadores antiguos, no nos satisface plenamente hoy día. Nos hemos familiarizado ya con la idea de la muerte. Ella nos acompaña y nos envuelve en sus alas invisibles. Nos inquieta mucho menos que en otros siglos el terror al más allá. Y, por lo mismo, la espera resignadamente estoi-ca del momento fatal pasa a ocupar un plano menos dominante.

La filosofía, antes que preocuparse con la idea exclusiva de la muerte, debería ocuparse en echar raíces en la vida. ¿Por qué habría de ser ajeno a su objetivo el mejoramiento, la elevación y dignificación de la vida?

Si la muerte es la gran unificadora, la vida es la gran diversificadora. Donde hay vida hay cambio y variación, y donde hay cambio y variación existe la posibilidad de sorprender formas nuevas e inesperadas, matices originales.

Cada hombre posee un como sello diferencial. Se acentúa en los hombres ejemplares. De aquí el interés de toda biografía. Y por igual amamos la inefable belleza de las vidas intensas y profundas, como nos acercamos, conmovidos, al trémulo dolor de las vidas calladas y humildes.

Cuando se piensa en la vida, no con el melancólico pensamiento de la muerte, sino con el pensamiento de una vida más alta, el dramático espectáculo de la lucha por la existencia adquiere extraordinario relieve y, a despecho de sus innumerables amarguras y crueldades, asume los contornos de una vasta y honda epopeya, sin cesar renovada y como renaciente a través de las edades.

La vida, más que en la razón, halla su justificación en el propio instinto que la anima. Si de ti dependiera, ¿recomenzarías de nuevo tu vida? De volver a la razón, y tras un frío balance de motivos, pensando en los sufrimientos y humillaciones que la vida impone, es posible que dieras una contestación negativa. Pero el instinto, más fuerte que la razón, terminaría por sobreponerse con su imperio ineludible. Nadie, salvo tal vez los ególatras, llenos de sí mismos, gozando hipotéticamente del privilegio de recomenzar sus vidas y de imprimirles desde un comienzo dirección consciente, escogerían la vida que viven en los mismos dolores y alegrías, con idénticas arrebatos pasionales. Les parecería que vivir sería como un paisaje que se repite, pero, en definitiva, como un burrito.



destino que le cupo en suerte. Hartos motivos tenía Goethe para considerarse ungido entre sus semejantes, que le saludaban como a un semidiós. La vida le había favorecido con toda clase de dones y con las más grandes y variadas aptitudes que jamás se hayan encontrado reunidas en un solo ser humano. Hasta se le permitió que se atuviera a normas éticas personalísimas y, sin embargo, aquel hombre que gozó tan intensa y resueltamente de la vida, confesaba que si le fuera dable contar los días de plena felicidad que disfrutó durante su larga y rica existencia, le bastarían los dedos de ambas manos. Un poco más optimista se manifestaba La Bruyère cuando escribía: "La vida es corta, pero no merece este nombre sino cuando es agradable; si uniéramos todos los ratos felices de la existencia, sólo resultarían unos pocos meses en gran número de años." Goethe mide en días la duración de la felicidad. La Bruyère la mide en meses. En cambio, el Cándido de Voltaire la mediría por los prolongados años que transcurren desde el nacimiento hasta la muerte de un ser.

¿Quiere decir que para sentirse plenamente feliz fuera menester sujetarse a los dictados de un conformismo ingenuo, desprovisto de todo sentido crítico? Cándido no renuncia a nada, porque a nada debe renunciar. ¿Podrían Goethe y La Bruyère renunciar a la sensibilidad, al temperamento, a las aptitudes que poseían, a trueque de la felicidad constante

en que se cree sumergido el héroe de Voltaire? ¿Se dará el espectáculo de una felicidad continuada tan sólo en los hombres de menguada sensibilidad y corto entendimiento? El acrecentamiento incesante de las necesidades materiales, intelectuales y éticas en la sociedad difunde, cada vez en mayor escala, una sensibilidad más fina, más aguda y rápida entre los hombres. Con ella aumenta la capacidad y las causas de dolor; pero también cobran profundidad los instantes de dicha, los cuales se renuevan con mayor frecuencia. A la vida humana no se le cobraría sentido si no fuera posible pasar de la felicidad puramente animal a la felicidad consciente del hombre superior, que algún día se generalizará, por agencia de la evolución colectiva, entre el mayor número. Que la felicidad no imponga el aniquilamiento de la conciencia, que sea compatible con una conciencia rica y despierta: he aquí uno de los grandes triunfos humanos, preñado de luminosas promesas.

Subsiste, con todo, lo anotado anteriormente: pocos, pesando razones, recomenzarían su vida, tal como la han vivido. Un instinto profundo y no la razón propaga la vida. Las generaciones se suceden animadas por la esperanza de nuevos destinos. Desea el padre que su hijo siga el camino ideal que él hubiera seguido, que realice el plan que él soñó cumplir. No pudiendo revivir personalmente, revive en su



A escena ocurre en el cielo, la noche de Navidad.

El niño Jesús dice, con un gesto de fastidio, a Dios Padre:

—Vamos; otra vez me veo en la obligación de tener que bajar a la tierra, a llevar juguetes a los niños, que esperan ansiosos mi visita anual. Es mi noche de fastidio. ¡Qué felicidad sería para mí poder substraerme a ella! Pero si así lo hiciera, los materialistas tendrían una soberbia ocasión para negar mi existencia... ¡El deber profesional debe primar ante todo!

Y abandonó las hermosas regiones del Paraíso (para descripciones exactas recurrir a Milton o a Dante *passim*), después de haber tenido la precaución de licenciar por esa noche el coro de angelitos.

Emprendió camino hacia la capital, precedido por los querubines, que hacían grandes esfuerzos para mantener en equilibrio sobre sus aladas espaldas los bultos de los grandes paquetes que transportaban. El camino que debían recorrer es conocidísimo: se toma por la Vía Láctea, se dobla por la Osa Mayor y se entra por el Este en la ciudad.

Apenas llegó a la zona invernal, el Niño Dios empezó a tiritar de frío:

—¡Brr! — exclamó. — ¡Qué noche más helada!... Apresurémonos, para terminar pronto la faena!

En vez de dirigirse hacia los barrios ricos, tuvo la ocurrencia de empezar por las casas donde habitan los desheredados de la fortuna.

—¡Atención! — gritó al primer grupo de sus querubines. — Preparaos para arrojar la carga por las chimeneas de las casas que percibo allá; y ligerito, pues la escarcha me quema los dedos.

Los angelitos interrumpieron de pronto la carrera y se miraron unos a otros, sin discutir la orden, pero tampoco ejecutarla.

—Vamos a ver: ¿qué es lo que esperáis?

—Señor—respondió el menos tímido.—Vuestra Divinidad quizás no se ha dado cuenta de las causas de nuestra vacilación. Os rogamos que os dignéis mirar.

—¿Qué?

—Esas casas donde debemos volcar los regalos. ¿Cómo haremos para penetrar en ellas?... No hay chimeneas...

—Tenéis perfecta razón—dijo Jesús. Y agregó:—No había reparado en ello.

Desagradablemente sorprendido, observó mejor. Habíase olvidado del frío que le entumecía. Acercóse: las casas eran tan pobres, tan miserables que los habitantes habían suprimido las chimeneas, impidiendo

así la entrada de la escarcha y de la nieve. Por otra parte, ¿para qué les serviría tener chimeneas en estos tiempos en que el carbón cuesta mucho más caro que el pan?

—¡Oh, oh! — pensó Jesús. — ¿Cómo jamás se me había ocurrido venir por estos barrios? Las costumbres de estas gentes me resultan bastante singulares...

Viendo una casa provista de un tubo de lata, dejóse deslizar dentro de él. Cayó el celeste niño en un cuarto donde ningún mueble estorbaba la libertad de los muros. Sobre un catre dormía una pareja de infelices; y amontonadas en un rincón, cinco criaturitas reposaban, vestidas a fin de precaverse contra el frío. Bien apretadas unas contra otras, estaban soñando con un país desconocido, donde las sociedades de beneficencia y las asociaciones protectoras de la infancia hicieran sentir eficazmente los beneficios de la caridad.

Jesús reparó en que los chiquillos tenían los pies desnudos; pero en vano buscó los zapatos para llenarlos de golosinas y juguetes: las pobres criaturas jamás habían sabido lo que era andar calzadas.

Subió, un poco apenado; luego volvió a bajar en otra casucha, y en otra, y en otra, sin hallar en ninguna fuerza, ni muebles, ni zapatos. Más adelante

encontró gran cantidad de zapatos, alineados ante ellas. Había más de lo regular, pues para recoger más regalos, los hijitos de los ricos habían aglomorado muchísimos pares de calzado: botas, zapatillas, zuecos, etcétera...

—Tan jóvenes y ya tan ambiciosos—pensó Jesús. —Serán castigados por donde han pecado.

Metódicamente, minuciosamente, tal cual para hacerlo en la madrugada un mozo de hotel por los corredores silenciosos, Jesús recogió todos los pares de calzado, grandes y chicos, sin olvidar ninguno. Desvalijó los barrios ricos, y luego retornó, de solo vuelo, hacia las casas pobres, y distribuyó el producto de su hurto por las habitaciones de los desheredados de la fortuna que había visitado primera vez y donde había comprobado que ellos mordían los piecitos desnudos.

Y remontó al cielo, hacia la infinita beatitud de la conciencia del deber cumplido.

Jamás el Departamento de Policía pudo explicar la desaparición de tantos pares de calzado. El jefe de la fuerza pública sostuvo que si no se habría perdido, se habría perdido en una casa pobre.



Cuento de Navidad

Por PIERRE WEBER

Ilustración de F. Vinant

"Jesús reparó en que los chiquillos tenían los pies desnudos."

visitas y mayor era su cólera, y los querubines, cargados, que volaban a cinco pasos tras de él, cuchicheaban:

—De seguro que esta vez el Señor se va a enojar de veras...

Al llegar a la décima casa, Jesús no resistió más.

—¡Bastante me enseña esto! — exclamó.

—Mientras colmo la riqueza a las familias que nada hicieron para merecer mi generosidad, otras sufren miserias a tal punto que ni siquiera tienen para poder comprar calzado a sus pobres criaturas, obligadas a caminar con los piecitos desnudos entre el hielo. Y los otros, los felices, dormidos en la beatitud de los dichosos, no tienen un pensamiento en favor de estos infelices desheredados. Sé muy bien que siempre habrá pobres en el mundo; pero me había imaginado que los ricos tomarían a pecho el representarme sobre la tierra. ¡Mandatarios infieles, han malversado mis bienes y se han apropiado de los depósitos! ¡De esa manera es que me hacen atribuir la imputación de ser un Dios parcial, injusto, protector de los menos, de los satisfechos! Peor para ellos, pues voy a darles una lección que les servirá de escarmiento.

Voló hacia los barrios ricos, donde abundan las casas con chimeneas. Allí

LAS
NIÑAS QUE
SE PRESENTARON
EN SOCIEDAD
EN 1904



SRTA. LUISA ISRAEL,
HOY SEÑORA DE
CARLOS M. PORTELA



SRTA. MATILDE AYERZA,
HOY SEÑORA DEL DOCTOR
JORGE H. FRIAS



SRTA. MARÍA ROSA LEZICA
ALVEAR, HOY SEÑORA DE
RODOLFO PIROVANO



SRTA.
MARGARITA
DEL
MARMOL



SRTA. ENRI-
QUETA GAR-
CIA MEROU,
HOY SEÑO-
RA DEL DR.
GUILLERMO
SEEBER



SRTA. ANATILDE GONZÁLEZ
GUERRICO, HOY SEÑORA
DE JORGE DEMARÍA



SRTA. ISABEL CASARES, HOY
VIUDA DE JAIME NEVARES



SRTA. ESTELA LIVINGSTON,
HOY SEÑORA DE CARLOS
LURO

SRTA. MARÍA EUGENIA QUIN-
TANA, HOY SEÑORA DEL Doc-
TOR ENRIQUE URIBURU



SRTA. MARÍA CONSTANZA BUN-
GE GUERRICO, HOY SEÑORA DE
CLODOMIRO ZAVALÍA



SRTA. CLARA JUÁREZ
CELMAN, HOY SEÑORA
DE HORACIO BUSTILLO

LAS
NIÑAS QUE
SE PRESENTARÁN
EN SOCIEDAD
EN 1924



SRTA.
SILVINA
DE
ESTRADA
LYNCH



SRTA.
ISABEL
PEARSON
QUINTANA



SRTA. LUISA
MARTÍNEZ
DE HOZ



SRTA. MAGDALENA
BOSCH ALVEAR



SRTA. POLA
SANTAMARINA



SRTA.
MARIA
JULIA
MARIN



SRTA.
SARA
DIEHL
AYERZA



SRTA.
SUSANA
DE
BARY



SRTA. DAMACIA CASTRO



SRTA.
MARTA
BOSCH
PAGES



SRTA. SARA
JOSEFINA DE
ANCHORENA





"Esta noche ha de nacer
Jesús, el niño del cielo,
para morir en la tierra
enclavado en un madero."
(Copla.)



QUELLA mágica estrella, que guiaba a los reyes magos en su peregrinación, resplandecía fervorosamente en el alma de las muchedumbres del Buenos Aires de antaño en la noche del 24 de diciembre. Así lo demuestran sus coplas populares penetradas de mística filosofía.

"La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va,
y nosotros nos iremos,
y no volveremos más."

Este melancólico canturreo demuestra la emoción religiosa que dominaba en el espíritu colectivo del pasado, como sintetiza su penoso presentimiento para el futuro y, efectivamente, ellos se marcharon para la eternidad, dejándonos como un reproche a nuestro incipiente progreso la leyenda de sus costumbres patriarcales. Hoy día, la Navidad pasa casi ignorada entre las actividades febriles que agitan a los habitantes de esta gran ciudad cosmopolita. Sólo a la hora tradicional le recuerdan las alegres sirenas de los barcos de todas las naciones que concurren a nuestro puerto, y los simbólicos árboles en las casas en que hay niños. Esta costumbre fué importada de Inglaterra, en tiempos más modernos. ¡Con qué diferente boato se le conmemoraba en la gran aldea muchos años antes! Desde la víspera, la ciudad colonial tomaba un aspecto de alegría inusitado, se improvisaban escaparates de juguetes al aire libre, que tenían la virtud de retener absortos por horas enteras al bullanguero mundo infantil.

Al día siguiente, la ciudad aparecía engalanada con gallardetes, farolillos chinoscos y luces de todos colores, que prestaban más animación al enjambre de gentes que se diseminaban por todas partes en procura de comestibles, bebidas, confituras, cigarros, frutas y flores, para hacer más esmeradas y abundantes las cenas inolvidables de medianoche, donde, a la vera de los viejos troncos familiares, se congregaban todos los parientes a celebrar, en la intimidad más sencilla, el milagro del humilde establo de Belén. Los cánticos legendarios de la festividad, arreados por los presentes, daban la sensación de escuchar el himno del hogar, como blancas nubes de incienso, ascendía a los cielos en demanda de fe y protección.

Terminada la cena, los concurrentes salían y se encamionaban a la misa del gallo; los criados llevaban la alfombra para que se arrodillaran sus amitas, y el clásico farol, que entonces era indispensable dada la infinidad de cuevas y callejones de las calles y lo escaso del alumbrado público. Era de ver la cantidad de farolitos que titilaban a lo largo de aquellas caravanas interminables que semejaban bandadas de luciérnagas. Pero, felizmente, como en nuestro hemisferio la noche de Navidad es noche de primavera, casi siempre la luna venía a poner su luz marmórea en aquel cuadro de sencillez homérica, donde el sentimiento religioso se había adueñado de todas las conciencias.

El regreso a los hogares se hacía en alegre camaradería, constituyendo una fiesta que los enamorados la anhelaban todo el año, porque ella les permitía acercarse, en el atrio, a la familia del objeto de sus entusiasmos para presentarle sus augurios de Pascua.

Allí las señoras de rango social invitaban a sus amistades a continuar la velada en ama-

La Nochebuena del Buenos Aires antiguo

Por JUAN CRUZ OCAMPO



silencio, porque la Nochebuena es la noche de las expansiones íntimas, de las alegrías inocentes y sanas: es realmente la fiesta del hogar. ¡Y qué inmensa desolación entonces para los que carecían de familia! ¡Qué sensación de frío habrían de sentir en su horrible aislamiento cuando oían reír cercano a sus semejantes! ¡Qué triste sería la alegría de esa noche para ellos, en que hasta la humilde

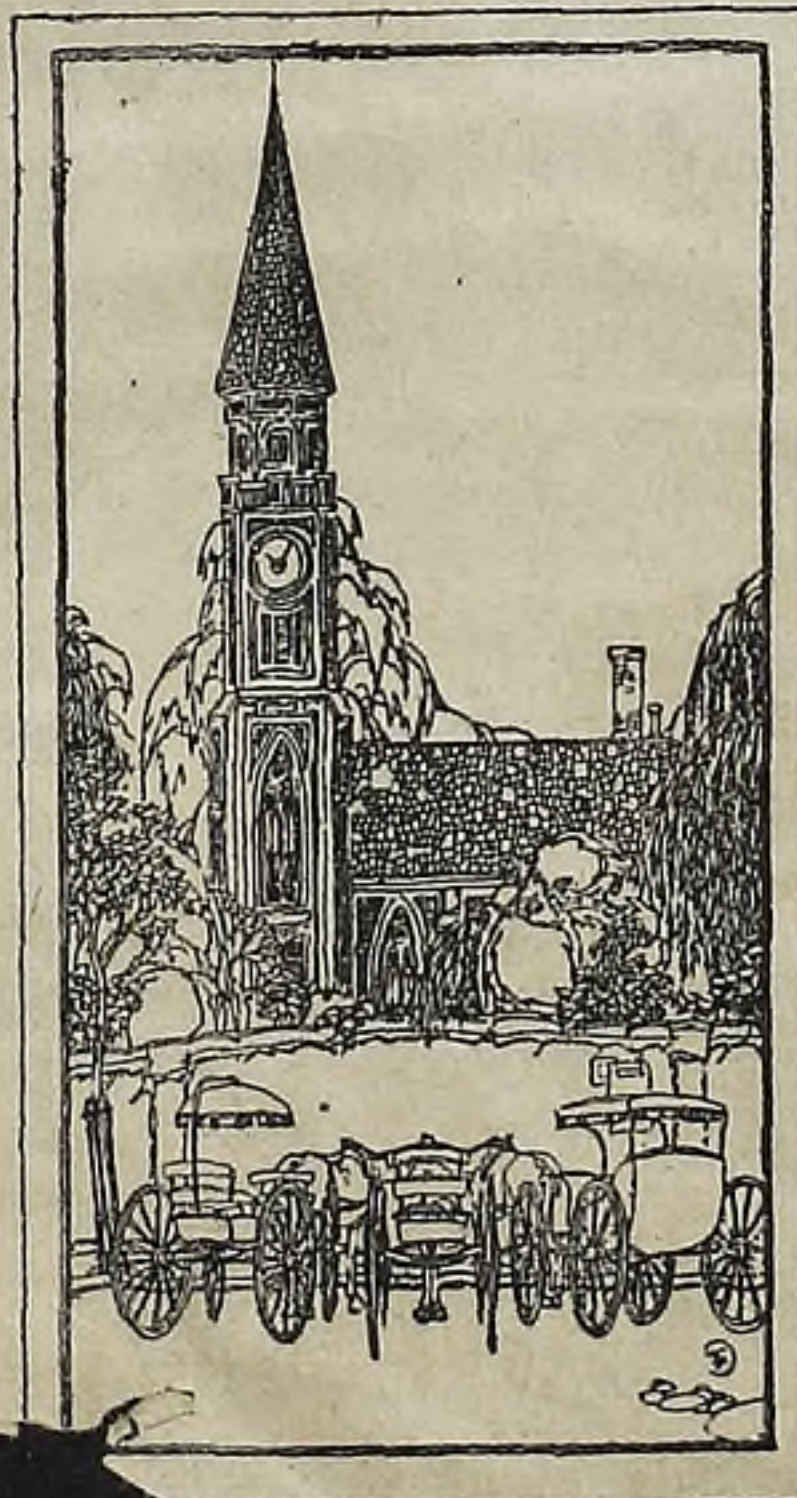
taberna en que ahogaban sus lágrimas en alcohol les había negado su refugio!... Al día siguiente, primero de Pascua de Navidad, abríanse en las iglesias y casas particulares, los Nacimientos, entre los que había algunos muy notables. Sobresalían por la riqueza de los adornos el de los Padres Franciscanos y el de las monjas Catalinas; estas últimas, en la proximidad de las tradicionales fiestas, enviaban a las familias pudientes al Niño Jesús colocado en una bandeja de plata, donde las señoras depositaban valiosas alhajas, donaciones en efectivo y hermosos jazmines del Cabo, que en esa época se cultivaban con mucho esmero en los grandes patios solariegos. De los Nacimientos particulares se recuerda es-

pecialmente el de doña Marcela Lemos, cuñada del mazorquero Salomón. A su modesta casa de la calle Florida concurría para dicha festividad todo lo más representativo de la sociedad vieja y, en especial, las niñas casaderas, porque se decía que su Niño tenía grandes condiciones para resolver los noviazgos dudosos y los que se prolongaban indefinidamente. A la muerte de doña Marcela, su Niño pasó a poder de la familia de don Toribio Lima. También llegó a hacerse famoso el del negro Matías, legado después de sus días a la distinguida matrona doña Laura Grimau de Nelson, la que a su vez lo donó a su caritativa prima, doña Julia Gamboa de Martínez, para que fuera venerado en la iglesia de Santa Julia, que fundara tan ilustre dama, en el Caballito. Otro que debemos salvar del olvido fué el de la "tía Carmen", negra africana que habitaba en el barrio del candombe (hoy calle Méjico). Por allí desfilaban todos los negros de Buenos Aires llevando procesionalmente la imagen de San Benito de Palermo.

Ante el Nacimiento ejecutaban danzas exóticas, con trajes característicos, al son de una música compuesta de tambores grandes y chicos, y unos instrumentos de metal llamados "maimbos" y "mazacallas".

Esas escenas, llenas de colorido y de luz, impregnadas de ternura inocente y de arrobamiento místico que retrataban fielmente la sencillez aristocrática de nuestros mayores, se han ido desvaneciendo hasta borrarse, como las tenues pinceladas de una tela antigua.

Para perpetuarlas, sólo nos queda la tradición, que es bronce y es mármol.





“— Más que por cumplir con el ofrecimiento que os hice — comenzó la respetable matrona...”

La última serenata

Cuento de Año Nuevo

Por

ALFREDO PALACIOS MENDOZA

Ilustraciones de F. A. Laguarda



“Cuando le tomó el pulso a la enferma, ésta le interrogó ansiosa.”

Alberto Ramírez, simpático muchacho, estudiante de último año de medicina.

—Más que por cumplir con el ofrecimiento que os hice — comenzó la respetable matrona, — quiero hablaros ahora de mi pasado, por desahogo espiritual, ya que siento que se aproxima el momento, tan temido y tan ansiado, de que vaya a reunirme con vuestro padre, mi amado esposo, cuyo retrato preside aún nuestras veladas. Por otra parte, un deber imperioso me obliga a referirme a ciertos antecedentes de familia, con la franqueza de que sólo es capaz una madre, y lo hago aprovechando la proximidad de la boda de Blanquita.

“Cuando conocí a mi finado esposo, don Angel Alonso (que el Señor lo tenga en su santa gracia) — prosiguió, emocionada al evocar recuerdos muy gratos, — los jóvenes no se distinguían, como ahora, por su frivolidad y disipación. No hacían el amor en las puertas de las iglesias, en las esquinas de las calles o en el barullo intencional de las retretas. Esto no es, precisamente, un anatema a la juventud de hoy, bastante afeminada y presumida, salvo honrosas excepciones, sino más bien un gesto de justicia para nuestros padres, que supieron educarnos bajo los dictados de la más severa moral.

“Gracias que yo podía verme con mi novio una vez a la semana, bajo la mirada vigilante de mis padres, o, por casualidad, alguna vez que íbamos a las corridas de toros en la Pampa de San Pablo, amén de algún casorio o bautizo de gran tono.

“Recuerdo aún, con profunda emoción, la noche en que Angel solicitó mi mano. Temblaba, como una criatura, de temor y vergüenza. ¡Cuán pocas veces se contemplan ya estos nobles rasgos de sincera timidez e ingenuidad que tanto encantan! ¿Será, acaso, porque los hombres ya no van a la conquista del corazón de la mujer, sino del dinero que aporta al matrimonio? Ojalá esté equivocada.

“Después vino el día de mi boda. Horas felices no solamente para quienes nos habíamos jurado amor eterno, sino también para todas las personas que participaban de nuestra alegría y formaban parte de la familia, porque las familias antiguas eran así como un entroncamiento de afectos, una solidaridad de sentimientos de esposa a esposo, de padres a hijos, de mayores a menores y aun de patrones a criados. Y así, en este hogar cálido de afectos, vinisteis a

DESPUES de la partida habitual de rocambo, epilogada aquella noche con un “solo de oros” y una taza de chocolate, doña Mercedes de Alonso se dirigió a sus tertulianos, rogándoles prestaran atención al relato que iba a hacer. Eran ellos sus hijos Rafael, abogado; Dámaso, cura; Blanca, preciosa criatura de diez y siete primaveras, y el novio de ésta,

vida, uno a uno, colmando nuestra dicha... Luego, como si Dios hubiese querido poner a prueba nuestra fe, vino la guerra del Pacífico, del año 1879, y con ella nuestra separación dolorosa y obligada, después de quince años de convivencia armónica.”

Aquí hizo una pausa prolongada, como si un sollozo se le hubiese anudado en la garganta.

La servidumbre que formaba parte de aquel hogar patricio, nacida y envejecida en su servicio doméstico, con la lealtad del perro y el cariño de una madre, escuchaba también el relato, con creciente atención, sentada en el primer escalón de la pieza; mientras, afuera, los chicos jugaban bulliciosamente, a la luz propicia de un hermoso plenilunio, a la “gallina ciega”, la “bajomilia”, las “escondidas” y el “gachal, gachal, guspinguy” en el enorme patio de regia estirpe colonial, que ostentaba en el centro una fuente tallada en piedra, con un surtidor de agua cristalina, rodeada de macetas de flores.

“Ya estáis informados del sacrificio de vuestro padre — prosiguió doña Mercedes — en esa jornada luctuosa que se llamó la derrota del Alto de la Alianza, ocurrida el 26 de mayo de 1880, en los campos de Tacna. En ese combate encarnizado y desigual, los “Colorados de Bolivia” escribieron una página inmortal digna de Esparta. Y vuestro padre fué capitán del famoso batallón. Permitidme, por consiguiente, que os haga una breve apología de aquellos valientes.

“Los “Colorados de Bolivia” — así se llamaban tanto por su uniforme rojo, vistoso, como también por el valor y la lealtad que demostraron siempre en las horas del peligro — allá, en la desolada meseta de Tacna, donde se consolidó el despojo más injustificado de la conquista, consagraron para siempre su denominación, señalando con un bautizo de sangre el paso del vencedor y su propio suicidio. Eran diez veces inferiores en número y armamento al enemigo y se le mostraron diez veces superiores en valentía y heroísmo. Ninguno dió vuelta, ni escapó con vida. Lucharon cuerpo a cuerpo y sucumbieron de cara al sol, como deslumbrados por su propio heroísmo y gloria. Como un baldón eterno para el conquistador, quedó allí una mancha roja, eternamente roja, la que estamparon aquellos valientes, confundiendo su sangre con su uniforme. Y entre ellos, en primera fila, vuestro padre.

“Algunas veces, durante las largas veladas del invierno, mi esposo acostumbraba leerme obras de Victor Hugo, Alfonso de Lamartine, etc. La lectura de la Revolución Francesa, por Michelet, fué una de las que más me impresionó. Especialmente aquel episodio en que María Antonieta, habiendo perdido ya a su esposo y separada de sus hijos, trocó el oro viejo de sus reales cabellos por la blanca diadema del martirio, que la acompañó a la guillotina.

A pesar de ello, yo creía en la descripción tan dolorosa h

pérbole. Esa creencia se desvaneció cuando, a los quince días de la derrota del Pacífico, recibí la fatal noticia, escuetamente: “Angel había sucumbido como héroe”; pero, al fin y al cabo, había muerto. Él, el único hombre a quien había amado, como sólo se ama una vez en la vida, con cuyo espíritu me había identificado tan íntimamente que no podía concebir la vida sino a su lado, se había ido para siempre.

“Yo también encanecí aquel día nefasto, y la fuente de mis lágrimas pareció agotarse. No obstante, saqué fuerzas de mi propia debilidad e hice frente a mi situación de viuda desvalida. Tenía tres hijos por cuya educación debía velar. Vosotros, con vuestra conducta ejemplar, habéis correspondido a mis sacrificios y a la santa memoria de vuestro padre. Dios os lo premie.

“Y ahora, para concluir, sólo me resta daros un consejo sincero, que, como en la inmortal obra de Dumas, seáis siempre en el cariño recíproco y en la ayuda mutua: “todos para uno y uno para todos.”

Bajo la impresión dolorosa del relato, nadie osaba romper el silencio sagrado de la hora. Únicamente las criadas más ancianas, vencidas por el sueño, cabeceaban con balanceo de péndulo y, de vez en cuando, dejaban escapar un ronquido musical.

Afuera, en el patio colonial, reinaba ahora un silencio de tumba. Los chiquillos habían cesado en sus juegos infantiles, y dormitaban ya en las faldas de las sirvientas. Dijérase que la luna plena hubiera encantado en su sueño mágico a los seres y a las cosas.



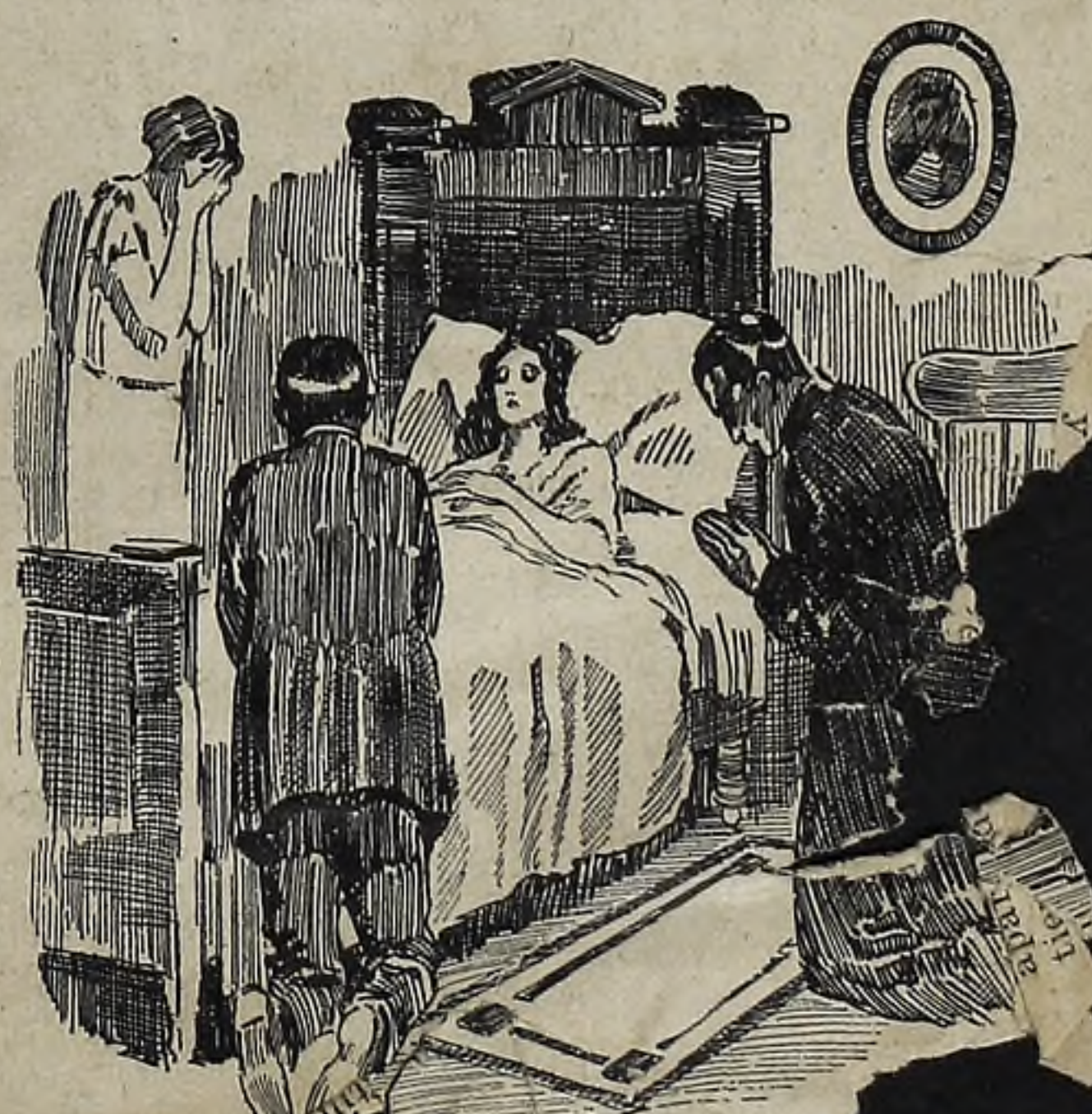
POR uno de esos designios crueles e inescrutables del destino, cuando parecía que la dicha iba a colmar los anhelos de Blanca y Alberto, falleció, en forma casi repentina, doña Mercedes de Alonso, justamente en la fecha señalada para la bendición nupcial de su hija, llevando el luto y la desolación a ese hogar predispuesto a la más sana alegría.

Y lo peor es que ese acontecimiento inesperado

(Continúa en la pág. 87)



“... Alberto, que cantaba, para complacer a Blanca, “La Siciliana” de la “Cavalleria Rusticana”.



en las pálidas mejillas
el pecho y apoyada
marfil, yacía muerta.

1904 - Veinte años de teatro - 1924

Por JUAN PABLO ECHAGÜE

Señor F. Ortiga Anckermann,
Director de "El Hogar":



L cuestionario relativo al movimiento del teatro argentino, que se ha servido usted proponerme, puede ser reducido, en substancia, a las siguientes preguntas:

- ¿Cuál es la marcha seguida por nuestra producción dramática, durante los últimos veinte años?
- ¿Qué valor tiene esa producción?
- ¿Cuál es su estado actual?
- ¿Cuáles son sus perspectivas para lo porvenir?

Todas estas cuestiones se hallan virtualmente contestadas en anteriores escritos míos. Y como mis puntos de vista a tal respecto no han cambiado, ha de permitirme usted que a ellos me refiera, aunque me repita a trueque de reafirmar mis opiniones.

Hay quien sostiene que el teatro nacional de nuestros días se deriva de su inmediato antecesor el gauchesco. La confusión proviene de que se desconoce o se olvida la copiosa obra anterior. Se olvida y se desconoce, igualmente, que las formas literarias del teatro no dejaron de existir nunca desde que por primera vez aparecieron en la época colonial. Fácil es comprobarlo en archivos y bibliotecas, en donde duermen sueño eterno innumerables dramas y comedias, salidos de las plumas más cultas y brillantes de todas las generaciones precedentes. ¿Por qué no se representaron esas piezas? Porque no había actores, a no ser los extranjeros, que hasta hace poco no se prestaban a interpretarlas por motivos diversos. El teatro gauchesco nos dio actores, y esa es su gloria. Desde el punto de vista literario, marca un retroceso, pues lo que antes fuera tragedia clásica o drama romántico, tuvo que rebajarse a melodrama burdo y primitivo, para ponerse al nivel de intérpretes balbucientes y rudimentarios. Pero desde el punto de vista del nacionalismo continúa el movimiento emancipador y, por decirlo así, doméstico, mucho tiempo antes iniciado por los sucedáneos del seudoclasicismo.

Empieza el teatro actual en el punto en que salta el picadero al escenario, y emprende una lenta marcha de retorno hacia las alturas espirituales de donde salió en la época colonial, después de retemplarse y renovarse en su contacto con el pueblo, del cual ha sacado y lleva ahora consigo lo que hasta entonces no tuviera: intérpretes.

El cambio de recinto comportó la modificación del repertorio. Y con el repertorio hubieron de modificarse también los trajes, el lenguaje y las maneras de los actores. ¿Cómo se realiza esta transformación? No de golpe, como se supondrá, sino por etapas sucesivas. La baja extracción social de aquellos, su falta de instrucción y de modales, no les permitían ir muy lejos en el refinamiento de sus medios interpretativos. Fueron hasta donde podían ir lógicamente: hasta la caracterización del compadrito porteño, producto del suburbio metropolitano, tocador de guitarra, cantor, dicharachero en su jerigonza lunfarda, diestro en la esgrima de la daga, valentón y perdonavidas. Algún temperamento extraordinario para las obras de violencia apareció entre ellos; pero quedó siendo una fuerza instintiva y elemental, pues por carencia de saber y afirmación, no pudo elevarse a expresiones más altas y sutiles. El chiripá y la bota de potro del drama se trocaron en pantalón abombachado y taco de caña. De la pulpería y de la estancia se pasó al cabaret. El pericón fué substituído por el tango y la milonga. Y en el medio nuevo desarrollando historias viejas, de amor y de odio, que terminaban a puñaladas y a tiros. Continué, pues, siendo eminente el teatro que bajo este aspecto era. Pero trajo un cierto progreso que fué su valor artístico, con la incorporación dramática de diversos personajes de suyo y del bajo fondo, cuya pintura sirvió para poner en relación a los actores con un público más culto — relación que enseñó, — y para enseñar a la observación atenta de donde sacaban ah-



tos para sus comedias. Del género chico español, muy en boga entonces, derivábase, sin duda, en cuanto a la forma, aquel teatro que alguien llamó "de malas costumbres". Pero es innegable que los jugos nutricios que lo alimentaban eran locales; como que provenían del arrabal porteño, que por su carácter heteróclito y cosmopolita, no se parece al arrabal de ningún otro país.

No fué infecundo este período, puesto que además de haber producido algunos sainetes y melodramas comprimidos, que se recomiendan por el certero dibujo de sus tipos y la vivacidad de sus cuadros costumbristas, sirvió para que los autores se ejercitaran en la composición escénica y, sobre todo, para determinar la aparición del intérprete urbano del compadrito. Era éste originario de la ciudad, y comenzó a desalojar a sus antecesores venidos de la pista, porque hablaba, se vestía, se movía mejor que ellos en el escenario. A un lento progreso en la interpretación pudieron los autores responder con un mejoramiento en la producción. De todas partes surgieron actores de ambos sexos que ensayaban sus fuerzas, desmañada pero audazmente, y no tardaron en llegar a la desenvoltura, si no al arte. Tan numerosos se hicieron, que bien pronto fué posible formar compañías. Y siguió así marchando el teatro nacional, entre tumbos y tanteos, hasta que se levantó a reproducir la burguesía y el gran mundo.

Para llegar a este punto había sido necesario que dramaturgos e intérpretes adquirieran una conciencia de sus respectivas misiones, y una capacidad de realización positivamente superiores a las precedentes. Así había sucedido. Escritores ya hechos en otras actividades intelectuales, diéronse a escribir dramas y comedias. A la carrera de actor se dedicaron hombres de relativa cultura, que llevaban a las tablas maneras más finas, más pulcritud en el vestir y mayor corrección en el hablar. Se operó, en una palabra, una verdadera renovación de valores escénicos, que relegó los antiguos a segundo término. Pudo entonces reaparecer la pieza literaria y pensante que encontramos

ya en el origen de nuestra producción dramática (neoclásica primero y romántica después), y que, perfeccionada ahora por la experiencia inmediata y directa de los escenarios, se ensayó en todos los géneros: desde la tragedia hasta el melodrama, y desde el sainete hasta la alta comedia en prosa y en verso, pasando por la obra de tesis, la sátira y política y el drama histórico, científico y filosófico.

¿Cuál es el valor de toda esa producción tumultuosa y proteica?

A los críticos de mañana les tocará decirlo. Nuestro juicio de contemporáneos fué tal vez parcial y erróneo. Pero como en lo que a mí se refiere fué sincero, sin aspirar a infalible, y como esta es justamente la "única cosa necesaria" de que habla el Evangelio, no tengo inconveniente en contestar que, a mi ver, el mérito de la producción aquella es cuantitativo. Ciertamente que están comprendidas en el farrago obras que el porvenir recordará. Pero me parece que su importancia reside sobre todo en la cantidad y la variedad; un poco también en el soplo idealista que impulsa el movimiento. Es aquél un hervidero de fuerzas vivas que pugnan por manifestarse en formas de arte superior, y que frecuentemente sólo se traducen en balbuceos y tentativas bien intencionadas. Algunos nombres flotarán en el porvenir sobre el conjunto; pero el conjunto mismo ha de ser apreciado por nuestra historia literaria, como el más vasto y fecundo esfuerzo colectivo que el teatro nacional haya hecho hasta el presente hacia la verdad y la belleza.

A merced de tanta intensa actividad, aquél multiplica sus recursos, ensancha su campo y perfecciona sus medios de expresión. Abrazan la carrera de la escena muchos aspirantes a cómicos mejor dotados que sus antecesores, la escenografía se vuelve escrupulosa en la decoración y el mobiliario; las empresas y las compañías se desdoblan y se reproducen; pues gracias al creciente favor público y a la protección de los derechos de autor, que la ley de propiedad literaria ha venido, afortunadamente, a establecer, el teatro remunera ya, con largueza, a cuantos le dedican su iniciativa y su inteligencia. Por último — ¿me será permitido recordarlo? — la crítica colabora en la obra total, ayudando a desbrozar la tierra, a cavar el surco, a echar la simiente y a perseguir la maleza.

Acabo de aludir a las ventajas de orden material que les comportó a los autores la ley de propiedad literaria, y una duda se presenta a mi espíritu. ¿No habrán determinado, en parte, al industrialismo en que ha caído el teatro nacional, las inmoderadas ansias de lucro de sus productores? Al convertirse la escena en pingüe fuente de recursos, ¿no habrá estimulado en los escritores el interés, en detrimento del ideal? ¿No buscarán ahora provecho los dramaturgos, halagando los gustos burdos de la masa, en vez de perseguir la belleza, que es, por definición, ideal desinteresado? ¿Quién sabe!... En todo caso, duele comprobar que la escena argentina pasa en estos momentos por las contingencias de una grave crisis.

Para explicar este estancamiento — casi esta regresión — que ha interrumpido bruscamente la marcha ascendente de la dramática nacional, se ha hablado de decadencia. No. La decadencia se manifiesta donde antes hubo culminación y plenitud. Ahora bien: nuestro teatro se halla todavía muy lejos de alcanzar su madurez, y es absurdo afirmar que está muriéndose de viejo un recién nacido... De lo que el teatro nacional sufre es de una enfermedad accidental, de uno de esos fenómenos de crecimiento que suelen atacar a los organismos vivos, y cuyo examen me llevaría ahora demasiado lejos. Pero, no hay que dudarlo, se repondrá de su mal, y el movimiento espiritual que viene del fondo mismo de nuestra historia y nuestra conciencia de pueblo emancipado, proseguirá su impulso creador a través del tiempo y las generaciones.

Tengamos presente, entretanto, que un arte nacional no se improvisa, sino que se desenvuelve lentamente, paralelo con el crecimiento del pueblo en que aparece. Así el





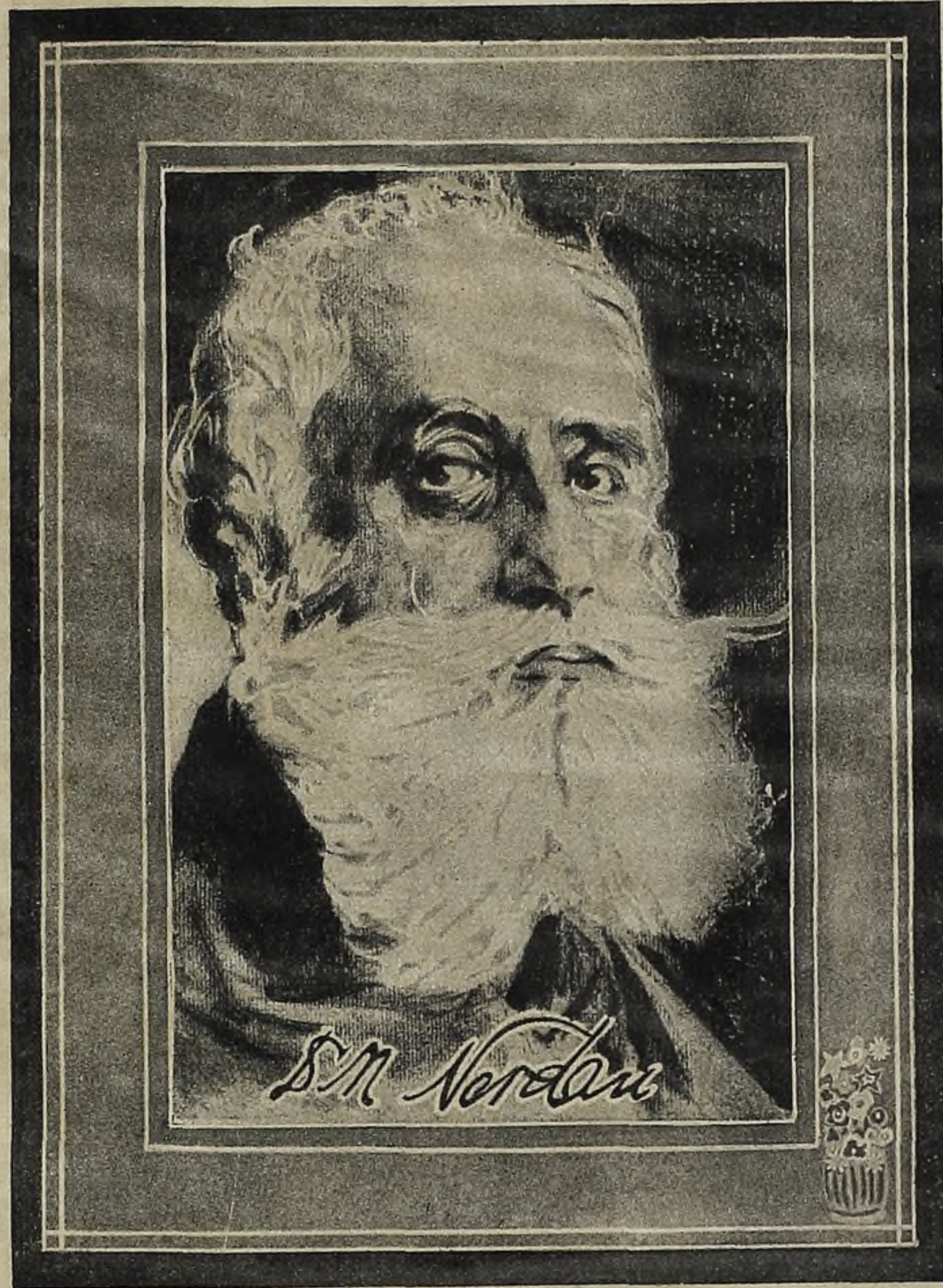
E podría prolongar hoy con nuevos capítulos aquel panorama literario, aquel cuadro del estado de la literatura y de las artes, que trazara ha veinte años Max Nordau en su libro *Degeneración*.

Lo cual sería tanto como añadir salas a una clínica, puesto que la obra del doctor Nordau era una clínica, un hospital de patología literaria.

Inspirándose en los trabajos de los antropólogos franceses e italianos, trasladaba Nordau el método que aquéllos habían aplicado al campo de la psiquiatría general y de la criminología, al dominio de los fenómenos estéticos, a las anomalías de la genialidad o del talento literario y artístico. El estruendo de su libro, tan apto, tan propicio para la discusión y el reclamo, debióse en buena parte a que mientras aquéllos operaban sobre casos anónimos, sobre fichas de clínicas, sin fisonomía singular, él consideraba casos famosos y personales, y sacaba a plaza nombres rodeados del aura de la celebridad. Su libro era, o pretendía ser, un estudio de crítica psiquiátrica, de patología estética, que explicaba las obras por la *psiquis* anormal de los autores, en una palabra, por la degeneración.

Degeneración, en el libro de Nordau, es un título expresivo, sintético. Es más que un rótulo: es una tesis. Según el autor, las desviaciones estéticas que él consideraba, eran consecuencia de una degeneración nerviosa, de un estado de excitabilidad y de fatiga mental, producido en el hombre moderno por una vida demasiado activa, excesivamente intensa, en que la función o la multiplicidad de funciones se habían adelantado a la adaptación del órgano. En la carrera de la civilización, el hombre había corrido más que sus células nerviosas.

EL que considerase hoy el estado de la literatura debería guiarse por un criterio más amplio que el patológico, aunque haya en el panorama literario presente muchos fenómenos patológicos. Habría de indagar las causas y razones en un complejo social, en un estado de cultura y costumbres. La obra literaria es sin duda un efecto, un producto de las psiquis del autor, de la personalidad creadora, mas esa psiquis, esa personalidad creadora es a su vez, en mucha parte, una creación del medio. La centella de la individualidad no lo es todo, ni lo más. La herencia, la educación, la cultura ambiente, las costumbres, la constitución política y económica de las sociedades imprimen hondamente su sello en los fenómenos estéticos, los encauzan y los encaminan en la dirección general de la mentalidad humana. El genio mismo se apoya en el suelo de la realidad histórica, no en las nubes. Es un acumulador, una condensación suprema de las corrientes espirituales difusas, que al alcanzar en él una alta tensión, se tornan luz y producen el resplandor sorprendente de sus creaciones. El genio es a veces un precursor, pero cuando se adelanta a su tiempo, ¿no será porque en él se hace consciente el vago presentimiento de lo futuro que late en las entrañas de la sociedad? ¿No será su obra



La crisis de la literatura

1904-1924

Por ANDRENIO

PARA EL HOGAR



el primer fruto temprano de las semillas que existen ya en la colectividad?

Lo que salta a la vista en el estado actual de la literatura, digámoslo de una vez, en la crisis literaria presente, es la falta de unidad, de regla. El rasgo definidor y característico es la multiplicidad, la dispersión, la variedad inestable. Estamos en la hora numerosa y mudable de Proteo. El movimiento espiritual es un ímpetu centrífugo, que pugna por abarcarlo todo: pasado, presente, porvenir. Esa es su promesa de salud, en medio de la confusión reinante porque acaso es aspiración más que disolución. Es la sed de infinidad del alma fáustica, occidental, que registra Spengler en su *Ocaso del Occidente*. Este ocaso promete una aurora, quizás próxima.

DEL sincretismo actual, de esta junta magna de cosas de todos los tiempos y escuelas, y hasta de lo que no tiene tiempo, de las presunciones o adivinaciones de lo futuro, parece que ha de surgir una ordenación nueva, a menos que las épocas renuncien de aquí en adelante a tener fisonomía y personalidad.

Fijémonos en las corrientes, en los movimientos nuevos, que no pueden ser llamados con propiedad escuelas, pues son conglomerados: modernismo, futurismo, dadaísmo. Estos mismos, por su vaguedad, son expresivos.

sivos. Compárelos con nombres de una significación tan clara, de un tan preciso contorno como clasicismo, como realismo, como naturalismo; hasta el mismo nombre de romanticismo, con ser también algo vago e incierto, encierra otro contenido substancial e histórico. Señalemos, sin embargo, esta vaguedad para recogerla luego como un indicio y un entronque.

Los nombres tienen su filosofía, no son cosa baladí y casual. Un nombre vago, que aunque gramaticalmente sea un *substantivo*, no lo es en sentido semántico, no tiene una significación substancial, sino de accidente o de circunstancia substantivada; indica que el concepto no está cuajado, es confuso o incierto. Tales son los nombres modernismo, futurismo, que exponen una aspiración temporal, un afán de superar a lo pasado y aun a lo presente; en suma, ese ímpetu centrífugo que antes señalaba, ese afán de dispersión a lo lejos. El dadaísmo, aunque no tenga como etiqueta nominal una significación temporal tan manifiesta, está en la misma línea de aspiración. Si el modernismo y el futurismo pretenden la emancipación de las formas pasadas, el balbuceo ¿no aspira a la emancipación total de la forma — empeño imposible — a libertar la inefable palpitación del arte de la cárcel de una forma coherente, concreta, reduciéndola a primitivos elementos emocionales?

Por estas sendas empinadas o en estas tentativas de vuelo, el arte sacrifica la realización a la aspiración, o, más exactamente entregado al encanto de la aspiración, descuida la realización, se olvida de que es forma, por lo cual no puede prometerse obras duraderas y fecundas.

Podrá objetarse que los nombres de las grandes escuelas pasadas han ido adquiriendo densidad substancial con el tiempo, y deben lo preciso de su significado a una elaboración histórica, mientras que los nombres novísimos no han tenido tiempo de madurar, de criar la pulpa substancial del fruto formado. Mas *modernismo*, *futurismo*, expresarán siempre un concepto relativo, fugaz, sujeto a caducidad, un punto de vista actual. Lo moderno se hace antiguo.

lo futuro presente, y después pasado. El balbuceo del dadaísmo sólo puede justificarse como inicio o aureola de un nuevo lenguaje.

Que no es cuestión de tiempo, de madurez histórica, lo revela el caso del naturalismo, escuela moderna, de un sentido doctrinal y aun dogmático sumamente preciso.

El romanticismo, escuela ya secular, ofrece también una complejidad de contrarios, elementos diferentes, cierta incoherencia. Los nuevos movimientos de la literatura son los hijos del romanticismo. Toda esta frase postromántica es acaso la continuación y la dirección del romanticismo, en que empezó a parpadear y a moverse el faro que había marcado las rutas literarias: el faro de





Ilustración
de Ballesteros

—Pronto cumplirán—decía mi abuelo—cuarenta y ocho años de nuestro casamiento. ¿Te acuerdas, Paula?



MORTIGUADOS mis pasos por la mullida alfombra—me decía Alfredo, entre sorbo y sorbo del humeante café, con voz delatora de emoción,—llegué hasta la puerta del gabinete en que los dos viejos se habían instalado al amor de artística chimenea, en la que el tuero chisporroteaba, que en aquella casa, que huele a antiguallas, la estufa eléctrica no halló cómo entrar. Iba a levantar el pesado tapiz, que como manto protector del frío cubría la puerta, cuando me pareció escuchar confidencias amorosas que mi presencia hubiera interrumpido. Opté, tras breve titubeo, por quedar como petrificado en aquel lugar, me apoyé contra el marco de la puerta, y escuché lo que vas a oír: procuraré ser fiel en la transcripción para que te convenzas una vez más de que el amor no muere nunca.

—Pronto cumplirán—decía mi abuelo—cuarenta y ocho años de nuestro casamiento. ¿Te acuerdas, Paula?

—¿Cómo no he de acordarme! Entonces éramos jóvenes; todo nos sonreía. ¡Cuántas cosas han pasado!...

—No nos fué tan mal en la vida, hija mía. Juntos hemos reído y juntos hemos llorado, y en buena o mala fortuna, nunca nos faltó un pedazo de pan que llevar a la boca, ni una fuerte dosis de paciencia para ir salvando dificultades.

—Es cierto. ¡Si has luchado en la vida!...

—Luché, sí, pero, gracias a ti, no me quejo, que otros lucharon tanto o más que yo con menos éxito. Ya ves: tenemos hijos, nietos, casa regular y vejez tranquila. ¿Qué más podemos apetecer? ¡Cuántos, a millares, no pueden decir otro tanto!

—En verdad que si nos quejáramos, Dios podría castigarnos.

—Oye, Paula; hace tiempo que quería hacerte una pregunta.

—¿Cuál?

acuerdas de nuestra noche de bodas?...

—¿Cómo quieres que la haya olvidado? Estas cosas se recuerdan siempre... Aun veo aquel modesto cuarto de aquel gran hotel, el más lujoso de la ciudad, y en el que no había más que dos sillas, sobrado modestas...

—Yo también me acuerdo de todo; si supiese, lo dibujaría. ¡Qué cortinas y qué lavabo! La jofaina y el jarrón rameados con flores chillonas, y una butaca verde cerca del balcón. Vaya: ¡como si lo viera! Pero no es esto lo que quería preguntarte.

—Entonces...

—¿Te acuerdas de las luces que nos dieron?

—Pues no. Un gran quinqué de petróleo, que estaba sobre la cómoda, en la que además había dos grandes jarros con flores de trapo, y una palmaria de porcelana blanca, encima de la mesita de noche. Por cierto que, al volver del comedor, después de cenar, me acuerdo que te costó no poco trabajo encender el quinqué.

—Oye, tú. ¿Quién de los dos apagó la vela?...

—Yo qué sé. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque siempre oí decir que al casarse el que apaga la vela la primera noche de bodas, es el que muere primero.

—¡Bah! ¡Tonterías! Nunca creí en estas cosas. ¿Tú sí?

—No es que yo crea, sabes, pero lo he oído tantas veces que, francamente, a uno le hacen titubear...

—No te preocupes; será lo que Dios quiera. Que nos tenemos que marchar de este mundo ya lo sabemos, de modo que cuando suene la hora para mí o para ti...

—Querida mía! También lo sé que ha de llegar ese momento, y a veces, cuando estoy solo, cuando te alejas de mi lado, si supieras, siento un frío... ¡Pobre de mí el día que tú me faltes!

—Yo quisiera marcharme la primera. ¿Qué haría yo en este mundo sin ti!

—¿Cuánto, cuánto me has querido!

Tú Primero

Por
RICARDO MONNER
SANS

—Nunca lo has sabido bien. Si llego a faltarte, entonces sí lo sabrás.

—Regalona. Dame un beso.

—¡Eh!, no aprietes tanto, que me duele la boca, quizás por desportillada.

—Mira, Paula: óyeme bien lo que voy a decirte. Tú me comprenderás, estoy seguro. Esto no se lo puedo decir a nadie más que a ti, ¡ni a nuestros propios hijos!

—¿Tan grave es?

—Sí; atiende. Cuando dos, como nosotros, se han querido tanto, la eterna despedida ha de ser terrible, el dolor lacerante, sin humano consuelo, algo terrible. Pues bien; este dolor—aquí la voz del viejo se volvió temblona,—este dolor, Paula mía, quisiera que tú lo ignoraras. Por esto, queriéndote mucho, muchísimo, pues tú lo eres todo para mí, pídele cada día al Cielo que seas tú la que me precedas en el eterno viaje.

—¡Por Dios, Juan!...—Y la querida vieja comenzó a sollozar.

—Sí, Paula mía, sí. Ojalá seas tú la primera en partir; así te evitas el tremendo dolor de nuestra definitiva separación.

—Vamos, Juan. ¡Qué cosas tienes! Calla, y no me martirices.

—No, Paula, no quiero martirizarte; pero tú me comprendes, ¿verdad?... No es el egoísmo de vivir una vida que sin ti me sería pesada lo que me hace hablar. No, es que juzgo por mí lo que te pasaría si yo fuese el primero en romper el suave lazo de amor que trenzamos hace ya cuarenta y ocho años, cuando, con mucha vida y muchas ilusiones, no pensamos en que llegaría el día en que la tierra reclamara lo suyo y Dios nuestras almas para juzgarlas.

Callaron los dos, y acercando bien las sillas, juntaron sus cabezas, mientras yo, te lo confieso, separando ligeramente el tapiz, me puse a contemplarlos, oyendo distintamente el fatigoso latir de aquellos dos septuagenarios pechos. Al posar sobre aquellas cabezas mi mirada, me pareció que por sobre ellas revoloteaba, satisfecho y sonriente, el dioscecillo de blancas alas y picaresco mirar...

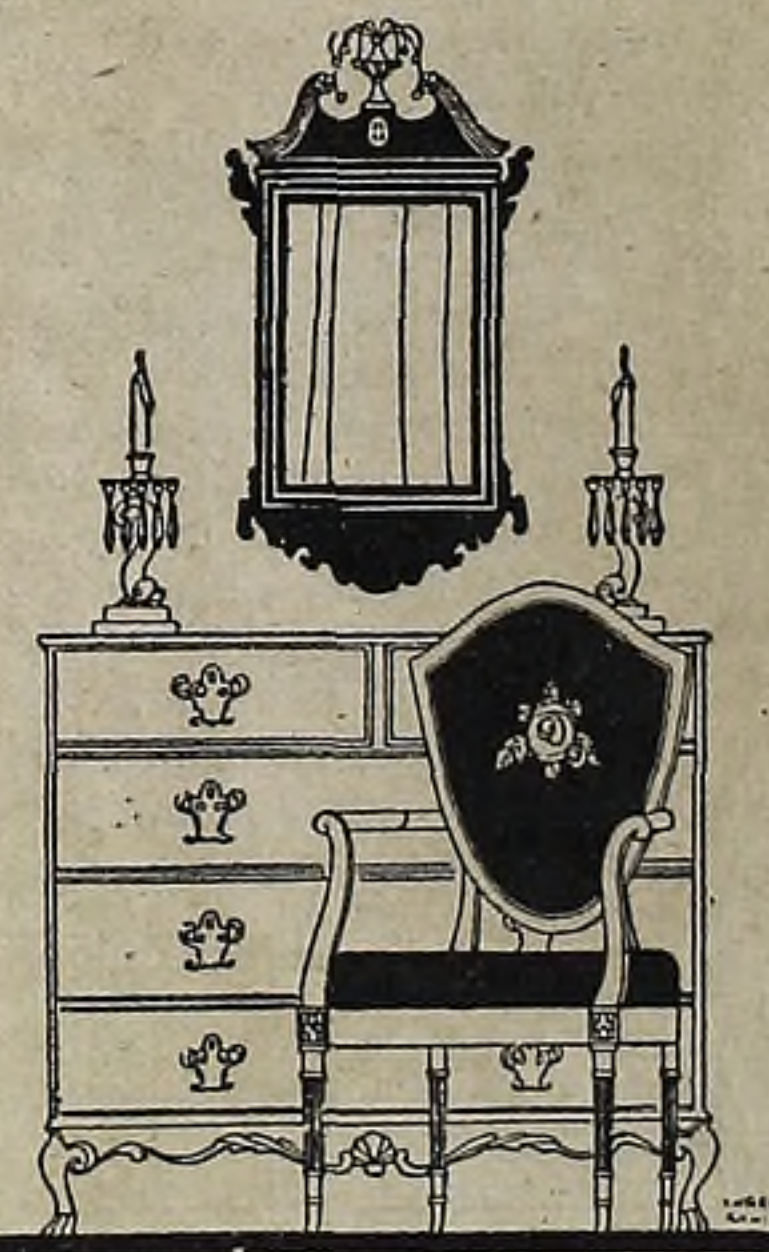
Alfredo, al narrarme con tal lujo de detalles, lo anteriormente transcripto, parecía presa a su vez de honda emoción; tras leve pausa, y como arrepentido de tan tierna confidencia familiar, me rogó que a nadie la repitiese.

—Para qué—dijo,—tal vez se reirían.

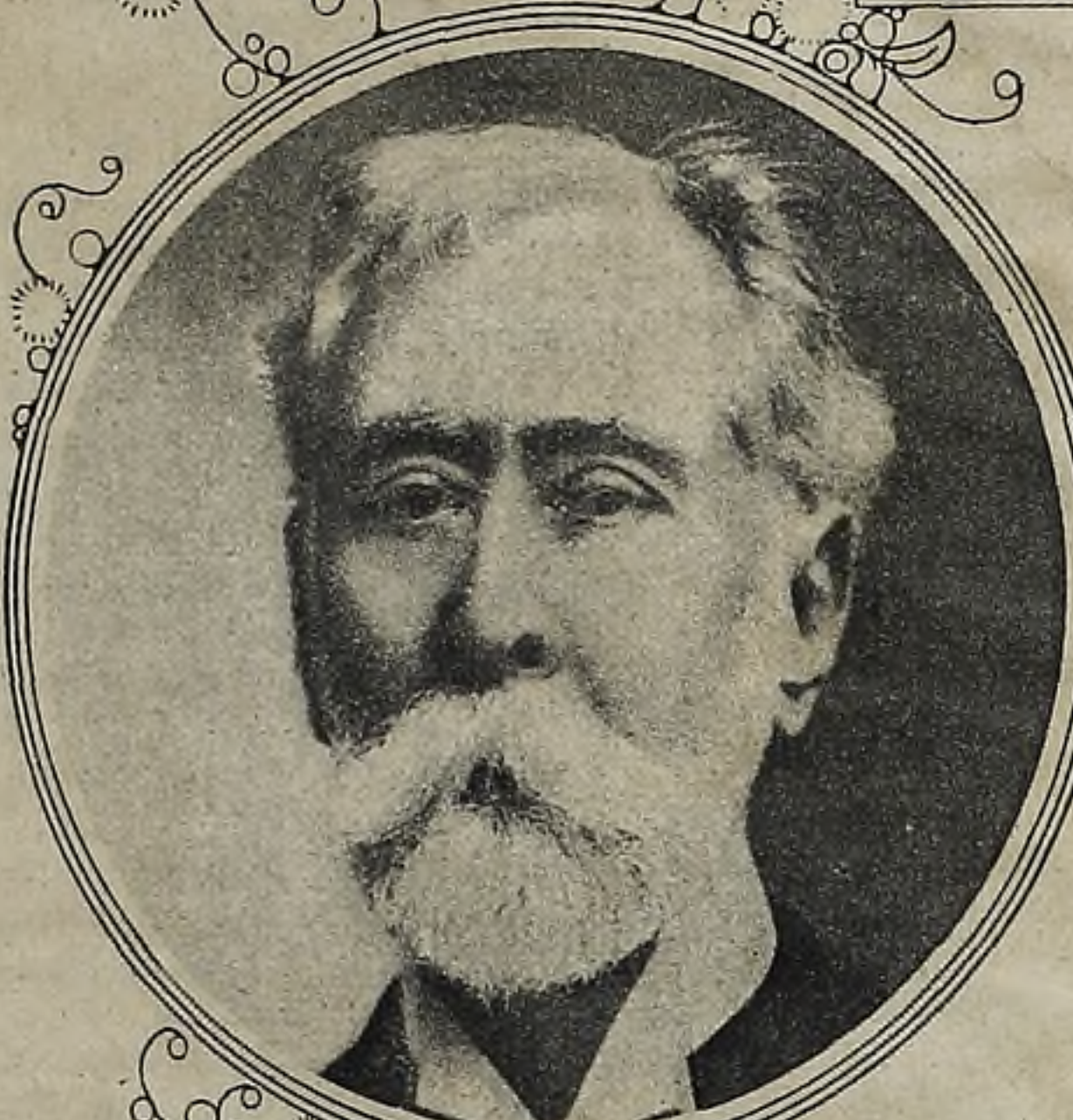
El confidente cumplió el ofrecimiento. A nadie repitió lo escuchado, pero lo escribió, y son sus apuntes los que, para hilvanar cuanto acaba de leerse, sirvieron hoy, después de tantos años, a

RICARDO
MONNER SANS

En mi rincón,
julio de 1923.



LAS FIGURAS DEL MOMENTO EN EL AÑO DE 1904



MANUEL QUINTANA
Es designado presidente de la República.



J. FIGUEROA ALCORTA
Completa la fórmula presidencial.



TEODORO ROOSEVELT
El 9 de noviembre es reelegido presidente de los Estados Unidos de N. A.



EL ZAR NICOLÁS
Ordena la movilización de las tropas rusas, e inicia la guerra contra el Japón.



EL EMPERADOR MUTSUHITO
Prepara el ejército y la escuadra para sitiár la plaza fuerte de Port-Arthur.



EL PRÍNCIPE HUMBERTO
El 15 de septiembre nace el heredero de la Corona de Italia.



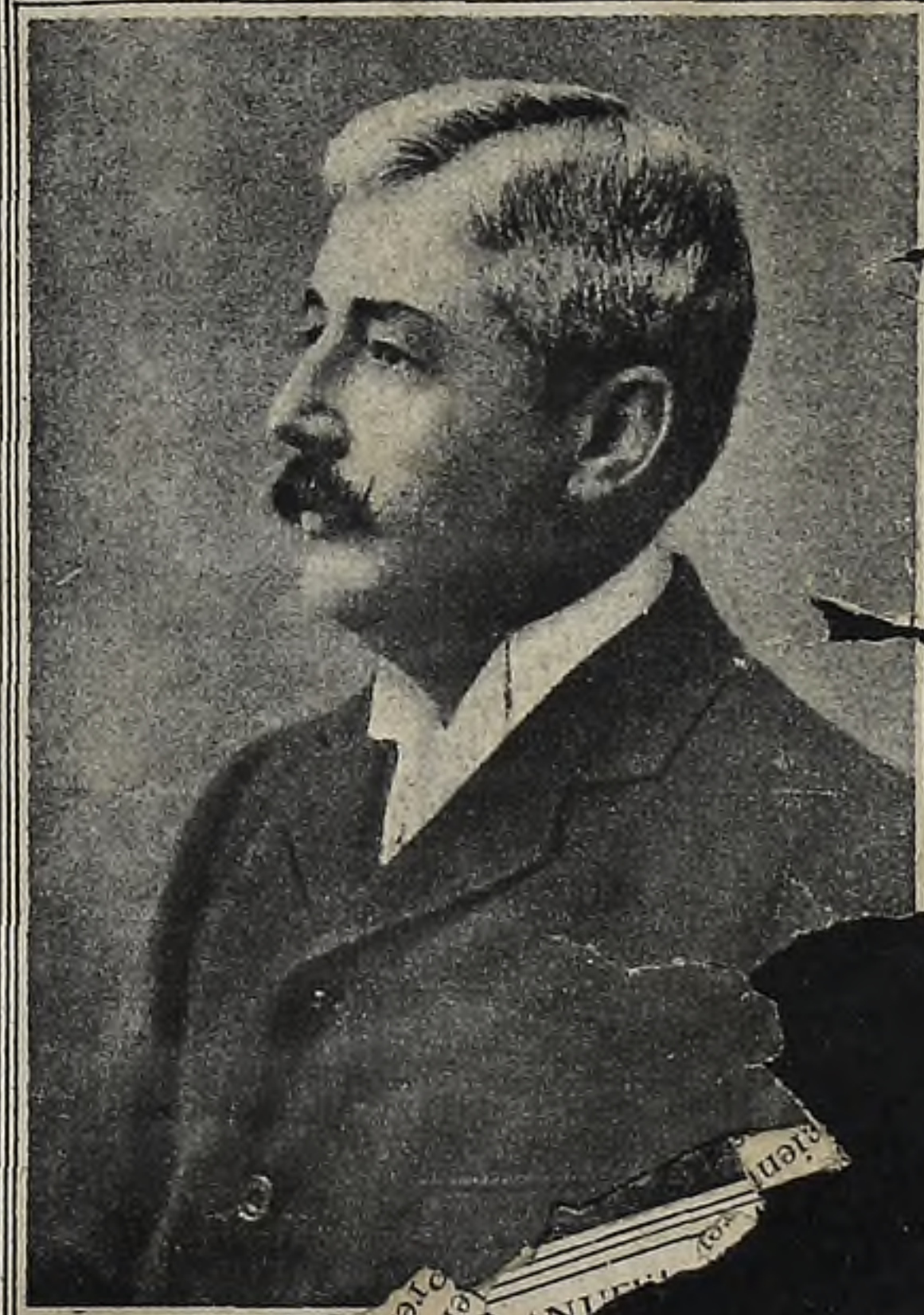
EL DUQUE DE LOS ABRUZOS
Llega a Buenos Aires el 21 de enero, donde es agasajadísimo.



EMILIO LOUBET
El 22 de mayo desconoce el poder temporal del Sumo Pontífice.



EL MONO CÓNSUL
El célebre chimpancé es el personaje más popular de París.



BENITO SÁENZ
El 6 de mayo...

1904 - Veinte años de periodismo - 1924

Por LADISLAO RESTREPO LEAL



El periodismo argentino—una de las manifestaciones de la vida nacional que más suelen sorprender al extranjero—ha experimentado en los últimos veinte años una profunda transformación, en su forma como en su fondo. En los cuatro lustros que van de 1904 a 1924, nuestras revistas y diarios han variado tanto de carácter, de tamaño y de tendencias, que asombra una tal fecundidad de renovación aun en actividad tan esencialmente proteica como es la de la prensa.

Hacia 1904 se notaba ya que el viejo revisterismo, principal o exclusivamente caricaturesco, del tipo del "Mosquito" o del "Don Quijote", había sido definitivamente desalojado por la evolución del gusto público y el progreso de las artes gráficas. Tales publicaciones iliterarias, destinadas solamente al comentario político de grueso calibre y a groseras campañas—tan terribles años antes,—ya no satisfacían a la nueva generación. La revista que predomina por entonces, la que ha impuesto su tamaño, su tendencia más acentuadamente literaria, sus caricaturas políticas menos virulentas, y, sobre todo, la actualidad fotográfica—no cultivada entonces por los diarios,—es "Caras y Caretas". Entonces, como ahora, la abundancia de las imitaciones probaba el acierto del original. Hacia el año 1904, "Caras y Caretas" luchaba ya victoriosamente con "El Gladiador", aquella tentativa interesante y decisiva con la que se inauguró un sistema de propaganda mediante concursos de toda índole, desde los carnavalescos hasta los hípicas; revista que llegó a venderse más que ninguna otra, y cuya breve existencia sirvió para demostrar que, para las revistas, como para las personas, la inflación no reemplaza a la buena salud. Algunas imitaciones de la revista en boga fueron tan serviles—y tan pueriles—que aspiraban a crear un equívoco entre los títulos de la publicación modelo y la imitada. Tal la denominada, durante su fugaz vida, "Carros y Carretas"... De entonces a estas fechas, todo, incluso el buen gusto en los títulos, ha progresado.

La efímera "Tipos y Tipetes" y una nueva creación de Eustaquio Pellicer, "P B T", aparecida precisamente en 1904, señalan diversas tendencias en el revisterismo.

Poco después de "P B T", la aparición de "La Vida Moderna" constituye una tentativa real y meritoria para crear un tipo de semanario distinto del ya excesivamente imitado y conocido. Más tarde, en el cisma de "Fray Mocho" marca una vuelta a los viejos métodos, una imitación, no de lo que era "Caras y Caretas", sino de lo que había sido en 1898.

Por lo tanto, y por varios años—excepción hecha de nuestro "Hogar", cuya historia tiene y merece capítulo aparte,—el revisterismo continúa invariable. La novedad de más bulto que se puede consignar en un período más reciente, es la publicación de la novela corta y la obrilla teatral vendida a precio.

Lo que es que estas ediciones tuvieron en España, y hacia 1907, un antecesor, aquel "Cuento semanal", dirigido por Amado Nervo, que tuvo un éxito insuperable, imitaciones abundantes, y un crecimiento tan fácil de prever como el de sus retoños argentinos.

Las publicaciones diarias tenían, en esos años, verdadero arraigo en el público. "La Prensa", "La Nación", "El Comercio", predominaban



de los 50.000 ejemplares. Nadie habría sospechado por entonces a los dos primeros las ediciones que lograron durante ciertas jornadas de la gran guerra. "La Nación" continuaba por 1904 un experimento interesantísimo: el suplemento semanal ilustrado, que hoy vuelven a intentar algunas empresas periodísticas.

Un diario de la tarde, "El Tiempo", luchaba—y luchó durante mucho tiempo—con más honra que provecho, por imponerse en el gusto del público.

Dos nuevas publicaciones de la época, "La Razón" y "La Argentina", estaban destinadas a mejor suerte. "La Razón", que se había iniciado con ruidosas campañas de tendencia anticlerical, ganaba terreno en la opinión pública, gracias a su compendiosa información, que contrastaba con el carácter lánguido y político del más serio de sus adversarios.

"La Argentina", después de un lento cambio en la periodicidad de su aparición, en 1908 convirtiéndose

diario. Su abundante información policial, sus insistentes campañas de carácter popular y comercial, y su decidida tendencia a la información deportiva hicieron por algún tiempo de este cotidiano uno de los más leídos.

Alrededor de ellos se multiplicaron las intenciones de toda índole. Hubo diario de tirada tan copiosa, que sus secretarios de redacción podían—como nos consta de uno de ellos—corregir de su puño y letra los errores de imprenta contenidos en todos los ejemplares.

Poco antes de 1910, iniciase el periodismo vespertino satírico, batallador y vocinglero, hoy en pleno éxito. Esta prensa de combate halló un filón inexplorado en ciertos aspectos de la actualidad desdeñados por sus tradicionales y harto austeros colegas. Las nuevas publicaciones vespertinas dieron a las secciones teatrales y deportivas, a los rumores callejeros y a los escándalos más o menos privados, una repercusión hasta entonces desconocida en nuestro medio.

Los rotativos de más importancia se han resuelto, en estos últimos años, a renovar y aumentar su material de lectura, variando al mismo tiempo su presentación gráfica.

Puede así asegurarse que jamás la situación material de la prensa argentina fué más próspera que hoy.

Pero lo más interesante de la evolución periodística operada en nuestro país, es lo que atañe a los periodistas mismos.

Hace veinte años todos eran periodistas por interés, por accidente, y muy pocos lo eran por vocación o por oficio. El periodismo era un puente, un trampolín para saltar a alguna situación política. Era un medio para conseguir uno de esos "acomodos" a que tan irresistiblemente propenso es el buen criollo, cuya ambición no ultrapasa jamás los límites del presupuesto nacional.

Los diarios se escribían, con escasas excepciones, en un estilo solemne e impersonal, en el que se esfumaba la personalidad del escritor. El anonimato, que es todavía una costumbre, era entonces un dogma. Solamente en fugaces secciones de carácter literario se consentía el escándalo de que alguien firmase lo que había escrito. El periodismo era aquí, más que en ninguna parte, el tonel de la danades con el que Víctor Hugo lo ha comparado: en el esfuerzo incesante, colectivo y anónimo se perdía irreparablemente la originalidad de los colaboradores.

Más aún: existían estilos que podemos llamar "de conjunto", uno para tal empresa y otro para tal otra, que era menester adquirir lo antes posible, so pena de no salir nunca de los rangos subalternos por el pecado del "exceso de personalidad".

Hoy día el periodismo es por sí mismo una profesión. Hay quienes dejan sus carreras, iniciadas o terminadas, para consagrarse por entero al periodismo; hay también, sea dicho en nuestro honor, quienes no hemos hecho otra cosa, ni concebido la posibilidad de medrar sino con la pluma misma.

Ya no es tan sólo posible ahora, sino también probable, hacerse una personalidad literaria en los diarios y revistas. Por eso no dudamos de que la era actual será excepcionalmente fecunda en la historia del periodismo.

Tampoco nos parece dudoso que, por la extensión siempre creciente de su acción en todos los órdenes de la vida nacional, el periodismo merece que se le considere como el cuarto poder del estado, en el orden histórico y el primero de todos en cuanto a la influencia que en el público ejerce.

Nuestra Portada

LA portada que con este número ofrecemos a nuestros lectores es original de don Juan Carlos Huergo, y fué premiada en el "Concurso Artístico de Carátulas de EL HOGAR".

¿La biografía de Huergo? Hela aquí, contada por el propio interesado:

"Soy hijo de padres argentinos y honrados."

"Nací

en París, capital de Francia, el 25 de mayo de 1889. (Esto parece en broma, pero es la realidad implacable.) Fuí, naturalmente, inscripto en la legación argentina, razón por la cual gozo de todos los inalienables derechos que la ley acuerda a los ciudadanos nacidos en esta tierra. (¡Ejem!)

"Así, he sido inmigrante al país al año y medio de edad. De manera que la enorme cultura artística que poseo, no ha sido traída de allende los mares, sino que la sé de oído."

"¿Aprendizaje de dibujo y pintura? Ninguno. Como es-

to se nota fácilmente en mis obras, no insisto en la materia."

"He nacido joven prodigio."

"¿Más detalles importantes de mi vida?"

"Una vez me hice la rabona y me llevaron preso porque de una pedrada le rompí la cabeza a un verdulero."

"Fuera de este discutible

caso de violencia, mi vida ha sido y es muy tranquila, si se puede llamar tranquilidad a la persecución diaria del "pan nuestro" en periódicos y revistas."

"Todavía no me han llamado de la Liga de las Naciones para conocer mi opinión, ni tengo el

honor de haber conversado con Firpo."



JUAN CARLOS HUERGO

LAS otras tricromías que figuran en este número, una de ellas es de Arturo Lanteri, y la otra del conocido artista italiano Aleardo Terzi, que fué también premiado en nuestro concurso de carátulas.



La nostalgia errante

(Cuento de Navidad)

Por LA CONDESA DEL CASTELLÁ

Ilustraciones de Pedro Curti

¿Y Bobo? No piensa en nada; agradece aquel don material con toda su alma de bestia humilde y recuerda la sala iluminada, el árbol reluciente y los niños que aguardan a un tal señor Noel.

—Bobo—dice el pequeño,—llévame a esperarle.

Bobo se queda estupefacto... ¿A esperar a quién? ¿Dónde?

—Llévame—insiste Bibí,—le seguimos... y entramos con él...

Bobo ha comprendido, y una sonrisa le corta la cara de oreja a oreja; luego, como un autómata, busca un lío de ropa; tiende a Bibí, sin decir palabra, un pingo brillante y empieza a vestir sus mallas; Bibí enfunda piernas y brazos en las suyas y se vuelve de espaldas para que se las abroche Bobo. En un santiamén están listos, y con unas chaquetas raidas sobre los hombros salen al aire libre; después de la mal oliente penumbra del carro, los conforta la serena claridad de la noche.

¿Dónde irán?

Bibí, cogiendo de la mano a Bobo, le mira interrogativamente y, a la luz de la luna, la cara del rapazuelo es un poema de tensión. Bobo cavila poniendo un ceño adusto y resuelve por fin. Irán... por la carretera; por donde ellos han venido, deberá llegar el señor Noel. Y dejan el suburbio y el puente y han presto en el camino que blanquea entre los troncos oscuros de los árboles corpulentos. Es una noche admirable de cielo azul turquí, constelada donde boga una luna de nácar ideal; el aire es transparente e inmóvil, y en el silencio prelate cruje la escarcha debajo de los pies. Va la caravana entre los campos yermos y el bosquejaje perenne.

El polvo endurecido se levanta, las bras livianas que va saltando y a veces el río que serpea en longitudes se acerca en una curva y se deslumbra como un espejo.

En dirección contraria a ellos, nos con carretas de hojalata, sean, extrañados, el grupo de Bibí y Bobo, con sus chaquetas, sus mallas de alfileres y el torbellino de los talcos y los paños raidas.



"Cuando, cargados de presentes, hablan de regresar, el magnífico señor Noel se ofrece a escoltarlos..."



L polvoriento carromato se detuvo en la solitaria plazuela de los suburbios; crujieron los mohosos herrajes y se abrió la mísera vivienda trashumante, dando paso a Polichinela, Arlequín y Colombina, que, junto al estribo, inspeccionaron la gran ciudad, que lucía del otro lado del río el esplendor nocturno de sus focos potentes.

Al puente se encaminaron Arlequín y Colombina; Polichinela fué a buscar el abrigo de la taberna cercana.

En el carro dormía Bibí profundamente, y velaba su sueño el perro de lanas Emperador, cuando se acercó a despertarle Bobo, el hércules grotesco, recio, de corta estatura, de cara lampiña, todo él cuadrado y macizo; tenía en la mano un tazón de leche humeante, que hubo de ver el pequeñuelo con el rabllo de sus ojos azules pues pronto los abrió desmesuradamente.

Era Bibí un delicioso saltimbanqui de cuatro años, con rizados de oro, naricilla respingona y una boquita de querubín. Su cena había sido frugalísima, porque no podía ni debía engordar, so pena de fallar los trucos de Bobo; Bobo, que sentaba a Bibí en su manta, que lo paseaba en pie sobre su cabeza, que se lo llevaba del dedo índice hacia saltar a la altura del aire que se elevaba, que le daba azotes y algunas veces regalicia, y su madre prometía contarle un cuento...

poró escrutando la cara de Bobo con un gesto impagable...

—No están esos, Bibí...—y el mozo guiñaba uno de sus cándidos ojuelos,—se han ido a la ciudad... Por aquí hay pocas casas; en una me han dado tu leche y he visto... unas cosas...

El pequeñuelo se convierte en un punto de interrogación. Bobo continúa:

—Había una sala grande, una abuela vestida de reina, muchos niños, una mesa con frutas y un arbolito con luces y juguetes y polichinelas de raso.

—¿Como el abuelo?...

—Mucho más bonitos—contesta Bobo, gravemente.

—Quiero verlos...

—No puede ser—interrumpe el acrobata;—han dicho que esperan al señor Noel, y me han dado con la verja en las narices.

Bibí y Bobo sienten un extraño desconsuelo, una nostalgia indefinida; el Emperador mueve la cola y los mira con mucha conmiseración... Bibí trata de evocar cosas bellas que oyó relatar a Colombina, pero son memorias confusas; era entonces muy pequeñito, aprendía, llorando de miedo, los trucos de Bobo y le daban azotes y algunas veces regalicia, y su madre prometía contarle un cuento...

La Natividad del Señor

Por LOPE DE VEGA CARPIO

El siguiente fragmento de Lope de Vega Carpio, descriptivo del misterio que conmemora estos días la Iglesia, está sacado de su obra "Pastores de Belén".



ABIENDO el Sol dejado atrás el Sagitario y entrando en la bella Amaltea, que por la crianza de Júpiter hoy es imagen de las que pinta la curiosa Astrología en el Cielo, comenzó el riguroso diciembre a serlo tanto, que los pastores de Belén se juntaban las noches a hacer grandes hogueras en los campos, e hinchando algunos troncos, cercándolos de mimbres y otras ramas de robles y tarayes, hacían resistencia al viento, como en las salas de las ciudades los aferrados cancelos a los señores. Las ovejas al rededor del fuego balaban ateridas, y juntándose unas con otras en los rediles, pasaban las frías noches, amaneciendo la escarcha sobre sus lanas como en las copas de los inmóviles árboles tal vez los cándidos copos de la blanca nieve dejaban vestidos de una misma librea los cielos y los campos. Los pastores, envueltos en sus gabanes toscos, deseaban la venida del Sol, cuyos rayos la deshiciesen, para descubrir las sendas. Caíanse las aves muertas por la grande falta que les hacían los granos y las hojas de los árboles, que ya por estar caídas, ya por estar cubiertas, no las hallaban. Los osos se sustentaban en las duras cuevas del humor de sus manos, y los demás animales venían hambrientos hasta las mismas cuevas de los pastores, cuyos perros, con ladridos que s, que por todos aquellos valles rimbombaban, despertaban los pastores, que con los estallidos de las rondas los ahuyentaban de alrededor de las cabañas. Este año de setecientos y cincuenta y dos de la fundación de Roma, del principio del mundo tres mil y novecientos setenta, y cuarenta y dos del Imperio de Octaviano César, que fué el primero que mereció del pueblo romano nombre de Augusto, después que vino de vencer a Marco Antonio y triunfó del Egipto, siendo de tal suerte en paz el mundo, que en todo no había un pequeño movimiento de guerra, Augusto la tercera vez el Templo de Jano, que por espacio de doce años no se había abierto; y saber cuánto se dilataba el Romano Imperio, promulgó un decreto, que todos los que fuesen súbditos, suyos se escribiesen y manifestasen.

A esta descripción fueron María y José su esposo desde Nazaret de Galilea, donde vivían, a la ciudad de Belén, ciudad de David, porque en ella había nacido a diferencia del alcázar de Sión, que se llama con este mismo título. Era ley del decreto ir las mujeres con sus maridos, como se prueba de esta jornada que hizo la divina Esposa del casto José, pues no siendo forzoso no se pusiera la Virgen a hacerla, tan vecina a su glorioso parto. Llegado este dichoso punto y hallándose los dos en la ciudad referida, la más rigurosa noche de aquel invierno, sin posada por su pobreza y por la multitud de la gente que con el mismo intento de pagar el tributo había venido: retirados a un diversorio que a los últimos barrios de la ciudad estaba debajo de una peña, y donde los que venían a negocios de la ciudad acostumbraban atar y dar de comer a sus animales, hizo José un pesebre para los que él traía, si acaso no estaban allí en aquella sazón dejados por otros dueños. Conociendo, pues, la honestísima Virgen la hora de su parto, José salió fuera, que no le pareció justo asistir personalmente a tan divino sacramento. María, descalza de las sandalias de los benditos pies, y cubierta de un manto blanco que le cubría y el velo hermosa cabeza, quedándose con la túnica; y bellos hermosísimos tendidos por las espaldas dos paños de lino y dos de lana limpiamente sutiles, que para aquella ocasión traía, y los pequeños para atar la divina cabeza de los solos cerca de sí para la ocasión que le fuesen necesarios. Pues como tuvo estas cosas prevenidas, hincándose de oración, las espaldas al pesebre y el estado al Cielo hacia la parte del Oriente, las manos, y los honestísimos ojos estaba como en éxtasis, suspensa en aquella altísima contemplación, y celestial dulzura. Esos instantes sus virginales ojos, que enteramente

e intacta como antes, y los cristales purísimos de su claustro inofensos del suave paso del claro Sol de Justicia Cristo nuestro bien, del cual salió luego luz tan inefable y resplandor tan divino, que todas las celestiales esferas parecían en su presencia oscuras.

Estaba el glorioso Infante desnudo en la tierra, tan hermoso, limpio y blanco como los copos de la nieve sobre las alturas de los montes, o las cándidas azucenas en los cogollos de sus verdes hojas. Luego que le vió, la Virgen juntó sus manos, inclinó su cabeza, y con grande honestidad y reverencia le adoró y dijo: "Bien seáis venido, Dios mío, Señor mío e Hijo mío". El Niño entonces llorando y como estremeciéndose por el rigor del frío y la dureza del suelo, extendía los pies y las manos buscando algún refrigerio y el favor y amparo de su Madre, que tomándole entonces en sus brazos, le llegó a su pecho, y poniendo su rostro con el suyo le calentó y abrigó con indecible alegría y compasión materna. Púsole después de esto en su virginal regazo, y comenzóle a envolver con alegría y diligencia, primero en los dos paños de lino, después en los dos de lana, y con una faja le ligó dulcemente el pequeño cuerpo, cogiéndole con ella los brazos, poderosos a redimir el mundo. Atóle también la soberana cabeza por más abrigo, y hechas tan piadosas muestras de su amor materno, entró el venerable



José, y arrojándose por la tierra, humildemente le adoró, bañando su honesto rostro de alegres lágrimas.

Entonces la Virgen y José, levantándose, pusieron con grande reverencia el Niño benditísimo sobre las pajas del pesebre, entre aquellos dos animales, y de rodillas comenzaron a contemplarle, hablarle y darle mil amorosos parabienes de su venida al mundo. Las fiestas, músicas, regocijos y alegrías de los ejércitos celestiales, que a esta sazón más que los átomos del Sol adornaban los arruinados techos de aquel palacio, no pueden ser referidos de las humanas lenguas ni de los cortos ingenios de los hombres; de la manera que de las altas palmas vemos pendientes los dorados racimos de los dátiles, así de aquellos antiguos y derribados techos, por las columnas rotas y envejecidos pinos, colgaban a escuadrones Serafines, Querubines, Potestades y Principados, celebrando los tres misteriosos nacimientos de este Señor, divino, humano y de gracia: de su increado Padre eternamente, de su Madre temporalmente, y en nuestras almas y corazones por gracia. Velaban a esta sazón los pastores de la torre de los ganados que entre Belén y Jerusalén yace señora de aquellos valles, e igualando su frente con las verdes cabezas de los montes, sitio donde el Patriarca Jacob moraba cuando a la tierra de Harán, abundante de pastos, vino de Mesopotamia, y donde el sepulcro de la hermosa Raquel tendrá memoria eterna, las vigiliadas de la noche que tenían dividida en cuatro partes, para librar el ganado del incursu de los lobos y de las otras fieras, cuando un hermoso Paraninfo, cercado de resplandor que súbitamente doró las vecinas nubes y distinguió las cosas que la tiniebla de la noche tenía confusas, tendió sobre sus cabezas las fenicias alas, y abriendo la suave boca les dijo: "No temáis, alegraros de las nuevas dichosas que os doy: ya es nacido para vosotros el Salvador del mundo;" mostrando en decir, que para los hombres, la distinción del divino y temporal nacimiento. "Nació en la ciudad de David, prosiguió el Angel, y tened por señal que hallaréis al tierno Infante envuelto en pobres paños y puesto en un pesebre."

Al fin de la publicación de este pregón divino, las cajas y trompetas del Cielo resonaron de a polo, y la celestial multitud de la miligélica se agitó y dio gloria al Señor. La ermita de Belén, que era el lugar de la ermita, se abrió y dio gloria al Señor.



La Cigarra

Por JUAN CARLOS DÁVALOS

A MARY DE BRUYN.

¡Canta, cigarra, canta! ¡Que tu canto sea tu pan de cada día!

OLEGARIO MARIANO.

¿No sabes la historia de esa calumniada por tantas odiosas lenguas enemigas?... Mientras liba y canta de luz embriagada, le muerden las alas voraces hormigas...

Le muerden las bellas alas temblorosas, le roban la savia que liba cantando; hasta que, hostigada por las envidiosas, la frágil cantora se aleja volando...

Tal es su destino..., vagar, perseguida, por las altas ramas y cantar a solas, mientras el estío renueva la vida, y céfiro mueve las tiernas corolas.

¡Lírica cigarra! ¡Fugaz armonía, vibración alada de dichas y penas! ¡Tu canto es tu propio pan de cada día; carne de tu carne, sangre de tus venas!



naza, meñique, que le
colgaba sobre su abdomen, que lo tiraba por
y lo recogía con los pies..., y demás lindeza.
entusiasmaban al público y hacían llover monedas
en la bandeja de Colombina.

VERANO

por Aleardo Terzi

PREMIADA EN EL CONCURSO DE

Los veinte años de Pancho Talero - 1924

Por ARTURO LANTERI

MO S



EN 1904, PANCHITO TALERO Y PETRONA MUESTRAN A SUS RELACIONES EL MAS GRANDE ADELANTO CIENTIFICO DE SU EPOCA



EN 1924, PANCHITO TALERO Y PETRONA ASOMBRAN A SUS RELACIONES CON EL MAS SORPRENDENTE ADELANTO CIENTIFICO

previamente untada de manteca y espolvoreada con harina, se dispone la masa, hacién-

(Continúa en la pág. 100)

MO SE CELEBRA LA NAVIDAD EN EL EXTRANJERO



EN INGLATERRA



VENDEDORES DE JUGUETES EN LONDRES



LA NOCHEBUENA EN BRETAÑA



SANTA CLAUS



EL DÍA DE NAVIDAD EN RUSIA



LA NO EN



A tradición cristiana dicta a todos los pueblos la costumbre de festejar el nacimiento del Señor, con reuniones gastronómicas en las cuales un plato característico predomina como consigna nacional.

Así, Francia presenta, en su mesa de Nochebuena, un manjar hecho con sangre de cerdo, llamado "boudin", base de toda la comida en la cena de referencia. El plato típico de Nochebuena en Alemania es el ganso, preparado en formas diversas. Italia da preferencia al pavo, compartiendo los honores de Navidad con la anguila.

En cuanto a la celebración de "Christmas" en Inglaterra, no podría concebirse sin la presencia del célebre "plum pudding", ofrecido con determinado ceremonial.

En presencia de los comensales, el ama de casa procede a recibir la fuente con los ingredientes del plato: miga de pan, harina, huevos, grasa, pasas, almendras, y con aguardiente anisado, se arroja dentro un anillo y una moneda pequeña, llevándose todo a la mesa, de donde vuelve ya listo para ser servido. La distribución del "pudding" es una gran expectativa, pues los objetos encerrados en él se toman como augurio de casamiento, ya de fortuna en los negocios, según corresponda la sortija o la moneda.

¿Qué haría entre nosotros la señora obligada a organizar un "reveillon"?

Esta idea preocupa a gran número de cerebros femeninos en las proximidades de Navidad, por lo cual creemos no serán inútiles determinadas indicaciones para la confección de un conveniente menú.

Ante todo, ¿es indispensable la sopa en una cena de Nochebuena?

Optamos por la negativa, aun reconociéndola excelente para los ancianos y los niños. Pero las personas de buen estómago rechazan el caldo como inútil, pues les impide ingerir alimentos de más valor. Suprimamos, entonces, la sopa. Se podrá reemplazar por trozos de carne asada, caviar empapado en vino, pechuga de gallina o pavita, lenguas en salsa, o un pescado en salsa — cuya receta daremos adelante — canapés de anchoas, etc.

Abierto el apetito con tales bocados, pasemos a ocuparnos en asuntos más serios. No vendrán mal algunos platos de carne roja; de aves asadas que aparecen brillando en jugosa compañía de legumbres; de piezas de caza, sabiamente condimentadas; de conservas de aves puestas en grasa durante el invierno, sin contar con el clásico pavo relleno, infaltable para tal fecha.

Con estos elementos se está en condiciones de ofrecer un agradable banquete, en el cual no debe olvidarse a los vegetales.

Y llegamos a los postres.

He aquí algunos delicados y que pueden incluirse en la lista.

En razón de la temperatura debe darse preferencia a los helados, no desdiciendo del conjunto, alguna preparación con frutas, como la siguiente:

Manzanas cristalizadas con ciruelas. — Para la confección de este postre se escogen manzanas y ciruelas maduras. Se lavan todas y se cortan en pedacitos. Se pone una vez en la olla con agua y azúcar.



Banquetes de Navidad

Ilustraciones fotográficas de Luis Cabada



entonces a un plato. Con el jugo restante se obtiene rica jalea, dejándola hervir a fuego lento. Dispuestas las manzanas en el plato, se llenan los interiores con ciruelas seleccionadas y limpias, espolvoreando con azúcar la parte superior de las manzanas. Se sirven tibias, rodeadas de papel de seda, al que se ha dado la forma de una flor, para mejor vista.

Yemas quemadas. — Se toman diez y ocho yemas de huevo, deshaciéndolas un poco, sin

llegar a revolver. Se prepara almíbar con medio kilo de azúcar, y se van echando las yemas de modo que cubran el fondo de la cacerolita. Se dejan hasta que tomen el punto de caramelo clarito. Se dejan enfriar sobre mármol.

Helado de crema. — Se hace hervir medio kilo de azúcar con medio litro de crema y medio litro de leche, una varita de vainilla, un polvito de carbonato de amoníaco, añadiéndole cinco huevos batidos. Se une todo y se pone en la maquinita de hacer helados.

Helado de café. — Hiévese un litro de leche con medio kilo de azúcar. Se toma un cuarto kilo de café en grano, bien tostado, y se echa en la leche, retirando ésta del fuego y revolviéndola sin cesar. Se añaden ocho yemas batidas y se deja al fuego tres minutos, sin que hierva. Se pasa por cernidor, añadiéndole una copita de café muy fuerte, poniendo todo en la heladera.

La mezcla para helar debe consistir en hielo picado, del tamaño de una nuez, y sal de cocina, en proporción de un kilo de sal por cuatro de hielo.

Helado de frutilla. — Elegir frutillas bien maduras, que se machacan sobre azúcar granulado, dejando en reposo la mezcla durante una hora. Colocada en un lienzo fino, se exprime para desprender el zumo, al cual se une igual cantidad de agua. Bien removido todo, se pone a helar.

Merengues de chocolate. — Tres claras de huevo se baten a nieve, incorporando ciento cincuenta gramos de azúcar molido; se mezcla perfectamente, agregando tres barritas de chocolate, rallado fino. Se unta con manteca una lata, y se colocan en montoncitos de media cucharada cada uno, cociéndolos en horno muy templado.

Salsa para pescado. — La salsa blanca, de que hablamos al principio, se hace de este modo: Sobre fuego lento se hace derretir, en una cacerola, 230 gramos de manteca y dos cucharadas de harina.

Cuando se hayan mezclado íntimamente, se vierten tres vasos de vino blanco, añadiendo el líquido en el cual se haya cocido el pescado, o la carne que motivaron el plato. Completan la preparación dos o tres yemas de huevo, que contribuyen a dar buen color a la salsa.

Torta de Reyes. — Con medio kilo de harina y 350 gramos de manteca tendréis una torta de regular tamaño. Colocada en una sopera, se practica en la harina un agujero central, donde se pone un trozo de manteca, del tamaño de una nuez, un vaso de agua y dos cucharaditas de sal fina. Cuando se haga la pasta, se extiende con ayuda del palo, hasta dejarla delgada cual una moneda. Con la manteca restante se unta la mitad de la superficie y se dobla en cuatro la masa, volviendo a extenderla sobre la mesa. Dejada en reposo durante quince minutos, se vuelve a practicar la misma operación, siendo indispensable repetirla seis o siete veces para que la masa resulte esponjosa.

Sobre la vasija destinada al efecto...





UERÍA bien a doña Cleo porque cuidaba amorosamente mi desorbitada bohemia, y algunos días en el mes suplía con astutas ternezas los afanes maternos

de que me hallaba huérfano. Por eso mismo, tal vez, teníanme algo de fastidio y de envidia mis compañeros de hospedaje, para quienes la celosa maritornes no solía ser tan afable y condescendiente.

Era, como puede suponerse, aquella mujer, corpulenta, solterona y gruñidora, sin cuyas cualidades quizás no hubiese podido figurar decorosamente en la escala de las temibles y despóticas patronas de casa de pensión.

Sabía adoptar actitudes desconcertantes poniendo en juego los resortes de su fácil irritabilidad cuando el retraso en el pago de algún pensionista amenazaba llevar a la crisis los cálculos de su menguada economía; parecía, en cambio, como hecha de hojaladre, para con sus huéspedes cumplidores y puntuales. A esto y no a otra circunstancia atribuyo el excepcional afán con que me prodigaba sus atenciones, a las que solía yo corresponder halagando su vanidad femenina con alusiones admirativas a su "indeclinable juventud".

¡Oh la buena doña Cleo!... Nunca podré olvidar cuánto se enternecía ante las indiscretas galanterías que recreaban dulcemente sus oídos, encendían sus mejillas, y hacían palpitir su seno. Porque nunca sospechaba la sensible solterona que aquellas traviesas alusiones en que todos los pensionistas se complicaban para remover los secretos de su avinagrado corazón, no fuesen un homenaje justiciero a los valimientos de su presumida juvenil lozanía.

CUIDABA doña Cleo, con meditado rigor, los días del año significados por alguna solemnidad, y a ellos acomodaba las prácticas culinarias de su régimen doméstico. Había en esto, sin duda, tanto respeto por las tradiciones, como noble deseo de que, bajo su arrogante tutela, sus jóvenes huéspedes no echasen de menos las expansiones familiares que suelen ser el culto del hogar.

Aquella Nochebuena de mis recuerdos no fué una excepción para la empedernida doña Cleo. Felizmente, había cobrado algunos atrasos y quiso hacernos partícipes de su regocijo obsequiándonos con una cena fuera del menguado programa habitual. Cuando, después de aclamar a la pródiga patrona, los agradecidos comensales, noctámbulos obstinados, nos disponíamos a salir para esperar en trasnochados devaneos la hora gloriosa del nacimiento del Mesías, doña Cleo tuvo para mí una reservada advertencia:

—¡Cuidado, no haga locuras! En estas noches de fiesta suelen suceder muchas cosas. No se deje llevar por sus compañeros. Retírese temprano...

No tanto por los consejos de mi efusiva patrona, como aburrido de un trasnochar sin interés ni atractivo, a hora medianamente avanzada me separé de mis compañeros, para irme a acostar. Apenas me había encerrado en mi pieza, sorprendíme la voz de doña Cleo:

—¿Me permite? Ya que viene solo... A estas horas le va a saber a gloria. Está riquísimo...

A todo esto, había dispuesto sobre mi mesa: plato, servilleta, cubierto...

—Apúrese—añadió,—es para usted sólo. Elegí de las mejores presas de la pavita que maté esta tarde. Que no se enteren sus compañeros; nos quedaríamos sin pava para mañana. Apúrese, antes de que vengan...

Estaba aquello, en efecto, riquísimo. Fué una colación inesperada y espléndida, que me hizo ensalzar en términos efusivos las gracias y virtudes de la nunca bien ponderada doña Cleo.

A HITO y convencido de que también las dueñas de hospedajes tienen corazón, me acosté... Me acosté con la imaginación puesta en la imponderable amabilidad de doña Cleo, y en la muerte de aquella pavita que, con el delicioso condimento de las trufas, incitó mi trasnochada glotonería reanudando el juego de mis funciones digestivas. Fué un divagar turbio, pesado, torturante. Sombras y rumores invadían poco a poco mi cerebro; y en la iniciación del letargo, había como el vago tormento de una pesadilla. De pronto, irrumpió un clamoreo espantoso. Me incorporé. En las sombras brillaban las pupilas de seres monstruosos que rodeaban mi lecho. El cerco se estrechaba. Quise gritar, pero en vano; me sentí pisoteado, estrujado... La avalancha, arrollándolo todo, pasando sobre mi cama, sobre mi cabeza, invadía la habitación, en una algazara estrepitosa. Una vaga luz de penumbra permitió darme



"La masa de plumíferos agitábase, audaz y bulliciosa..."

Mi Noche Mala

Remembranzas de juventud

Por TIRSO LORENZO

Ilustración de Pablo Matzel



rral. Tal vez a estas horas esa dulce compañera, nuestro encanto, nuestra ilusión, habrá sido sacrificada en homenaje a un culto que se dice de amor y no tiene piedad para nosotros, que somos de los seres más inocentes, más zonzos y más inofensivos de la creación.

Un hondo murmullo gutural acogió el emocionante exordio.

—Os hablo con el corazón sangrando. Esa linda pavita, ¿por qué ocultarlo?, era mi ideal. Todos mis pensamientos, todos mis graznidos los consagraba al amor de esa infortunada ave, orgullo de la especie, que con sus gentiles contoneos y sus graciosas coquetías hacía las delicias de la juventud emplumada. Pero, entendedlo bien, camaradas: aun cuando la pena me ahoga, aun cuando mi moco se irrita y mi corazón dolorido arde en indignación, no pretendo hacer en este asunto una cuestión personal. Lo que quiero es reivindicar el honor de la especie groseramente vejada por los atropellos y los crímenes que contra nosotros se cometen todos los años en estos días que, ¡oh ironía!, se dicen de unión cristiana.

—¡Bravo!..., ¡bien!..., ¡muy bien!...—graznaron en su idioma los plumíferos manifestantes.

—¿Hasta cuándo, camaradas—insistió,—soportaremos pacientemente que la repugnante glotonería del hombre se recree en nuestros sabrosos despojos?

—Sí, es cierto—cloqueó campanudamente uno de los más rollizos.—Es tiempo ya de que nos dejemos de hacer los pavos. No toleremos ni un momento más que nuestras mansedumbre y apatía les sirvan al hombre para emplear nuestro nombre como símbolo de la imbecilidad.

—De acuerdo. Si no tomamos una determinación enérgica, seremos dignos de continuar siendo pavos toda la vida.

—Me aflige ver cómo estáis desbarrando—interpuso una pava rolliza y jamaona que cultivaba el feminismo entre la especie.—No debe preocuparnos el uso bueno o malo que la intrigante humanidad hace de nuestro nombre. Lo que ahora importa es salvar o vengar a nuestra joven compañera arrebatada hoy traidoramente del corral, y villanamente asesinada, tal vez, en la flor de su edad. Vosotros, juventud, ¿desmentiréis la tradicional galantería y olvidaréis a la gentil compañerita sin sentir los arrogantes impulsos de la caballerosidad? Y vosotros, los grandes pavos, los que habéis tenido prole y sabéis lo que es el amor filial, ¿podréis tolerar que un crimen semejante quede impune? ¿os resignaréis a que uno de los más lindos ejemplares de nuestra descendencia, todo gracia y candor, os sea villanamente arrebatado? Tened por bien seguro que no habrá sido llevada para embellecer los jardines de alguna princesa. Más bien lo habrá sido para satisfacer la vanidad y la gula de anfitriones groseros y desam-

—Muy bien puede ser—resonó la voz de un pavo pedante con estiramientos de sociólogo.—Recordad que hoy es Nochebuena, y en esta fecha somos nosotros las víctimas propiciatorias de la vanidad burguesa. El hombre es así de brutal y absurdo. En las conmemoraciones más idealistas, más espirituales, su entusiasmo los concentra en las vulgares satisfacciones del estómago.

—¡Pero es un cobarde!—gritó otro pavo.—Si el hombre sólo vive para comer, si los mitos más generosos e idealistas lo convierten siempre en pretextos bucólicos, ¿por qué no se ensaña más que con los animales débiles e indefensos?

—Los cobardes somos nosotros—prorrumpió un pavo desde un rincón,—que tenemos garras y uñas, y quedamos pavos ante tales injusticias; tenemos recios



EL VERANO EN LA CARICATURA



ROMPEOLAS

— Así, detrás de nuestro tío, estamos con el mar tranquilo.



VANITAS

— ¡Mira! Un atrevido tomándonos fotografías.
— Es el fotógrafo de una revista.
— ¿De una revista? ¡Ah, eso es otra cosa!



LO QUE COMEMOS

— ¿Se sirvió usted helado de vainilla o de frutilla, señora?
— No sé... Tenía gusto a goma.
— ¡Ah! Entonces era de vainilla. Los de frutilla saben a pescado.



PRINCIPIO DE TEMPORADA

— ¿No te bañas hoy, Marichu?
— No, chica. Hay tan poca gente aún, que no vale la pena.



ANTE TODO LA SEGURIDAD

El. — ¿No piensas entrar en el agua?
Ella. — No, hasta que no haya aprendido a nadar.



EN LA PLAYA

— ¡Quédense quietos, chicos! Quizá no le agrade ese señor que lo entierren.



EN EL HOTEL DE UN BALNEARIO

— Supongo, María, que ya habrá empezado a llegar la gente molesta.
— No, señor. Usted es el primero.



EN BUSCA DE POPULARIDAD

— Fíjate qué modesto el traje de baño de Pepita.
— Esa es capaz de cualquier cosa con tal de llamar la atención.



EXIGENTE

— Ven, querido; toca a ti.
— Que cambien pa... Yo no quiero bañarme en la misma agua en que... chicos.



TODO QUEDA EN FAMILIA

Ella. — Yo creo que tú prefieres jugar al póker con papá a estar aquí conmigo.
El. — De ningún modo, querida..., pero es necesario que consiga el dinero suficiente para casarnos.

La tumba de los Reyes Magos

Por G. LENOTRE



OR QUÉ un haba?

Tal la pregunta que me hago después de serias consultas a cuanto se ha escrito sobre la fiesta de la Epifanía y de las costumbres originadas por ella, sin encontrar respuesta satisfactoria. ¿De dónde viene esta tradición tan vieja como Francia misma, piadosamente transmitida a través de siglos de lucha y miseria durante la Edad Media, resistiendo a todas las guerras y revoluciones? Los reposteros parisienses intentaron reemplazar esta fatídica haba por un muñequito de porcelana; tal innovación fué poco afortunada, pues desapareció al instante; se dirá siempre "el rey del haba", sin alcanzar jamás a explicar cómo esta misteriosa legumbre se convierte en emblema de tal efímera grandeza.

En cuanto a la torta tradicional, hállese su existencia ya en el IV siglo de la era cristiana.

La historia de los Reyes Magos, íntimamente ligada a esta costumbre, está envuelta en tinieblas a semejanza suya.

En la catedral de Colonia existe, en la capilla culminante del ábside, una especie de gigantesco tabernáculo en mármol de diversos colores, cerrado por gruesa reja de cobre, de una arquitectura híbrida y bizarra, pesadamente esculpida; es sin estilo, sin elegancia alguna. Tres turbantes en cobre repujado se destacan en relieve sobre los barrotes de la verja; visto de cerca es deslumbrante. A través de la reja, celosamente guardado por un vidrio obscuro, se percibe en la sombra un maravilloso relicario bizantino, de gran dimensión, construido en oro macizo sembrado de brillantes arabescos de perlas y diamantes. Ante tan extraño relicario arden tres lámparas de cobre con estos nombres grabados: en una, Gaspar; en la otra, Melchor, y Baltasar en la tercera.

En los libros del siglo XVI se encuentra el nombre de los tres Magos con sus rasgos y trajes minuciosamente detallados, pues la leyenda no ha vacilado en suplir el silencio de los documentos sagrados. Melchor es un viejo calvo, de larga barba, vestido con ropaje color de jacinto; Gaspar es joven, lleva vestido anaranjado y manto rojo; Baltasar es negro, su vestido es rojo y el manto abigarrado.

Así lo representa un curioso grabado del Belange, grabador del siglo a que nos referimos, conservado en el gabinete de Estampas en la Biblioteca Nacional.



"LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS",
por Mantegna



"LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS", por Velázquez



"LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS", por Rafael



"LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS",
por Dürer

LUEGO, los restos de los Reyes Magos se hallan en Colonia; allí se les venera a partir del siglo XI. Pero, ¿cómo fueron conservados? Nadie lo sabe.

Cuéntase que Federico I de Hohens- taufen, después de haber tomado y devastado a Milán, substra- jo los cadáveres de los Magos, depositados allí sin saber por qué razón, y los obsequió a Renaud, obispo de Colonia; éste se propuso levantar una iglesia digna de tan preciosas reliquias, e hizo preparar el plan de un soberbio templo, tan hermoso, que fuese imposible a la imaginación humana concebir nada semejante. En el centro de la catedral futura se debía erigir un grandioso monumento a la gloria de los tres reyes, destinado a recibir la urna de oro que contenía los sagrados huesos.

El arquitecto se inspiró en la descripción de un antiguo trovador alemán, Titurel, que describía un monumento encerrado en el templo de Saint-Graal. Hubiera sido una elevada capilla sostenida por arcos y columnas, de suerte de poder contemplar el relicario y el altar desde cualquier sitio en que se hallara ubicado el visitante.

Para llegar, se habrían construido ricas escaleras con balaustradas de pórfido y ónix.

Ricardo Wágner repitió este proyecto. Los "fieles" que anualmente se congregan en Bayreuth han podido ver en la decoración de *Parsifal*, el monumento que el siglo XI

soñó en levantar como homenaje a Melchor, Gaspar y Baltasar.

Parece ser que la hermosa catedral de Colonia no reconoce otro origen; tal maravilla surgió sobre esas reliquias.

La urna permaneció en el sitio asignado por el arzobispo Renaud, hasta 1794; en tal época, el cabildo de la catedral de Colonia emigró, por temor a los franceses, y se estableció en Westfalia, y no queriéndose separar de los tres Reyes Magos, los llevó consigo.

En el año 1804 regresó trayendo las reliquias; pero sucedió a los reyes muertos lo que a gran número de sus colegas vivos de aquel tiempo: habían perdido la corona y las mejores joyas de su tesoro. Durante un período de diez años, el Cabildo pudo vivir gracias a los beneficios de la santa urna. Sin embargo, fué luego necesario reponer buen número de perlas y de diamantes para no obligar a los viajeros que "llevaron al Señor ricos presentes", a presentarse ante los fieles cubiertos de falsa





UCHO se ha repetido esta frase: "Los regalos no conquistan la amistad pero contribuyen a conservarla". Tal vez, de todas las prácticas sea ésta la menos sujeta a variaciones. Siempre han sido los obsequios la expresión más real de estimación y afecto, en cualquier época, entre personas de las más diversas categorías. Pero no siempre los presentes recibidos indican buen gusto por parte de quien los envía. Atendiendo a preferencias y especiales circunstancias, hemos creído interesante interrogar a algunas personalidades cuya posición les obligó a recibir los regalos más heterogéneos, proponiéndoles esta cuestión:

"De los obsequios recibidos por usted, ¿cuál ha sido el menos agradable?"

Sarah Bernhardt, la eminente trágica desaparecida recientemente, nos dijo:

—Es evidente que al elegir un regalo, pocas personas se preocupan de enterarse del gusto predominante en el obsequiado; pero, ¿puede importar nada la clase de regalo? Hay uno solo en el mundo que me hubiera desagradado fatalmente: el que me hubiese sido ofrecido sin la sinceridad del donante, ya que todo el valor del objeto está íntegramente cifrado en los sentimientos de quien lo da. Siendo así, no me está permitido hacer distinción entre las mil chucherías que diariamente acepto de la afección del público. Sería una elección injusta.

—Pero—agregamos,—a pesar de esa gran bondad, la artista admirable que encerráis, ¿no se ha sentido chocada por la inelegancia de ciertos objetos?

—No. Francamente, no. Siempre me he sentido tiernamente conmovida desde el instante en que el paquete se hallaba en mis manos, sin desenvolver aún. Es que veo en su contenido, cualquiera que sea, el inmenso cariño de un público al cual adoro. Algunas veces, los amigos que me rodean, teniendo derecho a juzgar únicamente por reglas estéticas, me dicen con cierta decepción cuando ante ellos recibo un regalo: "¡Qué feo es!" Miro entonces el objeto, y si es en realidad de inconfundible mal gusto, siento un gran dolor al tener que darles la razón.

Tal la confesión hecha por la genial Sarah, cuya muerte fué llorada por el mundo entero, sabiendo que su genio tardará mucho en ser reemplazado.

Entrevistamos luego al señor Raimundo Poincaré, cuyo gabinete de trabajo ofrece todo el aspecto de un museo. Allí está el magnífico bronce, regalo del rey de Italia; la columna sobre la cual brilla un soberbio vaso de oro; allí se expone el riquísimo cofre de plata sobredorada, incrustado de pedrería, ofrecido por la ciudad de Londres al ex presidente de la república francesa, y cien obras de arte difíciles de enumerar. Ocupaba entonces la primera magistratura de su país.

Oyendo nuestra pregunta, agregó:

—Los regalos que se me hacen no pueden nunca serme desagradables; aun cuando tal sucediera, el pensar que mi declaración apenaría a ciertas personas, es suficiente razón para que lo calle. Con motivo de la guerra, he recibido mayor cantidad de obsequios que mis predecesores, y aquí pueden verse los envíos más conmovedores. Los conservo con cuidado y aprecio muchísimo. No hablo ya de los pequeños regalos que un presidente de la nación recibe de parte de quienes esperan recibir otro de más valor, no. Pero cuando llegan a mis manos esas raíces de árbol esculpidas con cortapluma por los "poilus" de Verdún, y cuya inscripción es simplemente mi nombre y no mi título de funcionario; esos pañuelos bordados primorosamente por las madres que acompañan un pedido de noticias sobre los hijos primos; esos croquis de soldados, los humildes y gloriosos trofeos recogidos para mí en el campo de batalla..., ¿puedo pensar en el regalo que mayormente me ha disgustado? Hay uno que últimamente me conmovió hasta lo indecible. Aun no tiene su lugar aquí, pero le reservo el mejor: es el bajorrelie-

Los regalos que agradan, y los otros...



TRISTÁN BERNARD



RAIMUNDO POINCARÉ



MORO-GIAFFERI



CARLOTA ZAMBELLI



SARAH BERNHARDT

ve en bronce que me fué ofrecido por la ciudad de París.

—Pero, señor presidente, ¿no son acaso los regalos oficiales de una desconcertante banalidad?

—Es verdad que, por ricos que sean, los aprecio menos que muchos sencillos, modestísimos objetos ofrecidos por particulares.

—Entre estos últimos..., ¿cuál fué el menos agradable?

—¿Tanto se empeña en saberlo? Pues bien. Mi respuesta no puede herir a nadie, dada la desconcertante repetición del obsequio: ha sido mi retrato hecho en tapicería... Debo confesarle no haberme reconocido en ellos ni una vez siquiera.

Ya lo saben las señoras y niñas empeñadas en lucir habilidades de aguja: no conviene esmerarse en la ejecución de un retrato para obsequiar a nadie, a riesgo de merecer el enojo del retratado.

La señora Carlota Zambelli afirma no haber recibido jamás nada feo.

—Muchos regalos me han hecho —nos dice,— y el más impresionante entre ellos fué la fotografía de la señorita Mauri. Ahí está, en el sitio de honor. Esto prueba que tengo solamente amigos de un gusto excelente... En cuanto a la admiración anónima, se traduce casi siempre por el envío frecuente de hermosas flores. Las personas que no son de mi rela-

ción me obsequian, generalmente, así, lo cual significa que les soy deudora del regalo más exquisito.

—¿Qué hubiera usted hecho de un objeto horroroso, si, por desgracia, lo recibiera?

—Lo hubiera encerrado en un armario, como se hace siempre que ocurre tal desgracia, a menos de no impresionarme la atención del remitente, lo cual me hubiera llenado de indulgencia. Ante la decepción de un obsequio semejante, recordaría aquel refrán que dice: "A caballo regalado no hay que mirarle el diente".

Así concluye la famosa bailarina, mimada por todos los públicos.

Llegados a presencia del profesor Gosset, formulamos la indiscreta pregunta. El eminente cirujano sonríe, y por toda respuesta nos invita a visitar su casa. La esposa, divertida con nuestra turbación, dícenos:

—¡No encontrará usted aquí nada en el orden que desea! ¡Es desesperante!

El hombre de ciencia nos tiende una cigarrera, fina, delicada, hermosísima. Es un regalo de la familia Rostand. Luego dice:

—Este reloj de oro es bello y de gusto refinado. Sardou, gran conocedor, no podía ofrecerme algo

que no fuese curioso y raro: a él debo este vaso de plata, que estuvo muchos años perfumado por su tabaco. Me seducen extraordinariamente las porcelanas chinas, y vea usted cuántas me han sido ofrecidas, tan armónicas que parecen de una misma colección... ¿Esto? Una fotografía cuya dedicatoria no puede ser más sencilla y conmovedora. Puede usted leerla:

"A Gosset, que me ha salvado la vida. — Georges Clemenceau".

—Son, éstas, cosas muy agradables de recibir, ¿verdad?

—Haga usted el favor de seguirme. Tengo aquí cuadros cuyas firmas hacen su elogio: un Carrière, tres Redon, un Claudio Monet; un Morizot, tres Cézanne y dos dibujos de Corot, que me fueron ofrecidos por Moreau Nélaton. No hemos terminado..., ¡cuidado!, ese es un viejo chino blanco; éste, un mármol de precio, regalos, regalos, todos regalos. Nos encontramos, de pronto, ante una vitrina espléndida donde se mezclaban suntuosamente mil maravillas que nos contentamos de admirar en conjunto.

—Ya ve usted—continuó mi huésped—que la gente no carece de buen gusto. No tengo más que obras de arte: he aquí una mesa de chaquete bien antigua que me ha llegado hace unos días; en cuanto a esta serie de libros a la cual está consagrada una biblioteca entera, es la obra completa de Anatole France.

El maestro de la cirugía moderna abre el "Jardín de Epicuro", que lleva esta dedicatoria: "Al doctor Gosset, que ha penetrado en los secretos de la vida, este libro de ligera filosofía. —Anatole France."

—¿Puedo al menos preguntarle, doctor, ¿qué hubiera hecho usted con un regalo feo?

—Hubiera estado bien molesto con él. Acaso lo destinara al campo, aunque allí no tengo nada de esa índole. Me creo en el deber de reconocer haber sido muy favorecido al respecto... A propósito de campo, puedo ofrecerle la siguiente anécdota para su encuesta: Es conocida mi afición a los animales, y son varios los perritos como este mimoso "skai" que me fueron dados. Pero el gran armador griego Embaihtos me regaló, ¿adivine usted qué? ¡Nada menos que un toro!... A primera vista parece un regalo abrumador, pero estoy muy contento con la soberbia bestia, padre de magníficos animales en la actualidad. También he recibido un espléndido carnero. Pero los regalos que me conmueven profundamente son los humildes recuerdos de enfermos agradecidos que llenan de flores mi coche, olvidando solamente de ponerles su nombre, y los que me causan mayor placer son aquellos que se me anuncian con el tiempo necesario para poderlos declinar: si se insiste un poco, indico entonces a mi hospital como único beneficiado; es así



I madre, como la señora de Brandsen, solía santificar las fiestas. Es una saludable costumbre cristiana; ani-

ña nuestros espíritus descreídos y nos torna optimistas. ¿No cree usted lo mismo, señor Montaldo?

El señor Montaldo, abstraído en la contemplación de la señora de Brandsen, no había prestado atención a las palabras del señor Torregrís; y la pregunta del ilustre catedrático de Historia del Arte quedó sin respuesta.

—Eso sí, me apena ver suspendidos de los árboles de Navidad cañones, fusiles y otros instrumentos bélicos: despiertan en los niños ideas perversas y los impulsa a obrar mal.

A esta opinión del señor Claudio Torregrís, el señor Montaldo repuso:

—Cecilia es un Rubens.

El viejo profesor comprendió entonces que sus anteriores palabras se habían perdido en el vacío. No ignoraba que entre la señora de Brandsen y el señor Antonio Montaldo existían relaciones cordialísimas. Tolerante y bondadoso, dijo:

—Es verdad, Cecilia es un Rubens; tiene los ojos azules, las mejillas sonrosadas, los labios pulposos y se complace en ostentar su opulencia; transfiere a los que la contemplan el retozante optimismo que anima a su rostro encendido y sonriente. A pesar de todo, Rubens no me interesa.

En ese momento, Julia, la hija mayor del matrimonio Brandsen, apareció en el salón. Vestía un traje de cola, de terciopelo azul, y traía los cabellos sueltos. No era bella, tenía la nariz larga y las cejas un tanto despobladas. Pasó por entre los numerosos grupos de invitados, miró a su madre con altivez, hizo ante el señor Montaldo una mueca de desprecio y, después de separar dos pesados cortinones de seda carmesí, desapareció del salón. El señor Torregrís anunció al admirador de Cecilia:

—Ahora verá usted un espectáculo reconfortante.

En efecto; en cuanto se hubieron apagado las luces, describióse totalmente las enormes cortinas carmesíes, y apareció, sobre un fondo de paisaje, una conmovedora escena: La virgen María, arrodillada, adorando a un niño Jesús de terracota; cerca de ella, con la mirada extática, San José contemplaba al niño milagroso y, junto al anciano, una vaca y un asno de cartón no comían las raciones de pienso por mirar al futuro redentor del mundo; por los cielos llegaban, volando, ángeles de papel y oro, y otros ángeles se agrupaban alrededor del divino infante, mientras rústicos pastores, con los labios entreabiertos y los ojos preñados de arrobó, gozaban el espectáculo que les había deparado el Espíritu Santo.

El señor Torregrís susurró al oído del señor Montaldo:

—El señor Brandsen hace un San José estupendo. Su rostro parece animado por la duda que agitó al corazón del patriarca hasta el momento en que el Ángel del Señor se le apareció, para decirle: "José, hijo de David, no temas de recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado del Espíritu Santo es."

Los invitados aplaudieron estrepitosamente, y se encaminaron hacia donde estaba la señora de Brandsen, para felicitarla.

—No es a mí a quien deben felicitar; el señor Torregrís es quien ha preparado esta bella escena.

Todos miraron al ilustre anciano, y éste, en señal de gracias, inclinó su cabeza venerable.



Un cuadro de Van der Goes

Cuento de Navidad

Por

EUGENIO JULIO IGLESIAS

—He querido reproducir un cuadro de Van der Goes —explicó luego.— Es una de las obras más importantes de la escuela flamenca. Por el piadoso motivo que representa y por la armonía del colorido, constituye uno de los grandes tesoros pictóricos del siglo xv. Es la parte central del Tríptico Portinari, y se titula: "La Virgen adorando al niño Jesús". Memling, Van der Weyden, los hermanos Van der Eyck y Van der Goes han sido los más notables pintores de asuntos religiosos. Observadores pacientes y espíritus ingenuos, amaban a Dios en todas las manifestaciones de la naturaleza y se deleitaban en la fiel representación de cuanto veían sus ojos. Van der Goes...

Pero ya nadie le escuchaba; todos, hombres y mujeres, adultos y niños, habíanse agrupado en torno al luminoso árbol de Navidad, ansiosos de coger el objeto preferido de sus ansias infantiles.

El señor Montaldo, que era el único que había permanecido alejado del grupo bullicioso, acercóse al viejo profesor y, tocándole suavemente en el hombro, le dijo:

—Salgamos al jardín; tengo que hablarle.

II

UNA vez que se hubieron sentado, el señor Montaldo preguntó:

—Lo que usted acaba de enseñarnos, ¿es en realidad un cuadro flamenco?

—Sí, de Van der Goes.

—No dejo de comprender que es interesante; creo que ha sido maravillosamente interpretado; Julia ha hecho una virgen encantadora, su rostro tenía una expresión de dulzura y tristeza realmente maternales; las niñas que rodeaban al infante y los pastores daban la impresión de que un soplo de misticismo palpitaba en sus entrañas, y el señor Brand-

sen, haciendo de San José, me pareció estupendo... Pero, una duda turba mi ánimo.

—¿Y cuál es ella, si se puede saber?—preguntó el señor Torregrís.

El señor Montaldo, mirando fijamente a su interlocutor, repuso:

—Usted ha sido cruel, intencionalmente.

—¿Yo?...

—Sí, usted. Cuando Julia atravesó el salón, clavó en su madre una mirada de orgullo y en mí otra de desprecio. Desde ese instante, Cecilia dejó de fijarse en mí. Usted debe saber a qué obedecen esas miradas. Pero no es eso todo. ¿Por qué obligó usted al señor Brandsen a representar el papel de San José?

—Por una razón muy sencilla: el señor Brandsen posee una bella barba canosa y unos apagados ojos azules.

Pero el señor Montaldo, desconforme con la explicación, repuso:

—Usted no dice lo que piensa, señor Torregrís; usted eligió al señor Brandsen por otras razones. Usted no ignora que mis relaciones con la familia Brandsen son cordialísimas y, en especial, con Cecilia, a la que adoro con toda mi alma, desde hace mucho tiempo, desde antes de venir Julia al mundo...

—Pero, señor Montaldo —interrumpió el señor Torregrís,— esas cosas a mí no me interesan; conozco a muchos hombres solteros que aman a mujeres casadas y, francamente, hallo justificables esos amores cuando no son alentados por un sentimiento bajo.

—No filosofemos, señor Torregrís. Acerca de Cecilia y de mí se ha murmurado mucho, tanto que, en más de una ocasión, había decidido no volver a encontrarme más con ella...

—Todo lo que no se justifica se derrumba por sí solo.

—No filosofemos, no filosofemos. Hasta se ha llegado a decir que Julia se parece a mí enormemente. Esto es intolerable. Y usted, para colmo, se ha atrevido a murmurar, durante la representación, un versículo del Evangelio...

—Es cierto, del de San Mateo, el vigésimo del capítulo primero, aquel que dice: "Y pensando él en esto, he aquí el Ángel del Señor, se le aparece en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas de recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es." Porque usted no dejará de comprender, señor Montaldo, que una duda horrible habíase apoderado del respetable esposo de la virgen María...

Pero el señor Montaldo, de pie, le interrumpió:

—Señor Torregrís, su tranquilidad me irrita. Y, girando sobre sus talones, desapareció del jardín.

III

EL señor Brandsen, envuelto entre los pliegues de su túnica de patriarca, dijo al señor Torregrís:

—Es usted un gran artista.

El viejo catedrático de Historia del Arte sonrió ligeramente y, con voz pausada, mintió:

—Su interpretación de San José careció de emoción; bien se advertía que el milagro no había intervenido para nada en su paternidad.

El señor Brandsen, profundamente halagado, rió con estrépito, y el ilustre profesor pensó que, en el término de una hora, habíase mostrado cruel y generoso, merced a un ingenuo cuadro de Van der Goes, un genial pintor flamenco que floreció en el...

1904 - Veinte años de modas femeninas - 1924

Por CARLOS MARIA CABRAL



Si en algunos de los aspectos de la vida argentina se han producido variantes sensibles, a la moda ha de corresponderle, sin duda alguna, el más indiscutible "récord". Cambiante y frívola, por lo mismo que es femenina, puede asegurarse que en el transcurso de cada año la moda ha experimentado las alternativas de mayor contraste, pasando de un salto a los extremos más opuestos.

Es evidente que la moda es un arte profundamente original, pues que ella supone todo un mundo de combinaciones, que exigen, a su vez, una sutileza tal en los gustos, muy difíciles de hallar en los del sexo fuerte, habituados ya a las líneas geométricas.

Un análisis detenido de la evolución experimentada por la variación de los gustos femeninos desde el peplo griego hasta nuestros días, pudiera ser motivo de un volumen, no inferior por cierto a otros que sobre propiedad inmobiliaria en Túnez ha escrito cualquiera de nuestros fecundos y eruditos abogados...

Para este análisis somero de veinte años, ha de bastar, pues, al propósito del comentario, una breve crónica, trazada al correr de la pluma, sin necesidad de profundizar demasiado el carácter de la moda bajo cada uno de sus múltiples aspectos.

Bastará, para el caso, señalar los extremos destacados en los cuatro lustros, desde la adopción de la "robe" Directorio, que en 1908 causó una verdadera revolución por la precisión de sus líneas. Fué, pues, la "robe Tanagra", ajustada a las líneas ondulantes de los cuerpos femeninos, el primer avance hacia lo que habría de venir después, para dar a la mujer un aspecto más en armonía con los modernos tiempos. Si antes arrastraban sus colas pesadas, sus no menos complicadas enaguas, sus visos, etc., molestas prendas que entorpecían los más leves movimientos en el andar, la "robe collante" que se lanzó en 1908 en la cuna de la moda, que lo era entonces Longchamps, provocó una reacción y fué como un sacudimiento de las viejas rutinas. Había que llegar a la simplificación de la línea, y por ende, del volumen; nada de amplios ruedos, ni de pesadas cargas.

Ya el paso dado — dicen que solamente cuesta el primero, — influyó para extremar la nota, y en 1911 fuimos absortos testigos de la "falda pantalón". La mujer se masculinizaba; una ola de rebeldías parecía cruzar el mundo; la mujer ya debía ser igual al hombre en sus derechos ciudadanos; podía votar y ser electa, ejercer profesiones liberales y arengar a las multitudes...

La "falda pantalón" fué una lamentable consecuencia de toda esta campaña feminista y pareció imponerse con caracteres alarmantes para la auténtica feminidad y para la gracia de las mujeres. Buenos Aires soportó la presencia de algunas que se arriesgaron por Florida, luciendo el mal gusto de esa moda revolucionaria. Pero las valientes mujeres que creyeron pasar inadvertidas, lo mismo que si Buenos Aires fuera París, pasaron malos momentos... Hubo algunas que debieron buscar refugio en el primer zaguán, porque los curiosos habían impedido su paso varonil... Otras no pudieron soportar el ridículo y optaron por desmayarse, para llegar, así, más cómodamente hasta su casa, tendidas en el fondo de una ambulancia...

De la calle Florida, la "falda pantalón" pasó a los escenarios teatrales, donde ya se cultivaban las revistas actualizadas y se ridiculizaban con más gracia los acontecimientos de la vida diaria. Conviene dejar constancia, para la verdad histórica, que esas revistas estaban interpretadas por las precursoras de Madame



La silueta elegante de 1904



La silueta elegante de 1924

Rasimi, en teatros a los cuales no concurría aún la "crème de la crème"...

Después, entre las cien variantes de la moda, el año 1913 se caracterizó por otra atrevida innovación; consistía ella en la "falda partida", que permitía entrever entre un paso y otro, las líneas de la pierna hasta muy cerca de la rodilla.

Más discreta, sin embargo, que las anteriores, ella logró imponerse y se generalizó tanto que llegó a considerarse, por la autoridad eclesiástica, como una perversión. Desde el púlpito, primero, y luego en una pastoral del arzobispo, se anatematizó el espíritu liberal de la mujer, que de esta manera iba produciendo en el mundo un estado de cosas que nada tenían que hacer con el pudor.

Pero el consejo, si bien pudo determinar la supresión de la "falda partida", no logró impedir que apareciera al año siguiente la "falda corta", que facilitaba ahora la contemplación íntegra de las piernas femeninas.

Se llegaba así, a la total simplificación de la línea, porque, a pretexto de la escasez de telas, determinada por la guerra que acababa de estallar, los modistos establecieron una norma, que después no experimentó mayores alternativas, ya que es notorio el imperio de una misma tendencia, hacia la síntesis.

Pudo después haberse alargado la falda, pero no cambió el exterior fundamental en la simplicidad de las líneas. Más o menos "collantes" o "souples", su origen pareció ser el mismo, bien que a las curvas fueran reemplazando poco a poco las rectas.

En los últimos años, la reducción llegó a extremos no sospechados por los propios creadores de la "robe collante" de 1908. El riesgo de las innovadoras de la moda llegó hasta tomar al pie de la letra el consejo, y se dió el caso de poderse admirar en las damas elegantes luciendo sus "robes collantes", sobre el propio cuerpo...

De golpe, se suprimieron las prendas íntimas, porque la amplitud de los escotes (hablo en plural, ya que los escotes son dos), no permite el uso de aquellas...

Referirse al corsé, es hablar como de un muerto que se ha olvidado, porque hace ya rato que no concurre a los bailes de nuestra sociedad.

Para la vida diaria, el viejo armatoste de "ballenas" está ya reemplazado por un rojo pedazo de caucho, el mismo que se utiliza para los neumáticos de los automóviles.

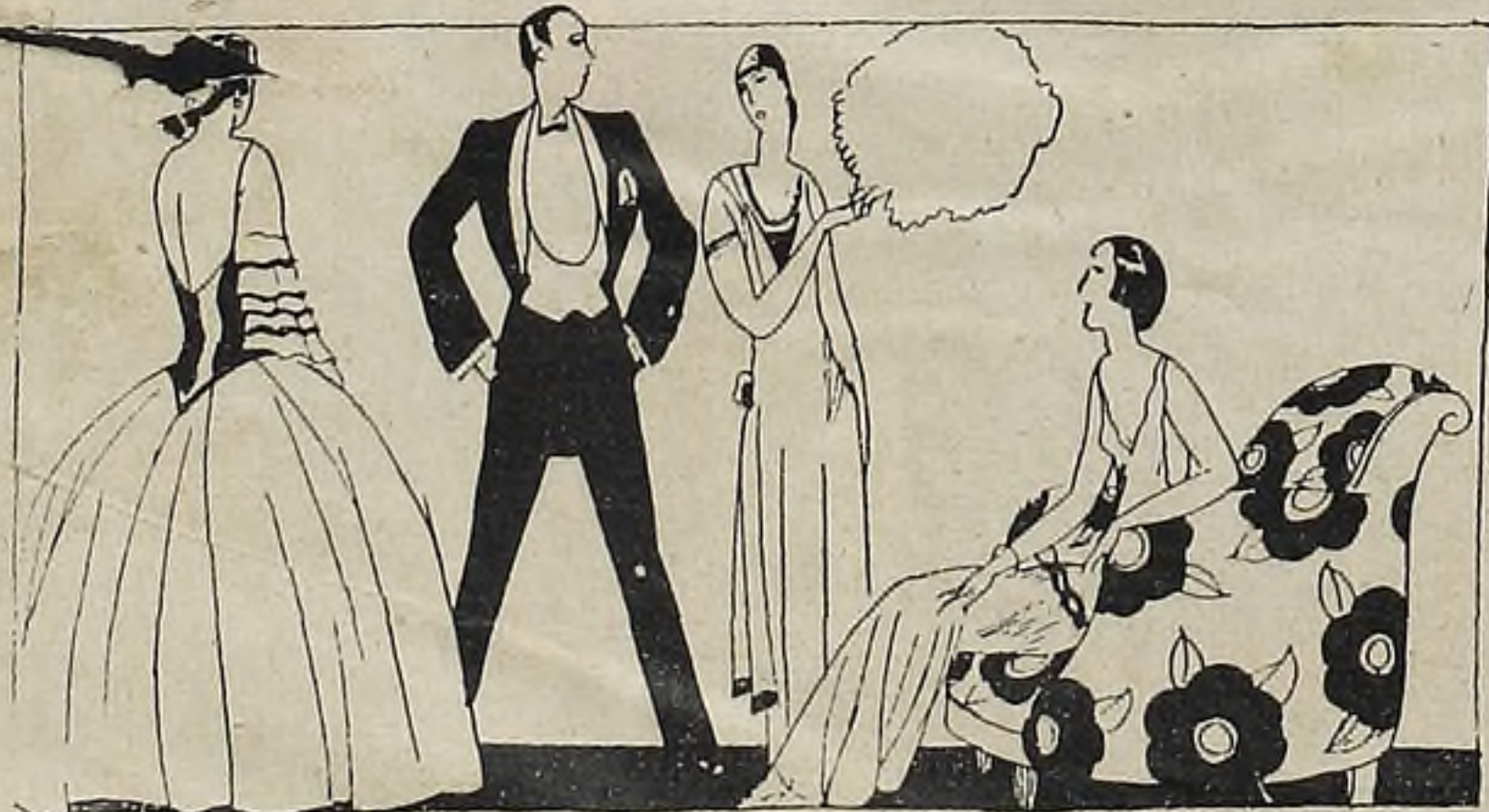
De ahí, pues, que pueda presenciarse diariamente, en una casa expendedora de cubiertas y cámaras, el extraño fenómeno de muchas damas, a las cuales toma medidas un fornido compenedor de automóviles, cuyas manos están siempre llenas de aceite...

Se ha dicho, sin duda con algún fundamento científico, que tales fajas son perjudiciales a la salud, especialmente en estos meses de verano; pero a pesar de la fuerza del argumento, será difícil lograr que nuestras damas y niñas lleguen al convencimiento del peligro que señalan los médicos.

La síntesis en la moda femenina mantiene las preferencias en los gustos femeninos; algunas aisladas reacciones para lograr mayor amplitud, caen en el vacío.

La mujer quiere lucir sus encantos, porque sabe que de esta manera cumple su misión de hacer la vida más agradable.

¡Y a fe, que lo alcanza sin esfuerzo!...



LA EVOLUCION DE LA MODA EN CUATRO LUSTROS



1904



1905



1906



1907



1908



1909



1910



1911



1912



1913



1914



1915



1916



1917



1918



1919



1920



1921



1922



1923



1924



La Navidad

Limosna de Nochebuena

(De FRANCISCO COPPEE)

Por

TEODORO LLORENTE

Dió fin la Misa del Gallo.
En el cielo, ¡cuánta estrella!
Está helando; vamos pronto.
¡Qué inclemente Nochebuena!

Todos, para guarecerse
del cierzo, atrancan la puerta;
mal calentando la cama,
todos aprisa se acuestan.

Encapuchadas de nieve,
las casas el lomo arquean;
ya no brillan resplandores
en los vidrios de la iglesia.

¡Qué quietud y qué silencio
en la solitaria aldea!
Algo nos dicen los astros,
que sin cesar parpadean.

¡Chitón! Va a bajar el ángel,
y no hay hogar que no tenga
los zapatos de los niños
junto a la apagada leña.

El celeste mensajero
viene, y con pródiga diestra,
tortas, confites, juguetes,
vierte por la chimenea.

Cuando al cielo se remonta,
ve, por la nieve cubierta,
a un extremo del villorrio,
humilde y tosca vivienda.

Esa es la única del pueblo
en que no dejó su ofrenda.
¡Lo ha repartido ya todo!
¡Nada en la falda le queda!

Vive allí una viejecita,
pálida y flaca, hilandera,
que a un pequeñuelo biznieto
penosamente sustenta.

Son tan pobres, que no tienen
ni un pan duro en la alacena,
y el niño sus zuecos puso.
en el hogar, que no humea.

Los ángeles nunca tienen
dinero en la faltriquera.
¿Es posible que éste pase
sin socorrer la indigencia?

¿Podrá el Señor consentirlo?
El ángel al cielo vuela,
y un lucero brillantísimo
toma en la cerúlea esfera.

En sus manos el lucero
en onza de oro se trueca,
y en el pobre hogar del huérfano
caritativo la deja.

Vuelve luego al Paraíso,
y confuso se presenta
ante la Virgen María,
qué al Dios Niño en brazos lleva.

El Dios Niño, alzando el brazo,
toma el astro que destella
más viva luz de su Madre
en la celeste diadema,

lo pone en manos del ángel
con infantil gentileza,
y "Ve—le dice;—en su sitio
ponlo antes de que amanezca".

Los sabios que el firmamento
en noches claras contemplan
no atinan por qué más que antes
brilla al presente esa estrella.



en la Poesía

Pastorcitos en Belén

Por

FERNÁN CABALLERO

Ha nacido en un portal
llenito de telarañas,
entre la mula y el buey,
el redentor de las almas.

Esta noche nace el Niño
entre la paja y el hielo.
¡Quién pudiera, Niño mío,
vestirte de terciopelo!

En el portal de Belén
hay estrella, sol y luna:
La Virgen y San José
y el Niño que está en la cuna.

En Belén tocan a fuego,
del portal sale la llama;
es una estrella del cielo
que ha caído entre la paja.

—Yo soy un pobre gitano
que vengo de Egipto aquí,
y al Niño de Dios le traigo
un gallo quiquiriquí.

—Yo soy pobre gallego
que vengo de Galicia
y al Niño Dios le traigo
lienzo para una camisa.

Al Niño recién nacido
todos le traen un don.
Yo soy chico y nada tengo:
le traigo mi corazón.

Natividad

Por PEDRO GONZÁLEZ GASTELLÚ

Mañana es día de fiesta,
día de Natividad,
por eso la campanita
no hace más que repicar.
¡Campanita de la iglesia,
pareces el corazón
de mi pueblo, que repica
en cada palpitación!

Hace... no sé cuántos años
en Belén nació el Señor;
(por los cielos, milagroso,
un lucero apareció).
En su cunita de paja
fueron a darle calor

un buey, un asno y tres reyes
—según me contó un pastor,—
y con tan cálido aliento
fué creciendo el Niño Dios
para rebalsar el mundo
de paz, consuelo y amor.

Festejando el nacimiento,
habrá mañana alegría
en las almas, y en la mesa
pavo, castañas y sidra.
¡Y el corazón de mi pueblo,
igual que la campanita,
pasará el día de fiesta
repica que te repica!

Nochebuena

Por F. RESTREPO GÓMEZ

Al calor de la lumbre agonizante
vamos a celebrar la Nochebuena,
porque yo quiero disipar la pena
que me devora instante por instante.

Pequeñuelos, venid; mi fantasía
os contará maravillosos hechos,
y después, dulcemente, a vuestros lechos
id a soñar... hasta que venga el día.

Yo me pondré a velaros, y entretanto
descenderán las lluvias de mi llanto,
silenciosas, pausadas y quemantes.

Y mañana temprano, en vuestras botas,
en lugar de muñecos y pelotas
hallaréis un reguero de diamantes...

Salmos bohemios

Por JESÚS CALVIÑO DE CASTRO

Varios hermanos
fatigados,
cansados...

Como si ser humanos
fuera el pecado mayor de los pecados,
varios hermanos
fatigados

y en extremo cansados
por la ruda faena,
con este tiempo cruel cual un verdugo
ni siquiera un mendrugo
tenemos para cena.

¡Yo, por ser el más fuerte, cargo el yugo
de fingir alegría ante la pena!

Y a pesar de la seria
mordedura fatal de la miseria,
...llamamos a esta noche, Nochebuena...

La balada de Nochebuena

Por FRANCISCO VILLAESPESA

¡Hosanna! En los cielos
una voz se siente.
¡Cristo vino al mundo
dentro del pesebre!

Pastores cantando
del monte descenden,
y al hijo del hombre
leche y miel le ofrecen.

Y a la luz de plata
de una estrella vienen
en sus dromedarios
tres reyes de Oriente...

¡Pobre hogar sin lumbre,
sin amores! ¡Tienes
tan honda tristeza
que al mirarte muere
la risa en los trémulos
labios más alegres!

Un sueño de gloria
los mundos conmueve.
Todo vibra en cánticos...
Tan sólo tú tienes
silencio de olvido,
soledad de muerte...

Para ti el humano
Redentor no viene...
¡Pobre hogar!... Un viejo
sepulcro pareces...

¡Hosanna!, en el cielo
una voz se siente.
¡Truenan panderetas,
vibran los rabeles;
y sobre la dicha
del mundo, descende
lento y silencioso
un sueño de nieve!...

Villancico

Por DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ

—¿A quién, linda estrella,
anuncia tu luz?
—Mis rayos te llevan
al niño Jesús.
—¿Por qué en sus camellos
los Magos se ven?

Cruzando desiertos,
¿qué buscan?, ¿a quién?
¿A quién lleva incienso
el rey Baltasar?
¿A quién oro y mirra
Melchor y Gaspar?

—Al niño divino
que el astro anunció:
sus rayos dijeron
que en Belén nació.

—¿Por qué de los cielos
se hace oír la voz?
—Es porque a la tierra
bajó el mismo Dios.

Los ángeles cantan;
escucha y oírás:
"¡Gloria en las alturas
y en la tierra paz!"

—¿Qué buscan Herodes
y el monstruo infernal?
—Buscamos al Niño
para hacerle mal.

—¡Cesad! Cruel Herodes,
tú no le verás;
buscarás al Niño,
mas no le hallarás.

—¿Y quién verá al Niño
que nació en Belén?
—Aquel que le busca
por amor al Bien.

A Jesús encuentra
quien le sabe amar.
Reyes y pastores
le van a adorar.



A señora aguarda ya — dijo en alemán la *fräulein*; y Nora, dócil como suelen ser las criaturas enfermizas, echó a andar, bajó las escaleras solita, agarrándose al pasamano, y solita se metió dentro de la berlina, al lado de su mamá, que viéndola tan seria y emperifollada, al empezar a rodar el coche le dió un beso en el poco trecho de mejilla que asomaba entre el sombrero y el alto cuello de pieles.

— ¿A que no sabes adónde vamos? — preguntó alegremente, pasándose por la fría nariz el sedoso manguito. — Vamos al convento.

— ¿A ver a la tía Leonor?

— ¿Pues a quién? Y a la madre abadesa, y a las monjas todas.

Nora reflexionó, y una chispa de contento iluminó sus anchas pupilas entristecidas, dilatadas como si hubiese tomado belladona. Por aquel tiempo de Navidad, la idea del convento se asociaba a la de mil golosinas y chucherías, de esos juguetes del claustro que encantan a los pequeños, porque son producto de un espíritu infantil...

La señora, entretanto, vuelta la cabeza hacia el vidrio, sonreía a otras ilusiones... Viuda desde hacía dos años y medio, la osadía elegante de su toca orlada de violetas, y el corte juvenil de su traje de pana morada con ribetes de piel, decían a voces, más que el alivio, el olvido del dolor. Consolada, sí. ¿Qué mal había en ello? Y si no se casaba inmediatamente, era porque no la despellejasen los murmuradores... Al cumplirse los tres años... Mientras tanto, que nada supiese Nora. ¿A qué disgustar a los chicos con cosas superiores a su alcance? Aquí se borraba la sonrisa. Aquella Nora, desde la muerte del padre, dijérase que era la verdadera viuda: como que no había vuelto a jugar ni a reír, y todas las recetas del médico y todos los cuidados de la madre no devolvían al menudo rostro de la huérfana color de salud. "Parece de cera esta niña..." decían las amigas y repetían los criados; y la señora, al oírlo, sentía siempre un estremecimiento nervioso: el amarillo color aquel le recordaba otro color céreo, el de una cabeza difunta iluminada por blancos...

No se le ocurría solución alguna para el momento en que fuese forzoso enterar a la niña de que iba a tener nuevamente "papá"...; pero aquella misma mañana, víspera de Navidad, en un paseo a pie por las calles más solitarias del Retiro, a la hora en que el sol enrubia la arena con toques de esplendor, había quedado convenido que Nora entraría en el convento, en el propio convento de la Ascensión, al amparo de su tía doña Leonor Arlanza, para quedarse allí hasta una edad "presentable". "Si le dará la vida... Lo que tiene es puro mimo." Tal era la opinión del "papá" futuro, y la señora, entre preocupada y convencida, había acabado por acceder. Al menos, cuando Nora estuviese en la Ascensión, no vería su palidez de cirio, sus dilatadas pupilas, la expresión precozmente grave de aquella cara que cada día, facción por facción y rasgo por rasgo, traía más a la memoria la faz del muerto.

Cosa resuelta. Mientras la niña se entretenía con las monjas, que sacaban regalillos al través de la reja y se deshacían en fiestas y arrumacos, la mamá cuchicheaba con la abadesa acerca del asunto. Sí, cuestión de hacer un viaje indispensable... El viaje duraría, ¿quién es capaz de saber?, quizás un año; más aún, probablemente... Norita no había de andar rodando por las fondas... En el convento estaría al primor. Y la abadesa aprobó con la cabeza: ¿dónde mejor? Allí, con su tía, con las Madres, en aquel sosiego, lejos de peligros mundanos, preparándose a la primera comunión... Que la trajese cuando gustase, sin

"La señora, entretanto, vuelta la cabeza hacia el vidrio..."

El niño de cera

Cuento de Navidad

Por la

CONDESA DE PARDO BAZAN

Ilustraciones de Manuel Martínez Jerez

reparo: que la trajese y vería maravillas. ¡La madre Leonor iba a ponerse poco contenta! Tener allí a la sobrinita... Y la señora, al escuchar a la anciana monja, desdentada, babosa como una abuela, perdió los escrúpulos y se decidió a soltar de lleno el peso de la maternidad. ¡Se la cuidarían! Podía apartarla de sí, correr hacia la felicidad, como el barco que, libre de lastre, vuela al empuje de las olas...

Subieron otra vez al coche la niña y la madre. Rodó la berlina por las calles casi desiertas, a aquella hora y con aquel glacial frío del diciembre madrileño. Niebla gris y densa empezaba a tender sus fluídos tules, y los mecheros del alumbrado, entre ella, amarilleaban y extendían su irradiación en fantásticos círculos de claridad, como ojos inmensos de mochuelo. Nora, de pronto, tocó en el codo a la dama.

— Mira lo que llevo aquí — dijo con cierta ufania, entreabriendo el abrigo.

Se inclinó la madre, y en una intermitencia de luz que proyectaron los faroles de la berlina vió el bulto de un muñeco, de un nene desnudo... Era el clásico Jesús de las monjitas, ingenuo y castamente idealista en su modelado; pero tan mísero de formas, tan chiquitín, y sobre todo, tan mortecino de color, que la señora no pudo menos de exclamar, riendo:

— ¡Qué feo es el pobre muñequito! Si no se supiese que era el Niño Dios!...

Calló al pronto Nora, y después, con énfasis, murmuró, respondiendo a la observación de su madre:

— Feo será, pero se me parece mucho.

Y como su madre se echase a reír otra vez de la inesperada ocurrencia, añadió la chiquilla:

— Pues, es verdad. Verás si *fräulein* dice o no que nos parecemos. ¡Si es igualito a mí! Como yo: de cera. ¿No soy yo de cera, mamá?

— ¡Qué tonterías! — exclamó la señora, involuntariamente acongojada por las ideas que el dicho despertaba en su conciencia. — ¡Qué has de ser de cera! Eres de carne. ¡Boba!

— Pues bien he oído — insistió la niña — que soy de cera; ¡vaya!, lo he oído. Y el otro día, el jueves, cuando vinieron a verte aquellas señoras, ¿no sabes?, las de Vivaldo..., también las oí que al salir decían que por eso..., porque soy de cera..., pareczo un muerto. ¿Es verdad, mamá? ¿Son de cera los muertos? ¿Está muerto este Niño? ¿Era de cera papá... después que se murió?

La congoja de la señora adquirió intensidad física tal, como si una mano de hierro le apretase el corazón, deshaciéndoselo violentamente.

El lento rodar del coche entre la niebla; la voz de la niña, apremiante y suplicante; su rostro en que la semiobscuridad llenaba de sombra la boca y los ojos, no dejando aparecer sino las vagas blancuras de la frente y las mejillas, todo contribuía a evocar los temidos recuerdos funerarios que de tiempo en tiempo asombraban su espíritu, deseos de borrarlos para siempre.

— Pero, ¡qué ha de estar muerto ese niño, hija! — tartamudeó, evadiendo la otra pregunta. — ¡Si es el Niño Jesús! ¿No sabes que ha de nacer mañana, a medianoche? Mira, no digas disparates...

— Y si nace mañana..., ¿puedo yo ser su mamá? — interrogó la niña.

— No hay inconveniente... — contestó la señora, con la respiración algo más desahogada, y atrayendo a sí a Nora para hacerle una caricia.

Antes de que los labios de la madre llegasen al rostro de la criatura, ésta había pegado los suyos a la carita pálida del Niño de cera, murmurando:

— Este es mi hijo... Dormiré en mi cuarto, y ya no me separo de él. ¿Eh, mamá? Los niños... con sus madres.

La caricia de la señora se humedeció.

Un rocío fresco, ascendiendo del corazón a las pupilas, dilató su alma, en la cual la maternidad dormía, pero alentaba aún poderosamente.

Y apretando a Nora con una especie de furia, con la tierna brutalidad del instinto que despierta y rompe por todo, articuló, como el que pronuncia un juramento:

— Los niños, con sus madres... Claro, cielo mío.



1904 - Veinte años de ciencias - 1924

Por ANIBAL PONCE

Ilustraciones de Widner y Gimeno

CUANDO se estudia el movimiento científico de un país, dentro de cierto período de tiempo, es condición indispensable distinguir con perfecta claridad dos aspectos muy diversos: la enseñanza y la investigación. Aunque teóricamente armonizadas, siguen a menudo, en la práctica, caminos no siempre paralelos.

Desde la época de Sarmiento y Avellaneda — los tiempos heroicos de nuestra cultura — hasta la inquietada hora actual en que vivimos, ha sido preocupación constante de nuestros hombres de gobierno el progreso incesante de la enseñanza superior. En los últimos veinte años, con la creación de grandes institutos, laboratorios y escuelas, con la formación de nuevas universidades regionales, con la reforma educacional de 1918, puede afirmarse, sin jactancia, que la alta enseñanza ha llegado en nuestro país a una altura en que puede medirse con cualquiera de las más afamadas escuelas del mundo. No necesitamos recordarlo: nada hay de excesivo en el sólido prestigio de nuestros profesores. Nuestros cirujanos nada tienen que aprender de los mejores; nuestros químicos comienzan a desalojar las producciones importadas; nuestros ingenieros vinculan sus nombres a las más grandes obras nacionales, y cualquiera de nuestros bacteriólogos conoce a maravilla las cuatrocientas treinta y tres maneras de distinguir el paratífus A del paratífus B.

Si la enseñanza no consistiera más que en difundir el saber acumulado, podría decirse que la nuestra es perfecta o poco menos. Pero, el movimiento científico de un país ¿podría apreciarse acaso por el brillo de sus institutos oficiales o la extensión compleja de sus programas? ¿Qué sería de la ciencia si los hombres a ella dedicados no tuvieran más misión que suministrar informes útiles, repetir experiencias o enseñar a recordar? El maestro debería ser, sin duda, algo más que un erudito elocuente. “La investigación—ha dicho el profesor Coulter, de Chicago — es el sistema nervioso de la Universidad. Consagrarse no tanto a adquirir la ciencia sino a hacerla progresar, he ahí el carácter propio de las universidades.” Y bien; nuestras casas de estudios, a pesar de sus órganos, casi siempre admirables, carecen de ese “sistema nervioso” de que nos habla Coulter. Salvo contadísimas excepciones, el libro y el laboratorio nunca fueron, en las universidades argentinas, los instrumentos capaces de conquistar nuevas verdades.

Dentro y fuera de la Universidad, el trabajo, sin embargo, es pertinaz, y una producción cada día más copiosa amenaza derribar nuestras bibliotecas. Para un observador desapasionado no puede ser más enorme el contraste entre la exigua, ridícula de los resultados y el número fantástico de “prensas”, revistas, boletines y anales. Sus colecciones imponentes hacen pensar en esos enormes carros de cosecha que arrastran bueyes pacientes y dulces: del oro de tanta montaña no alcanzará a extraerse más que unas pocas, muy pocas, migajas de buen pan.

Creemos que hay en la base de tamaño esfuerzo inútil un subsanable error de economía y un más grave problema de educación. En cuanto a lo primero, es de todos conocido. Se proyectan grandes institutos y se gastan fortunas en construirlos; pero una vez inaugurados, comienza para ellos la vida dura del presupuesto estrecho. Con torpe criterio no se les da nunca la independencia que merecen; si-

guen siendo instrumentos serviles de la enseñanza o simples oficinas de trabajos oficiales. Todo lo que signifique ciencia pura, investigación personal, inquietud de conquista, chocará siempre con la avaricia del Estado, y sabemos de algún laboratorio donde varios trabajadores entusiastas tienen que costear con el propio peculio el material indispensable para sus estudios.

Pero esto, lo hemos dicho, no es lo peor; se trata, al fin y al cabo, de una simplicísima cuestión de finanza equivocada. No exageramos tampoco su importancia; ¿hubo jamás laboratorio más pobre que aquella miserable bodega de la Escuela Normal en la cual

hizo Pasteur sus descubrimientos inmortales? Lo grave, lo difícil, lo casi insuperable está, precisamente, en la misma mentalidad de los trabajadores. Por eso decíamos más arriba que el problema lo era, ante todo, de educación.

Se ha hablado tanto de los excesos de la imaginación, de los peligros de las explicaciones aprioristas, que ha surgido por reacción una extraña locura de culto al hecho por el hecho, al laboratorio por el laboratorio, a la técnica por la técnica. Es verdad que el enorme desarrollo de la ciencia moderna exige una minuciosa división de su trabajo. La especialización, fruto del método experimental, independiza día a día materias hasta ayer unificadas. Pero se ha formado así el tipo funesto del especialista estrecho y cerrado: ignorante de cuanto ocurre a sus vecinos, no quiere conocer nada más que su sector. Tímido y miope, su tarea termina cuando ha juntado los hechos y los ha descrito con minucia. Todo lo que sea interpretación o hipótesis lo aterroriza. Quizá vaya una partícula de verdad entre el montón de la ganga; mas no sabría reconocerla porque no sabe lo que busca. Entre la maraña del análisis ha perdido de tal modo la visión del conjunto que cree que la ciencia comienza y concluye en su vitrina.

La ciencia, en cambio, es coordinación: no junta, sino relaciona. Su objeto no es el hecho, sino la ley. Todo progreso efectivo ha surgido siempre de una aproximación inesperada, y especializar demasiado equivale a impedir tan fecunda aproximación. Los cinco volúmenes en que Lewenhoeck reunió sus descubrimientos — “Arcana Natura Detecta”, — constituyen un catálogo maravilloso pero no un conocimiento científico. Para llegar a serlo, les falta el razonamiento o la imaginación que los reúna. La función del sabio está tanto en la hipótesis como en las técnicas. Faraday, el experimentador, ha inspirado a Maxwell, el teórico, y a su vez, entre las fórmulas matemáticas de Maxwell, Hertz ha encontrado las ondas eléctricas. ¿Quién se atrevería a decir que un Maxwell ha sido menos útil a la física que un Faraday?

El divorcio del hecho y la teoría constituye para nosotros la clave de tanta producción ineficaz. La epidemia es, sin duda, universal y ha inspirado ya a Edmond Boutry algunas páginas de contenida indignación. Pero los estragos se acentúan en aquellos medios como los nuestros, en los cuales la ausencia de una larga tradición científica les priva hasta del ejemplo de modelos sugestivos. Olvido de intento el gran nombre de Ameghino. Los hombres de genio no pueden ser emuladores: han venido al mundo como un prodigio feliz entre los mil azares de la herencia sexual. Pero por fortuna, no se necesita ser genio para contribuir a la aproximación de la verdad.

Una “Escuela de Altos Estudios” sin diplomas y sin certificados sería la salvación y el desiderátum. Media docena de alumnos compensarían de sobra los gastos que exigieran. No serían, sin duda, dóciles escolares de clasificaciones distinguidas, sino aventureros inquietos, críticos rebeldes, vagabundos no apresurados por concluir su viaje, pero que donde encontraran un problema que les sonriera, detendrían su marcha hasta agotarlo.

Cuando esa escuela venga, cuando todos los que anhelan trabajar tengan el laboratorio y el maestro, cuando cada alumno sepa lo que busca y lo anticipe en hipótesis, entonces los hombres de ciencia de mañana — experimentadores e imaginativos — tendrán entre sus virtudes algo más que las tres de nuestros “sabios” de hoy: constancia, buena vista, dedos ágiles...



Año Nuevo

Por MIGUEL LAURENCENA



El viejo Saturno ha dado un paso más en su camino; un año más ha pasado con sus tristezas y alegrías, sus desgracias y sus venturas, perdiéndose en la bruma de los tiempos para no volver.

Desde el punto de vista material, un año no quiere decir sino que la tierra ha hecho una evolución más, alrededor del sol, para volver a empezar su eterna tarea, y que las cuatro estaciones se han sucedido con sus eternos atributos: el verano, con sus frutos abundantes y su sol abrasador; el otoño, con sus lluvias y sus vientos, que arrastran murmurando las hojas secas de los árboles; el invierno, con sus tristezas, sus hielos y sus nieblas; la primavera, en fin, con sus auroras de luz, sus flores y sus bellos días sonrientes. Pero desde el punto de vista moral, un año puede considerarse como la piedra miliaria de los tiempos, que señala al viajero el camino recorrido, indicándole que se va acercando fatalmente al término de la jornada y obligándole a recogerse dentro de sí mismo para reflexionar sobre la pequeñez de las grandezas humanas, que están todas sujetas a la acción inevitable y destructora del tiempo.

Los grandes y los chicos, los palacios y las cabañas, todos han de caer a los golpes del tiempo, dejando sólo la memoria de lo que fueron.

Cuántas y cuántas generaciones habrán vivido sin que hoy exista ni el recuerdo de sus esplendores, de sus riquezas y de su poderío; porque al fin nuestras nociones históricas refieren acontecimientos recientes si se toma en cuenta la antigüedad del mundo en que habitamos.

Lo mismo sucederá de aquí a algunos miles de años, con nosotros, no obstante que en nuestro orgullo nos creemos capaces de detener el tiempo y de perpetuar nuestro recuerdo por los siglos de los siglos.

¿Cuántas civilizaciones tan adelantadas como la nuestra habrán existido en siglos anteriores y remotos de los cuales no queda ya memoria? ¿Cuántos diluvios universales como el que consigna la historia sagrada? ¿Cuántos vendrán todavía con el transcurso de los siglos?

Otras razas y otros pueblos han poblado quizás en épocas perdidas y lejanas los mismos parajes que hoy poblamos nosotros; la tierra en que hoy abre el surco nuestro arado habrá fecundado quizás la simiente arrojada en ella por el labrador de algún pueblo extinguido. Donde hoy se levanta la humilde cabaña se asentaba quizás un gran palacio. En los campos mudos y solitarios, donde sólo el pastor entona sus cantos tristes y monótonos, como su existencia, se asentaban en otro tiempo opulentas y poderosas sociedades desbordantes de vida, de bullicio y movimiento.

Así puede ser que en un porvenir remoto también vengan nuevas razas a poblar estas comarcas, despobladas entonces, y a labrar la tierra donde hoy se levantan nuestros pueblos.

El tiempo sabe poblar y despoblar; a su paso todo se extingue, lo mismo

el hombre que la flor, lo mismo la ciudad que el bosque.

Supremo nivelador de las cosas humanas, a su soplo se igualan al fin todos los hombres, convirtiéndose en polvo que levanta el viento de la tarde, y arrojándolo sobre los vivos al pasar.

Los hombres se afanan por amontonar riquezas y caudales y entretanto el tiempo los acecha tranquilo, a pesar de sus tesoros y poder.

Esta es la ley y ha de cumplirse.

II

COMO desearía uno detener el tiempo, cuando ve las cabecitas rubias, los tiernos semblantes de sus hijos que le miran sonriendo!

¿Cómo desearía estorbar a ese invisible y eterno viajero, pararlo en su carrera y decirle que se compadezca de esos seres tan adorables y tan queridos, que respete su aureola de luz, su gracia y su belleza; que siga su camino y no les traiga nunca la triste vejez, los cabellos blancos y por fin la muerte!

Nunca se recuerda tanto el ser mortal como cuando se contempla a los hijos que también lo son.

Felizmente, el alma inmortal, que se confunde con la eternidad de los tiempos, no está sujeta a su acción destructora, y en la región feliz donde florecen los espíritus podrán un día encontrarse los padres con los hijos y los seres queridos que se separan en este mundo, para unirse en un abrazo imperecedero.



III

CUANTAS escenas de amor y de locura habrán pasado en este año, y cuántas también de desolación y de tristeza!

¿Qué de ambiciones satisfechas y de aspiraciones defraudadas; qué de esperanzas realizadas y de ilusiones desvanecidas!

Y todo eso volverá en el año que empieza y en los sucesivos, como vuelven las hojas y las flores, las nieves y los ciervos; pero aquellos que quedaron tendidos a lo largo del camino no volverán a levantarse más para gozar o para sufrir como antes, cuando el sol iluminaba su frente y la sangre calentaba su corazón.

Año nuevo, vida nueva, dicen algunos. Lástima en verdad que al pasar de un año a otro no pueda el hombre dejar el fardo de sus pesares y sus desgracias como el viajero que deja en el recodo del camino la carga que lo agobia.

En esta vida de trabajos y amarguras hay de todo, algunos días en que el placer derrama su dulce claridad en el alma, como hay también bellas montañas en que el cielo azul parece sonreír a la tierra y el horizonte se extiende a lo lejos bañado en luz; días benditos en que el corazón se dilata y se retempla, adquiriendo nueva fuerza para seguir la lucha por la vida; pero ¡qué breves son esos días!, ¡con qué rapidez pasan para dar lugar a otros interminables que se suceden como los eslabones de una cadena, llenando el alma de angustia y de dolor!

Sin embargo, la esperanza que constantemente se desvanece, y constantemente se renueva en nuestro corazón, como las aguas de un arroyo alimentado por corrientes inagotables, nos hace creer que el año próximo será mejor que el pasado, que en él lucirán para nosotros muchos días venturosos, muchas horas placenteras y felices.

Bienvenido, pues, el año nuevo; recibámosle con la alegría de los que esperan; hagamos votos por que él traiga una dicha sin sombras a los que amamos la paz y el bienestar de la humanidad.

Buenos Aires, 1890.

Los Reyes Magos

Por JACINTO BENAVENTE



ESPERTOSE nervioso, calenturiento. Mal despierto y mal dormido toda la noche, despierto y dormido había soñado con la regia cabalgata de los Reyes Magos. Con los más ricos materiales recogidos en la realidad forjó la imaginación del niño deslumbradora comitiva; caballos empenachados, con rendajes de oro, y sobre ellos los Reyes resplandecientes de joyas, y detrás los camellos cargados de tiendas enteras de juguetes y de cajas de dulces.

Apenas clareó el amanecer anhelado, de un brinco saltó de la cama y corrió al balcón, tremulo de curiosidad y de esperanza.

Tan pequeño, que no alcanzaba a levantar la falleba, era un manojillo de nervios vibrantes, morenucho, con la piel fina de los niños morenos en que se transparentan las venas muy azules, los ojos en continuo abrir y cerrar, la nariz respingada: un feillo con gracia para ser querido antes que admirado; mimo de las madres, celosas siempre por femenino instinto, que aguzado en los hijos hermosos al verlos acariciados por todos, prefieren el menos atractivo, el que es de ellas sólo, el que sólo para ellas es lindo y gracioso.

Al ruidoso forcejear del niño para abrir el balcón, acudió una criada dando gritos.

— ¡Demonio, que se vas a morir, vuelve a la cama!

— ¡Los Reyes! ¡Quiero ver lo que me han traído los Reyes!

— ¡Qué tonto, qué tonto!

Era el hermano mayor, que reía desde la cama al enterarse de lo ocurrido.

— Mira, mira — le decía al pequeño cuando la criada le subió en brazos a la cama. — Yo tengo ya mi regalo. — Y le enseñaba un duro de los recién acuñados. — Me dijo papá, anoche: — ¿Tú crees en eso de los Reyes? ¡Tonto, más

que tonto!... Los Reyes son papá y mamá... "

— ¡Mentiroso! — gritó el pequeño con ira. — Han venido los Reyes y me han traído muchas cosas, y a ti nada, porque me haces rabiar...

— ¡Tonto, más que tonto! — seguía el otro, implacable.

El pequeño rompió a llorar. Acudió el padre, desazonado por la gritería, de mal temple...

— ¿Qué ocurre?

Explicado el caso, el padre, educador positivista, tomó desde luego el partido de la razón práctica.

— Tu hermano tiene razón; no hay tales Reyes; esas son tonterías y los hombres no creen en esas cosas...

El niño quedó aterrado ante las severas afirmaciones de su padre. Lloraba calladamente, con honda pena...

— ¿Lo ves?, lo ves? — le decía triunfalmente el mayor.

Y él lloraba, lloraba... Entró la madre.

— ¿Qué tiene el niño? ¿Por qué llora?

— ¡Déjale, por tonterías!

— ¡Corazón! ¿Por qué lloras?

— Porque dice papá que no vienen los Reyes Magos; que no hay Reyes Magos...

El padre se disponía a insistir con mayor severidad; pero la madre le contuvo con una mirada.

— ¡Te han dicho eso? ¡Por hacerte rabiar! ¡Sí, hay Reyes Magos, sí, vida mía! Unos Reyes muy buenos, que quieren mucho a los niños...

Y secando a besos las lágrimas del hijo, iba contando la eterna leyenda, y el niño, al oírla, se abrazaba a ella como si ansioso se amantara de nuevo al pecho de su madre, y con hipo de risa y llanto desafiaba al padre y al hermano.

— ¿Ves lo que dice mamá? ¿Ves como es verdad todo?



El año que empieza

La Bolsa de Valores Literarios

Por HORACIO QUIROGA

Ilustraciones de J. Serrano

DESDE mucho tiempo atrás hemos pensado en la utilidad que a las bellas letras reportaría la Bolsa de Valores Literarios. Personas bien informadas nos aseguran que su instauración es un hecho en este año que comienza. No podemos sino congratarnos de un tal acontecimiento, que iniciará una nueva era en nuestro mundo de arte.

Las crecientes necesidades, en efecto, de diarios, revistas y casas editoras; las aun más crecientes necesidades de nuestros escritores; las viejas e ineludibles leyes de la oferta y la demanda, propician urgentemente esta institución, cuyos favores saltan a los ojos de los más ciegos.

Bien sabido es cuán duras y escabrosas, cuán lentas, difíciles y reticentes se tornan las relaciones entre los directores de revistas y los hombres de letras, apenas se toca el tema de *retribución*, como se estila en algunos órganos, o simplemente *pago*, como se estila en otros.

Ambas palabras expresan lo mismo, por decoroso y halagador que sea para los artistas el matiz que las distingue. Hay escritores de genio vivo, fantasía exagerada y orgullo manifiesto desde el instante de pisar la dirección. A éstos se les retribuye su trabajo. Hay otros, más tranquilos, de mirar y hablar saludables, que tienden sus poemas como quien ofrece una mercancía. A éstos se les paga. Y como a aquéllos, bien o mal, según desde el punto de vista que se mire.

Los directores, simples mortales a su vez, poseen ideas fantásticas o bonachonas sobre sus clientes. De aquí que las relaciones entre unos y otros, fatalmente económicas, se desenvuelvan en un ambiente malsano para las actividades del arte.

La Bolsa de Valores Literarios, que preocupa nuestra atención, suprimiría este y otros inconvenientes del actual mercado.

Mercado... Pasemos la palabra. Hay en efecto en estas artísticas transacciones un aspecto pobre y vulgar de permuta, un neto y concienzudo intercambio de valores, que afirma la expresión apuntada.

Rosas por dinero... Poemas por deleznable billetes de banco... ¡Ay! El trueque no es menos forzoso ni menos urgente por lo común. Ciertos escritores, es verdad—muy pocos, gozan ante la vida diaria de tales privilegios que ignoran estas pueriles necesidades. La torre de marfil no es un mito, aunque el material de la torre varíe...

Pero para el resto de los hombres de letras, los comprendidos en el nombre genérico de *colaborador*, la palabra *mercado* no ofrece otra sorpresa que la ya desvanecida del primer ensueño de marfil.

Comprendido, pues, nuestro pensamiento, proponemos a los escritores del país la creación de un mercado oficial de la literatura, de acuerdo con las siguientes bases:

1º Créase la Bolsa de Valores Literarios, con el objeto de facilitar la colocación de los productos artísticos en venta.

2º La Bolsa es el único mercado literario. Ella exclusivamente cotiza los artículos poéticos y prosaicos del ingenio nacional, y a ella deben acudir los editores y directores para adquirir los derechos de publicación e inserción.

3º La Bolsa cotiza los valores una vez por semana.

Saltan a la vista las incalculables ventajas de este sistema. No habrá ya colaboradores altivos ni directores bonachones. Las redacciones quedarán desiertas, y los hombres de letras no se verán forzados a sonreír sino cuando mediten temas humorísticos.

Cada autor apreciará, el día de la cotización, el valor exacto de su trabajo; y esto le proporcionará goces inefables.

Podrá contemplar, desde su butaca de la Bolsa, el ceño fruncido de los directores de revistas disputándose sus poemas a golpes de billetes de banco, con el infierno dentro del alma.

Gozará del divino deleite de ver depreciados y por el suelo los valores del poeta rival.

Llegará por primera vez en su vida con el pecho alto a casa de su novia, donde una voz emocionada leerá en las cotizaciones literarias del periódico:

"Valores X.—Primera rueda, hasta las 16.45: \$ 50 el poema. Segunda rueda: \$ 175."

Delicias como ésta, pocas conocemos.

Las cotizaciones tendrán lugar, como hemos dicho, una vez por semana. Podrá haber, naturalmente, corredores de Bolsa que pregonarán los valores de su preferencia, y otros corredores que comprarán por cuenta de las empresas. Y esto con las voces súbitas y airadas, particulares de las Bolsas de Comercio y los de menor cuantía. Pero los escritores animosos—casi todos—serán quienes pregonen directamente sus trabajos, al tenor del siguiente reclamo:

—¡Vendo "Hugo"! (supongamos). ¡"Hugo", último poema!

—¿Cuánto?

—Treinta pesos.

—Compro.

La demanda de ciertos valores sobrepasará a su oferta. Algunas novelas cortas se venderán a un precio superior en dos y tres veces a aquel a que fué ofrecido, y por otras no habrá quien dé cinco pesos. Estas alternativas constituirán, como bien se comprende, la delicia de los escritores.

Recordando, pues, que los trabajos literarios serán casi siempre ofrecidos

directamente por sus autores, cabe admirar la trascendencia y el "chic" de estas cotiza-

ciones semanales, que fijarán inconcusamente el valer, el valor y la renta cerebral de nuestros hombres de letras.

La entrada a la Bolsa será libre.

Los profanos podrán asistir a ella, e igualmente las madres y hermanitas de los escritores, para quienes se reservarán asientos de preferencia.

Puede asimismo organizarse un Mercado a Término, reservado naturalmente a los novelistas *largos*, tomando por base las "obras en preparación" que propician generalmente la primera página de las novelas. Los autores, con la agresiva voz peculiar en estos casos, gritarán:

—¡Novela, vendo! ¡A entregar en octubre!

—¿Título?

—¡No lo tiene todavía!

—¿Páginas?

—¡Trescientas noventa!

Con lo cual, los editores proseguirán hablando entre ellos como si fueran sordos de nacimiento.

Infinitos son los sectores hábiles de una Bolsa como la que nos ocupa. Creemos haber enunciado algunos, y no de los menos útiles. Mencionaremos, sin embargo, antes de concluir este esbozo, uno de los fenómenos posibles, que, por caracterizar a las Bolsas de Finanzas, no podemos dejar en olvido: el *crak*.

Los *craks* literarios tendrán lugar cuando los valores de un novelista, un poeta, caigan por el suelo sin causa ostensible que la haga prever. No contamos así los casos de *crak* editorial en la Bolsa a Término, por defunción de un autor que había vendido magníficamente sus diez o doce novelas en preparación pregonadas en su último libro. Ni tampoco el otro *crak*, eventual y contagioso a la par, que sobreviene cuando un autor es acusado de plagio.

El *crak* a que aludimos, el *crak* eminentemente literario, se produce cuando un autor en baja compra a la sordina sus propios valores para levantarlos.

El efecto se adivina con una simple ojeada a las cotizaciones del día:

"Valores X.—Hasta la última rueda: \$ 27.90 por cuento. Primera rueda de hoy: \$ 200. Última rueda: ¡\$ 450!"

Ante la tremenda angustia de ver adquiridos por una empresa rival los valores X, los editores compran. Compran cuantos relatos del autor se lanzan al mercado. Y evitado el pánico, respiran por fin.

Pero el pánico recibe otro nombre cuando los famosos cuentos aparecen desnudillos en letra impresa a lucir su altísima cotización. Dios los perdone. Son los mismos cuentos de antes, las mismas novelitas a \$ 27.90...

Las consecuencias se adivinan también, como adivinamos el efecto.

Durante meses y meses, toda vez que un autor—el más serio, grave, respetado y respetable de nuestros escritores—ofrezca su poema, cuento o novela, los editores, sentados en fila, tan serios como aquél, responderán, mirándolo fija e imperturbablemente:

—Pesos 27.90...





ALGUNOS días antes de su fiesta los tres Reyes Magos hablaron en el Paraíso. Sentados en soberbios tronos, refulgentes de pedrería, viendo lucir como esplendorosos anillos los círculos angélicos, y volar sobre abismos de luz los serafines de inmensas alas flamígeras, los Santos Monarcas trataban un asunto importante: saber cuál de los tres había de bajar aquel año a la tierra para enterarse de los deseos infantiles, y poder repartir juguetes que fuesen deseados.

Mientras Gaspar y Baltasar peroraban, Melchor el Negro atendía, sumiso, sin decir palabra.

— Sí, hermanos míos — concluyó Gaspar, irguiendo su figura vestida con túnica azul, recamada de oro; — yo descendería al mundo, pero si lo hago, ¿quién podrá ordenar los regalos?, ¿quién preparará para el niño rico lo que anhela, para el niño pobre lo que necesita? Vosotros comprendéis que esto sólo yo puedo hacerlo, pues para mezclarse en tales menudencias, Baltasar es monarca demasiado grande (por el buen uso que de su poder hizo se sienta en ese trono imperecedero), y en cuanto a t., Melchor hermano, eres tan limpio de corazón, de inteligencia tan sencilla (por eso gozas de la bienaventuranza), que te marearías y confundirías en medio del laberinto de los juguetes.

Acariciando su inmensa barba blanca, respondió desde su trono el majestuoso Baltasar:

— Hablas bien. Yo no entiendo de eso. Mi mente, sumida en la contemplación y adoración divinas, no acertaría a realizar lo que dices. Melchor, tú debes descender a la tierra. Tu alma etiópica, más próxima a la niñez que las nuestras, sondeará fácilmente los abismos de deseo que el ansia de un polichinela o un tambor ahonda en los corazones infantiles. Baja, pues, escucha las aspiraciones de los niños, recoge en tu memoria cuanto oigas, y torna con nosotros para que, juntos los tres, repartamos la alegría en los hogares fecundos, festejando la memoria de la noche memorable que nos hizo santos.

Diciendo esto, Baltasar se puso en pie y rogó, inclinando la cabeza coronada. Los otros dos Reyes también se alzaron, uniéndose en el homenaje. Después Melchor dijo: — Iré gustoso, hermanos.

Y los tres cruzaron el cielo, marchando hacia sus puertas. Llegados juntos al umbral, abrazáronse tiernamente, y cuando Melchor se aprestaba a salir, Gaspar le retuvo por una mano, diciendo:

— Baja al mundo, puesta tu alma en Dios, fijo tu pensamiento en el cielo. En torno de la tierra gira la muchedumbre de almas irredimidas que se separarán de sus cuerpos antes de que la verdad nazca; pobres espíritus, presos allí por el peso de la falta primera, que les impide alzar su vuelo. Debes cruzar por medio de ellos, sumido en tu alegre beatitud, alejado de todo humano pensamiento. No atiendas, no repares en nada. Acuérdate sólo de tu santidad, de tu dicha inmarcesible y eterna.

Sonriendo plácidamente, Melchor prometió hacerlo, y luego, caballero en un blanco dromedario, se handió en el vacío. Pasaban junto al Mago cometas desmelenados, llovían estrellas erráticas, los planetas giraban armoniosos, y el viajero, acercándose más y más a la tierra, pensaba en la inmensa felicidad de su bienaventuranza, en sus goces inefables, eternos, tan distintos de las incompletas alegrías terrenales como la luz de la sombra, y comparando unos con otras, evocó los recuerdos de aquel globo a que se acercaba. Veía los arenales etiípicos dorándose bajo el sol, los oasis frescos donde las fuentes susurraban bajo la sombra movable de las palmeras, las montañas azules, el mar inquieto y arrullador. La tierra próxima pareció enviar efluvios de su superficie al viaje-



Melchor

Cuento de Reyes

Por MAURICIO
LOPEZ ROBERTS

Ilustraciones
de José Montero
Lacasa

ro, quien recibíalos cándidamente. Luego, junto a la cabalgadura, apareció una sombra, luego otra, y otra, muchas, innumerables, infinitas, que hormigueaban confundiendo, mezcladas y fundidas.

El Santo recordó entonces los consejos de Gaspar. Cerró su espíritu a toda remembranza, pero por algún resquicio invisible penetró en su mente un espectro: el de su padre. Y le vió tal y como fué en vida: guerrero terrible, de semblante adusto, curtido por el viento de las batallas, cariñoso en el hogar, que abandonó para perecer en un combate. Luego apareció la figura de su madre, surgiendo poco a poco, y la vió también, dulce, sumisa, sonriente bajo el penacho endiamantado que temblaba entre sus cabellos negros, y escuchó la canción con que le adormecía cuando era niño, mientras él aprestaba con sus manos ya fuertes la materna palma, tibia y suave. Tras aquellas visiones aparecieron más, que acudían arremolinándose en torno del viajero: rostros de hermanos y de amigos, que le miraban con ojos leales, óvalos melancólicos de muje-

“... y el corazón del Negro se encogió de angustia viendo aquel triste destino.”

res amadas, que sonreían amorosas; caras indiferentes, caras aborrecidas, apariencias de almas que no pudieron redimirse y que vagaban alrededor de la tierra.

El Santo Rey las contemplaba con pesar. De su alma ingenua se había apartado la felicidad que gozara, y el corazón del Negro se encogió de angustia viendo aquel triste destino. Las sombras surgían más apiñadas. El dromedario, cual la proa de un navío, hendía la multitud fantástica, y Melchor contemplaba bocas que rozaban sus pies, manos implorantes que agitaban en lo profundo dedos vaporosos, pupilas lucientes que relampagueaban un momento. Esforzándose en arrojar lejos de sí la tristeza que le abrumaba, recordó los esplendores paradisíacos, las venturas inacabables de su eternidad dichosa, el inefable arrobamiento de la presencia divina. Ante aquella evocación, las espectrales figuras parecían huir, cuando del montón más apretado brotó un confuso enredido de bucles espesos, y bajo ellos unos ojos de azabache, inocentes y maliciosos, una naricilla respingada y una boca traviesa que reía. Al aparecer aquel espíritu, los demás se desvanecieron, y el Santo sintió estremecerse su alma.

En el espacio vacío quedaban solos el Mago y el espectrillo. Sin decir palabra, el niño se acercó más al Rey. Conforme se aproximaba, un dolor profundo, intensísimo, apoderóse de Melchor, viendo reproducida en la aparición la imagen de su hijo, el único, el que fué durante breves años su alegría, su orgullo, y cuya muerte hundió al Negro en sima profunda de dolor.

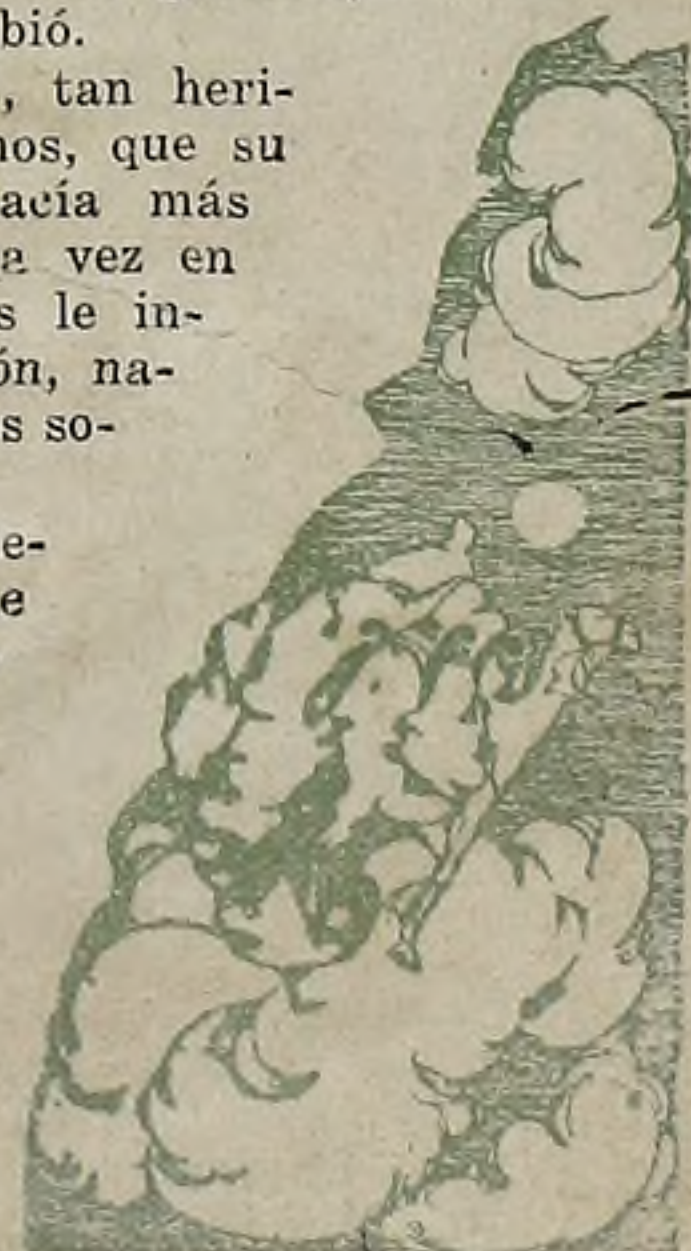
Aquel alma infantil que el bautismo tan fácilmente hubiese librado de su cadena, contemplaba con ojos suplicantes al Santo. En el corazón de éste crecía la amargura al comparar la pálida apariencia de su hijo con las de los angelillos celestes que se cernían en la gloria, todos luz y color. En ademán de ruego, el fantasma acercó las manos, unas manecitas gordas, llenas de graciosas oquedades; iban a juntarse implorantes, cuando Melchor, arrancándose a aquel sentimiento tan extraño a su bienaventuranza, volvió grupas y ascendió rápidamente al cielo.

En furioso empuje las sombras tornaron, pretendiendo alcanzarle, pero inútil, pues la pesadumbre del pecado no les permitió volar.

Abajo quedaron agitándose como revueltas y confusas aguas, y sobre ellas, el fugitivo creyó entrever unos ojillos maliciosos cuya luz nublaba el llanto. Volvieron a pasar junto a Melchor los cometas cabelludos, llovieron las estrellas fragmentadas, los astros giraron, pero el Negro nada percibió.

Subió lleno de angustia, tan herido por los dolores humanos, que su naturaleza santificada hacía más sensibles, que cuando, una vez en la gloria, sus compañeros le interrogaron sobre su misión, nada pudo responder, pues los sollozos quebráronle la voz.

Comprendieron los Reyes blancos el porqué de aquellas lágrimas, movieron la cabeza con aire de enojo, y mientras Gaspar, suspirando, aprestábase a descender a la tierra, Baltasar el Majestuoso cubrió con su manto fulgente al Etíope, pues en el cielo no se debe llorar.





A diferencia de clases es un fenómeno general y constante, ni más ni menos que Hindenburg, que también es un fenómeno y además general y constante. Esa diferencia de clases comprende a todas las manifestaciones y actividades de la vida, desde los cigarrillos, en los que la diferencia de clases no es más que una diferencia de precios, hasta la sangre de nuestros modestos torrentes circulatorios, donde la diversidad es más acentuada, pues son conocidas la sangre azul, la sangre de horchata, la sangre en el ojo y la mala sangre. Únicamente podría dudarse de la universalidad de este principio, en las Universidades, precisamente, donde a consecuencia de las continuas huelgas, casi no hay clases.

Pues bien: las fiestas no han escapado a la regla común, y hay algunas de ellas de superior calidad y otras de tan precaria condición que nadie las celebra. A esta última categoría pertenecen las fiestas que suelen hacer los señores de barba a las criaturas de pecho, quienes, en vez de asociarse a ellas, promueven ruidosas protestas que terminan dando molesto trabajo a la niñera.

Es una de tantas cosas que no nos hemos podido explicar, como, por ejemplo, que la justicia sea lenta andando siempre en autos.

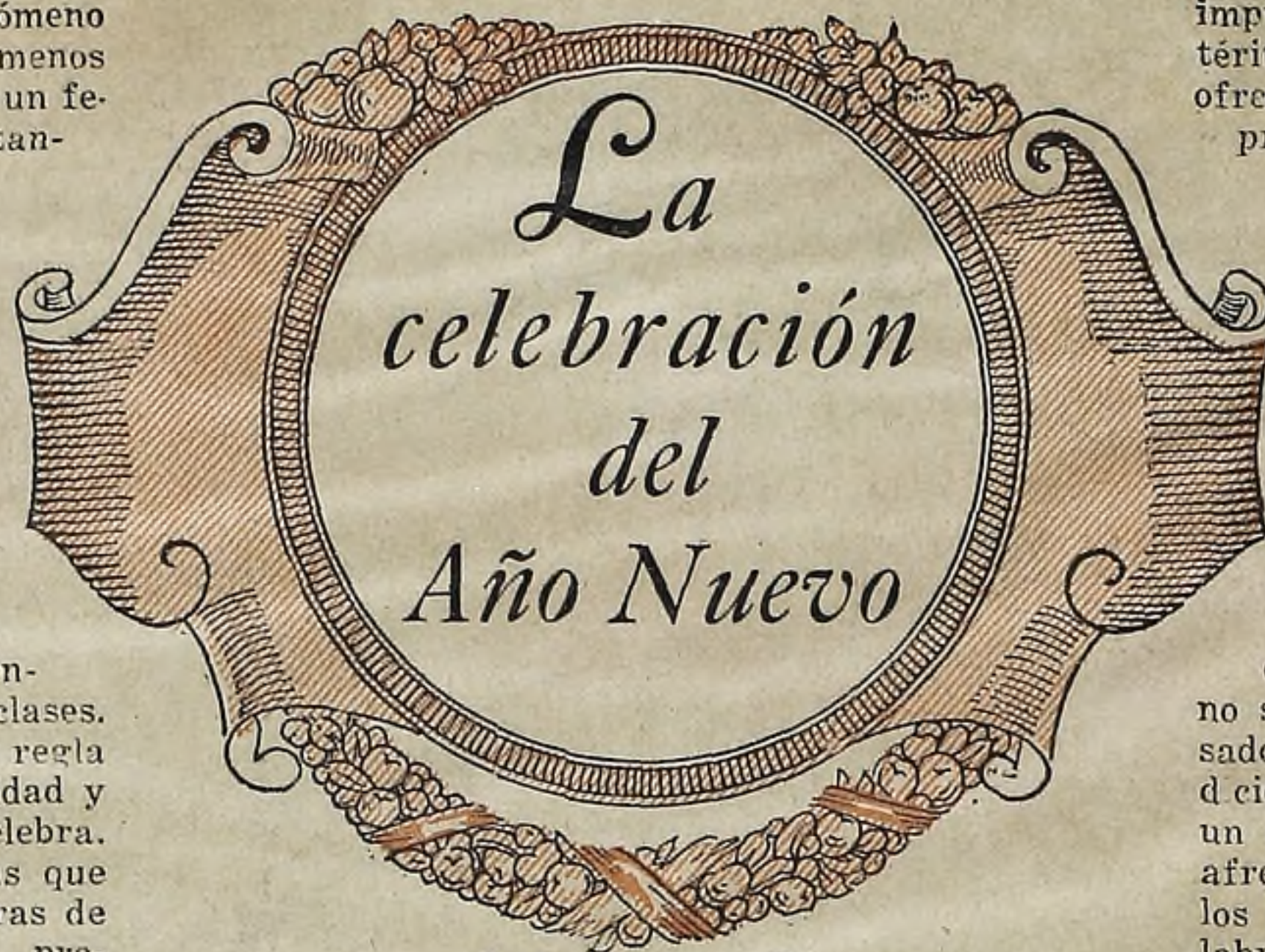
Sin duda, la fiesta predilecta en todo el mundo es el Año Nuevo. Es la única que no deja de celebrarse nunca, y ella sola es también a la que dispensamos el honor de esperarla levantados, anhelando con ansiedad el minuto preciso en que comienza. Claro es que mucha gente pasa las medianoches despierta con la misma facilidad que las medias lunas, pero ello ocurre por sorpresa y a causa de encontrarse entretenida por una diversión cualquiera; pero la medianoche en que comienza el año tiene la extraña virtud de que no es la diversión la que nos hace llegar a ella, sino ella la que nos hace buscar la diversión.

Y vuelve ahora la cuestión de la diferencia de clases: las clases de celebración. Cada cual, dice un antiguo adagio, tiene su manera de matar pulgas, y lo mismo ocurre con las fiestas, pues, al fin y al cabo, también se trata en ellas de matar algo: el tiempo.

Hay quien rinde tributo a esta *primicia temporis*, que diría un ministro jubilado y jubiloso, jugando a la lotería de cartones, por ser ésta la única forma en que le es dado apuntarse, de vez en cuando, un poroto; otros le salen al encuentro en coche, para captarse sus simpatías; algunos la aguardan haciendo pronósticos y calendarios, mas no como los antiguos astrólogos y sicofantes, sino más modestamente, basando sus augurios en puros pálpitos o en cosas bien terrenas y reales, como los asados al asador en la playa de Quilmes, o las reyertas conyugales en el segundo patio del conventillo, tercera pieza a mano izquierda; quienes, hay también, que en vez de mirar siempre adelante, como los chauffeurs, echan un vistazo hacia atrás y se les ponen los pelos de punta, si los tienen, pensando que el año nuevo les depare iguales calamidades que el año viejo. También los hay que sienten terror al anuncio del comienzo de una nueva evolución de la tierra alrededor del sol, gentes que no quieren envejecer, sin duda, y tratando de detener la marcha del tiempo reciben el nuevo año a balazos, para que huya amedrentado. Otros, en fin, procuran darse la menor cuenta posible de la transición, y colocan su espíritu en ese estado intermedio entre el sueño y el delirio, que se conoce con diversos nombres pintorescos y al que todos hemos sucumbido alguna vez, en un banquete o en la intimidad de una aventurilla juvenil.

Pero lo más frecuente es que la gente, rindiendo culto a la tradición, espere la despedida del año viejo contándose unos a otros sus calamidades privadas, en el comedor, saboreando una tacita de café o chupándole la sangre a unos matecitos, cuando no bailando o comiendo. Llegado el momento solemne en

que las agujas del reloj se colocan en actitud como de decir: "argentino, señor", todos aprestan el clásico racimo de uvas que hizo pecar a Noé, o la botella de champaña



Por MONO SABIO

Ilustraciones de M. Gimeno

(casi siempre sidra), que hace desvanecer a sus hijos, y en llegando las doce clavadas se trasiega el mosto, en cualquiera de ambas formas, con lo que queda celebrado el rito. Ahí se producen entonces la jarana, las risas, las tonterías espirituales, alguna que otra declaración amorosa y otro sinnúmero de pavadas a que tan inclinada se encuentra la humanidad cuando se reúnen varios de sus componentes.

Pues bien: nosotros nos hemos propuesto celebrar esta vez la llegada del año 1924 en una forma más humana, lógica y económica. Tenemos una experiencia dolorosa de lo que significan las recepciones,



M. GIMENO

y hemos llegado a la íntima convicción de que pueden definirse como "obstrucción de varios estómagos y velorio de un bolsillo", de modo que resultan perjudiciales para todos los que intervienen en ellas. Además, el año nuevo, si bien es una fecha que nada significa como prolongación del tiempo, en cambio es un acontecimiento trascendental como despedida de un viejo conocido, el año que se va llorando de la ingratitud de los hombres. Y, cosa curiosa: todas las despedidas son tristes, conmovedoras, emocionantes, menos la del año que fenece, que se celebra con jaranas y risotadas. ¿Por qué esa crueldad humana con un pobre muerto? ¿Por qué esa prisa por echar al osario de la eternidad al año viejo, como una camiseta inservible? Al pobre, como a Irigoyen, se le

imputan todas las desgracias pasadas, actuales y preteritas, por la sencilla razón de que ya no puede ofrecer nada. A nuestro peor enemigo, cuando emprende un largo viaje, le decimos, de labios para afuera: "adiós, querido, que le vaya bien y vuelva pronto!", aunque interiormente nuestro corazón nos dicte: "¡velas y buen viento!". Para el año que se despide, ni siquiera la piedad de esas frases simuladas. Se le echa en cara el fracaso de todas las ambiciones, el dolor de todas las desgracias y la desilusión de las mejores esperanzas y ensueños. El tiene la culpa de que los alquileres estén por las nubes, que al vecino le hayan nacido dos mellizos, que el Congreso no funcione con regularidad, que haga viento, frío o calor, que las solteras no se casen o los casados se divorcien. Con un pesado fardo de denuestos y adjetivos, el día 31 de diciembre, se le señala la puerta de calle, como a un mal amigo que nos ha hecho traición. Y para afrentarlo aun más, se recibe al año que llega con los brazos abiertos, colmándolo de agasajos y palabras dulces. Se le dice: "rico, bonito, elegante, afortunado"; se le prodigan las mejores atenciones y se bordan a su arribo los augurios más auspiciosos.

La despedida del año viejo, que debería ser la más patética y emocionante de las despedidas, porque al fin y al cabo es un año menos que vivimos y una cana más que peinamos, por una ironía de la costumbre, se convierte en un motivo de regocijo público y de escándalo callejero.

Decididamente, nosotros no somos ingratos.

Reconocemos que el año 1923 nos ha dado muchos dolores de cabeza; pero queremos también hacerle justicia por los instantes de inefable dicha que nos ha proporcionado.

Ahí están los boletos de tranvía de diez centavos, la sanción de un Presupuesto General de gastos después de siete años de duodécimos, la reafirmación de nuestra nacionalidad por los triunfos de Firpo, el fracaso económico del teatro Colón, los paseos pintorescos del doctor Alvear y las elucubraciones zoológicas del señor Onelli.

Consecuentes con nuestros afectos y con el culto que profesamos a los muertos, pensamos despedir al año viejo en forma modesta, íntima y filosófica.

Lo haremos en casa, a puerta cerrada. Le ofrendaremos un velorio, sin muchas pompas fúnebres.

Sobre una amplia cama de matrimonio, estilo Luis XV o estilo provinciano, descansará para siempre el año 1923, un almanaque cualquiera, el de la panadería, por ejemplo, rodeado de cuatro cirios, afirmados en cuatro clavos (las cuentas del sastre, de la modista, del editor y del zapatero).

Habrán un solo doliente, a quien recibiremos en democrático y familiar pijama.

Luego, guardaremos un profundo silencio durante toda la noche, y transportaremos nuestro espíritu a regiones desconocidas.

Nuestro único invitado sollozará toda la noche con un susurro quejumbroso, pero fresco, en un giratorio torbellino.

Así esperaremos al año nuevo esta vez, durmiendo o soñando, mientras el ventilador acaricia con sus brisas rumorosas nuestra cálida piel tropical.

Cuando despertemos, 1923 se habrá marchado ya, para siempre jamás, al abismo de la nada.

Créanme. El año nuevo no tendrá importancia.

Además, es un desagradecido.

Yo le he estado esperando durante varios lustros y todavía no me he hecho millonario, que son los únicos mortales que pueden, en un mismo día, permitirse el lujo de no hacer nada, comer bien, fumarse un habano y tomar un automóvil para ir al Colón.

En cambio, el año viejo me deja el grato recuerdo de la conquista de algunas mucamas en Palermo y la amistad de un enterrriano, célebre ingeniero agrónomo que establecerá nuestras comunicaciones con Marte, sobre la base del "movimiento continuo" de nuestro planeta.



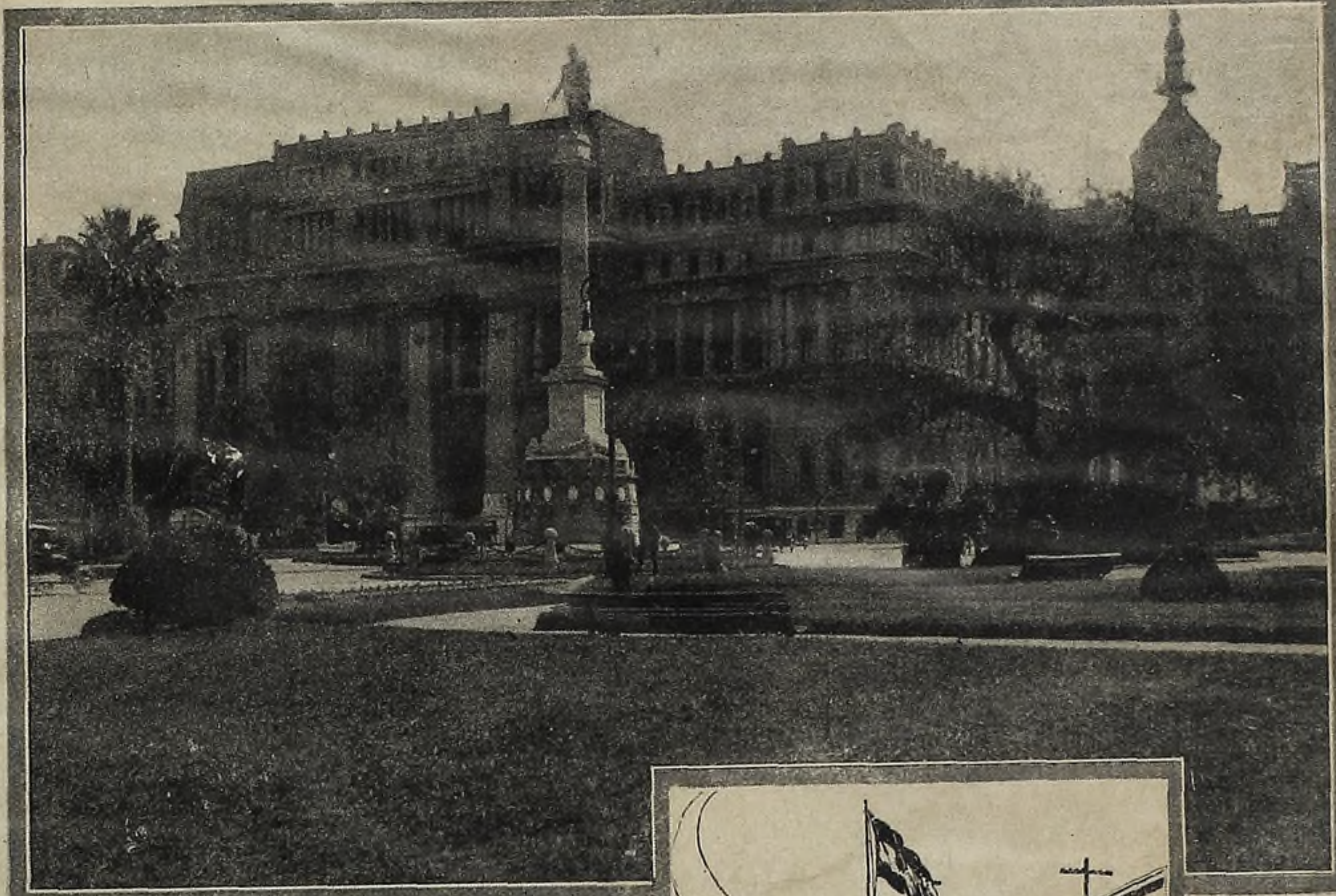
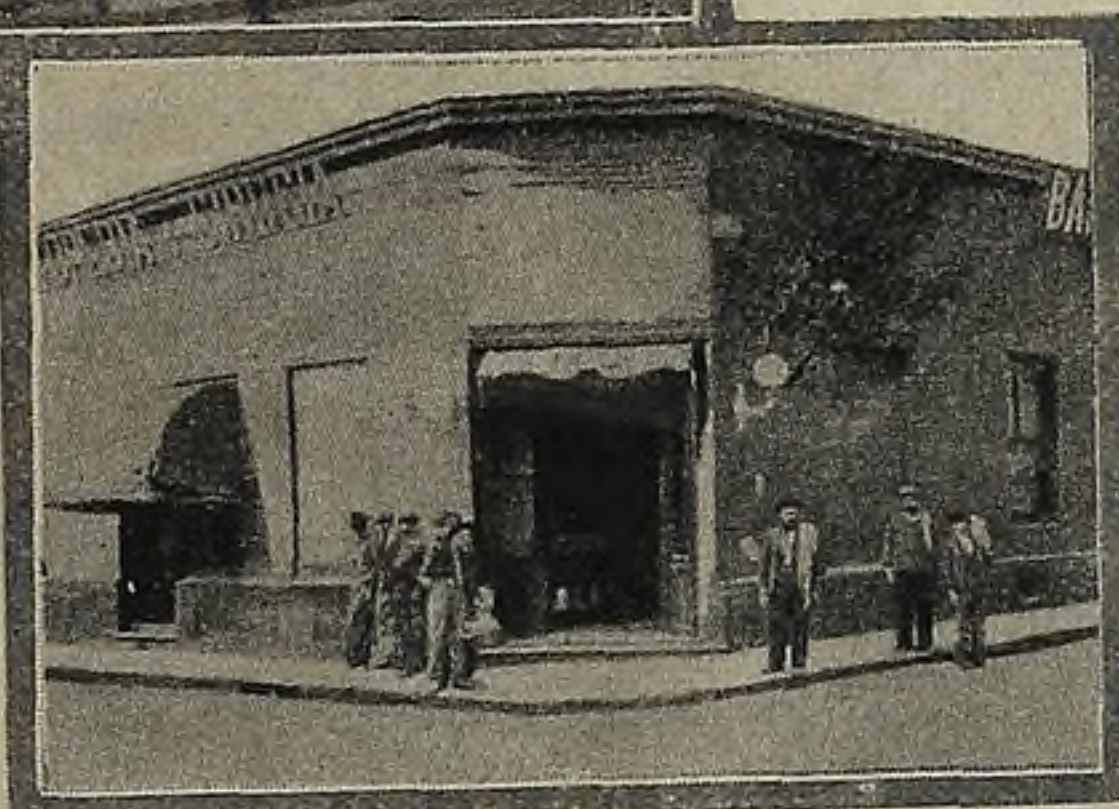
BUENOS AIRES DE HOY Y DE HACE VEINTE AÑOS



La esquina de La-
valle y Suipacha,
en la actualidad.

□ □

La misma esqui-
na en 1904, cuan-
do aun se conser-
vaba la casa en
que nació el ge-
neral Mitre.



El Palacio de Justicia, frente a
la antigua Plaza del Parque.

EN el breve espacio de
veinte años, el aspecto
edilicio de Buenos Aires
ha experimentado trans-
formaciones fundamen-
tales, a tal punto que el viajero,
al regreso de alguna jira, traduce
su asombro ante los cambios que
le toca observar.

Así, como por arte mágico, don-
de antes existía una modesta ca-
sa, surgen las líneas de algún
antiestético rascacielo, que es, sin



El Parque
de Artille-
ría, que se
encontra-
ba hace 20
años don-
de hoy es-
tá el Pa-
lacio de
Justicia.



La diagonal Sud, vis-
ta desde la esquina de
Chacabuco y Moreno.



La estación Retiro,
del F. C. C. A., en
la calle Maipú.



El Mercado del Centro, o Mercado Viejo, tal
como se conservaba en 1904, visto desde la
misma esquina.

embargo, exponente de progreso, ya que las exigencias de la vida mo-
derna reclaman construcciones de esta naturaleza.

Si el viajero se detiene en el análisis de las calles, también le será
fácil observar lo poco que resta del viejo Buenos Aires de hace veinte
años. En efecto, a los coches de plaza, tirados por una yunta de escua-
lidos jamelgos, ha reemplazado una peligrosa cadena de automóviles,
de tranvías eléctricos y... como si no fuera poco, cruzan ahora can-
tidades de ómnibus que amenazan con producir mayores complicacio-
nes en el enredo del tráfico metropolitano.

Veinte años han bastado para que Buenos Aires adquiriera el as-
pecto de las ciudades europeas y sin que le sea dado presentar para
su complemento el encanto de las montañas o el atractivo de una bahía.



El antiguo Hotel de Inmigrantes y el río,
que cubrían el espacio en que hoy está el
Retiro.

LAS
ACTRICES
NACIONALES
DE 1904



ORFILIA RICO
FOTO DIÉGUEZ.



ADA CORNARO
FOTO F. BIXIO.



ANGELA
TESADA
FOTO M. LOUZÁN.



LEA CONTI

FOTO E. BIXIO.



MARÍA ESTHER
PODESTÁ
FOTO BLANCO.



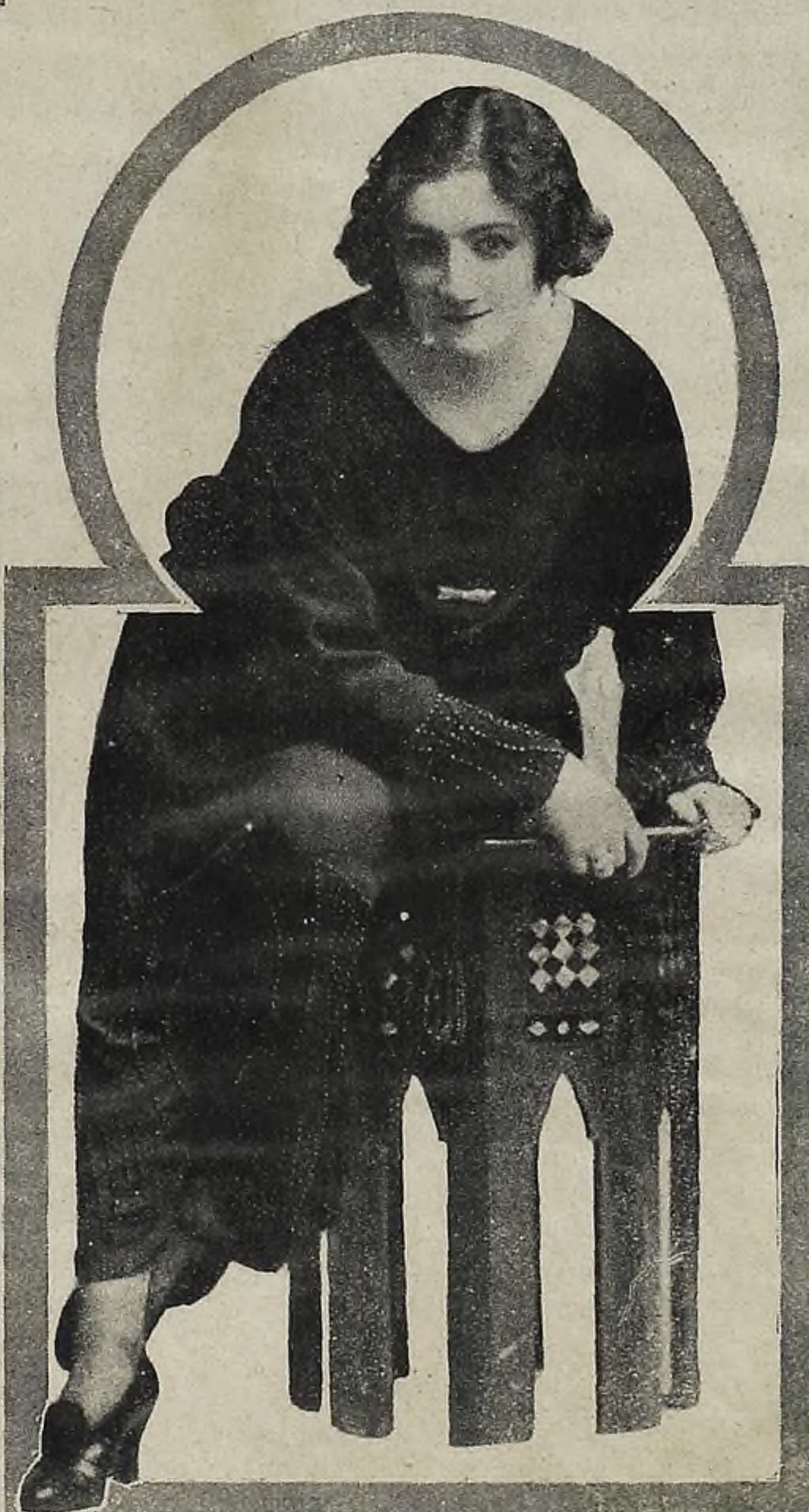
MARÍA TERESA
BORDA
FOTO F. BIXIO.



HERMINIA
MANCINI
FOTO F. BIXIO.



ESTHER BUSCHIAZZO
FOTO ZURET.



BLANCA PODESTÁ

FOTO F. BIXIO.



BLANCA VIDAL

FOTO F. BIXIO.



ANGELINA PAGANO

FOTO F. BIXIO.

LAS
ACTRICES
NACIONALES
DE 1924



PIERINA DEALESSI

FOTO NÚÑEZ



ESPERANZA PALOMERO

FOTO BLANCO.



GLORIA FERRÁNDIZ

FOTO A. BAGUÉ.



CAMILA QUIROGA

FOTO COLORADO.



ROSA CATÁ

FOTO F. BIXIO.



EVA FRANCO

FOTO BIXIO Y MERLINO



CARMEN MÉNDEZ

FOTO F. BIXIO.



MARÍA LUISA NOTAR

FOTO WITCOMB.



OLINDA BOZÁN

FOTO E. BIXIO.



SILVIA PARODI

FOTO WITCOMB.



FELISA MARY

FOTO F. BIXIO.



MARÍA E. P. DE POMAR

FOTO BIXIO Y MERLINO.



MARÍA ESTHER LERENA

FOTO WITCOMB.



SARA NUVOLONE

FOTO WITCOMB.



MANOLITA POLI

FOTO F. BIXIO.



EMMA BERNAL

FOTO WITCOMB.

1904 - Veinte años de música - 1924

Por JULIAN AGUIRRE



ERNESTO DRANGOSCH



CARLOS GARCÍA MANSILLA



CONSTANTINO GAITO



ALFREDO SCHIUMA



CARLOS LÓPEZ BUCHARDO



JOSUÉ T. WILKES



HÉCTOR PANIZZA



L lapso de 1903 hasta ahora ha sido, sin duda, el período más fecundo en la evolución de las artes. Si la escultura, la pintura y las letras han recibido un fuerte impulso y han creado obras de un valor definitivo para nuestra historia estética — unos cuantos nombres bastarán para la demostración: Irurtia, Fáder, Quirós, Lugones, Larreta, Rojas, — nuestra música, aunque un poco menos conocida por el grueso público y con graves inconvenientes para exteriorizarse, ha pagado su contribución a la cultura general con obras y autores que representan valores positivos y eficaces.

Las dificultades para nuestros músicos han sido muchas y de diversa índole; los jóvenes compositores casi no publican; la mayor parte de su producción se estudia en manuscrito por los intérpretes, y después de haber sido ejecutada una o dos veces delante de un corto auditorio, vuelve al cajón de donde la sacó el autor. Lo excesivo de las tarifas ha hecho difíciles, cuando no imposibles, las audiciones sinfónicas. Así, una cantidad de importante música de cámara — cuartetos, tríos, sonatas y una considerable obra vocal e instrumental producida por nuestros compatriotas — es conocida por pocos iniciados y sepultada casi inmediatamente después de su nacimiento.

La creación de la Sociedad Nacional de Música, en 1915, y presidida por don José André, ha agrupado a la mayor parte de nuestros compositores, y en sus audiciones periódicas del Museo de Bellas Artes ha hecho conocer la trascendental labor a que nos referimos. Allí se han escuchado los primeros envíos de los que ahora hace más de veinte años iban a Europa, bajo los auspicios de la Comisión Nacional de Bellas Artes, a perfeccionar sus estudios: Ricardo Rodríguez, Celestino Piaggio, Franco Paolantonio, Ernesto Drangosch, José André, Felipe Boero, Josué Wilkes; han estrenado sus obras vocales y de música de cámara, Pedrell, Gaito, Athos Palma, Stiatessi, Floro M. Ugarte, José Gil, Carlos López Buchardo, Pascual de Rogatis. A éstos se han añadido después nuevos nombres y nuevos valores: Alfredo Schiuma, José Torre Bertucci, Joaquín Cortés López, Alejandro Inzaurraga, Vicente Forte, Martín Colomb, Monserrat Campmany, Abel Rufino, Alberto Machado, Raúl Esposito y otros.

La influencia de escuelas y tendencias extranjeras, muy visible en las primeras obras de estos autores, ha ido desapareciendo, y se observa en las últimas la preocupación de inspirarse en asuntos propios y de hacer música argentina con los ritmos, cadencias y modalidades propias de nuestro ambiente, no copiando servilmente a la melodía popular, sino extrayendo de ella el tesoro de emoción por la cual las artes viven y se perpetúan.

Este grupo de músicos ha empezado a escribir sobre versos y libretos de nuestros poetas, abandonando el francés y el italiano, que alimentaron sus primeras inspiraciones, y ya han aparecido composiciones sinfónicas de alto vuelo, donde se emplean temas y ritmos que dan un color inconfundible a la producción actual. La riqueza de nuestra música autóctona, su diferen-



CARLOS PEDRELL

cia con la de los otros países y las relevantes disposiciones que se observan en no pocos de los compositores, permiten augurar para un plazo no muy lejano la existencia de una escuela argentina que, a semejanza de la rusa, sea fecunda en autores y obras sobresalientes.

Las temporadas líricas oficiales que se verificaban en la Opera se trasladaron al Colón, inaugurado en el año 1908. El antiguo teatro era simpático y reunía condiciones de acústica y tamaño que lo hacían muy adecuado para los cantantes, pues éstos no tenían que esforzarse ni violentar su voz. Cierta clase de producciones obtenían en él mayor efecto que en el nuevo edificio, más monumental y más grandioso, pero excesivo para lo que no sean obras de gran aparato; la orquesta misma se oía mejor, con más plenitud en los fuertes y más delicados matices en los "pianísimos".

El público ha tenido que habituarse a la nueva sala, donde, con el pasar de los años, se han corregido ciertos inconvenientes de acústica, y nuestro teatro municipal, por sus dimensiones, magnificencia e importancia de los espectáculos, figura entre los primeros del mundo. Por él han desfilado en estos diez y seis años todos los cantantes y directores célebres del núcleo artístico italiano y algunos franceses y alemanes. Citaremos, por orden, a Toscanini, Barone, Vitale, Mugnone, Mancinelli, Marinuzzi, Serafín; tres maestros franceses en 1916: Saint-Saëns, Messager, Leroux. Marinuzzi, el 17 y 18; Serafín, el 19 y el 20; Polacco y Panizza, el 21; Weingartner y Mascagni, el 22; Richard Strauss, Marinuzzi, Schalk, Bellezza y Paolantonio, en la última temporada.

El repertorio a que se han ceñido estos maestros ha sido, *mutatis mutandis*, el mismo que el de los teatros italianos, como la "Scala", de Milán, y el "Costanzi", de Roma. La intervención de cuadros franceses completos, cantando óperas en su idioma, data de 1916, y la de los artistas alemanes, de 1922, pero el fondo de los programas es el mismo que en 1903, en el que Toscanini dirigía en la Ópera: "Aida", "Rigoletto", "Tosca", "Traviata", "Gioconda", "Mefistófeles", "Iris", "Manon Lescaut" y los maravillosos "Maestros cantores", de los que dicen las crónicas del tiempo que "...ha parecido pesada y larga y ha sido escuchada con frialdad..."

Y aquí se puede tomar un punto de referencia para juzgar de la evolución de los gustos y comprensión del público comparando esta frialdad y desvío hacia una de las más bellas obras de la música con el entusiasmo que ha despertado la Tetralogía ejecutada por la Filarmónica de Viena en unión de los cantantes alemanes y dirigida por Weingartner, el año pasado.

Una observación sugiere la marcha de la opinión en cuanto a artistas



PASCUAL DE ROGATIS

y óperas preferidas, y es lo que podríamos llamar: el ocaso de los divos. Después de Caruso y Titta Ruffo, no ha aparecido en los escenarios ninguna de esas estrellas líricas que imponen tanto la admiración por su extraordinario brillo como el horror por los asteroides que las acompañan. La presión que ejercen en la lista de la temporada obli-

ga a escuchar obras como "Elisir d'Amore" o "Amleto", para entresacar la cavatina donde está la cadencia que arranca la manifestación clamorosa; cinco minutos de placer pagados con tres horas de sacrificio.

Así también se han enquistado las óperas obligatorias de las tiples ligeras, que no cambian jamás de disco y repiten: "Sonámbula", "Lucía", "Don Pasquale" y "Mignon", tradicionales y difíciles de substituir porque son fáciles de realizar, económicas para las empresas y llenan honorablemente los huecos del cartel.

En la renovación de éste, el mayor lugar ha correspondido a los autores italianos. Las obras de Mascagni, Puccini, Leoncavallo, Giordano, Franchetti, Mancinelli, Cilea, y los más modernos: Pizzetti, Zandonai, Alfano, Montemezzi, Marinuzzi, Riccitelli, se han representado en Buenos Aires inmediatamente después que en Italia.

Francia figura con las últimas obras de Massenet, "L'Etranger", de D'Indy; "Marouf", de Rabaud; "Monna-Vanna", de Fevrier; "Beatrice", de Messager; "Arianne et Barbe-Bleu", de Dukas, y "Luisa", de Charpentier.

Los rusos, con cuatro óperas: "Eugenio Oneghin", de Tchaikowski; "Boris", de Moussorgski; "Demone", de Rubinstein, e "Igor", de Borodin.

La Alemania, con Ricardo y Sigfrido Wagner, Richard Strauss y Weingartner, y la producción argentina se ha enriquecido con el aporte de: Panizza, "Aurora"; Berutti, "Los héroes"; García Mansilla, "Iván" y "La angelical Manuelita"; Gaito, "Petronio" y "Fior di neve"; De Rogatis, "Huemac"; Ugarte, "Saika"; López Buchardo, "Sueño de alma", Pedrell, "Ardid de amor"; Boero, "Tucumán", "Ariadna y Dionisos" y "Raquela"; Gilardi, "Ilse".

En el Politeama y en el Coliseo han actuado compañías de óperas con representaciones y repartos que han rivalizado en importancia con los del Colón, y donde se han dado a conocer muchas obras y autores nuevos.

Los artísticos bailes organizados por la Pawlova—feliz aplicación de conocidas composiciones musicales a argumentos coreográficos estéticamente decorados—se han exhibido en este último teatro.

El aspecto más importante de la vida musical en el período que historiamos han sido los conciertos. La concurrencia de artistas extranjeros a nuestra metrópoli, primero mansa corriente que depositaba en sus orillas contados profesionales, maestros o ejecutantes, después rápido aluvión que vuelca anualmente las celebridades más prestigiosas al par que una cantidad de anónimos que se anuncian en fugaces audiciones y van a parar a las orquestas de los infinitos cinematógrafos o salas de variedades, ha creado un público fijo, reducido todavía, pero que basta para llenar los locales en que se escuchan a eminentes intérpretes. Este público va



ARTURO BERUTTI



FELIPE BOERO



JOSÉ ANDRÉ



RICARDO RODRÍGUEZ



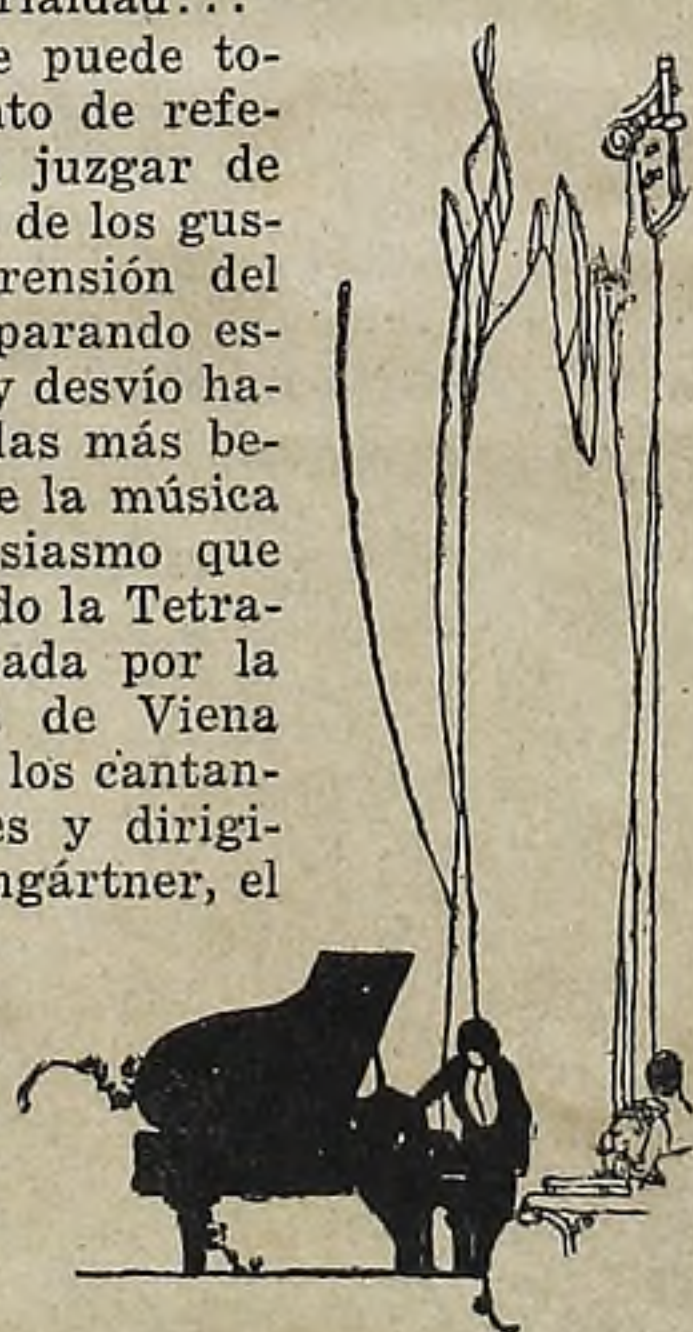
FLORO M. UGARTE



JOSÉ GIL



CÉSAR STIATESSE



(Continúa en la pág. 102.)

El último ensueño

Cuento de Año Nuevo

Por RAFAEL DI YORIO

Ilustraciones fotográficas de Luis Cabada



JORGE Ferrando, enemigo declarado de las drogas, tuvo que capitular, al fin, ante la molesta insistencia de su dolor de garganta y a los reiterados consejos de los suyos.

— Puede ser que no sea nada lo que tú tienes — habíale dicho Isabel ese mismo día, por quinta vez, — pero no hay mal que no se vuelva peligroso si se le descuida. Debes ver a un especialista, Jorge.

— Bien, bien... Veré al doctor Rébora. De mañana no pasará.

Pero al día siguiente tuvo que guardar cama. Habíale venido fiebre, acompañada de intensos escalofríos, y no se sintió con fuerzas para desafiar la baja temperatura que había llegado de golpe, como alarmante avanzada del invierno muy próximo.

— En fin — suspiró, — le veré cuando me levante...

— Por qué — protestó Isabel. — Si tú no puedes ir, vendrá él... Con hablarle por teléfono, todo se arregla. ¡Sí, Jorge! Una enfermedad corre mucho en un día.

Cuando el doctor Rébora, después de examinarle con mucha atención, pasó al cuarto del lavabo, le siguió Isabel, y a él le pareció oír que el médico hablaba en voz baja y sigilosamente con su esposa.

— ¿Qué te decía? — preguntó, ni bien se hubo despedido Rébora. — ¿Es realmente grave lo que yo tengo?

— Por ahora no... Pero puede haber complicaciones, si nos descuidamos... No temas, Jorge, eso no sucederá... ¡Ah!... A Rébora le supo mal que te quedas en este cuarto... Mucha luz, mucho aire te hacen falta. Yo le dije que arriba, dando a la terraza, teníamos una habitación donde el sol entra casi todo el día, y él se mostró encantado.

— ¡Pero ese cuarto es chico, Isabel!

— La nena y yo nos pondríamos en el de al lado, donde ahora se hace costura...

Jorge no contestó al pronto, pero una sospecha horrible cruzó su cerebro. Trataban de aislarle... Luego su enfermedad era contagiosa... Cual el cizás del relámpago que hiende la nube, brilló en su memoria el recuerdo del día en que, al retirar el pañuelo de los labios, creyó verlo teñido de una leve mancha rojiza... ¡Sería posible! ¡Él, en la flor de la edad, que nunca se había quejado de un dolor de cabeza, verse condenado a decaer lentamente, a seguir paso a paso la marcha de su mal, con la plena certidumbre de acercarse cada día más a la meta inevitable, sin esperanza, sin remedio.

Isabel leyó en su cara la angustia que le oprimía, y trató de suavizarla.

— No te asustes... Se trata de una simple cura preventiva...

Interrumpiéndola gran alboroto en el vestíbulo, causado por pasos precipitados, que apenas dejaba oír una voz, medio ahogada, que decía:

— ¡No corras, Hedda, no corras!

Y casi en seguida irrumpe en la estancia la criatura más linda y traviesa que jamás pusiera en apuros las directrices aptitudes de un aya.

— ¡Mamá!... ¡Papá!...

Saltó en los brazos de la madre, estampóle dos grandes besos en la mejilla, luego quiso zafarse y precipitarse al suelo, para correr a hacer lo propio con el padre.

Pero Isabel la retuvo.

— ¡Vamos! ¡Déjala que venga! — gruñó Jorge, malhumorado.

Isabel la puso en el suelo, silenciosamente, y acercándose al marido, sin soltar de la mano a la pequeña, le dijo con acento serio, que daba mucho a entender:

— No la beses en la boca, Jorge...

— ¡Un beso, papá!... ¡Un beso!... — exclamó la diablilla, trepándose a la cama y ofreciéndole su boquita.

Pero Jorge desvió con mano trémula el rostro de su nena, y reteniendo el vehemente deseo de cubrir de besos, como era su costumbre, las mejillas, los ojos, todos los rincones de aquella milagrosa cara de

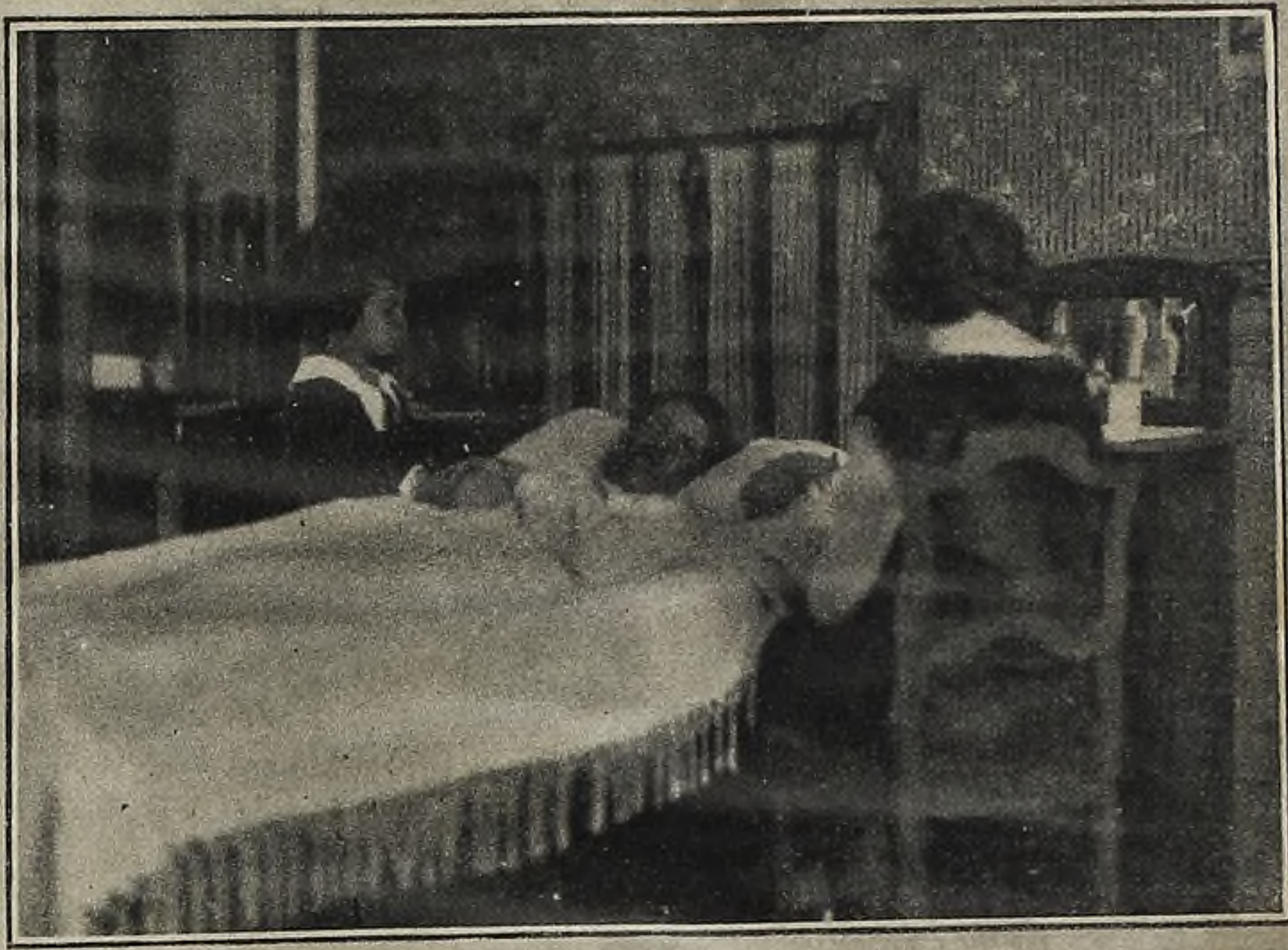
muñeca, rozó apenas con sus labios, de un modo tímido y vergonzante, la dorada aureola de sus cabellos...

II

CUANDO resolvió ingresar en el sanatorio, el mal había hecho grandes estragos en su organismo. Todo lo aceptó él resignadamente para no distanciarse de los suyos, para no privarse del tibio ambiente de cariño que le ayudaba a soportar su enfermedad... Aun cuando médico y familia estaban complotados para esconderle lo irremediable de su desgracia, él había notado sin asombro que su cubierto era siempre el mismo, y que los enseres de su uso estaban diligentemente apartados de los demás... Ya no tocaba a su nena. Contentábase con mirarla largamente, en silencio, cuando la madre traía la de la mano, como en previsión de que la pequeña quisiera escapársele y acercarse a él... Una vez que Hedda, a hurtadillas de la madre, quiso treparse a su cama, él tuvo el valor de apartarla y reprenderla:

— No, querida... Puedes caerte... Sí, sí, un beso, pero con la mano, así, de lejos... ¡Gracias, hijita!

Rébora, que había acabado por no ocultarle la verdad, hablóle un día con entera franqueza. No esperaba una reacción favorable mientras quedase allí, en su casa. La ciencia dispone de métodos admirables para combatir muchas enfermedades, pero no los pone al alcance inmediato del paciente. Éste debe ir a buscarlos a los sitios apropiados, donde todos los medios colaboran a la mayor eficiencia del sistema.



"Isabel leyó en su cara la angustia que le oprimía y trató de suavizarla."

A media hora de la ciudad, de la ciudad cargada de microorganismos que flotan en la calle, en la vivienda, en todas partes, había uno de esos establecimientos donde la moderna terapéutica hace milagros, donde suele recuperarse la salud las más de las veces. Era el último recurso... Iría allí, y en un año o dos el milagro sería posible...

— Iré a verte todos los domingos... Llevaré también a la nena... — habíale dicho Isabel.

Ahora hacía un año que había dejado su casa, que los médicos del sanatorio no descuidaban ningún medio tendiente a su salvación... Y el milagro no se operaba. Él sentíase cada día más cerca del fin... Lo "sentía", lo leía en los ojos de los doctores, que ya no combatían su mal con la fe de los primeros días, hasta había creído sorprender en su enfermero alguna mirada de compasión...

Vino a agravar repentinamente su estado una desgracia enorme. Hacía un mes que Isabel no traía a la nena... "Hedda había estado muy enfermita, y su convalecencia era delicada... Rébora afirmaba que el movimiento del tren no le sentaría"...

— Paciencia, Jorge... Ya la traeré...

— ¿Cuándo?... ¿Cuándo?...

— Quizás el próximo domingo...

¡El próximo domingo!... Faltaban siete días. Es decir, siete veces veinticuatro horas. Un siglo, una eternidad. ¡Y él se sentía tan mal, tan mal!...

— Haz lo posible por traerla, Isabel... Mira, el domingo será Año Nuevo... En otros tiempos ese día era un día de felicidad en nuestra casa... ¿Te acuerdas?... No bastábamos los dos para cargar los montones de juguetes que comprábamos la víspera, para la nena... ¡Y ella..., qué feliz, qué contenta se ponía!

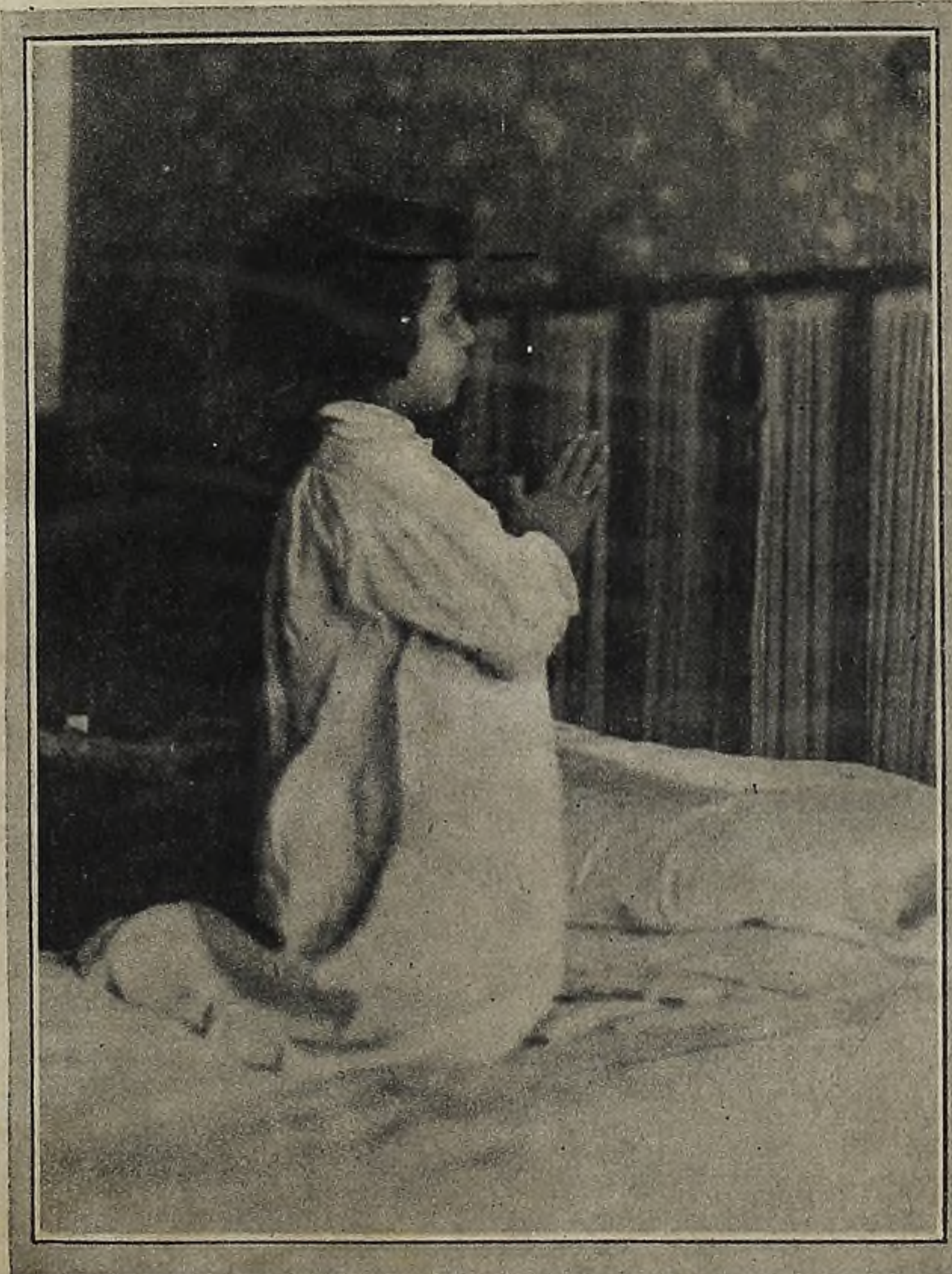
Isabel, sin voz para contestar, asentía con la cabeza, enjugándose los ojos.

— Si la traes, Isabel, me avisas el sábado..., temprano..., por teléfono, la Dirección... Así podré dormir esa noche...

Había llegado el sábado y el aviso también... Hedda no se sentía con fuerzas para viajar todavía... "Ella sí, Isabel, vendría, como siempre..."

Aquella tarde el sol no alcanzaba a calentarle los miembros ateridos... Todavía era temprano cuando abandonó el jardín cuya frescura le penetraba los huesos. Tenía fiebre. Hacía una temporada ya que la fiebre se le adelantaba... Rehusó todo alimento, y se acostó, deseoso de dormir. No, dormir no. Quiso que su imaginación le representara el cuadro de felicidad que le habría esperado al día siguiente, si su nena hubiese venido...

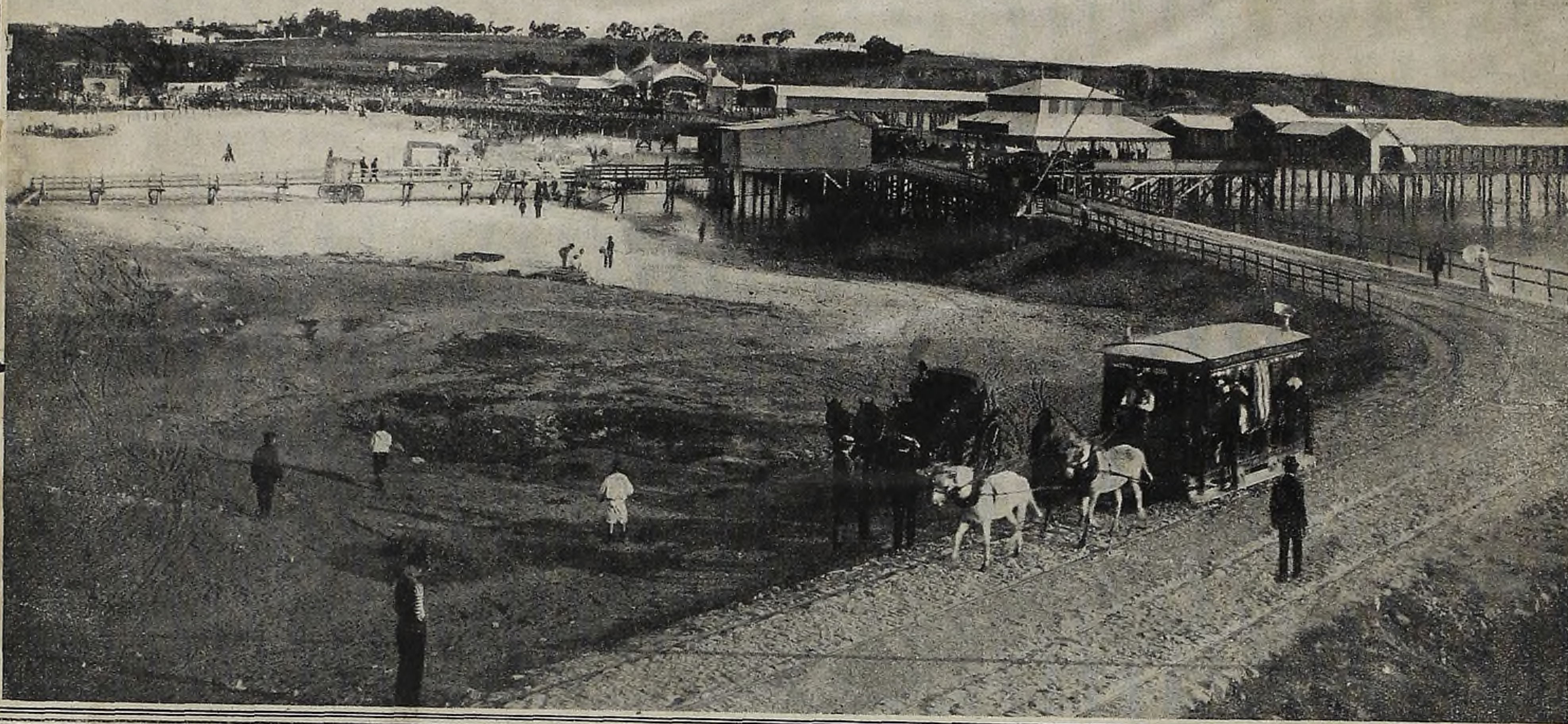
Pero la imaginación no respondió a su deseo. Tuvo que incorporarse para tomar un vaso de agua. Se ahogaba. Para respirar, para librarse del peso que se le había amontonado en el pecho, dejóse resbalar de la cama y fué a abrir la ventana. Había anochecido. El cielo estaba completamente estrellado. El silbato del tren,



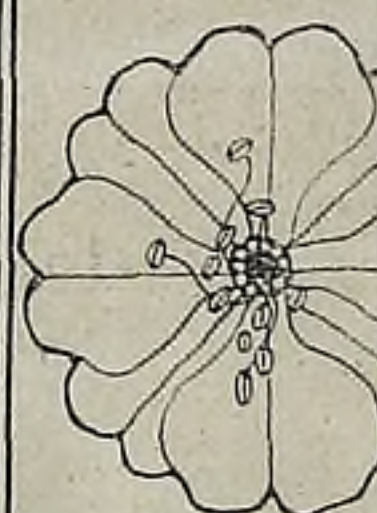
"¡Virgen buena, haz que sane papá!"

(Continúa en la pág. 106.)

MONTEVIDEO EN EL VERANO DE 1903 - 1904



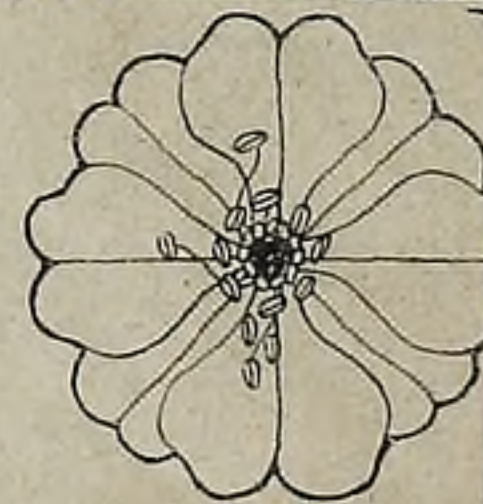
Una "kermesse" de beneficencia. Las vendedoras de entonces son hoy respetables matronas



La playa Ramírez en el estado en que se encontraba hace veinte años

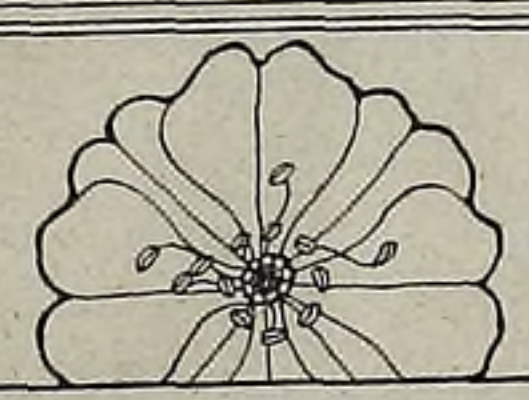
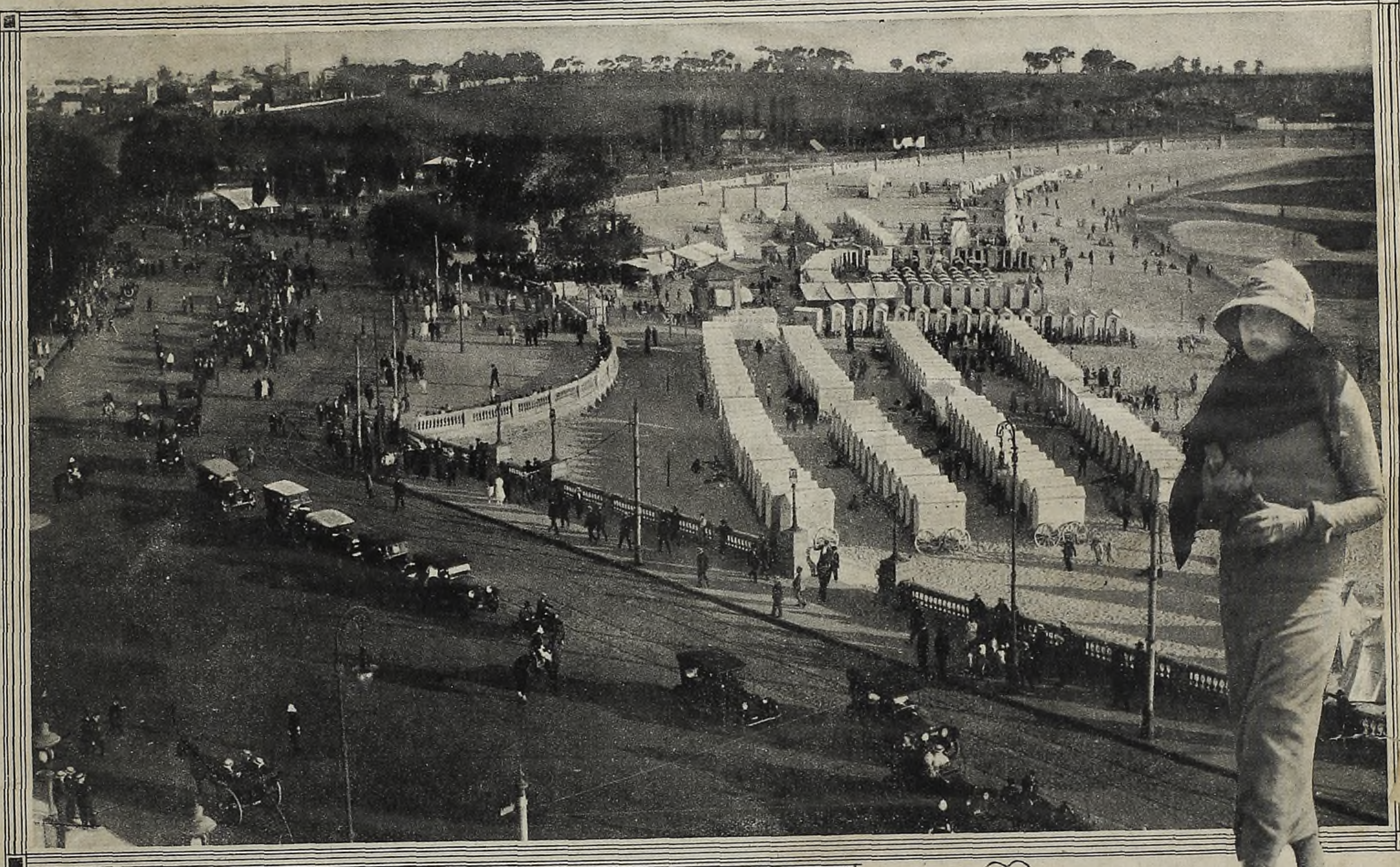


Grupo de elegantes damas en la fiesta social que se celebró en la quinta de Posadas



Los sombreros de mejor gusto que se vieron en el año 1904 en el hipódromo de Maroñas

MONTEVIDEO EN LAS TEMPORADAS DE 1923 - 1924



La playa Ramírez es en la actualidad una de las mejores que embellecen a la "Coqueta del Plata"



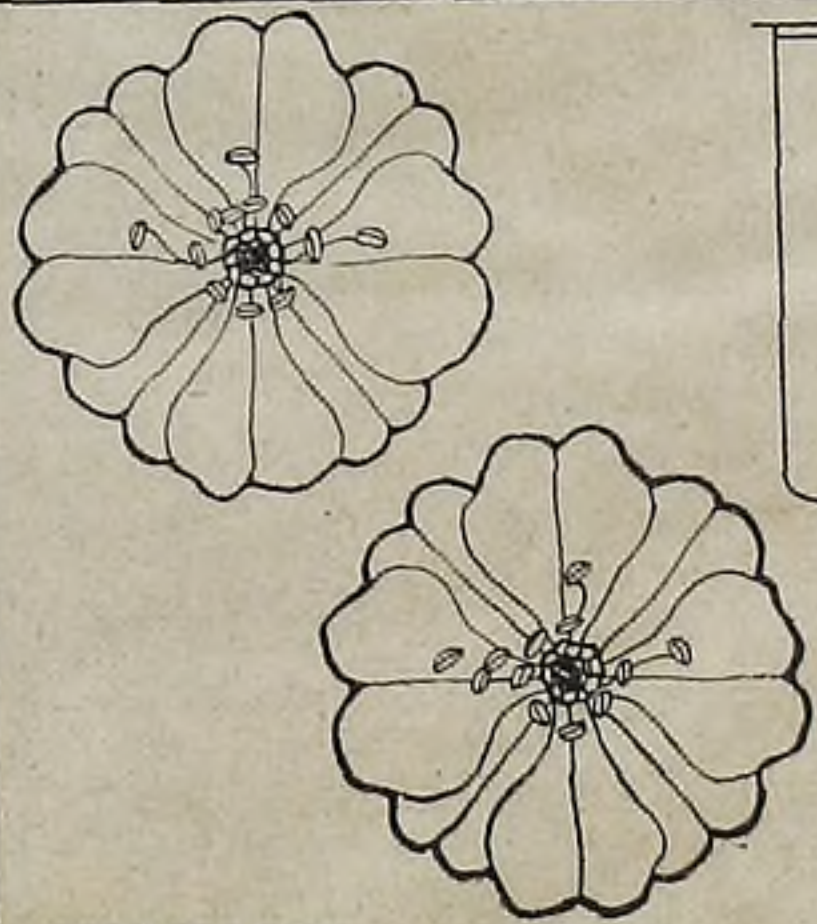
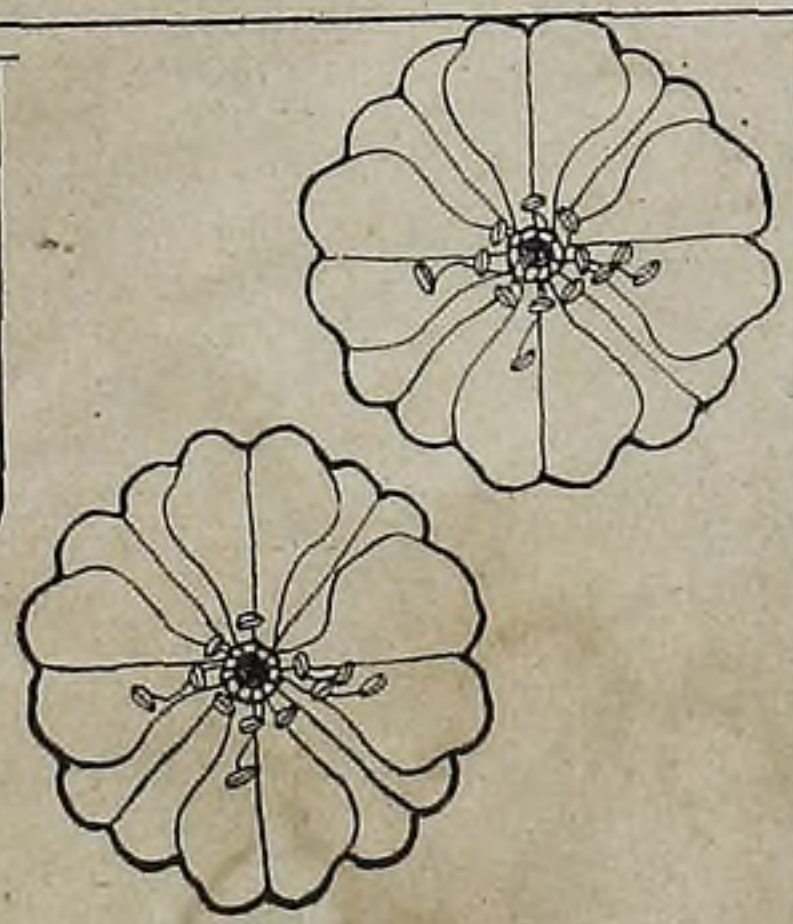
Señoritas de Klot, Miró y Saldías, en la calle Sarandí a la hora de la concurrencia "bien"



Señoritas de Caviglia en la plaza de la Matriz, saliendo de misa de la Catedral



Dos elegantes, en 18 de Julio



1904 - Veinte años de sociabilidad - 1924

Por JOSUÉ QUESADA



Si veinte años en la vida de un pueblo tienen la fugacidad de un soplo, ese mismo lapso resulta más fugaz aún para una sociedad como la nuestra, cambiante, inquieta y veleidosa, como la moda misma.

Es tan fundamental la diferencia en los tiempos que van corridos desde entonces; es tan violento el contraste, que hablar de hábitos mundanos de hace veinte años — lo que equivale a decir ayer, — es evocar las costumbres apacibles y tranquilas de los viejos hogares, donde ardía en toda su intensidad la llama de la tradición y del recuerdo. Es posible que en los veinte años anteriores a 1904 la vida mundana no sufriera variantes sensibles en la modalidad de las familias argentinas; Buenos Aires, con avanzar a pasos de gigante en el progreso de sus actividades comerciales, conservaba como un baluarte inexpugnable el núcleo que se dió en llamar tradicional, por la simple virtud de haber llegado primero. Aquel centro había hecho un culto por el abolengo; no es que nadie se jactara de descender de nobles hidalgos, ya que es conocido el origen humilde de todas las familias de tradición, sino que, al amparo de vínculos de estirpe, se reducían las amistades a lo esencialmente indispensable y se defendían del aluvión extranjero que comenzaba a sentar sus reales en la "gran aldea". Hubo niñas que, dominadas por el ambiente de entonces, llegaron, en su afán de no salirse de la línea señalada, de rechazar un novio lleno de méritos, por no llevar un apellido de "campanillas", bien que sus prestigios personales, su título universitario y otras cualidades más, le hicieran cien veces superior a cualquiera de los que integraban el grupo de intimidad.

Ya se sabe cuántas eran las condiciones requeridas para obtener un abono en la vieja Opera o los requisitos que era necesario llenar para tener cabida en el Bristol de Mar del Plata; no había entonces, en la profusión de ahora, las suntuosas residencias, y el hotel era como un barco que durante tres meses cargaba un seleccionado número de pasajeros de primera clase que, a los efectos de estar cómodos, debían conocerse. En el Bristol, como en la Opera, mesa por mesa y palco por palco, estaban ocupadas por personas conocidas entre ellas. La crónica social había nacido ya, y fué su primer y más inteligente intérprete don José Luis Cantilo, actual gobernador de Buenos Aires, que ingresó en "El Diario", no a ocuparse en esas frivolidades, pero que cediendo a las exigencias de la organización interna de la casa, se vió obligado a afrontar, por no haber quien lo hiciera y porque, hombre de mundo como era, conocía a ese núcleo actuante con "pelos y señales". Fué, pues, cronista mundano, y cuando se escribía la historia de la sociedad porteña, nadie podrá arrebatárle el cetro que, aunque le agrade poco recogerlo desde la altura en que hoy se halla, le corresponde en buena ley.

Hace veinte años se "hacía" vida social en forma intensa; las puertas de las casas solariegas se abrían de par en par, y sus amplios salones alojaban al núcleo selecto y distinguido de las viejas familias argentinas. Los bailes en "lo de" Vicente Casares marcan una época que no ha de olvidarse fácilmente en los anales de la vida mundana porteña. El baile con el cual los esposos Guerrico celebraron sus bodas de oro, y en el que se bailó un minué con trajes antiguos, fué otra nota que difícilmente volverá a repetirse. Desde entonces nuestra sociedad ha cedido a la influencia del medio, y, como esos castillos medievales, se han cerrado las puertas de los salones tradicionales; hoy ya nadie ofrece un baile, y cuando por cualquier circunstancia se deben reunir las amistades, se prefiere la comodidad del hotel. Damas hay que tienen señalados sus días de recibimiento en las salas de uno de estos establecimientos. Además de ser "europeo" resulta más económico, porque no es necesario pensar en la mantelería, ni en la vajilla, ni en el servicio.

Cosas del siglo pasado se nos ocurren ahora las clásicas "kermesses" que reunían en el Pabellón de los Lagos y en la Opera a las familias, que hallaban



EN 1904

en este ingenuo esparcimiento un motivo agradable. De esas "kermesses" sólo queda el recuerdo; hoy las ha reemplazado el "dancing", que, a velas desplegadas, amenaza con borrar hasta el último vestigio de la tradición porteña; se baila desde las horas de la mañana, se prosigue durante el almuerzo si es necesario, se descansa bailando después de él, se continúa con mayor ahínco a la hora del "copetín" y casi sin trégua, hasta la medianoche. No sé bien qué psicólogo ha dicho que desde que imperan los "dancing" ha disminuído el número de los casamientos en el gran mundo. Ignoro si la estadística está de acuerdo con aquél, pero es evidente que este mal de San Vito que parece haber acometido al mundo social ha ocasionado más de una evolución en los gustos y en los hábitos sociales. ¡Y Dios me guarde de analizarlos!

Tanto se transforman, que lo que ayer hubiera podido considerarse como un agravio a la moralidad, es hoy un hecho perfectamente normal; no hablo por cierto de la ligereza de ropas con que nuestras damas y niñas se presentan en todas partes: son exigencias de la moda que deben acatar en silencio quienes le rinden formal tributo. Pero si alguien hubiera hallado sola en la calle a una niña de nuestra "haute", hace veinte años, es seguro que alrededor de su nombre hubiera tejido una novela y llenado de conjeturas aquella osadía. Hoy es tan fundamental la transformación en este aspecto de las costumbres, que hasta resulta raro ver a una niña acompañada de su buena mamá; lo más habitual es verlas a cada una por su lado. Y nada se diga de lo anticuado que resulta hacerse acompañar por la sirvienta de la casa; ya este sistema se ha perdido, y



EN 1924

cuando alguna ingenua mamá intenta imponer a su hija tal compañía, se arma en la casa una escena terrible, que degenera en llantos y ataques nerviosos.

Esta libertad de nuestras niñas es, fuera de toda duda, una plausible conquista que ha influído mucho en la educación popular de nuestra ciudad; en los primeros tiempos fueron tantos los inconvenientes que se opusieron a ella que fué necesario gravar con una multa a los cultores del "piropo". Hoy ya son menos los "clientes" que la policía tiene en su catálogo como "piropistas" reconocidos. Buenos Aires así ofrece un grato espectáculo de civilización en la desenvoltura y tranquilidad con que las damas y niñas argentinas pasean su elegancia por las calles.

Y esto que pareciera circunscripto a la gran metrópoli, he podido observarlo, en menor escala, por cierto, en muchas de las capitales de provincia, donde también han sufrido una total transformación los



La Navidad de Fray Carranza

Tradición porteña

Por ENRIQUE RICHARD LAVALLE

Ilustraciones de Agapito Varela

B IEN que en muy disimulada manera, el reverendísimo e ilustrísimo Fray Pedro de Carranza, obispo de este obispado del Río de la Plata, dábale a los mismísimos diablitos con la falta, ausencia o flojera de los feligreses, que nada hacían de mayor esfuerzo por el servir mejor a Dios Nuestro Señor. Mas, ¿cómo habíasele de pasar esto inadvertido a su familiar Marcelino, hombre más sagaz y listo que zahorí?

— Sí, Ilustrísimo — dijole, terminada que hubieron la oración, al ponerse a la mesa. — Os noto de hace días muy contrariado, y duélome no me confiéis la causa.

Mirólo pensativo Fray Carranza y, tras breve pausa, le repuso:

— Verdad es, Marcelino, muy verdad es. Me hallo contrariado, y es la causa la falta de devoción de estas gentes. Quitadas las fiestas del Corpus Christi y de San Martín, que por cierto se hacen con toda honra y lucimiento, luego ya no hay más fiestas, y ¡vaya si las debieran haber!...

— Pero, ilustrísimo, ¿por qué no las proponéis?

— Siempre me temí una repulsa que me colocara en mala posición. Cuando vine a estas tierras, que era gobernador Don Diego de Góngora, que en santa paz esté, algo dije cierta vez, así como al descuido, y no se me tomó atadero, con lo que me di por advertido y me llamé a silencio. Gobernador luego este Don Francisco de Céspedes, que nos manda aún, en ocasión de una fiesta hice alusión al poco celo de los feligreses, mas cayó en vacío la alusión, y yo me callé prudentemente. Bien lo veis, Marcelino; he hecho cuanto discretamente me es posible. — Y la noble faz de Fray Carranza quedóse grave, contraído el ceño, el mirar fijo.

— ¿No cree su Ilustrísimo que el nuevo gobernador tenga mejores ideas y sea más ferviente católico?

— Muy me temo que no. Será menester tratarlo y, tan diestra y discretamente como sea posible, saber su modo de pensar. Pero, es esto tan difícil y peligroso de hacer...

— Déjelo por mi cuenta su Ilustrísimo, y ya verá cómo salimos con buena fortuna.

— Bien, hijo, bien; si así lo quieres, por tu cuenta irá, que yo no me arriesgo.

Y, así convenido, no se habló más de ello, y transcurrieron días y más días... ¡Mal haya con el tiempo que no se detiene para ni por nadie! Ni para bien, ni para mal, no se detiene en nada, y sigue su marcha como si alguien le corriera. Mal haya, digo...

Pero, para quien más presto y loco corrió fué para Don Francisco de Céspedes, a quien llegábase el sucesor en la gobernación con Don Pedro Esteban de Avila, con lo que se alcanza que no habría de estar muy alegre, pues, por mucho que el gobernar tiene sus desazones, el estar en el poder y ser el primero y quien más manda, encanta y agrada muy sobremediana. Pero, como lo que no tiene remedio dicesse que remediado está; si no consolado, resuelto a tomar las cosas como vinieran, aceptó su suerte Céspedes, y tanto por buena política, como porque correspondía, juntó a la gente de Cabildo y les dijo:

— Es indispensable buscar casa en que aposentar a Su Señoría Don Pedro Esteban de Avila, pues que las del Fuerte y Casas Reales están en ruinas, y por muy prestamente que se acuda a repararlas no lo estarán en el tiempo y brevedad que se requiere.

Cambiáronse pareceres, y luego de mucho pensar, dióse en que se tomaría la casa del escribano de Cabildo, atento a ser la que mejor y más cómodamente llenaba el objeto.

— Y más digo — agregó Céspedes. — Que cuadra disponer el recibimiento y todo cuanto a él concierne, que con-

viene hacerle con más brillo que el que se le hiciera a Don Diego de Góngora.

El Alcalde ordinario, Don Bernabé de Soto, dijo:

— Bien está lo propuesto por Su Señoría, mas, y yo no me arrimo a su parecer, por parecerme que hemos de hacer gastos para los que no tenemos dineros, y esto es traerse trastornos e insultos.



— No se pare en ello Su Merced — repúsole Céspedes, — que, si es menester, gástese de mi bolsa cuanto se requiera para que el poder no se vea mercedado en su brillantez y grandeza.

Ante tal ofrecimiento, callaron los escrúpulos, y cada uno dió en opinar en que esto así y esto de este otro modo, que, pues otro pagaba ya no había riesgo en gastar cuanto y más de lo que fuera menester.

No llegó el señor de Avila tan pronto como se le esperaba, y así hubo sobrado tiempo para mejor organizar las fiestas del recibimiento; y cuando Céspedes fué a visitar a Su Ilustrísimo Fray Carranza, dijole éste:

— Sí, Señoría, haré cuanto a la Iglesia correspondiente para mayor lucimiento y gloria del poder de nuestro muy amado Rey y Señor, pero muy indiferente es este pueblo, y me temo que el señor de Avila quede un poco desengañado...

Céspedes, que tenía tan largas vistas como fino olfato, algo entendió.

— Gran verdad decís, Ilustrísimo — repuso. — Pero es de nuestro deber remediarlo...

— Estas gentes son muy frías, no aman ni a Dios, ni al Rey.

— Sí, sí... Vaya... ¿Qué parecería a su Ilustrísimo si, para el recibimiento del señor de Avila invitáramos a Su Ilustrísimo Fray Cristóbal de Aresti, obispo de la Asunción?

— Bien, muy bien, pero...

— Y como esto ocurrirá al mediar del mes de

diciembre, pueden hacerse bellas fiestas de Navidad.

— Con un nacimiento, como tan deseado lo tengo...

— ¡Eso mismo, Ilustrísimo, eso mismo!... Veamos. Yo cuidaré de concertar lo paisano y lo militar, y vos lo de la Iglesia. Y, manos a la obra, Ilustrísimo. Vos a aquello y yo a esto. Y no reparéis en gastos, que cuanto se hiciera va de mi cuenta.

— ¡Magnífico, Señoría, magnífico! — exclamó Fray Carranza, más contento que un sábado de gloria. — Pondré mano en seguida, que estamos a mediar de noviembre y no hay tiempo para mucho. ¡Magnífico!... — Y llamando a Marcelino, y enterándolo del suceso, acompañaron a Su Señoría hasta el mismo portal de la calle.

— ¡Al fin! — exclamó Fray Carranza cuando se halló a solas con Marcelino. — Ahora vamos a hacer una gran fiesta religiosa, como ha sido mi deseo más ferviente.

— Dios os ha escuchado, Ilustrísimo.

— Sí, hijo mío, Dios me ha escuchado... Mira, ponte en seguida a escribirle a Fray Aresti.

Y con una nerviosidad insospechada en tan tranquila persona, púsose a disponer todo, como conviniera con Céspedes.

Su Señoría y Su Ilustrísimo reuniéronse con frecuencia, y pronto quedó todo dispuesto.

En los primeros días de diciembre arribó, procedente de la corte, Don Pedro Esteban de Avila, y a muy pocos días más llegó Fray de Aresti; alojóse el uno en la casa ya citada y el otro en la de Fray Carranza.

Hízosele al señor de Avila el recibimiento como gobernador de estas tierras, ceremonia sencilla y severa, donde todo es leer esta y aquella cédula, y la ordenanza de más aquí y más allá, y jurar obediencia y pleitesía; en fin, las una y mil cosas de estilo y orden que se hacen con gran celo, pero, sin ningún entusiasmo. Y más faltaba entusiasmo cuando se tenía prisa porque pasara todo aquello y vinieran las fiestas, que ya se sabían muy bien concertadas; y comentando como serían éstas, llegó el día 24 de diciembre.

Sus Ilustrísimos Carranza y Aresti, a media tarde, formados en procesión, y seguidos y acompañados de las autoridades eclesiásticas y civiles y muy caracterizados vecinos, y precedidos de seis niñas vestidas de blanco, que esparcían flores en el camino, partieron de la puerta de la Iglesia Mayor y, cruzando la plaza, llegaron frente al Fuerte, y llamado que fué el jefe militar de la puerta, dijole Fray Carranza en alta voz: — Decid a Sus Señorías, los señores de Avila y Céspedes y a cuantos junto a ellos estuvieren que el Ilustrísimo y Reverendísimo Fray Cristóbal de Aresti, obispo del Paraguay, y yo, Fray Carranza, obispo de Buenos Aires, venimos a invitarlos a visitar el nacimiento de Jesús, Nuestro Señor, en puesto en la Iglesia Mayor.

El militar dió unas órdenes a un su ayudante, y mandando batir cajas salió con el tercio de arcabuceros y fué a poner como escolta de los obispos.

Nada tardaron en llegar Sus Señorías y sus acompañantes, y, luego de saludarse, pusiéronse todos en formación y marcharon hacia la Iglesia, seguidos y admirados por el crecido concurso de vecinos que, poco a poco, llenaban la plaza.

Entráronse a la Iglesia, y grande asombro causó el Nacimiento que se había preparado, ocupando un espacio de la ancha nave, como que no eran sino personas. Estaban la Virgen María, que era hija de Juan Barragán; San José, un hijo de Juan Núñez, y los Reyes Magos y el séquito, todos hijos de vecinos. Y no era figura real, sino muñeco, el Niño Jesús, pues era imposible tener allí a tan tierno niño sin que llorara y tuviera otros tropiezos. Mas la realidad no perdía gran cosa, que era el muñeco bien trabajado y costaba mirarle mucho para cerciorarse que no era real. Así que Ilustrísimos y Señorías admiraron el Nacimiento, franqueóse la entrada al pueblo, en quien hizo muy grande impresión aquello tan



(Continúa en la página 96.)

1904 - Veinte años de cinematógrafo - 1924

Por JOSE A. ORIA

Ilustración de Ralph Barton



Si tan breve la vida de la cinematografía, que reseñar sus últimos veinte años equivale a historiarla casi por completo.

Hace, en efecto, apenas veintiocho años que los hermanos Auguste y Luis Lumière construyeron el primer aparato, al que se dió el nombre de cinematógrafo—en la patente alemana del 11 de abril de 1895,—y del que proceden, en línea recta, los millares de homónimos suyos, hoy dispersos por todo el mundo.

Los últimos veinte años de su vida han creado al nuevo arte una situación tan privilegiada, una popularidad tan avasalladora, que cuesta grandes esfuerzos reconocer en el advenedizo fastuoso de hoy, al espectáculo pueril, al pariente pobre del teatro, que el cinematógrafo fué otrora.

Nosotros, argentinos, tan alejados de sus campos de experimentación y de lucha — Francia, Escandinavia, Italia, Norte América, — tenemos del arte cinematográfico la visión simplificada de quienes conocen los resultados, los balances de una empresa, y no la azarosa vida diaria de ensayos eliminatorios y de vicisitudes contrastadas, que la afianza o arruina.

Solamente los ensayos triunfales y relativamente satisfactorios, llegaron, al comienzo, hasta nosotros.

Y, sin embargo, en esa historia tan breve, y que lo parece aun más de lo que lo es a tantos contemporáneos, ¡cuántas etapas de indecisión, de ñoñería, de indiferencia, de atrevimiento o de triunfo no han sido franqueadas!

Para los que tenemos, más o menos, la misma edad que el arte mudo, éste constituye un imperioso estímulo de humildad y de recordación. De humildad, porque ninguno ha hecho una carrera tan rápida y brillante como él; de recordación, porque a nuestra vida imaginativa de muchachos y a nuestra experiencia de hombres se ha incorporado indisolublemente un caudal inapreciable de emociones y de ideas aportado por la cinematografía.

Ella nos ha comunicado una visión de la vida que, verídica o falsa, se ha impuesto a nosotros por sus apariencias de realidad alucinadora; ella ha dado al ideal juvenil del eterno femenino o del sempiterno masculino rostros precisos, prestigiados por la lejanía y embellecidos por la habilidad de las caracterizaciones, que bastaban holgadamente para alimentar el espejismo amoroso de millones y millones de adolescentes.

No en balde los carteles de la escena muda anunciaban a tal o cual actriz como a "la novia de todos", y a tal o cual actor como al "primer galán de América".

Imposible para la historia del arte mudo, como el del que fuese, en cientos o miles de años, anterior a nosotros. Hacer la historia del cinematógrafo es, para nosotros, hacer, en gran parte, nuestra propia historia y porque en ningún caso sabría constituir éste un relato objetivo, oficialmente documentado y académicamente sereno, no se nos ocurre substituirlo

más adecuado para presentarlo a nuestros lectores que el ya adoptado de "ensayo de crónica sentimental".

Nuestras primeras emociones, como espectador de arte mudo, remontan precisamente a unos veinte años atrás. Por entonces, en una Academia de dibujo de la calle Bartolomé Mitre, a la altura de Cerrito, se daban exhibiciones nocturnas de cinematógrafo. Un salón amplio, en el que de día debían dictarse las clases de diseño, servía, algunas noches por semana, de sala de espectáculos. Algunas docenas de sillas móviles servían de asiento a una concurrencia excesiva y, casi siempre, de invitados. El propósito del propietario era aclimatar la nueva índole de espectáculos, atraer un público a ese arte escénico nuevo, aplastado por la concurrencia del teatro, entonces en pleno vigor. Aquel precursor tuvo la suerte de todos sus congéneres: abrió el camino que otros recorrieron después triunfalmente. Lo que para otros es hoy el venero inagotable, fué para él la ruina.

Las películas entonces proyectadas — con intervalos "amenazados" con audiciones de fonógrafo, — eran de un primitivismo hilarante, de compararlas con las actuales, pero ya de una pericia escenográfica impresionante.

En cierta "Juana de Arco" — inspirada en el drama de Schiller, — la heroína parecía ser achicharrada en escena, para pánico de los espectadores; pero, para satisfacción de los mismos, la apoteosis nos mostraba a la doncella de Orleans remontándose a los cielos, en medio de nubes algodonosas.

También en aquellos tiempos, dos hoteles céntricos exhibían películas, a las horas de cenar, y el desaparecido "Buckingham Palace" alternaba con ellas sus números circenses.

Las representaciones cinematográficas eran, por excepción, permanentes. En general acompañaban a espectáculos de mayor aceptación. Frégoli las utilizaba como descansos, en el largo monólogo, que el transformista sostenía con su público. Algunos teatros — Comedia y San Martín — ensayaron, en diferentes épocas, y con diverso éxito, el nuevo género de espectáculos. En uno de esos coliseos se estrenó aquella película, hoy inverosímil, "Un drama en Sevilla", en la cual Max

Línder hacía el trágico papel de un andaluz que le arrebatara la dama a cierto torero y le hace a éste buscar la muerte en una corrida de toros.

Tan sólo un local de la calle Maipú entre Corrientes y Lavalle—pequeño, bajo de techo y nada ventilado,— estaba exclusivamente consagrado al cinematógrafo. En él se proyectaban producciones más moralizadoras que artísticas, donde se mostraban las malas consecuencias de la desobediencia filial para jóvenes de ambos sexos. La señorita que en las primeras escenas huía de casa de los padres, en las últimas moría indefectiblemente en la desesperación y en el hospital; el jovenzuelo que comenzaba por fumar a escondidas y apoderarse del dinero que no le pertenecía, terminaba infaliblemente en el cadalso.

(Continúa en la pág. 101.)



MAX LINDER, EL "ASTRO" DE 1904



LAS "ESTRELLAS" Y LOS "ASTROS" DE PRIMERA MAGNITUD, DE 1924

EL AGUINALDO QUE PREFIEREN LAS ACTRICES DE CINE



GLORIA SWANSON: un par de conejitos.

PAULINE GARON: una muñeca.
Es el regalo que quita más años.

MARY PICKFORD: una pipa para Douglas.



POLA NEGRI: su propio retrato.



AGNES AYRES: un muñeco chino.

Manual de urbanidad para uso de la mujer bonita y de la fea

Por ELENE CLAIR

Ilustraciones de Federico Valderrama



que contribuyan a crearle su "género de fealdad" absolutamente individual, la mujer se ha salvado. Ya no puede ser fea.

Las graciosas fantasías tan festejadas con el nombre de "caprichos", al uso de las hermosas, están del todo desterradas en la vida de una fea. Tales arranques se clasificarían de mal carácter, de humor antipático, de esos mil calificativos odiosos para una mujer. Las bonitas acaparan el centro de imponer sus "genialidades".

Pero cuando la mujer fea es inteligente, su situación varía un poco. Una brillante época del pasado puede pintarse relatando esta anécdota, siempre repetida:

"Encontrábanse presentes en una reunión, donde se congregaba lo más granado de la intelectualidad, Mma. de Staël y Mma. de Recamier, a poca distancia una de otra. Un invitado vino a sentarse entre ambas, diciendo:

—Heme aquí entre el Talento y la Belleza.

—¿Ciertamente?—repuso Mma. de Staël, con espiritual, encantadora ingenuidad.—¡Nadie me había dicho que yo fuese hermosa!..."

Lo que prueba el valor dado entonces a la inteligencia, en que se la equiparaba a la belleza y aun se la consideraba superior a ella.

En nuestros días, Mma. de Staël no hubiera contestado nada.

Vivimos en una era tan fatigante que todo esfuerzo repugna a nuestros ocios.

El rostro de una mujer bonita es más descansado que la conversación de una mujer de genio.

Nadie ignora que los más notables poemas son inspirados por diosas cándidas y bellas cuya sola ocupación es llenarse la cabeza de "bigoudis".

Los únicos goces artísticos que nos quedan son pasivos y sensuales. Se les saborea como a un helado.

Las vigorosas líneas de un coche de gran potencia, el esfuerzo armonioso de un atleta, una mujer desconocida y bellísima, conmueven nuestra sensibilidad con un choque amable y delicioso, sin exigir nada a nuestra pereza intelectual.

Puede ocurrir que una mujer fea interese por sorpresa a personas superiores. Pero su aspecto chocante herirá sus sentidos y, al responderle, mirarán al cielo o al cigarro que están fumando.

Si a la fealdad se une la maldad, nuestro sujeto femenino puede encontrar alguna diversión en las "gaffes" que suscita.

Bien conocida es la famosa pregunta:

—¿Quién es aquella espantosa fea, que está cerca de la estufa?

—Es mi mujer.

—Pero, no, quiero referirme a la que está sentada.

—Es mi hija.

Terrible caso para la fea es amar o ser amada. Camina entonces sobre una cuerda tendida.

Primeramente, no ha de tomar en serio ni responder a ninguna declaración amorosa, a menos de comprobar un suicidio a sus pies o delante de su puerta. Aun en tal circunstancia, recaerán siempre las sospechas sobre la criada.

Toda intimidad, todo abandono que sirve para realzar a la mujer hermosa, se torna en cosas nefastas para quien carece de hermosura.

Los celos la vuelven ridícula; las lágrimas acentúan su fealdad; aun las mismas expresiones de ternura le están vedadas, como vedadas están las polleras cortas hasta las rodillas a señoras de ochenta años.

Cierta mujer fea, madre de cinco hijos, acababa de dar al mundo un nuevo vástago. Un amigo de la familia se lamentaba de que la criatura no fuese una niña.

—¡Al contrario—replicó la señora, con sencilla franqueza,—hubiera podido parecerse a mí!..."

Otra, a quien la naturaleza la privó de sus gracias, decía:

—No. No me gusta el campo; es una bebida liviana y espirituosa que debe saborearse después de la cena, entre el tumulto de risas y de chistes, con su poco de flirt. Y yo, no bebo jamás.

A mentalidad de los tiempos modernos asigna a la mujer fea, en la sociedad, un lugar parecido al que ocupa un misionero africano condenado a muerte por una tribu de antropófagos.

Hubo una época, allá por el año 1860, en que el miriñaque, la capota con bridas y el valor moral estaban de moda.

De una mujer fea y virtuosa se decía:

—Es un alma hermosa.

Hoy se dice simplemente:

—Es un mamarracho.

El papel de la mujer fea es tan delicado y tan sutil, que para desempeñarlo dignamente sería necesaria la práctica de diez años de diplomacia en diez capitales de civilizaciones distintas.

Por principio, y sean cuales fueren las circunstancias que la rodean y las cosas que emprenda, la mujer fea está de antemano juzgada y condenada.

Si se casa, dicen:

—¿Ignoraba que tuviera una dote tan considerable!

Y aun cuando el marido sea tan feo que parezca llevar una careta de guerrero japonés, se dirá:

—Es mucho mejor que ella.

Lo esencial para una mujer fea es demostrar que se halla perfectamente convencida de su físico, y no ignorar su estado.

Esta manera de ser evita sabrosos comentarios a su respecto, conquistándole una aureola de estimación y preservándola de lo ridículo.

Naturalmente, no debe tomar a lo trágico esta desgracia, sino más bien reírse y ser la primera en señalar los puntos pintorescos de su fealdad.

Si sabe dibujar, no dejará de hacer su autocaricatura, acentuando mucho los defectos, a fin de dar pruebas de su conciencia.

Ante tal gesto, las personas que la rodean se sentirán cómodas, al poderse expresar, delante de ella, en asuntos de estética general sin verse obligadas a guardar respetuosas reticencias, por simple urbanidad.

Algo que le está absolutamente prohibido es el formular una crítica cualquiera sobre el físico de otra mujer, así sea más inarmónica que ella.

Tal falta de tacto atraería sobre sí sonrisas y miradas burlonas del lado masculino, que no tardan en hacerse generales entre quienes la oyen.

Si alguien, en su presencia, dijera de una mujer: —Parece una boya llevando una cabeza de mono. Ella replicará con toda gentileza:

—¿No ha reparado usted en que tiene pies muy bonitos?

Gravísimo error es suponer que una mujer fea no debe ser coqueta.

Por de contado, no se adornará con una rosa en los cabellos, ni anudará vaporosos tules a su cuello desnudo, pero una elegante "toilette", perfectamente adecuada a su tipo, no puede resultarle nunca perjudicial.

No ofreciendo personalmente nada agradable a la vista, su vestido es una compensación, una derivación suya, diremos, en la que pueda recrearse la contemplación de los extraños.

Se tiene el arte de adoptar trajes especiales

Se ha hecho la observación siguiente: las mujeres feas tienen siempre ojos hermosos.

Sin duda, es debido al reflejo melancólico de todos los sueños frustrados, de las protestas de la juventud, de la callada y sensata resignación ante la dicha inaccesible.

Muchas veces, sin embargo, la mujer fea podrá ser contemplada con mirada afectuosa y enternecida; una voz masculina, sincera, murmurará a su oído:

—Te quiero, y eres la más hermosa.

Esto ocurrirá cuando en sus rodillas descansen un picaruelo. Para los hijos, las mamás no tienen cara; no conocen de ellas más que el corazón. Y es únicamente en estas inocentes pupilas, como en mágico espejo de hadas, que la mujer fea verá por primera vez en su vida una imagen suya luminosa y resplandeciente.

Por oposición, y en principio, todo le está permitido a la mujer hermosa. Hace ya muchos siglos, una dama llamada Friné, para convencer a sus jueces, viejos señores reunidos en el Areópago, no halló mejor argumento para su defensa que deslizar la túnica que vestía y descubrir la blanquísima espalda. Ante el esplendor de tal razonamiento, el tribunal le dió la razón sin más trámite.

Lo mismo hubiera ocurrido en nuestros días.

A través de los más oscuros tiempos, la humanidad —Hércules colosal— ha hilado siempre la ruela de sus sueños al pie de una pequeña Onfalia de rostro puro y de blancos brazos.

Bien lo saben los autores de cuentos, al no ofrecernos sino divinas e inmateriales princesas. Hasta las heroínas de las novelas más populares son, sin excepción, muñecas de "blondos cabellos", "ojos de terciopelo" y "boquita de cereza".

Siendo predilecta de los dioses, nada puede temer del azar la mujer hermosa. En cualquier circunstancia que la sorprenda el destino, no dejará de ser otra cosa sino un bonito cuadro o, cuando menos, un delicioso grabado del siglo XVIII.

No le es necesario preocuparse de adornos ni de bagatelas modisteriles, ya que su hermosura surge triunfadora aun cuando lleve por toda vestidura una funda de género oscuro. No necesita poseer aptitudes especiales para aspirarlo todo. Como en los cuentos, una pastorcilla puede convertirse en gran dama con variar únicamente varias veces de nombre y de mobiliario.

Resulta injusto atribuirle la "virtud" de la infidelidad. Si bien es verdad que la mujer de belleza se ve constantemente adulada, no es menos cierta su necesidad de confiar en la ternura de un solo corazón.

Será siempre el halago de las largas comidas, monótonas y ceremoniosas.

Entiéndenlo así las amas de casa, cuando, al hacer sus invitaciones, agregan a la larga lista de distracciones ofrecidas a los visitantes:

—Tendremos también a la bella señora de X.

Si el esposo llega a ser nombrado embajador y

(Continúa en la pág. 105.)



RASE una vez, hace tanto tiempo que todos han olvidado la fecha, en una ciudad del norte de Europa, cuyo nombre es tan difícil de pronunciar que nadie se acuerda de él; era una vez un niño de siete años, llamado Wolff, huérfano de padre y madre y que estaba al cuidado de una vieja tía, persona dura y avarienta, que sólo besaba a su sobrino en el día de año nuevo, y que lanzaba un suspiro de pesar cada vez que le servía un mal plato de sopa.

Pero el pobre chico estaba dotado de un carácter tan bueno, que no podía dejar de querer a su avarienta tía, a pesar de que le tenía gran temor y que no podía mirar sin estremecerse la gruesa verruga, adornada de cuatro pelos grises, que poseía en la punta de la nariz.

Como la tía del pequeño Wolff era conocida en todo el pueblo y se sabía que poseía casa y una media de lana llena de monedas de oro, era imposible que mandara su sobrino a la escuela gratuita; pero de tal manera había regateado con el magister, a cuyas aulas asistía el pequeño, que aquél, mal pedante, ofendido de tener un alumno tan mal vestido y que abonaba tan poco, le hacía pagar su mal humor castigándolo a cada rato, sin mayor motivo, y excitando contra él a sus camaradas, todos hijos de familias burguesas, que acabaron por hacer del pobre huérfano su hazmerreír. El infeliz desheredado de la fortuna era, pues, más desgraciado que las piedras del camino, y se escondía en los rincones para poder llorar a sus anchas. Y llegaron las fiestas de Navidad. La víspera de ese gran día, el profesor debía conducir a sus alumnos a la misa del gallo y, luego, llevarlos a sus respectivas casas.

Como el invierno era ese año muy riguroso y como desde varios días caía gran cantidad de nieve, los escolares vinieron todos bien cubiertos, con gorras de piel puestas hasta las orejas, dobles y triples chalecos de lana, guantes de abrigo y gruesas botas bien herradas y con doble suela. Sólo el pequeño Wolff se presentó tiritando bajo su traje de todos los días y de todos los domingos, y no teniendo en los pies sino medias de lana en pesados zuecos. Sus malos camaradas, al ver su triste figura, lo cubrieron de pullas; pero el huérfano estaba tan ocupado en soplar los dedos, para calentárselos, y padecía tanto de los sabañones, que no prestó atención. Y la fila de chicos, formados de dos en dos, con el profesor a la cabeza, emprendió el camino de la iglesia.

Dentro de la capilla, la temperatura era agradable y los escolares, excitados por el dulce calor, aprovecharon el tumulto que hacían el órgano y los cantos para charlar a media voz. Todos enaltecían la comida que les esperaba a la vuelta al hogar. El hijo del alcalde había visto, antes de salir, un pavo monstruoso, bien relleno. En casa del notario había un arbolito en un cajón, de cuyas ramas pendían masas, caramelos y otras golosinas. Y la cocinera del escribano había estado en las espaldas, con un alfiler, las cintas de su bonete, cosa que no hacía sino en los días de solemnidad, cuando estaba segura de sacar bien sus famosos postres. Y luego, los chicos hablaban de lo que les traería el Niño Dios, de lo que les dejaría dentro de sus zapatos, que todos tendrían buen cuidado de poner en la chimenea antes de irse a acostar. Y en los ojos de todos resplandecía por adelantado la alegría de sorprender, a su despertar, el papel color de rosa de las bolsas de caramelos, los soldados de plomo, formados en batallones, dentro de sus cajas, y los magníficos payasos vestidos de púrpura y de oropel.

El pequeño Wolff sabía bien, por experiencia, que su vieja avara de tía lo enviaría a dormir sin cenar; pero, con todo, convencido de haber sido durante el

El zueco del pequeño Wolff

Cuento de Navidad

POR

FRANCISCO COPPÉE

Ilustración de Gastón Cirmese

año tan juicioso como le había sido posible, esperaba que el Niño Dios no lo olvidaría, y se prometía luego, al entrar en su casa, colocar su par de zuecos en las cenizas del hogar.

Terminada la misa del gallo, los fieles se retiraron, impacientes de ir a cenar, y la banda de escolares, siempre de dos en dos, siguiendo al pedagogo, salió de la iglesia.



Bajo la escalinata, sentado sobre un banco de piedra, al pie de un nicho ojival, un niño estaba dormido: un niño cubierto con un vestido de lana blanca, y con los pies desnudos, a pesar del intenso frío. No era un pordiosero, pues su vestido era nuevo y limpio, y cerca de él podía verse una bolsa que contenía una escuadra, un hacha y los demás útiles del carpintero. Iluminado por la luz de las estrellas, su rostro, con los ojos cerrados, tenía una expresión de dulzura divina, y sus largos cabellos ondulados, de un rubio de oro, parecían prender una aureola alrededor de su frente. Pero sus delicados pies, azulados por el frío de esa noche cruel de invierno, daban lástima de ver.

Los escolares, tan bien vestidos y calzados para el invierno, pasaron indiferentes ante el niño desconocido; algunos, hijos de los notables del pueblo, echaron sobre el vagabundo una mirada donde se leía todo el desprecio de los ricos para los pobres, de los gordos para los flacos.

Pero el pequeño Wolff, saliendo el último de la iglesia, detúvose emocionado ante ese precioso niño dormido.

—Pobrecito—dijose el huérfano,—¡es espantoso! ¡Esa pobre criatura no tiene calzado, con una noche tan dura!... Pero, y lo que es peor todavía, no tie-

ne ni un zapato, ni un zueco para dejar delante de sí, a fin de que el Niño Dios pueda depositar en él algo con que aliviar su miseria.

Y, llevado por su buen corazón, Wolff sacóse el zueco del pie derecho, lo puso ante la criatura dormida y, como pudo, saltando en un pie y mojando su media en la nieve, llegó a su casa.

—¡Vean el sinvergüenza!—exclamó la vieja, llena de furor, al verlo descalzo.—¿Qué has hecho de tu zueco, miserable?

El pequeño no sabía mentir, y a pesar de que tiritaba de miedo viendo los pelos grises de la nariz de su tía alborotarse, trató, balbuceando, de contar su aventura.

Pero la vieja avara lanzó una espantosa carcajada:

—¡Ah!, ¡ah! ¡El señor se descalza para mendigos! ¡Ah! ¡El señor desempareja su par de zuecos para un miserable! ¡Esto sí que está bueno! Y bien, ya que la cosa es así, voy a dejar en la chimenea el zueco que te queda, y el Niño Dios pondrá en él, te respondo de ello, algo para castigarte mañana cuando te levantes. Y pasarás todo el día con agua y pan seco. ¡Así veremos si la próxima vez te quedarán ganas de dar tu calzado al primer vagabundo que encuentres!

Y la mala mujer, después de haber dado al pobre chico un par de cachetadas, lo hizo subir a la buhardilla, donde tenía su jergón. Desesperado, el niño acostóse en la obscuridad y se durmió pronto sobre su almohada empapada en lágrimas.

Pero, al día siguiente, cuando la vieja, despertada por el frío y sacudida por su catarro, bajó al comedor, ¡oh maravilla!, vió la gran chimenea llena de juguetes, de bombones magníficos, de riquezas de toda clase, y delante de ese tesoro, el zueco que su sobrino había dado al pequeño vagabundo, se hallaba al lado del que había puesto ella misma la noche anterior, con intención de llenarlo con un haz de varas.

Y como el pequeño Wolff acudiera a los gritos de su tía y se extasiara ante los espléndidos regalos del Niño Dios, he aquí que una gran algazara estalló fuera. La vieja y el niño salieron para saber lo que aquello significaba, y vieron a todas las comadres reunidas alrededor de la fuente.

¿Qué pasaba? ¡Oh, una cosa bien risible y bien extraordinaria!

Los niños de todos los ricos del pueblo, los que los padres querían sorprender con los mejores re-

galos, sólo habían hallado haces de varas dentro de sus zapatos.

Entonces, el huérfano y la vieja, pensando en todas esas riquezas que se hallaban dentro de la chimenea de su casa, se sintieron espantados.

Pero, de pronto, vióse el Niño Dios en la faz contrita.

Encima del banco situado al pie del nicho, en la iglesia, en el mismo lugar donde el niño vestido con un traje de lana blanca, con los pies descalzos a pesar del intenso frío, había colocado la fatigada cabeza, el cura acababa de servir un círculo de oro incrustado en la pared de las piedras.

Y todos se persignaron, comprendiendo que el niño dormido, que tenía cerca de él el herrero, el carpintero, era Jesús Nazareno en persona, vuelto a ser, por una hora, tal como era cuando trabajaba en casa de sus padres; y se inclinaron ante ese milagro que Dios había querido realizar para recompensar la confianza y la caridad de un niño.

1904 - Veinte años de humorismo - 1924

Por ENRIQUE MENDEZ CALZADA



EDUARDO
WILDE

FRAY
MOCHO

BARTOLITO
MITRE

LUIS
GARCÍA

LUCIO V.
MANSILLA

FÉLIX
LIMA

MIGUEL
CANÉ

CASIMIRO
PRIETO



CONSTITUIMOS los argentinos un agregado social refractario a esas manifestaciones del ingenio que son la burla, la ironía, el humor?... Así lo hacen pensar las apariencias. Recorred la frondosa e imponente antología de poetas argentinos, recopilada por Puig, y tratad de hallar, en los millares de páginas que suman sus diez volúmenes, una sola nota de humorismo: buscaréis en vano. Media docena de epigramas de Juan Cruz Varela, escasos de gracia y de gusto; unas cuantas detestables fábulas de Domingo de Azcuénaga, apenas si pueden tomarse en consideración. Por lo que se refiere a la prosa, la situación mejora un poco: hay pasajes de Alberdi, hay páginas de Wilde, de Mansilla, de Cané, de José S. Alvarez y de Bartolomé Mitre y Vedia que, por virtud del ingenio, por gracia de la intención que las anima, siempre serán memorables. Sarmiento, a ratos, es sarcástico. Pero la verdad es esta: En materia humorística, nuestra literatura fué hasta las postrimerías del siglo pasado excepcionalmente pobre. Tratemos de indagar las causas.

Ante todo, una interrogación: ¿Es quizá el argentino, individualmente considerado, insensible o refractario a las manifestaciones del humor? Yo contesto categóricamente que no. El campesino nuestro, el genuino representante de la nacionalidad, es prono, por lo común, a la frase picaresca y de doble sentido; es, también por lo común, burlón y sarcástico. Nuestra poesía popular lo demuestra. Repásese una recopilación cualquiera de nuestros cantos populares (el "Romancerillo del Plata", de Ciro Bayo, por ejemplo) y se verá que, en una gran proporción, esos cantares del pueblo son verdaderos epigramas. No puede darse una más acabada prueba de que la ausencia de la nota humorística en nuestra literatura docta no reconoce causas étnicas.

A mi juicio, ese sugestivo fenómeno es una consecuencia inmediata del hecho de que en la Argentina—como ocurre hoy mismo en otros países de la América latina,—la literatura haya sido un medio de ascender a las altas posiciones políticas o sociales. El molesto empaque, la seriedad fatigosa de casi todos nuestros literatos de ayer y de muchos de hoy no tienen otra explicación. Por lo demás, es esta una explicación que encaja perfectamente dentro del cuadro general de la psiquis argentina: somos relativamente escasos, en efecto, no ya los escritores, sino los simples ciudadanos que nunca hemos pensado en llegar a presidir el gobierno de la República. Con el mismo argumento, por otra parte, encuentra explicación el hecho, curioso asimismo, de que la literatura de ese género haya estado hasta no hace mucho, principalmente, en manos de extranjeros. Efectivamente: durante la segunda mitad del pasado siglo, fueron los Villergas, los "Christián Roeber", los Sojo, los Casimiro Prieto quienes empuñaron el cetro de la sátira o de la mera poesía festiva; fueron quienes realmente prepararon el terreno a los que habían de venir después.

Aunque por fuerza deba el análisis ser somero, para esta revista ahora al movimiento de nuestra literatura en los últimos cuatro lustros. Por convenir a la exposición, separaré en grupos a los humoristas, de acuerdo con el género que cultivaron, ocupándome previamente de un grupo que reviste máxima importancia: de los me-

diarios de difusión. —Ese principio biológico de acuerdo con el cual la función crea el órgano, en materia de humorismo casi se podría invertir, afirmando que el órgano crea la función. El hecho de que aquí no haya publicaciones de importancia de carácter exclusivamente humorístico, es causa a su vez de que escaseen los humoristas. ¿A qué se debe, en efecto, cultivar un género de difícil colocación y que, al parecer, carece de "valor comercial"? Faltan aquí esas publicaciones de rancia tradición con que cuentan casi todos los países de importancia, como cuenta Inglaterra con su "Punch", fundado hace casi un siglo, o Alemania con revistas tales como el "Fliegende-Blätter" (para mencionar a una de las más antiguas), que aparece en Munich hace ochenta años. Si en Buenos Aires se hizo algún ensayo, tuvo vida efímera.



GREGORIO DE
LAFERRÈRE



ROBERTO
GACHE



ARTURO
CANELA



JOSÉ M.
CAO

Algo análogo puede decirse en cuanto a la edición de libros de carácter humorístico, a la que no se concedió nunca la debida importancia. Entretanto, el éxito obtenido por los libros de Canela y Gache prueba que hay ya un público numeroso a quien interesa esa literatura.

III Los caricaturistas.—Aunque no se trate de un género literario, no es posible prescindir de la caricatura al historiar el desarrollo de nuestro humorismo en los últimos veinte años. Es la caricatura, sin duda alguna, una de las más importantes manifestaciones del humorismo, y, desde luego, la que ejerce un más inmediato y completo influjo sobre el ánimo público, como que "entra por los ojos". La caricatura toma carta de naturaleza entre nosotros dentro del lapso que estudio; pues si bien anteriormente tuvo representantes meritorios, como el citado Sojo en su "Don Quijote", su difusión coincide con el comienzo de este siglo y con la fundación de las revistas populares ilustradas. Ellas ofrecen campo a José María Cao, el gran caricaturista que hereda el lápiz de "Demócrito", para poner de manifiesto sus dotes excepcionales de dibujante satírico. Debe recordarse, además, que Cao fué un excelente escritor festivo, aunque el tablero de dibujo absorbiese casi toda su actividad, impidiéndole dar mayor lucimiento a sus facultades literarias. Después de Cao vienen otros muchos, todos bien conocidos del público, que cultivan con brillantez el género. Tales, por ejemplo, los españoles Alonso, "Sirio" y Rojas; tal el peruano Málaga Grenet, todos los cuales hacen o han hecho caricatura. Hay después toda una compacta legión de artistas jóvenes, argentinos en su totalidad, que, dentro de la respectiva manera, son caricaturistas certeros y eficaces, habiéndose granjeado justa nominación. Baste citar, por vía de ejemplo, a Alvarez, Huergo, Tabor, Lanteri, Columba y "Pelele".

IV Los prosistas festivos.—El género del artículo festivo, ya sea descriptivo de costumbres, ya de comentario, ya de pura imaginación, cuyo máximo representante en España fuera Luis Taboada, ha sido cultivado entre nosotros con singular brillo por dos escritores también españoles: Eustaquio Pellicer y Eduardo López Bago. Ambos en edad relativamente avanzada, y ausente el segundo, apenas si de tarde en tarde rompen ya el silencio en que se han recluso. Bajo el pseudónimo "El Sastre del Campillo", Antonio M. Viérgol cultiva un género afín. Otro tanto hacen J. J. Bernat y F. Ruqui. Alfredo Palacios Mendoza ("Mono Sabio") es un excelente escritor festivo.

En cuanto a Félix Lima, merece párrafo aparte. Costumbrista lleno de ingenio y de gracia, descuella entre todos los actuales cultores de la literatura festiva de índole popular. De haberse consagrado al teatro, Félix Lima hubiera sido un admirable autor de sainetes.

V Los poetas festivos.—Varios, y con varia fortuna, han cultivado este género. Tales, por ejemplo: Canata, Osés y Nicoláu Roig. Propiamente hablando, sin embargo, no hay aquí en la actualidad sino un poeta festivo. Refiérome a Luis Pardo, cuyo pseudónimo "Luis García" es familiar al público lector. Su dominio del idioma y su extraordinaria facilidad de versificador, así como su vena cómica inagotable, colocan a "Luis García" en la categoría de los maestros del género.

VI Los autores teatrales.—El teatro ha sido siempre excelente vehículo para las manifestaciones del ingenio. Ha ocurrido esto en todos los países... menos en el nuestro. La tradición de Labiche y de Vital Aza, el ejemplo de contemporáneos como Bernard Shaw o, aunque en una esfera inferior, "Courteline" y Tristán Bernard, no han marcado rumbos a nuestros autores teatrales. Más bien parece que nuestros saineteros, al perpetrar tal o cual "calembour", tal o cual chiste indecente, pongan la mira en Aristófanes (no en el pudibundo de la "Biblioteca Clásica", claro está...), imitándole en la desvergüenza, aunque no, naturalmente, en la genialidad. Si se

Un fin de año en la Boca



OS muchachos del "Bermellón" me habían invitado para pasar juntos la noche de aquel fin de año. Yo había aceptado, naturalmente.

Con tal motivo, me fui a la Boca al atardecer. Ir a la Boca, para mí era—y es—hacer un viaje a un país imaginario. ¡Me siento tan lejos de Buenos Aires cuando estoy en la Boca!...

Y no hay vez que, andando por ella, no me haya preguntado: ¿En qué país estoy? ¿En Italia, en España, en Alemania, en Inglaterra o en Rusia? Pues estad bien seguros de que existen en la Boca pedazos de vida de todos los países nombrados; y sin necesidad de hurgar mucho se puede advertir que hay todavía más países representados en ese pedazo de tierra tan cosmopolita y tan pintoresco.

Apenas hube llegado a la Boca me di a recorrer detenidamente la calle de Pedro Mendoza, que corre a lo largo del Riachuelo y en la cual existían y existen los cafés con camareras y los negocios más pintorescos del mundo. Una de las cosas que más llamaron mi atención fueron los letreros de los "negocios". Yo creí encontrarme verdaderamente en la torre de Babel; pues aquello sí que era, para mí, una verdadera confusión de lenguas. Y la cosa es que, picado por la curiosidad, iba leyendo y anotando:

"THE NEW YORK CITY.—TAILORINS & SLOTHINS.—WE CLEAN AND PRESS.—SE LIMPIAN Y PLANCHAN TRAJES."

Más adelante volvía a leer:

"MEATS AT ALL HOURS MINUTES, TEA AND COFFEE."

Caminaba unos cuantos pasos, y este otro:

"BARBERS TUE (sic) ENGLISH SPOKEN."

Y así, hasta cuarenta o cincuenta letreros. Unos, como se ve, tienen en castellano lo que dicen en otra lengua; otros, no. Lo que hace suponer que estos "negocios" sólo viven de los marineros que andan por la Boca, mientras el barco en que trabajan permanece en el puerto.

A veces, el barco se va; quedándose en tierra algún marinero por haber rendido demasiada pleitesía a la cerveza o por haberse mostrado excesivamente amoroso con alguna camarera.

Satisfecha mi curiosidad respecto a los letreros, fui a recalar en una taberna que se abría frente al maravilloso Riachuelo, cuajado de barcos y de lanchones y erizado de mástiles y de arboladuras; aquí y allá iban encendiéndose luces rojas, verdes y amarillas. Pedí castañas y vino, yentanto iba comiendo las castañas y bebiendo el vino, hacía estos versos:

Por PEDRO HERREROS



Sobre la selva de los veleros,
el plafón de oro de los luceros.

Faroles verdes. Faroles rojos.
Mágica fiesta para los ojos.

Negro nocturno de maravilla.
El agua estalla bajo la quilla.

Y entre vaivenes y oscilaciones
las sombras danzan en los lanchones.

No había terminado yo de hacer los versos cuando entraron en la taberna una joven con una guitarra y un viejo con un bandoneón. En seguida empezaron a tocar "El pañuelito blanco", de Filiberto, tan en boga entonces por aquel barrio. Y entonces pensé que aquello era una gran satisfacción para los artistas—músicos o poetas—de cosas populares.

Salí de la taberna y me fui para el "Bermellón", donde encontré a Bellocq y a Mascarenhas tomando apuntes de un atorrante célebre por aquellos dominios, y con el cual hacían diabluras los muchachos del "Bermellón". Como casi siempre andaba borracho, no se daba cuenta cuando le pintaban la cara; tenía que secársela la pintura para advertirlo. Después no quería volver a "posar"; y tenían que recurrir al vino o a la cerveza para reconquistarlo.

Como era temprano para cenar, salimos, Bellocq, Mascarenhas y yo, a recorrer los bares. En seguida se advertía en las mujeres una alegría, sincera o fingida, pues uno no sabe hasta dónde pueden estar alegres las que están condenadas a vivir en perpetua tristeza. En cambio, el público y los marineros sí que estaban francamente alegres; especialmente los marineros parecía que estaban poseídos de un fervor dionisiaco: pues no hacían otra cosa que beber y danzar.

En medio de aquel caótico y pintoresco mar de gente de todos los países, se alzaba el tradicional árbol de Navidad, con sus apacibles y humildes figuras del Nacimiento e iluminado por lamparitas de colores.

¡Era algo verdaderamente conmovedor ver al Niño Jesús en medio de aquel ambiente tan triste!

Después que recorrimos varios bares, volvimos al "Bermellón", porque se iba aproximando la hora de nuestra fiesta. Cuando me enseñaron el preparativo—que consistía en cientos de "sandwiches" y en varios barriles de cerveza,—pensé que íbamos a pasar una "noche vieja" de locos; pensamiento que se confirmó cuando vi el "resto", que consistía en todo lo necesario para efectuar un entierro sarcástico: los del "Bermellón" iban a enterrar aquella noche las cenizas de los estatutos de la Academia. Para ese efecto habían construido un pequeño ataúd y una urna.

A medida que iban llegando los invitados, yo iba creyendo que, allí, había energúmenos capaces no sólo de quemar los estatutos de la Academia, sino también de hacer arder a Buenos Aires por los cuatro costados.

—A ver, compañeros—gritó una voz,—que son las diez y media y todavía no ha empezado la farra. Y acto seguido, empezó a comerse un "sandwich" y

a beber cerveza. Los demás lo imitamos, naturalmente; unos, con apetito, y otros con voracidad.

Terminada la cena, o el "lunch", o lo que fuera aquello, se dió comienzo al "fúnebre" y divertido espectáculo de la cremación y entierro de los estatutos académicos.

Alguien sacó del pequeño ataúd, que yacía en medio de la habitación, entre velas encendidas y flores, un gran rollo de papel; lo aproximó a una vela y empezó a arder, al mismo tiempo que rompían a "llorar" aquellos "salvajes" enemigos de las cosas académicas.

El lector puede imaginarse lo grotesco que resultaría aquello acompañado de la mímica que produce el estado de ánimo cuando se halla uno entre "San Juan y Mendoza".

Hecha la cremación, alguien propuso sacar el entierro por la calle; idea que agradó a todos;—como que era una gran idea.—En seguida apareció un tipo con dos docenas de velas; se preparó el cortejo y se inició la marcha.

Había que ver aquel "entierro" formado por unos treinta individuos con una vela en la mano cada uno; sin contar los que iban llevando el ataúd.

Y a todo esto, íbamos por la calle, unos cantando "El pañuelito blanco", y otros la "Marcha fúnebre de Chopin".

Así recorrimos tres o cuatro cuadras, y regresamos de la misma manera, entre el asombro de algunos vecinos que se asomaban a balcones y ventanas para ver aquel "entierro" grotesco, que parecía cosa del otro mundo.

Una vez en el "Bermellón", se dijeron responsos y se depositaron las cenizas en la urna.

Alguien dijo:

—Todavía falta el último número.

Y, efectivamente, en seguida apareció un energúmeno, casi desnudo, portando en la diestra un formidable martillo.

Empezó a danzar "La danza del salvaje".

Y hay que confesar que estaba bastante bien en su papel; parecía un verdadero salvaje, ágil y elástico como un tigre.

Cuando daba el salto, con el martillo enarbolado, casi llegaba a tocar el techo—y estaba bastante alto—y luego, al descender, descargaba un formidable martillazo en el piso de madera que hacía retumbar toda la casa.

Ya llevaba danzando el energúmeno como un cuarto de hora, cuando aparecieron unos vigilantes en la puerta del "Bermellón".

En este punto me flaquea la memoria; creo que quisieron proceder, pero terminaron por "prenderse" a los "sandwiches" y a la cerveza.

Así que todo pasó sin que pasase nada.

Y así terminó aquel mi fin de año en la Boca.



1904 - Veinte años de deportes - 1924

Por CARLOS MUZIO SAENZ PEÑA



Las gentes y las cosas del deporte en la Argentina mantienen durante un par de lustros el impulso que recibieron y desarrollaron en los últimos veinte años, podemos asegurar que nuestro país ocupará en aquel espacio de tiempo un destacado lugar entre las naciones deportivamente más adelantadas de la época. En esos veinte años, se ha demostrado, ante el asombro de propios y extraños, que nuestros atletas podían aspirar a algo más que a los pequeños triunfos que brindan los torneos locales; que su agilidad, su fuerza, su destreza y el grado de preparación obtenido por el entusiasmo y por el desprendimiento que significa un gran amor al deporte por el deporte mismo, les capacitaba para medirse con los hombres más representativos del atletismo extranjero. Así fuimos acostumbrándonos, después de una serie de sorpresas provocadas por el telégrafo, a creer en la importancia que el deporte había adquirido entre nosotros.

Abelardo Piovano, entonces un admirable "sprinter", triunfaba, en Stanfordbridge, Inglaterra, cubriendo las 100 yardas en nueve segundos 9/10; el equipo argentino de polo se imponía contra los "teams" más fuertes de Inglaterra y de Estados Unidos, en las canchas más famosas de ambos países, es decir, del mundo; y Luis Angel Firpo, sólo conocido en la Argentina por un núcleo reducido de aficionados y de admiradores, hacía su debut espectacular en los "rings" de los Estados Unidos, e iniciaba una brillante carrera, jalonando el derrotero que lo conduciría a disputar el campeonato del mundo, con una serie interminable de "knock outs".

Las gentes empezaban a maravillarse. ¿Teníamos, entonces, buenos atletas en la Argentina? —decían, con mezcla de sorpresa y de incredulidad; y se interrogaban:—¿De dónde salieron?

Los jugadores de polo, que demostraron una superioridad jamás vista sobre los maestros europeos de ese deporte; los jóvenes argentinos que batían excelentes "records" en las olimpiadas del Brasil o en los torneos internacionales de Europa; o el gigante criollo que amenazaba derribar con sus hercúleos brazos todos los obstáculos que se le opusieran para llegar a Dempsey, eran el producto de incalculables esfuerzos realizados durante veinte años por unos cuantos hombres que advirtieron la clase de virilidad que se estaba formando en la amalgama de razas fundidas bajo estos cielos.

Mientras los atletas nuestros mostraban en el extranjero sus excepcionales condiciones, aquí, en la Argentina, se continuaba elaborando, con más entusiasmo que nunca, la cría de nuevos campeones.

Además, y naturalmente, se seguía formando el deporte en el país.

El deporte en la Argentina, en los últimos veinte años, ha experimentado un desarrollo extraordinario. La práctica de los deportes se ha convertido en una actividad colectiva, y la participación individual, como en la formación de las necesidades diarias y casi siempre de una mayoría de nuestros jóvenes.



JORGE NEWBERY

Se multiplicaron los clubs esencialmente deportivos, o que a sus actividades de otro orden agregaban las de este género; la Municipalidad de la capital instituyó interesantes torneos anuales, abiertos a toda institución y a todo particular; se formaron federaciones para la mejor organización y dirección de los distintos deportes; los diarios dieron a las noticias o al comentario deportivo el espacio que otras veces dedicaran a la política nacional o internacional, y sin que la mayoría de los argentinos se percataran de ello, el país se vio transformado, de la noche a la mañana, en un gigantesco campo de juegos atléticos.

El entusiasmo del pueblo por los deportes no se limitó a la simple práctica diaria de los mismos. Las ambiciones de nuestros atletas los llevaron a tomar como punto de comparación, no los tiempos que

LUIS A. FIRPO

ABELARDO PIOVANO



CARLOS DELCASSE

LUIS LACEY, DAVID B. MILES, JUAN NELSON Y JUAN B. MILES

constituían los "records" argentinos o sudamericanos, sino los que significaban las mejores "performances" de los campeones mundiales. Así se suceden, en la Argentina, los "records" mundiales, masculino y femenino, de permanencia en el agua.

No se puede criticar ese entusiasmo, ni considerarlo como un exceso de optimismo, ni como una estúpida pretensión de parte de nuestros atletas. Los argentinos habían batido ocho "records" sudamericanos en las olimpiadas del Brasil. Para la América del Sur nuestros propósitos atléticos estaban bien cumplidos. La aspiración, después de haber triunfado en casa, y en la del vecino, era triunfar en Europa o en los Estados Unidos. Así resulta que para nuestros campeones de natación—me refiero a las carreras, no a las pruebas de fondo—su anhelo será, actualmente, igualar a Johnny Weismuller, que, en momentos de escribir estas líneas, se ha impuesto sobre todos los nadadores yanquis, batiendo, junto a sus propios "records" los "records" universales; y nuestros mejores "sprinters" contemplarán como un ejemplo digno de imitar la forma de desempeñarse de Charles Paddock, el famoso corredor californiano de tiro corto.

Por una serie de coincidencias, desde todo punto favorables a nosotros, puede considerarse que en el año 1923 el deporte nacional dejó de ser una simple manifestación local, para adquirir una gran importancia internacional.

HACE un cuarto de siglo, la práctica de los deportes entre nosotros estaba reservada para determinadas personas, como si fuera un privilegio de clase. Se trataba de gente extranjera o de argentinos educados en países o colegios extranjeros. Fueron ellos los que introdujeron o enseñaron en nuestro medio la forma de jugar al "foot-ball", "rugby", "cricket" y "hurling". Así comenzó a evidenciarse cierta afición por aquellos juegos que mayor espíritu democrático tenían, y que más pronto se arraigaron en el entusiasmo del pueblo.

Al contrario de lo que se cree, fué el "rugby" uno de los primeros juegos que, organizadamente, se jugaron en el país. Era el "rugby" de mejor abolengo que el "foot-ball". En Inglaterra, como acá, este último juego simbolizó siempre la democratización de los deportes y constituyó en el Reino Unido el espectáculo popular que representan las corridas de toros en España. De ahí que, a pesar de existir en la actualidad un apreciable número de excelentes equipos de "rugby" en la Argentina, entre los que se destacan el del Club Universitario, el del Club Atlético Belgrano y el del Club Atlético San Isidro, y de disputarse todos los años campeonatos de dos divisiones, el interés que este deporte despierta en el público es casi nulo, si se le compara con el del "foot-ball", por la razón que dejamos apuntada. Sin embargo, el "rugby" ya se jugaba entre nosotros en el año 1882. Había entonces dos equipos compuestos por extranjeros el uno, y por argentinos el otro. De este último formaba parte don Nicolás Calvo, y jugaban sus partidos en el pueblo de Flores.

El "foot-ball", que apareció más tarde, no tardó en arraigarse en el pueblo. El desarrollo de ambos juegos no pudo, por lo tanto, ser paralelo; mientras el "foot-ball" se popularizaba en forma sorprendente,

(Continúa en la pág. 98.)



"El criadito era antes que nada un niño, y seducido por aquellas preciosidades..."



CABAS con el árbol, o te hago yo concluirlo de arreglar más que de prisa!...

Con tal dureza salió esta orden de la boca del mayordomo una de las veces que asomó su calva de senador y sus patillas de banquero por la entreabierta puerta, que el muchacho, aterrado, dejó de contemplar los fascinadores chirimboles y prosiguió con rapidez su tarea de acomodarlos en aquel frondoso pino enhiesto en medio del dorado salón, y quizás tan preocupado como el chico de verse sobre el resplandiente mármol, con sus extrañas bellotas encima. La labor del rapaz no fué, sin embargo, muy rápida. Las oscilaciones de su mano denotaban un pulso trémulo, un corazón latiendo terriblemente. Y a la verdad, el árbol de Noel ofrecíase tentador hasta lo irresistible. Como si hubieran llovido en su copa los objetos, pendían de las ramas fusiles, cartucheras, sables, roses, establos, vacas, pierrots, muñecas, cacerolas, coches, tranvías: un bazar entero trasladado de las vitrinas de la tienda a los brazos del simbólico tejo, por entre la fronda del cual asomaban las peritas eléctricas de una instalación provisional, prometiendo un doble deslumbramiento cuando una hora después rodeara la turba infantil el soñado tronco.

El criadito era antes que nada un niño, y seducido por aquellas preciosidades que contemplaba al blanco resplandor de una única lámpara, había concluido por olvidarse de su deber, y sin el acento de trompeta apocalíptica del mayordomo, hubieran concluido los juguetes del árbol por arreglarse solos. A punto estuvo de rodar desde lo alto de la escalera en que se hallaba empujado al oír la dura conminación. Sin embargo, su instinto de criatura extasiada ante los juguetes, y aguzada por la imposibilidad de conseguirlos, pudo más que el miedo al despota, con ese despotismo de las altas servidumbres. Las patillas de banquero y la calva de senador habían desaparecido, ausentadas por alguna urgente última mano en otra parte exigida por la inmediata fiesta infantil, y el criadito se durmió despierto en presencia de aquel frondoso pino de cuento de Andersen, que acaso también sentía sus nostalgias nortueñas arrancado a su clima nebuloso y húmedo. Y a pesar de su terror y de la probable despedida por la reincidencia, la mano arregladora tornó a permanecer quieta y el rapaz prosiguió soñando, con un triste sueño de desheredado, que todo aquello que a su alcance se hallaba le pertenecía, y hasta llegaron a entablarse en su alma súbitas luchas y vacilaciones por si escogería un fusil, o un sable, o un estoque de torero, las tres más lindas cosas que excitaban su codicia.

Unos pasos próximos le sacaron bruscamente de

El árbol de Noel

Por ALFONSO PEREZ NIEVA

Ilustraciones de Contreras

su ensimismamiento; volvióle la conciencia del peligro, y varias ramas estuvieron a punto de romperse y rodar con sus juguetes a tierra ante la precipitación con que la débil mano excitada llegó a brujulear en el árbol. Terminó felizmente la operación, y las pisadas repercutieron más cerca. Eran, efectivamente, la calva de senador y las patillas de banquero que llegaban.

II

Si sobrara algún juguete y no lo notaran! El pensamiento del pobre criadito se agarró a esta débil esperanza una de las veces en que atisbó desde el antecorral, ocultándose él tras de uno de los "portières" de terciopelo, la escena que se desarrollaba en la dorada estancia en torno al árbol de Noel, rodeado de chiquillos. ¡Qué noche! Ahí, al lado, el tumulto de los niños convidados al reparto, la turba de los privilegiados, la ola de alegría, que no cesaba en su estruendo de risas, de voces, de exclamaciones, de palmas; la felicidad lloviendo a granel sobre los señoritos, sus preciados dones, y teniéndole tan cerca, nada para él: ni un reflejo, ni una gota, ni una limosna siquiera, sin considerar que, no obstante su condición humilde, dentro de su dormán con triple hilera de boto-

juguete colgaba, uno solo, roto, y que por eso nadie había sin duda querido!

Ese era el suyo: el desperdicio, la sobra de la mesa, la migaja del desheredado, un arlequín de cabeza movable, al que, en la algarabía traída en torno del árbol por los niños ricos, que tenían donde escoger y que desdeñaban de cargar con nada que adoleciese del menor desperfecto, había tocado algún recio palo, abriéndole un buen boquete en el cráneo de pasta.

Pero, a pesar del destrozo, el pobre payaso conservaba íntegra la cara y en ella sus dos ojos, no de cristal, las dos bolitas de vidrio que relucen en la faz de los muñecos, sino dos pupilas tristes, dos pupilas provistas de mirada, de una mirada honda y llena de lágrimas, clavada en la puerta que acababa de separar sus hojas, y en la que surgía la figura doliente del otro desheredado.

Nadie había en la estancia en aquel momento; indudablemente era a él a quien el arlequín miraba con esos ojos tristes y llenos de preguntas que se clavan en un compañero de desgracia, presintiendo un consuelo al propio infortunio y a la vez sintiéndose un alivio a la ajena infelicidad. ¡Roto, mas al cabo juguete! Estaba acostumbrado a aprovechar las sobras.

Vaciló un punto, siempre amedrentado por el recuerdo de la calva de senador y las patillas de banquero, pero pensó que nadie reclamaría el payaso destrozado, y, golpeándole el corazón, plantóse junto al pino, agarró el muñeco con mano trémula, y ocultándolo bajo el dormán se lanzó fuera de la habitación, como si temiera que las figuritas modernistas de las mesas se lo fueran a quitar...

¡Oh, Dios bueno, Dios de los niños pobres! ¿No es verdad que fuiste tú el que abrió la cabeza de un palo al arlequín?





Cántico de Navidad

Berceuse

Por P. BEAUMONT



Andante sostenuto (♩=60)

Andante sostenuto ($\text{♩} = 60$)

PIANO

p semplice

Led * Led * Led * Led * Led * Led * Led * Led *

p

Led * Led * Led * Led * Led * Led * Led * Led *

p dolce

Led * Led *

Led * Led * Led * Led * Led *

p dolce

Led * Led * Led * Led * Led *

pp

Led * Led * Led * Led *

Two staves of music. The first staff has a treble clef and a key signature of one sharp (F#). The second staff has a bass clef and a key signature of one sharp (F#). The music consists of chords and single notes. Below the staves, there are several measures of rests, each marked with a 'Ped.' (Pedal) and an asterisk (*).

Two staves of music. The first staff has a treble clef and a key signature of one sharp (F#). The second staff has a bass clef and a key signature of one sharp (F#). The music consists of chords and single notes. Below the staves, there are several measures of rests, each marked with a 'Ped.' (Pedal) and an asterisk (*). The word 'mf cantabile' is written above the first staff, and 'cresc' is written above the second staff.

Two staves of music. The first staff has a treble clef and a key signature of one sharp (F#). The second staff has a bass clef and a key signature of one sharp (F#). The music consists of chords and single notes. Below the staves, there are several measures of rests, each marked with a 'Ped.' (Pedal) and an asterisk (*). The word 'cresc' is written above the first staff, and 'dim' and 'pp' are written above the second staff.

Two staves of music. The first staff has a treble clef and a key signature of one sharp (F#). The second staff has a bass clef and a key signature of one sharp (F#). The music consists of chords and single notes. Below the staves, there are several measures of rests, each marked with a 'Ped.' (Pedal) and an asterisk (*). The word 'sfz' is written above the first staff.

Two staves of music. The first staff has a treble clef and a key signature of one sharp (F#). The second staff has a bass clef and a key signature of one sharp (F#). The music consists of chords and single notes. Below the staves, there are several measures of rests, each marked with a 'Ped.' (Pedal) and an asterisk (*). The word 'con espress' is written above the first staff, and 'dim' and 'rit.' are written above the second staff.

Two staves of music. The first staff has a treble clef and a key signature of one sharp (F#). The second staff has a bass clef and a key signature of one sharp (F#). The music consists of chords and single notes. Below the staves, there are several measures of rests, each marked with a 'Ped.' (Pedal) and an asterisk (*). The word 'pp una corda' is written above the first staff, and 'tre corde' and 'pp' are written above the second staff.



1904 - Veinte años de ganadería - 1924

Por JOSE TOMAS SOJO



Interesante comparar los precios que se pagan por los animales vacunos en Liniers con los corrientes hace veinte años en el mismo mercado.

Los precios de entonces, cuando no superiores, eran iguales a los de ahora.

Así, según "La Nación" de agosto 8 de 1903:

Los mejores precios oscilaron:

Novillos mestizos, especiales,	entre \$ 165 y 140
Vacas especiales	" " 100 " 90
Novillitos, vaquillonas y terneros gordos y carne gorda	" " 44 " 28

Los precios de las ventas del 8 de agosto de 1923, según "La Nación", oscilaron:

Novillos muy especiales, de frigorífico	entre \$ 105 y 116
Vacas consumo	" " 20 " 72
Vaquillonas	" " 16 " 63
Terneros consumo	" " 6 " 54

El grado de mestización de las haciendas de hace veinte años era, sin embargo, muy inferior al actual. Para evidenciarlo hasta confrontar las fotografías de los toros y vacas que obtuvieron los honores del campeonato de las Exposiciones Rurales de 1902 y 1922. La misma evidencia se desprende de otra indiscutida afirmación y es la de que sólo contribuía entonces la República Argentina con un 6 % sobre el total de carne de primera calidad (chilled) importada a Inglaterra, mientras que desde hace varios años provee la República Argentina más del 90 % de la carne de esa calidad que se introduce en el Reino Unido.

Surge de lo expuesto, que hace veinte años los productores de ganado vacuno obtenían precios más altos que ahora y por ganado de inferior calidad al que ahora entregan al consumo.

Pero no es eso todo. Hace veinte años, los campos, los arrendamientos, los sueldos y jornales, las tarifas de transporte, los artículos de alimentación y vestido, todo lo relacionado con la vida, tanto lo necesario como lo útil y lo superfluo, costaba o valía menos de la mitad de lo que ahora.

¿Cómo explicarse que todo, hasta lo innecesario, se haya valorizado, y sólo la carne — que no es un artículo de sobremesa, sino de primera necesidad — se nos pague a precios de ruina y de desastre?

Hay gentes que explican esta anomalía como un efecto de la ley de la oferta y la demanda. Olvidan que desde los tiempos de Adán Smith ha corrido mucha agua bajo los puentes y que los "trusts", los "pools", los consorcios y los "cartells" se encargan de demostrar diariamente que está



en su mano burlarse de la decantada ley. Esas gentes de espíritu simple aconsejan, como solución, a los ganaderos que instalen frigoríficos por su cuenta. Olvidan que con los fondos de reserva acumulados en muchos años los industriales del frío están en condiciones de arruinar a la nueva empresa en un plazo de 180 días con sólo elevar los precios de compra aquí y abaratar los de venta en Londres. Producida la ruina, adquirirían a bajo precio el nuevo frigorífico. Eso es lo que hicieron para

deres públicos la oposición al valor básico de las haciendas, con la legislación del salario mínimo sancionada para los empleados y obreros del Estado?

¿Qué diferencia legal o constitucional puede existir entre valorizar el trabajo o los productos?

El régimen de estabilización propuesto por la Comisión Especial de Asuntos Ganaderos de la Cámara de Diputados concluiría con las alternativas del mercado, llevando la confianza al país en el orden de todos sus valores, que tienen tan estrecha vinculación con los de la ganadería, de la misma manera que la ley de Conversión concluyó con el agio del oro, dándole precio básico a la moneda.

Por lo demás, la ley proyectada no es rígida: es elástica. Crea una Comisión Reguladora de Precios, dando intervención a los frigoríficos, pone al Gobierno en situación de graduar los valores, compulsando los niveles de los mercados de producción y consumo; y en condiciones asimétricas de aumentar o disminuir los precios y hasta suspender los efectos de la ley.

En una palabra, le da el arma que le permite negociar los precios equitativos para la producción, para los industriales y para los consumidores, contemplando por igual todos los intereses en juego.

Este régimen de estabilización, que actuaría a manera de seguro de precio de costo, es de tanta urgencia en estos momentos para llevar la tranquilidad a los hombres que trabajan en el campo, que de otra manera haría indispensable la ley de moratoria y la rebaja de arrendamientos, porque en las condiciones actuales que rigen en las grandes zonas ganaderas de la república es imposible soportar el peso del pasivo de los ganaderos con sus productos desvalorizados.

quedarse con el frigorífico "La Blanca".

La única manera de substraerse a ese peligro es la constitución de un frente único entre los productores y el Estado. Si los frigoríficos ponen en acción su ataque, el Estado tiene, como defensa: o la expropiación de sus fábricas o la sanción de impuestos sobre frigoríficos que vayan cubriendo las pérdidas ocasionadas por sus maniobras de competencia desleal.

Y mientras el frigorífico construido o expropiado por el Estado y los productores pueda hacer sentir sus efectos, hay que estabilizar el valor remunerativo de los productos ganaderos por medio de una ley que tiene a su favor precedentes respetables y razones incontrovertibles.

Ya lo hemos dicho alguna vez, dirigiéndonos al Excmo. Presidente de la República: ¿Por qué no dotar a la ganadería de un régimen de emergencia de valorización, que contenga el desastre de los precios con que se está liquidando nuestra existencia ganadera?

¿No se hizo, acaso, esto mismo en el período de la guerra, dando un precio mínimo a los cereales?

¿Cómo justificarán los poderes públicos la oposición al valor básico de las haciendas, con la legislación del salario mínimo sancionada para los empleados y obreros del Estado?

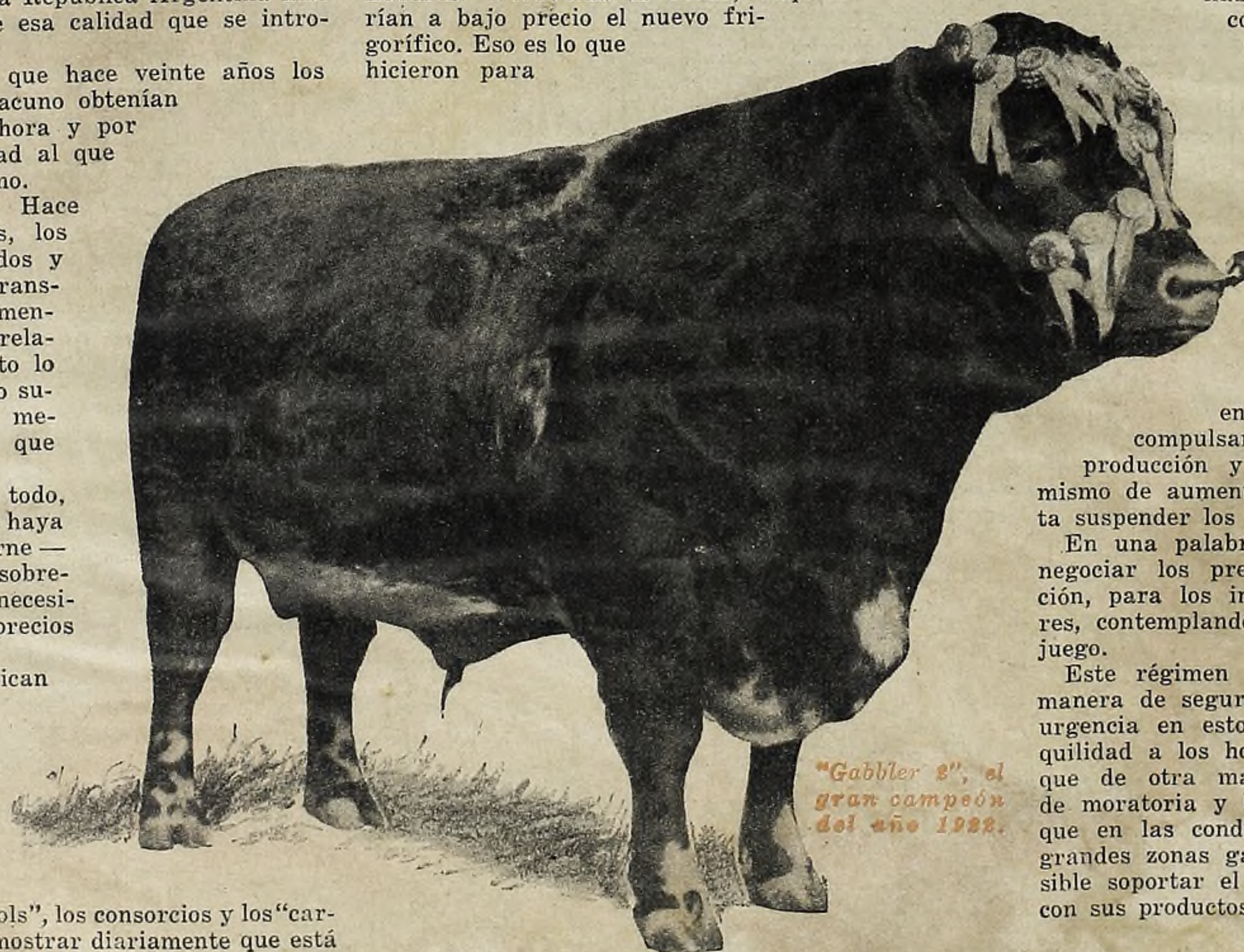
¿Qué diferencia legal o constitucional puede existir entre valorizar el trabajo o los productos?

El régimen de estabilización propuesto por la Comisión Especial de Asuntos Ganaderos de la Cámara de Diputados concluiría con las alternativas del mercado, llevando la confianza al país en el orden de todos sus valores, que tienen tan estrecha vinculación con los de la ganadería, de la misma manera que la ley de Conversión concluyó con el agio del oro, dándole precio básico a la moneda.

Por lo demás, la ley proyectada no es rígida: es elástica. Crea una Comisión Reguladora de Precios, dando intervención a los frigoríficos, pone al Gobierno en situación de graduar los valores, compulsando los niveles de los mercados de producción y consumo; y en condiciones asimétricas de aumentar o disminuir los precios y hasta suspender los efectos de la ley.

En una palabra, le da el arma que le permite negociar los precios equitativos para la producción, para los industriales y para los consumidores, contemplando por igual todos los intereses en juego.

Este régimen de estabilización, que actuaría a manera de seguro de precio de costo, es de tanta urgencia en estos momentos para llevar la tranquilidad a los hombres que trabajan en el campo, que de otra manera haría indispensable la ley de moratoria y la rebaja de arrendamientos, porque en las condiciones actuales que rigen en las grandes zonas ganaderas de la república es imposible soportar el peso del pasivo de los ganaderos con sus productos desvalorizados.





El competidor

Cuento de Noel

Por MARCELA TINAYRE

Ilustraciones de Octavio Fioravanti



N sus visitas de Nochebuena, el Viejo Noel, acompañado por el Niño, hizo la primer estación sobre un techo de cinc que relumbraba cual argentado lago bajo la luz de la luna. Numerosos caños, rectos o encorvados proyectaban negra sombra a su paso.

El Viejo Noel depositó su gran cesto, sacudió su barba brillante sobre su manto musgoso y comenzó a refunfuñar. Asemejábase a un leño áspero, cubierto de nieve, en tanto que el Niño, con su camisita, sus blondos bucles y su tinte sonrosado, se parecía mucho a esos Niños Jesús de azúcar coloreada expuestos en las vidrieras sobre un zueco de chocolate, al llegar Navidad.

Reaccionario, en razón de la edad, y obscurantista por necesidad profesional, el Viejo Noel detestaba los caños de hierro batido, los techados de cinc y en general todos los productos de la ciencia o la industria.

— ¿Dónde están — preguntó suspirando, — dónde están las amplias chimeneas de piedra? ¡Ay! ¡Henos aquí sobre un edificio moderno, con calefacción central! ¡Por ninguna parte veo elevarse la columnita de humo portadora de los frágiles sueños infantiles, de sus esperanzas sutiles en esta noche. No hay fuego en estas confortables construcciones; no hay chimeneas; no hay acaso tampoco niños... ¡Huyamos, Niño mío! ¡Esta casa me horroriza!

— ¡Puede ser que haya niños! — dice el pequeño Noel, optimista por tener eternamente cinco años. — Escuchemos los ruidos que suben por los caños. Así sabremos lo que de nosotros dicen las familias parisienses.

— ¡Triste! ¡Triste! — responde el viejo. — Bien me lo predijo el buen San Nicolás al pronunciar estas palabras: "Los tiempos son duros para nosotros, pobres figuras legendarias. Después de la guerra, la clientela de Santa Catalina aumenta, igualmente que la de Santa Bárbara, patrona de los artilleros; pero, ¿qué sería de mí, San Nicolás, sin mis excelentes amigos de Alsacia? ¡La escuela nos perjudica grandemente y los jóvenes hogares de 1921 tienen inmensa preocupación por ser modernos, prácticos a la americana! ¡Olvidan los placeres por nosotros proporcionados en su infancia! En cuanto a los niños... ¡ya no existen! No hay más que señores en miniatura, hombrucitos y diminutas mujeres, sabios, pedantes, desconfiados y escépticos como el padre y la madre."

— ¡No os pongáis triste! — dice gentilmente el pequeño. — San Nicolás exagera seguramente...

— Nada exagera, y nosotros somos infinitamente más desgraciados que él. San Nicolás, Santa Catalina, Santa Bárbara, tienen existencia oficial; son reconocidos por el papa. Tienen su estado civil inscripto en el calendario. Pero nosotros, seres de leyenda, existimos solamente gracias a la credulidad de los chicos. Cuando desaparezca el último zapatito ante la chimenea, un 24 de diciembre, habremos desaparecido como las hadas...

— Escuchad, en vez de lamentaros. Inclinaos sobre este caño de hierro..., hablan de nosotros; se perciben claramente las voces.

II

VAMOS, amiga mía, supongo no intentarás falsear el espíritu de esta criatura, apartándola del sentido de la realidad, del sentimiento de la lógica infiltrados por una sana educación positiva. Bien sabes mi pasión por alejarle de juguetes inútiles, de prohibirle estúpidos libros de cuentos. Me he tomado el trabajo de elegir en todo momento regalos que contribuyeran a su enseñanza. No he consentido dejarle divertir neciamente por el solo placer de

pasar el rato. Sus juguetes tienen todos un fin práctico. No conoce los soldados de plomo, inspiradores de la admiración militar, los muñecos grotescos, las colecciones de animales y objetos en nada parecidos al tipo real y que preparan mal al niño para sus futuros estudios de ciencias naturales. He suprimido las absurdas creaciones de los cuentos de Grimm. En cambio, posee Bebé los más ingeniosos gramófonos, los mejores automóviles mecánicos, las últimas cajas de ferrocarril con vías, señales, túneles y catástrofes. ¡La imagen misma de lo real! No veo, pues, qué le hace falta... ¿La poesía? ¡Querida mía! ¡Vaya una palabra para ser pronunciada! Eres mujer, no puedes negarlo. Y es esa bien una idea de mujer. ¡La poesía! ¿Por qué no la superstición? ¿Qué provecho obtendrá Bebé de la ridícula creencia en el Viejo y en el Pequeño Noel? Los juguetes, los juguetes científicos que mañana recibirá, ¿serán acaso más agradables a su almita llegados por vía misteriosa y depositados en un zapato? ¡Pretendes que esterilizo la imaginación de nuestro hijo, que apago la más encantadora llama de su espíritu!... ¡Amiga mía, me causas lástima! ¿Y qué haces de lo maravilloso científico? ¿Qué haces del vapor, de la electricidad, de la aviación, de todos los milagros modernos? Me respondes: "Son milagros para las personas mayores. No hablan al corazón; no consuelan. Son al ensueño lo que el aeroplano es a la paloma..." ¡Eres una sentimental, amiga mía! Has leído mala literatura. Llevas aún el sello de prejuicios hereditarios. ¡Afortunadamente yo estoy aquí!...

III

SE padre es un imbécil! — gritó el Viejo Noel con indignación.

— ¡Un imbécil! — repitió el Niño, cuya carita se confundía con la de cualquier deshollinador. — ¡Vámonos! ¡Recojamos nuestro cesto! Pero... ¡chito!... Hablan todavía. Es finalmente la mamá. ¡Una señora bien simpática, por cierto!

— ¿Qué dice?

— El chiquillo habla sollozando: "Papá dice que no hay Noel. Yo sé muy bien que para los otros niños hay un Noel. ¿Por qué no lo hay solamente para mí?"

— Y, ¿qué responde la madre?

— Está muy confusa. Teme una escena conyugal. Pero procede en la forma habitual de todas las mujeres: desvía la cuestión.

— ¿Cómo?

— Dice: "Pon tu zapato en la chimenea. El aviador vendrá esta noche en aeroplano y dejará caer para ti el más hermoso de los juguetes."

Una imprecación salió de los labios del Viejo Noel.

— ¡El competidor!... ¡Ay, pequeño! ¡Estamos perdidos!

El techo de cinc relucía bajo la luna como argentado lago. El Viejo y el Niño se miraron dolorosamente. ¡Lágrimas, congeladas al instante, rodaban por sus mejillas sin que pensarán siquiera en enjugarlas!



— ¿Dónde están las amplias chimeneas de piedra?

El Año Nuevo de "Los Criollos"

Crónica de 1809

Por

MARÍA DEL CARMEN LOBO ARRAGA



FECHAS hay en la historia de los pueblos que pasan sin prestársele el merecido homenaje que les es debido. Una de ellas es el 1° de enero de 1809, en la historia de la gran república del sur.

La rivalidad entre los "nativos" y "peninsulares" era de antigua data. Se había acentuado en las epopéyicas luchas de la Reconquista. Cada uno de los bandos se atribuía la victoria o, por lo menos, el valor.

Los peninsulares, que se creían, y lo eran, decisivamente apoyados desde la metrópoli, trataban con menosprecio a los naturales, contra los cuales pensaban triunfar siempre. La situación dolorosa de la madre patria, en esa época, invadida como estaba por los ejércitos victoriosos de Napoleón, hacía discurrir a algunos que no podían ser rápidos ni eficaces los auxilios en caso de una convulsión...

Pero nunca pudieron sospechar que aquellas malquerencias tomaran el rumbo de la liberación. Tampoco los criollos hablaban de otra cosa que de "igualdad de derechos, prerrogativas e influencia".

El hecho es que en la víspera del año 9, los peninsulares, contando con la complacencia del Cabildo, se llenaron de armas y se acantonaron con el fin de exigir al día siguiente, día de elección de cabildantes, la renuncia a Liniers, y la designación de una junta de gobierno que les diera tono.

Liniers, en su calidad de francés, y en su amor por los nativos, les era sospechoso y malquerido.

Con todo entusiasmo, en cuanto amaneció el 1° de enero, se lanzaron a la Plaza Mayor (hoy Plaza de Mayo), gritando: "¡Abajo el francés! ¡Queremos junta como la de España! ¡Mueran los traidores!", y otras frases y palabras violentas y de asonada.

El alma de este movimiento era don Martín de Alzaga, hombre valiente, audaz, soberbio. Contaba con el apoyo del gobernador de la plaza fuerte de Montevideo, don Francisco Javier de Elío, que se vendría con tropas desde aquella ciudad en auxilio de los cuerpos de "Vizcaínos", "Gallegos" y "Andaluces".

Los criollos, por su parte, que se sentían amenazados, rodeaban a Cornelio Saavedra y a Pedro Andrés García, comandantes de "Patricios" y "Arribeños", respectivamente.

Cuando sintieron la algarabía que producían los peninsulares en la plaza, esos jefes, seguidos de algunos oficiales, se encaminaron a la fortaleza, donde hallaron a Liniers, confuso y amedrentado.

Le manifestaron que no consentirían el triunfo de todo aquello que importaba una revolución, que alteraba el orden establecido por la voluntad soberana del pueblo. Añadieron que pedían autorización para llevar sus cuerpos a la plaza y barrer con toda aquella gente y algarabía.

La situación de Liniers era comprometida y difícil. Podría resultar una matanza de peninsulares efectuada por los criollos, y, aparentemente, con su autorización.

Les pidió, pues, que aguardasen y regresasen a sus cuarteles respectivos.

Una vez en la calle, los jefes, caminando, aisláronse un poco de los oficiales que les acompañaban:

—¿Qué pensáis?—preguntó el comandante de "Patricios", mirando en los ojos a su compañero.

—Mantener mis "Arribeños" acuartelados, y no consentir que los peninsulares se incauten del poder.

—Iba a decirlos que era esa mi opinión. Naturalmente, que debemos obrar de acuerdo...

—Se entiende...

Y los jefes tomaron el rumbo de sus cuarteles, a objeto de preparar convenientemente sus tropas para el caso...

A todo esto, los peninsulares se decidían por su parte a proceder.

Llamaron al obispo Lué, personaje de gran valimiento y autoridad, y le encomendaron la misión de arrancar al virrey la renuncia de su

CORNELIO
SAAVEDRAJUAN JOSÉ
VIAMONTE

LA PLAZA DE LA VICTORIA

BALTASAR
HIDALGO DE
CISNEROSFELICIANO
CHICLANAMARTÍN
ALZAGASANTIAGO
DE
LINIERS

elevado cargo. El obispo convocó algunos vecinos, simulando un cabildo abierto; se erigieron en junta de gobierno como la de Montevideo, y luego se encaminaron al fuerte a intimar a Liniers que depusiese el mando.

Los criollos iban instruyéndose de todo esto a medida que sucedía; y el regocijo que demostraban los españoles congregados en el Cabildo y en la plaza era indicio bastante de su triunfo.

Saavedra se decidió a obrar e invitó a García a hacer lo propio.

Un instante después ambos batallones, armados y municionados como para entrar en combate, desplegaban sus líneas en la plaza, frente a los revolucionarios.

El pánico cundió en las filas de éstos, y fué tan grande, que se arrojaban a la calle desde las azoteas que daban a espaldas del Cabildo. Los que se hallaban en la plaza habíanse esfumado con toda rapidez y en un discreto silencio.

Viendo los jefes criollos esta facilidad de ánimo para desistir de la actitud agresiva anterior, y notando cómo todo se había despejado en un instante, Saavedra, que venía a la cabeza, dejó el mando a don Juan José de Viamonte, y se encaminó hacia el fuerte, acompañado de varios oficiales.

Entretanto, la comisión que había pasado a la fortaleza había conseguido hacer renunciar a Liniers. En ese momento penetra Saavedra en el salón de reuniones, y protesta, manifestando que el pueblo no pedía la destitución del virrey. Y, tomando a éste del brazo, le invitó a bajar a la plaza, para que se cerciorase de que el vecindario no quería su renuncia.

Liniers accedió a ese pedido y se presentó al pueblo, que, al verle, prorrumpió en vivas atonadores, y a los gritos de "¡Muera Alzaga! ¡Muera Elío! ¡Viva Liniers! ¡No queremos que otro nos mande!", eleváronle en andas y le pasearon en triunfo, con grande aplauso del público, que se congregaba cada vez más numeroso.

A todo esto, don Feliciano Chiclana, que había quedado en el salón del fuerte, al oír los "vivas", arrebató al obispo Lué la renuncia de Liniers, que ya obraba en su poder, y la hizo trizas, en medio de la estupefacción del prelado y de sus acompañantes. Pero aquello no era bastante. Detenerse en esa actitud, era dar motivo a represalias que iniciarían una época de violencias sangrientas.

Fortalecido Liniers, a cuyo brillante valor personal faltaba el difícil coraje de las responsabilidades, y convencido de la necesidad de aprovechar el éxito alcanzado, consintió que se tomaran medidas enérgicas de represión. Con la diligencia entusiasta y atrevida de las horas de acción, se tomó preso a Alzaga y a sus compañeros, y se les embarcó con rumbo a Patagones, donde hubieran llegado, si Elío no les rescata y les lleva a Montevideo, donde se les recibió con honores y agasajos.

Aunque el resultado de esta conspiración fué favorable a los criollos, pues los cuerpos españoles fueron desarmados y disueltos, quedando de esta manera para los nativos el predominio militar, con que más tarde coadyuvaron a la realización de la gloriosa empresa de la libertad de la patria, este suceso dió origen a la deposición de Liniers.

Elío y los españoles refugiados en Montevideo le intrigaron con la junta de Sevilla, y ésta designó para reemplazarle a don Baltasar Hidalgo de Cisneros, que fué el décimo y último representante de la autoridad real en el Río de la Plata.

Los ánimos de los nativos y peninsulares quedaron, pues, bien divididos y dispuestos a la lucha, que no debía tardar en pronunciarse y en comenzar la epopeya de la independencia.

La fecha del 1° de enero del año 1809 es una fecha memorable, lo repetimos, que no debería pasar olvidada en nuestros anales históricos.

En ella se acentuó la preponderancia del elemento criollo, y se dispusieron frente a frente las líneas de los futuros combates emancipadores de la "nueva y gloriosa nación".

Canción de Navidad

Por TOMÁS ALLENDE IRAGORRI

Los tres Reyes Magos
vienen calladitos
a poner juguetes
en los zapatitos.
Yo he puesto dos pares
sin saber mamá.
(Como es tan obscuro
nadie lo sabrá.)

Que vengan, que vengan
los tres Reyes Santos,
con sus blancas barbas
y sus ricos mantos.
Uno es alto y flaco
y otro gordinflón,
y otro es un negrito
lo más picaón.

Andan en camellos
tan pasito a paso,
que se están un año
sin hacernos caso,
pero al cabo llegan
a fuerza de palos
y sólo se olvidan
de los niños malos.



Happy New Year

Por CARLOS GUIDO Y SPANO

Feliz año: que un siglo de grandeza
cúmplase en él, para la hermosa patria:
que todo corazón realice ufano,
tras cada noble esfuerzo su esperanza.

Brille el fruto en el árbol de la ciencia,
y acaricien benéficas las auras,
la flor que sobre el velo de las vírgenes
lucirá un día en la nupcial guirnalda.

No falte lumbre en el hogar, ni falten
a los muertos queridos nuestras lágrimas,
rocío a melancólicos recuerdos
de la noche tristísima del alma.

Madure el sol en el trigal la espiga,
cunda la vid en la desierta pampa,
crezca el ganado en la llanura inmensa
que el valor argentino conquistara.

La libertad se afirme; la justicia
augusta ejerza su misión sagrada:
que sea al extranjero nuestra tierra
dulcemente gentil y hospitalaria.

Cruce el mar sin zozobra el navegante,
y al abordar la costa americana,
brisas de paz agiten su bandera
erguida al tope de la nao bizarra.

Elevemos en tanto un himno sacro
que oigan los cielos en acción de gracias
por los inmensos bienes recibidos
y los que acaso el porvenir nos guarda.

Con nobles pensamientos emprendamos
en el año que empieza nuestra marcha.
Dios está con nosotros. ¡Adelante!
Es el progreso el campo de batalla.

¿Quién será el más valiente? ¿Quién más alto
alzará su pendón en la demanda?
depongamos los lauros del combate
ante el altar de la virtud sin mancha.

Y refugiados luego en la familia,
cuando las fuerzas por la edad decaigan,
podremos descansar tranquilamente
en la cumbre o al pie de la montaña.

El Año Nuevo y la Epifanía en la Poesía

Los Tres Reyes Magos

Por RUBÉN DARÍO

— Yo soy Gaspar. Aquí traigo el incienso.
Vengo a decir: La vida es pura y bella.
Existe Dios. El amor es inmenso.
¡Todo lo sé por la divina Estrella!

— Yo soy Melchor. Mi mirra aroma todo.
Existe Dios. El es la luz del día.
La blanca flor tiene sus pies en lodo.
¡Y en el placer hay la melancolía!

— Yo soy Baltasar. Traigo el oro. Aseguro
que existe Dios. El es el grande y fuerte.
Todo lo sé por el lucero puro
que brilla en la diadema de la Muerte.

— Gaspar, Melchor y Baltasar, callaos.
Triunfa el amor y a su fiesta os convida.
Cristo resurge, hace la luz del caos
y tiene la corona de la Vida.

Año Nuevo

Por PEDRO HERREROS

Primero de año. Empiezo cosiendo el pantalón.
Trece años que estoy solo. Me quiero emborrachar...
Mi corazón, ¡mi pobre corazón!,
está por empezar a sollozar...

Tus Reyes Magos

Por LUIS ALFONSO

I

Los ángeles saludaban
a Jesús, cual sol naciente,
cuando a Betlehem llegaban
y al Santo Niño adoraban
tres Reyes Magos de Oriente.

Desde su patria distante
su rumbo guió, constante,
hasta el judaico suelo,
una estrella rutilante,
antorcha viva del cielo.

Y allí, con regio decoro,
reyes hombres al Rey Niño
dieron joyas, vasos de oro,
perfumes, telas, armiño,
y amor, su mejor tesoro.

II

De mi vida en el Oriente
te rinden culto ferviente,
te otorgan triunfante palma
tres Reyes Magos: mi alma,
mi corazón y mi mente.

De una estrella los destellos,
para guiarme, no vi;
mas no fué menester dellos;
bastaban tus ojos bellos
para guiarme hasta ti.

Maga fuiste y hechicera,
pues con divinos halagos
tu ser en mi ser impera,
y eres, de aquesta manera,
reina de mis Reyes Magos.

Sus tesoros tuyos son;
que te dió, al perder la calma,
la mente su inspiración,
su latir el corazón,
y todo su amor el alma.

Año Nuevo

Por EDUARDO MARQUINA

Remanso blanco que nos dan las horas,
rosal del tiempo que traerá renuevo:
¡cúbreme con tus alas protectoras,
oh fiesta maternal del Año Nuevo!

Cambia el usado rumbo a mi fortuna
y hazme este corazón bien infante,
tú, que tienes olor de villancico
y que te anuncias con vaivén de cuna.

Con estas manos tuyas maternas
adóbame y renueva mi semblanza;
tú, que alburas nos traes, como pañales,
¡añíname en el alma la esperanza!

Y toda lucha en ti quede dormida;
y en ti, todo deseo renaciente;
sé, en mi camino, la esperada fuente
en cuyas aguas limpiaré mi vida.

¡Oh, madre mía, con disfraz de fiesta!
¡Oh, no me culpes, si con paso lento
llego a tus brazos, que el andar me cuesta
con esta carga del remordimiento!

¡Oh, en tu regazo dejaré mi carga
y, dando saltos, me echaré al camino!
Tú, en tanto, rompe la corteza amarga
y haz, de mi carga, harina en tu molino.

Y que tus manos sobre mí derramen
su absolución perennemente viva;
y que, humilde, mi espíritu reciba
esta renovación como un dictamen.

1904 - Veinte años de instrucción pública - 1924

Por LUIS MARIA JORDAN

DESDE el punto de vista material, el desarrollo de la instrucción pública durante los últimos veinte años ha sido enorme. El número de escuelas primarias se ha triplicado, las escuelas normales se han reproducido tanto que se comienza a pensar, con razón, en la necesidad de clausurar algunas o darles una orientación distinta de la que tienen; colegios nacionales se han fundado hasta en pueblos de quince mil habitantes y para que todo sea paralelo con tan vigoroso empuje, hay en el país cinco o seis universidades, tres de las cuales fueron creadas en los últimos veinte años.

A esto debe agregarse, como uno de los más importantes actos de política educacional, la ley conocida con el nombre de Láinez, por ser su autor este inteligente hombre de gobierno. Además de las escuelas federales costeadas con los recursos que da esta ley, cada provincia tiene su régimen de instrucción, que muchas descuidan para fiarse exclusivamente en el tesoro nacional.

Los fondos que el erario dedica a la instrucción han crecido asimismo en proporción geométrica. El país gasta hoy en la educación de los ciudadanos una considerable suma de millones.

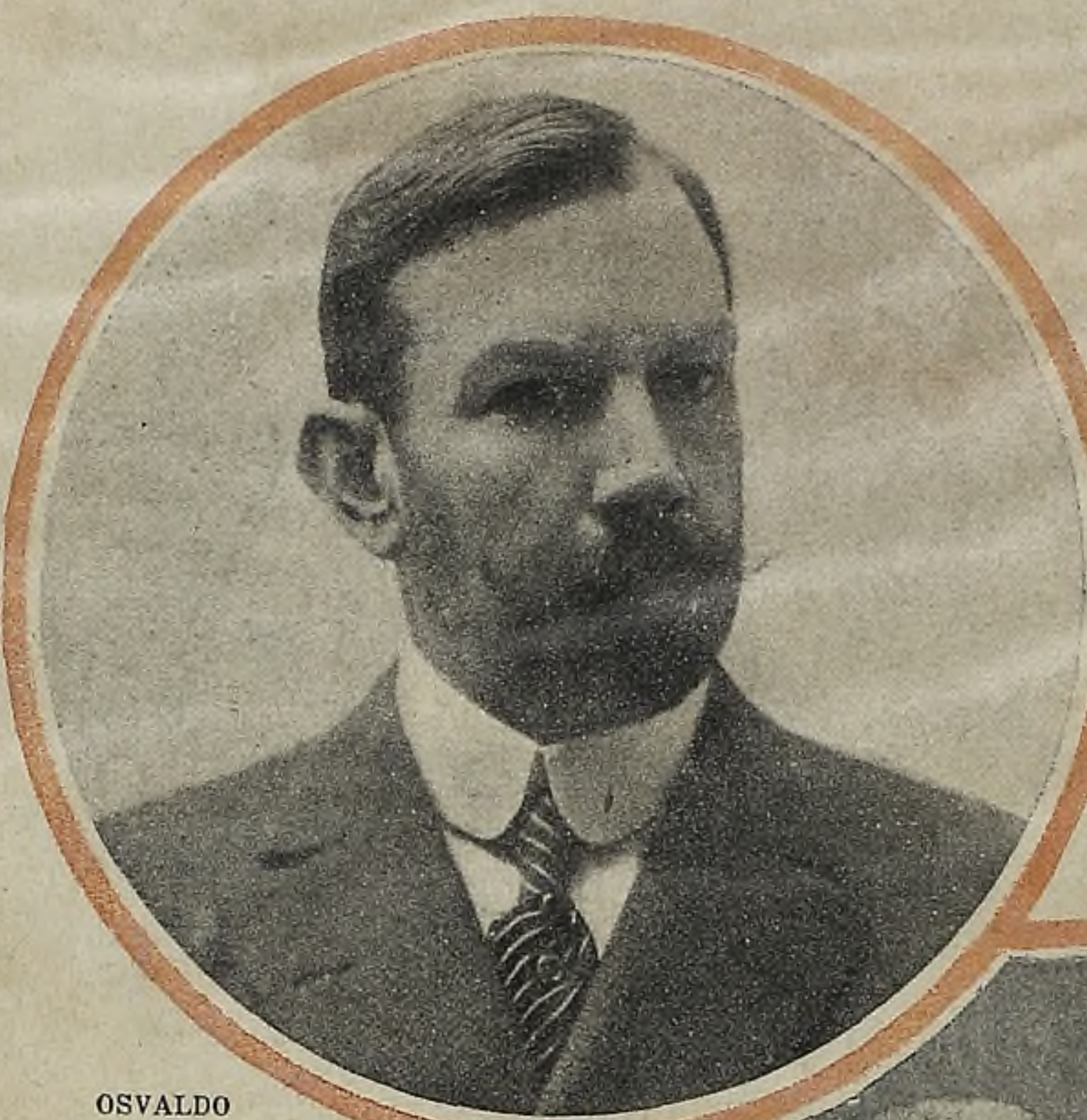
No sólo se ha dado dinero al asunto educacional. Hombres de talla y de talento pasaron por los ministerios, universidades y consejos dejando muestras duraderas de su acción docente o de su capacidad de políticos en la única acepción noble del vocablo. El doctor Juan Ramón Fernández, por ejemplo, que planeó un régimen educacional de primer orden, desgraciadamente no llevado a la práctica por la duración efímera de su cartera; Osvaldo Magnasco, más brillante en la palabra que en la acción, inteligencia clásica formada en el estudio del derecho y de las letras latinas, removió el ambiente y trajo al debate la discusión inteligente y elevada de las reformas que proyectó; Joaquín V. González, pensador tranquilo y fuerte, talento constructivo hasta en la pequenez de los detalles, implantó por primera vez en nuestra tierra la enseñanza integral y pagó tributo al espíritu casi exclusivamente científico que señoreó las inteligencias de principios de siglo; y, últimamente, Carlos Saavedra Lamas llamó la atención y obtuvo el aplauso de los entendidos con una especie de escuela vocacional que se llamó "intermedia".

En el Consejo Nacional de Educación actuaron de maneras diversas y profundas tres hombres de talento: José María Ramos Mejía, Pedro N. Arata y Angel Gallardo.

A pesar de todo y aun cuando el esfuerzo material haya sido enorme, la cultura media del país no ha levantado su nivel; antes, por el contrario, parece como que hubiera disminuído. Médicos, abogados, ingenieros, maestros de escuela, etc., van perdiendo cada día el concepto ético de su oficio para sólo contemplar sus ventajas positivas, que suelen ser las más reñidas con la inteligencia o el estudio.

La enseñanza, en general, se resiente de la falta de una fuerte base ética. Ni en la cartilla, ni en el mapa, ni en el tubo de ensayo, ni en el teorema que se demuestra en la pizarra, el alumno hallará la fuerza moral a la que deberá acudir mil veces en la vida.

Nuestros establecimientos de enseñanza instruyen sin educar. En ellos sólo se contempla "la inteligencia" del niño o del muchacho, sin caer en la cuenta de que aquel muchacho o este niño tienen también su corazón. La escuela descuida el sentimiento, que es por lo menos una mitad del alma



OSVALDO
MAGNASCO

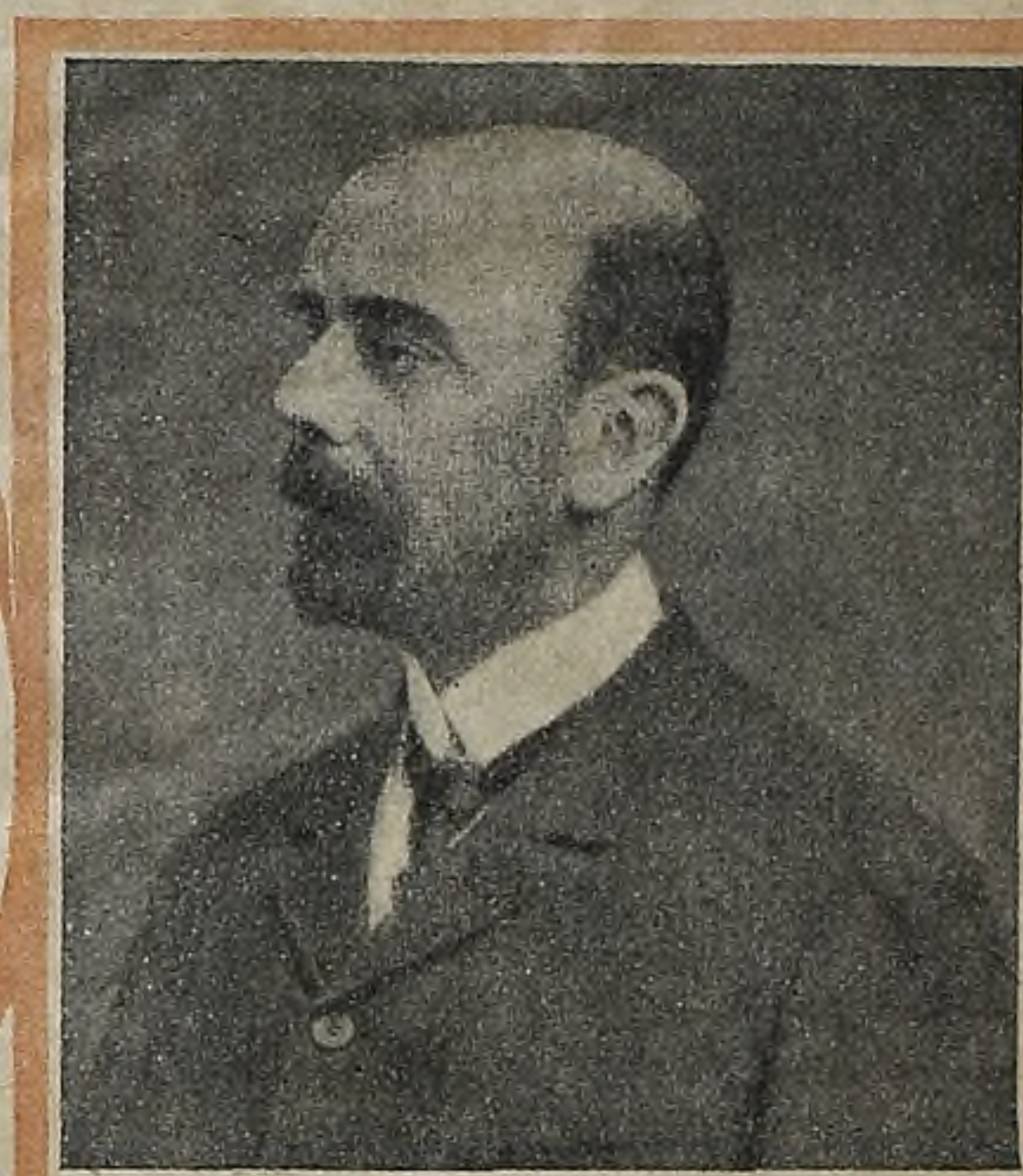
de los hombres. De ahí su fracaso en todos los órdenes sociales. Así se han formado el político venal, híbrido de fullero y de bandido, el médico negociante, el escritor mercachifle, el poeta chalán, el maestro logrero, el abogado vividor, el empleado poco honesto y el dependiente desleal.

Los últimos veinte años de cultura no han tenido un resultado muy halagador.



CARLOS
SAAVEDRA
LAMAS

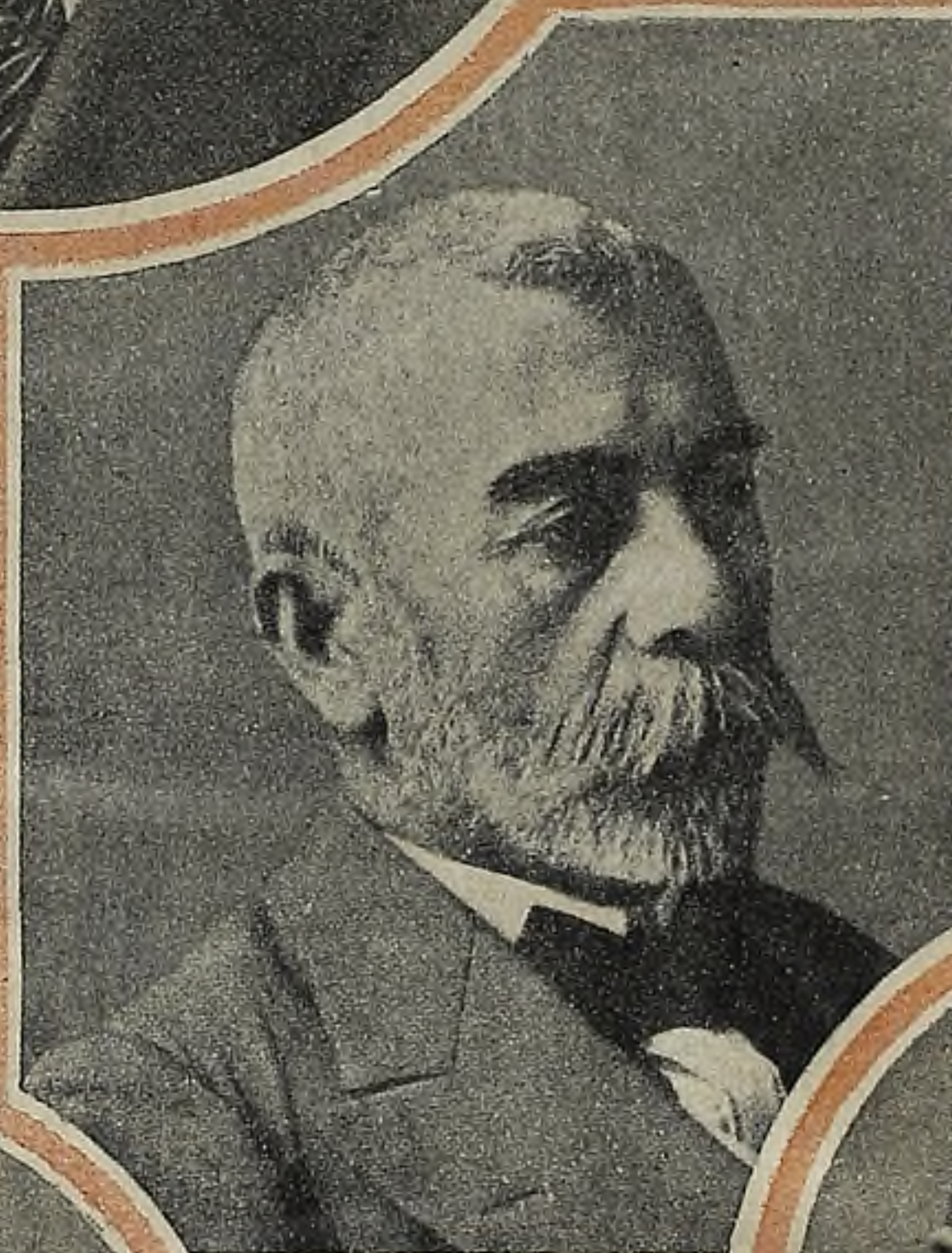
dor. Es preciso, entonces, buscar la causa del fracaso y tratar de atacarla lo antes posible para evitar el desarrollo de males peores. Hasta que la escuela, el colegio y la universidad no inculquen en el espíritu de los alumnos un sano y vigoroso concepto moral se habrá perdido todo esfuerzo y se habrá malogrado toda iniciativa. No basta una que otra lectura del "Corazón" y alguno de esos capitulillos escritos a la zurda manera que todos conocemos, para edificar el alma de los niños. Es necesario que en todas las aulas, en todas las mate-



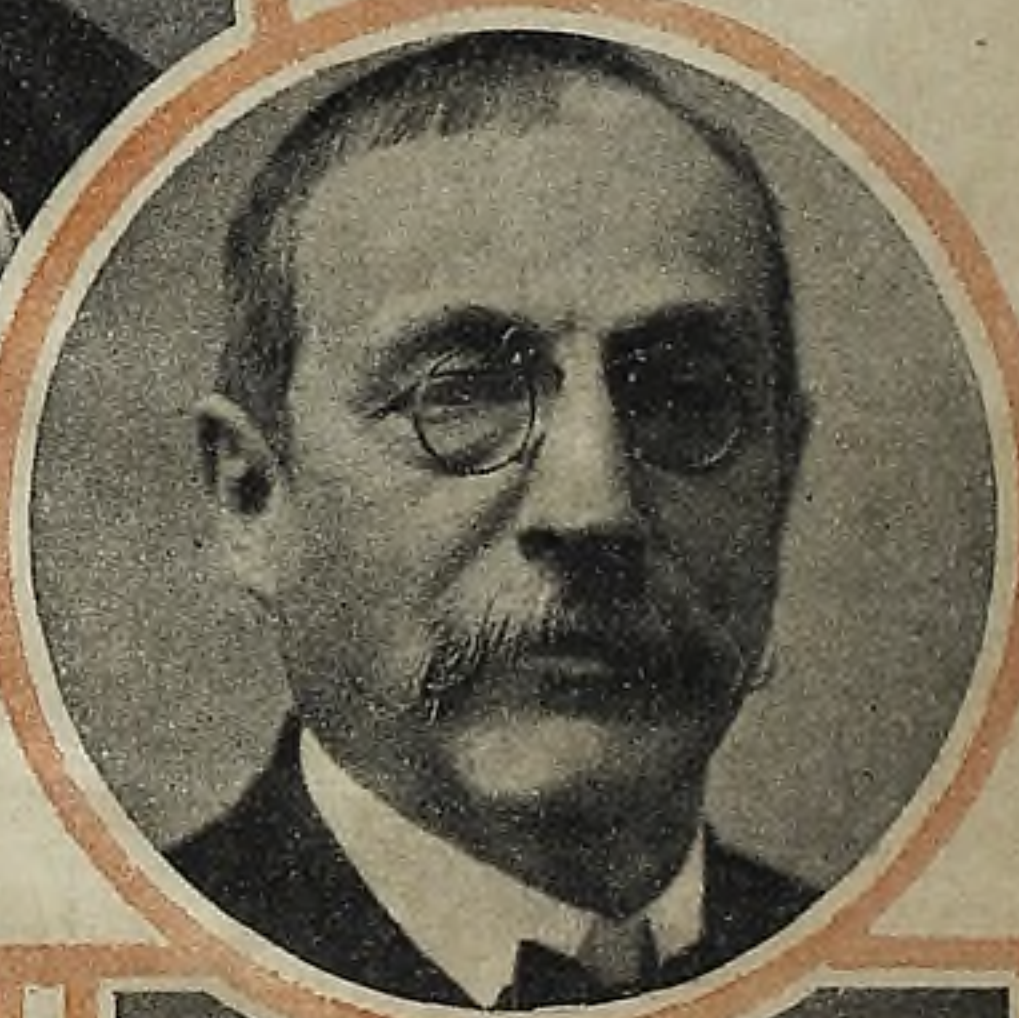
JUAN RAMÓN FERNÁNDEZ

rias y en todas las investigaciones, el maestro, el profesor o el catedrático recuerden que no sólo se dirigen a seres inteligentes, sino también a criaturas sensibles.

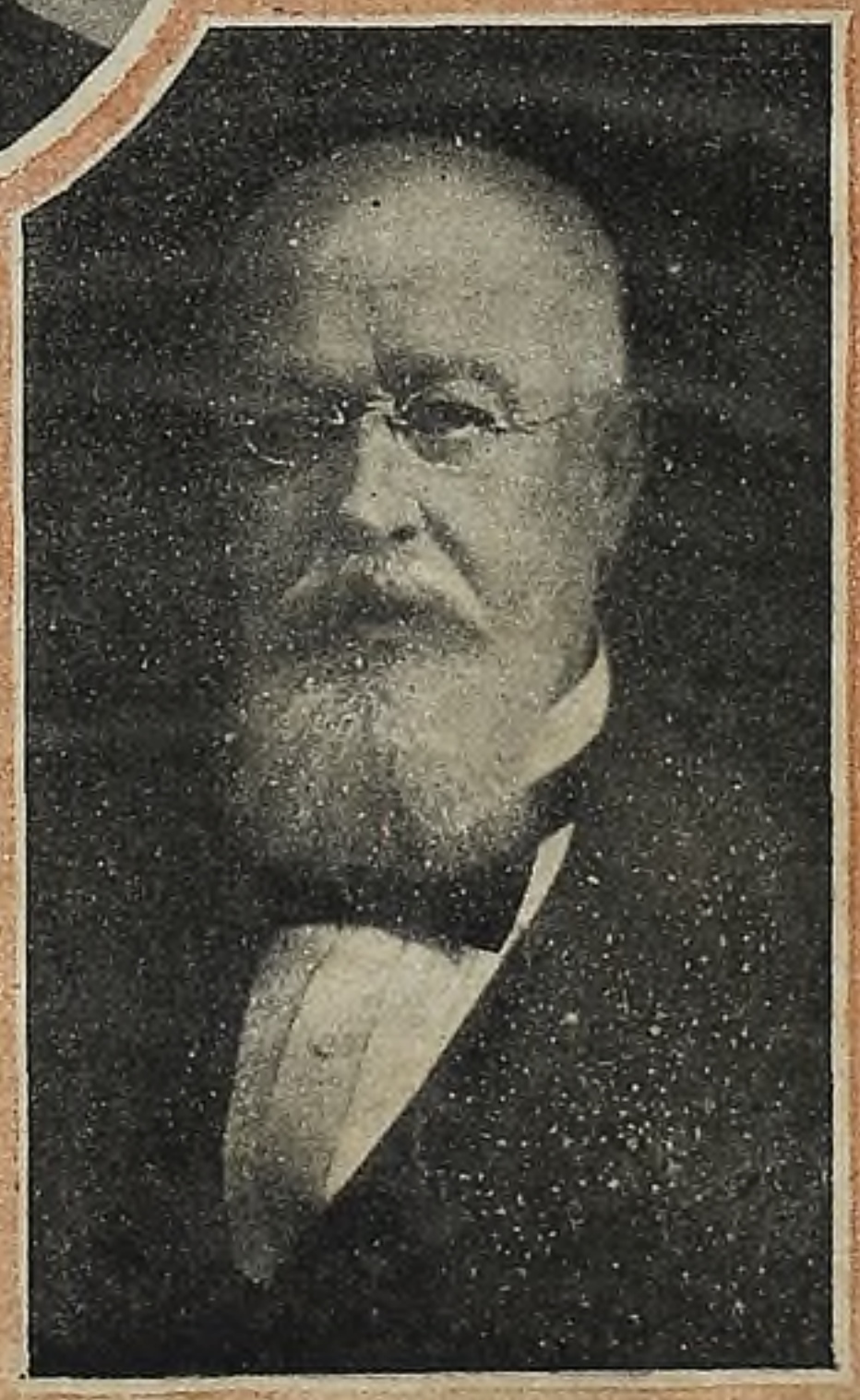
La ausencia casi absoluta de concepto ético es lo que, a nuestro juicio, ha hecho fracasar las numerosas tentativas y los costosos esfuerzos realizados en pro de la enseñanza pública del país durante los últimos veinte años.



JOAQUÍN V. GONZÁLEZ



JOSÉ MARÍA
RAMOS MEJÍA



PEDRO N. ARATA



ANGEL GALLARDO





N cuanto Octavio Leglaine hubo cerrado la puerta, la vieja Prudencia gritó desde el fondo de la cocina:

— En la mesa del comedor hay un paquete para usted. No me pregunte, sin embargo, quién lo envía, porque el recadero que lo ha traído se ha olvidado de decirlo.

Leglaine, un tanto preocupado, quitóse el sobretodo. Era un hombre macizo, de unos cuarenta años, robusto, de anchos hombros, color sano, y fisonomía abierta y franca.

Bastóle echar una mirada a la redonda caja de cartón para adivinar su contenido.

— ¡Una torta del Delfinado! — exclamó con un estremecimiento de glotonería.

¿Quién había podido enviarle aquel exquisito dulce, de dorada costra, ligeramente tostada, hecho de candeal, manteca, azúcar y huevos, con unas gotas de aguardiente y perfumado con limón y azahar, que es el triunfo de los panaderos y pasteleros de Villeroche?

— De todos modos, el regalo tiene su ironía, porque ¿con quién va a celebrar la fiesta de los Reyes un solterón como yo? En fin, la celebraré con usted, Prudencia. Pondrá usted su cubierto en la mesa en frente del mío y tóquelo o no el haba, será usted la reina y la abrazaré.

Aquella salida púsole de buen humor y a su cargada sonora respondió la risa cascada de la doméstica, que, con las mangas subidas hasta el codo, las cintas de su cofia echadas a la espalda, su rostro flaco, terroso, surcado de arrugas y sus ojillos sonrientes y maliciosos, plantóse con los brazos en jarras delante de su amo.

— Señorito Octavio: mi puesto no está en su mesa, sino en la mesa de la cocina. Además, ¿a quién se le ocurre invitar a una vieja cuando se tiene, como usted, una traza soberbia capaz de trastornar a todas las muchachas de Villeroche!

— No pretenderá usted, sin embargo, que baje a la calle para invitar a la primera muchacha que pase.

— ¿Quién le habla a usted de bajar a la calle? Sin salir de esta casa...

Leglaine hizo un gesto de azoramiento.

— ¿Se ha vuelto usted loca, Prudencia? ¿Quiere usted que vaya a invitar a la señorita Tabaret, a quien apenas conozco más que de haberme cruzado con ella en la escalera y a la que nunca he dirigido la palabra? Me daría con la puerta en las narices y no le faltaría razón para ello.

— En primer lugar, es demasiado fina para incurrir en esa grosería; figúrese usted que cada vez que me encuentra me pregunta por mi salud. Y en segundo lugar, no es una niña de quince años, sino que me parece que tiene ya sus treinta. De todos modos, yo de usted me arriesgaría a invitarla.

Aquella idea de convidar a su vecina, a la profesora de piano del piso segundo, de porte modesto y reservado, acabó por agradarle, porque armonizaba con su carácter novelero, alegre y jovial.

— De todas maneras, Prudencia, tome usted nota de lo que voy a decirle: si la señorita Tabaret se niega a celebrar la fiesta de Reyes en mi noble compañía, sobre la cabeza de usted caerá todo el peso de mi despecho y de mi furor.

A pesar de su habitual desenvoltura, de aquella indolencia natural que le perjudicaba cerca de la clientela que visitaba como representante de varias



La sortija

Cuento de Reyes

Por EUGENIO DREVETON

Ilustración de
León Bouché

casas, lo cual le preocupaba poco porque disfrutaba de buenas rentas, Octavio Leglaine no tenía el mismo aplomo mientras subía al piso de su vecina; y si no hubiese temido las burlas de Prudencia, habría dado media vuelta y regresado a su casa. Oprimió el timbre, cuyo claro retintín resonó en el fondo de su alma, y sin darle tiempo de pensar cómo formularía su petición, abrióse la puerta y apareció en ella la señorita Tabaret, cubierto el cuerpo con un sencillo peinador de lana y el cabello algo en desorden, lo que en nada disminuía su real distinción.

A las excusas que turbado y balbuciente formulaba Octavio, contestó ella:

— Nada de esto, caballero; no me molesta usted en lo más mínimo. Yo soy, por el contrario, quien ha de pedirle a usted perdón por recibirle en este traje.

Hízole entrar en la salita en donde daba sus lecciones, recorrió un poco las grandes cortinas de la ventana y le invitó con un ademán a tomar asiento en una butaca, mientras ella se sentaba en el taburete del piano. Su busto erguido, su perfil de una regularidad perfecta, su nariz delgada y recta, se destacaban con pureza vigorosa; sus grandes ojos negros iluminaban el rostro de tez mate, que con las líneas casi imperceptibles de la frente y el plie-

"Pero ahora, calmada, sin pesares, consagrada por entero a..."

gue de la barba, tenía ese encanto enternecedor de la belleza que va a sufrir las primeras acometidas de la edad.

Hasta entonces, Octavio había mirado a su vecina muy distraídamente; pero en aquel momento, al contemplarla tan de cerca, sorprendióse de verla tan distinta de aquella que, en sus poco frecuentes encuentros, sólo le había dejado una impresión de retraimiento y de reserva afectada.

— Señorita — dijo al fin, comprendiendo que debía explicar sin más tardanza el objeto de su visita: — aquí tiene usted a un hombre en extremo perplejo... ¿Cómo decir a usted?... Hoy es la fiesta de los Reyes y ya conoce usted la antigua costumbre. Me han enviado una torta, pero estando solo en la mesa, ¿cómo puedo cumplir el rito?... Afortunadamente, Prudencia ha venido en mi ayuda diciéndome que invitara a usted, y yo vengo, a suplicarle, señorita, que me haga usted el honor de venir, después de almorzar, a comer la torta en mi compañía, si esta invitación, hecha con el mayor gusto, no ha de ofender a usted.

Un leve rubor cubrió la frente de la señorita Tabaret, quien, dominando su emoción, respondió:

— ¿Por qué había de ofenderme? Pero mi negativa tampoco podrá ofender a usted, puesto que la iniciativa de la invitación ha partido de Prudencia.

Octavio sintió el alfilerazo y comprendió su torpeza.

— Perdóneme usted, señorita; en realidad no debiera haber mezclado a Prudencia en este asunto.

Mostrábase tan turbado, que la señorita Tabaret hubo de conmovirse y se arrepintió de su ironía.

— Su invitación — dijo — me halaga mucho, pero...

— ¡Ah! Ya veo que se ha ofendido.

— No, caballero, aseguro a usted que no.

— Demuéstrelo usted aceptando.

— Pues bien, sí; acepto — respondió la profesora, sonriendo.

— ¡Ah, gracias, señorita!... Prudencia no me había engañado al ponderarme la indulgencia y la bondad de usted. ¡Ea! Ya vuelvo a traer a colación a Prudencia. Me retiro, porque temo que, de continuar hablando, cometería alguna nueva torpeza... Hasta luego, señorita.

Después de haberse inclinado profundamente, Octavio Leglaine se despidió y bajó precipitadamente la escalera.

Mientras Prudencia se apresuraba a

(Continúa en la pág. 100)



1904 - Veinte años de automovilismo - 1924

Por BERNARDO GARCIA SIERRA

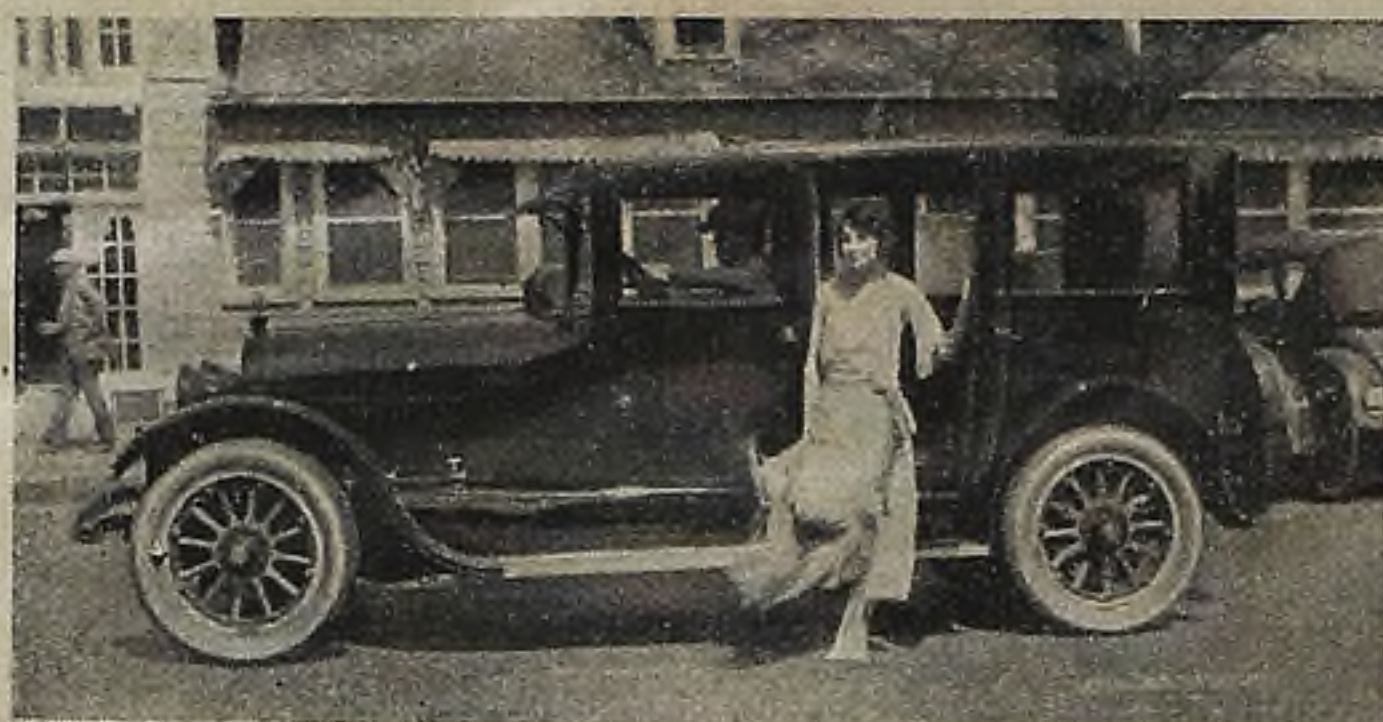


L 11 de junio del año que ahora se inicia, el Automóvil Club Argentino celebrará el 20º aniversario de su fundación. El reducido núcleo de caballeros que por amor al deporte y con clara visión del futuro unieron sus esfuerzos para estimular por todos los medios el desarrollo del automovilismo

en la Argentina, han logrado ver realizados, en el término de dos décadas escasas, la mayor parte de los propósitos que en 1904 les llevaron a fundar la institución a que nos referimos y cuyo nombre y cuya labor quedarán para siempre ligados a la gran obra de progreso que para todo país civilizado significa la adopción de este admirable método de transporte.

Pero ni la buena voluntad de los fundadores de ese club, ni la de los dirigentes que más tarde tuvo, llegaron a ver la realización de los sueños que acariciaban hace quince o veinte años, cuando las excursiones más largas en que se aventuraban los automóviles de entonces llegaban hasta Belgrano. En el peligroso circuito compuesto por Avenida Alvear hasta Belgrano, vuelta al centro y por la calle Corrientes hasta la Chacarita, y de ésta otra vez al centro, por la calle Rivadavia, los temerarios automovilistas de entonces soñaban, mientras iban encaramados en los altos asientos de verdaderas "cafeteras" humeantes, ruidosas e indisciplinadas a la dirección y a los frenos, en que algún día el país contaría con caminos llanos y extensos, que les permitiría comunicarse rápidamente entre pueblos y ciudades. Pero, si tenemos en cuenta la proporción en que entre nosotros han aumentado los automóviles, con el número y longitud de caminos construidos, tendremos que esos sueños de los automovilistas de hace veinte años, pueden considerarse como simples "sueños de una noche de verano".

De los 129 automóviles que fueron importados en la Argentina en 1901, contábamos, según ciertas estadísticas de comienzos del año que ahora fenece, con 134.826 automóviles para el transporte de pasajeros, y 1.379 camiones. Sin embargo, los caminos no han aumentado en ninguna proporción alentadora. Estamos en la Argentina sufriendo un deplorable atraso en cuestiones de turismo. Salvo el inevitable camino al Tigre y otros de más o menos reciente apertura al servicio público, las carreteras de acceso a nuestra capital son, desde el punto de vista automovilístico, reducidas en número. Y un automóvil cuyos servicios como diversión resultan inapreciables en cualquiera de las ciudades o pueblos de los Estados Unidos o de Europa, es, en esta ciudad de Buenos Aires, de una relativa eficacia. Estamos, y así seguirán las cosas por muchos años todavía, superados a los caprichos del



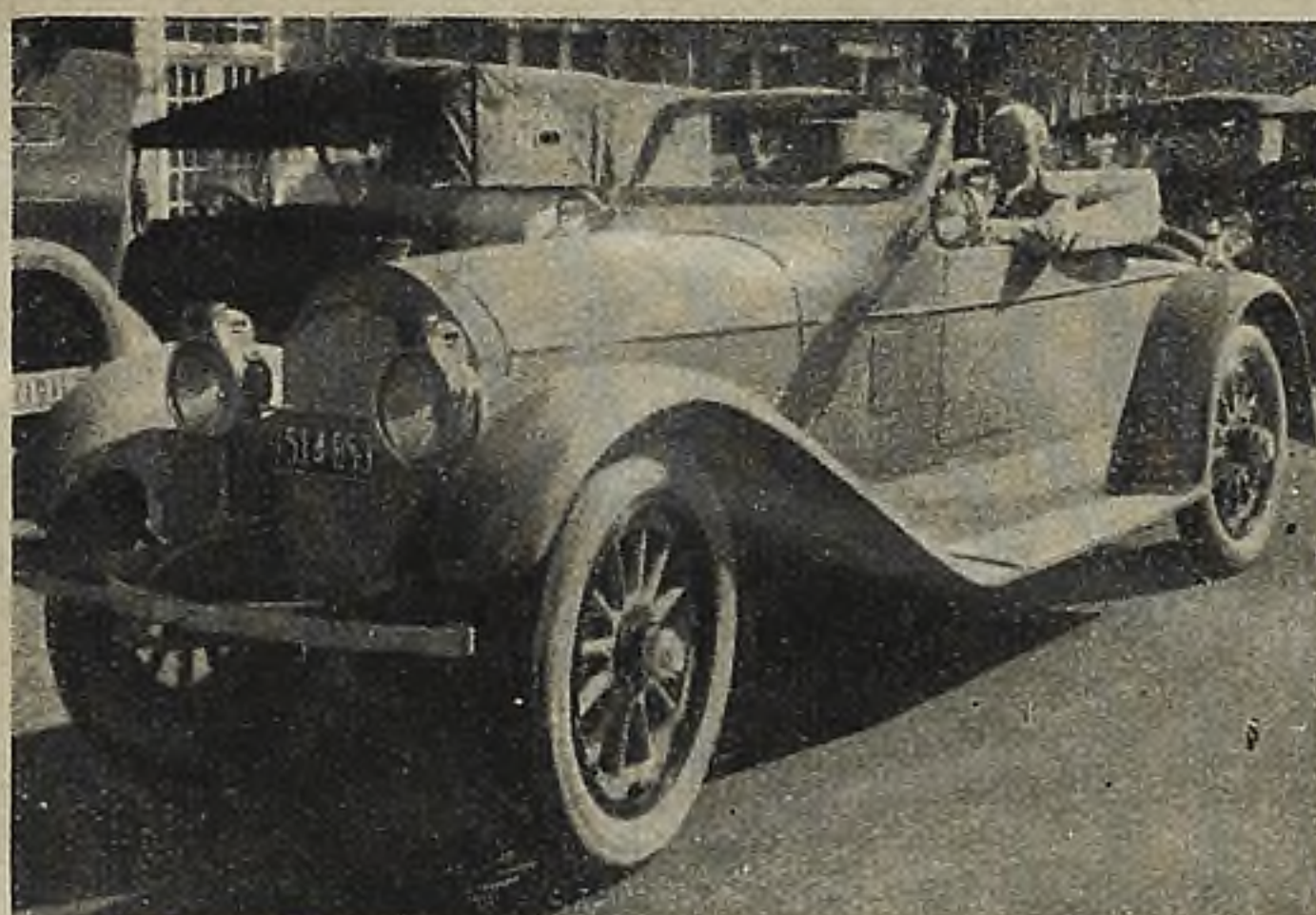
1922

tiempo. El turismo y la agricultura, en la Argentina, se rigen por el barómetro, aunque no paralelamente. Porque así como un verano de gran sequía deja los caminos expeditos para el paso de los automóviles, y da un admirable impulso al turismo local y nacional, sufren los sembrados enormemente.

Y si la lluvia resulta benéfica para el suelo donde se siembra, su influencia es deplorable sobre las lonjas desniveladas de tierra que por acá nos hemos acostumbrado a llamar caminos.

Pero aun sin el estímulo inapreciable que las buenas carreteras ejercen en favor del uso del automóvil, esta clase de vehículos ha sido adoptada en el país, tanto en los grandes centros de población, como en la campaña, como un medio de transporte insustituible en las excursiones de placer o de negocio.

Como en todos los deportes llamados mecánicos, el automovilismo recibió los impulsos definitivos que



1923

necesitaba para ampliar su campo de acción, saliendo del círculo más bien estrecho de los "sportsmen" de entonces, cuando se organizaron en la Argentina carreras de automóviles, en las que se disputaban el honor de la victoria, no los propietarios de los pocos coches que entonces había en el país, sino los fabricantes de grandes marcas, que veían en la Argentina un mercado excelente para sus productos. Porque si bien es cierto que la primera gran prueba automovilística oficialmente organizada y auspiciada por el Automóvil Club Argentino, fué la carrera Buenos Aires-Mar del Plata, en la que se disputaba la "Copa Tornquist Challenge", y con la cual se clausuró la temporada de 1911-1912. Otras carreras de menor importancia, pero acaso de mayor trascendencia, se habían realizado anteriormente, como aquella en la que participaron los señores Aarón Anchorena y el actual presidente de la república, don Marcelo T. de Alvear, y que se efectuó a beneficio de cierta institución de caridad, en la pista del Hipódromo Argentino. En esa época memorable, dos tracciones pugaban por la supremacía: el vapor y la nafta.

El doctor Alvear iba al volante de un locomóvil... con dos calderas, y el señor Anchorena en un Pan-



hard de nafta, combustible que entonces había que comprar en las farmacias.

Hay una diferencia de tiempo, entre ahora y entonces, que puede medirse en veinte años; pero la diferencia entre los automóviles de 1904 y los de 1924 es imposible de calcular. La industria del automóvil, secundada por la ciencia, ha realizado verdaderas maravillas mecánicas. No sólo se ha aumentado la velocidad de las máquinas, obteniendo en los motores un perfeccionamiento admirable, sino que la economía y rendimiento del combustible, la comodidad de los pasajeros y la estética misma de las líneas de los coches, han sufrido alteraciones definitivas. El arte de los que diseñan cuerpos de automóviles ha creado, digamos así, una nueva estética aplicada a una cosa nueva. Se tropezaba con grandes dificultades de orden artístico. Las gentes estaban acostumbradas a ver, delante de toda clase de vehículos, a uno o varios caballos.

Pero el ingenio humano dió a los motores, ya fueran de vapor o de explosión, una apariencia agradable, ocultándolos hábilmente con "capots" de artísticos diseños, que respetaban el estilo general de la carrocería.

Hay también una diferencia apreciable entre la llamada "Fiesta del Motor", exposición precursora del actual Salón del Automóvil, y éste que se lleva a cabo todos los años, y cada vez con éxito más creciente.

Aquella se efectuó en San Martín, hace seis años, bajo las carpas de lona. Unos cuantos coches se exhibían, como justificando el sacrificio que los visitantes realizaran, yendo hasta esa localidad en un día de furiosa lluvia.

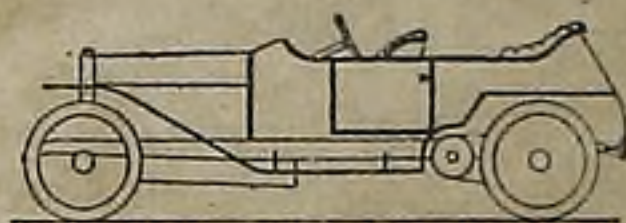
El último Salón, que cerró sus puertas a fines de noviembre del año que ahora termina, ha demostrado un adelanto tal sobre los anteriores, y ha ofrecido tan excelentes perspectivas para los que vendrán después, que ya se puede considerar al automovilismo en la Argentina como una actividad necesaria y hondamente arraigada en la vida diaria de sus habitantes.

Veinte años de transformación absoluta, de realización de propósitos y de un esperar sin desfallecimientos, de un esperar en que la divina providencia nos envíe mejores caminos, porque la acción particular, colectiva o individual, y la oficial, han sido proporcionalmente casi nulas en tal respecto.

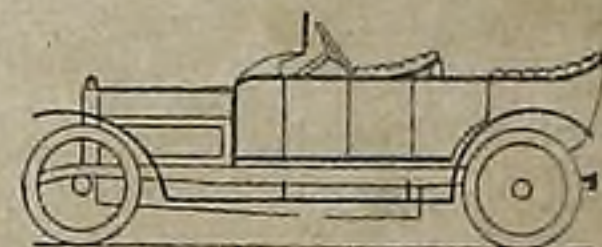
Es deplorable que entre nosotros no se haya obrado el milagro que en la colaboración obraran el automovilismo y los caminos en otros países.

Porque así como éstos se desarrollan con el aumento de aquél, aquellos se multiplican con la simple duplicación de éste.

Esperemos que el año que se inicia sea más pródigo en mejores caminos, para el regocijo de los automovilistas que siempre los han esperado con un optimismo y una paciencia admirables.



1911



1912



1913



1914



1918



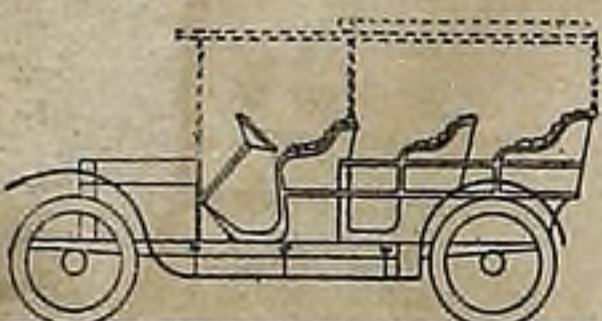
1919



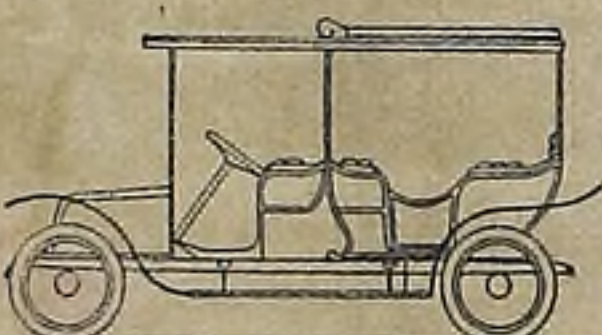
1921



1904



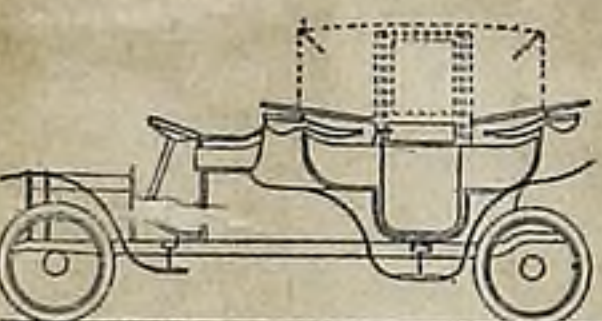
1905



1906



1907



1908



1909



1910



A orquesta finalizaba un tango entre los lánguidos acordes de sus notas impregnadas de tristeza, mientras las parejas que danzaban en el centro del salón, jóvenes casi todas, parecían compartir la armonía melancólica de esos arpeggios, y lo manifestaban en la suavidad de sus miradas y en el ritmo cadencioso de su paso.

Gustavo Lasquiers, de pie, cerca de uno de los balcones que rodeaban la casa, meditaba. Por la ventana abierta penetraban suaves ráfagas que traían efluvios de flores y suspiros. Era una bella noche de plenilunio aquella. Arriba, las estrellas, parecían pupilas de tímidas doncellas que despertaran ruborosas de sus sueños de vírgenes para oír baladas de amor. Abajo, las sombras, envolviendo en silencio el verdor de los jardines, semejaban fantasmas sigilosos reunidos bajo la placidez de los cielos para desafiar su grandiosidad... ¡El último día del año! Gustavo contemplaba el firmamento, sumido en reflexiones. Le parecía que el año transcurrido había sido un suspiro, un beso que salió de lo profundo de su corazón y fué girando por el ambiente hasta esfumarse en el reloj de arena que cuenta las horas de la vida. Un año que se va..., otro que comienza... ¿Por qué misteriosas leyes los hombres van desapareciendo bajo los engranajes complicados de la existencia humana, mientras que esos astros, mucho más inmensos que la tierra misma, se mantienen erguidos, siempre luminosos, siempre inaccesibles, para medir tal vez la peregrinación del mundo a través de sus gigantescas moléculas? ¿Por qué la vida del hombre, en conjunción con incomprensibles designios, estaba sujeta a nacer, crecer y morir, como los animales, como las plantas, seres a quienes Dios no puso ninguna alma y no dió facultad para forjar ninguna idea?

¡El último día del año! ¿Qué le aguardaba para el venidero? ¿Acaso la misma dolorosa lucha contra el destino hambriento de sus esperanzas y de su dicha? ¿Acaso la misma sed de venturas y de amor?

Enrique Grardel lo sacó de su abstracción.

—¡Hombre! Quiero que me presentes a tu novia. Mira que vengo del Azul para darme ese gustazo.

Mientras hablaba, su mano afanosa trataba de recoger la manga de la camisa por debajo del frac. A pesar de su tristeza, Gustavo sonrió.

—Estás incómodo con ese traje...

—¿Incómodo? ¡Harto! No estoy acostumbrado a esta estrechez... Me ahogo... Bueno..., ¿y tu novia?...

—Mira. Ahí viene.

Enrique volvióse vivamente, pero cuando vió la silueta de la mujer que se acercaba, parpadeó sorprendido.

—¡Bah!—exclamó, bonachón, como hombre a quien las bromas no molestan. Gustavo ni siquiera se inmutó. Silencioso, esperó a que ella se acercara.

—Mi novia Eloísa, mi amigo Enrique Grardel.

Éste, completamente confundido, no atinó a extenderle la mano. Un vivo sonrojo cubrióle las mejillas. Al fin, se repuso, y dijo:

—Su servidor, señorita.

Eloísa, comprendiendo la causa de aquella estupefacción, lo bañó con una mirada llena de tristeza, la tristeza indefinida de los que sienten llorar el corazón. Se sabía fea, de mejillas hundidas, de semblante descolorido, con una nariz deformada, debajo de la cual la boca torcida simulaba una mueca que en vano quería perfilar de oro la bondad de la sonrisa. Estos defectos podían haber sido tolerables si no hubiera sido por la deformación de su cuerpo, conjunto inarmónico de líneas bruscas, con un pecho hundido, ampulosas caderas y piernas delgaditas que se balanceaban al caminar, incapaces de sostener el peso de su cuerpo.



Revelación

Por

SOFIA ESPINDOLA

Ilustraciones de
Rodolfo Franco

Bajo la gloria de esa mirada triste, Enrique logró serenarse completamente.

Hombre franco, criado en las llanuras libres de las pampas, no había aprendido a disfrazar sus sentimientos. Pero esos ojos que lo acariciaban sin ningún reproche, le hicieron comprender el alma exquisita que se encerraba dentro de esa flor tan poco favorecida por la naturaleza. Miró de soslayo a Enrique, cuya bizarra gallardía hacía más visible el contraste que formaba esa pareja. Era alto, regularmente grueso, una admirable cabeza de Rubens en cuyas facciones se transparentaba el alma titánica con que Ribera pintó a Prometeo, encadenado en el Cáucaso.

—¿Bailemos?—insinuó Gustavo. Y como Eloísa asintiera, se perdieron entre los danzantes. La novia, junto a su amado, olvidó a Enrique y soñó blandamente con la pureza de las almitas blancas que jamás se vieron manchadas por la traición y la afrenta de los hombres. Era feliz. Su amor, como una fuente milagrosa, regaba de ternuras todas sus ilusiones. Y, dulcemente, con los ojos entornados, comenzó a recordar su vida pasada. Antes de conocer a Gustavo, se abstenía de concurrir a los sitios frecuentados. Era fea, deformada, incapaz de forjar una ilusión, y renunció al sueño más sublime en la mujer: a ser novia, esposa luego y madre quizá... Huérfana de madre, vivía en un soberbio palacio, rodeada de criados atentos a satisfacer sus menores deseos.

"...y soñó blandamente con la pureza de las almitas blancas..."

Pero, ¿qué iba a pedir ella, si lo único que le faltaba nadie podría dárselo?

En una reunión privada que dió en su casa, conoció a Gustavo. Su alma se estremeció, emocionada. ¿Sería posible esa ilusión? ¿Y por qué no? Stendhal, en sus teorías "Del Amor", dice: "Un hombre encuentra una mujer fea y se asombra de su fealdad, pero, bien pronto, si no es vanidosa, le hace olvidar los defectos de sus rasgos, la encuentra agradable y concibe que pueda ser amada. Ocho días después, tiene esperanzas; ocho días más tarde, se las quitan, y ocho días después, está loco de amor". ¿Estuvo acertado el escritor francés? Eloísa no pudo precisarlo. Pero al cabo de un mes, Gustavo la solicitó en matrimonio...

Como la orquesta cesó sus acordes, la joven tuvo que separarse de Gustavo, para atender a otros convidados. Poco después, una gran campana colocada en el ángulo del salón tocó doce campanadas. El año moría lánguido entre las lentas vibraciones de esos sonidos. Un algo inexplicable selló los labios, mientras las campanas seguían llenando de ruidos todos los ámbitos. Parecía que cada uno recogía su pensamiento y meditaba... Cuando el último sonido se extinguió, la concurrencia adquirió de súbito una ruidosa alegría. Se reía, se agitaban las manos, se improvisaban ruedas, se bromeaba. Las amigas se besaban, y los caballeros se palmeaban, deseándose un feliz año nuevo. Gustavo, de espaldas al balcón abierto, miraba la multitud delirante, con filosófica piedad. A poco, Enrique se le acercó.

—¡Hombre! Te noto extraño... ¿Qué tienes?

—Ni yo lo sé.

Permanecieron silenciosos. La concurrencia seguía festejando la llegada del año nuevo. Y para Gustavo cada una de sus carcajadas era como un punzazo dado en pleno corazón.

—Dime—le preguntó de súbito, enfrentándose con su amigo,—¿te ha sorprendido el encontrarme ligado con una mujer como Eloísa?

—Este..., verás...—exclamó el otro, confundido.—Como te sabía enamorado de Clarisa...

—Hablas en tiempo pasado.

—¿Cómo!

—Por desgracia, amo con toda mi alma a Clarisa.

Y ante el asombro de Enrique, confesó:—Mi vida de disipación me llevó al margen del abismo. Después de derrochar la pequeña fortuna que con tanto sacrificio logré formar en el campo, me encontré lleno de vicios y de deudas. Guiado por falsas amistades, falsifiqué la firma de mi cuñado y cobré un cheque por valor de diez mil pesos...

—¿Diantre!... ¿Y?...

—Que me han dado un plazo de cuatro meses para devolver esa cantidad si quiero librarme de la cárcel. ¿Comprendes mi situación? Tarde ya para retroceder, busqué una mujer rica que me salvara, y me comprometí con Eloísa. Sé que es fea, pero tiene mucho dinero...

—¿Y Clarisa?

—¿Ella? ¡Pobrecita! ¡Nada sabe! ¡Ah, Enrique! Si yo tuviera treinta mil pesos..., nada más que treinta mil...

En ese momento, una joven graciosamente vestida de blanco se les acercó.

—¿No han visto a Eloísa? La vi salir hace un momento por ese balcón...

Y diciendo esto, señaló el contiguo al que se hallaban de espaldas los dos amigos. Éstos volvieron rápidamente, a tiempo que la figura desgarrada de Eloísa aparecía por entre los arbustos que cubrían el balcón.

—¿Me buscabas?—preguntó, dirigiéndose a la joven. A pesar de que su sonrisa era siempre la misma, dulce esbozo que en varo quería perfilar de oro la mueca de los labios finos y descoloridos, los

(Continúa en la pág. 107)

1904 - Veinte años de comercio e industria - 1924

Por LUIS PASCARELLA



A única nación europea industrialmente organizada en los comienzos del siglo XIX era el Reino Unido, y de ahí que una de las consecuencias benéficas de las invasiones inglesas consistió en el establecimiento de una corriente comercial, compartida más tarde con Francia, Alemania, Italia, y, a contar desde poco antes de la reciente guerra, con los Estados Unidos de América.

En cambio de los artículos manufacturados, se enviaban productos derivados de la ganadería, conocidos con la denominación genérica de "frutos del país", hasta que, hacia el último tercio del siglo, el desarrollo de la agricultura permitió el envío de cereales.

La filiación económica originaria del país ha sido, pues, netamente ganadera.

La Constitución del año 53, calcada sobre las ideas liberales de Alberdi, introdujo el elemento que, con el andar del tiempo, debía producir un cambio substancial en ese punto: la inmigración.

Y es que, abierta la Nación "a todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino", como dice el famoso Preámbulo, no respondieron al llamado sólo los que tenían la intención de dedicarse a las tareas rurales.

Llegaron muchos artesanos, que, como es natural, tendieron, en lo posible, a seguir ejerciendo el mismo oficio aprendido en su tierra de origen. Así nacieron los pequeños talleres, transformados más tarde en fábricas, y hoy en grandes establecimientos mecánicos. Su conjunto es conocido o se le distingue con el nombre de "Industrias Nacionales".

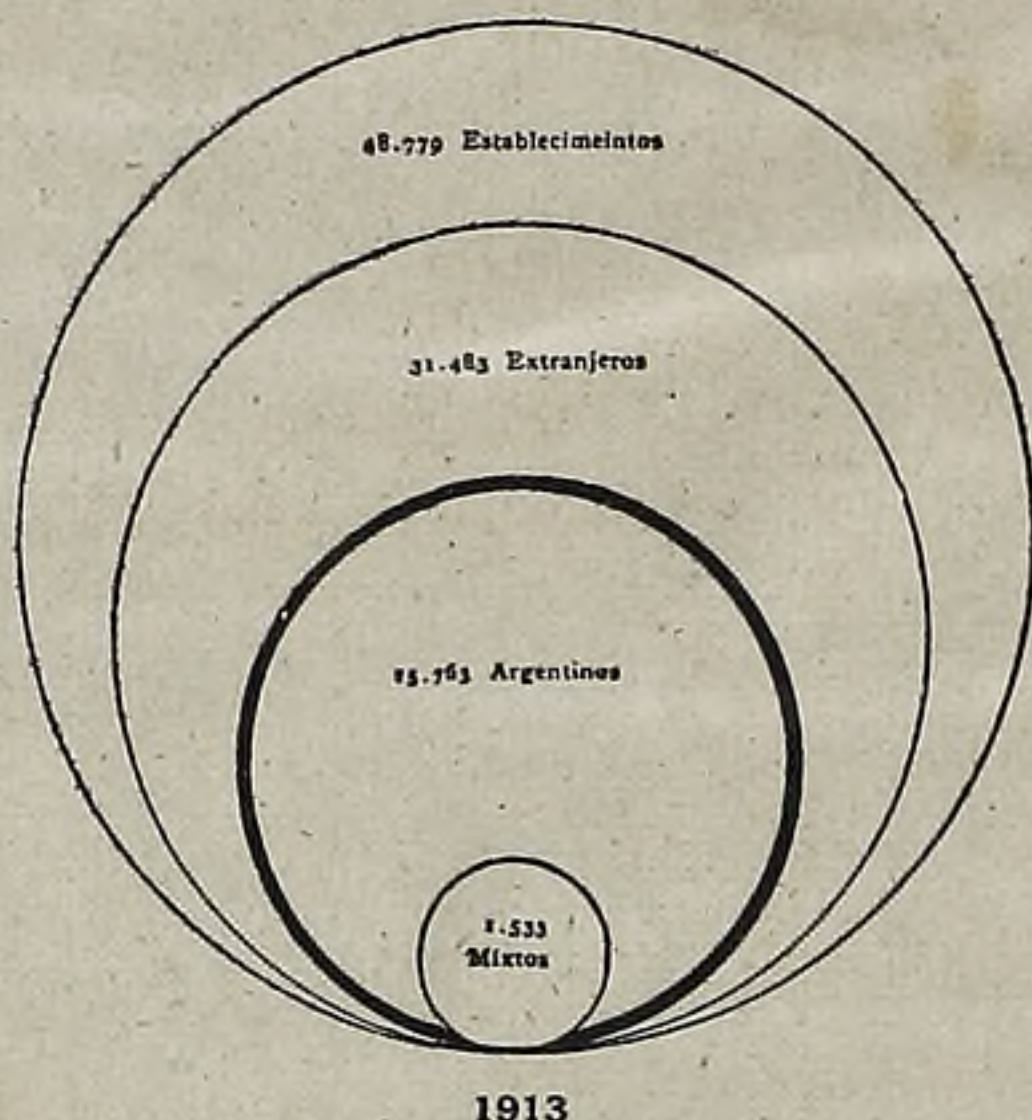
La industria introdujo un principio de organización y agremiación completamente desconocido hasta entonces. Dato curioso: la primera sociedad reconocida por el Estado en el carácter de persona jurídica, fué la de "San Crispín", formada por zapateros, que aun subsiste.

Veinte años después de promulgarse la Constitución, se sintió la necesidad de organizar un centro que concentrase intereses netamente industriales. El acontecimiento — vale la pena consignarlo — tuvo lugar el 29 de agosto de 1875, en la calle Potosí, 99, donde se reunieron los señores Juan Alcántara, Augusto Pech, Juan Cazenave, Juan Zaccane, Lorenzo Rosso, Jorge E. Cook, José Bontemps, Fernando Schleisinger, Bartolomé Cayol y Fernando Neumann, para conseguir — dice el acta, — con un trabajo constante, la adopción, por los poderes públicos, de varias reformas económicas, sin las cuales el país, aun siendo por su naturaleza uno de los más ricos del mundo, había de caer poco a poco en la miseria.

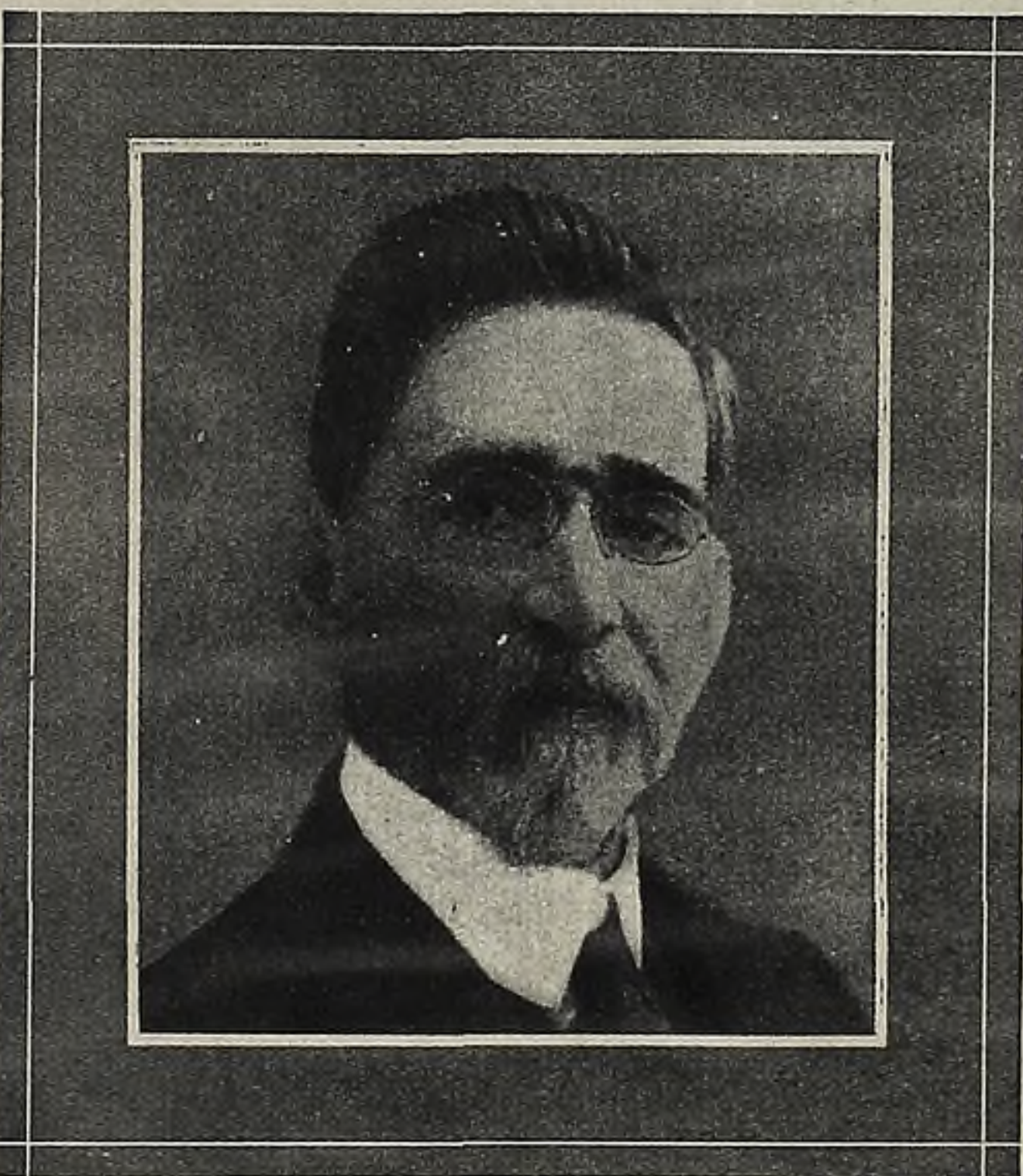
La institución se denominó Club Industrial Argentino. En 1878 se desdobló en dos entidades: el anterior y el Centro Industrial Argentino. El Club organizó la primera exposición industrial en 1877 y más tarde la Continental de 1882. La división subsistió hasta 1887, en que, bajo la presidencia del doctor Adolfo E. Dávila, reunidos los socios en el local del Club de Gimnasia y Esgrima, las dos sociedades se fusionaron, adoptando el nombre de Unión Industrial Argentina, que aun continúa y que, con excepción de las industrias vitivinícola y azucarera, concentra en

su seno todos los intereses industriales, representados por 34 secciones.

La filiación netamente inmigratoria de las industrias nacionales se refleja con sobrada elocuencia en el último censo de 1913, como lo demuestra el esquema respectivo. De los 48.779 establecimientos industriales que revela dicho censo, 31.483 pertenecían a extranjeros, 15.763 a argentinos, y sólo 1.533 mixtos.



Lo mismo sucede con el personal ocupado en las industrias, puesto que de un total de 174.782 obreros que revelaba el censo de 1895, 103.291 eran extranjeros y sólo 72.391 argentinos. Esa situación se modificó algo durante el transcurso de los diez y ocho años que medió entre uno y otro censo. Sobre 410.201 obreros que consigna el último, 209.623 son argentinos, lo que demuestra un aumento de un 23,8 % desde el anterior. Este porcentaje es muy probable que se haya acrecentado a contar desde 1913, en virtud del aumento general de los jornales y del mismo desarrollo industrial del país motivado por la guerra.



El doctor Adolfo E. Dávila, primer presidente de la Unión Industrial Argentina.

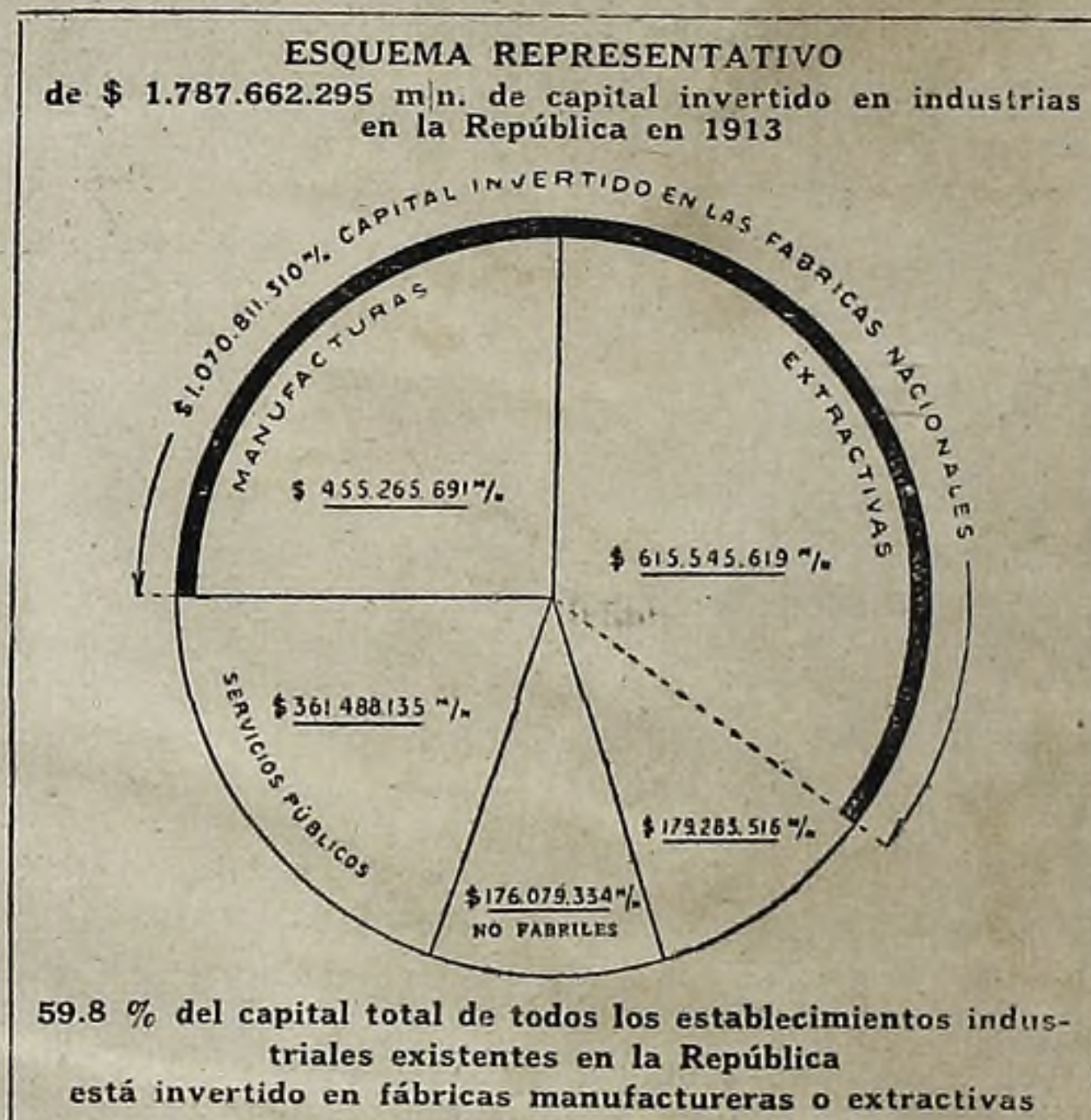
El sentimiento público no le ha perdonado a la industria su modesto origen inmigratorio, explicándose así la completa ausencia de un nacionalismo económico, medianamente comparable al acendrado y quisquilloso nacionalismo político. El mismo sujeto que considera deprimente para la "dignidad nacional" la intromisión de elementos "espúreos" en las tretas electorales, se enorgullece si puede afirmar que todo lo que consume, desde los mondadientes a los cordones de los zapatos, es de procedencia extranjera.

Este sentimiento ha sido compartido y fomentado en general por la prensa, por la cátedra y por los llamados "economistas", cuyas prédicas, inspiradas en los viejos conceptos doctrinarios de librecambistas y proteccionistas, han permanecido siempre al margen de la realidad económica. Para muchos "industria nacional" ha sido, y sigue siendo, sinónimo de "proteccionismo aduanero", sin tener en cuenta que cada vez que el Estado ha recurrido al torniquete aduanero ha sido por angustia del tesoro.

Pero como las leyes económicas no se violan en vano, la repulsión por los productos indígenas se ha transformado en un propulsor de las industrias nacionales en virtud de ingeniosas maniobras simuladoras.

Muchos "niños bien" pagan por zapatos confeccionados en la fábrica establecida en la cuadra de su propia casa, diez pesos más de su verdadero valor, sencillamente porque el zapatero del "centro", conociendo su vanidad, los presenta con dorada leyenda extranjera, y no pocas niñas pagan precios fabulosos por "modelitos" recién llegados de... un taller de la calle inmediata. Nada se diga de los vinos, licores, aguas minerales, chocolates, caramelos, etc. El vermut Torino, de mayor consumo en la república, se fabrica todo en el país, con substancias originarias del país, sin que nadie haya notado la menor diferencia.

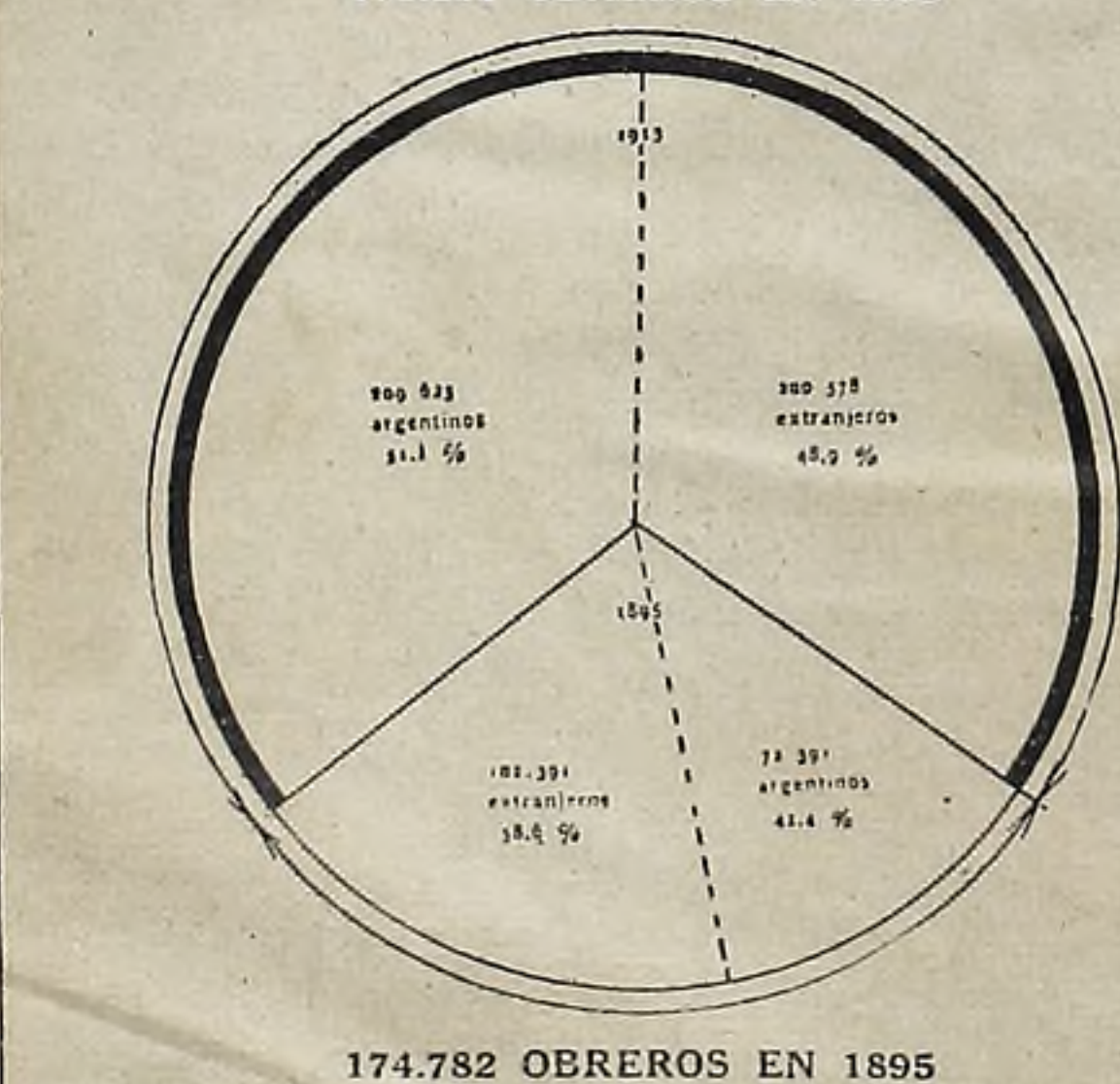
Si no mediaran, desde hace buen rato, estas supercherías, resultarían inexplicables las cifras ya citadas del censo de 1913, en cuanto al número de establecimientos industriales existentes en el país, y menos aún la de los capitales invertidos que revela el siguiente esquema:



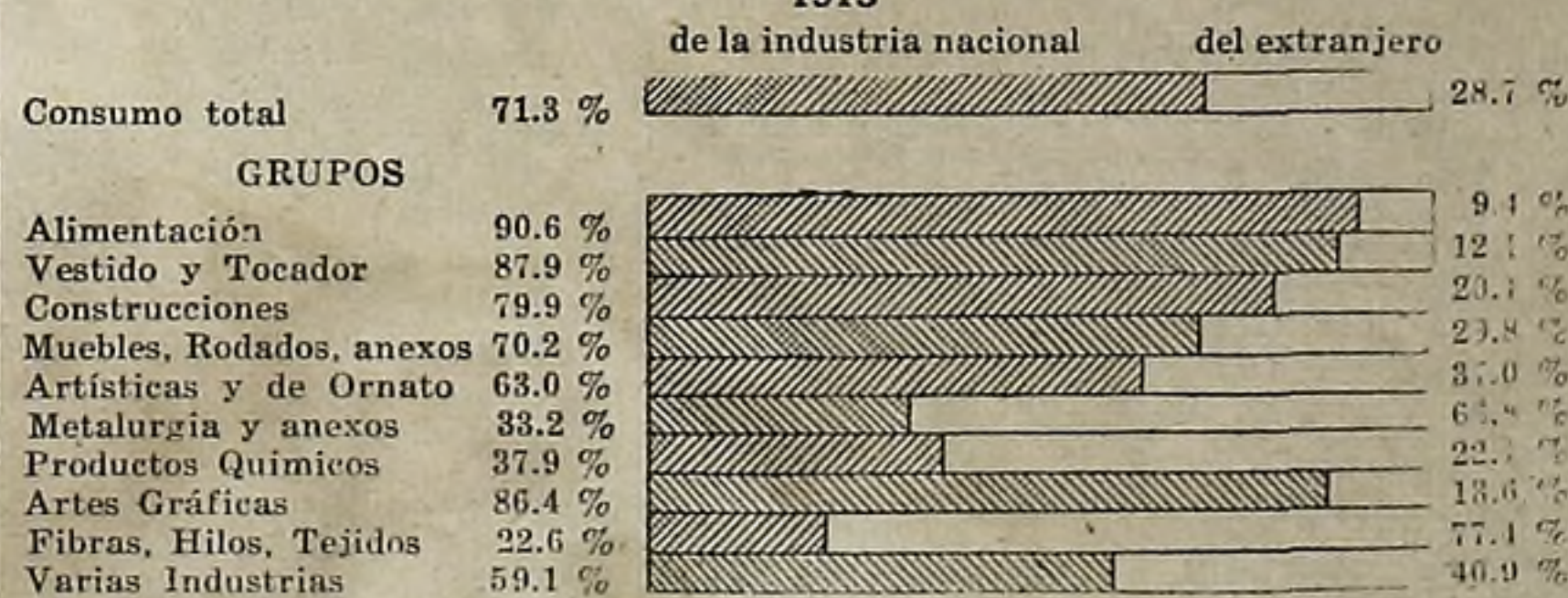
Los referidos establecimientos, en 1913 utilizaron materia prima por valor de \$ 1.086.799.606, correspondiéndole a la nacional \$ 817.693.328 y a la extranjera \$ 269.086.278. Es sin duda interesante saber en qué proporción satisfacían las distintas industrias las necesidades del consumo. En el cuadro que sigue podrá apreciarse que en materia alimenticia el país se basta a sí mismo, pues el 9,4 % de procedencia extranjera se refiere a conservas y bebidas que no satisfacen verdaderas necesidades, sino meros refinamientos de genté adinerada. Los grandes claros, las fallas que aun subsisten se encuentran en las cifras que se refieren a la metalurgia, productos químicos y tejidos en general.

(Continúa en la pág. 103)

ESQUEMA REPRESENTATIVO
de los 410.201 obreros empleados por las industrias nacionales en 1895 y 1913



ESQUEMA REPRESENTATIVO
Proporciones del consumo nacional de productos industriales 1913



EN razón de una añeja disposición de las autoridades marítimas, que no ha sido modificada y que, por el contrario, rige en toda su letra, el indumento de las bañistas en las playas argentinas no ha experimentado variantes sensibles. Las fantasías de las modas no han llegado hasta el traje de baño, y no porque tal preocupación dejara de distraer el espíritu de nuestras bañistas, sino porque cada vez que a las playas se presentó alguna innovadora fué inmediatamente conducida al local de la Subprefectura.

Dispone la ordenanza de 1883, fecha en que Mar del Plata comenzó a tomar el aspecto de un balneario, que las personas que se internen en el mar, deberán hacerlo llevando pantalón y blusa sueltas; algunas llegaron a completar el traje con medias,

Las Bañistas de

1904
y las de
1924

Cuando ya se toleró en Mar del Plata la presencia de artistas, éstas arriesgaron su libertad presentándose con elegantes "maillots" ceñidos al cuerpo y soportaron las consecuencias desagradables de una prisión.

Mar del Plata ha dejado de ser hace años el balneario



1904



La concurrencia femenina en una playa hace veinte años



Las bañistas de antaño y las damas de hogaño, en sus toillettes de invierno



La bañista de 1924, o la influencia del Bataclán



La concurrencia femenina en una playa en nuestros días

zapatos, gorra y hasta sombrilla... Hace pocos años, cuando la moda del gran mundo fué reduciendo la extensión de las telas y a la amplitud reemplazó la escasez, se dió el caso de que damas y niñas aparecían en el baño mucho más vestidas que en la Rambla. Se quiso entonces establecer una equivalencia, y salieron los primeros "maillots"; pero con ellos también aparecieron los celosos guardianes de la moralidad pública, y las viejas salas de la Subprefectura marplatense estuvieron repletas de bañistas que pagaron la multa por su increíble osadía...



1924

de unos pocos, que parecían convertidos en dueños y señores de la comarca; usos y costumbres se han ido modificando, y tiempo es ya que aquella equivalencia de indumento que intentaron las niñas que viven en el siglo, deje de inquietar la sensibilidad de viejos funcionarios. Mar del Plata merece parecerse en este aspecto a las grandes playas del mundo, sin que por afizarse que tenga vinculaciones con la cultura halle motivos d

1904 - Veinte años de Agricultura - 1924

Por HUGO MIATELLO (hijo)



A industria agrícola, que constituye una de las dos columnas más sólidas en que se afirma el gran edificio de la riqueza nacional, ha experimentado durante los últimos años un apreciable progreso, en concordancia con la evolución misma en todos los órdenes de actividades.

El cuadro de la agricultura argentina presenta aspectos majestuosos por su grandiosidad en extensión y variaciones. Se cultivan actualmente alrededor de 26.000.000 de hectáreas. Los cereales, en primer término, se desarrollan en las vastas llanuras de la zona central; la alfalfa, la reina de las forrajeras, impera en todas las planicies y en cualquiera de los parajes, hasta los más apartados; la vid domina la región cordillerana; los frutales triunfan en el delta paranaense, en los hermosos valles de las sierras cordobesas y en las provincias y territorios del norte; las selvas seculares se imponen en las regiones norte y sur.

Este bello cuadro encierra los dones naturales que puede ostentar con orgullo un país; así tenemos la selva magnífica y el prado verdeante; la montaña soberbia y abrupta y la llanura fecunda y rica; el vergel y el viñedo; los minerales y el agua para el riego y la energía mecánica; todo poseemos en proporciones inagotables y maravillosas. La Providencia ha puesto en esta parte de la tierra americana todas las noblezas de los gémenes triunfantes.

Por las estadísticas, se observa que de la superficie total cultivada, los cereales ocupan el 50 %, y el trigo es el principal de ellos; luego sigue el lino; y la alfalfa, que figura en una proporción notable, responde, como se sabe, más que todo, a las necesidades de la industria ganadera. Sin embargo, hay un gran margen para la explotación de otros cultivos remuneradores, como el algodón, arroz, tabaco, porotos, maní, etc., cuyos productos tendrían colocación en los mercados internos y en los del exterior. A este respecto, las instituciones oficiales y ferroviarias están desarrollando una campaña tenaz y metódica para implantarlos y difundirlos en sus zonas más adecuadas, y no tardará mucho que se podrán apreciar sus resultados.

Es de notarse que la agricultura ocupa la gran región cerealista, formada por las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos y territorio de La Pampa, el 90 % del área total cultivada en el país; se ve, pues, cuánta tierra queda todavía por explotar. Creemos oportuno consignar aquí que ha comenzado a incorporarse a la economía nacional una nueva zona agrícola: la provincia de Santiago del Estero, gracias a la obra de fomento y de demostración práctica que lleva a cabo, desde hace algunos años, la empresa del Ferrocarril Central Argentino, con su Chacra Experimental de Secano y los Campos de Ensayos Cooperativos, bajo la dirección técnica del Departamento Rural de la citada compañía, cuyos resultados alentadores, desde un principio, han contribuido a que se hayan destinado recientemente varios miles de hectáreas a los cultivos fundamentales: trigo, lino y maíz, con el atractivo del bajo precio de la tierra.

La inmigración, que ha sido uno de los factores principales en la colonización agrícola, si bien en los años de la guerra mundial ha experimentado una paralización relativa, continuó, después de la catástrofe, con mucha intensidad, especialmente en el año que termina, cuya cantidad, que alcanza a casi 300.000, es bien sugestiva, con tendencia a seguir en auge. Bienvenidos los brazos honestos de allende los mares que se incorporan a nuestra nacionalidad y colaboran con eficacia y patriotismo a cimentar nuestro porvenir económico.

El actual gobierno de la nación se propone fomentar la inmigración, siguiendo de este modo el ejemplo dado por los estadistas, desde los prolegómenos de nuestra independencia; y para radicar el inmigrante en la campaña, tratará de entregarle su lote de tierra para que lo haga suyo por su trabajo y aplicación.

Está comprobado de que el movimiento inmigratorio es el índice de nuestro desarrollo agrícola e industrial. Más de 5.000.000 de personas han entrado

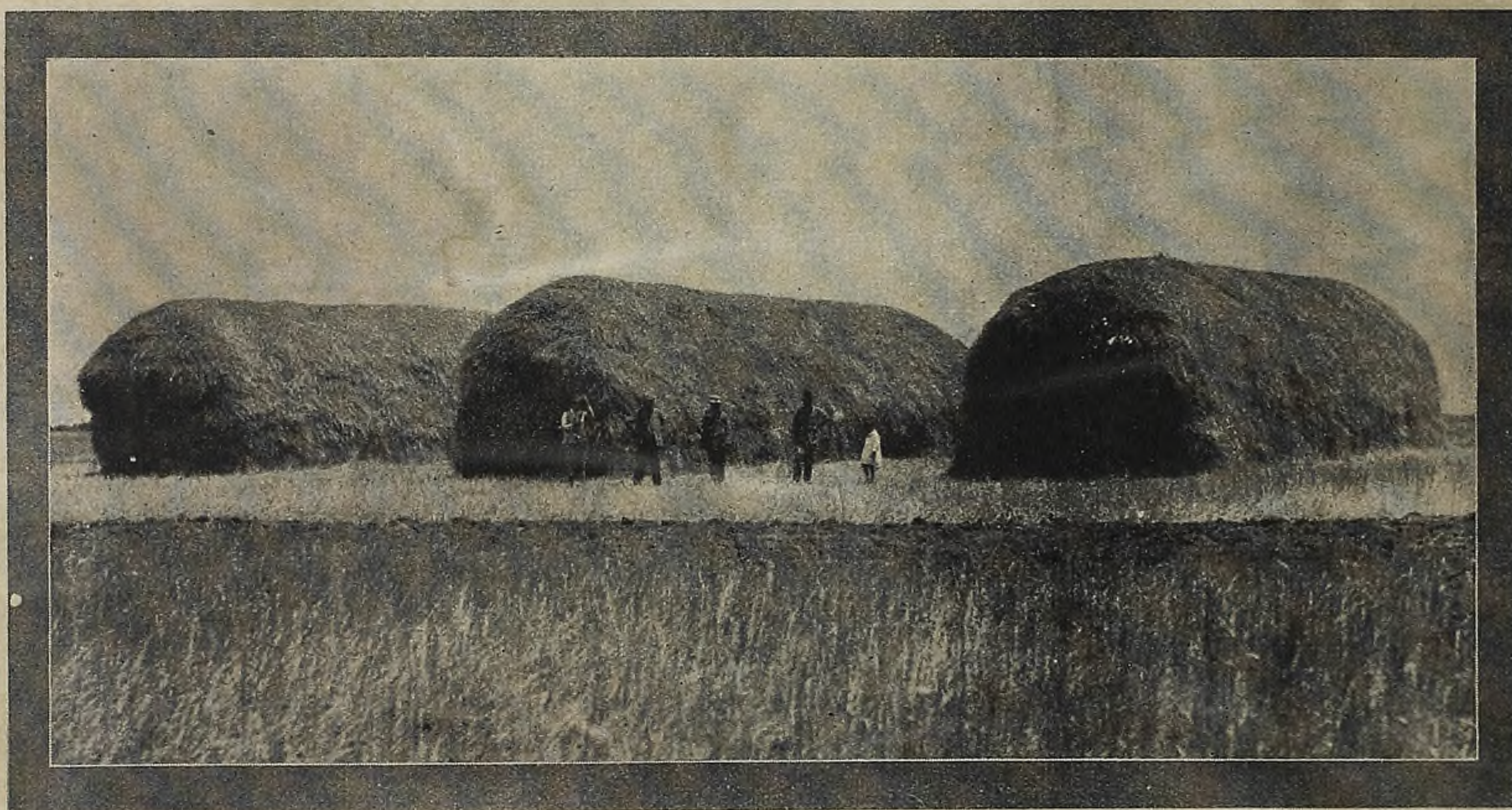
los puertos del litoral, para el consumo o la exportación. Los rieles, creadores y distribuidores de los frutos del trabajo y del capital, forman larga y espesa red de líneas, por las que la locomotora victoriosa e imponente recorre hoy con su silbato triunfante, entre pampas y sierras, trigales y praderas, selvas y viñedos.

El desarrollo de la agricultura argentina ha sido siempre paralelo y simultáneo con el de los ferrocarriles, y por esto mismo las empresas proyectan realizar, desde ahora, un vasto plan de extensión ferroviaria, para beneficiar nuevas zonas e incorporarlas al progreso general del país. Las compañías del riel se hacen pues merecedoras a la gratitud nacional, por su gran misión civilizadora y de progreso.

La explotación agrícola ha mejorado notablemente en estos últimos años, como corolario de la misma evolución del país, puesto que la mecánica ha intervenido de una manera poderosa, reduciendo la mano de obra y efectuando las distintas operaciones en su

mayor perfección; ahí está el cómodo arado de asiento, la sembradora de discos que distribuye la semilla uniformemente, las espigadoras-atadoras que cortan y atan las gavillas de trigo, las grandes trilladoras de vapor que embolsan más de 600 quintales por día, las cosechadoras que cortan y trillan a la vez, y otra serie de mecanismos que permiten desarrollar las faenas agrícolas rápidas, fáciles y económicamente.

La producción nacional ha marcado "records" asombrosos en



Parvas de trigo Barleta, del distrito de Palo Negro, en la nueva zona agrícola, provincia de Santiago del Estero, sobre la línea del F. C. C. A.

en el país desde 1857 hasta ahora, de los cuales más de la mitad se han quedado aquí, en su gran parte italianos y españoles.

En la explotación de las industrias agrícolas, podrían ocuparse arriba de 100.000.000 de habitantes, holgadamente, en casi 200.000.000 de hectáreas que quedan aún disponibles.

Las distintas razas europeas hallan entre nosotros inmejorables condiciones para su bienestar general, y "la Argentina, de todas ellas, utiliza sus mejores elementos étnicos, para que, en el crisol del trabajo, al fuego de su ambiente natural y social, se fundan todas y salga la nueva, joven y vigorosa raza, que ha de llevar la nación a sus más altos destinos".

Los ferrocarriles también han sido un factor preponderante y eficientísimo en el desarrollo de la colonización agrícola. Unas veces la producción, con su aumento incesante, ha exigido necesariamente nuevos medios de transporte, y otras el riel ha cruzado el desierto para llevar la civilización y el progreso.

Recordaremos que la primera línea ferroviaria se inauguró en 1857, la del Oeste, que llegaba tan sólo hasta Floresta; en 1863, el Ferrocarril Central Argentino empezó a trazar sus líneas de Rosario a Córdoba; en 1865, el Sud; en 1885, el Pacífico, de Buenos Aires a Villa Mercedes; luego, los ferrocarriles de trocha angosta completaron la red. Después, de una manera sucesiva, se han ido ensanchando siempre más, hasta que hoy tenemos más de 36.000 kilómetros de vías férreas, que ponen en comunicación los puntos más distantes de la capital federal en menos de cuarenta horas, transportando los productos del trabajo desde las selvas del norte o desde las faldas de las cordilleras andinas hasta

estos últimos tiempos, en que se registraron rendimientos estupendos en los cultivos básicos; así, en el trigo, se obtuvieron hasta 44 quintales por hectárea, y con el maíz, hasta 80 quintales. Pero si se tiene en cuenta que los promedios de rendimientos del trigo y maíz, por ejemplo, son de 7 y 15 quintales por hectárea, respectivamente, se verá que en materia de explotación agrícola falta aún mucho que hacer para llegar al máximo de beneficios. De ahí que todos los organismos e instituciones que tienen relación con las industrias agrícolas se preocupen constantemente de su perfeccionamiento y adelanto. El Ministerio de Agricultura, por medio de sus reparticiones técnicas, boga siempre por la difusión de los conocimientos más científicos en beneficio de los agricultores; la Bolsa de Cereales y la Sociedad Rural Argentina, con sus concursos periódicos estimulan a los colonos con distinciones honoríficas, lo que constituye una obra meritoria; los ferrocarriles, que por medio de sus Departamentos y Secciones de Fomento Agrícola desarrollan una obra de difusión y de propaganda eficaz, patriótica y de interés general; y otras dependencias provinciales y particulares tienden también al mejor perfeccionamiento y adelanto de la agricultura. Cada año cultivamos más tierra, que la tenemos ubérrima y para todas las plantas, las más variadas; la reja del arado fertilizador continúa penetrando en los suelos vírgenes, arrancándoles sus tesoros escondidos; la inmigración y los ferrocarriles prosiguen ensanchando su radio de acción; el porvenir agrícola se presenta grandioso. Continuemos, pues, luchando con fe, trabajando con ahínco y tesón, para agigantar nuestro porvenir económico en bien propio y de la patria argentina.

¡Qué Navidad!... ¡Y qué Navidad!...

Cuento

Por JENARO PAMPLONA Y SERRANO

Ilustración de Gambardela

2



ORRÍA el año 1830, cuando se casaron los jóvenes porteños Romualdo Arocena y Aurora Carmona. El era carpintero y ella costurera.

Aquellos esposos, que se amaban como las tórtolas, sólo tuvieron una niña, a quien pusieron por nombre Esperanza, y un niño, cinco años más tarde, llamándole Adolfo. Padre y madre querían mucho a la hija; pero más al niño, tanto por ser varón cuanto porque era el Benjamín. ¡Oh, los Benjamines!...

Cuántas diabluras imaginaba el chico, a los padres les hacían suma gracia. Todo se lo permitían. Mucho menos le toleraban a la niña. Al pequeño Adolfo jamás le ponían la mano encima; a Esperanza, de vez en cuando, sí. El hijo se iba criando un consentido, que prometía retribuirles con creces aquel exceso de bondad.

Después de pasar por la escuela primaria el voluntarioso niño, donde nunca fué de los más aplicados ni de los más obedientes, Romualdo quiso que aprendiera su oficio; pero al hijo querido se le antojó ser herrero, y se le dió gusto, como siempre en todo, considerando su capricho una ocurrencia original. Adolfito era una joya; pero una de esas joyas que más tarde hacen llorar a los padres...

Al poco tiempo, el mocito dejó la herrería por la talabartería; luego, este oficio por otro, llegando a los diez y seis años sin ser aprendiz formal de nada. Por entonces fué también cuando empezó a descarrilarse del todo. Quisieron los padres imponerse al fin; pero era demasiado tarde para hacer valer su autoridad. El árbol ya era duro para enderezarlo, sin riesgo de que se rompiera... Si aquel hijo alguna vez hacía caso a quienes el ser le habían dado, era de modo pasajero, volviendo a sus hábitos reprochables adquiridos en la niñez. En cambio, la hija, que tenía veintidós años, era obediente y buena, no porque fuera mujer, precisamente, sino por haber sido educada de otra manera muy distinta...

II

VEINTE años acababa de cumplir Adolfo, cuando les dió a sus padres el último disgusto. Ello fue que, precisamente el día de la Navidad del Señor, se escapó de casa con otros dos amigos; primero se fueron al Brasil, y desde allí, a los pocos días, a Méjico.

Aquellas tres cabezas desvanecidas oyeron decir que en California se habían descubierto grandes minas de oro; que se había emprendido un laboreo en gran escala, haciéndose ricos cuantos, de una manera o de otra, participaban en él; y el afán de lucro fué lo que indujo a aquellos jóvenes románticos a emprender el viaje, confundiendo con la multitud de aventureros que, de todas partes del mundo, aflúan a California, atraídos por la fama de sus áureos filones.

La mayor parte de aquellos individuos no consiguieron hacer fortuna; a lo sumo fueron protagonistas de episodios unas veces dramáticos y trágicos otras; siendo un corto número de ellos los favorecidos por la suerte y que supieron aprovecharla.

Adolfo, que durante seis años estuvo trabajando en los más ricos placeres, logró hacerse con un capital ya respetable; dejó al fin la tarea ruda del laboreo, y dedicóse a negociar con las acciones, hasta que a los diez años consiguió poseer una fortuna que, ahora, equivaldría a unos ochocientos mil dólares.

Por lo demás, aquel hombre, que nunca había escrito a su familia, cuanto más tiempo transcurría y en mejor posición se hallaba, menos acordaba de ella.

¡Ah, el tiempo y la ausencia no solamente "curan males de amor", como ha dicho el cantor insigne de las Dolores; sino que enfrían, y a veces hasta extinguen por completo, el cariño de pa-

dre, el de madre, el de hijo, cuando se tiene poca conciencia!... La educación que se ha recibido y el medio en que luego se actúa, influyen mucho también en esa frialdad del alma. Y no hablemos de la amistad pura: los afectos más antiguos y acendrados suelen enfriarse, relajarse y romperse por sí mismos, con sólo dar tiempo al tiempo. Así son el espíritu humano y las cosas de este mundo. ¡Todo es pura ilusión!... En esto, los budistas tienen razón de sobra...

Sin embargo, examinando bien las cosas, Adolfo no era verdaderamente un hijo de malas entrañas. Había sido mal educado, y en la educación (que no es el todo), consistían sus defectos.

En el fondo de aquel olvido y de aquella indiferencia para con sus padres y su hermana, existía latente un germen bueno, que, de haber sido estimulado, sin duda hubiera dado excelente fruto. Pero, ¿quién y cómo tendría que obrar el milagro? Sin embargo, el prodigio se obró. Vamos a ver de qué manera.

III

UNA noche, cuando más tranquilo dormía Adolfo en su casa de San Francisco de California, soñó que veía, en una pobrísima habitación de Buenos Aires, a sus ancianos padres, enfer-

mos, uno en cada cama, y a su hermana, sentada, meditabunda, llorando acaso. "—¿Qué habrá sido de Adolfo?... —decía el padre. — ¡Nosotros mismos fuimos la perdición de aquel hijo!... ¡No tuvo él la culpa!... ¡Pronto hará diez años que nos abandonó!... Si vive, ¿qué será de él?... ¿Qué hará? ¿Dónde estará? ¡Tal vez en un presidio!... ¡Yo que cifraba en aquel hijo mi ventura!... ¿Dónde está el apoyo de nuestra vejez? ¡Hija querida!... Esperanza nuestra..., ¿dónde está tu hermano Adolfo? —" La madre lanzó un gemido; la hija echó a llorar.

Adolfo despertó. — ¡Qué tremendo ensueño!... — dijo. — La verdad es que no me porté muy bien con mi familia. Nunca le he escrito. Pero, ¿valdría la pena, ahora, tratar de saber de ella? Probablemente, no; porque, ¡después de diez años! Mi hermana se habrá casado, y los viejos habrán muerto... ¡Bah!... No hay que hacer caso de ensueños.

Dicho esto, el hombre dió vuelta en la cama, y se durmió otra vez... tornando a soñar con lo mismo.

Ahora veía que su bondadosa hermana se acercaba a la cama de la madre; que ayudaba a la anciana a incorporarse; que le administraba la cucharada de medicina. Luego, vió que la triste enferma rigía la vista, como si él estuviera presente, al sitio donde se hallaba, diciéndole de quejumbroso modo: "—¡Y tú, hijo mío!... ¿no haces nada por nosotros?"

Adolfo despertó de nuevo, sentóse violentamente en la cama, se restregó los ojos, encendió luz; y aunque sólo era la una de la madrugada y la estación de invierno, resolvió no dormir más. — Tendrá razón Calderón — se dijo, — cuando afirma que los sueños, sueños son; pero el caso es que hay sueños que valdría más no tenerlos. ¡Qué triste pesadilla!...

Todo aquel día, Adolfo estuvo grave y pensativo. Llegó la noche, la "amiga del triste", como dice Espronceda, y casi temiendo de acostarse; pero al fin, vencido por el sueño, se metió en la cama. Aquella noche no soñó.

Poco tiempo después tuvo una nueva pesadilla, semejante a la primera, y comenzó entonces, de veras, a inquietarse. — ¡Si esto continúa, acabaré por volverme loco!... — se decía el afortunado joven aventurero. — ¿Qué significan estos frecuentes y tristes ensueños? ¿Estará sucediendo algo... en realidad?...

Los ensueños (así deben llamarse con propiedad, aunque sea anticuada la dicción), que "unas veces — según Cervantes — consisten en el estómago, y otras en el demonio", no siempre son lo que dijo el glorioso autor de *El alcalde de Zalamea*; pues algunas veces parece que significan algo, que son avisos, como en el caso, referido por Cicerón, de aquellos jóvenes amigos, de Megara; y en los ejemplos de Calpurnia, verbigracia, el jesuita Molina, el violinista Tartini, o el gran *condottiere* Napoleón, en vísperas de cierta batalla o gran matanza, que es lo mismo.

Las personas que cultivan los estudios esotéricos, afirman que existen ensueños proféticos, ensueños premonitorios y de otras especies, no menos significativas. Por un lado me parece que tienen razón, y por otro, ¡considero tan desatinado cuanto ensoñamos!... Además se me ocurre una pregunta, que me parece muy oportuna: el ciego de nacimiento, ¿puede tener ensueños? Con seguridad, lo que se llama matemática, no se sabe; pero la ciencia supone, con mucho fundamento, que no; porque, como el pobre ciego de nacimiento no tiene la más remota idea del mundo exterior o de las formas, tampoco

"Era Nochebuena; mas parecía que la naturaleza se empeñaba en desmentirlo."

continúa en la pág. 89)



árbol de Noel y sus complementos

MODELO DE ILUMINACIÓN Y DECORADO MURAL PARA UNA SALA DONDE SE INSTALA EL TRADICIONAL ARBOL



PARA decorar de una manera original un salón donde se ha de bailar o celebrar la tradicional reunión del árbol de Navidad, resulta lindo, sencillo, de poco costo y de un efecto muy atrayente y fantástico el recurso de los globos de papel para la decoración de las paredes. Bien entendido que este sistema solamente debe emplearse con la luz eléctrica, que no ofrece el inconveniente y peligro de quemar el papel que se pone en su contacto.

En nuestros tiempos, el alumbrado eléctrico está tan difundido, y es tan fácil de instalar donde se desea, que tenemos por seguro hacer un buen servicio a buen número de nuestras lectoras indicándoles todo el partido que se puede sacar de esta decoración luminosa, en estos días en que tanta importancia íntima y atractivo se les da a estas fiestas del hogar. Tanto más que, con ligeras modificaciones, puede adaptarse este sistema a otras formas de iluminaciones.

Se emplearán, pues, para el caso, los faroles de papel, en forma de globo, que se venden en estos días en bazares y jugueterías, a precios reducidos. Todos los colores pueden convenir; sin embargo, el rojo, el anaranjado, el amarillo o el blanco, son los que dan una luminosidad más agradable.

Pueden hacerse también caprichosas combinaciones de colores.

Se abren los faroles por la mitad y se fijan sobre cada una de las lámparas eléctricas distribuidas en la pared, sujetando aquéllos, por el mismo alambre de un armazón, con clavitos disimulados, en torno, para que parezca el globo adherido al muro. Después, para ocultar las monturas de alambre y completar la decoración mural, se aplican, en la forma que el grabado indica, guirnalda de flores artificiales o naturales. Un efecto mucho más artístico se obtendrá con aplicaciones de guirnalda de hojas de hiedra. Sirven, también, ramas de abeto de pino, entre las cuales se enreda "cabello de ángel", esos hilos de plata que encuentran entre los accesorios del árbol de Noel, en los cuales se producen todas refracciones de luz, especialmente con la luz blanca.

Los globos descriptos, colocados a dos metros, más o menos, del suelo, pueden estar unidos entre sí por medio de las guirnalda de hojas y flores de que hemos hablado.

Es también un detalle muy original colocar en el interior de los globos siluetas de personas, por ejemplo, recordadas en papel negro, y que, invisibles al día, dan una nota imprevista tan pronto como entre



Efecto curioso de la instalación de luz y decoración mural

o de piolín, sólidamente anudado. Los juguetes van igualmente sujetos a los travesaños. La luz eléctrica es la más conveniente porque es la que está exenta de peligro; pero si se quiere usar las antiguas bujías, se las coloca en candeleros, apoyados cuidadosamente en las maderas transversales.

Haremos notar que las guirnalda centellantes, las estrellas de oro y plata, los "cabellos de ángel", esparcidos caprichosamente por las ramas, surten un lindo efecto bajo las luces.

La fiesta de los niños

Suponemos ya instalado el árbol y decorado luminosamente el salón en que aquél fué colocado. Los que más gozarán del espectáculo serán los niños.

Si algo de regocijante tiene para las personas mayores este festival íntimo, es ver las ilusiones que él despierta en el espíritu candoroso de los pequeños, con la consiguiente reunión de los jóvenes amiguitos. Y al afán e ingeniosidad de la mamá corresponde proveer lo necesario para que en ese día el festival organizado por ella resulte lo más recreativo y emocionante para los niños invitados.

Globo de luz decorado con guirnalda de hiedra

Y como la mamá es buena y condescendiente, y le agrada que sus hijitos puedan gozar libremente del festival infantil; no habiendo descuidado para el caso ningún detalle, se habrá preocupado de que sus hijitos luzcan en la fiesta vestiditos adecuados, puesto que también los invitados vestirán trajecitos de una sencillez adorable que completen ceremoniosamente el cuadro emocionante de la fiesta.

Se habrá tenido en cuenta previamente, por parte de las mamás, que la sencillez en la indumentaria es el mayor encanto de un conjunto infantil.

Como estamos en el estío, los niños deberán vestir trajecitos claros y vaporosos.

El crêpe y la espumilla son los tejidos más indicados; pero también están encantadores en este acto las niñas vestidas de tul o gasa bordada.

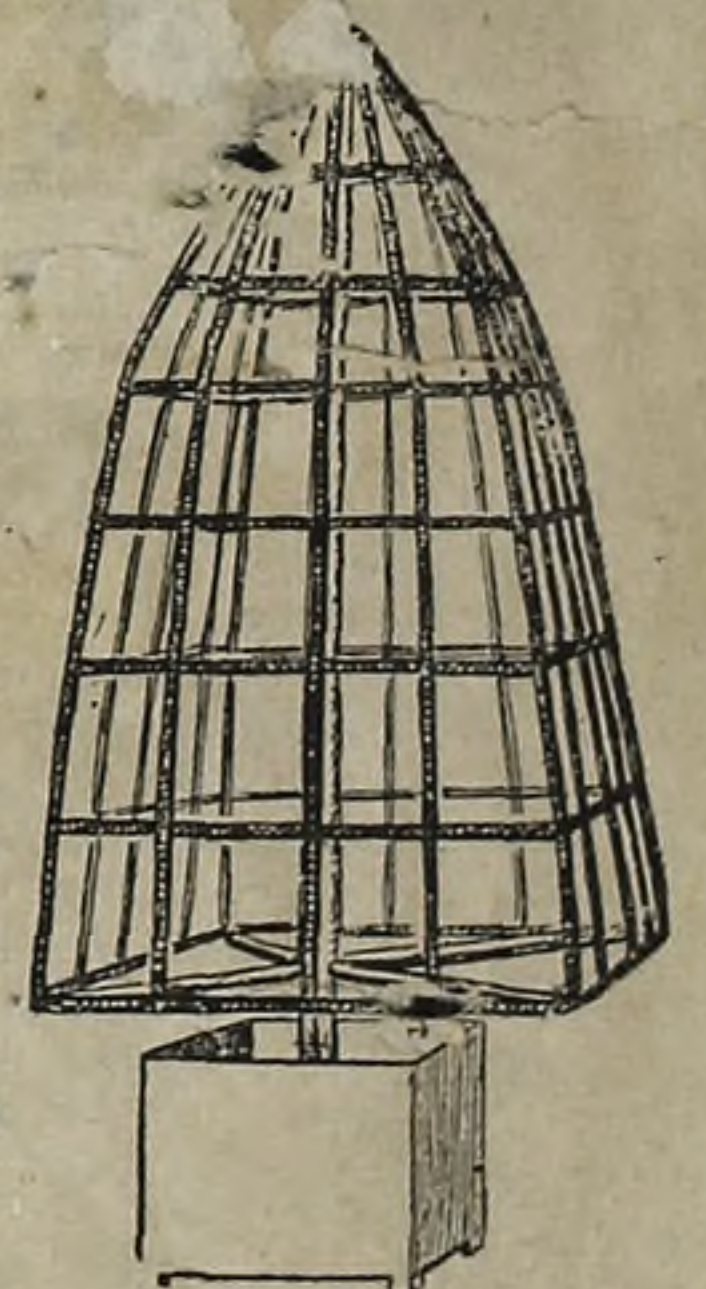
El rosa, azul, anaranjado, en tonos suaves, son colores muy infantiles, y quedan muy bien con aplicaciones de encaje o de flores del mismo tejido.

Para niñas de seis a ocho años el color favorito es el blanco, y un vestidito de este color, matizado de flores rococó, hará que la niña que lo vista suscite la envidia de sus amiguitas.

Para niñas algo mayores, un vestidito de género chino, con tableados y un gran cuello de organdi, se destacará graciosamente del conjunto.

Es de rigor, en una palabra, que el interesante tocado de los niños concurrentes armonice con el conjunto animado de la fiesta, para la cual se hicieron tan interesantes preparativos de decoración.

No es menos de recomendar que las personas mayores concurrentes a la fiesta procuren también con sus tocados y "toilettes" vivaces, contribuir al espíritu de animación que, se reinar en una reunión destinada a estimular regocijos infantiles y suscitar gratos recuerdos.



El armazón del árbol terminado y dispuesto para ser revestido de ramas

Se hace un árbol de Navidad

Vamos a dar una idea para la construcción de un árbol de Navidad, en que no tiene tanta intervención el jardinero como el carpintero. Se compone, en efecto, de un armazón de madera, sobre el cual se fijan ramas verdes hasta cubrir aquél completamente. Los juguetes se fijan después, así como los candeleros que adornan este árbol de nuevo estilo. Esta manera de proceder permite tener la dimensión que se quiere para el pino tradicional. Se puede hacer de tres o cuatro metros alto, como llevarlo tan sólo metro y medio.

La construcción se procede de este modo: En un pedazo de madera, proporcionado a las dimensiones del árbol que se desea levantar, se fija sólidamente—por medio de travesaños colocados en el interior del cajón—un mástil central de la altura del árbol. Se disponen, a dos alturas diferentes, una en la base de la pirámide que se va a construir y otra a los dos tercios de su altura, poco más o menos, cuatro rayos en cruz. Sólidamente embutidos en el mástil, se les une vertical y transversalmente, por medio de tablillas estrechas, y se tiene así, como se ve en los grabados, la silueta del árbol. Se reviste, a continuación, con travesaños de tablitas colocadas vertical y horizontalmente. Se llena el cajón de tierra, a fin de tener una base sólida, y se pinta de verde.

El resto de la operación es sencillísimo. El armazón se reviste con ramajes, que se fijan a los travesaños por medio de alambres



Primer detalle del montaje para el árbol de Noel





La mayor Farmacia del mundo

Más que una botica, puede decirse que la Farmacia Franco-Inglesa es una Institución, de la cual nuestro país puede estar orgulloso.

Verdadera colmena donde desarrollan su actividad más de **200 EMPLEADOS**, con una organización y un método de trabajo digno de ser copiado, la Franco-Inglesa es una de las casas porteñas más conocidas.

No bastándole despachar más de **4.000 PERSONAS** por día en su mostrador, recibió el mes pasado algo más de **12.000 PEDIDOS** por carta o teléfono, que han sido entregado a duras penas con sus **7** coches, que pronto serán **9**, para despachar más aún.

En ese mismo mes, fueron casi **7.000 ENVIOS** hechos a particulares del interior, desde Punta Arenas hasta La Quiaca.

Sus laboratorios, de Análisis, de Esterilización, dotados de aparatos modernos, producen preparaciones perfectas, en muchos casos superiores a las extranjeras.

El éxito de esta casa es debido al ahinco de sus directores secundado por un excelente personal; a la calidad, legitimidad y frescura de los productos que expende y, sobre todo, a los **PRECIOS REDUCIDOS A QUE VENDE**, limitando sus utilidades.

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

Sarmiento y Florida

Buenos Aires





ESTE proyecto ha sido concebido y ejecutado, exclusiva y totalmente, en el Estudio Artístico de THOMPSON. Vana modestia sería ocultar la satisfacción y, acaso, el orgullo, con que lo hace público. Excusándose de esto, THOMPSON va aún más lejos. Llega a afirmar que si no bastara toda su larga actuación aplicada brillantemente a hogares argentinos y muchos del extranjero, bastaría este solo proyecto para consolidar, ante el concepto de todos, el prestigio que como "creador" ha sabido conquistar y que de este modo se esfuerza en mantener.

Thompson
Muebles 791

FLORIDA 833 — B

IAS
DINAMARCA
ESPAÑA
PORTUGAL
ITALIA
GRECIA
SERBIA
RUMANIA
RUSIA

J
C
A
BRASIL
URUGUAY
CHILE
PERÚ

1904 - Wein

ja; porque lo que no son sus méritos es su personalidad. La decisión y la inconstancia los géneros, se todas las corrientes los principios. Ante a una nube, empujándose, pero que no mente, ni su belleza vestirse con tan en un rayo

r; y no hay que despectivo: los goría nacen de ene admirarlos, la distancia y uy en serio sus

la" de don Leoruebas indubidacto, sin hanguna disciplido a casi todas. Ha seguido las huellas de scoli, de Vergeneral, de los ntes y de los se desea un tilidad inco sinuosa que se cómo del de obediencia arrocha y se de Mussonalismo del

regoría menmí que éste os "genios" su antiguo pa—hoy exmamente sud-

más bien, brota en osos y ar-a tropical.

inación de n que Da-la nueva as román-teneo", a aquellos rtualmen-as": Raado, Castellanos, s que los revistas su mis-Alberto José Par-Mercurio z Rome-frecuen-ericanano" ieto. De se a la

de Es-nismo; go Fer-sus es-ía uno ose de ofa de

de Es-nismo; go Fer-sus es-ía uno ose de ofa de

de Es-nismo; go Fer-sus es-ía uno ose de ofa de

de Es-nismo; go Fer-sus es-ía uno ose de ofa de

de Es-nismo; go Fer-sus es-ía uno ose de ofa de

de Es-nismo; go Fer-sus es-ía uno ose de ofa de

de Es-nismo; go Fer-sus es-ía uno ose de ofa de

Aquí, en la novela—y en el resto—atravesamos un período de tanteos. Sólo comparando a los escritores nacionales entre ellos mismos se les puede tributar calurosas palabras de elogio.

Aceptando este criterio relativo, hemos descubierto que Jorge Ohnet se halla entre nosotros, encarnado en la figura del doctor Gustavo Martínez Zuviria. Es el más difundido de nuestros novelistas. Sus libros se agotan y aparecen; van a parar a las manos de un público tan numeroso como inocente.

Tenemos novelistas en todas direcciones. En tal eclosión han influido notablemente las llamadas "novelas semanales". Estas publicaciones, al facilitar la producción del cuento largo, han despertado en muchos espíritus el deseo de afrontar la novela; con lo que el género ha venido a tener una multitud de cultores medianos e infatigables.

Por algo se empieza. En la actualidad son muchos los que tiran al blanco. Es de suponer que día llegará en que aparezca algún señor de buena puntería...

EN el cuento volvemos a encontrarnos con el grupo de escritores que surgió a raíz del movimiento iniciado por Darío. Casi todos ellos alternaban sus actividades poéticas con tal excursión por las regiones del cuento. Sin embargo—a excepción de los Lugones—no pasaron en su mayor parte de ser francamente mediocres, singularizándose con respecto a los otros del periodista Antonio Monteavaro.

Es con la aparición de Horacio Quiroga—ciudadano uruguayo y escritor argentino,—que el cuento comienza a incorporarse a la literatura nacional. Hoy, como se dijo a propósito de los novelistas, tenemos cuentos en todas direcciones. Seriedad, novelas semanales, por las revistas, por los diarios, el cuento es el predilecto de nuestros escritores de prosa, y hasta los poetas suelen varlo con vistas a la economía literaria.

Ahora todo el mundo publica cuentos. Pero entre los nuevos (a Horacio Quiroga y a Benito Lynch los coloramos los "antiguos") el gran cuento no parece por ninguna parte.

EN estos veinte años hemos asistido al nacimiento del ensayo y la glosa—que considero aquí como si formaran juntos un solo género literario—y de la crítica. En ambas actividades es justo mencionar a don Ricardo Rojas, y especialmente en la primera, a don Alberto Gerchunof, de quien no se ha dicho aún todo lo que se merece. Pero sobre los ensayistas y los críticos, y acaso sobre todos los escritores del país hay que poner a don Pablo Groussac, en cuya persona encuentro yo un símbolo de la cultura europea frente a nuestros resabios indígenas, y en cuya grande obra literaria deberán inspirarse nuestros futuros escritores.

El ensayo y la glosa, colindantes con la crítica literaria y con la crítica de costumbres, han sido la ocupación predilecta de algunos escritores y secundaria de muchos otros. Y en cuanto a la crítica literaria, contamos con un buen "stock" de aficionados, muchos de los cuales poseen capacidad suficiente para llegar a ser, si se empeñan, excelentes críticos de la producción nacional.

EN suma, la literatura argentina es un aspecto especial de nuestro proceso de europeización. Se inició en 1880. Pierde desde entonces su carácter de actividad reservada a una clase, y, muy especialmente, su tufillo de del trópico, para reproducir, con la destísima exactitud, el movimiento de la moderna literatura europea. Este es un gran signo. Carecemos aún de grandes valores; pero no hay género que no se cultive ni aspiración que no se manifieste. Y eso dará sus frutos porvenir.

podría de-
nalidad de
Lugones?
es preciso

la paradoja; porque lo que escritor no son sus méritos; no es su personalidad; no es su presencia eminente la decisión en la inconstancia de todos los géneros, se ar por todas las corrientes. semejante a una nube eva y trae, empujándose, ansforma, pero que no completamente, ni su be- pacidad de vestirse con se ocultan en un rayo

Imitador; y no hay que un tono despectivo: los su categoría nacen de. Conviene admirarlos, uno a la distancia y omar muy en serio sus actitudes.

atrevida" de don Leo- visten pruebas indubi- autódidacto, sin ha- o en ninguna discipli- na hollado a casi todas. a su inconstancia es- de versos. Ha seguido amente, las huellas de de Páscoli, de Ver-

en general, de los decadentes y de los eses. Si se desea un u versatilidad inco- la línea sinuosa que y véase cómo del "dogma de obediencia de garrocha y se ascismo" de Musso- so nacionalismo del

la "categoría men- go para mí que éste lia de los "genios" esar de su antiguo e Europa—hoy ex- mentalmente sud-

ios—o, más bien, —sólo brota en frondosos y ar- an flora tropical.

determinación de ble—en que Da- ban en la nueva os poetas román- el "Ateneo", a bién aquellos era virtualmen- asatistas": Ra- Coronado, Ca- Castellanos, Así es que los en las revistas res de su mis- ol", de Alberto de José Par- el "Mercurio Díaz Rome- una frecuen- udamericano" iro Prieto. De rándose a la

Angel de Es- modernismo; y Diego Fer- n en sus es- y había uno arándose de u estrofa de

a a favor de

IAS
DINAMAR
ESPAÑA
PORTUGAL
ITALIA
GRECIA
SERBIA
RUMANIA
RUSIA
BELGICA
HOLANDA
SUECIA
SUIZA
NORUEGA

Fuera de "Ideas" comenzó a formar-se la personalidad de Evaristo Carriego, de José de Maturana, de Arturo Jiménez Pastor, de Ernesto Mario Barrera, de Edmundo Montagne, de Federico Gutiérrez, de Gustavo Caravallo, de Alberto Leumann y de una multitud de poetas menores, muy semejantes, por lo medianos, a los que se aludió con motivo de la generación anterior; porque nuestro país ha sido y es muy fecundo en esto de arrojar al exterior "portaliras" de escasa importancia.

Viene luego—hace diez y siete años—la fundación de la revista "Nosotros". Alfredo A. Bianchi y Roberto Giusti son sus fundadores. Es en "Nosotros", o alrededor de "Nosotros" que surgen los mejores poetas contemporáneos: Arturo Capdevila (que se inició en "Ideas"), Enrique Banchs, Rafael Alberto Arrieta, Fernández Moreno, Juan Pedro Calóu, Alfonsina Storni, Héctor Pedro Blomberg, Ezequiel Martínez Estrada, Pedro Miguen Obligado.

Llegamos por último a los días actuales, a estos años de 1920-24. Los poetas ya no se agrupan preferentemente alrededor de "Nosotros". Publican libros y colaboran en revistas. Los hay buenos y malos; y urge confesar que no asoma aún ninguna personalidad poderosa, de esas que se proyectan indefinidamente hacia el futuro. Pero de ellos es el Tiempo, quiere decir, la posibilidad de la gloria.

AHORA bien: ¿cuáles son los poetas más "representativos" de estos veinte años? En mi humilde opinión, son: Lugones, Carriego, Banchs, Capdevila, Fernández Moreno y Alfonsina Storni. Cada uno de ellos abre un nuevo horizonte a nuestra poesía. Lugones nos trae del exterior todo lo que puede; Carriego muestra el alma del suburbio; Banchs describe la suya propia, enseña a descender a los "abismos interiores" y, al mismo tiempo, va a buscar en el fondo de la raza elementos de suave y recóndita belleza; Capdevila tiene el vuelo poético y el sentido de lo trágico; Fernández Moreno descubre la poesía de la ciudad, del hogar y del campo argentinos, y Alfonsina Storni el alma armoniosa y misteriosa de la mujer...

DURANTE mucho tiempo sostúvose que la novela era la cenicienta de la literatura argentina. No cabe dudar que alguna verdad había en ese juicio. Antes de "Las divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira", que considero la primer novela "seria"—o digna de ser tomada en serio—que apareció en el país, nuestro acervo novelístico reducíase a lo siguiente: "Amalia"; las dos o tres novelas de Cané (padre); las de don Vicente Fidel López; los folletines de Eduardo Gutiérrez, "La gran aldea", de Lucio López; "La Bolsa", de Julián Martel; "Silbidos de un vago", de Cambaceres; "Stella" y "Mecha Iturbe", de Emma de la Barra, y algunas otras cuya enumeración puede encontrarse en la "Historia de la literatura argentina", de Ricardo Rojas, que es perito en tales materias.

Con el fuerte libro de Payró, la novela entra de "verdad" en nuestro mundo literario. No se puede decir que tenemos aquí un gran novelista; pero es lo cierto que la novela es cultivada en gran escala y que algunos escritores han hecho de ese género su actividad profesional.

Sin detenernos a considerar las obras de Enrique Larreta y de Angel de Estrada—que no son en realidad noveladores argentinos,—cumple declarar que Manuel Gálvez y Benito Lynch son nuestros mejores novelistas. En estos veinte años Manuel Gálvez ha publicado seis novelas de mérito desigual. Las más importantes son las que corresponden a la época en que procuraba ceñirse a las "leyes" del realismo y las de menos valor literario aquellas que se ajustan a los modelos de la novela psicológica.

En las dos obras del género que Benito Lynch ha entregado al público—"Raquela" y "Los caranchos de la Florida"—se advierte que su autor podría haber sido un novelista extraordinario. "Raquela" es, indudablemente, un libro mediano, aunque no carece de algunas páginas interesantes. Es en "Los caranchos" donde Benito Lynch nos ha mostrado todo su talento.

Héctor Olivera Lavie, Alberto Leumann, Luis M. Jordán y Luis Pascarella deben ser incluidos también entre los novelistas argentinos, aunque en un plano distinto que los anteriores.



ACRIFICIO

leque el día de Reyes, Juancito?
arse bien durante toda la semana que
edir.

La nostalgia errante

(Continuación de la pág. 31)

noción de las cosas, hasta que Bibí se para en seco.

—No quiero andar más.

—Ya habrá pasado el señor Noel— dice Bobo, perplejo.

—Esos que pasaron no eran señores— afirma el chiquitín.

Bobo asiente, rascándose la rapada esférica cabeza, en espera de que Bibí tome una iniciativa. Y el hombrucito se planta en jarras de él y la toma:

—Vamos a casa; tú llévame a cuestas.

Bobo obedece, encantado, vuelve grupas y toma carrera hacia la ciudad; cuando se percata de sus luces en el río está jadeante y propone a Bibí descansar en un deleitoso bosquecillo junto a la cuneta; y ambos penetran bajo los árboles, tupidos a pesar de la estación.

Muy luego se detienen; ante ellos hay un personaje que los mira sin pestañear; es alto, pálido, de rostro bellísimo que encuadra una lengua barba rizada y nivea; viste una hopalanda de armiño escarchada como el gorro que toca sus blancas guedejas y se apoya en un cayado de plata; de sus ojos se desprenden lagrimones diamantinos que caen en el musgo con un tenue sonido de cristal.

Bibí y Bobo se quedan con un palmo de boca abierta, y más cuando el magnífico anciano les dice con voz grave:

—Acercaos.

Confusos, temblorosos, los saltimbanquis se acercan y, cogidos de la mano, hacen su más profunda cortesía, como ante un público inusitado y selecto.

—¿Quié sois y adónde vais?

Bobo traga saliva, se sonroja, y tartamudea:

—Somos Bibí y Bobo; esperábamos

al señor Noel, y ahora volvíamos a casa para que no nos pegue Polichinela.

Una paz infinita desciende de lo alto; filtranse los rayos lunares por las ramas escueltas y hacen deslumbradores la hopalanda del viejo y las mallas de los payasos; un mirlo se pone a silbar en la espesura...

—Y..., ¿para qué buscabais al señor Noel?

Bibí y Bobo no saben qué decir;

atrozmente intimidados

por la luminosa

mirada del viejo,

respiran ansiosos,

y a hurtadillas,

expresan su consternación.

—El señor Noel soy yo!

Las palabras caen en el silencio nocturno con una magia sin nombre.

Como movidos por un resorte, los atónitos acróbatas dejan caer sus chaquetillas, dan sendas volteretas y al fin saludan con los dedos sobre los labios y luego sobre el corazón.

El personaje pierde su gravedad y se ríe como un Gambrinus de taberna; su barba se agita como cascada espumosa y apoya las manos en los vacíos con el mismo gesto plebeyo de Polichinela en regocijo. Bibí y Bobo se contagian, y se ríen también; el chiquillo

toma confianza, e interpela al señor Noel:

—Llévame ahora contigo.

—No voy a ninguna parte.

—¿No vas a la ciudad?

—¿Para qué?— responde tristemente.—En las ciudades no creen en mí.

—Te estaban esperando.

—¿Es posible que esperen los que ya no creen?

—Te esperan la abuela y los niños en la casa de la verja.

—Aun hay gentes de buena voluntad—musita el anciano al acariciar los rizos del niño.

—¿Querriais verlos?—añade.

Y el señor Noel señala con el cayado

delante de sí.

Diminuto,

como en el

Gran Guignol,

surge el cuadro:



dro: el hotel, elegante; el salón, iluminado; la mesa, cubierta de manjares, y el árbol de Navidad lleno de luces y juguetes costosos; la abuela, vestida de terciopelo, con las manos enojadas, que sonrío dichosa, y los niños en torno del árbol legendario.

Bibí y Bobo, sugestionados, no saben apartar la vista de aquella dulce aparición, hasta que los deslumbra un resplandor vecino; entonces ven al señor Noel ante una mesa primorosa, bajo un pino salpicado de luces, exornado de juguetes de oro y plata, y la pequeña visión palidece ante la inesperada apoteosis.

Bibí y Bobo están fuera de sí; no analizan, presienten vagamente que aquel momento es decisivo y solemne y prepáranse a obsequiar con su mejor ejercicio al poderoso señor Noel...

Pero suenan doce campanadas lentas y vibrantes; su onda sonora se extiende por la calma nocturna como una caricia musical y, caso inaudito, el señor Noel invita a su mesa a los pobres payasos hambrientos...

La cena es muy alegre y cordial; el anciano celebra las gracias del niño, mira complaciente a Bobo, que devora con expresión beatífica, les ofrece los más finos manjares, los frutos raros deliciosos, las perfumadas confituras exquisitas y bebe con ellos en cálices de opalino cristal un néctar espumoso y dulce que marea, regocija y tuerce poco a poco el gorro del señor Noel.

Luego el árbol maravilloso inclina sus ramas pródigas y brinda a Bibí y Bobo su precioso botín.

Cuando, cargados de presentes, hablan de regresar, el magnífico señor Noel se ofrece a escoltarlos, y está tan jovial que se tambalea por el camino (como Polichinela cuando bebe), pero ellos saben que aquél es un alto y poderoso señor...

—¡Ah, pillos, granujas, al fin os encuentro!

Bibí y Bobo despiertan azorados; Polichinela, más borracho que de costumbre, envuelto en su hopalanda raída, con el gorro de piel de oso, calado hasta las cejas, les reparte cachetes y pescoceros.

Los ha encontrado durmiendo en la cuneta y en traje de mallas para más escándalo. Su cólera es terrible.

A puntapiés se los lleva a su vivienda trashumante; a la ignominia y nostalgia de sus vidas errabundas...

Es medianoche...

Muy lejos canta un gallo...



EL PAPEL DE ESTE NUMERO

HA SIDO SUMINISTRADO POR

JOHN DICKINSON & CO. LTD.

65, OLD BAILEY

LONDRES

INVENTORES DE LA MÁQUINA A CILINDRO PARA LA FABRICACIÓN DE PAPEL, EN EL AÑO DE 1804

FABRICANTES DE TODA CLASE DE PAPELES, LIBROS EN BLANCO, SOBRES, CARTULINAS Y PAPELERIA EN GENERAL, ETC., ETC.

FABRICAS CROXLEY MILLS NASH MILLS HOME PARK MILLS APSLEY MILLS TOTTENHAM MILLS

SUCURSALES
LIVERPOOL
NOTTINGHAM
CALCUTTA
BOMBAY
MADRÁS
RANGOON
BANGKOK
SINGAPORE
SHANGHAI
CAPE TOWN
JOHANNESBURG
DURBAN
EAST LONDON
SYDNEY, N. S. W.
MELBOURNE
WELLINGTON, N. Z.

BUENOS AIRES

CHACABUCO, 791

AGENCIAS
FRANCIA
BÉLGICA
HOLANDA
SUECIA
SUIZA
NORUEGA
DINAMARCA
ESPAÑA
PORTUGAL
ITALIA
GRECIA
SERBIA
RUMANIA
RUSIA
EGIPTO
JAPÓN
CANADÁ
ARGENTINA
BRASIL
URUGUAY
CHILE
PERÚ

La última serenata

(Continuación de la pág. 25)

tuvo consecuencias fatales para la salud de Blanca, que de pequeña ya había revelado ciertos síntomas de un desequilibrio al corazón. La pena que sintió por la muerte de su madre fue tan intensa que su dolencia se agravó sensiblemente. Vanos fueron los consuelos prodigados por sus hermanos y los cuidados solícitos de Alberto, que, consciente del peligro que amenazaba a su novia, extremaba sus pruebas de afecto e interés. El golpe había sido demasiado brusco y recio para que aquella naturaleza delicada y frágil lograra resistirlo.

Y así, después de un par de meses en que Alberto luchó a brazo partido contra un mal irremediable, con toda su ciencia y su amor, no separándose ni un instante de la cabecera de su querida enferma, la afección cardíaca hizo crisis. El día treinta y uno de diciembre experimentó Blanca una leve mejoría; pero, habiéndole auscultado el corazón, Alberto tuvo la triste evidencia de que aquella vida, tan preciosa para él, se marcharía a más tardar con la aurora del siguiente día. Entonces tuvo que armarse de un valor sobrehumano para no manifestar el dolor que le desgarraba el corazón, y contener las lágrimas que pugnaban por traicionarle.

Cuando le tomó el pulso a la enferma, ésta le interrogó ansiosa:

—Y hoy, ¿cómo me encuentras?

—Muy mejorada, querida.

—¿Acaso sea la mejoría de la muerte!

—¡Bah! No digas esas cosas. ¿Por qué pensar siempre en cosas fúnebres?

—Porque, aunque me lo hayas ocultado, conozco bien mi mal, y tengo un triste presentimiento. Al fin y al cabo la muerte no me inspira temor, y la desearía si no fuera que ella pondrá una barrera infranqueable entre los dos.

—Pero, Blanca, no hay razón para ser tan pesimista. Hoy he notado un franco alivio en el curso de tu enfermedad y me parece que es el comienzo de la reacción salvadora. Ya ves si no hay motivo para alegrarnos.

—¿Me lo dices con toda sinceridad, Alberto?

Vaciló éste apenas un instante, pero luego reaccionó, y contestó:

—En los años que nos conocemos no creo haberte mentido nunca.

—Así es; pero, para estar tranquila, quiero una última prueba de afecto.

—La que gustes.

—Mañana es Año Nuevo, si mi memoria no me traiciona.

—Efectivamente.

—Bueno. Como en años anteriores, espero la serenata tradicional de esta noche y que en ella me cantes "La Siciliana", que tanto me gusta.

—Pero, Blanquita—atajó, cariñoso, Alberto—eso puede hacerte daño. ¿No ves que precisas un reposo absoluto?

—¡Nada, nada! O bien yo me voy a morir y tú me has ocultado la verdad, o tú me complaces.

—Ya que tú lo quieres, así lo haré, únicamente para demostrarte que tus temores son infundados; pero habría preferido que esta noche descansaras...

—Ya me llegará la hora del reposo eterno...

—¡Mala!—le reprochó cariñosamente Alberto, estampándole en la boca un beso de pasión en el que sus almas enamoradas se confundieron con un soplo de eternidad.



DULCE, callada, mansamente, la luna tendía sobre la blanca ciudad de Sucre sus claros cendales. Era una noche suave y perfumada de verano. La quietud serena del ambiente y el silencio misterioso de las calles eran

interrumpidos solamente por los quejumbrosos pitidos de los guardianes nocturnos y los acompasados toques de las campanas que acá y allá, con sus voces graves anunciaban las horas, como si manos misteriosas movieran levemente sus lenguas metálicas.

La luz perlada de la luna encantaba en su sueño a la ciudad dormida. Todo respiraba una paz profunda y extraña, una paz estelar que caía sobre la tierra como la dulce mirada de una madre sobre la frente de su hijo enfermo.

Un perfume de claveles y madreselvas embalsamaba el ambiente lánguido, como si toda la ciudad fuera sólo un jardín fragante.

La ciudad, recostada al pie de sus dos cerros gemelos y protectores, el Sicasica y el Churuquella, reposaba en el éxtasis del plenilunio. La solemnidad del momento inspiraba poemas llenos de una espiritualidad dulce y lánguida.

El silencio lo llenaba todo. Parecía que las casas, los árboles, las fuentes, las piedras de las calles, hasta las mismas estrellas que allá en lo alto titilaban, se hubiesen quedado hechizadas por el mágico influjo de la luna.

Repentinamente, se quiebra la quietud silenciosa de la noche. Acaban de dar las doce en el viejo reloj de la catedral, la última hora del año, la más solemne y grave, y como obedeciendo a una consigna, responden cascadas de notas, torrentes de armonía, melodías aladas que cruzan el espacio en tropeles musicales, vibrando blandamente como suspiros de la noche, como palabras de amor escapadas del alma misteriosa del silencio.

El alma se sobresalta en una temblorosa emoción llena de dulce recogimiento. Los recuerdos amados desfilan, conmoviendo suavemente el corazón, deshojando sobre él las blancas margaritas del destino. ¡Cuántas ilusiones suplantadas con el año viejo y cuántas esperanzas vislumbradas con el nuevo!

En los violines trémulos sollozan melodías schubertianas, hondas nostalgias que suspiran y lloran como voces hu-

manas sacudidas por las duras tragedias de la vida. Y esta pena vibra en las notas cristalinas del piano y en los trinos de la flauta y en la moribunda voz del violoncelo y en las quejumbros de los mandolines, en contraste inarmónico con las dianas y aires marciales que ejecutan las bandas militares saludando jubilosamente el año que llega. Dijérase que la ciudad toda ha despertado en un desborde musical.

También al pie del balcón de Blanca desgrana una orquesta su armoniosa ofrenda. Es la serenata de Alberto, seguramente la última, el poético tributo rendido a las viejas costumbres de su ciudad natal, en aras del romanticismo, del amor y de la piedad, sí, de una suprema piedad que sabe de los ruegos de una moribunda. La había deseado su novia en medio de aquella noche tradicional, tan llena de recuerdos queridos para ella, bajo el beso de la luna, que sabe de romanticismos heroicos y de amores perpetuos.

Bien sabía Alberto que la vida de Blanca era cuestión de horas, acaso de minutos; pero por esa misma convicción dolorosa no pudo excusarse de satisfacer su último deseo, aunque para ello tuviese que bañarse en lágrimas y morderse el corazón de pena.

Ya que la fatalidad lo exigía, por lo menos que su ofrenda perdurase en los últimos instantes de su amada como un episodio decisivo, como una eterna despedida de amor. ¡Quién sabe si cuando concluyese la serenata la encontraría con vida!

Después de un silencio funéreo, la orquesta ejecutó varias piezas melódicas. La "Serenata" de Schubert, el "Nocturno" de Chopin, el "Torna a Sorrento", etc., habían ido suscitando en la gran calma de la noche su singular encanto. Luego los violines sollozaron con armonías recónditas, con arpeggios sublimes, la divina música del prólogo de "I Pagliacci".

Finalmente, los instrumentos apagaron su voz, musitando apenas el piano, en vibraciones tímidas, como si dijera

(Continúa en la pág. 90)

Lo que Toda Mujer Ansía

Una linda cabellera es lo que da mayor realce a la Belleza Femenina. Esto se obtiene fácilmente empleando

Stallax



Déjese que el stallax produzca bastante espuma y luego frótese bien para que toda la caspa se separe.



Al enjuagarse se notará con qué intensidad habrá quedado el pelo sedoso, suave y delicadamente perfumado.



Una vez completamente limpio el pelo, al tocarlo produce una agradable sensación de frescura verdaderamente deliciosa.

LA Naturaleza ha dotado a toda mujer de una hermosa cabellera, suave y sedosa, llena de bellos tonos y colores, cabellera que debe ser la gloria de toda hija de Eva y el encanto seductor capaz de rendir a todos los componentes del sexo feo.

Y cuando una mujer ha perdido ese magnífico dote natural, que es su derecho, es siempre porque ha descuidado su conservación o porque ha seguido procedimientos errados, empleando jabones fuertemente cargados de álcalis, o shampoos ya preparados y no apropiados a su clase de cabello, haciendo que éste pierda su brillo, su ondulación, su vida... y sin que ninguna forma de peinado logre disfrazar su manifiesta fealdad.

No ha mucho, un celebrado "coiffeur pour dames" de París descubrió que el stallax granulado forma la base de un shampoo ideal — lavado de cabeza — cuya fuerza puede ser graduada de acuerdo con la distinta naturaleza de cada clase de cabello, y que

el stallax resulta aun más conveniente por su fácil preparación.

AL efecto se echa una cucharada de stallax granulado en una taza de agua caliente, dejando que se disuelva perfectamente. La exacta cantidad necesaria para cada clase de pelo es fácil de averiguar después de una o dos pruebas. El líquido delicadamente perfumado así obtenido

se aplica al cabello con un paño, esponja o cepillo.

LUEGO se frota muy bien con la punta de los dedos hasta obtener una espuma blanca que deja al cabello libre de polvo, tierra, caspa, sudor, grasitud y demás sustancias extrañas, tan nocivas para la salud y el aspecto del pelo. Finalmente se seca la cabeza con una toalla caliente.

En cualquier farmacia, perfumería o peluquería de cierta reputación se vende el stallax, sea en pequeños paquetes del valor de 25 centavos, cantidad suficiente como para hacer dos abundantes shampoos, o en cajas del precio de \$ 3.50, que contienen tanto stallax como para 35 o 40 lavados de cabeza o shampoos.

Cómo conseguir un cutis

que los hombres admiren.

UN hombre podrá admitir, con ciertas reservas, que los polvos, cremas y demás afeites constituyan una ayuda necesaria para la conservación de la belleza, escribe una mujer profundamente observadora, "pero en el fondo de su corazón él seguirá soñando con una hermosura que no necesite de esos recursos para el realce de sus dotes naturales". Las mujeres, que saben tener en cuenta esto y que dan importancia a la opinión de los hombres, evitan el uso de cualquier substancia que denuncie que su belleza no es completamente natural.



Y es por esto que dichas mujeres, en número siempre mayor, están adquiriendo la costumbre del empleo de la cera mercolizada (en inglés: "pure mercolized wax"), que puede hallarse en cualquier farmacia. Aplicando la cera mercolizada por la noche y retirándola por la mañana, ellas obtienen y conservan un cutis completamente natural, pues la cera nada agrega al cutis viejo, sino que, por lo contrario, procede a la extirpación de este último, absorbiendo, gradualmente y en forma imperceptible, las células muertas, y haciendo que aparezca la fresca, clara y aterciopelada tez que se halla inmediatamente debajo, y cuya sana y juvenil apariencia nunca podrá confundirse con la de una piel rígida y artificial.



ODOS LOS ELEMENTOS QUE POSEEN los nuevos Talleres Gráficos de la EMPRESA EDITORIAL HAYNES Lda. para la Composición, Impresión y Encuadernación de las Revistas EL HOGAR y MUNDO ARGENTINO, son de los más modernos, de mayor producción y capacidad técnica para la perfecta ejecución de impresos, al igual de los mejores establecimientos del mundo.

Entre aquéllos figuran: Equipos completos de Fotograbado, Materiales y Útiles para Composición Manual, Linotipos Mergenthaler, Instalación de Estereoníquel, Prensas Rotativas especiales, Prensas Planas de doble revolución, todas éstas provistas de Ponepliegos Automáticos y Entregas de Extensión, Dobladoras y de Encuadernar Automáticas, de las más perfeccionadas que existen actualmente.

Tan variados elementos mecánicos, fabricados en los Estados Unidos de América, en los que las Artes Gráficas han alcanzado un amplio florecimiento, en gran parte propulsado por la excelencia de las máquinas, sin rivales en lo relativo a perfecta impresión, alta producción y fácil manejo, cualidades que se vienen imponiendo entre los impresores progresistas de la América del Sud, han sido suministrados a dicha entidad editorial por la

National Paper & Type Co.

Casa Matriz: 32-38 Burling Slip, Nueva York, E. U. A. Sucursal en Buenos Aires: Piedras, 132 al 154. Sucursales y Agencias en las principales ciudades de la América Latina.

¡Qué Navidad!... ¡Y qué Navidad!...

(Continuación de la pág. 81)

puede imaginar (que eso es *ensoñar*) ni dormido ni despierto; sucediéndole como al sordomudo de nacimiento también, que si no habla, es precisamente porque no tiene noción de los sonidos.

IV

A partir de la segunda noche que Adolfo tuvo la pesadilla, operóse tal evolución en su conciencia (que, como he dicho, no era en realidad la de un amoral), que al fin no pudo resistir más a la tentación santa de volver a su patria, Buenos Aires, para buscar a sus padres, y, si aun vivían, caer de rodillas a sus pies.

Al fin se puso en marcha. Desde San Francisco fué a Nueva York, por tierra; y desde este punto hasta llegar a Buenos Aires, tardó sesenta y dos días, teniendo que cambiar cinco veces de velero. Poco hacía que había terminado la guerra del Paraguay.

Hasta que Adolfo, indagando sin descanso, supo con seguridad dónde paraban sus padres y su hermana, transcurrieron once días. Primero, para que le orientaran, tuvo que buscar a ciertos amigos antiguos de su familia, cuyo paradero ignoraba también.

V

ERA Nochebuena; mas parecía que la naturaleza se empeñaba en desmentirlo; porque, desde la hora del crepúsculo, no hacía más que tronar y llover.

La familia de Adolfo se hallaba en la más triste indigencia; un paso antes de llegar a la desesperación.

El padre hacía seis años que padecía de hemiplejía, y la madre, de una afección en el hígado, desde hacía mucho también.

Esperanza cuidaba y sostenía a sus padres con su trabajo; pero no como hubiera querido, por serle imposible. Por eso mismo, no faltó quien le aconsejara llevarlos al hospital, donde, mal que mal, hubieran sido atendidos un poco mejor; pero no lo hacía porque habría sido desgarrador para ella tener que separarse, tal vez para siempre, de aquellos seres de su alma. Esto no fué comprendido por cierta gente suspicaz, pasando la pobre hija mártir por una mujer orgullosa. Resolvió, pues, seguir de aquella manera hasta... ¡hasta sucumbir todos de una vez!... Los héroes de la miseria y del dolor son los más sublimes y los que más abundan, desgraciadamente. Entretanto, la inmensidad (no quiero decir el cielo...), parece que se burlara de ellos con su esplendor.

¡Ya nadie iba a la mísera vivienda!... ¡Ya no fiaba nadie un centavo más a aquella familia!... ¡Ya no tenía Esperanza nada más que vender o empeñar, por lo cual le dieran un mísero patacón!... Situación semejante no podía durar muchas semanas más. ¡Mejor! Cuanto antes llegara el golpe final, el golpe de gracia del infortunio, antes dejarían de padecer. Lo más temible es lo que se pena entretanto.

—¡Hoy es Nochebuena!... — se decía aquel dechado de hijas mártires y bondadosas. — ¡Nochebuena para quienes lo sea, a pesar de la tormenta!... ¡Mañana hará diez años que mi hermano se nos fué!... ¡Pobre muchacho sin juicio!... ¿Qué habrá sido de él? ¿Y qué será de nosotros, dentro de poco? ¡Ah!... ¡por qué no ha de querer ese Dios, que muramos esta misma noche los tres!...

De pronto, se oyeron varios golpes a la puerta, simultáneamente con un trueno. Como tardaran a abrir, volvieron a llamar. Esta vez Esperanza oyó los golpes, y lanzando un suspiro, se le-

vantó para abrir. — ¡Debe ser alguno mandado por el dueño del rancho — se dijo, — que viene a decirnos, por última vez que nos vayamos!...

Abrió la puerta, y vió, a la deslumbrante luz de un relámpago, un hombre alto, barbudo, con poncho y botas.

— ¿Vive aquí — preguntó éste, — el señor Romualdo Arocena?

— Sí, señor, aquí mismo vive — respondió Esperanza con tranquilidad.

— Pues tengo que comunicarle una cosa...

— Ya me figuro qué será... Pase usted, señor. En la cama está mi padre, tullido. Hable usted con él.

Entró el barbudo, y se quedó inmóvil y silencioso, como una estatua, en medio de la habitación; hasta que al fin se

dejó caer en la silla, echando a llorar.

Al pronto, Esperanza y sus padres se llenaron de pavor, creyendo que era un loco; pero en seguida comprendieron, antes que el barbudo hablara, que era el llorado ausente en cuerpo y alma.

La escena que se desarrolló a continuación, por lo patética, ultrapatética, fué lo que se llama inefable; y como para relatar lo inefable sería preciso una pluma sublime, y la mía es harto pobre, renuncio, por tal razón, a emprender semejante empresa. Temo al fracaso. La fortuna no siempre ayuda a los audaces. Plinio se equivocó... a su costa propia...

Sólo diré que, cuando al siguiente día trascendió que acababa de llegar un hijo rico (que consideraban perdido para

siempre) de aquellos ancianos enfermos, comenzaron a ir al rancho los acreedores y los vecinos, todos con cara risueña; pero el barbudo, después de pagar religiosamente en silencio, a todo el mundo mandaba con cajas destempladas, diciendo a la hermana y a los padres:

— ¡Todo eso es falso, hipocresía pura!... Que no venga ahora nadie con sonrisas y felicitaciones; porque a todo el mundo trataré lo mismo...

Aquel hombre era sincero, y además... tenía razón al proceder así.

Diez años atrás, para aquella desdichada familia, el día de la Navidad de Cristo fué de lágrimas y de pena, al saber que el hijo tan amado les abandonara; ahora, en esta otra Navidad, advenía arrepentido, regenerado, redimiéndoles a tiempo aun de la miseria, fuente de casi todos los dolores de este mundo. ¡Digna fué, ciertamente, la recompensa de tantos sufrimientos!...

Nº 4711. Eau de Cologne

El regalo
que a todos agrada

lo constituye una caja de 3 ó 6 frascos de
Agua de Colonia. Toda persona que quiera
sorprender delicadamente a sus parientes o amigos, podrá
hacerlo con pleno éxito, eligiendo como regalo el

es un obsequio bienvenido en el hogar modesto como
en el rico; es simpático a todos por su delicado perfume de inconfundible fragancia.

es la legítima Eau de Cologne, porque es destilada en Colonia (Rhin)
desde 1792, según fórmula original propia.

Unico representante: Pablo Harpe. Cerrito, 393 - Buenos Aires



Jabón de perfume delicado

La última serenata

(Continuación de la pág. 86)

en secreto palabras de pasión. Y entre las notas apagadas surgió clara, potente, cálida, fogosa, como una llamada que brotara entre cenizas, la hermosa voz de tenor de Alberto, que cantaba, para complacer a Blanca, "La Siciliana", de la "Cavalleria Rusticana":

"¡Oh, Lola, blanca como flor de espino, que brillas más que el sol cuando aparece; el que besó tu labio purpúreo la gracia del Señor recibió a creces. ¿Qué me importa el morir si he conseguido llegar al paraíso prometido?..."

Las últimas palabras salieron veladas por la emoción y las lágrimas. Había puesto en su canto toda su alma entristecida por aquella separación suprema. Parecía que con cada nota arrancaba también un pedazo de su corazón.

No pudo soportar por más tiempo ese suplicio y subió precipitadamente al dormitorio de Blanca. Un cuadro inenarrable se le grabó en la retina. Su novia, con las pálidas manos cruzadas sobre el pecho y apoyadas en un crucifijo de marfil, yacía muerta, sonriendo dulcemente con la última sonrisa de la vida, mientras el sacerdote, su hermano, oraba, grave y profundo, por la salvación de su alma. El resto de la familia sollozaba desconsoladamente, la rodilla en tierra.

Con las últimas notas de esa postrer serenata, el alma buena de Blanca se había elevado también a lo infinito, en pos del paraíso prometido, por toda una eternidad.

teatro francés, que en sus formas secularizadas data del siglo XII, ha necesitado setecientos años para llegar a su actual punto de florecimiento y esplendor. Tengámoslo presente nosotros, que contamos apenas un siglo de existencia independiente, para dominar nuestras impaciencias y nuestras demasiadas tempranas vanidades. Repitámonos lo que por mi parte tengo proclamado ya desde hace tiempo en el título de un libro; que el teatro argentino no es teatro formado, sino "un teatro en formación". Y que para justipreciar su valor, se adopte como norma el pensamiento de que se trata de un trasunto impreciso todavía, de los ideales que gestan en el cerebro colectivo: de una aspiración en marcha, más que de una realidad.

Para completar esta rápida reseña, permítaseme recordar, en lo que a mí personalmente se refiere, cuáles fueron los principios—ya expuestos en otra parte—que rigieron mi conciencia en el desempeño de la crónica teatral. He luchado por apartar a nuestro teatro de la violencia efectista y de la retórica vacía; por alcanzar formas estéticas cada vez más altas, más afinadas, más plenas de substancia pensante y humana: por conseguir que el arte escénico se nutra de observación y de sinceridad. He sostenido con Brissón, que el autor dramático puede y debe inspirarle al público, odio por el egoísmo y la villanía, afirmando en él la idea de que no todo es malo aquí abajo, de que existen placeres más delicados que la satisfac-

ción feroz de nuestros apetitos, y de que es bueno, a veces, inmolarsé a un escrúpulo, a una convicción, a una idea. He fustigado la miopía o la mala fe de los autores que caricaturan sistemáticamente la vida provinciana, reservatorio de virtudes étnicas y troquel de nuestra raza. He sostenido, por último, que en estos momentos en que se llevan contra el patriotismo asaltos recios, las creencias, las costumbres, el carácter individual, las ideas habituales y familiares, en una palabra, las tradiciones, que son la condición misma de la existencia de un pueblo, han menester de que los escritores las embellezcan y vivifiquen para que se conviertan en el lazo que una a los muertos con los vivos en la comunidad de las esperanzas.

¿Cuáles son las características de los que podríamos llamar la flor fina de la obra teatral de los últimos veinte años, y cuáles los rasgos de valor permanente que la harán durar?

Yo creo que su contenido ideológico y moral en cuanto al fondo; lo que haya en ella de serenidad, de equilibrio y de medida en cuanto a la forma.

Al hablar de ideología, no quiero dar a entender que entre nuestros dramaturgos abunden los pensadores. Pero hay algunos meditativos que han traído a nuestra dramática balbuciente, preocupaciones de moralistas; algunos observadores que comenzaron a mirar en torno suyo, y a inspirarse directamente en el ambiente y las costumbres locales para escribir sus comedias, en vez de componerlas con temas artificiosos y li-

brescos; algunos artistas, en fin, que se apartaron del frenesí ululante tan en boga un momento, y contrapusieron a la fórmula de lo que llamé alguna vez el "teatro brutalista", la fórmula del teatro mundano y psicológico. Con ellos la comedia deja de ser folletín paroxismal, para convertirse en trasunto apacible de una acción interior. Tiempo hubo en que no se concibió el teatro entre nosotros sino como un impetuoso desborde de gestos violentos y gritos estentóreos. Los autores aludidos vinieron a mostrar que podía y debía ser otra cosa; que podía y debía salir del melodrama para ensayarse en la comedia fina; que podía y debía reflejar tanto los movimientos del alma humana como los aspectos de la vida real, sin tumultos y sin rugidos; que podía y debía, en fin, evolucionar hacia formas más serenas, que llevaran en sí materia artística más delicada y más sutil. Esa materia fué en la producción de los mismos, la crítica de costumbres, la intención moralizadora, la pintura del medio social; y con ella se ha modelado algún carácter como por ejemplo el de Josefina de "La mujer fuerte", se ha fustigado certeramente ciertas aberraciones de nuestro gran mundo como en "La dama de coeur", y se ha pintado vivientes cuadros del hogar o analizado con agudeza matices del sentimiento como en "La conquista", para capacitar sólo producciones de un dramaturgo desaparecido. A esto me referí cuando hablé del contenido ideológico y moral en nuestro teatro de los cinco lustros últimos. Por ese contenido, tanto como por la renovación de formas que él comportó, los nombres de algunos de nuestros autores tendrán un significado en la historia de las transiciones que le imprimieron durante el período antedicho a la dramaturgia argentina aquellos que con su esfuerzo de artistas persiguieron un ideal...

Saluda muy atentamente al señor director. — Juan Pablo Echagüe.



Aunque parezca raro,

resulta que hay algo que es común a las grandes artistas cinematográficas y al Te Diamond. Nos explicamos: de la misma manera que aquellas triunfan en el campo de la pantalla, el Te Diamond triunfa y se impone en las mesas de los "connaisseurs", de los entendidos, de las personas de buen gusto, en fin. Es la justiciara sanción con que el mérito recibe su premio. La pureza, la fragancia, el aroma, la frescura y la uniformidad del Te Diamond son ya proverbiales. Pruébalo.



En latas azules o en paquetes de papel plateado.

UNA SOLA CALIDAD - LA MEJOR TE DIAMOND

Importadores:
J. F. Macadam y Cía.
Buenos Aires y Rosario

Bahía Blanca:
J. BERRY y Cía.
Chiclana, 163

LA AMERICANA de RUJENSKY Hnos. - Corrientes, 1356



Pesos 155.-

REGIO DORMITORIO, roble macizo, 3 cuerpos, entrante o saliente, 4 patas.....	\$ 355.—
REGIO DORMITORIO, de roble macizo, formato 3 cuerpos, 3 lunas, a.....	\$ 280.—
El mismo juego con 1 luna, a.....	\$ 260.—
El mismo, imitación roble o cedro, a.....	\$ 185.—
El mismo, más chico, a.....	\$ 155.—
COMEDORES, desde.....	\$ 150.—

Solicite catálogo B, con la nueva rebaja de precios. Embalaje y acarreo gratis.

¡JUGUETES!

30 % de rebaja en los precios

REYES

PERAZZO Hnos.
Cangallo, 1891

LAS FAJAS DE GOMA

han sido aceptadas por la mayoría de nuestras señoras y niñas, pero, precisamente, en su uso, debido a la transpiración excesiva que producen las mismas, se ha generalizado polvorearse con un producto que, substituyendo a los talcos comunes, tiene propiedades antisépticas, curativas y refrescantes para la piel, como el Polvo Vaseno! Sanitario, que no se volatiliza.

Del año nuevo, la felicidad y el azar

(Continuación de la pág. 20)

vástago. Si teóricamente pudiera renacer aspiraría a vivir una vida colmada por nuevas emociones y nuevos deseos. Lo desconocido, lo imprevisto, parece comunicar, a los ojos de la mayoría, precio a la vida. La madre ignora las vicisitudes y contingencias que tendrá que afrontar su descendiente, las peripecias variadas que en su curso se sucederán; y como no lo sabe, las sueña, y en sus sueños, ¡ay!, sólo suele encerrarse una partícula, una leve partícula de realidad. De seguro que si de antemano las conociera, si la evolución de su hijo fuera algo regularmente trazado y por anticipado conocida, sus sueños se desvanecerían y a la seducción de caras esperanzas sucedería el desencanto. Expuesta a miles de contingencias, solicitada por cien senderos diferentes, cada vida constituye un espectáculo peculiar, donde se quiebra la monotonía de los moldes uniformes, y en la que el Universo se refleja bajo un ángulo especial. Claro es que esto reza únicamente para los hombres que realmente viven su vida, y no para los que se deslizan como sombras por la vida—existencias opacas, inaccesibles a toda vibración generosa.

Ancho es el margen de azar en la vida. Aun puede, en ocasiones, mucho más la ciega casualidad que la previsión consciente. Con el azar todos creen contar. La madre confía en que la suerte ayudará a su hijo. Y todos esperan haber nacido bajo una estrella favorable. Resulta así la vida una gran lotería en la que sólo, por excepción, salen premiados los mejores. Se juega con los valores más nobles. El jugador desplaza al pensador.

Nada menos que Pascal, alma religiosa atormentada y profunda, concebía a Dios a través de algo así como una apuesta trascendental. "Dios—escribe—existe o no existe. ¿A qué respuesta nos inclinaremos? La razón nada puede decidir en esto. Hay un caos infinito que nos separa. Un juego se está jugando a tal infinita distancia;

saldrá cara o cruz. ¿Por cuál apostaréis? La razón nada os dice; por la razón ninguna de las dos soluciones puede ser defendida."

Agrega más adelante: "Es fuerza apostar; esto no es voluntario; y estáis embarcados; en no apostar que hay Dios es apostar que no hay Dios." Luego continúa: "Pesemos la ganancia y la pérdida, tomando cruz, es decir, apostando que Dios existe. Estimemos los dos casos posibles: Si ganáis, lo ganáis todo; si perdéis, no perdéis nada. Apostad, pues, que existe, sin vacilar."

Si esto acontece con la religión, ¿cómo asombrarnos que ocurra con las cosas de la vida cotidiana? El azar se articula con la necesidad y, con frecuencia, la rige.

El dominio del azar no puede satisfacerlos. La conciencia debe vencer al azar. En algunas esferas lo ha desalojado. Con el tiempo habrá de reducirlo al mínimo. La vida no será menos rica en elementos porque la conciencia la inunde en sus más secretos arcanos con raudales de luz. Al contrario, será revestida de un nuevo y poderoso encanto. Y el hombre, en lugar de ser dominado por las circunstancias, las dominará, gobernándolas con sabiduría. La vida aparecerá entonces tal como la divisamos: un amplio panorama de horizontes infinitos.

Una fuerza, con todo, no será sometida: el Tiempo. Entidad terrible y majestuosa, forma el fondo de la tragedia humana, por no decir de la tragedia cósmica. Pueblos, reyes, mitologías, todo ha cedido a la obra del Tiempo. Relativo cuanto se quiera, el Tiempo es el más absoluto de los soberanos. Todo se aniquila, todo pasa. El Tiempo es el único triunfador. Cada primero de año el Tiempo nos saluda a unos con una sonrisa, a otros con una mueca. Forjémonos pues la dulce ilusión de que nos sonríe, hasta que llegue la hora en que nos dirija definitivamente una mueca inequívoca. Y mientras tanto, gozemos y suframos con digna sobriedad.

Los regalos que agradan, y los otros...

(Continuación de la pág. 40)

cómo Rothschild y muchos otros hombres de fortuna han hecho a esta casa donaciones soberbias que me han procurado más alegrías que todos los demás regalos juntos.

Dejamos al eminente cirujano, para apersonarnos al señor de Moro-Giaffari, abogado de gran renombre.

—¿El regalo más fastidioso?

—Lo he recibido, en efecto. Consistió en un kilo de hongos que un amigo me envió hace veinte años, y que casi me envenenaron. Convengo en que los regalos son a veces causa de grandes trastornos, por razones diversas. Ante todo, existe el hermoso o feo; rico o mediocre cuyo origen se ignora: el regalo anónimo, que abunda más de lo creíble y es de lo más fastidioso; el egocentrismo del cliente es tal, su convicción de constituir la única preocupación de su abogado es tan exclusiva, que cree innecesario agregar una tarjeta con su nombre, al enviarle un pisapapel, suponiendo sabrá perfectamente la procedencia. ¿Cómo portarse en tal caso? Si no se agradece el regalo, se nos juzga mal; si se agradece por intuición y lo atribuimos equivocadamente, parecemos significar la necesidad de un regalo. Luego, tiene otro inconveniente el regalo anónimo. Si es una obra de arte, de cualidad inferior, ¿cómo ponerla a la vista del cliente si se ignora quién es?... Esto me recuerda un día en que recibí un cuadro de colosales dimensiones, de muy dudoso mérito. No sabía dónde ponerlo, no encontrando paredes bastante amplias ni lugares suficientemente oscuros... Al fin, me decidí por el corredor, pero como el obsequiante tuvo la precaución de darse a conocer y era muy gentil conmigo, necesitaba ponerlo siempre antes de sus visitas y sacarlo en cuanto se iba, lo que exigía una verdadera mudanza con personal bien ex-

perimentado. ¡Los regalos que molestan! ¡Ya lo creo que los hay! ¡Son casi siempre las llamadas obras de arte! Pero, le ruego no decirlo: es verdad que hasta el presente he sido poco afortunado; no quiero privarme de las reservas del porvenir, en caso de que viniera a sorprenderme una verdadera joya artística.

El célebre autor dramático Tristán Bernard, se expresa en esta forma al serle requerida su opinión sobre el asunto de los regalos, contándonos una sabrosa anécdota.

—Un tío mío, aficionado a pintar, habíame regalado un gran cuadro hecho por él, en el que figuraban flores y frutas. Me visitaba dos veces al año, y como anunciaba siempre sus visitas, me daba tiempo para colgarlo en sitio visible, pues el resto del tiempo descansaba en un pasillo.

En ese lugar, ocasionó el dichoso cuadro dos caídas, siendo la segunda bastante grave, pues ocasionó la luxación de una rodilla a mi criada, por lo cual hube de abonar una crecida cuenta de médico y farmacia.

Mi tío murió hace dos lustros. He vendido en siete francos el cuadro a un negociante de mi misma calle.

Cierto día, uno de mis amigos entró diciéndome:—Acabo de ver en el comercio de pinturas que está más cerca, un magnífico cuadro en el que hay flores y frutas. Me piden cinco mil francos. Con gusto hubiera dado por él cuatro mil.

Una creciente angustia estuvo a punto de hacerme desfallecer. Ni bien salió mi amigo, corrí a la tienda de cuadros...

Eran otras flores y frutas que en nada se parecían a las conocidas por mí. Sentí un alivio delicioso. Era la primera vez que el regalo de mi tío venía a causarme placer. En realidad había tardado bastante.



Las Personas Distinguidas

que visiten Inglaterra

hallarán que el propósito de los propietarios y personal del Hotel Cecil es proporcionarles el mismo lujo y confort, el mismo hermoso ambiente, cocina y servicio insuperables a que están acostumbradas en sus propios hogares.

La reputación internacional del Hotel Cecil, prueba su notable éxito.

Solicítense tarifas a la
Agencia Dorland — Av. de Mayo, 560
Buenos Aires

HOTEL CECIL

LONDRES - INGLATERRA

Cables:
"CECELIA"
Londres



VIAJE A NUEVA YORK en insuperables vapores.

AMERICAN LEGION

LLEGA ENERO 8 — SALE ENERO 17

PAN AMERICA

LLEGA ENERO 23 — SALE ENERO 31

WESTERN WORLD

LLEGA FEBRERO 5 — SALE FEBRERO 14

SOUTHERN CROSS

LLEGA FEBRERO 20 — SALE FEBRERO 28

SERVICIO QUINCENAL
VIA SANTOS Y RÍO DE JANEIRO
Desde BUENOS AIRES

La ruta más rápida para Nueva York en barcos de imaculada limpieza, con cabinas bien ventiladas, baños privados y una insuperable cocina. Todos los placeres, confort y servicio del más moderno transatlántico.



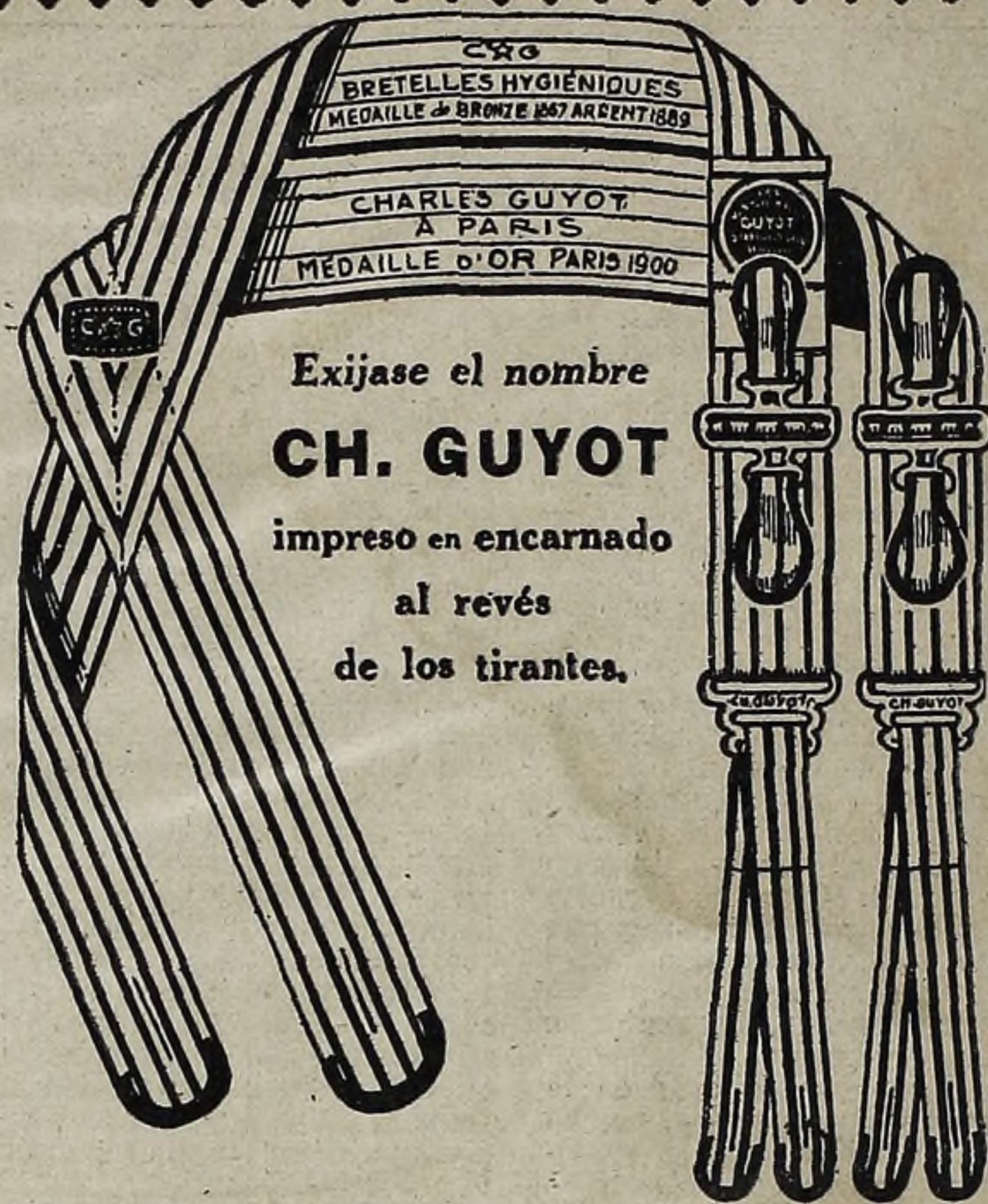
Solicítense tarifas para viajes
de excursión alrededor de Sud
América, vía Nueva York.

MUNSON STEAMSHIP LINE

Administradores de los vapores del
GOBIERNO ESTADOUNIDENSE

Avenida de Mayo, 560 - Buenos Aires

Pida el folleto descriptivo H. 1, que contiene valiosas
informaciones navieras.



Exijase el nombre
CH. GUYOT
impreso en encarnado
al revés
de los tirantes.

TIRANTES CH. GUYOT

LA PRIMERA MARCA DEL MUNDO

Rechácense las imitaciones.

PERFUMERIA MERCIER



CAPRICHIO FLOR



ORIGAN MERCIER



JUVENCIA

Tres nuevas creaciones, finísimos perfumes, que
por sí bastan para satisfacer todos los gustos.

FARMACIAS, PERFUMERIAS Y PELUQUERIAS

Por mayor: HONDURAS, 5741

Era un niño...



LLÍ está el muchacho, solo, completamente solo, en la fría buhardilla que apenas pudo hallar un día en una modesta casa de pensión.

Inclinado sobre una mesa, escribe. Escribe versos... Lo de siempre. Pero, de improviso, deja la pluma y piensa... Recuerda... En su imaginación se ve llegar, una mañana de sol, a la ciudad, ilusionado, joven, fuerte de alma, dispuesto a conquistar un nombre, un poco de fama que llevaría a los suyos, a los padres, a la novia, blanca y sencilla, a todos aquellos que quedaron llorando en silencio, en un rincón provinciano, ansiando siempre el prometido regreso... Pero, ¿cómo regresar? Era imposible pensar en ello, porque, a pesar del tiempo transcurrido, aun está muy lejos el triunfo, tan lejos, que no lo ven sus ojos, sino su enorme ansiedad... Y lo peor, para su desgracia, es que comienza a sentirse un poco cansado. Cansado de luchar, cansado de estar solo... Dijérase que siente necesidad de cariño, cariño de madre y de novia, todo aquello que ayer tuvo y que hoy recuerda con pena. Por eso, de improviso, toma la pluma, deja a un lado los pensamientos, y sigue escribiendo. ¡Pero, no! ¡No puede! ¡Oh!, ahora recuerda... Sí, por la mañana, en un hospital, lo revisó un médico y le aseguró que estaba un poco enfermo. Enfermo, sí, pero, ¿de qué? Él lo sabía, pero su orgullo le obligaba a callar.

Estaba enfermo de... hambre. Las privaciones, las fatigas, todo el pequeño ca.vario de sus veintisiete años se juntaban ahora en una sola palabra: debilidad.

Se puso de pie. Al hacerlo sintió una ligera vacilación en las piernas, como si ellas se negaran a sostener el peso de su cuerpo, y entonces se dejó caer sobre el lecho miserable... Tenía miedo. Un miedo infantil, un miedo de niño grande de enfermarse allí, solo, tan solo en la fría casa de pensión, donde todos parecían viajeros que, al pasar por la vida, se detenían en ella un momento, para seguir luego su marcha. Además, nadie subía hasta su buhardilla. El muchacho lo comprendía: fatigaba enormemente la escalera de caracol que conducía a ella, pero su dinero, siempre tan escaso, prohibía mayores comodidades... Por eso nadie iba a verle, y por eso estaba allí, muy alto y muy solo, sintiéndose cansado de todo, hasta de vivir... De repente, un ruido que venía de abajo le llamó, una vez más, a la realidad. Escuchó... No había duda. Eran manifestaciones de alegría, alocadas, vibrantes... Luego, oyó una voz que invitaba a brindar. Entonces, el muchacho, en medio de su aturdimiento, recordó una fecha: Año Nuevo... Y, al recordarla, un mundo de tristeza se apoderó de él. A esa misma hora, a las doce de la noche, allá lejos, también los suyos brindarían por su pronto regreso; allá lejos, su madrecita y su novia llorarían por él, creyéndole feliz, persiguiendo el triunfo, quizás, alcanzándole ya... ¡Año Nuevo! ¡Qué triunfo el suyo! Solo, con hambre, enfermo, oyendo cómo reían a su lado, sin que nadie se acordara de él. Tuvo deseos de echarse a la calle, pero no podía; estaba ahora como atado a esos hierros que formaban su cama, y en la cual se revolvía... Nuevamente tuvo miedo, sí, miedo de morir allí, en esa noche de fiesta, de alegría, de risas, y sin contenerse, se puso a llorar... Era un niño...

II

El filósofo...

ESTÁ en su biblioteca, siempre leyendo. Conoce el mundo. Es un viejo rodador y experimentado, grande de corazón, que, luego de observar a fondo la vida y los resortes mágicos y atrayentes que embellecen, se convirtió él mismo en prisionero de su alma, y fué entonces tolerante, humano, y asomaron a sus labios frases de perdón... Por eso, allí está siempre, en la biblioteca, frente a los libros, imponentes y severos, que hablan de la vida y de los hombres.

Luego, sin saber exactamente por qué, alza la cabeza, y sus ojos miran fijos un pequeño calendario que descansa sobre su mesa de trabajo.

Ahora comprende. Va a empe-

Año nuevo

Pinceladas

Por JULIO FRANZOSO

Ilustración de N. Fraga



zar un año nuevo... Un año más de vida y un año menos para vivir. Pero, eso a él no le emociona. ¿Por qué? Porque puede decirse que él ha prescindido del calendario, a cuyas fechas amoldan los demás su ritmo de conducta. Él, para reír o para llorar, no espera que se lo indique el calendario; no: ríe o llora cuando el alma se lo pide. ¿Año Nuevo? ¡Bah! Lo de siempre... ¿Qué importancia tiene para él ese hecho? Ninguna. Luego, se inclina sobre el libro, abandonado apenas un instante, y continúa con hondo placer la lectura...

Lee, sí, muy lejos de la vida y de todo lo que le rodea; dijérase que está en un mundo aparte, tal vez mejor, donde no se tiene en cuenta el tiempo que pasa... Por eso, el viejo filósofo, no abandona jamás la cárcel de su alma, de la cual él mismo se hizo prisionero...

Así, en esta forma, y sin dedicarle ninguna atención, ha visto pasar él muchos "años nuevos"... En adelante, el filósofo — así se lo prometió un día a su alma — vivirá sin calendario y sin reloj...

II

Los viejos...

SON ricos los viejos. Muy ricos, sí, pero muy viejos también, sobre todo de alma. Han vivido mucho. Han llorado mucho. En esta noche de fiesta, tradicional y legendaria, recuerdan, sin quererlo, jirones de vida pasada... Hay en el "ayer" de estas dos vidas, días de penas, de fatigas, y de alegrías. Ella y él, desde jóvenes, trabajaron fuertemente, incansables, en la tarea, para tener hoy, al fin, lo que en el mundo se llama fortuna... Sin embargo, el dinero, contra lo que ellos esperaban, no les trajo consigo la felicidad serena que resultaría para sus vidas como un premio a las amarguras pasadas...

Falta algo en esta vejez, y ese "algo" es un hijo.

Aquel hijo, aquel "mala cabeza", como le llama la anciana, que se alejó un día de su lado con una mentira en los labios y en el alma...

Saben que está lejos, muy lejos, derrochando el oro, la salud, todo, menos cumpliendo lo prometido: estudiar...

Porque para eso fué el sacrificio de ellos, para que estudiara, para que regresara del extranjero con un título que honrase al apellido, y no para que viviera en la forma que ellos sabían...

Ya era inútil pretender reformarlo. Se hubiese dicho que aquel hijo era el hijo de la vejez, para el cual no tuvieron más que caricias y dinero.

Por eso, ahora reconocían que el dinero les había llevado aquel pedazo de su alma, aquella última alegría.

Pero no... Había que sufrir. Era necesario sufrir sobre todo en estas noches de fiesta... Por eso, también más tarde, estos viejos ricos, muy ricos, llegan hasta envidiar la tranquila alegría con que sus sirvientes reciben la alegría del año nuevo...

Ellos, los pobres, aun tienen en su vida este momento de esperanza, supremo consuelo que llega una vez al año y que promete siempre menos sufrimientos para el año que empieza...

Los viejos sienten envidia, sí, una envidia silenciosa que no tienen el valor de decirse, porque, a pesar de ser muy ricos, son muy pobres, ya que comprenden que, con toda su enorme fortuna, no podrán jamás comprar un poco de felicidad...

Un momento pasa, y los viejos, solos, muy solos y muy tristes, lloran...

"...siente necesidad de cariño, cariño de madre y de novia..."

En el fondo de la casa, los sirvientes...

Los secretos del almanaque

NO hay libro alguno tan popularizado, y que en manos de todos se encuentre, como un almanaque. Y sin embargo, no hay tampoco un libro que contenga más palabras y más datos que ignoran los que le usan. En él se resumen, puede decirse, la cronología, las grandes épocas de la historia, la astronomía y la meteorología. Aparece la "división del tiempo" con las palabras "año, mes, día, era, ciclo" y otras. Se lee, por ejemplo, "días de la luna"; entra el sol en "sagitario", etc. Se expresa el número del año referido, verbigracia, a la "reforma gregoriana". Se completa, por fin, con los ridículos pronósticos de "lluvia" o de "nieves" u otro fenómeno meteorológico. Pues bien, preguntad a los que le usan, qué es ciclo solar o epacta, por ejemplo; qué son "días de la luna"; por qué algunos años tienen un día menos; qué significa la corrección gregoriana; en qué se funda la división de las esta-

ciones, etc., etc., y oiréis con mucha frecuencia: "no sé". Conviene, pues, cumpliendo el intento de este libro, explicar lo necesario para tener algún conocimiento de estas cuestiones. Dará esto materia para varios artículos, y en el presente vamos tan sólo a tratar de un punto relativo a la división del tiempo, porque creemos que es el más generalmente ignorado.

En la primera hoja, comúnmente, de todos los almanaques, y bajo el epígrafe de "Cómputo eclesiástico", se lee: "áureo número, ciclo solar, epacta, letra dominical, indicción". ¿Qué significan estas palabras y los números que las acompañan?

Se llama "ciclo" un período de cierto número de años. Los períodos más notables y fundados en las revoluciones de los astros son el "ciclo lunar" y el "ciclo solar".

El ciclo lunar es un período de diez y nueve años, pasado el cual se vuelven a verificar las varias fases de la luna

en los mismos días del año. El número que en cada año le corresponde como perteneciente al período dicho, es el que se llama "áureo número", es decir, que el primer año del período tiene por áureo número el 1; el segundo el 2 y así sucesivamente hasta 19. Vuelve luego a comenzarse y se forma otro período o ciclo. Para tener el áureo número que corresponde, por ejemplo, al año de 1868, si el primer día de la era vulgar hubiese sido el primero del ciclo lunar, bastaría dividir 1868 por 19, y resultaría 98 de cociente, es decir, que van transcurridos 98 períodos de 19 años, y queda un resto de seis, que son los años que van del período siguiente, y por lo tanto el áureo número sería seis; pero hay que tener en cuenta que el primer año desde el cual se cuentan 1868 hasta la época presente, era el segundo de un ciclo lunar, iba ya transcurrido uno, así que la regla hay que modificarla añadiendo uno a 1868 y haciendo luego la división como se ha dicho. Resulta de esta operación que el áureo número del año de 1868 es 7. Si la división es exacta y el resto por lo tanto nulo, es que el año forma el último de un cierto número de períodos exactos expresado por el cociente, y por lo tanto el áureo número será 19.

La denominación de áureo número o número de oro tiene su origen en que, descubierto el período por un natural de Atenas, los atenienses, entusiasmados, esculpieron con letras de oro el número del año.

El ciclo solar es un período de veintiocho años, que se forma del modo siguiente. Si se señalan los días de la semana con las siete primeras letras del alfabeto, dando la A al primer día de enero, B al día 2 y así hasta la G al día 7, y luego otra vez A al día 8, etcétera, como el año consta de cincuenta y dos semanas y un día, sobra una letra cada año, y resulta que si la A correspondía un año al domingo, por ejemplo, al año siguiente correspondería al lunes, y al domingo le correspondería la G, y siguiendo así en los años siguientes, a los siete transcurridos se reproduciría el mismo orden y correspondería otra vez la A al domingo. Pero el día que se intercala en los años bisestos hace que de cuatro en cuatro años haya que retroceder una letra más, y como es en el mes de febrero donde se intercala el día de aumento, si la A corresponde a los domingos al principio uno de dichos años bisestos, desde el 24 de febrero en adelante corresponde al lunes. Por esta causa, para que se reproduzca por el mismo orden la serie de las letras, es menester que transcurra cuatro veces siete, es decir, veintiocho años, y este período es el llamado ciclo solar. La letra que en cada año corresponde al domingo se llama letra dominical, y en los bisestos hay dos letras dominicales, una que rige hasta el 23 de febrero y otra para el resto del año.

Este ciclo fué inventado por los primeros cristianos para formar un calendario perpetuo que indicase los días del año que fuesen domingo, lunes, etc., señalando al efecto los días de la semana con las siete letras.

Para determinar el año del período de 28 que corresponde a un año cualquiera, se sigue una regla análoga a la del ciclo lunar. Observando que este ciclo ha comenzado nueve años antes del principio de la era cristiana, es decir, que el primer año de la era cristiana era el 10 del período, se añaden nueve unidades al número del año y la suma se divide por 28. El cociente expresa el número de períodos completos transcurridos con el año en que se está, y si es exacto, el número del período

que le corresponde es el 28, y si queda un resto, este resto es el número buscado.

El ciclo llamado "Indicción" es un período de quince años, introducido, según se cree, por Constantino el Grande en el año 313. Para calcular el número de la Indicción que le corresponde a un año, se parte de la hipótesis de haber principiado el período tres años antes del primero de la era cristiana, y por lo tanto se añaden tres unidades al número del año que se considera, y se divide la suma por 15, expresando el resto el número de la Indicción, y si la división es exacta, el número es 15.

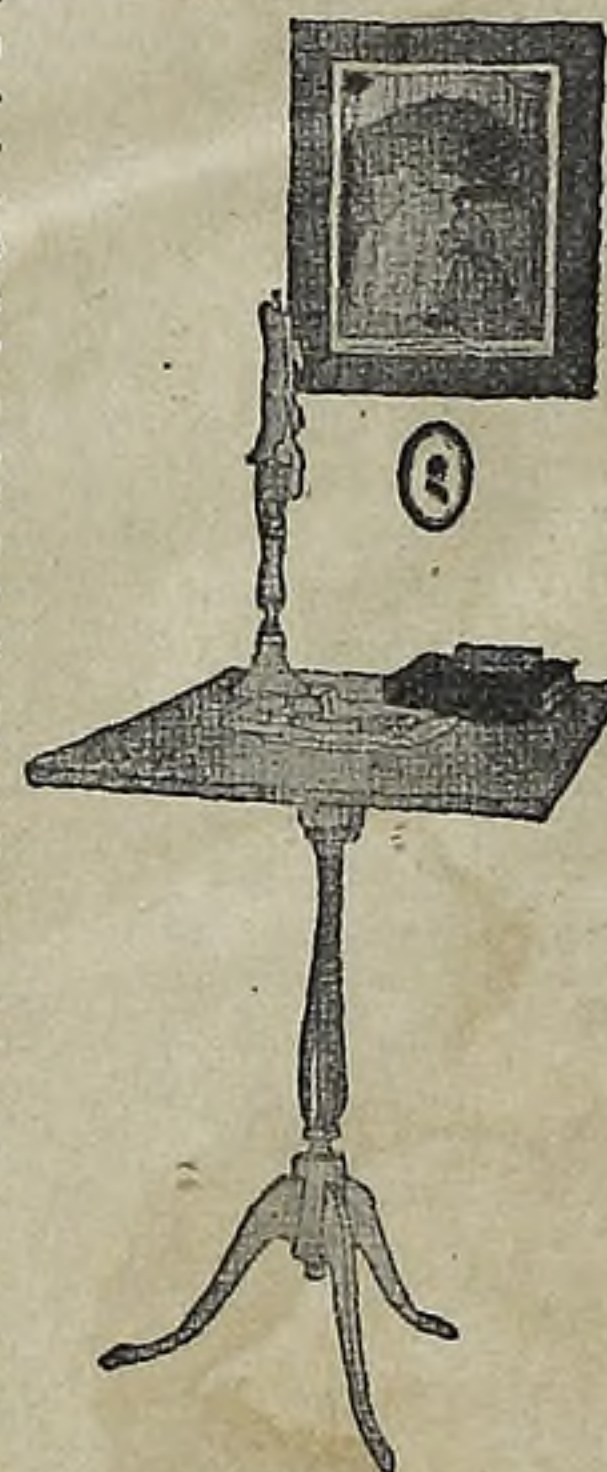
La "epacta" de un año es la edad de la luna el 1.º de enero. Expliquemos lo que quiere decir edad de la luna. El año lunar contiene 12 lunaciones o doce meses lunares, entendiéndose por mes lunar el tiempo en que la luna presenta todas sus fases. Este mes lunar es más corto que el mes solar, y en el año civil ordinario resultan once días más que en el año lunar. Se infiere de esto que si el 1.º de enero de un año es luna llena, la 13.ª nueva luna tendrá lugar el 20 de diciembre, once días antes de terminar el año solar, y por este motivo el 1.º de enero siguiente tendrá la luna once días; al primero del año inmediato tendrá veintidós; al del siguiente treinta y tres, o rebajando 30 para componer una lunación, tendrá tres días, y así sucesivamente. Este número de días que lleva la luna el día primero de un año, es la edad de la luna, y se llama "epacta". El

número de la epacta se halla fácilmente, refiriéndola al áureo número por medio de la regla siguiente:

Se resta una unidad del número áureo, se multiplica la diferencia por 11 y se divide el producto por 30. La razón es la siguiente: cuando el áureo número es uno, la epacta es cero; cuando es dos, es decir, al año siguiente, la epacta es 11; cuando es tres, 22, y cuando es cuatro, el producto dicho resulta ya divisible por 30, con cuya división se rebaja una lunación completa, y el resto tres es la epacta.

No puede darse nada más sencillo.

Es de extrañar que, siendo el almanaque uno de los elementos convencionales que más en contacto están con nuestras costumbres, sea, no obstante, su mecanismo generalmente desconocido.



Para teñir en casa telas y prendas de seda, lana, algodón, etc., emplee



JABONES COLORANTES

LARKIN

que constituyen lo ideal en materia de colorantes de uso doméstico. 19 colores distintos y firmes. Son los colorantes que más se usan en los Estados Unidos. Pida muestra a Pichincha, 62, B. Aires.

FABRICANTES

Larkin Co. Buffalo, N. Y., E. U. A.

Adolfo Gutman

presenta el mayor surtido en
CAMAS DE BRONCE, ACERO Y HIERRO
Creaciones originales.

La más alta calidad al precio mínimo.

LA CASA MÁS IMPORTANTE DEL RAMO

ADOLFO GUTMAN

SARMIENTO, 1561

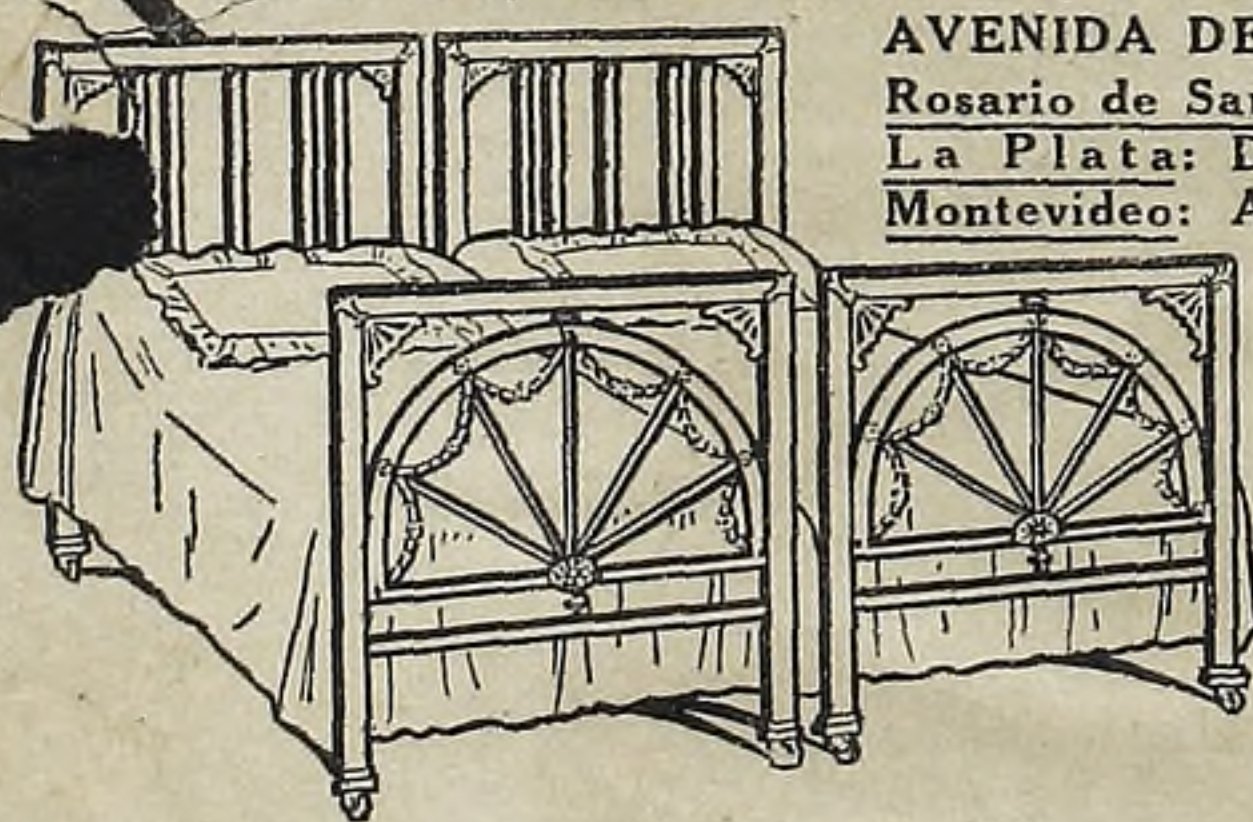
FLORIDA, 436 - CANGALLO, 747 - Bdo. IRIGOYEN, 1588

AVENIDA DE MAYO Esq. TACUARI

Rosario de Santa Fe: Córdoba, 1168

La Plata: Diagonal 80 Núm. 992

Montevideo: Av. 18 de Julio, 1077



CRÉDITOS POR
MENSUALIDADES

Soliciten catálogo

MODAS

Exhibe sus nuevos modelos
en Sombreros y Vestidos para
Verano, recibidos de París. Especialidad en Chambergos para playa.
Atiende pedidos del Interior.

Lousmaine

CAL, 859

U. T. 41, Plaza 2463

PHOTO-PLAIT

37 y 39, Rue Lafayette

PARIS - OPERA

APARATOS

y

ARTÍCULOS

para

FOTOGRAFÍA



Envíanse catálogos gratis
Anso - Ica - Kodak - Gaumont Ontoscope - Verascope Richard, etc.

Se venden los
CLISES USADOS
en la Revista

DIRIGIRSE A LA ADMINISTRACIÓN

252, RÍO DE JANEIRO, 262



La ilustración semanal argentina

El Hogar

se imprime, desde el presente número, en los nuevos talleres gráficos de la "Empresa Editorial Haynes Limitada". Esto significa que

El Hogar

experimentará un apreciable cambio en su presentación tipográfica, como ya puede advertirse en estas mismas páginas. En los números sucesivos, el lector notará otras muchas mejoras de carácter técnico, que marcarán, cada vez más, la distancia que separa a esta ilustración de las demás revistas nacionales del mismo precio.

Y esta superioridad no se referirá únicamente a la parte gráfica de

El Hogar

sino que ha de notarse especialmente en lo que atañe al material literario y artístico, que ha de ser digno de su presentación exterior. Nuevas secciones: "Antología de los grandes poetas", "El averiguador literario y artístico", "Páginas olvidadas", y otras cuyos títulos reservamos, vendrán a enriquecer el fondo cultural de

El Hogar

que continuará siendo, siempre en mayor grado, una enciclopedia de la vida nacional, en lo que ésta tiene de más elevado y culto.

El halagador resultado de nuestros veinte años de existencia, nos alienta para continuar con mayor entusiasmo esta labor didáctica de crítica honesta, de divulgación cultural y de dignificación periodística que constituye el prestigio de

El Hogar

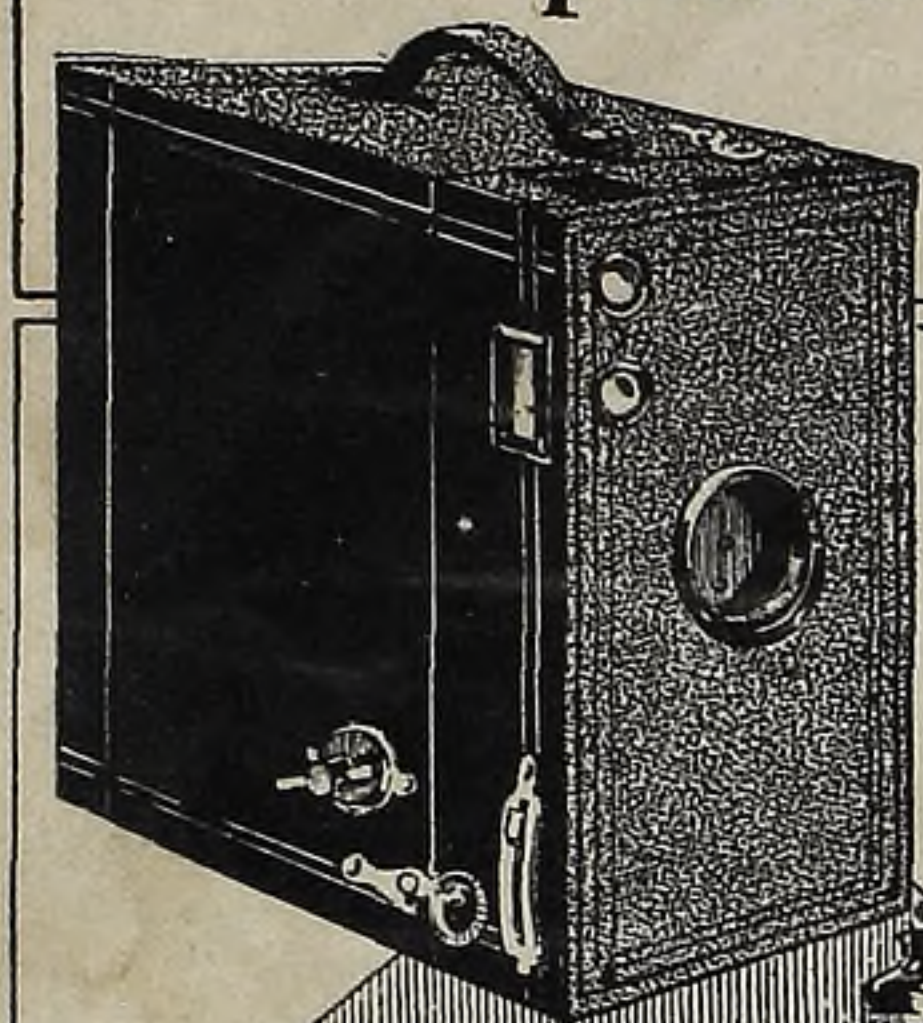
Nuestra publicación, haciendo honor a su título, está en todos los hogares. Nada hay en ella que signifique un atentado a las buenas costumbres o al buen gusto, ya que la nuestra es la única revista que no publica informaciones de sucesos policiales, juegos de azar, crónicas escandalosas, ni cuentos inmorales, ni narraciones en lunfardo.

El Hogar

llega semanalmente a 100.000 hogares, y es esta nuestra mejor recomendación y nuestra mayor satisfacción.



Con poco dinero Vd.
puede ser fotógrafo



CAMARAS BROWNIE DE CAJON No. 2 C.

Para todos aquellos que deseen
tomar buenas fotografías con
facilidad y a un costo mínimo.

Tamaño de las fotografías:
7 1/2 x 12 1/2 centímetros.

Al precio de \$ m/n 19.—

Talleres fotográficos para
trabajos de aficionados.

Revelaciones y copias
ejecutadas en el día.



ANTEOJOS Y LENTES

Exactamente los que su médico receta. TALLER DE COMPOSTURAS.
Primer Instituto Optico Oculistico

LUTZ, FERRANDO Y CIA.

FLORIDA, 240 — BUENOS AIRES

RIVADAVIA, 6879 — FLORES

CABILDO, 1916 — BELGRANO

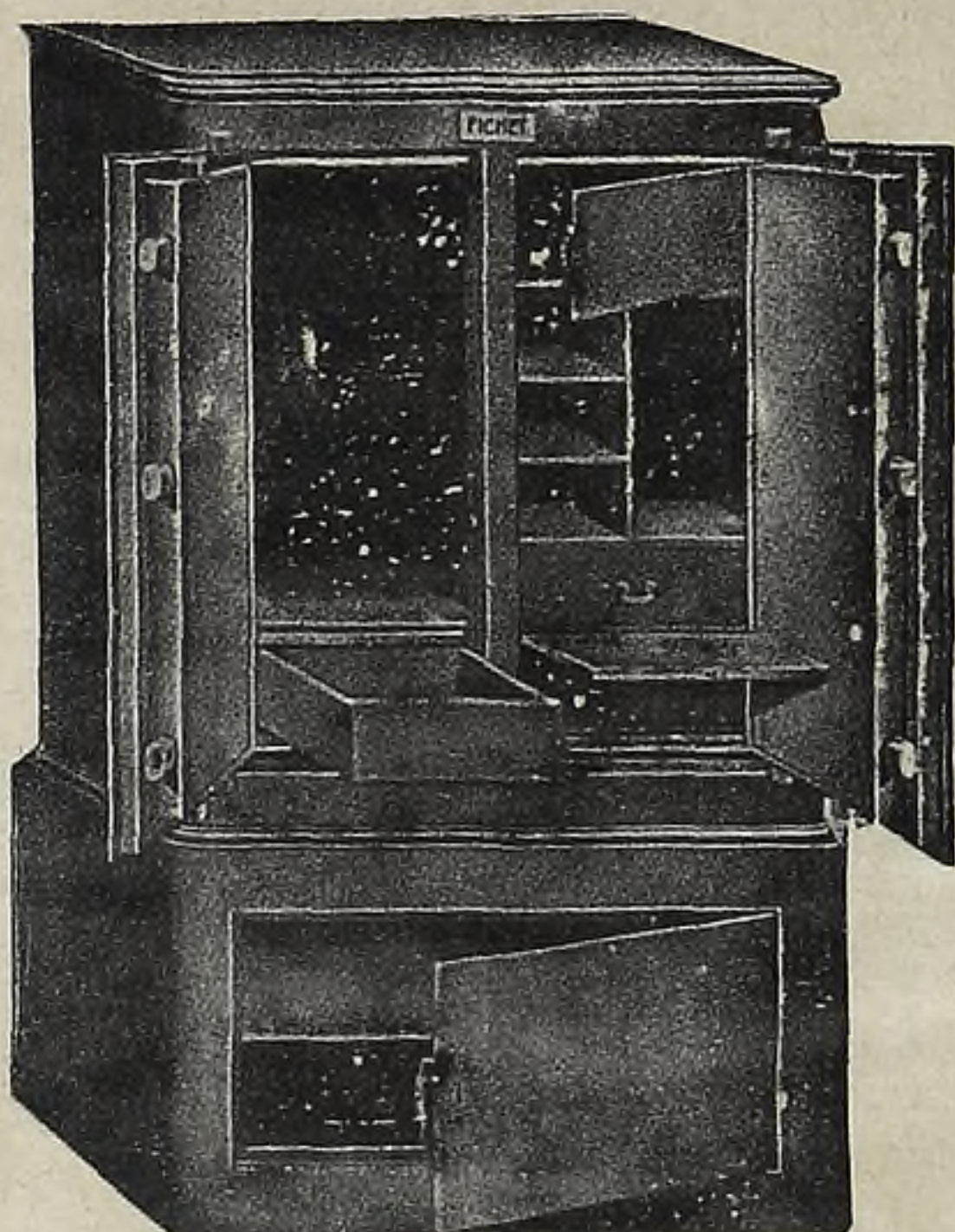
ALMIRANTE BROWN, 1067 — BOCA

Sucursales: Rosario, Córdoba, Tucumán, Santa Fe, La Plata, Mar del Plata

FICHET

PARIS

CAJAS DE HIERRO — TESORO PARA BANCOS



CONCESIONARIOS

A. MOTTEAU LDA.

SOCIEDAD ANÓNIMA INDUSTRIAL

GARAY, 1272

Exposición y Ventas

Galería Güemes

Buenos Aires

La Navidad de Fray Carranza

(Continuación de la pág. 52)

bien realizado, y mucho fiel hubo que se marchó convencido de haber visto el nacimiento del mismísimo Niño Jesús.

Al siguiente día, Navidad, a poco más de mediodía, salió del Fuerte lucida comitiva encabezada por Céspedes, y cruzando la Plaza Mayor llegó a casa de Fray Carranza e invitó a éste, a Fray Aresti y a cuantos con ellos estuvieran a que les acompañara. Todos unidos fueron hasta la morada de Avila, y Céspedes le invitó a presenciar y presidir las fiestas que en su honor se celebrarían.

Juntados todos, partieron hacia el lugar de la fiesta.

En la plaza, hacia un costado, habían de celebrarse *Juegos de cañas* y *Corridos de toros*, para lo cual habíase formado ancho círculo con carretas, y maderos, y ramazones, y cuanto mejor se halló, quedando una buena liza en que lidiar y correr.

Los palcos principales, que ocuparon Sus Señorías y los Ilustrísimos, alzábanse ante la misma puerta de la Iglesia, y los de Cabildo y muchos vecinos principales estaban aquí y allá, distribuidos para servir de sostén al gran cerco de la plaza de lidia.

Dió la orden Céspedes, que aunque ya dejara de ser gobernador, era quien presidía las fiestas, y entraron en la plaza doce jinetes, todos jóvenes y muy bien montados, portando las lanzas de caña, que dan nombre al juego. Saludaron al palco principal, y dividiéndose en dos mitades, volvieron bridas, colocándose en dos líneas fronteras.

Céspedes hizo una señal con su pequeño bastón, y los dos bandos, arrancando con todo ímpetu, se atacaron con las lanzas.

Recio fué el primer choque, y unos rodaron por el santo suelo y otros quedaron no muy bien mentados; mas, prontamente repuestos, mandados por sus diestros capitanes, la lucha se tornó en verdadera batalla, donde cada cual trató de lucir sus dotes de guerrero, cuando no sus habilidades de jinete.

Gran entusiasmo despertaron en el concurso, y pronto, a los botes de las lanzas y a la caída de éste y el quite de aquél, siguióse gran gritería, la que con las voces de los combatientes hizo infernal bullicio.

Miras llevaba aquello de acabar muy mal, que de doce combatientes ya sólo quedaban seis en la liza, cuatro de un bando y dos del otro, y se atacaban con tal saña que echábase de ver que los movía la ira:

— Paréceme, Señoría — dijo Fray Carranza a Céspedes, — que este juego ha terminado.

— Así me lo parece también — repuso. Y, puesto de pie, agitó su bastón, y como nadie le viera ni obedeciera, mandó sonar una corneta. Quedóse todo el mundo quieto.

— Ha terminado el *Juego de cañas* — dijo en alta voz. — Su Ilustrísimo y Su Señoría hallan muy del mejor arte como se han desempeñado los jugadores. Felicítense los que lo han realizado, que, todos por igual, son dignos del mayor elogio. ¡Vengan ahora los toros! — terminó, mandando con un ademán a su ayudante.

Entre vítores y aplausos despejóse la liza, y así que se repararon algunas averías, sonó de nuevo la corneta y entraron cinco jinetes con diez sirvientes que marchaban a sus estribos. Los caballeros rejoneadores, que tales eran éstos, iban por primera vez a lucirse, que hasta entonces las fiestas se habían pasado sin esta diversión tan atractiva.

Es el rejonear arte de mucho mérito, y quien en él sobresale, de fijo es guerrero que ganará gran fama, pues ninguna enseñanza es mejor que aquella para la destreza en la lucha.

Hecho el paseo de la Plaza por los jinetes, donde se les admiró por lo bien enjaezados de los corceles y lo sencillo y rico de sus atavíos, retiráronse todos menos uno, jinete éste en un caballejo de pelo mo-

ro, nervioso y pronto, que estaba muy sobre el freno.

A un nuevo toque de corneta salió a plaza un torete, como de menos de tres años, rojo tapado, de cuernos rectos y filosos como dos púas, que miró al concurso con altanería, y llamada su atención por las capas de los sirvientes del jinete, que las agitaban con acompañamiento de gritos, allá se fué sobre uno... Comenzó la lidia. Veníase el toro sobre el jinete, y éste le esquivaba y burlaba con diestros y muy veloces quites del caballo. Y cuando era mala la postura, que podía tomarle de través, socorriánle los sirvientes, y con las capas sacábanle al toro de encima. Al fin, y en la más aparatosa manera y lo más reñido de la lucha, el jinete clavó su rejón, una lanza corta, en el testuz del toro, hazaña que el concurso premió con fragorosos y nutridos aplausos.

Quitados jinete y toro, entró en la Plaza el segundo rejoneador y le soltaron un toro retinto de negro, como de ébano. Apenas entrado el toro se fué contra el jinete y los sirvientes con tanta furia y presteza que les desorientó, y aquél no supo qué hacer y dióse a escurrir el bulto, y éstos, que se hallaron tan mal, hicieron lo propio. Impropio debiera decir, que impropio era huirle al toro en manera tan ridícula. Y de aquel huir a lo loco, asustado, el toro se enfureció, y, arremetiendo con todo, arremetió con un palco y allá rodaron taburetes y barreras, y huyó desfavorida la gente, y se hizo descomunal tumulto y alboroto: — ¡El toro! ¡El toro! ¡Cuidado el toro! — gritaron de todas partes.

El toro negro como el ébano, así que se llevó por delante el palco, al que desbarató en cuatro cornadas, quedóse mirando, y como si acaso tuviera miedo, ganóse a la Iglesia, cuyo ancho portal estaba abierto. ¡Señor de las angustias! ¡Momento fué aquel de no respirar, ni vivir! ¡Cata ahí que, a poquitos instantes, salieron huyendo la Virgen, San José y los Reyes, y tras ellos, como ufano de la hazaña, el malhadado toro, en cuyas astas traía ensartado al Niño Jesús! ¡Qué espanto, qué estupefacción y qué más horroroso horror!

Fray Carranza, en una de esas fieras de hombre que siempre hay en los santos, mandó a voces:

— ¡Matadle! ¡Matad al toro! ¡No permitáis tal sacrilegio! ¡Matadle, vive Dios!

Cinco, diez, veinte hombres saltaron sobre sus caballos y echáronse sobre el toro, el cual no acertó más que a huir, mas, presto rodó al pechar de un caballo, y un mestizo le desjarretó y otro sujetóle un lazo a los cuernos, y a la rastra, en endiablada algazara, llevóronle a la Plaza. Cuando llegó parecía muerto y estaba hecho una lástima, lleno de polvo y sangre, con unos pedazos del muñeco en los cuernos. A su vista Fray Carranza se encendió en ira:

— Matémosle — dijo, — matémosle ejemplarmente, como a los sacrilegos, en la hoguera.

Y ya porque a todos pareció lo mismo, o porque los moviera tanto temor como celo, en menos de un pestaño se formó una hoguera, y el toro, vivo aún, fué puesto en ella y comenzó a achicharrarse.

Y Fray Aresti, que había permanecido mudo, algo pálido, pero con mucha autoridad en el ademán, se adelantó unos pasos hacia la hoguera y, de rodillas, clamó:

— Señor, señor, perdónanos!...

Todos se arrodillaron, rezando al unísono, y por el ámbito, en vez del mal olor a azufre que despidió el diablo, esparcióse otro olor.

— Ilustrísimo — le dijo Marcelino a Fray Carranza, muy quedo, que él sólo le oía: — ¡qué olor tan raro!...

— Hijo mío — repuso con afligido acento, — olor... Desde esta mañana no pruebo bocado, y este maldito toro huele a carne asada que, Dios me perdone, me hace desmayar de hambre...

Y bajando la cabeza, con trágico gesto de resignación, siguió orando.

Exhumaciones históricas
El Aguinaldo
Por LUCAS GONZÁLEZ
HERRERO



N los tiempos se pierde el origen de la universal costumbre de celebrar el Año Nuevo con regalos mutuos. Los romanos, a los presentes que se hacían mutuamente el primer día de las Calendas de Mayo, denominábanlos "strenæ", de Strenia, mitológica deidad de cuyo sagrado bosque cortó el rey Tracio varias ramas como feliz augurio del Año Nuevo. Los pueblos gentiles, al pasar al cristianismo, conservaron esta pagana tradición, si bien Hermanándola con el dogma y en honor de los más grandes misterios de nuestra religión que la Iglesia celebra en los últimos días del año que termina y en los primeros del que comienza.

El "aguinaldo" reconoce por principio esta gentilica tradición, cuyo origen druidico y cuya etimología gala vamos a exponer con toda la claridad y brevedad que posible nos sea:

En el canto XVIII del "Edda", libro sagrado del druidismo—antiguísima religión que se remonta a los más vetustos tiempos, y que se cree nació en los pueblos escandinavos,—léese una bella narración en que se describe el fin trágico de "Baldher", principio del "Bien", a quien los antiguos galos denominaron "Belen", dios Sol.

Cuenta que Baldher, teniendo revelación de que su vida se hallaba en mortal asechanza, manifestólo a los demás dioses, y todos se aunaron para defenderle del grave peligro, exigiendo la diosa Trea solemne juramento de que ninguno haría el menor daño al amenazado dios, uno por uno, al fuego y al agua, al hierro y demás metales, a todos los animales, aves, peces, plantas, piedras, venenos, enfermedades y cuanto pudiese causar la muerte o daño.

Y todos, como la diosa exigió, lo juraron.

Y así, en las grandes asambleas de recreo y esparcimiento de los dioses, éstos divertíanse en arrojar sobre Baldher y en honor suyo todo aquello que, por sí, podía herir y causar la muerte; holgándose mucho de que aquél resultase siempre indemne, conforme a lo por todos jurado. Por lo que Baldher era invulnerable a todo.

Mas he aquí que "Loke", principio del "Mal", envidioso de Baldher y queriendo, en su perversión, prenderle, en ocasión de una de tan magnas y regocijadas asambleas, transformóse en vieja, y penetró así en el lugar en que se celebraba. Acercóse, taimado y ladino, a Trea, y, afectando una total ignorancia, interrogóla por la causa de aquella equívoca distracción, que tenía las apariencias de la ejecución de una espeluznante y despiadada sentencia.

Trea informóle minuciosamente.

—¡Oh!—muy bien, muy bien—exclamó la fingida vieja, aparentando un gran contento.—Y juraron todos, ¿verdad?—agregó.

—¡Todos, ¡oh, sí!—repuso la diosa.—Es decir—rectificó,—todo, menos uno: el muérdago, a quien ni siquiera se le pidió, porque dadas su debilidad e inofensividad, es incapaz de causar una leve molestia. Por eso no me molesté en pedirle juramento.

De allí a poco, la falsa vieja desapareció, y recobrando su primitiva forma, fue-se a una encina, cortó una rama de muérdago, y tornando con ella a la asamblea, se colocó al lado del ciego Hóder.

—¿Por qué—le dijo—no disparas tú contra Baldher, en su honor?

—¿No ves—respondió el

arco, y el dios festejado cayó exánime, atravesado el corazón por la mortífera flecha del genio del Mal.

Como esto ocurría, según el citado sagrado libro del druidismo, un día de Año Nuevo, de ahí que en tales días los sacerdotes druidas, en conmemoración de tan triste suceso, se dedicasen a cortar el muérdago de la encina religiosa y, solemnemente, lo repartiesen después, en pequeñas porciones, entre los fieles, para precaverse contra las asechanzas de Loke.

Y establecióse así la religiosa fiesta, que la tradición fué encargándose de transmitir de generación en generación.

De todo este mito ha ido quedando, en las evoluciones de las teogonías e ideologías, la costumbre de regalar, primero, ramas de encina, y luego de otros árboles; y después ya, en otras metamorfosis y otras orientaciones sociales y religiosas, hacerse otros regalos, hasta llegar a como hoy existe, pero siempre conservando, como en seguida demostraremos, su origen primitivo del muérdago, antiquísimo, pero verdadero y legítimo padre del "aguinaldo" de nuestros tiempos.

La antigua Galia, como todos los pueblos de origen cimblico, fué druida, neta y genuinamente, y fué, por consiguiente, una de sus más solemnes fiestas religiosas la de coger el muérdago de la encina los días primero de año.

La historia nos dice que los sacerdotes druidas galos llevaban tras sí, en esta fiesta, al pueblo entero a los bosques de Chartres y Dreux, al grito de "Al muérdago, el año nuevo".

(Hacemos gracia al lector de la fastuosa y exótica fiesta cuya descripción nos llevaría no escaso espacio.)

Ahora bien: la anterior frase de convocación suena en francés "au-qui l'an neuf", ni más ni menos que como en la antigüedad se profería; y de la que, apocada, quedó "au-guil-l'an", con la que se denominó, no ya sólo la fiesta, pero también las canciones que en ella se entonaban, los pedacitos de muérdago que se repartían y hasta los regalos que, con esta ocasión y en el tiempo, comenzaron a hacerse entre sí.

De "au-gui-l'an", por corrupción quedó en "aguilán" la fiesta y "aguilanos" los regalos; y en nueva corrupción, al incorporarse a nuestro idioma, convirtiéndose en "aguinaldo", con bien escasa desnaturalización, por cierto.

Frases de nuestro idioma la han padecido tal, en la evolución del lenguaje, que, para admitir su dudosa y obscura etimología hácese preciso recurrir a la autoridad del que lo dice, y, a veces, a una fe harto ciega y rotunda.

Esa transformación de la palabra no la experimentó el concepto en sí, pues sigue el Aguinaldo practicándose en la misma forma molesta... para el dadvoso.

Y he aquí el antiquísimo, pero absolutamente positivo y verídico origen del "aguinaldo".

El aguinaldo que damos a nuestros lectores.



Conte de Noel

Par CATULLE MENDÉS

La cellule est triste et la nonne aussi.
O nonne mignonne, est-ce un grand souci
Qui vous fait veiller, et par la cellule,
Rôder en tremblant, brune libellule?
Minuit sonne: il faut détacher enfin
La guimpe rigide et le voile fin!
Du sombre cocon de laine et de serge,
Papillon de soie, un corps frêle émerge,
Et, morte au cœur vif, qui s'ensevelit,
Elle glisse au froid linceul de son lit.
Mais, pieuse, avant de souffler sa lampe,
Son regard admire au mur une estampe
Où l'on voit la Vierge et l'enfant Jésus,
Le serpent dessous, le nimbe dessus.

"Ô pleine de grâce! ô pleine des vierges!
Mon âme à jamais sera l'un des cierges
Allumés devant votre pâle autel!
Aucun souffle issu du monde mortel
N'inclinera l'âme au ciel dirigée,
Hors de la paisible et blême rangée.
Loin du cloître obscur, disent les échos,
Dans la plaine et dans les bois musicaux
Il est des rayons, des ailes, des roses;
Mais nous reprochons la beauté des choses,
Car le diable en fait, à l'occasion,
Un commencement de perdition.
Au couvent parfois les pensionnaires
Tiennent des propos extraordinaires:
Bais et fiancés sont leur entretien;
Le Malin les trompe, et nous savons bien.
Nous qui vous gardons des âmes sans taches,
Que les démons seuls portent des moustaches.
Adorer sans fin votre Sacré-Cœur
Dans le demi-jour étoilé du chœur;
Hors de l'encensoir, corbeille enflammée,
Voir s'épanouir des fleurs de fumée;
Jeûner, apporter le lys virginal
De son rêve au noir confessionnal;
Subir, s'il le faut, le rouge cilice,
Bénir l'amertume, aimer le calice,
Et de tout son être, hereux paria,
Ne faire qu'un long Ave Maria
Jusqu'à la clarté de la dernière heure:
Telle est notre part et c'est la meilleure!
Pourtant un désir, échos d'un regret,
M'occupe l'esprit plus qu'il ne faudrait,
Et j'en sens toujours la fine piqûre.
Quand s'ouvrira pour moi la demeure obscure,
Jeune et m'effrayant de l'antique seuil,
J'eus pour le bas monde un dernier coup d'œil.
Le joli printemps venait de renaître;
Dans le cadre en fleurs d'une humble fenêtre
Une mère, avec un œil triomphant,
Baisait les cheveux d'un petit enfant.
Cette vision, hélas! m'est restée.
Chevelure pâle et presque argentée,
Doux yeux où l'on voit sourdre et s'aviver
Un clair tremblement d'âme à son lever,
Bouche étroite au sein qui de lait l'arrose
S'ouvrant comme un cœur de petite rose,
Vous faites ma joie et ma peine un peu.
L'ange dans l'enfant descend du ciel bleu.
Il est chérubin, mais il est poupée.

D'une mouche noire au vol attrapée,
Ou d'un hanneton savamment lié
Guérir son chagrin bientôt oublié.
Le fuir, le saisir, feindre qu'on l'évite,
Oiselet sans plume, aux ailerons blancs,
Il bat l'air avec des gestes tremblants,
Dès que monte aux cieux l'aurore vermeille;
Aurore comme elle, il veut qu'on s'éveille.
Riant, et pleurant si l'on ne rit pas.
Il fait sur le lit mille petits pas;
On le gronde! Il va se blesser, s'il tombe;
Vois donc, tu n'as point d'ailes, ma colombe!
Mais lui, tout fâché qu'on l'ait retenu,
Il vous clôt la bouche avec son pied nu.
Vierge qui m'entends, telle est ma chimère;
Je souffre et languis, et je trouve amère
La douceur d'aimer votre nom divin,
A cause d'un rêve aussi doux que vain!
Certes, le désir dont je suis marie
N'est qu'un léger mal, ô vierge Marie,
Au prix des longs devoirs et des longs ennuis
Qui furent vos jours et furent vos nuits;
Mais pour compenser le malheur sans trêves
Qui fit, vous perçant le cœur de Sept Glaives,
Une rose rouge, hélas! de ce lis!
Dame des Douleurs, vous aviez un fils!
Elle dit. Son œil s'éteint et sa lampe.

Un miracle alors descend, de l'estampe.
Quels rêves plus beaux a-t-on jamais eus?
Noël! c'est la Vierge et l'enfant Jésus.
Des rayons autour sont comme une averse,
Et dans la splendeur que son pas traverse,
Elle traîne un bruit royal de satin!
Sa robe, couleur d'astre et de matin,
Éblouit, de tant de perles brodée
Que l'on ne peut pas s'en faire une idée:
Et le manteau, certe, est plus riche encore!
L'enfant Jésus porte une blouse d'or:
Sans elle, il aurait aussi bonne mine.
Ses mignons souliers furent dans l'hermine
Taillés par Crépin, cordonnier du Ciel;
Et d'un seul rubis ayant goût de miel,
Le hochet heureux que pressent ses lèvres
Fut fait par Eloi patron des orfèvres.

Marie est assise au bord du chevet.

"J'accorde souvent plus qu'il ne rêvait
A qui m'invoqua d'une âme sincère.
Mais es vain mon cœur maternel se serre,
Vierge sans enfant de pitié pour vous:
N'aura point de fils qui n'a point d'époux.
Pourtant il faut bien qu'on vous reconforte:
Voici mon Jésus que je vous apporte;
Chaque nuit jusqu'au lever du jour bleu,
Vous aurez pour fils votre petit Dieu,
Et vous gronderez celui que l'on prie...
Baise-la, mignon, pour qu'elle sourie,
Et jouez tous deux, je regarderai."

Et depuis, Jésus, en habit doré,
Sans faute descend, dès que minuit sonne,
Jouer sur le lit de l'heureuse nonne.

1904 - Veinte años de deportes - 1924

(Continuación de la pág. 66)

aumentando casi diariamente los aficionados a él, el "rugby" mantenía en la América del Sur, como había mantenido en Inglaterra, su tono de exclusivismo aristocrático.

Fué tal el entusiasmo con que nuestra juventud de hace veinticinco años aceptó el "foot-ball", que desde entonces podemos los argentinos, como los ingleses, considerarlo un juego nacional. "Teams" famosos en el mundo visitaron la Argentina, hace dos décadas: el Southampton y el Nottingham Forest, señalando fechas inolvidables en el deporte Argentino. Nuestros aficionados recibieron un admirable impulso con la visita de esos dos equipos. No sólo consiguieron aprender una serie de procedimientos apreciables para el mejor desarrollo del juego, sino que, además de tener la ocasión de poder poner en práctica los conocimientos adquiridos en forma rudimentaria entre nosotros, descubrieron que las condiciones de los argentinos para la práctica del "foot-ball" eran excepcionales.

Tan grande ha sido el crecimiento de los deportes entre nosotros en los últimos veinte años; tantos y tan variados los juegos que durante ese tiempo se han incorporado a nuestras actividades deportivas; tantas y tan diversas las gentes que los practican, que sería imposible ofrecer aquí algo más que una ligera reseña de los principales acontecimientos y de los más notables juegos. Pero para mejor ilustrar al lector respecto al enorme desarrollo adquirido por aquéllos durante el tiempo anteriormente citado, comparemos, aunque someramente, lo que fué, deportivamente, la primavera de 1903 con la de 1923.

En 1903 el "foot-ball" ya se singularizaba como el juego popular del porvenir, y nuestro magnífico río ofrecía espacio y rutas admirables para la navegación, y no menos de veinte embarcaciones de vela, procedentes la mayor parte de clubs instalados en el río Luján, y tripuladas casi todas ellas por extranjeros, organizaban periódicamente una serie de regatas que constituía nuestra temporada de "yachting". El "lawn-tennis" tenía entonces un reducido grupo de cultores. Mientras el "foot-ball" conquistaba la afición de la población cosmopolita, joven y nueva, la pelota vasca continuaba apasionando a los deportistas criollos, como un pasatiempo higiénico, algo pintoresco, pero insustituible para cruzar apuestas y jugar quinielas. Aun se efectuaban interesantes partidos en la ya desaparecida Plaza Eusebia, en el famoso Frontón de Buenos Aires y en las canchas de clubs o particulares, donde hasta dos veces por día se medían campeones de fama internacional.

Los torneos atléticos que entonces se organizaban, eran en gran parte patrocinados por instituciones extranjeras, por lo que era raro descubrir nombres de argentinos en la lista de los atletas que tomaban parte en esos certámenes. El Club de Gimnasia y Esgrima, que para entonces había inaugurado su campo de deportes en Palermo, inició con su arraigado prestigio, al patrocinar fiestas deportivas, una era de gran actividad y de beneficiosos resultados para el atletismo nacional. Puede decirse que esta institución, a la que más tarde siguió la Young Men's Christian Association (Asociación Cristiana de Jóvenes), disciplinó a nuestra juventud en la práctica del verdadero deporte, inculcando en dos o tres generaciones el amor a todos los juegos físicos.

Si excluimos a la primera carrera de Maratón, realizada hace veinticinco años, bajo los auspicios de la primera plaza de ejercicios físicos que se instaló en esta capital, en el terreno del antiguo Jardín Florida, situado en la calle de ese nombre entre Córdoba y Paraguay, podemos asegurar que la primera vez que un grupo de atletas organizados realizaron una prueba en las calles de Buenos Aires, fué precisamente en 1903, hace veinte años. Era una marcha de resistencia, organizada por el mismo Club de Gimnasia y Esgrima, y reservada exclusivamente a los socios de esa institución. Tomaron

parte en ella cuarenta y ocho competidores, todos argentinos, y a pesar de tratarse de una prueba poco común en el país, se cubrió la distancia especificada, desde el local del club, en la calle Cangallo, hasta el campo de deportes del mismo, en Palermo, en un tiempo excelente.

Años después el espectáculo de hombres jóvenes, con la indumentaria característica de los atletas, corriendo o marchando por las calles de la gran ciudad, se transformó en una cosa común.

También los particulares se interesaban entonces por los deportes. Entre los caballeros que con mayor entusiasmo y eficacia contribuyeron al estímulo y desarrollo de los mismos, citaremos al doctor Carlos Delcasse, cuya casa en Belgrano era algo así como la meta obligada de los buenos "sportsmen" de aquella época; y lo es aún en los tiempos que corren. En los jardines de esa residencia se efectúan actualmente, los domingos, las reuniones semanales del "Cercle de l'Épée", institución fundada hace años por el mismo doctor Delcasse. Allí se hace esgrima de terreno, sobre el césped o la tierra dura, al aire libre y con punta de arresto; y no es el señor Delcasse, a pesar de su mucha edad, el esgrimista a quien favorece el "handicap"; antes al contrario, esté veterano de nuestras pedanas, de nuestras pistas y hasta de nuestros "rings", se desempeña ahora con admirable desenvoltura, aun para cualquier hombre de edad mucho menor.

Pero todos los puntos que se elijan para comparar la primavera de 1903 con la que acabamos de pasar, serán de gran contraste en lo que se refiera a los deportes. En 1923 el atletismo nacional y todos los deportes en general han llegado a una altura tal que difícilmente podrá ser superada en años posteriores. Los últimos torneos atléticos se extienden a todas las clases y sexos. Realizan sus campeonatos anuales con enorme asistencia de competidores, todos los clubs llamados atléticos, y aun aquellos como el Club Universitario de Buenos Aires, que a pesar de sus actividades sociales e intelectuales cuenta con un núcleo de socios que se han clasificado campeones nacionales e internacionales en distintas pruebas. Las universidades también efectúan sus torneos internos, o interuniversitarios, ya sea de atletismo en general, o de remo, "box", etc.; la Municipalidad, bajo el control oficial de la Dirección General de Plazas de Ejercicios Físicos, organiza anualmente grandes torneos llamados de la Ciudad de Buenos Aires, a los que concurren más de mil atletas aficionados; los Colegios Nacionales iniciaron, en el año de 1923, un campeonato compuesto de diferentes pruebas, en las que tomaron parte, con inusitado entusiasmo, representantes de todos los establecimientos oficiales de enseñanza secundaria. Podemos agregar a todos estos certámenes y campeonatos el gran torneo atlético femenino, efectuado con gran éxito en 1923.

La natación, aunque uno de los deportes más nuevos, es, también, uno de los que de mayor simpatía goza entre nuestros atletas. Hace apenas quince años que el Club Argentino de Natación organizaba oficialmente el primer campeonato en la Pileta Balcarce. Entonces, los pocos nadadores que había en Buenos Aires sólo se servían del "over arm" y del "trudgeon stroke". Con la llegada del nadador sueco Möller a esta ciudad (1918), año en que gana todas las pruebas, nuestros nadadores cambian fundamentalmente de estilo. Enseña, e impone, Möller, el "crawl", un "stroke" que hasta ahora ha sido el preferido. Desde ese tiempo, nuestra natación ha dado atletas de grandes méritos. No es posible tratar este tema sin mencionar al Club de Natación de Paraná, al cual pertenecen los famosos hermanos Thompson, y debemos recordar también a nadadores tan excelentes como Zorrilla, Moreau, Behrens y Vázquez, porque el público sólo conoce a aquellos que realizan pruebas espectaculares, como lar-

gos "raids" o grandes travesías. Así el caso, por ejemplo, del mismo Sullivan, que anticipó a Tiraboschi en el cruce del canal de la Mancha, en 1903, hoy día famoso en el mundo, pero inferior como atleta, aun desde el punto de vista natatorio, a Johnny Weismuller, anteriormente citado en este mismo artículo.

Pero de todos los deportes que se practican entre nosotros, ninguno de ellos — ni aun el mismo "foot-ball" — logró desarrollarse tan vastamente, y en tan corto espacio de tiempo, como el pugilismo.

En una ciudad como la nuestra, donde hace cuatro años apenas si existía un par de clubs de boxeo, cuya vida dejaba de ser precaria gracias a la generosidad y sacrificios personales de unos cuantos aficionados, el número de las instituciones dedicadas al "boxeo", y el de los aficionados y profesionales que lo practican en la actualidad, es verdaderamente enorme.

Diariamente se han venido realizando, desde los últimos cinco meses, en Buenos Aires, no menos de diez peleas diarias, con todos los requisitos exigidos por los reglamentos.

Aun sin que la ciudad contara con la ordenanza que permite el libre ejercicio del "boxeo", clubs de toda índole, organizaban "matches" de "boxeo", disfrazados la mayoría de las veces como simples exhibiciones entre aficionados, lo que no impedía el uso de guantes de combate y los "knock outs" con que suelen aderezarse esta clase de espectáculos.

Hace precisamente veinte años, a mediados de 1903, se realizó en esta parte de Sud América el primer combate de "box". Fué en la redacción de un semanario, "El Gladiador", donde se había decidido llevar a cabo, y bajo la dirección de aquel inolvidable "sportsman" Jorge Newbery, un encuentro a "finish", es decir, hasta que alguno de los combatientes quedara desmayado en el suelo más de los diez segundos fatales y reglamentarios. Los contrincantes eran Carlos Robasio y Paddy McCarthy. Newbery hizo de "referee", de "time-keeper", de jurado y aun de segundo, cuando se trataba de enjugar la sangre de la caudalosa nariz de Robasio que, por haber subido al "ring" con un apuesto bigote, la sangre se coaguló en los pelos de éste, dificultándole la respiración, por lo que se vió obligado a dejarse sacar del "ring", donde también lo retenía una enorme debilidad producida por una implacable hemorragia que comenzó a correr en el segundo "round" de este "match" de "box", al estilo de los que a fines del siglo XII organizaban sobre el césped de algún prado los clásicos "sportsmen" ingleses.

Pero el "boxeo" entre nosotros habría arrastrado una existencia precaria, viviendo de sacrificios y donaciones, si Luis Angel Firpo no hubiera ido a los Estados Unidos y no hubiese obtenido los brillantes triunfos que todos conocemos.

Actualmente, Buenos Aires cuenta con no menos de veinte clubs donde, exclusivamente, se practica el "boxeo". Las victorias de Firpo en los Estados Unidos repercutieron de tal manera en su patria, que no se conoce en la historia de ésta acontecimiento alguno que haya despertado mayor expectativa y entusiasmo en los últimos años que los "matches" del campeón sudamericano en el extranjero. Los diarios lanzaban ediciones especiales; el cable era ocupado por los pormenores de las peleas, detallando los acontecimientos que precedían a éstas. El pueblo de Buenos Aires se lanzaba a las calles, ávido de conocer el desarrollo y el final de esos combates, en los que parecía que estuviera en juego el honor del país. Firpo influyó en el desarrollo del pugilismo en la Argentina más de lo que pudieran haber hecho veinte años de labor realizada con el más intenso de los entusiasmos. Si en cada especialidad deportiva tuviéramos un Firpo, no sólo seríamos la nación más fuerte de la tierra, sino que todos los deportes recibirían el tremendo empuje que ha recibido el "boxeo".

Llega, pues, la Argentina a comien-

zos de 1924, ocupando una situación envidiable en el mundo de los deportes. Pequeños reveses como los sufridos por nuestros jugadores de "tennis", que en el campeonato sudamericano perdieron frente a los chilenos, no son contratiempos que influyan en desmerecer ni el brillo de nuestro deporte ni el renombre de nuestros atletas. En cuanto al resultado del viaje de nuestro equipo de polo, por Inglaterra y los Estados Unidos, no podía haber sido más beneficioso para nosotros. Los triunfos de los jugadores criollos repercutieron de tal manera en el país, que el polo lleva miras de transformarse en uno de los juegos predilectos de cierta clase social. En el torneo realizado últimamente en Hurlingham, pusieron de relieve las excepcionales condiciones de nuestros jugadores y las cualidades incomparables de nuestros "ponies". Ese campeonato reveló, también, que la afición por ese juego ha aumentado muchísimo entre nosotros.

En cuanto a otros deportes, tales como el remo, su desarrollo en nuestro medio no podía haber sido mayor en los últimos veinte años. En la actualidad existen unos ocho clubs que toman parte en las regatas anuales, en las que siempre se corren pruebas muy disputadas. El número de aficionados al remo, que lo practican como simple ejercicio higiénico más que como deporte, es enorme. Bien es cierto que tanto Buenos Aires como sus alrededores se prestan para ello, pues el río Luján, en el Tigre, y el de la Plata, a las puertas de nuestra urbe, ofrecen un campo admirable para la práctica del remo o del "yachting".

Entre los juegos más antiguos entre nosotros, podemos recordar al "hurling", y entre los más modernos, y que todavía no están aclimatados, al "base-ball". El "hurling" fué traído al país por los primeros inmigrantes irlandeses, que lo practicaban entre ellos hace posiblemente medio siglo. Luego, en el año 1900, se organizaron "matches" de "hurling" en un "field" adyacente al Colegio de Santa Brigida, en la calle Gaona. En esa época, actuaba de "referee" mister Bulfin, director del semanario "Southern Cross"; un buen "sportsman" y un excelente escritor, pues su libro "Tales of the Pampas" ("Leyendas de las pampas") obtuvo un ruidoso éxito en Inglaterra y, especialmente, en los Estados Unidos, siendo acaso quien le marcara el derrotero.

Actualmente son muchos los "teams" de "hurling" existentes en el país y que han formado una liga por intermedio de la cual se organizan campeonatos anuales. La mayor parte de los jugadores son irlandeses o hijos de éstos. Los grandes partidos se realizan en la estación Sáenz Peña, o en el campo de deportes denominado Singer Field, en el Caballito.

El "base-ball", juego que apasiona hasta el delirio al pueblo norteamericano, apenas si cuenta, entre nosotros, con un par de cientos de cultores. Lo juegan equipos compuestos por empleados de algunas casas comerciales norteamericanas, especialmente de los frigoríficos, en el citado Singer Field. Se trata de uno de los deportes más interesantes de los tiempos modernos. Su origen puede hallarse en el "cricket" inglés, si bien es, el "base-ball", mucho más movido, más emocionante y, como el mismo "cricket", limpio, científico, nada brutal, y exige, además de ciertas cualidades físicas, otras de índole intelectual. Su difusión es tal en los Estados Unidos que a las finales de los campeonatos concurren ochenta o noventa mil espectadores. No olvidemos que el estadio llamado de los Yanquis, donde se efectuó el encuentro Firpo-Willard, fué construido especialmente para que allí se desarrollara parte de la temporada neoyorquina de "base-ball".

Cuando nuestros deportistas conozcan a fondo las reglas de este juego, y descubran las bondades deportivas que brinda, pronto lo adoptarán, y puedo asegurar que, con el tiempo, llegará a apasionarlos tanto como el "foot-ball", juego que es menos científico, menos interesante y menos emocionante que el "base-ball".



GOZA entre los de su estirpe, los halagos de la popularidad y los privilegios de la primogenitura.

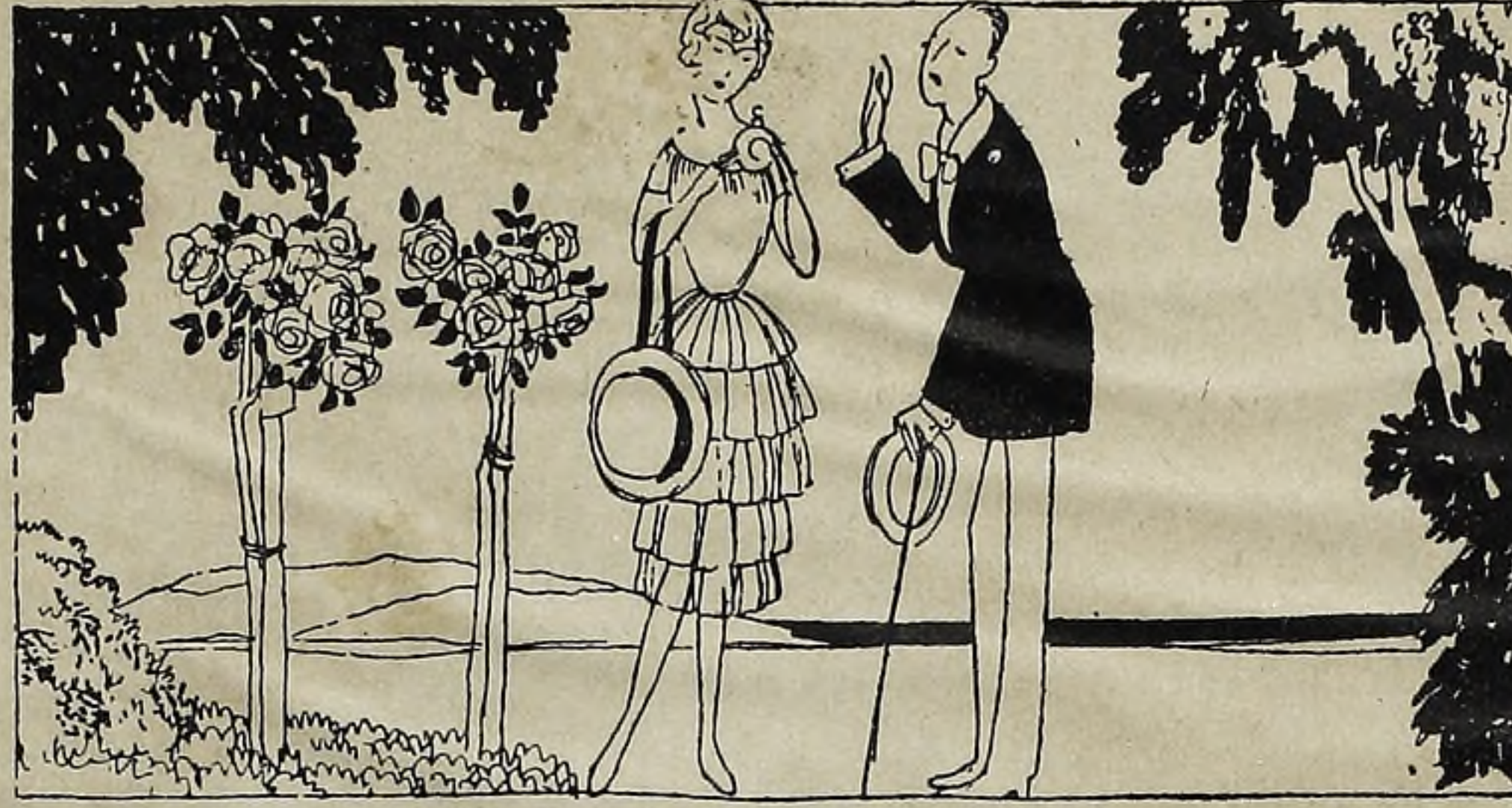
Surge a la vida mundana en el apogeo de los días propicios al germen anheloso de venturas; y ahí le tenemos, radiante de vanidad y de presunción. Acaba de desgarrar, con indiscreto alarde, el velo de un almanaque, y después de extasiarse en la alburia inicial de sus hojas, entregase con insolente regocijo al examen y coitejo de un buen puñado de tarjetas de felicitación, que le traen las albricias del mundo social.

Las recibe de doctores y de menestrales, de jóvenes y ancianos, sabios e ignorantes, rústicos y magnates, pobres y ricos, aristócratas y plebeyos, hombres y mujeres...

Mas, ¡ay!, del montón en que predomina el frío convencionalismo de las fórmulas, nuestro privilegiado personaje, objeto de tanta obsequiosidad y cumplimento, reserva las preferencias de su pleitesía para las albricias femeninas. Y es que la fina idiosincrasia del primogénito de los meses hállese encarnada en el temperamento aventurero y sugestionable de un incipiente don Juan.

Viste traje de circunstancias: flamante pantalón de lanilla, retocado como una novia; rica camisa "negligé", de seda, corbata a lo Papillon, y "canotier" de último estilo...

Dejándose llevar de los arrebatos impulsivos de la sangre moza, vibra bajo el acicate del voluble galanteo. Detesta la vida mecánica, recatada y convencional de la urbe congestionada por los rigores del estío, y busca halagos de joven mimado, en el solaz andariego del



turismo. Y allá va, presumido efébo, soñador ingenuo, tramando aventuras de amor en los balnearios de la cordillera, dragoneando de hazaroso Tenorio en las playas del sur, o tendiendo redes de audaz galanteo a la china que-renciosa, en los pagos de abolengo criollo, a despecho del gaucho celoso y ladino.

¡Inquieto y voluble hijo de Jano!... Nacido a la vida ostentosa bajo la enervante gloria del sol de los estios, tiene de la vanidad pagana y de la indolencia tropical los deleznares resabios que le hacen despreocupado y ocioso. ¡Oh veleidoso Enero porteño! El más desidioso y fatuo de los doce hermanos

Enero

Por MARIO DE ALOYA

que administran el patrimonio del año; desleal camarada que le saca el hombro a las actividades provechosas y se entrega sin escrúpulos a las ociosas orgías del verano entonado; galancete presumido que busca su cortejo y su éxito en los cenáculos de la parada social, y que, deslumbrado por los oropeles de la afectación mundana, iniciase, audaz e inexperto, en los albores de la vida vegetativa, pletórico de frívolos afanes y despreocupado de los rigores o normas que puedan estorbar los privilegios de su juventud desenfadada.

Así se le ve al mancebo primerizo,

entrar en las esferas de nuestro mundo, del brazo de la frivolidad, ajeno a toda preocupación trascendental, disociado de las actividades normales, dispuesto sólo, con juvenil frenesí, para las expansiones sedentarias e infructuosas que la canícula estimula.

Llega siempre a tiempo para encender una ilusión en las almas pasivas que viven de lo incierto; para hacer florecer las margaritas de la esperanza en los ingenuos corazones femeninos que se consuelan soñando todavía con la leyenda azul del príncipe viajero.

Condescendiente y desinteresado por temperamento, llega siempre oportuno para auspicar una nueva tregua a toda liquidación espiritual, y consentir un nuevo plazo, falaz y precario por lo general, a las hipotecas que comprometen y arriesgan el patrimonio de los años que pasan.

Y viene, asimismo, para lisonjear con éxito prometedor los ánimos impacientes de las suegras en ciernes.

Así, el pedante y volandero huésped, va abriendo, en el diario de sus hazañas, créditos y compromisos que los futuros meses, más conscientes y más responsables, deberán liquidar.

Para los ilusos, ingenuos o fatalistas, es, no obstante, Enero, el huésped de las anónimas maletas, del equipaje misterioso e impenetrable, que permite a la fantasía todos los presentimientos augurales de la confianza en el porvenir enigmático.

Pero, a fuer de joven, galán apuesto, seductor, de buen palmito, pasa, naturalmente, inspirando afanes, cautivando corazones, sin que por ello, para este sentimental ascendiente sobre el alma femenina, tenga, por lo común, ni mejor galardón ni más sólido patrimonio, que su flamante traje nuevo, a la "dernière", recién salido de la sastretería.

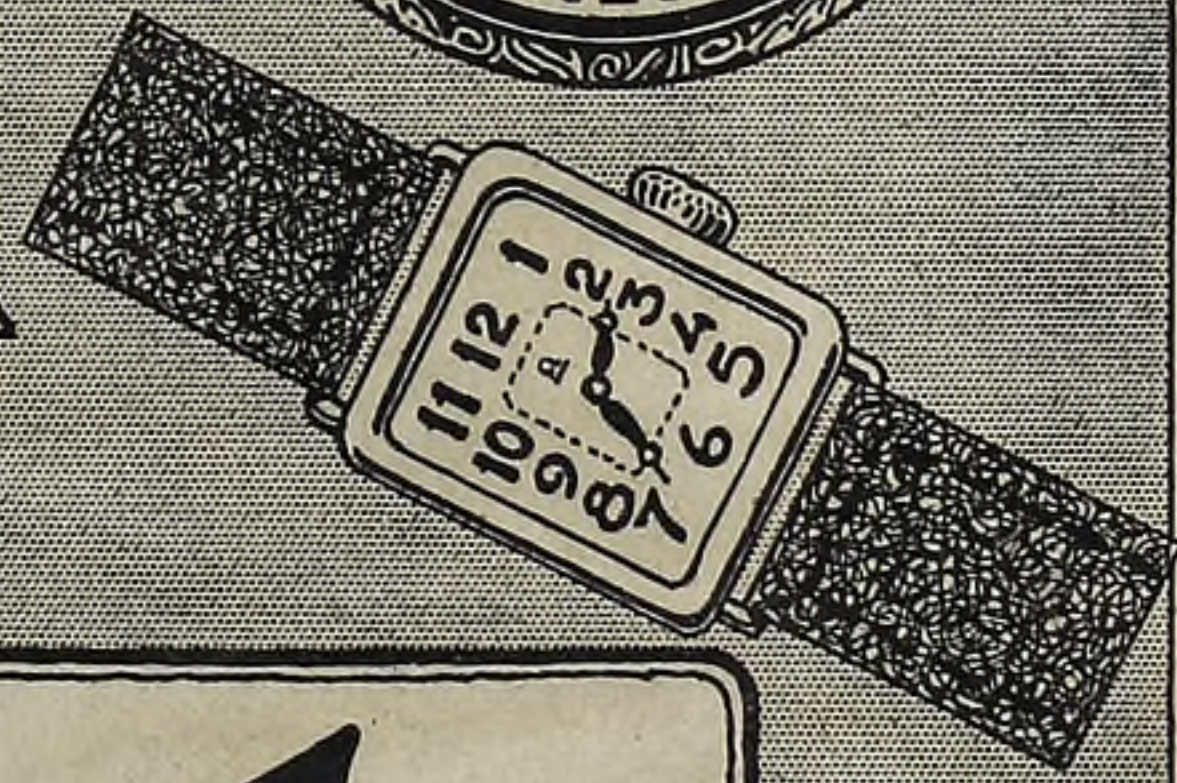
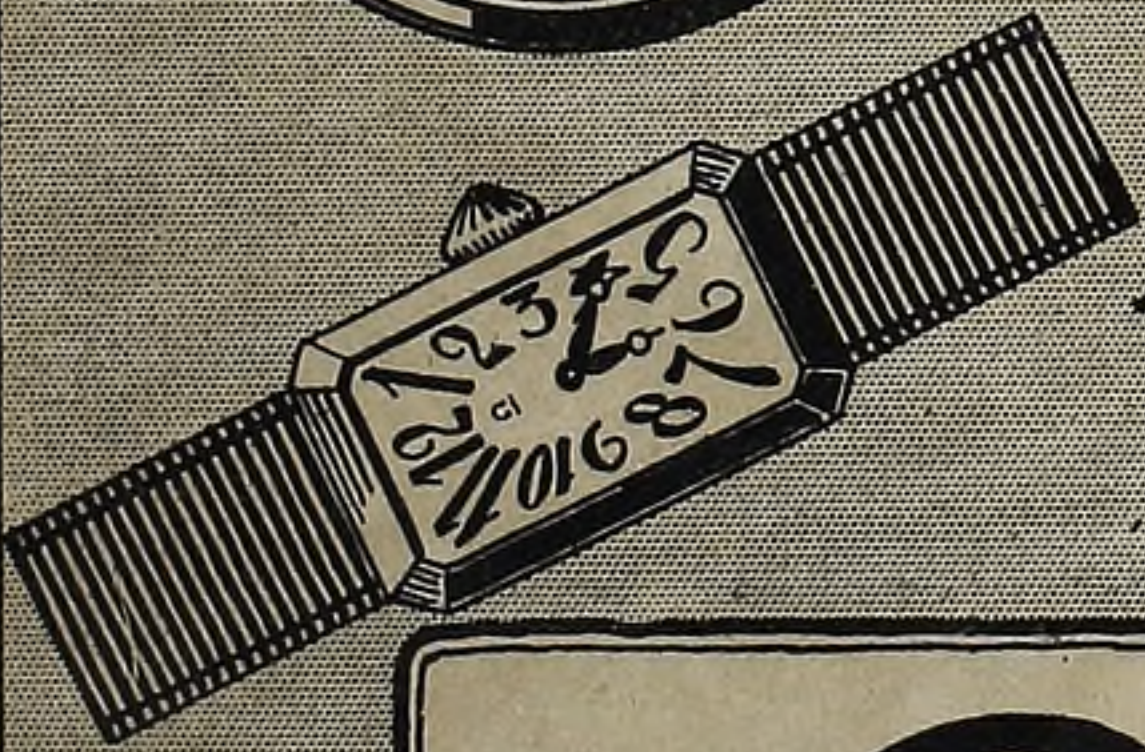
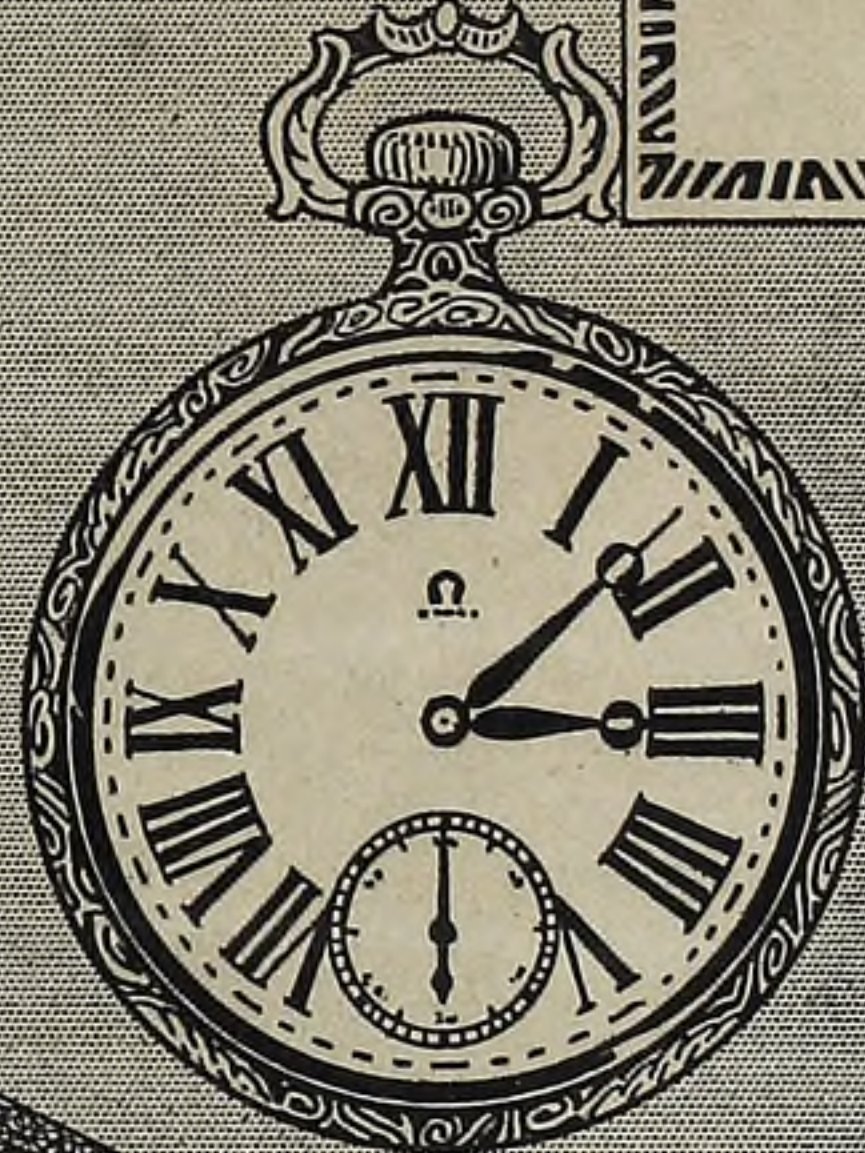
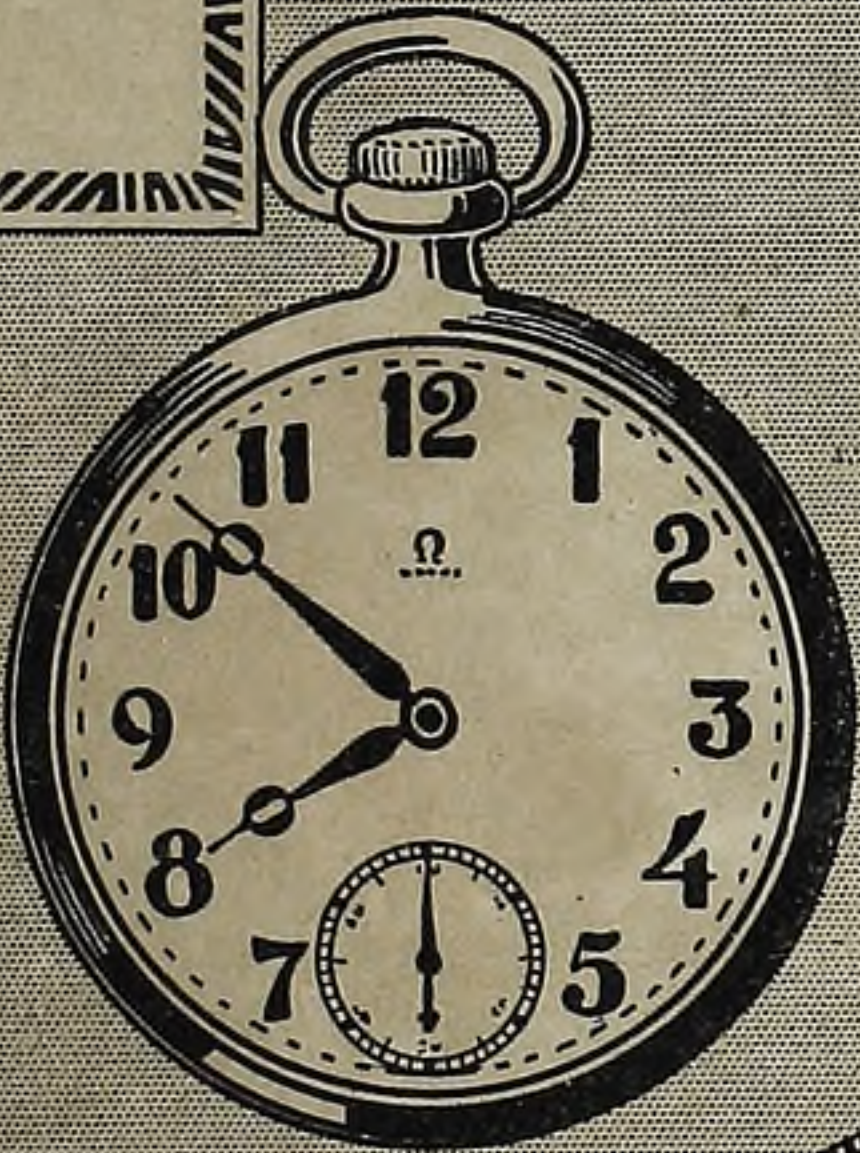
Nuestros relojes significan un objeto muy apreciado

por todo el mundo indistintamente. Es un objeto útil por el servicio que presta; conserva su valor a través de los años, y es un recuerdo siempre presente, en los días buenos y malos. Al comprar un OMEGA, usted está seguro de llevarse un reloj de marca, conocido en las cinco partes del mundo desde hace 73 años, hecho que atestigua nuestra estricta honestidad comercial y significa para usted una garantía real.

Las buenas casas del ramo los venden en oro, plata o metal, desde \$ m/n 32.- a 1.000.-

OMEGA WATCH Co.
BIENNE (Suiza)
Fundada en 1848

OMEGA



La sortija

(Continuación de la pág. 75)

despejar la mesa y traer, con la tradicional botella de vino blanco, los platos de postre, Leglaine, presa de viva impaciencia, no cesaba de dar vueltas alrededor de la mesa, asombrado de haber obedecido tan fácilmente en aquella ocasión a la sugestión de su criada, que, con la sonrisa en los labios, lanzábase, al pasar, furtivas miradas de soslayo.

Llamaron a la puerta, y Prudencia corrió a abrirla.

—Buenos días, señorita; entre usted, entre pronto, que el señorito se consume esperándola.

¡Diantre de Prudencia! ¿No habría medio de que frenase su lengua?

Octavio Leglaine, que había recobrado la calma, hizo con la mayor amabilidad los honores de su casa. En plena luz, en el claro comedor, la señorita Tabaret, lejos de perder ninguno de sus atractivos, parecía más graciosa y seductora aún que en la penumbra discreta de su salita.

Estaban sentados frente a frente, y mientras hablaban observábase a hurtadillas. Encima de la mesa, la torta, con su costra tostada y apetitosa, esparcía su perfume; y en la chimenea ardían los leños alegremente. Poco a poco, al embarazo de los primeros momentos, sucedía la confianza; sin ellos darse cuenta, y movidos por un vago deseo de expansión, su coloquio iba haciéndose confidencial: él mostrábase tal cual era, indolente, voluble, tomando la vida por su lado bueno y sin preocuparse con el porvenir gracias a su pequeña fortuna; ella, maltratada por las durezas del destino, habiendo conocido horas difíciles después de la muerte de los suyos, pero ahora, calmada, serena, sin pesares, consagrada por entero a sus discípulas.

Prudencia, que desde la cocina no perdía una palabra de aquella conversación, entró bruscamente en el comedor.

—Se olvidan ustedes de la torta— exclamó, alzando los brazos al cielo.

La señorita Tabaret se sonrió.

—No haga usted caso—dijo Octavio, sonriendo también.—Prudencia se ha arrogado todas las prerrogativas y yo se lo tolero todo; la recibí en herencia, y forma, por decirlo así, parte de mi ajuar. Sirvió a mis padres durante veinte años y ahora me sirve a mí. Todas esas cosas que hace le parecen naturales, y con sus vivezas de lenguaje y sus aires gruñones que a veces adopta para sacarme de mis casillas, es un ángel de felicidad y de abnegación.

En el entretanto había partido la torta.

—Permítame, señorita—dijo, sirviendo un trozo a su vecina.—¿A ver a quién de los dos tocará el haba?

—Me parece que me ha tocado a mí,—exclamó casi en el mismo instante la señorita Tabaret.—Pero ¡vaya un haba! ¡Si es una sortija!

—¡Una sortija!—exclamó Octavio.

Y los dos, cruzando una mirada de sorpresa, palidecieron. Hubo un largo silencio, que rompió Octavio.

—Sea quien fuere la persona que me ha enviado esta torta, creo adivinar su pensamiento... lo adivino tan bien, señorita, que pido a usted permiso para cerciorarme de si esa sortija... esa sortija tan sencilla, se ajusta al dedo de usted.

La señorita Tabaret, temblorosa de emoción, presentóle su mano fina, pálida, bajo cuya delicada piel destacábase la azulada red de las venas, y él con infinitas precauciones, deslizó en su dedo el modesto anillo. Y como si al sentir palpar aquella mano en la suya le hubiese invadido una súbita embriaguez, exclamó, con una exaltación que hacía temblar su voz:

—¿Por qué no ha de conservar usted en su dedo esa sortija hasta tanto que yo le ofrezca otra... la de nuestros desposorios?

Ella no contestó, pero brilló en sus ojos una lágrima y a sus labios asomó una tierna sonrisa; y aquella sonrisa, que llenó de loca alegría el corazón de Octavio, parecía decir que la sortija permanecería en el dedo y no saldría más de él.

—¡Ah, señorita..., señorita!...

—Antonieta—murmuró.

—¡Qué nombre tan lindo! ¡Y cuán bien le sienta a usted!

La señorita Tabaret habíase levantado. ¿Qué tenían ya que decirse? ¿No se habían ya comprendido? ¿No estaban, acaso, sus almas enlazadas ya por toda la vida?

En el momento en que ella iba a traspasar el umbral de la puerta, él le cogió la mano y, atrayéndola hacia sí, murmuró:

—¡Cuán ciego he sido hasta ahora! Pero mi cariño sabrá reparar el tiempo perdido.

De nuevo sonrióse Antonieta, y desasiéndose de los brazos que la enlazaban, deslizóse hacia la puerta y desapareció.

Tenía prisa por estar sola y poder al fin recoger sus impresiones.

Prudencia, a la entrada de la cocina, enjugábase los ojos; aquello fué un rayo de luz para Octavio Leglaine.

—Prudencia—dijo éste;—todo lo he adivinado. Usted ha sido la que...

—Se ha dejado usted coger en mi trampa, señorito Octavio. En adelante no dirá usted que soy una vieja chocha que no sabe lo que hace. Ya es usted dichoso como un rey, lo que está muy en su lugar en un día como el de hoy, y a mí me lo debe... ¡Y ni siquiera me abraza usted!

La buena mujer lloraba y reía a la vez. Octavio cogió entre sus brazos a la humilde criatura que le había consagrado su vida y estampó un beso en su rostro surcado de arrugas.

Banquetes de Navidad

(Continuación de la pág. 36)

dole los dibujos rectangulares o en rombo que se prefieran, sin olvidar esconder dentro el muñequito de porcelana, que provocará entusiasta recepción.

Se dora la torta con una mano de yema de huevo disuelta en unas gotas de leche, cociéndola media hora en el horno.

¿Cómo se tiende la mesa para la cena de Nochebuena?

Como para las comidas habituales, reemplazando el gran mantel por círculos de encaje puestos bajo el plato de cada invitado. El centro queda oportunamente adornado con una planta natural o con el simbólico arbolito de Navidad, siempre que su tamaño lo permita. Y a propósito de este árbol, conviene recordar, debe ser profusamente iluminado, evitando, no obstante, cargarlo de lamparillas eléctricas. De mejor gusto resulta sembrarlo de velitas multicolores, cuya cera cae a manera de estalactitas sobre las verdes agujas, y cuya llama, al acariciar las ramas, desprenderá el agradable olor de resina caliente.

Emergiendo de blancas carpetas de puntilla, las compoteras de cristal, llenas de aromáticas frutas en jalea, salpican la mesa con nota brillante, alternando con artísticas cestillas de frutas del tiempo.

Y en tanto que las lucecitas del pino tradicional parpadean hasta extinguirse, los invitados, envueltos en tal atmósfera de alegría, cambian impresiones risueñas, se pierden en espirituales digresiones, olvidando que un "reveillon" de más es un año de menos para la existencia, un año precipitado en los misteriosos confines de la nada.

Un buen regalo en todo momento

Un obsequio delicado, que las damas agradecerán en cualquier circunstancia que Vd. lo haga, por la hermosura, suavidad y fragancia que confiere al cutis, es una caja del exquisito

POLVO GRASOSO

Brissac.

Todas las cajas del perfumado Polvo Grasoso BRISSAC llevan, de regalo, un cupón de valor.

Precio de la caja: \$ 1.40

En todas las Tiendas, Farmacias y Perfumerías

ÚNICOS CONCESIONARIOS:

L. AUBERT y Cía.

3443, Jorge Newbery, 3461
Buenos Aires



Este cupón es copia del que va dentro de cada caja y no tiene ningún valor.

1904 - Veinte años de cinematógrafo - 1924

(Continuación de la pág. 60)

Fué necesario que el biógrafo conquistase un público menos pueril y restringido, para que nos ofreciese un trasunto de la vida más fiel y menos concorde con lo que pretenden ser las distribuciones escolares de premios y castigos.

Poco antes de 1910 comenzaron a pulular en Buenos Aires los salones de arte mudo.

Por entonces también el público aprendió el nombre de algunos intérpretes cinematográficos predilectos.

Max Linder, ya actor cómico, se hizo rápidamente célebre.

Las películas exhibidas eran casi exclusivamente francesas. Algunas producciones históricas italianas, como cierto "Nerón", interesaban, sin desviarse de las "Gaumont" o "Pathé".

Aquel arte mudo adolecía de fallas, aun no subsanadas en Francia e Italia. Para esos espectáculos nuevos se recurría insistentemente a intérpretes y recursos gastados. Se suponía a los actores teatrales elementos natos del arte cinematográfico. Cuando la "Pathé" quiso realizar un cinedrama magno, confió la representación de "La muerte del duque de Guisa" a la plana mayor de la Comedia Francesa.

Los hechos resultaron más elocuentes que los prejuicios. Mientras en Francia e Italia se obstinaban en retratar al teatro, en Escandinavia y, sobre todo, en Norte América se aplicaron a cinematografiar la vida.

Un ex actor teatral fracasado, David Wark Griffith, se imponía como director artístico genial. Él inventó las visiones retrospectivas de los personajes, el "punto final", con o sin beso, la proyección parcial de personajes y de escenas, para ilustrar momentos o juegos expresivos. Y, sobre todo, supo imprimir al desarrollo de las películas un ritmo y apariencias de vida, antes desconocidos. El también descubrió a gran parte de astros y estrellas, hoy célebres: Mary Pickford, Mae Marsh, Lillian y Doroty Gish, Norma y Constanza Talmadge, Lob Harron, Douglas Fairbanks, Barthelmess y tantos otros.

Mientras Griffith creaba el idilio y el drama de tesis dentro del cinematógrafo, otro hombre nuevo, Thos H. Ince, comunicaba a hombres y a cosas la fogosidad de su temperamento artístico y daba modelos insuperados de dramas camperos y de vidas turbias.

Los idilios sanos de Griffith, sin bizantinismos mórbidos, y el realismo vigoroso de Ince — soberano del "oeste" cinematográfico — han transformado el arte mudo. A ellos se debe más que a nadie que, durante la guerra, Europa haya perdido, con algunas otras, su supremacía dentro del teatro silencioso, y que ésta haya emigrado, nada sola, a Norte América.

Entre nosotros, la conquista norteamericana se operó fulminantemente. Meses después de iniciada la guerra, los cinematógrafos que no querían permanecer desiertos anunciaban programas "exclusivamente compuestos de películas americanas".

Y entonces comienza la era tan curiosa y simpática en que raro es el espectador cuyo horóscopo sentimental no debe buscarse en algún astro o estrella de cinematógrafo.

El arte mudo ofrece posibilidades imaginativas ilimitadas. En la penumbra excesivamente propicia a las divagaciones sentimentales, el espectador, de no procurar expresamente lo contrario, podía sentirse aislado de sus vecinos, actor del idilio desarrollado. A él o a ella parecían sonreírle Mary Pickford y Margarita Clark, o Jorge Walsh y Wallace Reid. Y no todo era

erróneo en esa ilusión: a la conquista colectiva de millones de espectadoras o espectadores dedicaba Wallace Reid sus miradas más lánguidas, destinaba Margarita Clark sus expresiones más picarescas.

Los estrenos de ciertos astros o estrellas equivalían a citas tácitas. Las que podían darse en la platea, no superaban el fervor con que se acudía a las que significaban nombres de actores y actrices, a los que nunca se conocerían personalmente.

La afición por el cinematógrafo se convirtió en una dulce afección por lo que parecían ser sus intérpretes.

Por fortuna, el arte mudo poseía y justificaba, a más de ese público volan-

dero e iluso de adolescentes, otro, quizás más vasto, de espectadores imparciales que no reclamaban de él sino lo que cualquier arte tiene el deber de proporcionar: una visión, lo más exacta e intensa posible, de la vida.

Para él trabajaron Griffith, Ince, de Mille, Tucker, Allan

Dwan, Franck Lloyd y todos cuantos conciben y realizan el cinedrama como un espectáculo de conjunto artístico, de armonización de esfuerzos inteligentes, y no como la exhibición complaciente del cuerpo de Mae Murray, del perfil de Wallace Reid o de la melena de Margarita Clark.

Y ellos también garantizan la vitalidad artística del arte mudo, a pesar de su presente comprometido por el predominio desastroso del sistema "estelar", el de las primeras figuras excluyentes, el de las que no toleran alrededor de ellas sino a medianías incurables o nulidades palmarias.

Con todo, sería injusto desesperar del cinematógrafo por la superproducción industrial a que lo obliga su éxito.

Ningún arte produce varias obras maestras por semana, ni siquiera al año. El silencioso, el más reciente de todos, ha vivido apenas un lapso de años que suele resultar baldío en la historia de géneros literarios o artísticos, harto más antiguos. Y, aunque tuvo que crear sus medios de expresión, sus intérpretes, su público y sus autores, ¡cuánto no ha hecho ya ese arte que no ha cumplido todavía treinta años de vida!

"El nacimiento de una nación", "Pimpollos rotos", "Allá en el Este", "Los ojos del alma", "El hombre milagroso", "Rosa de fuego", "El ario", "Detrás de la puerta" y tantas otras producciones contienen interpretaciones, individuales o conjuntas, francamente admirables.

Si el arte consiste en subyugar a una colectividad humana, bajo la presión de emociones comunes, ninguno ha ido, en ese sentido, más lejos que el cinematógrafo.

Cierto que sus medios son, hasta ahora, en exceso directos y físicos, que su dominio es el de la imagen concreta y brutal, que carece de ese instrumento supremo de sugestión y de análisis que es la palabra humana.

Pero, ¿qué arte, y aun qué hombre ha sido pensador antes de los treinta años?

¿Qué diríamos del teatro, de juzgarlo por los primeros decenios de su vida?

Y aunque, contra nuestra creencia y toda verosimilitud, el teatro silencioso no llegase a producir obras maestras perdurables, vivirá como instrumento insuperable de divulgación científica y de acercamiento espiritual, como el proveedor cotidiano más popular de esa humilde quimera de amor y de bondad humanos, sin la cual sería tan difícil sobrellevar la pesada realidad de la vida ambiente.



En los centros de distinción y buen tono

Vd. siempre ocupará un sitio preferente, si los trajes que usa proceden de la Casa M. Alvarez, cuyos elementos de primer orden cumplen, con la más completa fidelidad, los dictados de la elegancia masculina.

La obtención de los más ricos y novedosos casimires; la pericia de los hábiles cortadores que forman el plantel de sus especialistas y el invariable propósito de hacer de cada prenda un exponente de perfección, han dado a M. Alvarez un singular prestigio que diariamente se afianza más.

TRAJES de MEDIDA, modelos originales en regios casimires, para primavera y verano..... \$ **130**

Enviamos muestras y precios al interior. Al solicitar muestras, indíquese color y precio aproximado de la ropa que se piensa encargar.

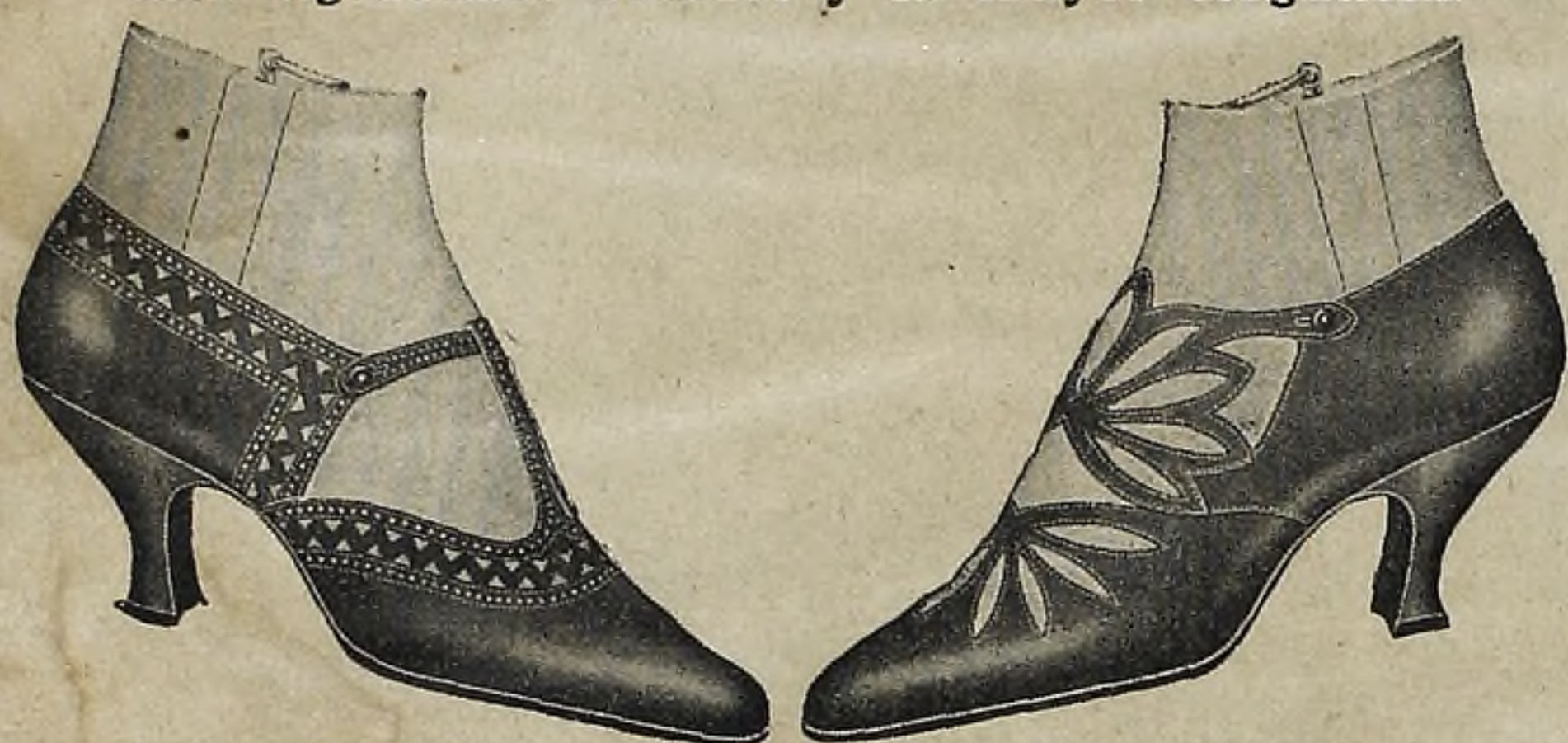
SASTRERÍA DE LUJO

(La más grande en Sud América)
NO TENEMOS SUCURSAL



The Newark Shoe

La palabra NEWARK, en calzado, es un sello que, a manera de la mejor garantía, atestigüa, en los modelos que lo ostentan, la más fina distinción, el más agradable confort y la mayor elegancia.



Modelo 176

Modelo 458

En gamuza	blanca.....	\$ 25.—
"	marrón	" 27.—
"	negra	" 27.—
"	cabritilla charolada, con	" 27.—
"	traseña de gamuza negra	" 27.—
"	cabritilla negra	" 25.—
"	cereza	" 28.—
"	verde obscuro.....	" 28.—
"	blanca	" 28.—

ESTILO NOVEDOSO Y ELEGANTE		
En cabritilla	blanca.....	\$ 32.—
"	Charol. Sterling	" 22.—
"	marrón habano.....	" 29.—
"	color cereza.....	" 32.—
"	verde obscuro.....	" 32.—
"	gris claro.....	" 32.—
"	gamuza blanca.....	" 28.—
"	marrón	" 29.—

SOLICITEN CATALOGO

FLORIDA 245

Su Médico no lo Ignora

Sean cuales sean los alimentos que Vd. toma, QUAKER OATS le es necesario; contiene los 16 elementos requeridos para vigor, vitalidad y desarrollo, esenciales tanto para los adultos como para los niños. Tiene dos veces el valor productor de energías que tiene la carne — la que trae desarreglos digestivos si es comida por regla general, — es delicioso y de fácil asimilación, pues es uno de los alimentos más digeribles. Para adultos y niños, enfermos y sanos, es materialmente el alimento ideal. Millones de padres en el mundo entero dan QUAKER OATS a sus hijos todos los días — lo hacen para formar cerebros y cuerpos fuertes.



Se vende en latas, enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado — único envase que asegura una retención indefinida de su frescura y sabor.

El artículo legítimo lleva siempre la marca

Quaker Oats

PARA

TOSSES



CATARROS, RESFRIADOS, BRONQUI-

TIS Y EVITAR PULMONIAS, TOME

EMULSION DE SCOTT

1904 - Veinte años de música - 1924

(Continuación de la pág. 54)

logrando una fina sensibilidad y un juicio certero en la escala de los valores. El entusiasmo con que ha acogido a los cuartetos Welding y de Londres, y la constancia e interés que ha demostrado en los conciertos sinfónicos de Messenger, Strauss, Nikisch y Weingartner, hace contraste con la indiferencia que mostró hace veinte años al violoncelista Pablo Casals, sin disputa, una de las más grandes figuras entre los artistas de nuestra época. En esa fecha se exhibió entre nosotros el violinista Thomson. En 1904, Saint-Saëns, que se presentó como pianista y director con una orquesta detestable. El violoncelista Foldessy Bauer y el violinista Kubelick.

En 1905 nos visitaron Giacomo Puccini y los solistas Florizel von Réuter y Newstead, y de ese tiempo data el erróneo sistema de hacer oír a los virtuosos en vastos teatros en vez de en salas de conciertos, que son más adecuadas para escuchar y disfrutar de la música.

Cierto es que carecemos del local que reúna las condiciones de acústica y comodidad satisfactorias, pero hasta los más modestos son preferibles a la vasta amplitud del Colón o del Coliseo cuando se trata de oír el arte delicado y casi íntimo de un pianista tocando obras de Chopin, o de un cuarteto interpretando a Beethoven o Schubert.

El llamarse siempre música de cámara a esta de los instrumentistas de cuerda, denuncia su origen y la conveniencia de escucharse en lugares reducidos.

La Asociación Wagneriana, fundada en 1912, ha dado un poderoso impulso a la cultura musical. El número de sus adherentes, que pasa de dos mil, constituye un núcleo fijo de auditorio, que ha visto pasar por su salón de conciertos a todos los artistas nacionales y extranjeros que han alcanzado notoriedad. Ha instituido premios anuales a la producción musical, y los llamados Wagneriano, Bréyer y a la Canción Escolar son, al mismo tiempo que un estímulo, un honor estimadísimo por los compositores.

La Asociación, que desarrolla un extenso programa, ha organizado grandes festivales sinfónicos, prohiendo la ejecución de la Tetralogía completa, con el concurso de la Filarmónica de Viena, ofrecido homenajes a Strauss, Weingartner y Nikisch, y sus series de conciertos como: La historia del Lied, a cargo de Ninon Vallin; Historia del Cuarteto, por los componentes del de Diapason; Serie del Trío de Barcelona. Audiciones de Ríslér, dedicadas a Beethoven. Las conferencias de Ojeda, Mastrogiani, André, De la Guardia y los recitales de Manén y Yolanda Mero son un resumen de su labor en 1919, en que empieza su desenvolvimiento creciente.

Desde entonces acá La Wagneriana es un espejo que refleja la vida musical de Buenos Aires y extiende por sus filiales de la república una acción provechosa para la cultura estética. La producción argentina merece su predilección, y ha organizado audiciones tanto sinfónicas como vocales e instrumentales en diferentes capitales del extranjero.

Entre las agrupaciones que ayudan a la difusión del buen gusto por las artes hay que mencionar al Diapason, sociedad aristocrática que dispone de un excelente cuarteto como base fija de sus interesantes fiestas musicales. Numerosos artistas no profesionales han hecho allí admirar sus hermosas cualidades y no pocas obras nuevas han sido ofrecidas como primicia por los virtuosos que nos han visitado.

Las empresas que contratan concertistas han desarrollado entre nosotros una actividad vertiginosa, y la lista de los que hemos escuchado en estos veinte años sería interminable. A los nombres citados en esta crónica bastaría añadir los más celebrados para dar una idea de su número e importancia:

Vianna da Motta, Adela Verme, Rubinstein, Ríslér, Friedmann, Brailowsky, Backaus, Godowski, Viñes, Joaquín Nin, Borowski, Manén, Von Vecsey, Vasa Prioda, Kochanski, Hübertmann, Loevenson, Sala, Segovia, Llobet, Cassadó, Cuarteto Welding, Cuarteto de Londres, Coros Ukranianos, Ninon Vallin, María Barrientos, Vera Janacópulos, Nina Koschetz.

Buenos Aires se ha transformado en un centro artístico de singular importancia; a ello han contribuido sus importantes escuelas de música, las sociedades de cuarteto y sinfónicas, las agrupaciones corales y los cientos de conferencias que se escuchan en nuestras facultades y asociaciones culturales. El público depura sus gustos y marca una noble orientación en sus preferencias. A la mayoría de ayer, que rechazaba, por pesadas e ininteligibles, las obras maestras, se opone hoy una minoría que aplaude fervorosamente a Beethoven, tiene un culto por Wagner y llena el teatro cuando Strauss dirige su sinfonía doméstica o cualquiera de sus maravillosos poemas sonoros.

Los éxitos más rotundos de estos últimos tiempos han correspondido al cuarteto, y esto define tanto la exquisita sensibilidad del gusto general como su evolución.

Con pruebas tan afirmativas como ésta se puede augurar un hermoso porvenir al culto de la música entre nosotros.

La Nochebuena

Por RAMÓN DE CAMPOAMOR

Son hija y madre; y las dos con frío, con hambre y pena, piden en la Nochebuena una limosna por Dios.

—Hoy los ángeles querrán— la madre a su hija decía, —que comamos, hija mía, por ser Nochebuena, pan.—

Y al anuncio de tal fiesta, abre la madre el regazo y sobre él a aquel pedazo de sus entrañas acuesta.

Al pie de un farol, sentada, pide por amor de Dios... y pasa uno... y pasan dos... mas ninguno le da nada.

La niña, con triste acento: —Pero, ¿y nuestro pan?—decía. —Ya llega—le respondía la madre... ¡Y llegaba el viento!

Mientras de placer gritando pasa ante ellas el gentío,

la niña llora de frío, la madre pide llorando.

Cuando, otra pobre como ella, una moneda le echó, recordando que perdió otra niña como aquella.

—Ya nuestro pan ha venido— gritó la madre, extasiada... Mas la niña quedó echada como un pájaro en su nido.

¡Llama... y llama!... ¡Desvarío! ¡Nada hay ya que la despierte: duerme; está helando, y la muerte sólo es un sueño con frío!

La toca. Al verla tan yerta, se alza; hacia la luz la atrae, se espanta, vacila... y cae a plomo la niña muerta.

¡Del suelo, de angustia llena, la madre a su hija levanta!.. Y en tanto un dichoso canta: —¡Esta noche es Nochebuena!...

El don invisible

(Continuación de la pág. 19)

Niño vale mucho más que los juguetes. Toma este anillo; ponlo en tu dedo en señal de fidelidad." Y el anillo brillaba y brillaba. Y eran tan luminosos los rayos que despedía que todo lo atravesaban. Y así vi a mi ángel de la guarda, y otras muchas cosas e esas tan lindas y que nunca se ven. Luego se acercó Gaspar...

CHOLITA.—¿Era negro?

ALFREDO.—Creo que sí: era como la noche salpicada de estrellas. Y me dijo: "Voy a darte algo que perfuma y sube más alto que el incienso: la Esperanza. Toma estos granitos de incienso que son semillas de piedad. Cuando sufras, colócalos sobre la brasa de tu tormento, y verás cómo de allí brota la Esperanza." Por fin, Melchor llevaba un manto que parecía tejido de hojas y de flores extrañas, de todos los colores. "Toma—me dijo—este ramillete de mirra. Cuando te sientas amargado, herido, cuando sientas deseo de rebelarte, estréchalo sobre tu corazón y te sentirás lleno de dulzura, porque con él te doy el amor. El amor todo lo alcanza, el amor todo lo puede, el amor todo lo soporta..."

GABRIEL.—Claro: si quieres mucho a tu mamá, le obedeces con gusto; si quieres a tus amigos te diviertes más con ellos.

MARTA.—Y si quieres a Dios soportas las cosas desagradables pensando en el Cielo.

ALFREDO.—Es cierto; yo no pensé tanto. Ni comprendo bien todo esto que me dijeron los Reyes, aunque en mi sueño me parecía tan claro... Al despertarme encontré mis zapatos vacíos, pero mi corazón estaba lleno de contento. Y ahora ya no puedo dudar de

los Reyes ni de sus regalos. Yo sé que hay regalos de Jesús para todos: unos que se ven, como los juguetes en los zapatos, y otros que no se ven...

GABRIEL.—Como ya eres un poco grande, los Reyes te regalaron palabras...

CHOLITA.—Te regalaron un cuento...

MARTA.—Te regalaron un sueño...

ALFREDO.—¡Palabras, un cuento, un sueño! Y, ¡qué casualidad! Cuando me desperté, mamá se acercó, y me dijo: "Te he oído anoche que no creías en los Reyes." "Sí, creo."—le contesté.—"¿Qué?, ¿te han puesto algo?"—me preguntó ella.—"Sí, me han traído cosas que no se ven." "Las cosas que no se ven—me dijo mi mamá—son siempre las más lindas." Y mamá tiene razón. "Mira—me dijo después—aquí se habla de cosas que no se ven, pero que se han visto." Y me regaló un libro que se llama "La más bella historia del mundo". Y es sobre el nacimiento de Jesús.

CHOLITA.—¿Y están allí los Reyes?

ALFREDO.—Sí; están muy lindos, pero no tanto como en mi sueño.

MARTA.—Entonces es cierto que los Reyes te han regalado un cuento más lindo que como está en los libros, y un sueño...

ALFREDO.—Y mucho más: me han regalado el Cielo. Porque el que tiene Fe, Esperanza y Caridad tiene en su corazón el Cielo.

CHOLITA.—¿Qué sabio te han vuelto los Reyes Magos, Alfredo! Cuando yo sea grande, les voy a pedir que me hagan tan sabio como tú. Pero, por ahora, ya que no le han traído a mamá el bebé, prefiero mi muñeca en su "moisés". ¡Mira qué linda!

Mi Noche Mala

(Continuación de la pág. 37)

más que charlar bulliciosamente como los loros, e inútilmente como los diputados. ¡Obras!, ¡obras!, y menos lamentaciones y menos charlatanería. ¿Para qué queremos los picos? ¿Para qué queremos las uñas?... ¿Para seguir sirviendo toda la vida de regalo al paladar egoísta y a la insaciable panza de la especie humana?

—¿Que de hoy no pase! ¿Que nos devuelvan a nuestra querida compañera; si no, a vengarla!

—¡La vengaremos!... —exclamó el pavo jovencito que había abierto el acto, y en quien la irritación de las ternillas de la mandíbula revelaba un atormentado estado de ánimo.—¡La vengaremos! ¡Escarmentaremos a los criminales, o nos haremos matar!

—¡Guerra!—prorrumpió uno de los pavos más robustos de la reunión.—¡Guerra a esa especie concupiscente y glotona que ha idealizado en el cocinero la indigna profesión del verdugo!

—¡Guerra!... ¡Venganza!... ¡Guerra!...

Un cloqueo infernal resonó en la estancia. Los moquillos mecíanse en el rojo de la indignación reivindicadora. El desperezo de las alas que rozaban el pavimento tenía estridencias de lanzas aceradas. La masa de plumíferos arremolinábase en actitud agresiva.

—¡Rescatemos a nuestra adorada pavita!—exclamó el más galán del montón.—¡A buscarla viva o muerta!

—¡Marchemos contra esa infame cocinera que profanó la paz del corral!

—¡Y contra los inmundos carnívoros! ¡Hagamos también nuestra Nochebuena con sus carnes!

—¡Saquémosle los ojos a todos aquellos miserables que se hayan podido

engolosinar en la inocente carne de nuestra hermana!

El griterío fué espantoso. Ya no se entendía lo que decían. Una bandada se lanzó en tropel hacia el interior de la casa, con intenciones sangrientas, en busca de doña Cleo. Otro grupo de robustas y potentes gallináceas, en actitud amenazante y fiera, asaltó mi cama, y mientras unas me olfateaban con avidez, las otras enfilaban hacia mis ojos sus recios picos, como flechas prontas a hacer blanco.

El espanto me sobrecogió, y me puse a gritar como un desesperado.

Los compañeros de pieza me despertaron.

—¿Qué te pasa?... ¿Por qué gritas?... ¿Te has vuelto loco?

Me toqué los ojos; me palpé el cuerpo. Estaba, al parecer, intacto. Pero, sin despejarme todavía de la horrible pesadilla, me puse a gritar de nuevo:

—¡Busquen a doña Cleo!... ¡Defiendan a doña Cleo!...

A medio vestir, salimos todos hacia las habitaciones de la patrona. No estaba allí. Ni en las inmediatas.

Dimos al fin con ella en la despensa. Estaba la buena mujer irradísima. De la sabrosa pavita trufada no quedaban más que unos pelados huesecillos.

Mis compañeros, mirándose unos a otros, sonreían maliciosamente.

Yo, ya más sereno y dueño de mí, me puse a filosofar para mis adentros, sobre la extraña condición humana que liga las tradiciones más solemnes e idealistas al desvarío de las succulentas pitanzas, y a los consiguientes trastornos gástricos.

¡En él concentra todas sus alegrías!

Cuando Vd., señora, estrecha entre sus brazos a su precioso bebé, ¿no es cierto que olvida en ese instante al mundo entero y cree que no es posible mayor felicidad?

Y así es, ciertamente. Pero no olvide que la salud y la robustez de su niño, durante la lactancia, dependen de la propia atención que Vd. preste a su organismo.

El AFRICANA EXTRACTO DOBLE es un poderoso tónico, reparador y refrescante. Su acción es altamente benéfica para Vd. y su niño.

En las comidas o a cualquier hora del día.

AFRICANA EXTRACTO DOBLE

Elaborada por la Cía. CERVECERÍA BIECKERT Lda.
San Juan, 3334 - Buenos Aires



1904 - Veinte años de sociabilidad - 1924

(Continuación de la pág. 58)

hábitos tradicionales. Desde luego, la presencia de las niñas solas en las familiares "retretas" de la plaza es un espectáculo que por lo habitual no sorprende a nadie. En algunas provincias la liberalidad llega a extremos a los cuales no se han arriesgado aún las niñas porteñas; me refiero a las excursiones a la "americana", que núcleos juveniles organizan a pintorescos parajes, que nunca escasean en los alrededores de las ciudades. Son tales paseos, animadas cabalgatas, almuerzos en tal o cual quebrada, a orillas de tal o cual río. Está claro que en un ambiente ya "cosmopolizado" como el de Buenos Aires, aquellas excursiones no pueden ser. En provincias, todos se conocen desde niños, están habituados al trato constante, y el retardo en el regreso no inquieta nunca a las buenas mamás.

Es que ya también, en la aparente lejanía de las provincias, el soplo de vida nueva ha barrido los prejuicios añejos. No hay duda que se vive muy aprisa, y día a día se operan en el espíritu de los pueblos transformaciones sorprendentes.

Quienes pretendan vivir sin retrasarse han de templar su ánimo al diapasón de las sociedades que marchan a la vanguardia. Así, si hace veinte años los noviazgos duraban largos meses que juntos sumaban por lo común un lustro, hoy son tan fugaces, tan eléctricos, que no son pocos los que por falta de tiempo dejan de casarse...

Nuestras niñas de hoy aparecen como capullos en la sociedad y tienen en ella la vida de una flor; a los diez y seis años se presentan en cualquier fiesta, y si al año siguiente no han hallado un novio, se consideran infortunadas y... solteronas.

Casarse es la única finalidad de sus frágiles existencias mundanas; no queda otra perspectiva, y ese es el camino más recto hacia la felicidad. Poco interesan a las niñas los restantes aspectos de la vida; la música, la pintura y la cultura superior, en fin, que proporciona el estudio, son adornos que se suplen con la gracia de unos ojos seductores o el atractivo de una boca sonriente.

Nuestras niñas prefieren la fácil frivolidad a las complicaciones innecesarias de conocimientos que a nada conducen cuando se trata de hallar un marido que tenga, además de dinero, un espíritu templado en idéntico tono. En esto es sin duda donde menos ha alcanzado variantes la característica social de nuestro medio; podrá haber una excepción, pero la regla es invariable: las niñas de la "crème" son tan elegantes como frívolas.

Grave pecado de irreverencia hubiera sido hace veinte años, que apareciera por ahí al pie de un artículo el nombre de una dama o niña conocida. Desde luego, nadie la hubiera librado del calificativo despreciable de "literata", y difícil le habría sido hallar luego un novio. Es que por entonces se hallaba arraigada en el espíritu del alto mundo la idea de que una mujer inteligente resultaba una esposa llena de riesgos.

Ahora es bien distinto; la presencia de una escritora tan llena de méritos como lo es la señora Victoria Ocampo de Estrada, o una poetisa tan delicada como Margarita Abella Caprile, les concede una envidiable posición.

Pero es evidente que la mayoría, por volar demasiado pronto, se envuelve en el torbellino de la vida mundana y poco tiempo tiene para abrir un libro o leer simplemente en los diarios otra cosa que no sea la crónica social.

Una parienta mía, que forma parte de aquel núcleo, pasó una tarde frente al Coliseo, donde se anunciaba una audición dedicada a Beethoven.

Creando sin duda que se trataba de una ópera, informó a los que le acompañaban en el automóvil:

— ¡Esta noche dan Beethoven!...

— ¡Pero, criatura — rectifiqué yo, — se trata de un concierto!...

— ¡Lo que son las cosas!... ¡Yo creí que Beethoven no vivía ya!... — respondió sin inmutarse.



Para Todas Las Mamás

nuestras sinceras congratulaciones. Y si a usted, Señora, los Reyes le preparan tan preciado obsequio, recuerde que tiene en la Malta Palermo una excelente amiga.



CERVECERIA PALERMO S. A. — BUENOS AIRES

Malta
PALERMO

1904 - Veinte años de comercio e industria - 1924

(Continuación de la pág. 78)

La guerra europea, que estalló inesperadamente, sirvió para comprobar la veracidad de las cifras censales, revelando por una parte, la potencialidad productiva del país en ciertos renglones y la incuria o abandono en otros. Interrumpida la corriente comercial europea, fué necesario recurrir al único mercado productor entonces existente: el norteamericano, que hasta entonces figuraba en cuarto o quinto lugar. Las máquinas y repuestos y hasta productos químicos de fácil obtención, como la soda y la potasa, indispensables para la elaboración de jabones y las materias tintóreas, adquirieron precios fabulosos. La suplencia americana no satisfizo las necesidades nacionales. El desconocimiento de estos mercados les hizo incurrir en las más lamentables informalidades, al extremo que en 1916 hubo que recurrir a una protesta colectiva ante el Cónsul de los Estados Unidos, como representante de los intereses comerciales de su país. El doctor Zeballos ha recordado esa queja en una de sus recientes conferencias en aquel país.

A medida que se acrecentaba el desarrollo industrial del país, surgían las llamadas cuestiones sociales.

Antes de 1880 no se conocían los agrupamientos obreros como opuestos al capital. Todos los talleres concentraban muy poco personal y no existía una forma uniforme de trabajo, jornal, etc. Cada patrón imponía sus condiciones, y en muchos talleres se trabajaba aun después de comer; los albañiles, de sol a sol, con escaso descanso para el almuerzo. La celebración de la fiesta del trabajo, el 1º de mayo de 1887, fué la primera revelación de esa nueva fuerza desconocida hasta entonces en el país. Las huelgas por aumento del salario y

mejoras de las condiciones de trabajo se multiplicaron, hasta que en la huelga de zapateros de 1904 participaron más de 15.000 obreros y fué resuelta por la intervención amistosa del entonces jefe de policía doctor Beazley.

El 6 de mayo de dicho año 1904 fué remitido al Congreso el conocido proyecto de Ley Nacional del Trabajo del doctor Joaquín V. González, en cuyo mensaje se decía: "que dicho proyecto tenía el propósito de eliminar en lo posible las causas de las agitaciones que se notan cada día más crecientes en el seno de aquellos gremios, cuyo aumento y organización, paralelo con el desarrollo de nuestras industrias, del tráfico comercial, interior e internacional y de los grandes centros urbanos, donde se acumulan las fuerzas fabriles y se producen los fenómenos de la vida colectiva, hace cada vez más necesario que el legislador les preste una atención más profunda y busque soluciones definitivas a las cuestiones de estado que con ellas se vinculan". Esta iniciativa se tradujo en la sanción de las diversas leyes vigentes — descanso dominical, trabajo de las mujeres y niños, accidentes del trabajo, etc., — conocidas por leyes de "protección obrera".

La guerra europea, repetimos, demostró experimentalmente que los pueblos deben tender económicamente a bastarse a sí mismos, sobre todo cuando, poseyendo inmensas riquezas naturales, sólo se requiere iniciativa, entusiasmo, amor a lo propio e inteligente organización para explotarlas.

Cabe agregar que el ministerio de Agricultura ha distribuido carteles con la leyenda "Industria Nacional" y en la Cámara de Diputados se han pre-

sentado proyectos obligando a declarar la procedencia del artículo que se expende.

Es así cómo, poco a poco, la cuestión doctrinaria de librecambismo y proteccionismo ha ido perdiendo su carácter de disquisición abstracta, para transformarse en debate concreto, de acuer-

do con los intereses y conveniencias inmediatas.

El cambio de orientación, en tal sentido, puede apreciarse en las columnas de los órganos más autorizados del país, que ya emprenden la "cuestión industrial" con toda la seriedad de los grandes problemas nacionales.

Manual de urbanidad para uso de la mujer bonita y de la fea

(Continuación de la pág. 62)

aun cuando la madre de la hermosa sea de la más baja extracción, oiremos decir que el país está dignamente representado.

Su deliciosa figura será un regalo de las horas; los más hermosos paisajes le servirán de fondo, como si hubieran sido pintados expresamente para su lucimiento, por un prestigioso artista.

Le está permitido ser fantástica, cruel y de aburrirse en provincias. De ella se dirá, por todo comentario:

— ¡Es tan hermosa!...

La inteligencia le es tan inútil como le sería al sol una sombrilla de encaje. Es en sí misma una fuerza instintiva y fatal que no tiene necesidad de ser consciente.

Se cita, con frecuencia, a una mujer cuya tontería igualaba a su belleza — que era divina — y contaba en todas partes las declaraciones de amor hechas por su plomero, extático ante tanta hermosura. Muchas amigas sonreían al oírlo, pero el coro de hombres pensaba como el plomero.

Otra bella poseía unos ojos extraordinarios, semeando a dos lagos sin fondo. Uno de sus admiradores, astrónomo por inclinación y poeta por influencia de esos lagos, le decía, en tono sentimental:

— ¡Quisiera saber cuántos esplendores abismados, cuáles soles que ya no existen añoran esos bellos ojos inhumanos!...

Y era una mujer vulgar, entregada a los quehaceres domésticos, que vigilaba el precio de la manteca y el cesto de compras traído del mercado por la cocinera.

Es condición general a la mujer hermosa el poseer mala voz; tal comprobación causa en ellas un poquito de despecho. Pero, ¿acaso se pide a la Gioconda que toque el laúd?

Cuando a la belleza suma talento, la mujer se convierte en una potencia humana formidable, inquietante e ilimitada.

Es Cleopatra y es Helena...

Es verdad que las enamoradas clásicas no han sido las mujeres más hermosas. El amor es una pasión devoradora que se consume pronto en los mármoreos brazos de las deidades.

Si es indispensable para la mujer fea dar a entender que lo sabe, es elegante en la bonita simular que lo ignora.

Como se prestaría a dudas tal manifestación de su parte, podrá decir, por ejemplo, siendo rubia como Venus:

— Nunca me ha convencido más belleza que la española.

Un consejo, para terminar: la mujer hermosa es una emperatriz bárbara, cansada de contemplar el humo de sus incensarios. Tiene sed de originalidad.

Si deseáis serle agradable, no le habléis de su belleza. Alabadle únicamente su maravillosa inteligencia.

¡SI NO LE CONSTA! Compre

La Nueva Navaja de Seguridad

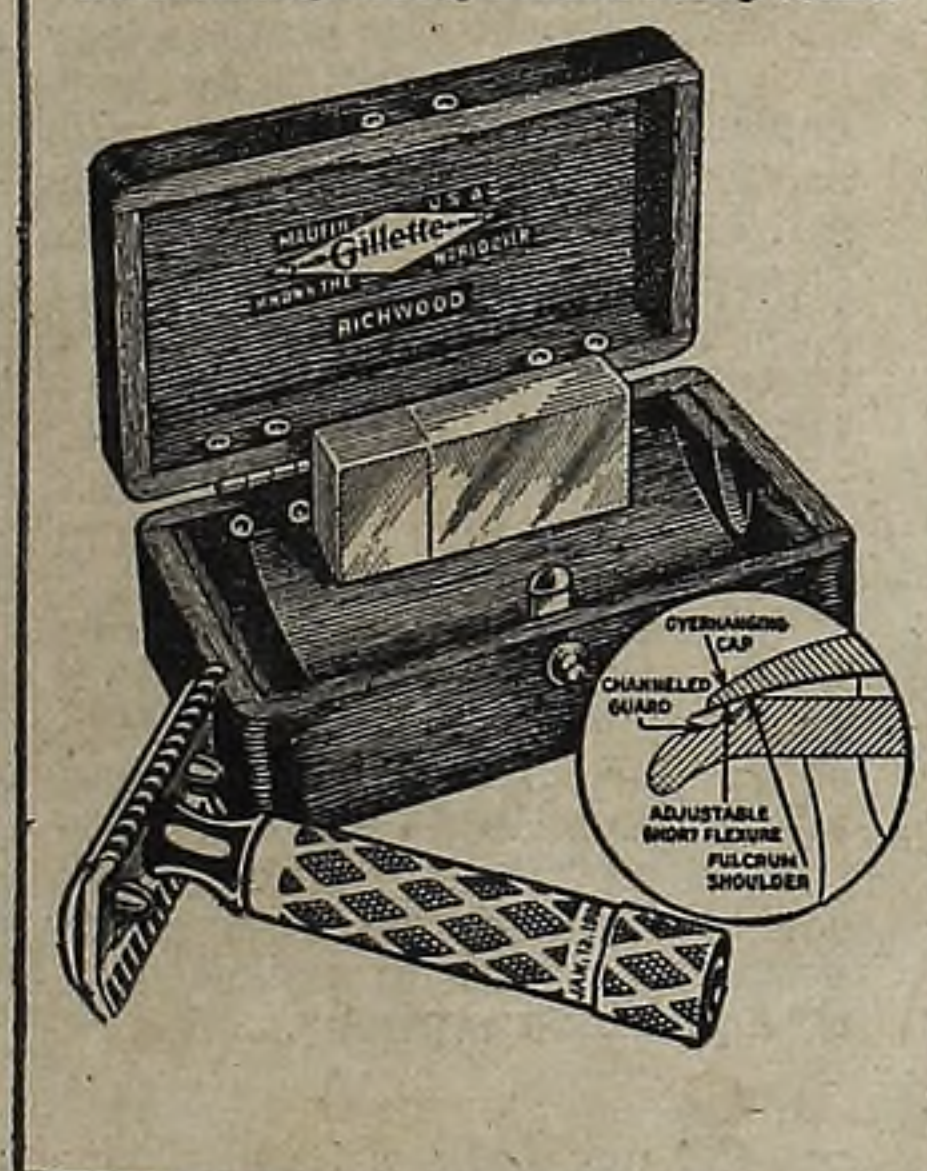
Gillette Mejorada

y podrá cerciorarse prácticamente la enorme superioridad con sus similares.

El fallo de la opinión pública en el mundo entero ha reconocido esta Navaja de Seguridad como el modelo más eficiente conocido.

Este es uno de los nuevos estilos

The New Improved Gillette Safety Razor



Modelo "Richwood"
Plateada
Precio: \$ 15.— m/n c/l

Tenemos nueve estilos distintos de esta Nueva Navaja de Seguridad "GILLETTE", y cada estilo se fabrica en dorado y plateado.

La Nueva Navaja de Seguridad "GILLETTE" se adapta para el uso de las hojas "GILLETTE"

TE" conocidas desde hace años, y cuyo precio es de \$ 2.50 m/n de c/l la cajita de cartón conteniendo una docena.

Hojas ofrecidas a menor precio son probablemente reafiladas o imitaciones sin valor.

EXIJA QUE LAS MÁQUINAS Y HOJAS QUE LE VENDAN

Tengan esta marca



que es garantía

DE LA ALTA CALIDAD DEL ARTÍCULO QUE ADQUIERE

En nuestra EXPOSICIÓN "GILLETTE", Moreno, 562, pueden inspeccionarse los diferentes estilos de máquinas que tenemos y obtener todas las explicaciones y detalles necesarios.

Si no puede conseguir las máquinas ni las hojas, escriba inmediatamente a los

UNICOS
IMPORTADORES:

DONNELL & PALMER

554, MORENO, 562
Buenos Aires

o a sus AGENTES EN EL INTERIOR

Rosario: FLANAGAN Hnos. & Cía.; Sarmiento, 538.
Córdoba: REY & Cía.; Corrientes, 47.
Paraná: GUILLEM Hnos. & Cía.; Chile, 144.

Tucumán: M. PÉREZ OTERO; 24 de Septiembre, 790.
Mendoza: A. SIERRA RANCHER; Rioja, 1868.
Pergamino: LUIS M. JAUREGUY; 9 de Julio, 943.

Corsetería LA HERMOSURA

Bernardo de Irigoyen, 571 - Buenos Aires

Unión Telefónica, 1275, Rivadavia

Señoras: ¿Tenéis necesidad de una faja? Estudiad precios y la pediréis a "La Hermosura".

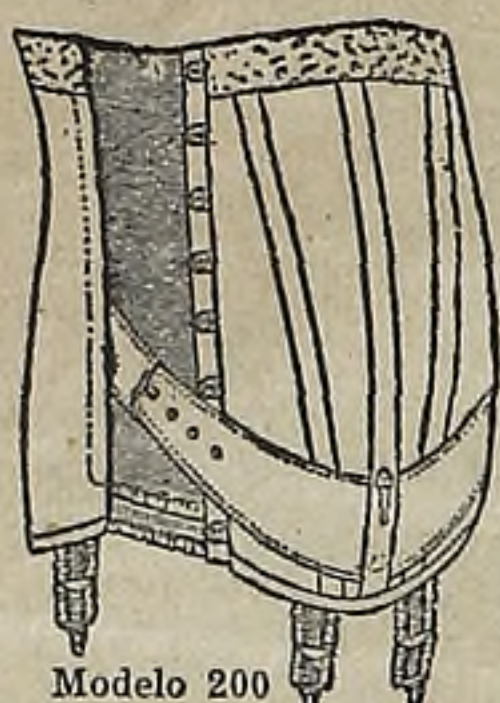
FAJA según modelo, para vientre caído, herniadas, riñón flotante y otras enfermedades, muy recomendada por los médicos.

En cutil liso, elástico de algodón, a pesas... \$ 15.—

En cutil y elástico de hilo... \$ 20.—

En cutil y elástico de seda... \$ 25.—

Surtido completo en Corsés, Fajas, Corpiños, Espalderos, Soutien Gorge. — Especialidad sobre medida. — Remitimos al interior. — Solicite catálogos.



Modelo 200

LA ULTIMA MODA

¿DESEA COMODIDAD?

Adquiera una Faja como el modelo, toda elástica, alto 25 centímetros (con cuatro ligas seda), desde... \$ 12.—

Alto 30 centímetros, desde... \$ 15.—

En tricot elástico, según alto, desde... \$ 20.—

Es muy especial para Sport y toda clase de ejercicios.

MEDIAS ELÁSTICAS, ARTICULOS PARA CORSÉS Y FAJAS



TELÉFONOS ERICSSON

Tipo HA 200



Tipo de aparato instalado en la nueva imprenta de "El Hogar"



UNA MARCA
CONOCIDA ES LA
MEJOR GARANTIA

Cía. Sudamericana de Teléfonos
L. M. ERICSSON
(S. A.)

Esmeralda, 1000
Buenos Aires

Telegramas:
"ERICSSON"

TELÉFONOS:

U. T., 41, Plaza, 2161
Coop., 312, Central
T. T., 271

Consejo a las Señoras

que no usan fajas de caoutchouc (goma colorada)

A las señoras que por estar enfermas o tener la epidermis delicada, no pueden usar las fajas de caoutchouc, les manifestamos que hemos creado un modelo especial de elástico duro que reúne las mismas condiciones y forma de las de caoutchouc, siendo frescas y livianas, así como más baratas.

Acercándose la estación veraniega, son muy prácticas para ser usadas en la playa, pues como carecen en absoluto de ballenas y son de tejido poroso, no producen las molestias y erupciones, que con la abundante transpiración ocasionan las repetidas fajas de caoutchouc; para convencerla, nos sería grato ensayar una en nuestros probadores, en la seguridad que encontrará las ventajas que le ofrecemos y que le decidirán a usarla a diario.

Pida faja "Relámpago", la mejor por su fácil colocación.

El precio de la misma es desde \$ 10, según el alto.

Medias elásticas, tobilleras y rodilleras, desde \$ 10 el par.



"LA POUPÉE" Cerrito, 122 - B. Aires

El último ensueño

(Continuación de la pág. 55)

que cruzaba la vecina estación, le agudizó la nostalgia de su hogar, la pena de su alejamiento... ¡Oh, si ese tren le hubiese querido recoger!... En media hora estaría él en su casa... Pero no, él estaba prisionero... Prisionero de la ciencia, prisionero de los que le querían bien, de los que querían salvarle, y para eso le separaban de lo que más quería en el mundo... ¡Ilusos!... Pero, en fin, él mismo lo había querido. Igual daba... Estaba preso, de todos modos. Él no era dueño de hacer un solo movimiento para liberarse... ¡A menos que no intentara evadirse!

Le repugnó volver a la cama. ¿A qué? Ya no podría dormir. La idea de que su nena estaría muy grave, que hubiese sufrido una recaída, le obsedía... Y él, allí, lejos, sin poder alentarla con su mirada, sin poder palpar su carita, sin poder encerrar en las suyas la mano febril de su criatura e implorarle quedadamente "al oído: No te vayas..."

El silbar lejano de otro tren le hizo estremecer... Y, rápidamente, nacida de un ansia poderosa, del afán incontrolable de volver a ver a su hijita, se fraguó en su mente un plan descabellado, pero irrevocable. ¡Se evadiría! ¡Sí! ¡Se evadiría!

Pronto estuvo vestido. Como castañeteándole los dientes, se arrebujó en la enorme y tupida bufanda que Isabel le había tejido de su mano para las horas del atardecer... Luego, como un ladrón, anduvo escabulléndose por los corredores, esquivando la presencia de los enfermeros, hasta dar al jardín... Y una vez ante la gran cancela que le separaba de la calle, de la libertad, tuvo la suprema dicha de hallarla sólo entornada...

Casi faltó de aliento penetró en la estación, donde el tren acababa de parar. Tomó su boleto, subió a un coche de no fumar, sentóse en el rincón más apartado, y, después de veinte minutos largos, interminables, se encontró como por ensalmo en la ciudad bulliosa y febril, donde el dolor tenía por lo menos un calmante: el movimiento, la vida; y lejos, bien lejos de aquella fábrica callada y solemne, donde había casi asfixiado durante un año.

III

QUISO tomar un "auto", pero como resultara ocupado el que pasaba, le faltó paciencia para esperar otro, y echó a andar hacia su casa, que distaba pocas cuadras. ¿Qué acontecía en su casa en aquel momento?... Quizás encontrárase al doctor Rébora espiando en el rostro demacrado de su nena la marcha de la mortal enfermedad que la tenía postrada... Apresuró el paso cuanto pudo. Un fuerte acceso de tos le obligó a pararse y a llevar el pañuelo a la boca. Un transeúnte que se cruzó con él bajo la luz de un foco, se volvió a mirarle a los pocos pasos... Aliviado apenas, volvió a emprender la marcha, un tanto más despacio. Tiritaba. Y de repente, casi sin sospecharlo, se halló ante la verja de su casa. La puerta cedió a la presión de su mano. Quiso oprimir el timbre, pero cambió de idea en seguida y transpuso el umbral. Cruzó el jardincillo, atravesó el espacio que separaba las habitaciones del muro de cerca, y estuvo por fin ante la ventana de su antiguo dormitorio... Había luz dentro. No tuvo necesidad de empujarse para mirar por entre el varillaje de la persiana... El corazón le dio un vuelco y sus labios se agitaron para gritar un nombre... Pero logró dominarse y observó, escuchando.

Aquella era su nena, su nena... No, no estaba enferma... ¡Qué alegría!... Iba a acostarse, pero en aquel momento hallábase arrodillada sobre su camita y juntaba las manos en actitud de orar. Su esposa, a un paso, de pie, sugería la plegaria, que salió fervorosa y sincera de los infantiles labios.

— ¡Virgen santa, haz que la salud vuelva a papá con el nuevo año!

— Bien, querida, acuéstate ahora.

— Mamá... ¿No irá mañana contigo? ... ¿Por qué? ...

— Porque el médico le tiene prohibido que hable mucho, y él lo hace en

cuanto te ve... Pero no llores, no te aflijas... Pronto estará bueno y volverá con nosotros.

Subióle el rebozo, le dio un beso, luego salió silenciosamente de la estancia. La niña, entonces, viéndose sola, apartó el cobertor, volvió a arrodillarse, y elevando al cielo sus grandes ojos azules anegados en lágrimas, volvió a decir su plegaria más cálida, más fervorosa aún:

— ¡Virgen buena, haz que sane mi papá!

Y enjugaba las lágrimas con el dorso de las manecitas, cuando su rostro quedó demudado de repente, y sus ojos se clavaron en la ventana, fijos, horrorizados... Había visto abrirse lentamente sus hojas, y destacarse en el vano, sobre el fondo obscuro de la noche, un rostro pálido y desencajado, donde dos pupilas agonizaban en una llama de dolor supremo.

Reaccionó, por fin, y apartando con las manos aquella visión, gritó desesperadamente:

— ¡Un ladrón!... ¡Un ladrón!... ¡Mamá!...

Oyéronse pasos precipitados, y al instante apareció Isabel.

— ¿Un ladrón?... ¿Dónde?...

— ¡Allí!... ¡Allí!...

Isabel se precipitó adonde le indicaba el dedo de la niña, miró fuera de la ventana, a todos lados, luego volvió cerca de su nena, sonriéndole con indulgencia.

— Has soñado, querida...

— ¡No!... ¡Te digo que no!

— Bueno, vuelve a acostarte... No me moveré de aquí.

IV

JORGE, al bajar del tren, tomó nuevamente el camino del sanatorio. Seguía atenaceando la fiebre, pero confiaba en que las fuerzas le bastarían para salvar el espacio que le separaba de aquel lugar. Volvía, resignado, a su encierro. Deseaba terminar cuanto antes, y allí lo conseguiría. De todos modos ya no volvería a ver a su nena... Ella había llamado ladrón, y lo era en efecto... Iba a contaminarla, iba a robarle su salud...

Al poco andar se sintió extremadamente cansado. Sentóse en el borde del camino, que la fresca hierba convertía en muelle alfombra, y se recostó de espaldas, cara al firmamento, necesitado de reposar su cuerpo dolorido. Miradas de estrellas cubrían el cielo, y al titilar, a través de los vapores de la atmósfera, parecían hacerle señas de inteligencia, como si quisieran significarle que comprendían su dolor... Intentó levantarse y proseguir su marcha, pero no supo interrumpir el dulce bienestar que había adueñado de su pobre carne desfallecida, y su pensamiento se diluía blandamente en un sopor dulce, jamás experimentado... De repente, hirió su oído un concierto de silbatos y sirenas, que venía de las fábricas cercanas, de los buques anclados en el vecino río... Luego, una campana, echada a vuelo, empezó a expandir por el aire sus júbilos notas.

Despertado a medias de su modorra, comprendió que un nuevo año empezaba... Quiso incorporarse, sin conseguirlo. Sólo pudo entreabrir los párpados, y le pareció que las estrellas lababan, se acercaban a él, remediando una esplendente lluvia de oro... ¡Qué hermoso era aquello!... Él no hubiera querido despertar ya... Su deseo era quedarse en aquel mundo encantado, en compañía de las buenas y compasivas estrellas, y esperar así por meses y por años... Quizás, transcurrido el tiempo fijado, terminaría su espera, y una forma diáfana, incorporea, revistiendo los delicados contornos de su nena, vendría a confundirse con él, que ya no tendría obstáculos para embriagar su espíritu con el roce de aquel otro espíritu...

V

LOS que hallaron al día siguiente, pese a su rostro demacrado, marcado por el sufrimiento, dijeron que su muerte debió ser dulce, pues aun aleteaba en su semblante la sonrisa con que le animara aquel último ensueño.

Revelación

(Continuación de la pág. 77)

dos amigos sintieron frío en el corazón. El uno leyó en los ojos del otro la angustiosa pregunta: "¿Había oído?"

Gustavo fué el primero en recuperar su dominio.

—Pero..., ¿qué hacías en el balcón?

—Por dónde entraste?

—Por aquí. Bien sabes que los balcones son corridos.

Gustavo sintió que sus cudas se recrudescían. Eloísa había oído..., sí... Sus hermosos ojos, único encanto de toda su persona, se destacaban, afiebrados, entre la palidez de su semblante. Si sus presunciones eran ciertas, Eloísa disimulaba perfectamente el desastroso estado de su corazón, pues la sonrisa no dejó de dibujarse en los labios descoloridos.

Incapaz de soportar por más tiempo esa situación, Gustavo se despidió de su amigo Enrique y de su novia, prometiendo verla al día siguiente. En el trayecto de su casa, un duende bailotero, decía en su interior: "Te ha oído..., te ha oído... No pienses en volver..." Pero, luego, el cerebro razonaba: "Eloísa no ha oído. Una mujer ultrajada no sabe disfrazar la primera emoción que sufre su amor propio... No te ha oído..."

A la noche siguiente, dispuesto a saber la verdad, fué a verla. Ataviada con un lujoso traje de entrecasa, Eloísa lo aguardaba en la salita.

—Has tardado...

—¡Pero, si no son más que las nueve!...

Ella hizo un gesto indefinido. Permanecieron en silencio. De pronto, la mujer lo miró fijamente. Algo estaba pendiente ahí, en el fondo de su mirada. Gustavo entonces se dijo:—Ahora va a decirme que oyó la conversación. ¡Señor!... ¿Por qué hablé sabiéndola tan cerca? ¿Cómo justificar mis palabras? ¿Con qué argumentos defenderme? ¿Qué le diré a esa pobre mujer ilusionada cuando me grite: "Me has engañado como un canalla! Has destruido mis únicas esperanzas! Mientras yo a tu lado me sentía feliz, ¿cómo te burlarías de mi amor! ¿Cómo te reirías de mi ingenuidad!"

Pero, Eloísa no le dijo eso. Abrió despreocupada la caja que guardaba el violín, y, pulsando el instrumento, le habló:

—He aprendido una bonita melodía. Esa noche Gustavo dejó a su novia más desesperado que nunca.

—¿Qué espera para decirme? ¿Qué venganza considerará más justa para castigar mi villanía?

Deseoso de librarse de esa obsesión, iba a verla más a menudo. "Esta vez me lo dirá"—se decía. Pero Eloísa lo recibía invariablemente con la misma sonrisa.

Así transcurrieron dos meses, dos

meses largos de zozobras y de inquietudes.

Una noche, cuando se despedían, Eloísa le dijo:

—Vienes a verme todos los días, ahora... ¿Es que me quieres mucho?

—Había ironía en esa frase, o, simplemente, sinceridad?

Como las anteriores, esa noche se alejó torturado por amargas ideas. Si Eloísa había oído, ¿por qué no se lo decía? ¿Por qué no le llamaba miserable? ¿Por qué no le castigaba como merecía? Él había despertado esa alma, le había inspirado amor, le había mentido pasión, para que luego, de un solo golpe, volteara todas sus ilusiones...

A la noche siguiente, cuando se dirigía a casa de su novia, se encontró con Enrique Grardel.

—¡Enrique! ¿Tú en la ciudad? ¿Y sin avisarme!...

Después de abrazarlo con cariño, le contó en pocas palabras lo que ocurría.

—No sé... me siento extraño... Me he alejado de mis amigos... A Clarisa hace un mes que no la veo... Mira..., acompáñame a casa de Eloísa... Tú la observarás con más frialdad, y quizás deduzcas alguna cosa...

Cuando llegaron, la criada, lacónicamente, les dijo:

—La señorita ha partido esta mañana para Europa, y le ha dejado esta carta...

Gustavo la tomó temblando. Rasgó el sobre. Dentro de él había un cheque por valor de treinta mil pesos... Y nada más. Ningún adiós...

—Pero, ¿qué significa esto? —gritó. Sólo acertaba a comprender una cosa: que Eloísa se había ido para siempre.

Enrique Grardel tomó el cheque.

—¡Ah!... ¡Pues ahí tienes la clave del enigma, hombre! Eloísa escuchó la conversación que sostuvimos en su casa, la noche de fin de año... ¡Pobre mujer! Observa su heroica resolución. Te deja libre para que puedas casarte con Clarisa... Y para que sea completa tu felicidad, te entrega treinta mil pesos... ¡Bah! ¡No pienses más en esto, hombre! Ahora Clarisa será tuya...

Enrique creyó que esta manifestación arrancaría a su amigo de la dolorosa inconsciencia que le había producido esa revelación, pero, con gran sorpresa, vió que su amigo caía sobre una silla y, ocultando su semblante entre las manos, estallaba en sollozos.

—Pero..., ¡hombre! ¿Qué tienes?

—¡La he perdido, Enrique..., ahora..., cuando la quería con toda mi alma!...



Toda Inquietud...

Por

ALCIRA BONAZZOLA

Toda inquietud, detengo la mirada ante el secreto de las cosas vivas, las que callan y sueñan pensativas buscando siempre una caricia amada.

Miro la flor, eterna enamorada del astro, sus miradas fugitivas parecen, en la noche, sensitivas cadencias de una estrofa no rimada.

Toda inquietud, me siento conmovida, porque un furor vivísimo en mí anida de indagar de las cosas la grandeza,

¡y quisiera pasar la vida entera persiguiendo, anhelosa, una quimera, esclava ante el altar de la Belleza!



Riñones Débiles Son Una Amenaza Para Conservar Buena Salud

¿UN constante dolor de espalda lo mantiene hecho un desgraciado? ¿Se siente usted envejecido y torpe; cansado y descorazonado; tan falto de fuerza y energía, que no puede compartir de los entretenimientos de sus amigos y familia?

¿Ha pensado usted en sus riñones? Su salud, como usted sabe, depende en gran parte de sus riñones. Sin ellos no podría usted vivir ni un solo día.

Cuando los riñones se debilitan y dejan de filtrar debidamente la sangre, todo el sistema se emponzoña. Entonces le duele la cintura, se siente adolorido y envarado; sufre dolores reumáticos y molestas irregularidades urinarias; experimenta dolores de cabeza y vértigos; se siente nervioso, irascible y deprimido.

No espere que se hagan presente malestares más serios. Recupere la salud mientras puede. Demora puede causar hidropesía, arenillas, ó el mortal mal de Bright ó nefritis.

Empiece hoy a tomar las PILDORAS DE FOSTER. Las PILDORAS DE FOSTER han dado mejoría a millares de personas y también aliviarán a usted.

PILDORAS DE FOSTER

Para los Riñones

¡Siempre Imitadas!

¡Nunca Igualadas!

EL CRESPON COMO ARTÍCULO DE MODA Y DE BELLEZA

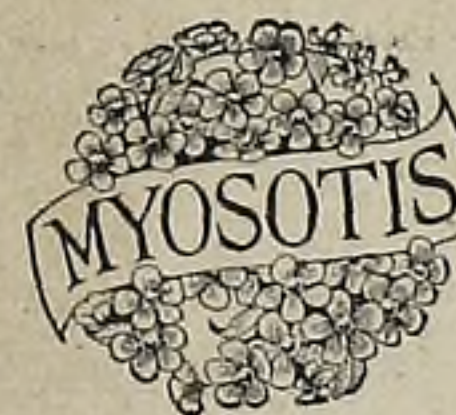
Únicamente el crespón COURTAULD de origen inglés, por su perfecta fabricación da el sello de elegancia y la nota de distinción a las toilettes de luto.

Exija que le muestren la colección de crespones

“MYOSOTIS”

(Marca de Fábrica)

en negro y blanco.



Por su preparación no los mancha el agua.

Para informaciones dirigirse a:

SAMUEL COURTAULD & Cía. Ltda.
LONDRES
BUENOS AIRES
PARIS

D. y A. PITTALUGA - Bartolomé Mitre, 1670

LOS NIÑOS.

Un adulto puede estar delgado y al mismo tiempo tener buena salud, pero una criaturita, o un niño pequeño, debe ser gordo y rollizo. Y, sin embargo, cuántas criaturas y niños se nos presentan flacos, extenuados y faltos de sangre, principalmente a causa de que el aparato nutritivo de su cuerpo está desarreglado de alguna manera. La medicina nauseabunda y de mal sabor, repugna a los adultos y es el horror de las criaturas. No cabe duda que su frecuente ineficacia se debe, cuando menos en parte, al disgusto que les causa—al choque al sistema. Esto sucede especialmente con el aceite de hígado de bacalao, en la forma de las composiciones ordinarias y anticuadas, que tan a menudo se les obliga a tomar. El antiguo terror de esta valiosa aunque repugnante medicina, desaparece con la transformación que ha sufrido en la

PREPARACIÓN de WAMPOLE

la cual es tan sabrosa como la miel y contiene una solución de un extracto que se obtiene de Hígados Puros de Bacalao, combinados con Jarabe de Hipofosfitos Compuesto y Extracto Fluido de Cerezo Silvestre. Para la reposición de niños pálidos, raquíticos y demacrados, nada hay tan bueno como nuestra preparación. Crea sangre nueva y les facilita desarrollarse hasta llegar a ser hombres y mujeres sanas. El doctor Bernardo Kohan, Médico-Cirujano del Hospital Nacional de Clínicas, de Buenos Aires, dice: "El médico que suscribe certifica haber usado con óptimo resultado la Preparación de Wampole, sobre todo en los niños de 1 a 15 años." La original y genuina Preparación de Wampole, es hecha solamente por Henry K. Wampole & Cía., Inc., de Filadelfia, E. U. de A., y lleva la firma de la casa y marca de fábrica. Cualquier otra preparación análoga, no importa por quién esté hecha, es una imitación de dudoso valor. En todas las Boticas.



**Durante la Convalecencia
se emplean tónicos, pero...**

No todos ellos son de resultado eficaz.

La Debilidad, Fatiga, Nerviosidad y Apatía de ánimo, Vd. puede combatirlas con el tónico universalmente conocido

**Bioforina
Líquida de Ruxell**

Preparado por: Federico Tauber
890 - Bs. Aires

exceptúan las comedias de Gregorio de Laferrère, que dan la norma de lo que puede y debe ser entre nosotros un buen teatro de sátira social; si se exceptúan obras de amable humorismo como "Las estatuas" y "El origen del hombre", de Gache y Canela, respectivamente; o de mesurada y graciosa caricatura, como "El distinguido ciudadano", de Saldías; o tal cual sainete chistoso, como "El movimiento continuo", de Discépolo y De Rosa, o tragicómico, como "Mateo", del primero de estos autores, lo demás de nuestro incipiente teatro cómico es, por la mayor parte, bazofia indigesta como jigote de mal figón. Los caminos de la risa son en nuestro teatro caminos harto fangosos. Ciertamente que en esta materia las naciones más adelantadas nos dan el ejemplo. El ya citado Tristán Bernard, que es sin duda hombre de ingenio y tiene comedias honestamente ingeniosas, tiene otras francamente soeces, como, verbigracia, "La gloire ambulatoire". Por lo que respecta a España, si tuviésemos que optar entre la gracia del señor Muñoz Seca o del Arniches de los últimos años y la de nuestros Hicken o Vacarezza, vacilaríamos mucho antes de decidirnos. En general, si en algo hace pensar nuestro teatro cómico, con las excepciones apuntadas y alguna involuntariamente omitida, es en los albores del teatro latino, en las "fábulas tabernarias" con que un pueblo primitivo gustaba de refocilarse.

VII Los anecdóticos.— Hay un género de humorismo que la mayor parte de las veces no trasciende al gran público: es el humorismo de la anécdota, de la "salida" o frase ingeniosa que, a lo sumo, logra circular dentro de un núcleo social más o menos extenso. Mientras no pasa de ahí, no es lícito considerar la anécdota como un género literario; pero cuando la recoge un Chamfort, ya la anécdota adquiere personalidad, y, por cierto, una personalidad de la mayor importancia. ¿Quién sabe si habrá lectura tan seductora como la de una buena recopilación de anécdotas! Entre nosotros, apenas si algo se ha hecho en este terreno, y es lástima, porque muchos han sido aquí los hombres que derrocharon ingenio en la conversación diaria. ¿Quién no conoce alguna anécdota de Wilde, de Sarmiento, de Belisario Roldán, de Florencio Madero, de alguno de esos hombres que tenían el don de la ocurrencia oportuna?... Un ensayo, un excelente ensayo de recopilación, se ha hecho ya, con los dos tomos de anécdotas publicados por el diario "La Mañana". Se trata de un género más importante que lo que generalmente se cree.

Un escritor francés, Juan Bernard, con el título general "La vida de París", viene publicando anualmente, desde 1898, unos volúmenes que, en realidad, constituyen un anecdotario francés contemporáneo, de lectura interesante e instructiva.

VIII Los humoristas.— Como el humorismo sea todavía cosa nueva entre nosotros, es probable que nuestro público no se haya habituado aún a establecer con caracteres bien precisos la diferencia que hay entre un humorista y un escritor festivo. Conste que no trato tanto de establecer categorías como de diferenciar géneros evidentemente distintos. Un "Courteline", un Alfonso Allais o un Jorge Auriol tienen talento, pero no son "Voltaire" ni Swift; Taboada tiene talento, pero no es Larra... Claro que es difícilísimo establecer dónde termina el escritor festivo y comienza el humorista.

Escritor festivo es aquel que se propone hacer reír, y que sólo se propone eso. Pero, ¿qué es entonces el humorista? ¿No persigue él también ese objeto?... Sí, pero como un medio, nunca como un fin. Aquí está toda la diferencia. Todo buen humorista es un moralista. En el fondo, no hay nada más serio que el humorismo, si bajo el ropaje jocoso sabemos encontrar la indignación o la amargura que llena el alma del humorista. Muchos humoris-

1904 - Veinte años de humorismo - 1924

(Continuación de la pág. 64)

tas podrían definirse por relación con la fórmula que "De Stendhal" adoptó para definir la novela: "Un espejo paseado a lo largo de un camino". En esos humoristas, también el humorismo es un espejo paseado a lo largo de un camino; sólo que en vez de ser un espejo plano, es un espejo cóncavo, o convexo, que deforma las figuras, que las reduce o las agranda, que las hace monstruosas, pero que no falsea su íntima y fundamental esencia; que de un enano hace un gigante, y a la inversa; pero conservando siempre el parecido. De igual modo puede definirse la caricatura; como que, en muchos casos, el humorismo es "caricatura escrita". En ocasiones—recordad a De Quincey, recordad a Swift, recordad al Poe de "The system of Doctor Tarr and Professor Fether"—el humorista, si es genial, nos da la impresión de un equilibrista que, sobre el abismo de la locura, se desliza por la cuerda floja de la razón: a cada instante nos parece que, perdiendo pie, va a precipitarse en el gran abismo.

Hay una clase de humoristas—Swift es uno de ellos,— que se valen del absurdo como de un medio, como del medio más eficaz para conseguir que la lógica impere en el mundo. Es decir: hay una clase de humoristas que combaten el absurdo con el absurdo, que adoptan como lema el "similia similibus curantur". Creo que podría definirse el humorismo de esos autores como "la curación homeopática de la locura".

Operar con los datos del absurdo como podría operarse con los datos de la lógica: he ahí el privilegio del humorista. Porque el absurdo obedece también a leyes, el absurdo tiene su lógica, y todo el trabajo del humorista consiste en encontrar esa lógica. Una vez encontrada, es dueño de enfocarla sobre la realidad espiritual o sobre la realidad material. Por el primer camino, se llega a la paradoja; por el segundo, a la narración humorística propiamente dicha. Quien sepa hacer lo uno o lo otro, o ambas cosas juntamente, ese será verdadero humorista.

¿Hay aquí escritores de esta clase? Sin proponerme tampoco en este caso establecer comparaciones, ni siquiera sugerir vínculos de parentesco, señalo como representantes de esa dirección a Arturo Canela y a Roberto Gache. No voy a abrir juicio sobre el valor de la obra de uno y otro, comentada como ya lo ha sido, y con alto elogio, por plumas más autorizadas. Baste decir que lo que de ambos conocemos hasta ahora, nos da derecho a afirmar que nos encontramos en presencia de dos verdaderos humoristas, y a cifrar fundadas esperanzas en su labor futura.

El advenimiento de los humoristas, con Gache, con Canela, con algún otro, es acaso, por lo sintomático, el fenómeno más interesante que presenta nuestra literatura en los últimos veinte años. Significa, sencillamente, que la literatura argentina ha entrado en la madurez. Tengo para mí que una literatura es menor de edad mientras no tiene humoristas.

Más o menos emparentados con las tendencias intelectuales de que Gache y Canela son conspicuos representantes, tenemos otros escritores que, ya en forma permanente, ya en forma accidental, cultivan la nota humorística. En la crítica literaria—en la teatral especialmente,— así como en la crónica parlamentaria, Nicolás Coronado ha hecho humorismo de buena ley. Otro tanto puede decirse, con respecto al suelto político, acerca de Alberto Gerchunoff y Alfonso de Laferrère. Lástima que las características del moderno diarismo condenen al anónimo la parte más substanciosa de su labor. En sus "Charlas de mi amigo", Enrique Loncán ("Américus") se nos presenta como un humorista amable y benévolo, abundando en pasajes de singular acierto. Es

de sentir que Loncán circunscriba de intento el interés de su obra a un núcleo limitado de lectores. De cualquier modo, esa necesidad de un escritor que refleje, en tono de "raillerie" ligera, la vida de las altas clases sociales (necesidad que llenó antaño admirablemente, entre otros, el "Víctor Gálvez" de las "Memorias de un viejo", la llena hoy Loncán cumplidamente.

Otra interesante figura de humorista, dentro de una manera absolutamente personal, es la de Enrique M. Rúas. Aunque la labor anónima del periodismo haya absorbido casi toda su actividad, sus artículos dispersos por diarios y revistas, que sería interesante recopilar, le han dado un renombre que en un país más preparado y propicio para el cultivo del género no hubiera sido renombre, sino verdadera celebridad.

F. Ortega Anckermann ("Pescatore di Perle") viene haciendo desde hace años en esta misma revista un humorismo de índole muy europea y, por cierto, muy gustado por el público. Auxiliado por una amplia cultura, el popular "Pescatore" lucha con tesón y con eficacia en pro del sentido común. José Gabriel, en estudio publicado hace algún tiempo, considerábase el primero de los humoristas argentinos. Cabe afirmar, desde luego, que es el que llena una misión más útil.

E. M. S. Danero ha publicado algunas apostillas o notas breves— a modo de las "greguerías" de R. Gómez de la Serna,— que presentan marcada "tour-nure" humorística. Y, en fin, para que la omisión no se atribuya a fingida modestia, concluiré citándome a mí propio, ya que algún crítico benévolo me ha adjudicado título de humorista, aun cuando de categoría secundaria. Confesaré que el título me enorgullece. Como que estoy íntimamente persuadido de que, así como la facultad de reír distingue al hombre de los irracionales, la aptitud para la ironía distingue al hombre inteligente del hombre obtuso; porque la ironía es la risa de la inteligencia. Como que creo que la actitud humorística es la única actitud digna del hombre consciente de su humana pequeñez ante la vida desalmada y absurda, ante el mal, ante la estupidez, ante el error, ante la fealdad, ante la fugacidad de la existencia, ante la inminencia misma de la muerte. Como que pienso que la obra literaria conserva interés de actualidad en razón directa de la cantidad de humorismo que el autor ha puesto en ella, y que si la obra del genio pudiese morir algún día, la de Homero, la de Virgilio, la de Milton y la de Dante morirían antes que la de Aristófanes, antes que la de Juvenal, antes que la de Rabelais, antes que la de Molière, antes que la de "Voltaire", antes que la de toda esa "legión hija del día", antes que la de todos esos fieles amadores de la Verdad, hasta tal punto prendados de ella, que, compadecidos de su desnudez absoluta, le echaron sobre los hombros el velo de la ironía o la túnica del sarcasmo. Como que entre el rapazuelo que al ser golpeado por el guardián del parque se entrega a desconsolado llanto y el que, apoyando el pulgar en las narices, le hace una mueca de burla, mi simpatía estará siempre de parte del segundo. Como que, persuadido de que la vida ha de burlarse de mí algún día, como se burla al cabo de todos los nacidos, prefiero burlarme de ella desde luego y

— permítase que utilice una frase célebre —
"vengarme por adelantado".

"La vida — dice lord Dárlington en "El abanico de lady Windermere" — es una cosa demasiado importante para que pueda hablarse de ella con seriedad." Como Anatole France, y para decirlo con sus propias palabras inmortales, "cuanto más pienso en la vida humana más me persuado de que conviene darle por testigos y por jueces a la Ironía y la Piedad."



ACEITE LA JUSTICIA



Mi abuelita cocinaba ya
con aceite de esta marca.

IMPORTADORES:
GONZALO SAENZ y Cia. — MAIPU, 24
BUENOS AIRES

El Nacimiento del Mesías en el Renacimiento italiano



El Renacimiento en el arte se extendió por toda Europa como un contagio celestial y produjo celeberrimos pintores, de los cuales gran parte pintaron cuadros religiosos, muchos de ellos referentes a las divinas escenas de la niñez de Jesús, que estos días conmemora la cristiandad, y de los que reproducimos algunos de los menos conocidos y de incontestable mérito.

El primer gran pintor del Renacimiento italiano fué Duccio di Buoninsegna, que vivió desde 1255 a 1340, fundador de la escuela sienesa, y el que empezó a comprender y exponer lo que era la línea viviente.

Una de sus primitivas obras fué la "Virgen con el Niño", pintada hace seiscientos años.

Los continuadores de Duccio fundaron una escuela dentro de otra: la sienesa dentro de la toscana, y después la veneciana, y se pudo con poquísima práctica decir: esto es sienés, esto toscano, esto veneciano.

Las pinturas sienesas carecen de perspectiva y con frecuencia de dibujo. Su arte era elemental, y han sido llamados "los Primitivos".

La buena nueva predicada por san Francisco de Asís fué el secreto y la grandeza, así como la debilidad de los



LA SANTA FAMILIA
por Rafael



LA "MADONNA DEL GRANDUCA"
por Rafael

odio humanos; todos sus afectos estaban en el cielo, y a Él dedicó todo su arte.

Gozzoli fué uno de sus buenos discípulos, que murió muy joven, a los veintisiete años, en 1428.

Masaccio le siguió, y a éste, Filippo Lippi, cuyas obras son una curiosa cruzada de la santidad de fray Angélico, y el realismo de Masaccio.

Uno de los discípulos de Lippi fué el admirable Botticelli, si bien un poco desigual en sus producciones. Pintó muchos frescos y cuadros, sobre todo a la Virgen María con el Niño Dios.

Pedro de Cósimo fué tan artista como el anterior contemporáneo de Leonardo de Vinci.

Domingo Ghirlandaio y Lorenzo di Credi son dos notables artistas de la misma época: el primero, contemporáneo de Botticelli, fué un verdadero artista, con gran instinto para grandes composiciones. Decía que quería pintar al fresco todas las murallas de Florencia.

Lorenzo di Credi fué condiscípulo de Leonardo de Vinci, que pintó varios retratos de la Virgen, sola y con el Niño Jesús.

Otro artista notable que vivió en aquel asombroso siglo XV fué Piero dei Franceschi.

Todos ellos, si bien pintaban gran variedad de asuntos, dieron preferencia al gran acontecimiento cristiano que ahora conmemoramos, en todos sus aspectos, desde la Anunciación, a la Natividad, la Adoración de los Santos Reyes, la Huída a Egipto y principales asuntos de la infancia de Jesús.

La Natividad de Jesús ha sido un asunto religioso tocado por la mayor parte de los grandes artistas italianos del Renacimiento.

Además de los artistas ya citados, lo han tratado Luini — cuyo cuadro se halla en Milán — Juan Pisano y Nicolás Pusan, y en varios relieves y tallas la Natividad figura en muchísimas iglesias italianas, sobre todo en los templos florentinos.

Difícil es señalar los límites de la época conocida en la historia con el nombre de Renacimiento, pues mientras unos quieren que comprenda desde la toma de Constantinopla por los turcos hasta la muerte

de Francisco I de Francia, otros, los más, quieren que empiece en 1318, fecha de la creación de la "Divina Comedia", hasta 1610, año en que murió Enrique IV.

Quizá ambos partidos tengan razón, pues como la humanidad no procede por saltos, aun los acontecimientos que parecen más imprevistos cuentan con larga preparación y notables precursores, y las consecuencias son todavía más duraderas, por lo que el período de tres siglos que señalan los dos a la época del Renacimiento parece, sin duda alguna, muy table.

artistas de Siena, entre los que descollaron, después de Duccio, Simón Martini, conocido por Memmi, Ambrosio y Pedro Lorenzetti y Bartolo. Después del siglo XIV, el arte de Siena murió por falta de vigor.

La escuela florentina creció al lado de la anterior, empezando por Cimabue. En ella figuran los maravillosos artistas, los dos gigantes: Leonardo de Vinci y Miguel Ángel.

Uno de los primitivos fué el Giotto, el pastor que dibujaba corderos en las rocas. Giotto fué, como le han llamado, el pintor de las grandes situaciones. En sus obras encontramos faltas de dibujo, pero se ve que luchaba con el problema de la perspectiva y forma del color. Su color es siempre claro y pálido, nuevos pasos que le alejaban del pesado y rico estilo bizantino.

Giotto murió en 1337, pero en realidad sobrevivió cien años, en los que los "giotteschi" no lograron aventajarle. Entre éstos fueron los principales

Andrés Orcagna y Tadeo Gaddi, favorito de Giotto, que solía firmar sus obras: "Tadeo, discípulo del buen maestro Giotto".

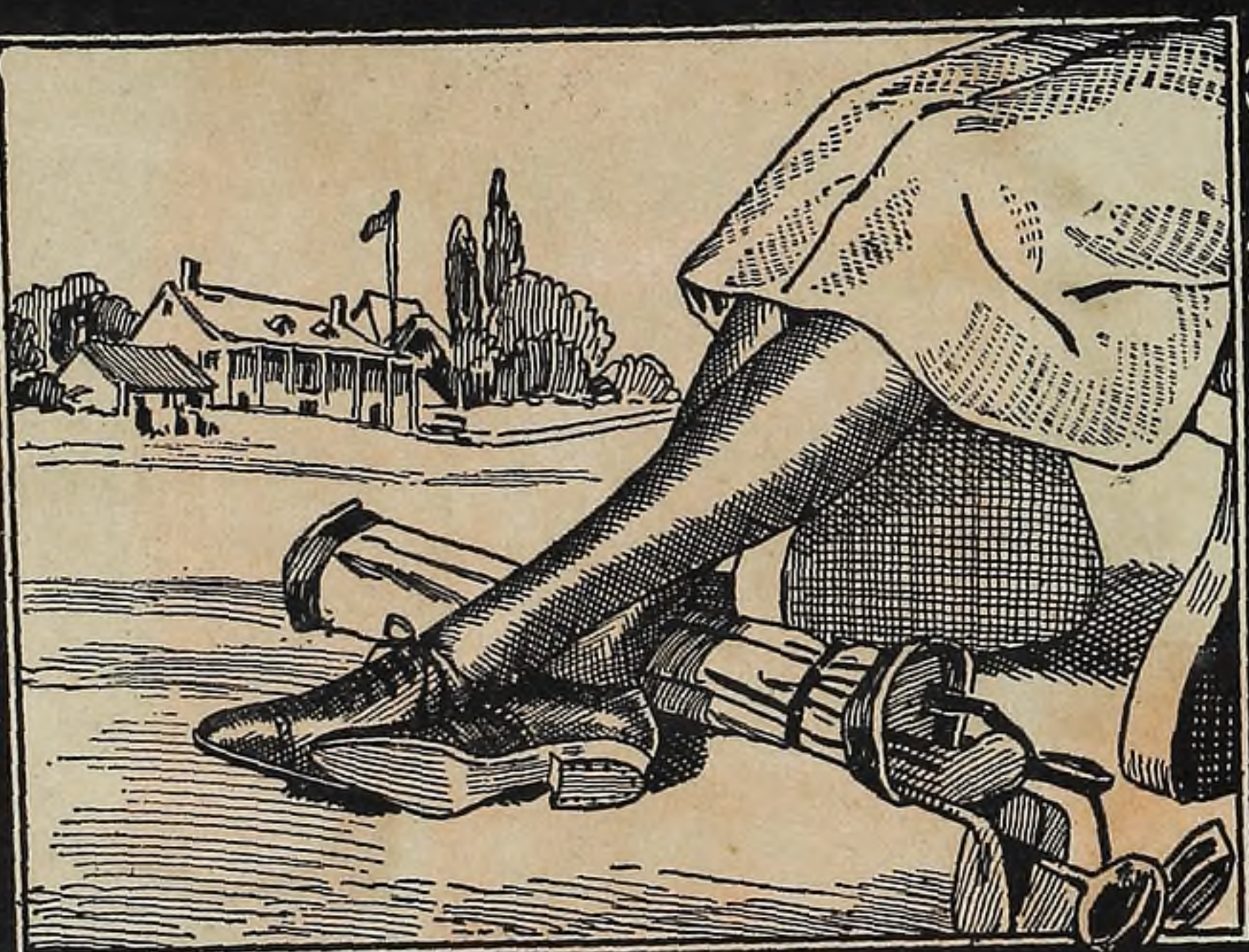
Después vienen Milán, Cennini, Andrés de Florencia, Aretino, Mónaco y Antonio Veneziano; pero el mayor artista que produjo la escuela de Giotto fué el famoso fray Angélico, que tan profundamente sentía lo que pintaba y con frecuencia lloraba al pintar sus obras. "La Natividad" es una obra llena de espiritualidad y delicadeza.

El asunto favorito de fray Angélico fué la Anunciación.

Para él no existían ni el amor ni el



LA VIRGEN Y EL NIÑO
de Masaccio



Mediat "Onyx"

MARCA REGISTRADA

"Hacen más gracioso el tobillo femenino."

Hay muchos estilos y colores de "Onyx". En seda hay una media "Onyx" para cada hora y para cada vestido. Nuestras más hermosas calidades de seda están hechas con el famoso talón reforzado "Onyx Pointex".

Surtido en todos los tonos de moda, en las mejores casas.

Will L. Smith, Inc.

Unico representante al por mayor de las Medias "Onyx" en Sud América.

Cangallo, 1175

Buenos Aires



Onyx "Pointex"

Los hombres de buena voluntad

(Continuación de la pág. 5)

ñas. Es puerta por medio con la comisaría. No tiene letrero ni nada, parece una casa como cualquier otra; porque, ¿sabe?, más cuenta hace pagarle una buena coima al comisario que pagar los impuestos. Y así también, ¿sabe?, el cliente está más tranquilo. Los de investigaciones no pueden meterse allí cuando se les ocurre. Necesitan la orden de allanamiento. Y como el comisario le bate al patrón cuando hay algo armado, antes que lleguen los pesquisas, todo el mundo *spianta*. ¡Hay que verlos cómo se ponen de *cabreritos*! Mañana, mejor dicho, luego, como es fiesta grande, va a haber partidos *macanudos de monte con puerta* y de *guitarrita*. Vea, si nos ponemos de compañeros..., yo soy un tigre para sacarlos del medio sin que ninguno se dé cuenta. ¡Verá con qué limpieza le caloteamos desde el primer *mango* hasta la última *guita* a cualquier *merlo*! ¡Ah!, se me olvidaba. Para el *vermouth-dancing* tenemos la Zamorana. ¿Usted no la conoce? No falte, entonces. ¡Verá qué *papa*!

El ángel, claro es, no entendió este discurso palabra por palabra. Pero con las pocas entendidas, comprendió que se trataba de un nacimiento. ¡Es claro! El *monte con puerta*, era la montaña donde habían hecho la gruta. La *guitarrita*, el instrumento que tañerían los *cabreritos*, porque en todas partes donde se habla castellano, *cabrero* es el cuidador de cabras.

Lo de *dancing* tenía que ser algo de danza. Seguramente, una danza pastoril que bailarían esos *cabreritos* de que el otro le daba noticia.

Sabía que el *vermouth* es una bebida estomacal hecha con yerbas. La *papa zamorana* sería la yerba con que se hacía el *vermouth* en Buenos Aires.

De todo lo demás no sacó en limpio sino lo de la coima. Esa era una transgresión no sólo contra el espíritu, sino también contra la letra del séptimo mandamiento. Ahí, a pesar de su condición angelica, no podía encontrar atenuante al pecado.

Eso del baile de los *cabreritos*, al son de *guitarrita*, y de refrescar con un *vermouth* hecho de esa *papa zamorana*, de que él no había oído hablar nunca, podría ser una de las tantas incongruencias que se ven en los nacimientos de todas partes; pero lo de la coima era un pecado grave que no se borraba con el *vermouth* de *papa*, ni del que pudiera decirse: ¡otra cosa es con *guitarra*!

Si se había establecido que los nacimientos pagaran impuesto, pagar éstos o no hacer aquéllos. ¡Al César lo que es del César!

Al bueno del ángel ya le pesaban los dolores de la paz, y no encontraba el hombre de buena voluntad a quien dárselos.

—¡Dios mío!—decía.—¡Que esto pase en una ciudad cristiana! ¿No encontrare siquiera un Lot, aunque sea sin la familia?... Y cristiana tiene que ser esta ciudad. De no serlo, no celebraría con tanto festejo el nacimiento de Cristo. No hay más que ver esas vidrieras. Un observador superficial diría que los panes dulces, los pollos al "spiedo", los lechones asados, no tienen que ver con el misterio que se celebra; pero sí tiene que ver. Son cosas que los pobres no pueden comprar. En honor de Jesús, que hizo hermanos al rico y al pobre, seguro es que hoy los ricos dan a todos de toda esta comida. Sí, como en estos escaparates, eran le... las bodas de Camacho.

(Ningún ángel deja de leer el Quijote.)

Perdido el ángel en un mar de conjeturas, se resolvió a interrogar a un chico. "La Navidad—se dijo él—es, entre los cristianos, la fiesta de los chicos, por antonomasia."

Se dirigió a un pequeño vendedor de diarios, pensando que tampoco en el cuarto mandamiento se había penetrado de su espíritu la ciudad de Buenos Aires.

—¿Cómo—se preguntaba—una ciudad cristiana deja que sus niños estén trabajando, expuestos a las inclemencias del tiempo y a los accidentes de tráfico, en las horas en que deberían estar durmiendo, descansados, y soñando con los ángeles?

Y cuando tal se decía, vio salir de un "cine", donde se acababa de dar un drama verdaderamente infernal, cantidad de chicos que, como el vendedor de diarios, no trabajaban, pero a los que igualmente se exponía a peligros que la sociedad menos cristiana, en opinión del ángel, debería evitar a sus niños.

—Amiguito—dijo al vendedor,—tú serás cristiano, ¿no?

—No, señor; soy *Chinche rubia*. ¿Me parezco a ese que usted dice? Yo no lo conozco. Por acá no vende.

—Cristiano, hijo mío, no es nombre ni sobrenombre.

—¡Ah! Usted quiere decir si soy argentino.

—No, hijo mío, cristianos hay de todas naciones.

zoz: uno, un pontífice oficial de la pedagogía; otro, un dirigente del llamado movimiento social cristiano.

El ángel se dirigió al primero:

—Perdone, señor. Soy forastero, y me ha parecido que el pueblo de esta ciudad, que los niños especialmente, no tienen idea del acontecimiento que hoy se celebra. En Buenos Aires, ¿no se conoce a Cristo? ¿No lo conocen los niños?...

—Le diré a usted. Los intelectuales conocemos perfectamente a Cristo; una parte atrasada del pueblo conserva de él aquella vaga idea de los siglos de atraso en que se le tenía por Dios. Los hombres superiores hacemos cuanto podemos por borrar esos resabios de la barbarie; pero todavía nos falta mucho. En cuanto a los niños, si tienen alguna noticia de Cristo será por imprudencia de sus padres o de cualquier particular. Oficialmente, el niño argentino no sabe nada de Cristo. Sería delito de lesa pedagogía ponerlo en conocimiento de tan discutido sujeto. Ocurre, aunque raras veces, la aberración de que alguna persona ilustrada participe, todavía hoy, de la superstición de tenerlo por Dios. Pasteur, que es de nuestros días, creía en eso y en muchas otras supersticiones. Mi madre, a pesar de ser mujer de inteligencia notable, también participaba de esa creencia. Yo adoré a Cristo en mi niñez. Leí a Renán y él me convenció de que Cristo era un gran hombre, el más grande de los grandes hombres; pero sólo un

los tiempos de Tiberio; pero no voy a discutir con usted ni de historia, ni de pedagogía. Sólo quisiera que usted me dijese qué le responden ustedes al niño argentino cuando pregunta la razón de la fecha en que vive; cuando quiere saber a partir de qué cosa, o de qué hecho se cuenta el tiempo, y por qué toda, absolutamente toda nación civilizada tiene en uso la misma fecha, es decir, por qué parte, para contar el tiempo, de un mismo acontecimiento, y cuál es éste.

—Vea, señor; yo he venido aquí a comprar juguetes, no a dar lecciones gratuitas a nadie. Si usted quiere conocer mis ideas a ese respecto, y otras muchas, lea usted las memorias que he presentado en los diferentes altos cargos que he desempeñado. Los discursos que he pronunciado en cantidad de congresos pedagógicos, mis artículos en revistas y diarios y mis numerosas, voluntariosas y costosas obras que los diferentes gobiernos han comprado en profusión y que puede usted consultar en diferentes bibliotecas públicas.

Y el pontífice oficial de la pedagogía, bajando de su solio pontificio, se fué a regatear el precio de una corbata.

El dirigente del movimiento social cristiano se acercó al ángel:

—Vea, señor, que es usted de los nuestros. A usted le interesa, como a toda la gente de criterio ilustrado y sano corazón, la educación cristiana de la infancia. Si tiene usted niños que educar, aquí tiene usted una lista de colegios cristianos adonde puede mandarlos. En la misma lista están los precios. Claro es que los libros y todos los útiles son aparte. Los venden las mismas escuelas y no le admiten los comprados en otras partes. Le saldrá un poco caro, pero resulta barato cuando se piensa que es un gasto con el cual se hace un cristiano más. Siempre sale más barato que en los primeros siglos, cuando el ser cristiano costaba la vida.

El ángel se puso más serio y más triste de lo que lo había dejado el pontífice.

—Señor—dijo al agente de los colegios:—la educación cristiana que yo quiero para la infancia, no es mercadería que pueda despacharse en comercios. La doctrina de Cristo no es una industria; propagarla es misión, no oficio. Los cristianos de los primeros siglos eran capaces de perder la vida por Cristo porque no conocieron su doctrina por mercaderes que cobraban por enseñarla. Cristo no cobró a los hombres su enseñanza. No la cobraron sus discípulos. Él no dijo a ninguno: "Vé y enseña al que te pague para aprender". Les dijo a todos: "Id y enseñad a toda criatura". No les prometió precio. Y ellos, que habían preguntado por la paga de sus avíos de pescador, no preguntaron por el estipendio del magisterio que les confiaba el maestro. El pobre, el preferido de Cristo, el que no puede pagar para que le enseñen su doctrina, ese es quien tiene más derecho que ningún otro al cielo del cristiano maestro.

—Si el señor se interesa por algún niño pobre de su relación, yo le puedo conseguir una rebajita en alguno de estos colegios, bien entendido que la diferencia en el precio la pagará el mismo niño con algún trabajito que pueda hacer en el colegio.

El ángel no pudo más; se echó a llorar, y llorando, se fué.



EL REGALO

—Buenos días, abuelito. Te deseo un feliz año nuevo. Aquí te traigo un cigarro de regalo que me costó un peso. ¿Quieres regalarme el peso?

—¡Ah!, ya sé. Son los bolcheviques, entonces. No, yo no soy eso. Nosotros semos de la Liga Patriótica. ¿Ve mi gorra y mis zapatillas nuevas? Hoy nos dieron a todos porque es *navidad*, y azules por eso, porque *semos* de la Liga Patriótica.

—Y, ¿cómo, hijo mío, sabiendo qué es *navidad*, no sabes qué es cristiano? ¿No sabes quién es Cristo?

—¡Cristo!... *Manyá* el *otario* con lo que sale. Cristo le va a dar mi hermano mayor, si yo le cuento que usted me ha *tratáu* de Cristo. ¡Avisé! ¿Se ha *craído* porque me ve pibe que me va a decir lo que quiere?

El ángel se descorazonó del todo. Vio entrar en una juguetería a dos padra-

hombre. Leí, más tarde, a Nietzsche y pensé con él que Cristo, si no fué un loco, había sido un tuno. Ahora, la última palabra de las investigaciones históricas y de las disquisiciones de la alta filosofía es que Cristo no ha existido nunca. Usted comprende que cuando a los hombres de pensamiento y de estudio, la personalidad de Cristo nos da tanto que hacer, no se puede turbar la inteligencia infantil con ese nombre que, por sí solo, es un problema que ha trabajado a la humanidad veinte siglos! y que, recientemente, muy recientemente se ha resuelto.

—Estoy, señor, en un momento de que todas las soluciones que usted me presentado vienen sucediéndose des-

"LA SANITARIA"

HALL LESLIE y Cía.

746, FLORIDA, 750

MOSAICOS NACIONALES MARMOL RECONSTITUIDO

La fabricación más moderna y esmerada.

Mosaicos Extranjeros y Revestimientos

desde \$ 5.00 y \$ 9.00 m. l.

746 - FLORIDA - 750

CONCURSO DE NOVELITAS PARA "EL HOGAR"

En este concurso, abierto indistintamente a los profesionales y aficionados de todo el territorio de la república, argentinos o extranjeros, regirán las siguientes condiciones: Los cuentos no podrán tener una extensión mayor de 5.000 palabras, ni menor de 4.000 palabras.

Los asuntos son absolutamente libres, siempre que ellos se encuadren en el ambiente nacional y no se aparten de

LA MÁS ESTRUCTURAL MORALIDAD

Tanto por su fondo como por su forma, han de ser dignos del título de esta publicación. El jurado, compuesto por la dirección y redacción de "EL HOGAR", seleccionará todas las semanas la novelita

corta que estime más interesante, y abonará la cantidad de

200 pesos m/n por cada una de las publicadas.

Sucesivamente — y por tiempo indefinido — continuarán insertándose en "EL HOGAR", semanalmente, aquellas producciones que lo merezcan, según el jurado.

Los cuentos deben ser absolutamente originales e inéditos.

En ningún caso se devuelven los trabajos enviados, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

Las novelitas — escritas a máquina o manuscritas en forma clara — deben remitirse a la siguiente dirección:

CONCURSO DE NOVELITAS PARA "EL HOGAR"

RIO DE JANEIRO, 252 - 262

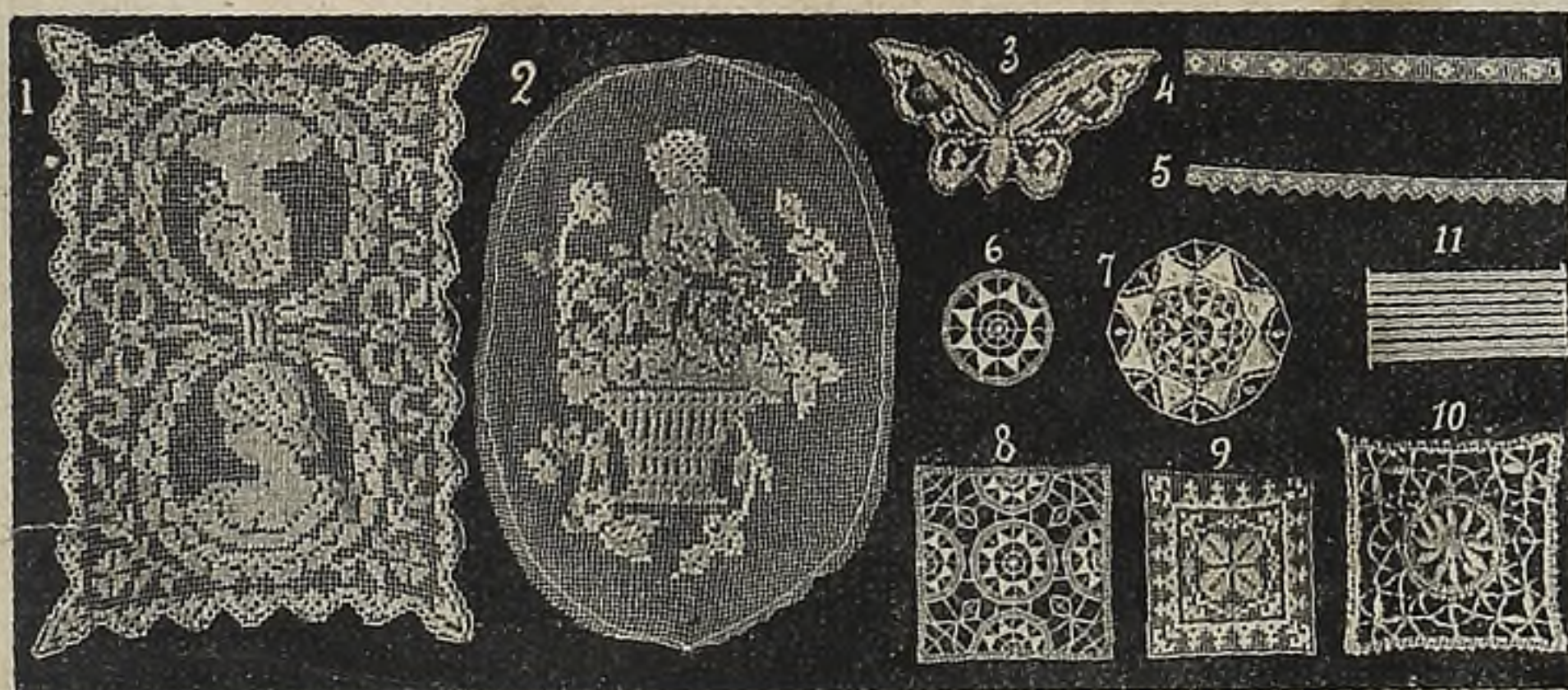
BUENOS AIRES

Puntillería EL HOGAR

IMPORTACIÓN DIRECTA — VENTA POR MAYOR Y DETALLE

CASA ESPECIAL EN ARTICULOS PARA LA CONFEC-
CIÓN DE AJUALES, CORTINAS Y MANTELERA

La que por su seriedad cuenta con una selecta y numerosa clientela, a quien ofrece diariamente las últimas novedades en Encajes, Filets, Irlandas, Puntillas de hilo, Aplicaciones, motivos de todas clases, Valencianas, Festones, géneros de hilo, Batistas, Linones, Granités, tela antigua, Tules, Pañuelos, Cortinas, Estores, Colchas, Carpetas, etc.



Filet legítimo de hilo

N.º 1, 26x36.....	c/u.	\$ 5.—
" 2, 25x35.....	"	4.50
" 3, 17x9.....	"	0.50
" 4, 1 1/2.....	el mt.	0.40
" 5, 1 1/2.....	"	0.50
" 9, 11x11.....	c/u.	1.—

De Venecia verdadera

N.º 6, 6 1/2x6 1/2.....	c/u.	\$ 0.50
" 7, 11x11.....	"	1.80
" 8, 11x11.....	"	1.80

Cluni legítimo de hilo

N.º 10, 12x12.....	c/u.	\$ 0.60
" 11, 1/2.....	la pieza 11 mts.	1.80

El N.º 11 es la mejor vainilla de hilo especial para uniones en toda clase de prendas, inclusive sedas.

Recomendamos a nuestras clientas el análisis de este simple detalle de artículos, medidas y precios.

Para la venta al detalle, todos los artículos son prolijamente seleccionados, y la casa garantiza el resultado y la legitimidad de los mismos.

PIEDRAS, 83 — U. T. 5999, Rivadavia — BUENOS AIRES

Soliciten catálogo ilustrado — M. LAGO GARCÍA

Por edificación en el actual local, en breve comunicaremos, por esta revista, la nueva dirección.

El soldadito de plomo

(Continuación de la pág. 9)

llama de la chimenea. Julia se decide a quemar las cartas, y sabe que no lo podrá realizar sin sentir profundas y tristes divagaciones. Quemará esas cartas pero no sin releerlas antes.

Están bien ordenadas, porque Julia sabe poner en todo la pulcritud de su carácter.

Estas que amarillean ya son de hace tres años, y Julia rememora, en el silencio de la noche, las horas encantadas. No entrega una página al fuego sin releer diez veces las adoradas sílabas.

La calma es profunda a su alrededor. De hora en hora, se acerca a la ventana, levanta la cortina, ve en la obscuridad silenciosa el campanario de Saint-Germain-des-Prés plateado por la luna; luego vuelve a su obra de lenta y piadosa destrucción. ¿Cómo no beber una última vez estas deliciosas páginas? ¿Cómo librar al fuego esas líneas tan queridas sin antes grabarlas por siempre en su corazón? La calma es profunda a su alrededor; palpitan en su alma la juventud y el amor.

Y lee:

"Ausente os veo, Julia. Camino rodeado por imágenes que mi pensamiento forja. Os veo, no inmóvil y fría, sino viva y animada, siempre distinta y siempre perfecta. Reino a vuestro alrededor, en mis sueños, los espectáculos más magníficos del universo." ¡Dichoso el amante de Julia! Todo le encanta porque en todo la ve a ella. Su amor le hace vivir. Contempla el mundo que ella ilumina; acaricia la tierra que ella hace florecer. El amor le revela el oculto sentido de las cosas; comprende las formas infinitas de la creación, porque todas le muestran la imagen de Julia; oye las voces innumerables de la naturaleza, porque todas le murmuran el nombre de Julia; sumerge sus miradas con delicia en la luz del sol, piensa que aquella luz baña también el rostro de Julia y proyecta una caricia divina sobre la más bella de las formas humanas. Esta noche las primeras estrellas le estremecerán y el amante pensará: ¡Tal vez ella las mira en este instante! La respira en todos los perfumes; quiere besar la tierra que la sostiene...

"Julia mía: si muero al fin bajo el hacha de mis enemigos; si muero como Sidney, por la libertad, la muerte no podrá retener en la sombra, donde tú no estarás, mis manes indignados. Volaré hacia ti, amada mía. Con frecuencia mi alma flotará en tu presencia."

Ella lee y medita... La noche avanza... Las cortinas transparentan un vago resplandor de aurora. La mañana llega; la servidumbre empieza sus tareas; Julia quiere acabar la suya. ¿No ha oído voces? No; la tranquilidad es profunda en torno...

Pero la tranquilidad es profunda porque la nieve apaga el ruido de los pasos. Se acercan; ya están allí. Formidables golpes hacen estremecer la puerta.

Ocultar las cartas, cerrar la papelera... ya no hay tiempo. Hace lo único posible; toma a puñados los papeles y los arroja debajo del sofá, cuya funda llega al suelo. Algunas cartas caen sobre la alfombra, las empuja con el pie, abre un libro y se hunde en una butaca.

El presidente del distrito entra seguido de doce lanzas. Es un viejo sillerito llamado Brochet, que tiritaba de fiebre y cuyos ojos ensangrentados parpadeaban con un constante horror.

Ordena a sus hombres que vigilen las salidas y, dirigiéndose a Julia:

—Ciudadana: acabamos de saber que estás en correspondencia con los agentes de Pitt, con los emigrados y con los conspiradores de las prisiones; en nombre de la ley vengo a embargar tus papeles. Hace tiempo que te habían señalado como una aristócrata de la más peligrosa especie. El ciudadano Rapoix, que se halla presente — y señaló a uno de sus hombres, — ha declarado que du-

rante el invierno de 1789, tú le diste ropas y dinero para corromperle. Magistrados desprovistos de civismo te respetaron de modo impropio; pero ahora mando yo, y no escaparás a la guillotina; entrégame tus papeles, ciudadana.

—Sacadlos vos mismo — dijo Julia, — mi escritorio está abierto.

Quedaban aún partidas de bautismo, contratos de matrimonio, certificados de defunción, facturas de proveedores y títulos de rentas que Brochet examinó uno por uno. Los miraba y remiraba como hombre desconfiado que apenas sabe leer, y murmuraba de vez en cuando: "¡Mala señal! ¡El nombre del que fué rey no está borrado! ¡Mala, mala señal!"

Julia supone que la visita será larga y minuciosa; no puede contenerse, dirige al sofá una furtiva mirada y ve la punta de una carta, que sobresale como la oreja de un gato. Entonces, termina su angustia: la certidumbre de que ya no tiene salvación pone fin a sus inquietudes, imprime a su rostro aparente calma. Está segura de que aquellos hombres verán la punta de la carta como ella la ve; salta a los ojos la blancura del papel sobre la roja alfombra; pero no sabe si se fijarán inmediatamente o tardarán en verlo. Esta duda la distrae. En aquel trágico instante su imaginación está pendiente de que los patriotas miren o no miren hacia el sofá. Después de manosear todos los documentos que hay en la papelera, Brochet, furioso, asegura que encontrará la correspondencia. Pone los muebles patas arriba, golpea el zócalo de madera con el puño del sable, para descubrir escondrijos; pero no encuentra ninguno. Rompe el espejo para ver si hay algo detrás de la luna: no hay nada. Entretanto, sus hombres levantan algunas tablas del piso; todos juran que una maldita aristócrata no se burlará de ellos; pero no ven la puntita blanca que asoma bajo la funda del sofá.

Llevaron a Julia a las otras habitaciones y le pidieron las llaves. Rompen los muebles; hacen trizas los cristales, reventan los sillones. No encuentran nada. Sin embargo, Brochet no se desanima y vuelve a la alcoba donde empezaron los registros.

—¡Vive Dios! Aquí están los papeles, no hay duda. Examina el sofá y clava cinco o seis veces su sable en la tapicería; pero no encuentra lo que busca. Blasfema furiosamente y ordena partir.

Desde la puerta insiste aún y amenaza a Julia, tendiendo el puño: —¡Tiembra de volverme a ver! ¡Soy el pueblo soberano!

Por fin se fueron. Se oye el rumor de sus pasos perderse en la escalera.

Julia se ha salvado! Su imprudencia no le hizo traición. Sonriendo se acerca para besar a su Pedro, que duerme con los puños cerrados como si nada hubiera ocurrido en torno de su cuna.

Después de hablar así, La Tulipe volvió a encender su pipa, que se había apagado, y vació su vaso.

—Amigo mío — díjole, — hay que ser justo. Para ser un guardia francés narráis con bastante delicadeza; pero me parece haber oído ya esa historia en alguna parte.

—Tal vez la contó Julia. Tenía un gran ingenio.

—¿Y qué fué de ella?

—Durante el Consulado aun disfrutó muchas horas felices, pero de noche confiaba secretos dolorosos a los árboles de su jardín. Ya lo veis, caballero, tenía más energía contra la muerte que contra el amor.

—¿Y el que le escribía tan hermosas cartas?

—Después le hicieron barón y prefecto del Imperio.

—¿Y Pedrito?

—Murió en Versalles, en coronel de gendarmes.

—¿Caracoles!



HIPOTECARIO NACIONAL

25 DE MAYO, 245-263

LEONARDO LEANDRO N. ALEM, 232-246-260

BUENOS AIRES

Circulación autorizada por Ley N° 11.259

\$ 1.500.000.000

Fondo de Reserva en efectivo

\$ 101.279.581.⁸⁰¹

Cédulas en Depósito Gratuito y Caja de Ahorros

\$ 228.262.650.-

INVERSIÓN DE CAPITALES

El ahorro engrandece a los pueblos y dignifica a quien lo realiza.

La Cédula Hipotecaria Argentina es el título más indicado para la inversión de ahorros, por su alto interés, por hallarse su renta libre de impuestos y las sólidas garantías que tiene: — la NACIÓN, las propiedades gravadas en PRIMERA HIPOTECA y las considerables RESERVAS EN EFECTIVO del Banco.

El Banco se ocupa de la compra-venta de Cédulas por cuenta de terceros, no cobrando más comisión que $\frac{1}{8}$ % del valor efectivo de la operación, para el corredor que interviene en la misma.

Recibe las Cédulas en depósito gratuito, responsabilizándose de todo riesgo, y procede con las rentas en la forma que los interesados indiquen, sin cobrar comisión.

Proyecto para la celebración de la futura

Por ENRIQUE M. RUAS

Ilustración de C. Díaz



E gusta a usted cómo se celebra en Buenos Aires la fiesta de Año Nuevo?

—No me disgusta, pero... ¡no sé qué le falta!

—¡Ah!, pues yo me lo imagino. ¿Sin duda algún billete de cincuenta pesos?

—El billete de cincuenta pesos escasea más por Carnaval que por Año Nuevo. ¿No ve usted que por Año Nuevo suelen dar aguinaldo? Por eso es una lástima que le falte algo a la celebración del Año Nuevo. Porque uno tiene plata en el bolsillo para gastarla. Yo una vez pensé que se podría tender una mesa en el medio y todo a lo largo de la Avenida de Mayo. Pero después me asaltó una inquietud. ¿Y si lloviese?

—Supongo que la mesa sería para que la entrada del año nos encontrase cenando, y saludarlo con taponazos de champagne, quiero decir, de sidra. Pues bien, en lugar de la cena, ¿qué le parecería a usted un desfile?

—Un desfile, pero, ¿de qué carácter?

—De carácter eminentemente bullicioso. Así como por Carnaval tenemos el coso, por Año Nuevo tendríamos el desfile. Un coso a pie. No veo por qué habrían de estar prohibidas las serpentinas.

—Tiene usted razón. Y la columna podría dirigirse a un lugar determinado: la plaza del Congreso o la plaza Colón, y allí arrojar el año viejo a una pileta, y descubrir la estatua del año nuevo.

—Sí, señor. Y ambas estatuas, porque supongo que el año viejo también estaría re-



EN EL NUEVO EDIFICIO
DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

SE HA COLOCADO UN ASCENSOR

OTIS

CON MÁQUINA "MICRO" DE NIVELACIÓN
AUTOMÁTICA, LA ÚLTIMA PALABRA EN
ASCENSORES MODERNOS, QUE ASEGURA
UNA NIVELACIÓN EXACTA EN LOS PISOS
Y MANTIENE LA MISMA DURANTE LA
CARGA Y DESCARGA.

ELEVATOR COMPANY

BUENOS AIRES

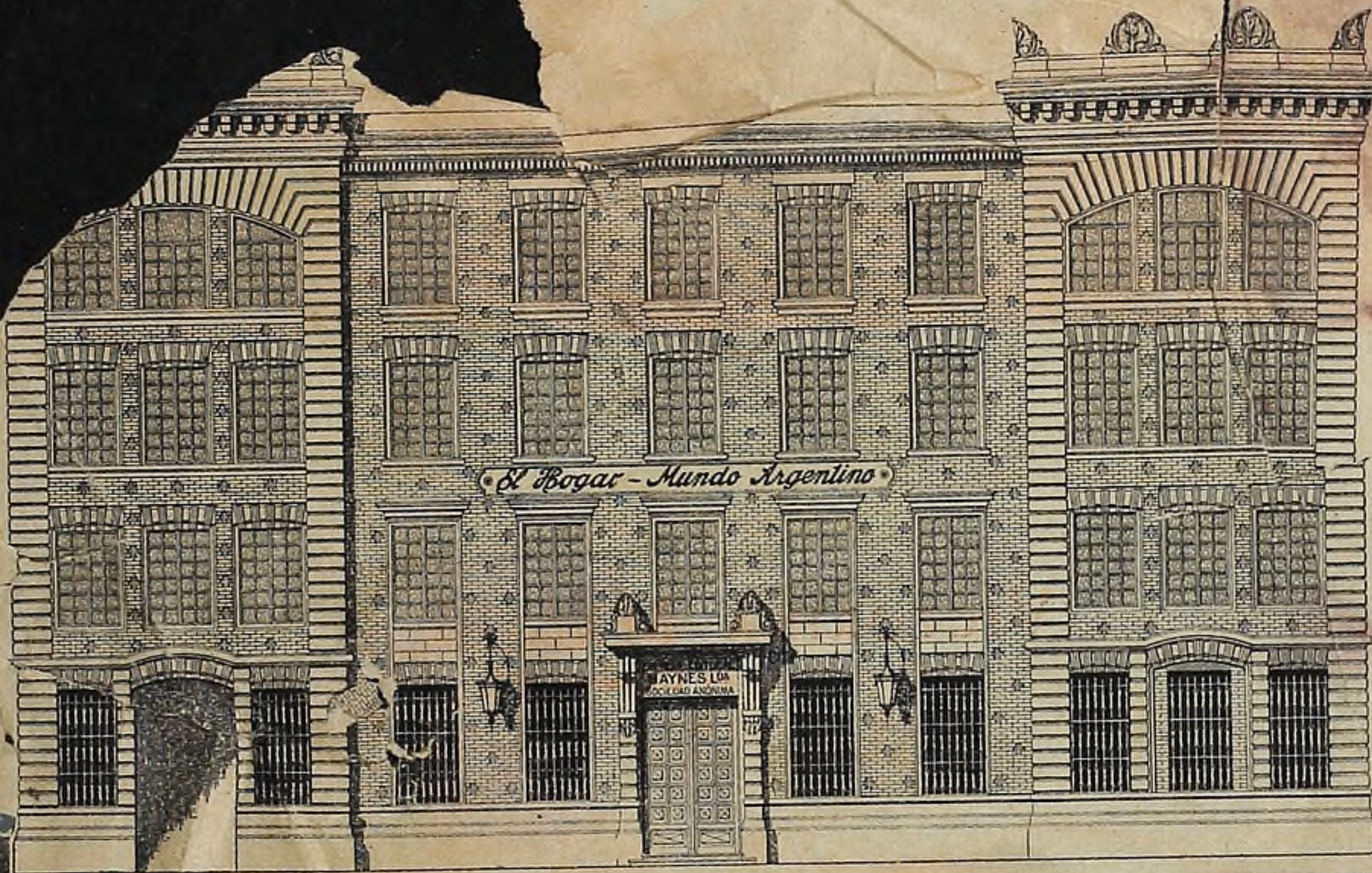
nueva casa, s
puede interesar a lo
progresos de esta re-

aje apartado del núcleo
e. a. una zona metropolita-
trica, calculando que así
es por razones del tráfico
a, no era posible edificar
en el... nes ventajosas de comodidad
y amp... se ha conseguido ubicando el edi-
ficio en... e estratégico para los efectos a que
se le d... dos cuadras del Subterráneo, en un
barrio a... aludable, de los más elegantemente po-
blados, ce... ico en relación al perímetro de la plan-
ta urbana... de la capital; en esta ubicación convenien-
te, aprovechándose las condiciones del espacioso te-
rreno, pu... dársele al edificio su frente principal
sobre la calle Río de Janeiro, para el público y el
personal de oficinas y talleres, y una entrada com-
pletamente... dependiente por la calle Bogotá, para
el tráfico de las expediciones, que se harán por me-
dio de grandes camiones automóviles.

Entre las cualidades esenciales de que se ha pro-
curado revestir el edificio, han primado muy espe-
cialmente las condiciones de co-
modidad e higiene, y de amplia
capacidad para el complejo me-
canismo de una gran empresa
editora. En su viaje realizado a
Europa y Estados Unidos, en
el año 1920, el señor Alberto
M. Haynes, cabeza y organiza-
dor de la importante obra reali-
zada, se interesó en conocer los
mejores establecimientos del gé-
nero, comprobando, especialmen-
te en Estados Unidos, el esmero
con que se cuida en la disposi-
ción de aquéllos, por encima de
otras particularidades los fac-
tores de la higiene y la comu-
didad. Y a estos propósitos fun-
damentales ha encaminado el
plan de la obra realizada.

El edificio es en su totalidad
de cemento armado; el cemento
y el hierro componen sus ele-
mentos integrantes, y se ha
prescindido en todo lo posible de
la madera, con lo cual se han
reforzado sus condiciones de hi-

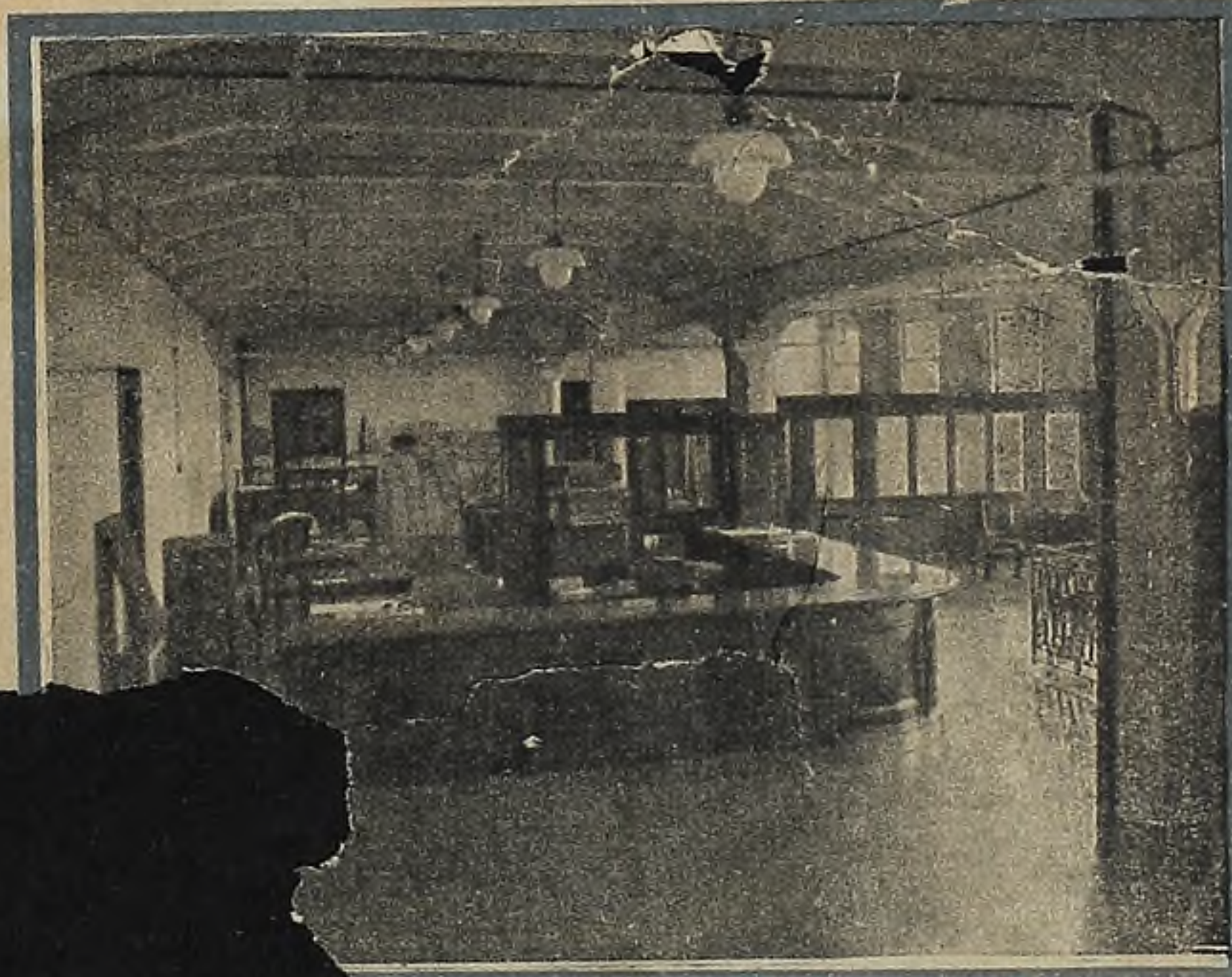
ANTIAGO UGÜET
General de la Empresa Editorial



Frente de nuestra casa de la calle
Río de Janeiro

res propios a la empresa editora,
creada y llevada a este grado de
prosperidad por su activo e inteli-
gente espíritu de iniciativa y de or-
ganización.

En este capítulo de referencias
retrospectivas, oportuno es también
que mencionemos al señor Santiago
Ugüet, act... ador general
de la em... oy, entre el
viejo p... que, desde
la fu... é testi-
colabo-



de administración, en el primer piso

No se de, e engañar!!

Antes de comprar sus anteojos donde su médico le indica, consúltenos

y se convencerá.



ANTEOJOS de toda forma, con su receta médica... \$ 6.-

Se atienden pedidos de la campaña. Examen de la vista gratis.

Optica NEUMANN
SARMIENTO, 721

INSOMNIO

Enfermedades Nerviosas

Se curan radicalmente con la "PASSIFLORINE". Notable medicamento francés. Ideal para señoras, niños y ancianos. Reemplaza ventajosamente a los bromuros, valerianatos, etc., pues no produce intoxicación y es completamente inofensivo. A los que padecen de insomnio procura un sueño tranquilo y reparador. A los nerviosos, irritables, neurasténicos, y a los intoxicados por el tabaco o el alcohol, produce acción sedante en todo el organismo, es el mejor agente regulador del insomnio nervioso.

La "PASSIFLORINE" se encuentra en venta en todas las Droguerías y Farmacias. Venta Libre. Certificado N° 6550.

Depositorios Generales
ILLA & Cía. — MAIPÚ, 73
Buenos Aires



n 3 minutos
vestido nuevo.

más sencilla, económica
cuantas se conocen.

US

la única que
te toda clase de
algodón, etc.
nimo las telas,
que sean, ni
los utensilios,
los colores más

estra gratis.

ES

marino

eleste

no obscuro

no claro

la

jejo

scuro

ro

obscuro

0.80

guerías

AIRES

Lib.

ta



MARIDO POCO GALANTE

El.—Creo que no hay nada más encantador que el mar.
Ella.—Y yo creo que eso es lo menos indicado para decirme en nuestra luna de miel.

Proyecto para la celebración de la futura fiesta del Año Nuevo

(Continuación de la página 113)

—Podríamos hacer algo en el Balneario.

—Allí podría haber un desfile local, y banquetes en todos los cafés y "restaurants".

—¿Y qué más?

—Podría haber baile en todos los teatros, lo mismo que en Carnaval. Ya sue- le haberlo en uno o dos.

—¿Y por qué no banquete?

—¿Las dos cosas! Primero, banquete, y después, baile.

—Y en Palermo, ¿qué podríamos hacer?

—También un desfile local, y bajo grandes carpas, banquete y baile.

—¿Y qué más podríamos hacer?

—Podríamos buscar algo para dar realce al desfile principal.

—Eso es. En el término del desfile, en donde fuese inaugurada la estatua del Año Nuevo, en lugar de un tablado, podría haber un templete. Una cosa desmontable, ¿comprende usted?, puro esqueleto y puro techo, y con muchas luces. En el centro estaría el pedestal para la estatua. Después de inaugurada, se permitiría el acceso al público, pero con cierto orden.

—¿Qué orden?, vamos a ver.

—Habría dos escaleras o dos entradas; el público entraría y saldría bailando una polonesa, y la polonesa se prolongaría por esas calles. ¿Vería usted qué divertido!

—Me gusta lo del templete y lo de la polonesa. Y debería imitarse en los desfiles locales y secundarios. Donde no hubiese templete, una veranda. Además que, en rigor, para la polonesa no se necesitaría templete ni veranda. Bastaría con pasar por delante de la estatua. Lo del desfile y lo de la polonesa es lo que más me gusta. Sería lo más animado de todo.

—Pero habría que agregarle algo a la polonesa. Habría que agregarle una canción, para que el público fuese cantando y bailando, y para que la tonada supliera a la música donde ésta no alcanzase.

—No faltarían poetas para la canción, como no faltarían escultores para las estatuas.

—¿Se me olvidaba lo mejor!

—¿A ver, a ver! Diga usted.

—La estatua del año viejo. En lugar de estatua, un gran chanchito que muere. ¿Qué le parece a usted?

—¿Un gran chanchito? Me parece bien el chanchito, pero el nombre me parece mal.

—Pongamos, entonces, un gran chanchazo. Un minuto, dos minutos, tres minutos antes de la medianoche, se le abriría la espita al chanchito, y él empezaría a desinflarse. Teniéndolo bien

ensayado, expiraría en el momento de sonar las doce campanadas.

—Y si lo hiciésemos expirar en el aire?

—Eso es, eso es! En el aire. Lo inflaríamos con gas de inflar globos, y el chanchito sería bien grande. Lo elevaríamos a cierta altura, y lo tendríamos cautivo. Al llegar el momento, le abríamos la espita, tirando de una cuerda. El gas, al salir, podría hacer sonar alguna trompetilla. ¿Vería usted qué algarazara!

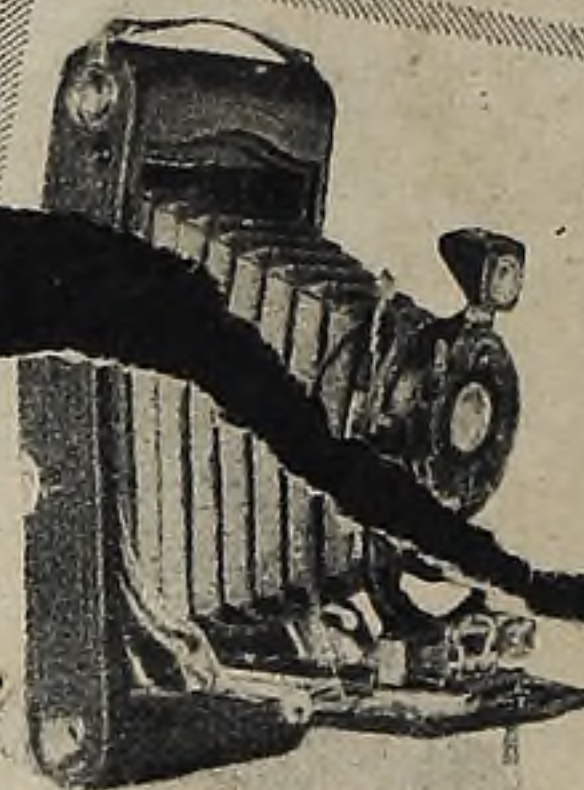
—Eso del chanchito ha sido una idea luminosa.

—¿Luminosa, dice? ¿Y quién nos quitaría que también el chanchito fuese luminoso? Podría tener dentro una lamparilla eléctrica.

—Dígame, ¿y por qué no se harán cosas de estas en Buenos Aires? Eso de estar sentado a la mesa de un café, en la Avenida de Mayo, aguardando a que den las doce de la noche, para unir las notas de la propia garganta al vocerío y al estrépito generales, tiene muy poco de divertido.

—Claro, pero ya verá usted cómo no quieren hacernos caso. Se le ocurre a uno la mejor idea del mundo, y en lugar de darle, aunque más no fueran, cincuenta pesos, le llaman a usted "macaneador" y "rico tipo".

—No importa. Nosotros hemos planeado como es debido la celebración del Año Nuevo. Estoy seguro de que al menos la posteridad recogerá nuestra idea.



y otras marcas, por mensualidades, sin recargo de precio, vende

NEUMANN
SARMIENTO, 721

Revelaciones y copias en 3 horas.

Pedidos de la campaña despachamos en el día

KODAK



Señoras, Señoritas

En el atraso y falta del período, tomad

"AMENORROL"

comprobado eficaz e inofensivo, recomendado por los médicos.

Frasco: \$ 4.—

Pero si sufrís de dolores en el período, metritis, hemorragias y flujo, tomad el

"ESPECÍFICO SCHEID'S"

En todas las Droguerías y buenas Farmacias.

Dep. Gral.: C. Pellegrini, 644

¡Aproveche esta franquicia excepcional!

Durante este mes enviamos lecciones "A PRUEBA" de cualquiera de nuestros cursos al simple envío de 1 \$ por cada materia que se desee; ese importe SE LE DEVUELVE INTEGRAMENTE después, de modo que la prueba no le cuesta absolutamente nada. Enseñamos POR CORRESPONDENCIA.

CURSOS TÉCNICOS: Aritmética, Álgebra, Dibujo Industrial, de Arquitectura, de Máquinas, Lineal, de Ornato y del Natural.

CURSOS COMERCIALES: Cálculo Mercantil, Teneduría, Caligrafía, Taquigrafía, Inglés, Francés, Ortografía, Dactilografía.

Escríbanos hoy mismo; CATALOGO GRATIS

LICEO ARIEL SAN JUAN, 1977
Nicolás Perillo Buenos Aires

Nombre.....

Dirección.....

QUEMADURAS

Antiguamente, cuando alguien se quemaba no había más recurso que el barro, bálsamo amarillo, etc., que dejaban horribles cicatrices, sin calmar el dolor. Hoy, gracias al notable descubrimiento de la "Ambrine" del doctor Barthe de Sandfort, no solamente desaparece el dolor de inmediato, sino que reconstituye la piel sin dejar alguna de cicatriz. Por su acción y propiedades calmantes, llagas más rebeldes, eczemas, etc. La en Bujías grandes cil aplicación, q maria, para lo graves o llagas hogares para.

Se vende en tod

Depositar

MODO DE COLOCAR LA BUJIA



1904 - Veinte años de Bellas Artes - 1924

(Continuación de la pág. 18)

ya no puede seguirlo en cuantos representan algunos de sus aspectos. Por las circunstancias cuantitativas y cualitativas, se dijera que ha transcurrido un dilatado lapso preparatorio. El cambio es de una brusquedad sorprendente. ¿A qué antecesores se eslabonan Fader y Quirós? Y en escultura, ¿no sería forzar la antítesis yuxtaponer al de Yrurtia el nombre de sus predecesores? La disyunción no es aquí un modo estimativo, de orden individual. Está implícita en los puntos objetivos de referencia.

El arte adquiere, pues, unidad orgánica. Hay cohesión espiritual en su desarrollo, aun en aquello que parece contradictorio, según lo advertí.

Otra oportunidad (1). En veinte años la vida nacional se transforma, el aspecto de la ciudad se modifica, las costumbres cambian, las ideas evolucionan, surge el teatro nativo, las artes plásticas se constituyen. En 1905 se nacionaliza la Academia de Bellas Artes, y el 25 de diciembre de 1906 se inaugura el Museo Nacional. Un año después se crean becas para estudiar en Europa escultura, pintura, música y arquitectura. El decreto que las estatúa fué derogado por Saavedra Lamas, en términos violatorios, pues se aplicó la nueva ley dispositiva con efectos retrospectivos. Y los artistas sometidos a las pruebas del concurso y vencedores en él, sufrieron el arbitrio de aquella violación sin que se elevara una voz de protesta, exceptuando la mía (2). Obedecí a la rectificación ministerial a propósitos económicos, y también fué suprimida la partida asignada por el Congreso al rótulo Bellas Artes; un país cuyo presupuesto se elevaba a más de 380 millones de pesos, no podía asignar cien mil al fomento de la cultura artística... Este punto fué reconsiderado luego, pero las becas no han sido reintegradas hasta hoy. Y los vencedores del "Premio Roma" continuaban esperando; mas no en la inercia. Algunos figuraban ya entre los artistas mejor disciplinados del momento.

En 1911 se instituye el Salón Nacional. Surge luego la Sociedad de Acuarelistas, Pastelistas y Aguafuertistas (1915) y la de Arte Decorativo (1918). Propágame el ejemplo al interior de la República. En Rosario de Santa Fe se instituye el Salón de Otoño y se funda el Museo Municipal. También se crean Museos de Bellas Artes en Córdoba y Tucumán, donde se efectúan exposiciones de

pintura y escultura. La Plata hizo lo propio, proponiéndose reiterar su iniciativa. Por último ha surgido aquí un Salón de artistas independientes. La denominación no importa discrepancia de ideales estéticos. El Salón Oficial observa un criterio amplísimo en cuanto a respetar modos y estilos personales. Las divergencias obedecen a causas menos "artísticas", y no es este el momento adecuado para considerarlas. Tampoco hemos de comentar ahora la

existen grupos diversificados, y, dentro de ellos personalidades ceñidas a tendencias inconfundibles. De Zonza Briano a Fioravanti, a Riganelli, a Soto Avendaño, a Sforza, a Lagos, a Rovatti, a Curatella Manes, a Leguizamón Pondal, a Bigatti, a Perlotti, existe toda una escala de valores. La nómina podría extenderse. Empero, ella basta para indicar el estado de nuestra escultura, ya sea considerada en lo monumental, ya en el retrato, o bien

pero las diferencias registran a un nivel de estricta cohesión. Bermúdez y Guido, Cittadini y Pato pueden muy bien delimitar las nuevas latitudes de nuestro arte, cuyas zonas comprenden variedades muy considerables. Enumerarlas sería en extremo prolijo. Citemos a Jorge Soto Acebal, cuyas acuarelas le colocan en una categoría privilegiada.

Y detengámonos ahora a considerar brevemente la personalidad de Fernando Fader. Cuando se escriba la historia de nuestra pintura, no podrá ser breve el capítulo que se dedique al análisis de su obra, estudiado como pintor, y el de su influjo en nuestro medio, examinado desde el punto de vista didáctico. A pocos artistas se le atribuye una adecuada mejor que a Fader el título de "maestro". No analizaré ahora su obra múltiple y excepcional. Fader no es solamente un pintor — un gran pintor: — es una época de



OCTAVIO PINTO



AGUSTÍN RIGANELLI



LUIS PERLOTTI



ALFREDO GUIDO



G. LEGUIZAMÓN PONDAL



ALFREDO BIGATTI



ALBERTO LAGOS

resolución última, que divide la Academia Nacional en dos instituciones docentes: en Escuela Superior de Bellas Artes y en Escuela de Arte Decorativo. Aquella será dirigida por Ernesto de la Cárcova y ésta por Pío Collivadino, a quien corresponde el honor de haber hecho de la Academia Nacional uno de los centros de cultura mejor organizados del país. A él se debe la implantación de la clase de grabado, de donde egresaron algunos de los aguafuertistas que más se distinguen hoy en el género.

En pintura, como en escultura, ya

en sus aplicaciones decorativas, sin excluir la talla, practicada con notabilísimo acierto por algunos de los jóvenes citados. No incluyo a los escultores fallecidos, y omito deliberadamente a los extranjeros, pues la acción directa que ejercieron en nuestro arte no puede examinarse en los límites harto breves de esta reseña.

Más extenso, mucho más, es el núcleo de los pintores, surgidos después del "Nexus" y espiritualmente unidos a las normas de éste. Aquí ya cabe indicar continuadores. Puede hablarse de un nexo. Existen grados, sin duda;

nuestra pintura; y dentro de ella es el paisaje. Con él se inicia y con él se afirma; y merced a él, se define en los demás, en el sentido moderno de la palabra. Fader determinó por sí solo el ambiente en este género. Nadie se substraía a su influjo, ni aquellos que tuvieron mayor empeño en oponerse a él. No hizo Fader discípulos directos, pero todos beneficiaron de sus aportes. Véase qué era el paisaje antes de su regreso al país; véase el paisaje de Sivori, a quien no le faltaron atisbos de modernidad, según advertimos; obsérvese el impresionismo intermitente de

Malharro, cuya iniciativa no tuvo sucesores, y sólo así podrá apreciarse la obra de Fader, en su doble aspecto de creador y guía orientador. Hasta su advenimiento, el paisaje fué el género de menor visto de carácter. La acción docente de Fader se extendió a la figura. Fué quien opuso al convencionalismo de tal fuerte del mismo, reservando para él la propiedad de tal

recordar algunos títulos aplicados con exactitud estricta a la escena reducida... pues, el ejemplo, indicando la ruta de las provincias, que otros siguieron según personales preferencias. Fader podría decir con Ruskin: Todo buen arte es, en su esencia, didáctico.

(1) Véase en "El Santo, El Filósofo y El Artista" conferencia "La evolución del arte argentino" Buenos Aires, 1918. (2) Véase mi conferencia citada cuyo extracto publicó "La Nación" al día siguiente de haberse celebrado.

UN DIA DE VACACIONES EN EL CAMPO



El "cottage" de la familia que lo ha invitado gentilmente



Los dueños de casa



La familia



El invitado



Hacia la estación



De la estación al "cottage"



La bienvenida



La bebida exenta de alcohol



El malestar consiguiente



Un rato de expansión



Las cuatro... y a la cama



El dormitorio de los huéspedes



La cama



Una araña



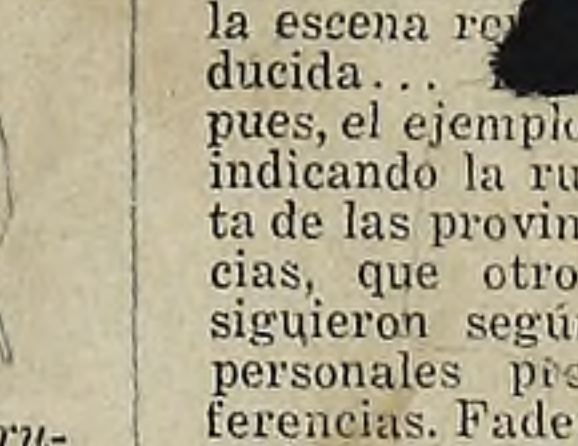
Una rata



Los que hacen de despertador... a las 5 a. m.



El baño



Un desayuno frugal



Diez kilómetros



A campo-traviesa



El regreso



El pretexto



La huida a la ciudad

En 1911 se instituye el Salón Nacional. Surge luego la Sociedad de Acuarelistas, Pastelistas y Aguafuertistas (1915) y la de Arte Decorativo (1918). Propágame el ejemplo al interior de la República. En Rosario de Santa Fe se instituye el Salón de Otoño y se funda el Museo Municipal. También se crean Museos de Bellas Artes en Córdoba y Tucumán, donde se efectúan exposiciones de

ya no puede seguirlo en cuantos representan algunos de sus aspectos. Por las circunstancias cuantitativas y cualitativas, se dijera que ha transcurrido un dilatado lapso preparatorio. El cambio es de una brusquedad sorprendente que antecesoros se eslabonaron. Quirós? Y en escultura zar la antitesis yuxtaponía el nombre d

190

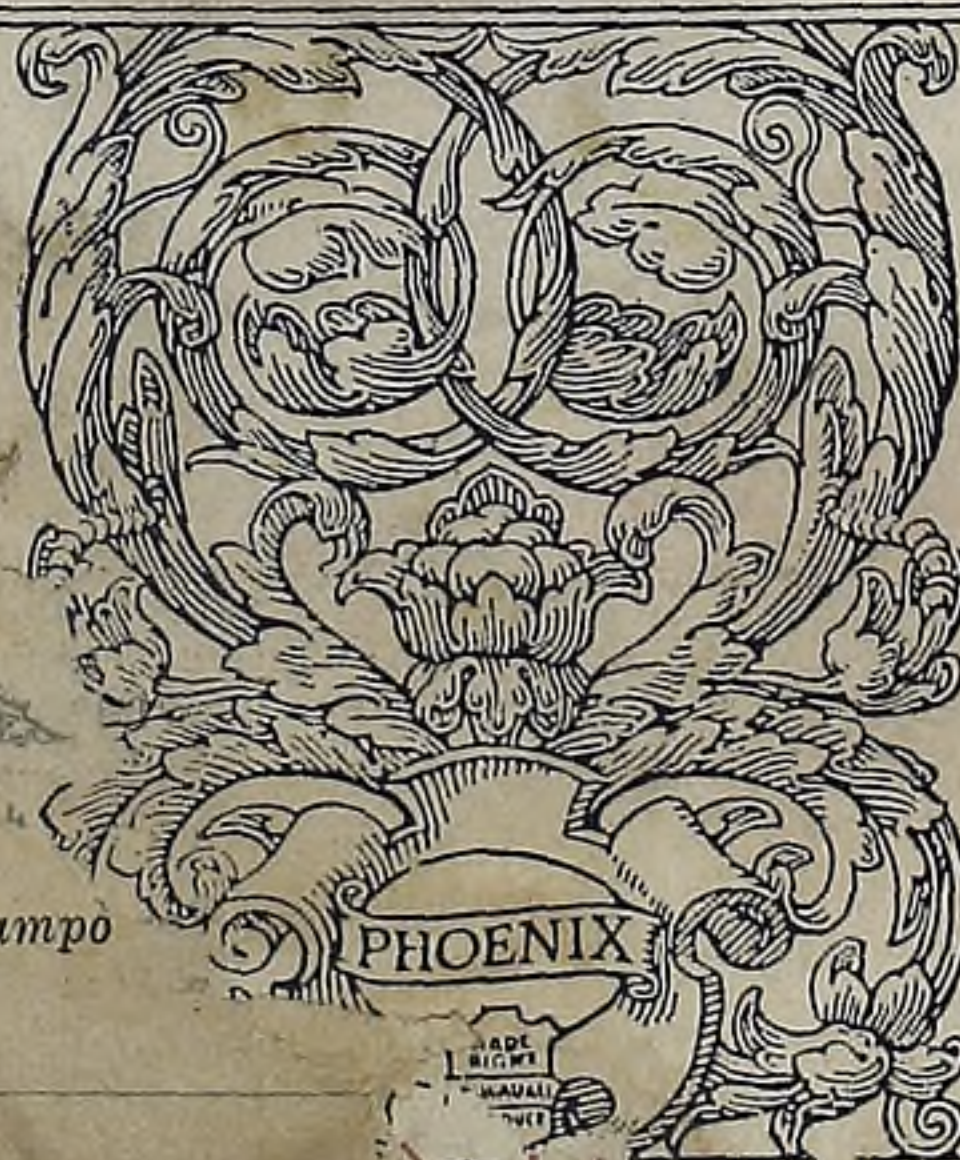


Un anuncio, como una media, es interesante cuando está atrayentemente llenado. El hecho de interés humano en este anuncio es que más personas compren medias Phoenix, que las de cualquiera otra marca, considerándolas las más perfectas del mundo por su largo kilometraje de resistencia y su severa elegancia. Complace el pensar que el verdadero mérito logra generalmente justa aprobación. De las grandes fábricas Phoenix proviene actualmente una porción gigantesca de las medias de señora, caballeros y niños que se usan en el mundo entero.

PHOENIX

(Pronúnciese Fénix)

MEDIAS



Diez kilómetros



A campo

de
Acuarelistas,
Pastelistas y
Aguafuertistas
(1915) y la de
Arte Decorativo
(1918). Propá-
gase el ejemplo
al interior de la
República. En
Rosario de San-
ta Fe se insti-
tuye el Salón de
Otoño y se fun-
da el Museo Mu-
nicipal. También
se crean Museos
de Bellas Artes
en Córdoba y
Tucumán, don-
de se efectúan
exposiciones de

en-
un
pro-
rac-
ión
a-

la
idad
elo ob-
en su
o medio. Y
a acento "ve-
rista" puso en
sus obras, que
no pocas choca-
ron por la ruda
franqueza de su
realismo. Basta

mo
obtuvo
destino.

estado en Bue-
es una sola vez:
a navidad de 1580.
le lo enviaron, y el án-
gel se vino contentísimo,
recordando todas las ma-
ravillas que de la ciu-
dad de Garay había oído
contar en el transcurso
de tres siglos y pico.

Cuando ya estaba cerca
creyó haberse equivo-
cado de camino. Se posó
sobre una estación radio-
telefónica, escuchó los
despachos y no le quedó
duda de que esa ciudad
tan distinta de la vista
por él en 1580 y mejor
que muchas de las euro-
peas que llevaba siglos
de ver, era Buenos Aires.

No necesito decir que
desde 1580 lo que le in-
teressaba al ángel era la
conversión de los indios
al cristianismo.

Lo primero, pues, que
buscó fueron los indios.
No había...

El ángel que los que habían em-
pujado a la conquista del Río de la Plata y la fun-
ción de Buenos Aires eran cristianos. Extirpar
los indios, acabar con los dueños del país conquista-
hubiese sido empresa indigna de cristianos. El
ángel comprendió que eso no podía haber ocurrido.
Pensó que a los primeros conquistadores les había ido
bien, que a éstos hubiesen seguido otros hasta ser más
los que venían de afuera que los aborígenes, y que, al
mezclarse con éstos, de la manera cristiana enseñada
por el catecismo que aquéllos venían a enseñar, el
pigmento cobrizo de los dueños del país se había, po-
co a poco, diluido en la blanca piel de los europeos,
hasta costar reconocer en los descendientes lo poco
qué les quedara de los primitivos habitantes.

Pensando el ángel esto, empezaron los disparos
de arma, tradicionales en nuestra noche de navi-
dad, y los alaridos de los que recibían los tiros y de
los que los disparaban. Con ello, el ángel corroboró
la no extinción del aborígen. Y se dijo: "¡vaya!, la
mezcla con los europeos les ha blanqueado y her-
moseado; pero el bárbaro no se ha extinguido del
todo. La prueba: estas barbaridades, de que se aver-
gonzaban el que descendiese de civilizados únicamente.

Ya en la tierra, claro es que el ángel adonde pri-
mero se dirigió fué a una iglesia de las que cele-
braban la misa del gallo.

Por un letrero colocado en la puerta, se enteró de
que las señoras y niñas no se vestían del todo
ir a la iglesia, pues se les prevenía que a med-
vestir no se les daría la comunión.

El ángel se acordó de los indios de 1580, y, rién-
dose, dijo: "¡Qué cosa! Después de tres siglos de
incorporados a la vida civilizada, todavía no pueden
acostumbrarse a andar vestidos".

Salido de la iglesia, el ángel se mezcló a los
pos de la calle, en busca de hombres de buena...

Los hombres de buena voluntad

Cuento de Navidad

207

VICTORINA MALHARRO

Ilustración de Cesáreo Díaz

Se sorprendía de no haberlos podido descu-
brir dentro del templo; pero lo atribuyó a la mala
calidad del incienso, que no olía como aquel que en
la navidad de 1580 se quemaba en la iglesita de ba-
rro con techo de paja.

En las calles, toda la gente hablaba de lo mismo:
del negocio, del dinero. Operaciones, hipotecas, ga-
belas, loterías, carreras, ganancias, pérdidas...

¿Dónde, cuándo, había visto y oído eso mismo el
ángel? Recordó que entre los he-
breos, cuando en ausencia de Moi-
sés, se hicieron el becerro de oro,
para adorarlo en lugar de Jehová.
¡Cuánto antes de Cristo había si-
do aquello!

El ángel pensó que hoy co-
tonces:

al alma del nego-
va todo el mu-
Al negocio...

cara de zonzo!... ¡Parece un ca-

El ángel no se dio cuenta de que ha-

Forjándose ilusiones sobre la santifica-
fiestas estaba, cuando se le acercó un chino
do a la europea, y le dió las señas de un fumado-
opio; un viejo se le acercó a ofrecerle sello
cocaina; una vieja le ofreció láudano. El ángel
se entendía un poquito de cirugía, pensó que
habría escondido bien las alas y que le ofrecía
amortiguadores del dolor, pensando que quer-
rarse los muñones de la espalda.

"¿Será costumbre—se decía—la de...

fiesta, y de fiestas tan señaladas, ne-
nes quirúrgicas? Verdad que eso
malo que elegir las para pe-
cristiana debería destinar la

corazón a Dio-

po y honesto

ritu. Lo dich-

el decálogo

las explicacio-

cada manda-

ñor. ¡V-

fiesta!

un caso

